

HISTORIA
DE
FRAY GERUNDIO
DE
CAMPAZAS



1640





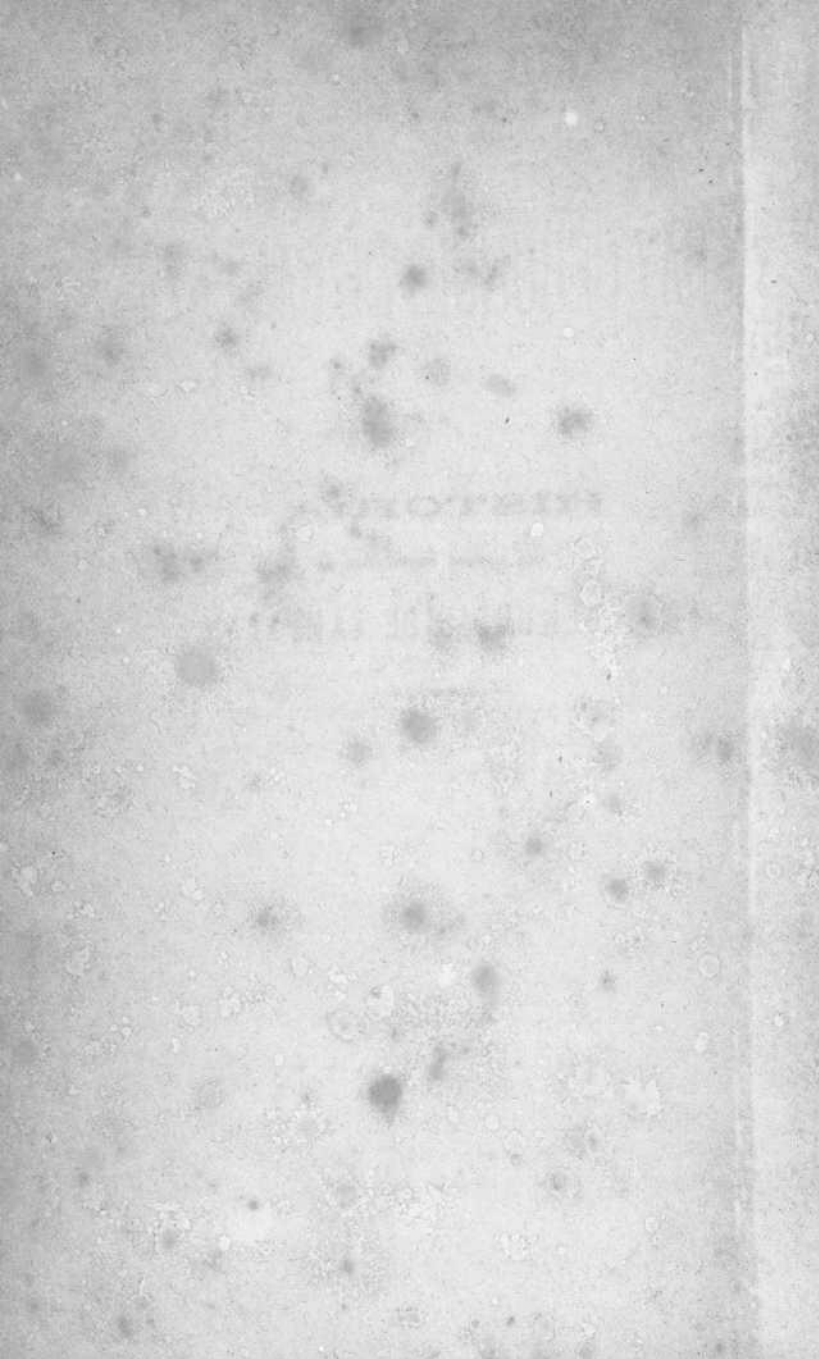


HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.





R-51-992.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Presbítero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y Villagarcía de Campos,
Cura en la Parroquia de San Pedro de esta,
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

repro

Edición adornada con preciosas láminas,
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.

TOMO III.



BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG,
CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1875.

Don't think of it
Don't think of it
Don't think of it

RAY GERONIMO DE CAMPAÑAS

ESTADO DE TEXAS

Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Roig.

TOMO I

EMPRESA EDITORIAL MORENO Y ROIG

BARCELONA 1875. — Imp. de OBRADORS y SULÉ, Rambla de Sta Mónica 19





SIN DUDA, FR. GERUNDIO, QUE HABRÁS QUEDADO...

Lib. IV, cap. VII.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO III.

PREDICA FRAY GERUNDIO EN SU LUGAR Y ATÓRDESE LA GENTE.

HABIA corrido por toda la comarca la noticia de que Fray Gerundio bajaba á predicar en la funcion del Sacramento en la célebre fiesta de Campazas, ya porque Anton Zotes como mayordomo habia convidado á todos los amigos que tenia en los lugares de la redonda, que eran no pocos, así de labradores, como de clérigos y frailes; ya porque el mismo Fray Gerundio no se habia descuidado en echar tambien la voz entre sus apasionados y conocidos, siendo tentacion tan comun en todo predicador principiante, que tal vez cunde hasta los más adultos y provecos, dejarse caer al descuido con cuidado, ya en las conversaciones, ya en las cartas, el dia ó dias

que predicán, lo que algunos maliciosos atribuyen á demasiada satisfaccion ó vanidad, y á mi pobre juicio, no es más que un poco de lijereza mezclada con una buena dosis de bobería.

A más de eso, la fiesta de Campazas era tan famosa en toda aquella tierra, por los novillos, y por el auto sacramental, que, sin que nadie convidase, y aunque el predicador fuese el mayor zote del mundo, siempre concurría innumerable gente, no solo despo-blándose el contorno, sino que rara vez se dejaba de ver en ella mucha gente ociosa y alegre de Leon, de la Bañeza y Astorga; pero atendiéndose este año á la fama del predicador, y al convite de Anton Zotes, convienen los autores de quienes nos hemos valido para recoger las noticias más puntuales que componen el cuerpo de esta verdadera historia, que fué extraordinario el concurso.

Danse por supuestas las demostraciones de alegría y de ternura con que fué recibido Fray Gerundio de su padre el tio Anton y de su madre la buena Catanla y de su padrino el licenciado Quijano, y esto es más para considerado en un casto silencio, que para explicado con la pluma; pues aunque fuese de águila, de buitre ó de abutarda, nunca podia remontar el vuelo hasta la cumbre de tan alta esfera; ¡cuánto más la nuestra, que no puede seguir el movimiento tardo del avestruz! Basta decir, que apenas se des-montó del macho zancarron (así se llamaba el director de la obra), cuando la tia Catanla le dió mil tiernos abrazos, y otros tantos maternales ósculos, de-jándole tan rociado de los desperdicios de sus narices y ojos, que huía al limpiarse estos; pero no le deja-

ron las rociaduras semejantes, que se siguieron, porque como era la primera vez que se dejaba ver en el lugar después de fraile, no solo concurrieron á verle y abrazarle las tías del barrio, unas con la licencia de viejas, y otras con la de parientas, sino que apénas quedaron dos en todo Campazas, que no hiciesen lo mismo; y aún esas dos únicas, es fama que lo dejaron, una porque estaba en la cama con cámaras y pujo, y otra porque dos días ántes habia saltado de su corral al de la tia Catanla una gallina y no habia parecido, de lo cual estaba hecha ella una furia contra la buena de Rebollo, que no sabia de ese; y aún se decia, que la dueña de la gallina quería acudir á Leon, á sacar una descomunion ó una pallina á mata-candelas (así llamaba ella á la paulina y excomunion) contra la encubridora de su ave. Por lo demás, hombres, mujeres, viejos y mozos, todos acudian á casa de Anton Zotes á ver el frailecito, y á dar la enhorabuena á sus padres de que tuvieran el gusto de verle en su casa y tan aprovechado. Ello es así, que consta de documentos y papeles antiguos de aquel tiempo, que se gastaron en aquella tarde cuatro cántaros de vino, ocho quesos y diez y seis hogazas y media en agasajar á los que concurrieron á casa del tio Anton; de donde podrá inferir el prudente y discreto lector, los muchos que serian, y lo bien quis-tos que estaban en todo el pueblo Anton Zotes y su santísima mujer.

Faltaban tres dias para la funcion, en los cuales fueron llegando aquellos amigos especiales de la casa de los Zotes, donde estaban prevenidas no ménos que veinte camas, para los huéspedes, cuatro

por los de mayor autoridad, y las demás se acomodaron en una panera, que á este fin se desocupó y se barrió, colgando las paredes con mantas de mulas y caballerías de labranza, así de las que habia en casa, como otras que se pidieron prestadas, quedando la pieza á juicio de la mayor parte del lugar, tan ostentosa, que se podia hospedar en ella un obispo.

El primero que llegó fué un primo del tio Anton, y consiguientemente tio segundo de nuestro Fray Gerundio, que habia sido colegial mayor, y era actualmente magistral en una santa iglesia, hombre ya hecho, sabio, agudo, discreto, muy leido, gran teólogo é insigne predicador; en fin, de prendas tan sobresalientes, que ya habia sido presentado en tercero lugar para un obispado. Este tal traia de camarada otro canónigo de su misma iglesia, de estos que se llaman *canónigos de cuello ancho*, y por otro nombre *de capa y espada*, jóven aún y en la flor de sus años, pues no pasaba de veinte y cinco, pero muy despejado, muy alegre, naturalmente chistoso y decidor, poeta más que decente, que decia de repente con gracia bastante, con no poca sal, y por lo comun sin sacar sangre (cosa muy dificultosa y por lo mismo bien rara en los que tienen esta habilidad y hacen profesion de ella): por cuyas buenas partidas, estaba muy bien prendado de él el señor magistral.

Como unas dos horas después se apeó un labrador, pariente tambien del tio Anton, que vivia en un lugar cuatro leguas distante de Campazas. Era familiar del Santo Oficio, y aunque hombre de explicacion

cerril y á pata llana, tenia una razon natural bien puesta, y discurría con acierto en aquellas materias que se proporcionaban á su capacidad. En el camino se le habia incorporado un donado de cierta religion, que habiendo sido tres veces casado y cinco años viudo, por fin y postre cansado del mundo, se entró á servir en un convento, donde pretendió para lego, pero no quisieron darle la capilla, porque aunque muy forzado y servicial, era extraordinariamente zafio, y allende de este y más que medianamente bebedor, no de manera que se privase *in totum*, pero se quedaba á medios pelos, que olian á chamusquina, y entónces con especialidad hablaba por todas sus coyunturas, y en todas las materias que se ofrecian, porque sabia leer y habia leído la *historia de los doce Pares de Francia*, á *Guzman de Alfarache*, la *Pisara Justina*, y cuantos romances de ciegos se sacaban de nuevo en los mercados, gustando sobre todo de leer gacetas, aunque maldita la palabra entendia de ellas; con que era el donado hombre muy divertido, y en fin pieza de reir.

Mucho se alegró nuestro Fray Gerundio, cuando se vió en compañía de todos estos huéspedes, pero especialmente de su tío el magistral, quien, como hombre entendido y de la facultad, le parecia que habia de hacer justicia á su sermon, del cual estaba tan satisfecho, que se persuadia con el mayor candor del mundo, que en su vida habria oido ni leído otro semejante, y ya daba por hecho, que oyéndole habia de enamorarse tanto el tío de los talentos de su sobrino, que cuando fuese obispo le habia de llevar consigo, y hacerse su confesor, no pareciéndole tam-

poco imposible, que al tiempo el tio obispo (pues ya le consideraba como tal) le grangease por ahí, aunque no fuese mas que un obispadillo en Indias. Todos estos pensamientos le pasaron por la imaginacion llenándole de un inexplicable gozo.

Pero quien podrá declarar con palabras el que se apoderó de su corazon, cuando contra toda su esperanza y sin que siquiera se le hubiese ofrecido tal cosa al pensamiento, vió apearse en el corral á su íntimo amigo Fray Blas, acompañado de otro religioso de otra religion, que él no conocia; pero todas las señales eran de ser hombre muy reverendo, porque traia anteojos con cerquillo de plata, becuoquin de seda, sombrero fino, cordon de seda y dos borlas de lo mismo, quitasol, baston de caña de Indias con puño de China, y venia montado en una bizzarra mula, con su gualdrapa muy cumplida de paño fino negro, grandes fluecos y caireles, sirviéndole de espolista un gallardo mozo, bien puesto en toda la gala de los majos y petimetres de oficio, zapatillas blancas, medias del mismo color, calzon de ante, una gran faja de seda encarnada á la cintura, armador de cotonia, capotillo de paño fino de Segovia de color amusgo, redecilla verde con su borla de color de rosa, que colgaba hasta más abajo de la nuca, la cinta que la ceñia y apretaba de color de nacar, sombrero rodeado de una cinta de plata de color de fuego, con su rolen ó lazo á la parte posterior, que remataba en la capa. Esto lo observó Fray Gerundio muy bien observado, y todo le hizo imaginar que aquel religioso era por lo ménos catedrático de la universidad de Alcalá ó de Salamanca,

cuando no fuese quizá algun padre definidor ó presentado.

No se engañó mucho, porque á lo ménos era vicario de unas monjas que estaban junto á Ocanilla, y ántes de eso habia vivido seis años en una granja, en cuya administracion no se habia perdido, porque él confesaba ingénuamente cuando se ofrecia ocasion, que no le habia valido mal, ó á lo ménos lo suficiente para socorrer á cuatro parientes pobres, para servir á dos amigos, y para subvenir á sus necesidades religiosas, aunque la vida fuese un poco más larga que lo ordinario. Como quiera, cuando Fray Gerundio oyó á su amigo Fray Blas, pensó perder los sentidos de puro contentamiento, y después de haber hecho los primeros cumplimientos al reverendísimo padre vicario, como lo pedia la urbanidad, dió muchos abrazos á Fray Blas, y supo de él como habiendo tenido noticia en Ocanilla del sermon que le habian echado en su lugar, hizo ánimo de no volver á su convento hasta habérselo oido predicar, logrando con esta ocasion ver la fiesta de Campázas, y pasar en su compañía cuatro dias alegres con toda libertad, y sin el molesto acecho y murmuracion de los frailes.

Díjole que para sacar licencia del prelado, sin que ni él ni los frailes reparasen, en que estaba tanto tiempo fuera del convento, le habia escrito una carta llena de mentiras, suponiendo que habia caido gravemente enferma una viuda sin hijos ni herederos forzosos, que le habia pedido con grandes instancias que la confesase y asistiese, hasta entregar el alma á Dios, dándole á entender, que no lo perderia él ni

la comunidad, porque podia disponer libremente de sus bienes, como nuestro Señor le inspirase: que no obstante eso se habia resistido, por cuanto la enfermedad tenia traza de ir muy larga, aunque decia el barbero del lugar, hombre muy inteligente, que sin milagro no podia escapar de ella: que la misma viuda le habia obligado á que escribiese á su Pater-nidad, esperando que no la negaria este consuelo, y que así lo hacia con la mayor indiferencia, aguardando su determinacion, porque todo su gusto era obedecerle, bien que si hubiera de consultar á su inclinacion, ya estaria en el convento; porque sobre la penalidad y trabajo de asistir continuamente á una enferma, pasando malos dias y peores noches, siempre le habian parecido mal los frailes que estaban mucho tiempo fuera del convento y campana, á que se añadia, que siendo él predicador mayor de la casa, no era razon que cargase otro con los sermones que por su oficio le tocaban.

Esta fué, amigo Fray Gerundio (añadió el predicador), como la cartica que le expedí, que aunque yo lo diga, no iba urdida del peor estambre; ya conoces pues la malicia del buen hombre, y lo fuerte de la tentacion. En fin, el santo varon tragó el anzuelo, y me respondió sin perder tiempo, alabando mucho mi celo, mi obediencia y mi religiosidad; pero mandándome en virtud de santa obediencia y en remision de mis pecados, que asistiese á la enferma, hasta que á vida ó á muerte saliese de aquel peligro, aunque la enfermedad durase un año, encargándome que procurase fomentarla la devocion de la órden, y que no dejase de exagerarla las particulares nece-

sidades del convento; pero me prevenia que esto fuese con prudencia, y cuando se ofreciese buena coyuntura. Por lo demás, concluia, que los sermones no me diesen cuidado, pues corria del suyo encargarlos, fuera de que, teniéndote á tí, no necesitaba de otro; pues aunque todavía estabas un poco verde, esto no desdecia de tus años, y por otra parte era prodigiosa tu facilidad.

Vamos claros, dijo Fray Gerundio, que el enredo está de mano maestra: ¿y cuánto tiempo ha de durar la enfermedad de la viuda? Lo que duraren las fiestas de los lugares á la redonda (respondió Fray Blas), porque ninguna pienso perder. ¿Y qué diablos ha de decir V., le preguntó Fray Gerundio, cuando se vea que no hay tal hacienda ni calabaza? ¿En eso reparas, majadero? respondió Fray Blas: ¿hay más que decir, que habiendo hecho la enferma su testamento cerrado, en que dejaba al convento por universal heredero, después de algunos legados de corta cantidad á algunos parientes pobres, estando ya con la unción, hizo una promesa y cobró salud milagrosamente? ¿Pero si se averigua, respondió Fray Gerundio, que no hubo tal viuda ni tal enfermedad de mis pecados, y que todo fué un puro embuste de V. para pretextar con este piadoso sobrescrito la tuna y el pispoleo? Calla, simple, respondió Fray Blas: no habiendo otra correspondencia con Ocanilla en el convento, que la que yo tengo, ¿cómo se ha de averiguar? fuera de que, aunque por alguna casualidad llegue á saberse; ¿*quid inde?* ¡Dirán que fué una de las trampillas que están muy en uso! Mira, Fray Gerundio, las mozas de servicio nunca salen de casa,

sino con sobrescritos devotos, y ya me entiendes y no digo más; pero como los prelados se la entienden, se visten del celo de la observancia, y mientras no les cohonestan la salida, dicen que la pierna en la cama y la moza en la rueca y el fraile en la celda.

Pero á propósito de fraile, interrumpió Fray Gerundio; ¿quién es ese reverendísimo que viene con V.? porque parece personaje. Y es lo que parece respondió Fray Blas; porque aunque ahora es vicario de unas monjas, y antes fué granjero, siguió la carrera de los estudios con mucha honra; y aburrido de que hubiesen graduado á otro condiscípulo suyo por empeños, se aplicó á este rumbo, de lo que no está arrepentido; porque aunque no parece de tanta honra, es sin duda de mucho mayor provecho: hizo mucho doblon en la granja: después pretendió esta vicaría que le dieron sin dificultad: las madres le regalan, como á cuerpo de Rey, y él lo pasa como un Pontífice. Es muy amigo mio desde que me oyó predicar en Cebico de la Torre, no sé por qué casualidad vino á oirme el sermon de Santa Orosia: llevóme á su vicariato donde me tuvo ocho dias, tratándome como un patriarca: temporadilla mejor no espero pasarla en mi vida; en fin, como hice ánimo de venirte á ver en fé de nuestra amistad y de la confianza que tengo con tus padres, convidé al padre vicario á que se viniese conmigo, ponderándole la fiesta de Campazas, diciéndole mil cosas de tí, y asegurándole que seria muy bien recibido.

¿Y cómo que lo será? interrumpió Fray Gerundio, antes este es un nuevo beneficio, de que me confieso

deudor á la fineza de V. porque sobre las prendas que me pondera del padre vicario, de esta hecha entablo conocimiento con él; y cádate ya el camino abierto para irme á holgar en su compañía cuatro dias, cuando se ofrezca ocasion.

Con esto se entraron en la sala donde estaba el padre vicario, después de haberse quitado los ajuares del camino, en compañía del magistral, de los demás huéspedes, de Anton Zotes y de la tia Catanla, que le recibieron con el mayor cariño, el cual creció más, cuando su hijo y el predicador mayor le informaron de secreto quien era. Finalmente, fueron concurriendo todos los convidados con algunos más que no lo habian sido; y en los dias que faltaban hasta el de la fiesta, parece que no debió suceder cosa que de contar sea; porque los autores casi todo lo pasaron en silencio. Solo uno de ellos apunta (aunque muy de paso), que Fray Gerundio, después de haber hecho su cumplido á los que iban llegando, se retiraba á repasar su sermon unas veces á un desvan, otras al campo, y porque ni aún en este le dejaban la libertad, por la multitud de forasteros que acudian de la comarca, finalmente se vió obligado á encerrarse en la bodega para decorar su cartapacio. El mismo autor dá á entender tambien en general, que en aquellos dias pasaron cosas preciosas con el donado, á quien luego conoció el humor D. Bartolomé (así se llamaba el canónigo mozo), y haciéndose muy amigo de él, poniéndose en todo de parte de sus necedades, con grandísima gracia y no con menor socarronería, fomentaba sus simplezas, de manera que sucedian lances extraordinariamente sazonados;

pero como el referido autor no los especifica, y nosotros en materia de verdad somos tan escrupulosos, aunque sospechamos lo que pudieran ser, no nos atrevemos á referirlos, porque es infidelidad irremisible en un historiador adelantarse á vender las sospechas por noticias.

Llegado que hubo el día deseado de la fiesta, y la hora de la función, vinieron á sacar de casa á Fray Gerundio, su padre, como mayordomo de aquel año, un tío suyo, que lo había sido el antecedente, ambos con sus varas de la cofradía del Santísimo, dadas de almazarron y de almagre, que no había más que ver, los dos alcaldes y los dos regidores del lugar con su fiel de fechos y con su alguacil detrás en el sitio que le correspondía, añadiéndose de comitiva voluntaria, y para mayor cortejo, muchos clérigos circunvecinos, y algunos frailes aventureros de diferentes religiones, que se hallaban en aquellas cercanías, y no quisieron perder la comedia y los novillos. Precedía á todos el tamboril y la danza compuesta de ocho mozos los más jaquetones y alentados de Campazas, todos con sus coronas ó corazones arrasurados sobre el cráneo ó plan de la cabeza: esta descubierta, y las melenas tendidas, jaquetillas valencianas de lienzo pintado, con dragona de cintas de diferentes colores: su banda de tafetan prendida de hombro á hombro, y colgando á las espaldas en forma de media luna, con pañuelo de seda al pescuezo, retorcido por delante, como cola de caballo, y prendido en la punta por detrás, como hacía la mitad de la espalda; camisolas de lienzo casero, más almidonadas que planchadas, y tan tiesas, que se tenían por sí

mismas en cualquiera parte; calzones de la misma tela que las casaquillas, y en la pretina por el lado derecho colgado un pañuelo de bayetilla, con mucha gracia; las atapiernas de los calzones holgadas y anchas, guarnecidas de una especie de cintillo ó cordón de cascabeles, medias de mujer, todas encarnadas, zapatillas blancas con lazos de hiladillo negro, y en toda cosa todos ceñidos con sus corbatas, para meter los palos del palateo en el mismo sitio, y ni más ni ménos como los arrieros llevan la vara al cinto.

Ya estaban Fray Blas y Fray Gerundio á la puerta de la casa, esperando el acompañamiento; porque á Fray Blas le pareció obligacion precisa en su amistad y en la hermandad de profesion acompañar á Fray Gerundio, y no solo le dió por todo aquel dia la mano derecha, sino que fué sirviendo á Fray Gerundio hasta dejarle en el púlpito; y aún se hubiera sentado en la escalera, á no haberlo embarazado Anton Zotes, que le obligó á sentarse en el banco de la cofradía entre los dos mayordomos.

Salió, pues, de casa nuestro Fray Gerundio, más resplandeciente que el sol, y más risueño que la alva, más brillante que la aurora. Habíase (claro está) afeitado con la mayor prolijidad, encargando al barbero que se esmerase en la operacion, pues no le valdria ménos que un real de plata; y con efecto el maestro le dejó tan lampiño, y con el rostro tan liso, que parecia bruñido: sobre todo en el cerquillo aplicó el mayor esmero, el plano no parecia sino un cuadrilongo de papel fino de Génova, alisado con diente de elefante, la orla un flueco de seda negra

cercenada por las puntas, con la mayor igualdad, sin que un solo cabello se adelantase á descomponer la línea: el copete elevado como dos dedos y medio, con maravillosa proporcion al fondo del cerquillo que formaba la circunferencia: todo el campo del cogote, que corria desde el extremo del cerquillo por la parte posterior hasta la entrada del pescuezo, tozuelo rasurado tambien á medio rapar, para que negreando un poco el fondo, sobresaliese más lo restante de la rasura. Habia estrenado aquel dia un hábito nuevo, que su buena madre le tenia prevenido, y una hermana suya, moza ya casadera, se habia esmerado en doblarle, plegarle y aún aplancharle, pasando la plancha, no más que por los pliegues y dobleces, con tanto primor y delicadeza, que al desdoblarse se dejaban ver todos ellos distribuidos con graciosa proporcion y simetría: particularmente los pliegues del escapulario hacian una labor, que encantaban, y como la tela de la capa y de la capilla era flamante á manera de estameña aprensada, hacia unos visos, que deslumbraba la vista. Calzóse (ya se vé) unos zapatos muy ajustados, hechos á toda costa, en cuanto lo permitia la hechura que se usaba en la religion; pero en todo caso habia encargado al maestro que las puntadas fuesen iguales, muy menudas, y que el hilo estuviese muy cargado de zerote, para que lo blanco de ellas sobresaliese más. La noche ántes le habia regalado el padre vicario con dos solideos de seda de los que fabricaban las monjas, de exquisito arte y chulada, cuyo centro era una borlita muy chusca, elevada con la debida proporcion; y Fray Gerundio estrenó uno de ellos aquel dia, así por mostrar la

estimacion que hacia del regalo, como por ser un ornamento tan precioso como preciso para su pontifical. No se olvidó, y ni podía olvidarse de echar en una manga un pañuelo de seda de dos caras y de vara muy cumplida, siendo una faz de color de rosa, y la otra de color de perla; y en la otra manga metió segundo pañuelo de Cambray muy fino, con sus cuatro borlas de seda blanca á las cuatro puntas, teniendo por cierto que cualquiera de los pañuelos que se le hubiera olvidado, seria bastante para que el sermon no pareciese la mitad de lo que era.

Dudó por algun tiempo si llevaria anteojos, cosa que le parecia daba infinita autoridad al predicador, y añadia gran peso y una maravillosa eficacia á lo que decia, pensamiento que le tuvo tan inquieto la noche antecedente, en que no fué posible pegar los ojos, que no pudiendo desecharlo de sí, despertó á su amigo Fray Blas, que por aquella vez tuvo más juicio del que él acostumbraba. Se rió mucho de su ofrecimiento, diciéndole que los anteojos en un mozo, aún cuando tuviese alguna necesidad de ellos (lo que rara vez sucedia) era la cosa más ridícula del mundo, y que así los hombres de juicio, como los bellacos, hacian gran burla de aquella afectacion, bastando ver á un rapaz muy armado de sus gafas, para que todos le tuviesen por mozo de poco seso. Aún en los anteojos habituales de los viejos, añadió Fray Blas, son muy pocos los que creen, porque son poquísimos los que los necesitan á pasto; y más desde que se ha observado que en las religiones regularmente echan esa gala aquellos sujetos de media braga, que estuvieron consultados para perpétuo coro

ó cosa equivalente: y después, ó por empeños ó por paisanaje, ó en fin porque los hallaron con una arrastrada medianía, les destinaron á una de las dos carreras de púlpito ó de cátedra, cumpliendo con ellas entre si basta ó no basta, y sale aquí traidor. Estos son por lo comun los mayores y más perdurables anteojoístas, vanamente persuadidos á que pueden suplir con accidentes lo que les falta de substancia, y pretendiendo persuadir á otros que su continua aplicacion á los libros, les quebrantó la vista. Pocos hombres hay de los verdaderamente sabios y aplicados, que usen de este mueble, sino cuando realmente le han menester, que es para escribir y para leer; así, amigo Fray Gerundio, déjate de locuras y déjame dormir.

Con esto no volvió Fray Gerundio á pensar más en anteojeiras, y excusando este dije, salió de casa para la Iglesia con todo el tren que llevamos referido: llevaba tras sí los ojos de cuantos le miraban, porque iba con el cuerpo derecho, la cabeza erguida, el paso grave, los ojos apacibles, dulces y risueños, haciendo unas magestuosas y moderadas reverencias ó inclinaciones con la cabeza á uno y otro lado, para corresponder á los que le saludaban con el sombrero ó con la gorra, y no descuidándose de sacar de cuando en cuando el pañuelo blanco, para limpiarse el sudor que no tenia, y el de color para sonarse las narices que estaban muy enjutas.

Apénas llegó á la Iglesia, hizo una breve oracion, y se entró en la sacristía, cuando se dió principio á la misa, que cantó el licenciado Quijano, sirviéndole de diácono y subdiácono, dos curas barrochos de la

vecindad. El coro lo llevaban tres sacristanes de las mismas cercanías, porque el de Campazas servia al incensario, y cuidaba del facistol, los cuales sacristanes en el canto Gregoriano eran los que hacian raya en toda aquella tierra, sirviendo de bajo el carretero del lugar, que tenia voz asochantrada, y de tiple un muchacho de doce años, á quien *ex-professo* habian capado, para acomodarle en la música de Santiago de Valladolid. No habia órgano, pero se suplía con mucha ventaja con dos gaitas gallegas, que de propósito habia hecho traer de la garatería el mayordomo, y las tocaban dos maragatos rollizos, tan diestros en el arte, que los llamaban para todas las fiestas récias del Roman Fancebadon y el Rabanal, de donde se extendió la fama hasta el mismo Paramo, con ser así que hay más de ocho leguas de camino; y Anton Zotes, á quien llegaron estas noticias, por haberlas oido casualmente en el puente Vizona á un criado del Maragato, Andrés Crespo, al tiempo que cargaba la recua, al instante envió á llamar á los dos famosos gaiteros, ofreciéndoles veinte reales á cada uno, traidos, llevados, comidos y bebidos; y como era esta la primera vez que se habia oido semejante invencion enfática en aquella tierra, no se puede ponderar el golpe que dió á todos la novedad, y más cuando oyeron por sus mismos oidos, que los dos músicos de las bragas anchas, así en el *Gloria* como en el *Credo*, seguian el tono Gregoriano con tanta puntualidad, que no habia más que pedir. Celebróse infinito el buen gusto de Anton Zotes, y es tradicion de padres á hijos, que desde entónces quedó establecido en el Paramo el uso de las gaitas gallegas en toda misa de incienso;

y de aquí nace el llamarlas en algunos lugares, *el órgano de los Zotes*, etimología que, á nuestro modo de entender, no carece de mucha probabilidad.

En fin, llegó la hora del punto tan deseado de subir al púlpito nuestro Fray Gerundio. Dejemos á la discreta consideracion del pio lector y prudente, figurarse allá para consigo, con qué bizarría y desembarazo saldria de la sacristía, precedido de cuatro cofrades con sus cabos de blandones, porque el mayor no llegaria á cuarta y media, de los dos mayor-domos con las insignias de sus varas: de cuatro clérigos con sobrepellices, y de su amigo Fray Blas, que, como dijimos, quiso hacer aquel dia los honores de Fray Juan, hasta dejarle en el púlpito; con qué magestad subiria á las gradas del presbiterio, en cuyo púmero están divididos los autores; porque unos dicen, que eran diez, otros doce, y no falta alguno que se adelante á asegurar que llegaban á catorce, aunque todos convienen, en que hay mil campanarios que no llegan á tantas; ¿con qué autoridad recibiria la bendicion de su padrino el licenciado Quijano, de quien es pública voz y fama, que se enterneció un si es no es al tiempo de dársela? ¿Con qué despejo y gravedad caminaria hasta el púlpito, haciendo inclinaciones con la cabeza á todos lados, pero con especialidad hácia donde estaba el banco de la justicia, el del regimiento y el de la cofradía? Y finalmente ¿con qué soberanía se presentaria en el púlpito, haciéndose primero cargo del auditorio, con reposado desden, y después hincándose de rodillas?

Así lo dejamos por ahora, mientras se divierte la narracion y la pluma á dar alguna noticia del teatro,

para que camine mas holgada la comprension en la inteligencia del asunto. Era la Iglesia de tres naves, aunque tan reducidas, que cuando entró en ella el canónigo don Bartolomé, dijo: Bastaria llamarle de tres botes: el presbiterio y la capilla mayor en misas de tres en ringle, no sufrian más ancas que los ministros necesarios y precisos para el altar; tanto que el facistol para cantar la Epístola y el Evangelio era menester colocarle fuera de su jurisdiccion. La nave principal era tan estrecha, que cuando concurría la Justicia y el regimiento en un banco, y alguna cofradía en el banco opuesto, era obligación del sacristan dar á besar la paz á un mismo tiempo á la justicia ó á la cofradía, lo que ejecutaba fácilmente, yendo por medio de la nave, y llevando una paz en la mano derecha, y otra en la izquierda; pues solo con abrir los brazos, y no muy extendidos, alcanzaba á uno y á otro banco, de manera que á un mismo tiempo y á un mismo punto, la iban besando por su órden los que estaban sentados por una y otra banda: verdad es, que lo que á las naves les faltaba de anchas, lo suplía ventajosamente lo que les sobraba de largas, por lo que diria yo con la licencia del señor don Bartolomé, que la Iglesia era de tres gabarras argelinas, ó de tres galeras turcas. A los piés de ella estaba el coro alto, sin más balustrado que un madero tosco y bruto, que atravesaba de arco á arco, con algunos palos á trechos, á modo de estacada, para evitar que algun muchacho atrevido no cayese en la Iglesia, y se rompiese la cabeza, que era el mayor daño que le podia suceder, porque la elevacion era de pocas varas.

Como quiera que el templo fuese ancho ó estrecho, largo ó breve, eso no era de cuenta de nuestro predicador, porque ni á él le tocaba hacerlo más capaz, ni la estrechez de la Iglesia podia perjudicar un punto á la magnificencia del sermon, siendo ya cosa averiguada como acredita varias veces la experiencia, que en la Iglesia más suntuosa de la cristiandad se puede predicar un sermon malo, y en una desdichada ermita ó humilladero rural, se puede predicar un excelente sermon. Lo que hace á nuestro asunto y á la memoria inmortal de nuestro Fray Gerundio, es que la iglesia de Campazas, tal cual es (y Dios se la deparó) estaba toda de bote en bote, que aunque cayese (por comparacion) de las mismas nubes un alfiler, lo que es al pavimento no podia llegar, porque, ó se quedaria en el tejado de la misma iglesia (lo que es más natural), ó caso de meterse por alguna rendija, boqueron ó gotera, tropezaria en las cabezas del auditorio, y allí ó en el vestido pararia sin duda, hasta que la iglesia se fuese desocupando.

Pero ya es tiempo que volvamos á nuestro Fray Gerundio, que le tenemos incomodado y puesto de rodillas, por más tiempo del que se acostumbra, no sin gran impaciencia suya por tanta detencion, especialmente cuando estaba reventando así por salir de su cuidado, como por desplegar las velas del discurso, navegando viento en popa por el mar de su mayor lucimiento. Levantóse, pues, con bizarrísimo denuedo, volvió á hacerse cargo de todo el auditorio con grave y magestuoso despejo, tremoló sucesivamente sus dos pañuelos, primero el de color con que se sonó ántes, y después el blanco, que pasó por la

cara *ad ostentationem*. Entonó su alabado en voz gutural y hueca; persignése esparciendo bien la mano derecha, teniendo en la izquierda la parte anterior de la que llaman *muceta* en la capilla; propuso el texto sumisa, pero sonoramente, y dió principio á su sermón de esta manera. Pero, salvo el parecer mejor y más acertado de nuestros lectores, ántes nos parece más conveniente hacer capítulo á parte, porque el presente harto será, que no sea muy prolijo.

CAPÍTULO IV.

EXPÓNENSE A LA ADMIRACION ALGUNAS CLÁUSULAS DEL SERMON
DE FRAY GERUNDIO.

DURÓ, pues, mucho tiempo en nuestra indecision, la gran duda de si copiaríamos todo el sermón de nuestro famoso predicador, ó nos contentaríamos con escoger algunas cláusulas entre aquellas que á nuestra limitada capacidad se representaban como más sobresalientes, para que el curioso lector por la parte viniese en conocimiento del todo. No de otra manera, que una sola uña bien dibujada en el lienzo, da á conocer la magestuosa ferocidad del monarca coronado en la selva; y una sola línea, que cayó al desgaire por el campo de la tabla, hace presente á los ojos penetrantes la diestra mano, que dió gran discurso á la delicadeza del pincel.

Por una parte nos hacia lastimosa compasion, y aún en cierto modo nos parecia especie de usurpacion injusta y hurto literario, defraudar al público de la más mínima palabra que se hubiese desprendido de la boca de nuestro divino orador; siendo cierto, que hasta las que salian de ella á excusas de la advertencia, merecian engastarse en diamante, para que compitiese su duracion con la permanencia de los si-

glos. Por otra se nos ofrecia, que no todos los lectores son tan inteligentes ni tan pacíficos ni de tan buena condicion, como nosotros los quisiéramos; ¿qué sabemos si quizá nos depararia nuestra mala suerte algunos de ellos tan cetrinos, tan indigestos y de gustos tan estragados, que diesen al diantre nuestra historia, viendo interrumpir el hilo de nuestra narracion con prolijos trasuntos de puntos intelectuales de nuestro héroe? Y acaso no faltaria alguno tan atrevido, que nos echase á los hocicos, que euando los referidos partos fuesen tan preciosos, como á nosotros nos figuraba nuestra pasion, era impertinencia empedrar de ello la historia, por cuanto al historiador toca hacer la narracion fiel de los hechos y proezas de su héroe, pero no una impertinente coleccion de sus obras; porque de este modo, si los que escribieron la vida de los cuatro Santos doctores de la Iglesia y tantos doctores venerables, insertasen en ellas todas las producciones de su pluma, nos serian un si es no es molestos y pesados. Confesamos de buena fé, que esta última razon nos hizo un poco de fuerza, y con dejar al cuidado de otra más felice pluma que la nuestra el empeño de enriquecer al orbe literario con una coleccion de los incomparables sermones de nuestro Fray Gerundio, ilustrándolos con hermosas notas y escolios (en cuyo afan tenemos entendido trabaja una academia de ingenios del primer orden), nosotros nos contentamos con extractar tales cuales rasgos de aquellos que salieron al encuentro de la narracion, y nos parecieron necesarios, para facilitar á los lectores la mayor inteligencia de los hechos. Fué, pues, la primera cláu-

sula del sermon que predicó en Campazas, la siguiente.

«Si es verdad lo que dice el Espíritu Santo por
«boca de Jesucristo, ¡ay infeliz de mí, que voy á pre-
«cipitarme, ó es preciso confundirme! El oráculo
«pronuncia, que ninguno fué en su patria predicador
«ni profeta: *Nemo propheta in patria sua*; ¿pues có-
«mo yo, atrevido, presumí este dia ser predicador en
«la mia? Pero teneos, Señor, que tambien para mi
«aliento leo en las sagradas letras, que no á todos
«hacen fuerza las verdades del Evangelio: *Non om-
«nes obediunt Evangelio*; y ¿qué sabemos si es esta
«alguna de aquellas muchas, que como siente el fi-
«lósofo se dicen solo *ad terrorem*?

Esta entradilla puso en la mayor suspension al grueso del auditorio, pareciéndole que era imposible encontrar introduccion más feliz ni más oportuna; pero el magistral, que de propósito se habia metido en el confesonario del cura (el cual está en frente del púlpito), y habia cerrado la celosía de la parte anterior, para observar á su gusto á Fray Gerundio, sin peligro de turbarle, apénas le vió prorumpir en dos disparates ó en dos blasfemias heréticas, tan garrafales como dudar si era cierto lo que habia dicho el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, y suponer que muchas verdades del Evangelio eran por espantar y poner miedo, de pura vergüenza bajó los ojos, que tenia elevados en su sobrino, y desde luégo hizo ánimo de no oir en aquel sermon más que herejías, atrevimientos ó necedades; y se hubiera salido de buena gana de la Iglesia, pero por no ser posible penetrar por el concurso, sin grandes alborotos, se

hizo cargo de que no era razon echar un jarro de agua á la fiesta, y así tomó el partido de disimular hasta su tiempo, y aguantar la mecha. Miéntas, iba nuestro Fray Gerundio prosiguiendo su sermon ó salutacion, y á pocas palotadas se metió de paticas en lo más vivo de las circunstancias. Aquí me habrán de perdonar los críticos mal acondicionados; porque cánseles ó no les canse, en Dios y en mi conciencia, no puedo ménos de trasladar el papel *de verbo ad verbum*, ya que no es posible trasladar á él el primoroso artificio, con que las tomó todas, la valentía, el garbo y el espíritu con que las animó. Dijo así, cansándose del estilo cadencioso, ó mudándole con todo estudio en el hinchado, así porque la variedad es madre de la hermosura, como porque á este estilo le llamaba más la inclinacion.

«Esta es, señores, la estrena de mis afanes oratorios; este es el exordio de mis funciones pulpita-
«les, más claro para el ménos entendido; este es el
«primero de todos mis sermones, y á mi intento el
«oráculo supremo: *Primum sermonem feci*, ó *Theo-*
«*phile*; ¿pero dónde se hace á la vela el bajel de mi
«discurso? Atencion, fieles, que todo me promete
«venturosas dichas: todos son proféticos vislumbres
«de felicidades. O se ha de negar la fé á la evangélica
«historia, ó tambien el hipostático ungido predicó su
«primer sermon, dónde recibió la ablucion sagrada
«de las lustrales aguas del bautismo. Es cierto, que
«la evangélica narracion no lo propala, pero tácita-
«mente lo supone. Recibió el Salvador la frígida mun-
«dificante; *Baptizatus est Jesus*; y al punto se le rasgó
«el tafetan azul de la celeste cortina: *Et ecce aperti*

« *sunt cæli*: y de Espíritu Santo descendió revole-
 « teando á guisa de pájaro colombino: *Et vidi spiri-*
 « *tum Dei descendentem sicut columbam*: ¡Ola! ¿bauti-
 « zarse el Mesías; romperse el pabellon ceruleo; des-
 « cender el espíritu sobre su cabeza? A sermon me
 « hueles; porque esta divina paloma siempre bate las
 « alas sobre la cabeza de los predicadores.

« Pero son supervacáneas las exposiciones, cuando
 « están claras las voces del oráculo; él mismo dice:
 « que bautizado Jesús, se retiró al desierto, ó el dia-
 « blo le llevó á él: *Ductus est in desertum ut tentare-*
 « *tur à diabolo*. Allí estuvo por algun tiempo, allí veló,
 « allí oró, allí ayunó, allí fué tentado, y la primera
 « vez que salió de allí, fué para predicar en un campo
 « ó en un lugar campestre: *Stetit Jesus in loco cam-*
 « *pestri*. ¡Oh! que este iba al paralelo de lo que á mí
 « me sucede! Fui bautizado en este famoso pueblo;
 « retiréme al desierto de la religion, si ya el diablo no
 « me llevó á ella: *Ductus est à spiritu in desertum,*
 « *ut tentaretur à diabolo*. Y ¿qué otra cosa hace un
 « hombre en el desierto, sino orar, velar, ayunar y
 « ser tentado? Salí de él para predicar; ¿pero en dón-
 « de? *in loco campestri*; en este lugar campestre ó de
 « Campazas; en este compendio del campo damasceno;
 « en esta emulacion de los campos de Farsalia; en este
 « envidioso olvido de los campos de Troya: *Et campus*
 « *ubi Troja fuit*: en una palabra; en este emporio,
 « en este solar, en este origen fontal de la provincia
 « de Campos: *in loco campestri*.

« Aun hay más en el caso: el lugar campestre, en
 « dónde predicó el primer sermon el hipostático, fué
 « á la esmeráldica márgen del argenteado Jordan,

«dónde habia sido bautizado; y ¿quién duda que le
 «oiria Juan, su padrino del bautismo? *Venit Jesus ad*
Jordanem, ut baptizaretur ab eo. Y ¿qué cosa más
 «natural, que oir el padrino á su ahijado, y más si
 «hizo de él feliz reminiscencia en la misma salutacion?
 «*Salutate Patrobam*, que dijo muy á mi intento el
 «Apóstol, saltará ahora de gozo, como palpitó en otra
 «ocasion de placer en el vientre materno: *Exultavit*
infans in utero matris. El caso es tan idéntico, que
 «seria injuria la aplicacion para el docto; pero vaya
 «para el insipiente; ¿no se llama Juan, mi padrino
 «de bautismo? todos lo saben: *Joannes est nomen ejus;*
 «¿no me está oyendo este sermon que predico? todos
 «lo vén: *Audivi auditum tuum, et timui;* ¿no le están
 «bailando los ojos de contento? todos lo observan:
 «*Oculi tui columbarum.* Luego no hay más que decir
 «en el caso.

«Si hay tal gracia, y agua en el complejo de la
 «fuente bautismal, y agua y gracia es lo que simbo-
 «liza su nombre y apellido, que Juan es lo mismo que
 «gracia, sábenlo hasta los predicadores malabares:
 «*Joannes, id est, gratia.* Pero que Quijano sea lo
 «mismo que agua ó fuente copiosa, lo ignoran hasta
 «los más eruditos: pero presto lo sabrán. Ya tiene
 «entendido el teólogo, y mucho más el sabio Escri-
 «turario, que la quijada de asno es muy misteriosa
 «en las sagradas letras, ó desde que Cain quitó la
 «vida con una de ellas á su hermano Abel, como
 «quieren unos, ó desde que Sanson, magulló, con
 «otra, las cabezas de mil agigantados filisteos, como
 «todos saben: *in maxilla asini percussit mille viros.*
 «Después de acabada esta hazaña, se moria fatigado

« de sed el esforzado Sanson : no habia en aquellos
« estrados espaciosos de la odorífica Flora, un hilo de
« plata líquida, con que poder aplacarla, cuando vés
« aquí que desde la misma quijada, que habia sido
« la mortal filisticida, brota un raudal de aljofarado
« reditivo, que refrijeró al infante esforzado, y quedó
« el sitio sigilado hasta el dia de hoy, con el cogno-
« mento de *la fuente de la quijada: Idcirco appella-*
« *tum est nomen illius fons invocantis de maxilla, us-*
« *que ad præsentem diem.* Id ahora conmigo: sabida
« cosa es, en nuestras historias genealógicas, que el
« antiquísimo y nobilísimo sobrenombre de los qui-
« janos, deriva su origen y alcurnia, no ménos que
« del tronco de Sanson, cuyos hijos y nietos, desde
« esta gloriosa hazaña, comenzaron á llamarse *los*
« *quijanos*: como otra, aunque ménos antigua, aun-
« que ménos noble, y ménos estendida familia de los
« Quijotes. No es ménos cierta la noticia que desde
« entónces las armas de los quijanos, son una quijada
« de jumento en campo verde, brotando un chorro
« de agua por el diente molar, como lo afirman cuan-
« tos tratan del blason de esta familia. Así mismo es
« cosa muy averiguada, que los quijanos, en las ba-
« tallas con los moros, no usaban otras armas, sino
« de la quijada de un jumento, cubierta con la piel
« de asno, siendo tan hazañosos con esta arma rebuz-
« nable, como á cada folio se refiere en los anales.
« Dígalo sino aquel héroe Gonzalo Sanson Quijano,
« que con una mejilla de un jumento, *in maxilla*
« *asini*, quitó la vida con su propia mano á 36008 sar-
« racenos en la famosa jornada de San Quintin, de-
« bajo de Júlio César, capitan general de Don Alonso;

«el de la mano horadada; proeza que premió el agra-
 «decido monarca, mandando, que en adelante se
 «pintase la quijada de los escudos de los Quijanos con
 «36008 dientes, y en cada uno de ellos, como si
 «fuera una escarpia, clavada una cabeza de moro;
 «cosa que hace una vista que embelesa. Y de paso
 «quiero añadir, ó diré ménos mal, quiero acordar
 «la erudicion tan sabida, de que el primer escudo
 «que se grabó con toda esta multitud de cabezas y
 «de dientes, no era mayor que la más menuda len-
 «teja; siendo lo más admirable, que quijada, dientes
 «y cabezas con todos sus pelos y señales, se distin-
 «guian perfectamente á más de diez pasos de distan-
 «cia. ¡O asombro de la invencion! ¡O prodigio de la
 «habilidad! ¡O milagro de los milagros del arte! *Mi-*
raculorum ab ipso factorum maximum, que dijo á
 «este intento Casiodoro.

«Pero, atencion, que oigo no sé que articulado
 «acento en las etéreas campanas: *Vox de Cœlo au-*
dit est; ¿pero de quién es ese gutural vervico so-
 «nido? Oigamos lo que dice, que quizá por ello de-
 «duciremos quien lo profiere, como por el efecto se
 «viene en conocimiento de la causa, y por el hilo
 «se saca el ovillo. *Hic est filius meus dilectus, in quo*
mihi benè complacui. Este es mi querido hijo, dulce
 «objeto de mis complacencias. ¡Ola! dice la voz,
 «que el que está predicando en el lugar donde fué
 «bautizado, es su hijo; luego la voz es del padre.
 «Sabe el lógico, que es legítima la consecuencia. ¿Y
 «quién es su padre? *Pater meus agricola est*. Mi pa-
 «dre es un labrador honrado. Ea, que ya vamos
 «descubriendo el campo. ¿Pero qué tiene el padre

«con el sermón del hijo? No es nada lo del ojo, y
 «llevábalo de fuera. ¿Qué ha de tener, si el mismo
 «se lo encarga? Dícelo expresamente el texto: *Misit*
 «*me vivens pater*: el que me envió ó me trajo á predi-
 «car, es mi padre; y nota oportunamente el mismo
 «texto; que cuando su padre le envió á predicar, es-
 «taba vivo; *vivens pater*; la interlineal *sanus*, que
 «estaba sano; los setenta *robustus*, que estaba ro-
 «busto; pagnino *fortis*, que estaba terete y fuerte.
 «Apelo á vosotros, y decidme si es idéntico el caso.

«Vamos adelante, que aún no lo he dicho todo.
 «¿Cómo se llamó este generativo principio, ese pa-
 «ternal origen de aquella dichosa prole? Aquí deseo
 «arepto vuestro órgano auditivo. El sermón que mi
 «padre vivo, sano, robusto y fuerte encargó á mi
 «insuficiencia, ¿no es eucarístico panal? Sí; ¿El ar-
 «ca del Testamento no fué el más figurativo emblema
 «de este melífluo bocado? Dígalo el docto y versado
 «en la teología expositiva. ¿Pero por dónde anduvo
 «esa testamentífera cóncava arca? Vamos á las sa-
 «gradas Pandectas. *Supportaverunt eam à lapide ad-*
 «*jutoris in Azotium*: condujéronla al pié de los Zo-
 «tes. Víctor, que ya tenemos Zotes en campaña;
 «entra el arca en la provincia de los Zotes; manda
 «un padre á su hijo, que predique de esa arca;
 «¿pues qué apellido ha de tener ese padre, y qué
 «cognomento ha de distinguir á su hijo, sino es el
 «de los Zotes principales de la provincia? *Supporta-*
 «*verunt eam in Azotium*.

«Es convincente el discurso; pero vaya una in-
 «terrogacioncilla. Y ese hijo no tenía madre; ¿y cómo
 «que la tenía? Consta pues, que el padre y la madre le

« buscaron: *Ego et pater tuus querebamus te*. Está
 « bien; ¿y la madre no tuvo parte en el sermón? fué
 « el todo; pero ya fué y es basa asentada, que siem-
 « pre que un predicador se empeña con lucimiento
 « en un sermón, refunde en la madre sus aplausos.
 « Por eso al acabarse el sermón, exclaman todas las
 « piadosas mujeres; Bien haya la madre que te parió;
 « ¡dichosas de las madres que tales hijos paren!
 « ¡*Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ su-*
 « *xisti!*

« ¿Pero qué ruido estrepitoso? ¿qué armoniosa
 « algarabía divierte mi atención hacia otra parte?
 « ¿qué percibe la potencia auditiva? ¿qué especies
 « visuales se representan delante de mi visible admi-
 « ración? Más claro y perceptible para que el vulgo
 « lo entienda; ¿qué oigo, qué veo? ¿qué he de ver ni
 « qué he de oír, sino un coro de danzantes? *Quid*
 « *videtis in Sunamitide, nisi choros castrorum*. ¡De
 « danzantes! Ea pues, que á vista de la Eucarística
 « arca, aún á los mismos reyes coronados les bullen
 « los piés. Dígalo el rey penitente de Idumea: *Et Da-*
 « *vit saltabat totis viribus*: brincaba con todas sus
 « fuerzas; no se andaba ahora en paspiés pulidos, en
 « carrerillas menudas, en cabriolas ni en vueltas de
 « pasos acostumbrados, daba unas vueltas en el aire,
 « echando las piernas con todas las fuerzas que podía:
 « *Saltabat totis viribus*. ¿No es esto lo que estamos
 « ahora viendo en estos ocho robustos luchadores á bra-
 « zo y pierna partida con el viento? Más: era David un
 « danzante coronado; pues corona por corona no le
 « deben nada á David nuestros danzantes. Pero aún
 « descubro en Isaías otras señales más claras de

«ellos: *Et pilosi saltabant ibi*: y danzaban allí los
 «que tenían el cabello largo, los de grande cabelle-
 «ra, los de las melenas tendidas. No puede ser más
 «adecuada la vision para el caso presente.

«De buena gana me iria un poco más detrás de la
 «danza, sino me embelesara ese teatro, que ya ob-
 «servo erigido junto á las puertas del templo, *ad fo-
 «res templi*, que dijo el mitrado panal de Lombardía
 «(hablo del melífero San Ambrosio.) ¿Y qué signifi-
 «ca ese teatro, que segun unos es signo natural, y
 «segun otros es signo *ad placitum* de un auto sacra-
 «mental, representacion del Sacramento, si de estas
 «representaciones están llenas á cada paso las pá-
 «ginas de la Escritura? ¿no fué representacion del
 «Sacramento el maná? Así lo siente Lorino; ¿no
 «fueron representacion dle Eucarístico trigo las espi-
 «gas de Ruth? Así lo afirma Aperrochio; ¿y todas estas
 «representaciones no se hicieron en el campo? ¿pues
 «quién podrá dudar que fueron profecías y figuras de
 «las representaciones del Sacramento que se hacen
 «todos los años en mi amada patria de Campazas? *In
 «loco campestri*.

«Mas afuera, afuera; aparta, aparta, escápate,
 «corre, mira que te coge el toro; ¿qué es eso? Ro-
 «deado me veo de esos cornupedos brutos; ¡qué cer-
 «viguillo, qué lomo, que rosas en el pescuezo, qué
 «lucios y qué gordos! *Tauri pingues obsederunt me*;
 «¿no hay quién me socorra? que me cogen, que me
 «pillan, que me revoletean. Pero, ¡ah! que fué pánica
 «ilusion de la fantasía, ente de razon raciocinante.
 «No son toros furiosos ni de muerte, sino unos no-
 «villos alegres y vivos, pero ni marrajos ni sangrien-

«tos, *vituli multi*, ó como lee otra letra, *mutilati*.
«Unos novillos desmochados; esto es, sin puntas en
«las astas, ó sin fuerzas en las puntas. Gracias á
«Dios, que respiro; porque me habia asustado;
«¿pero qué tienen que ver los novillos con la fiesta
«del Sacramento; puede haberla cabal, si la faltan
«los novillos? Pues al profeta penitente, que ade-
«lanta más la materia, el cual dice que los novillos
«se deben correr, ó lo que allá se vá, se deben pre-
«sentar en las mismas aras: *Tunc imponent super al-*
«*tare tuum vitulos*.

«Ya no me detengo ni en las hogueras ni en las
«luminarias nocturnas, que precedieron á este fes-
«tivo día. ¿Cuándo se descubre el Señor, sin que se
«enciendan brillantes cirios piropos; ni qué más
«hicieron los tres milagrosos niños en la flamígera
«hoguera del babilónico horno, que lo que anoche
«vimos á los pubescentes muchachos de mi predi-
«lecta patria en las flamígeras hogueras, que encen-
«dió la devocion y alegría de sus fervorosos incolas?
«Si aquellos jugaron con las llamas, sin que les to-
«case al pelo de la ropa, estos brincaron por ellas,
«sin que les chamuscase un solo pelo de la cabeza:
«*Et capillus de capite vestro non peribit*, que dijo
«Casiodoro. Pues la multitud de estruendosos vola-
«dores, que subieron serpenteando por ese diáfano
«elemento, saetas encendidas que disparó la bizarria
«y el valor, para disipar el nigrificante escuadron de
«las tinieblas, parece que les estaba viendo el mo-
«nárquico adivino, cuando cantó profetizando: *Sagit-*
«*tas suas ardentibus effecit*. Pero más al caso pre-
«sente lo pronosticó el que dijo, que resonaba por

« todo el campo el horrisono ban-bin-bon de las
 « bombardas: *Horrida per campos, bam-bim-bom-*
 « *barda sonabant.*

« Paréceme que tengo tocadas y retocadas las cir-
 « cunstancias del día. Pero no, que la más especial
 « por nunca vista se me olvidaba; hablo de ese vocal
 « instrumento, y al mismo tiempo ventoso, que tan
 « dulcemente titila nuestros oídos. Hablo de ese equi-
 « valente, como se explica el discreto farmacópola,
 « de ese *quid pro quo* de órgano, que añade tanta ar-
 « tificiosa armonía á la solemnidad del sacrificio: ha-
 « blo en fin, para que me entiendan todos, de esa
 « gaita gallega, que tanto nos encanta y nos hechiza;
 « pero ¡qué oportuna, qué discreta, qué ingeniosa
 « que fué la invención de mi paternal mayordomo,
 « cuando discurrió y resolvió festejar con ella la fun-
 « ción del Sacramento! Porque pregunto; ¿no es Sa-
 « cramento del viril, el escudo, las armas y el blason
 « del nobilísimo reino de Galicia? así me lo atestiguó
 « anoche un peregrino, que viene en romería de San-
 « tiago. Pues siendo esto así, era cosa muy congruen-
 « te, y en cierta manera *simpliciter necessaria* (ya me
 « entienden el lógico y el teólogo) que no faltase en
 « la fiesta del Sacramento aquel instrumento armo-
 « nioso, apacible y delicado, que deriva su alcuña y
 « apellido del mismo nobilísimo reino de Galicia, por-
 « que como dice el filósofo: *propter quod unum quod-*
 « *que tale, et illud magis.* Gran gloria de Galicia tener
 « por escudo y armas el Sacramento; pero mayor de
 « Campazas ser la patria y el solar de la Sagrada Eu-
 « caristía; porque ó hay Sacramento en Campazas, ó
 « no hay en la Iglesia fé. Este será el árduo empeño,

«por cuyo golfo desplegará las velas el bajel de mi
«entendimiento, digo discurso; y para que lo haga
«viento en popa, será preciso que sople por el timon
«el arca benéfica de aquella Deífera Emperatriz de
«los Angeles, implorando su proteccion y su gracia,
«con el acróstico epinicio del celestial paraninfo:
«*Ave Maria*.

Bien puede discurrir el advertido lector, que es imposible á toda humana pluma, no digo ya explicar cabal y adecuadamente, pero ni aún delinear un levísimo rasguño, por donde se venga en tal cual conocimiento de la admiracion, del pasmo y del asombro con que fué oida esta salutacion por la mayor parte de aquel quedejo y pestorejudo auditorio. Fué milagro de Dios; que le diesen lugar para el que se llama cuerpo del sermon; y seguramente no se le hubieran dado, á no tenerles todavía tan pendientes la suspension y autoridad, el asunto tan singular y tan raro que habia propuesto. Porque esto de probar que Campazas era el solar y la patria del Santísimo Sacramento, y que sino habia Sacramento en Campazas, no había en la Iglesia fé, que seis granos de láudano bastarian para amodarrar al más soñoliento y dormilon; no es ningun grano de anís. En medio de eso no pudo contener el auditorio, sin prorumpir de contado, 1.º en un muy alegre y bullicioso murmullo, muy parecido á aquel que hacen las abejas al rededor de la colmena; después en aclamaciones y vítores descubiertos, arrojando hasta la bóveda ó artesonado de la Iglesia, no solo las monteras y sombreros, sino que no faltaba quien decia, se vieron revoletear algunos botines. Sobre todo el maga-

ratazo de la gaita gallega, cuando vió su gaita no menos oportuna que repentinamente alabada, no pudo contenerse sin echar al predicador una alborada: esto de contado, y como dicen provisionalmente, reservando á echar fuera todos los registros luégo que el sermón se concluyese. En fin, la algazara y gritería fué tal, que en más de medio cuarto de hora no fué posible á Fray Gerundio proseguir su panegírico; y aunque el sacristán hacia pedazos el esquilon del altar, para que se sosegase la bulla, no lo pudo conseguir, hasta que de bueno á bueno se fueron todos aquietando.

Mientras el sabio, prudente y discreto magistral estaba también atendiendo, pero sin acertar á discurrir cual de las dos cosas asombraba más, si la satisfaccion y sandez del orador, ó la ignorancia de aquel rústico auditorio. El canónigo don Bartolomé, aunque no le apuró tanto como al magistral, le dió en pocas razones á entender, que la salutacion habia sido un tejido de disparates. El otro pariente suyo, familiar del Santo Oficio, hombre de vastas explicaderas, pero más que de mediana razon, decia allá para consigo: O yo soy porro, ó este hombre no sabe las inclinaciones de los hombres, ni ha estudiado á velmo, ni como cuco (llamábase *farruco* un hijo suyo, que comenzaba aquel año el arte); toda esta gente está borracha, mas en fin yo soy un pobre lego sin letras, y puede ser que me encalabrine.

Esto pasaba por el entendimiento de los tres, cuando Fray Gerundio principió el cuerpo del sermón, que probó, confirmó y exornó puntual y literalmente, según la ingeniosa idea que se le habia ofre-

cido, de la cual dimos bastante noticia al fin del capítulo segundo, donde podrán volver á luz, si gustaren nuestros pios y benévolos lectores; porque si bien es verdad, que nos podríamos prometer de su mucha benignidad, que no llevasen á mal, el que se la volviésemos á poner delante de los ojos un poco más extendida, y con toda la enerjía, cultura y formalidad propia de nuestro orador; pero al fin, todo bien considerado, nos ha parecido más acertado consejo no abusar de su buena inclinacion, haciéndonos cargo de que toda repeticion es fastidiosa, sin ser nuestro ánimo derogar un punto la buena fama y opinion del que dijo, que hay cosas, *quæ sæpius repetita placebunt*, que darán gusto y no fastidiarán, aunque se repitan muchas veces. Háyales enhorabuena; pero nosotros no presumimos tanto de las nuestras, que las consideremos en este número: y llamamos nuestras á las de nuestro Fray Gerundio, porque en tanto nos las apropiamos, en cuanto están sujetas á la jurisdiccion de nuestra tarda y deslucida pluma. Y en fin; ¿para qué es rompernos la cabeza, si tenemos ya hecha una firme, determinada ó irrevocable resolucion *inter vivos*, de no copiar ni trasladar dicho sermon en nuestra historia? Haga cuenta el curioso lector, que le leyó: dé por supuestas y aún por oidas muchas aclamaciones, muchos más vítores, muchos más *vivas* al acabarse el panegírico, que al concluirse la salutacion. Tenga por cosa cierta, que no solo la gaita, sino el mismo gaitero estuvo por reventar, uno soplando, y la otra siendo soplada. Suponga como noticia indubitable, que allí incontinenti, en la misma Iglesia al bajar la escalera del púlpito,

hubieron de sofocar á Fray Gerundio á puros abrazos; y que antes de llegar á la sacristía, pensó ser ahogado con las lágrimas y mocos de las tías, que se atropellaban por abalanzarse á él, habiendo corrido la misma fortuna á Anton Zotes y á la dichosísima Catánla Rebollo su consorte. Finalmente de por asentado, lo que dice un autor fidedigno, y sincero, conviene á saber, que el mismo licenciado Quijano, no embargante de estar revestido con las vestiduras sacerdotales, ni acordándose siquiera de que estaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, se mantuvo sentado en la silla, hasta que su ahijado pasó por el presbiterio para entrarse en la sacristía, y entónces, sin poderse contener, se arrojó á él, dióle un estrechísimo abrazo, y vuelto al altar, apenas pudo entonar el *Credo* por las lágrimas que le corrían de puro gozo y ternura: demostracion que no se hallará en toda la historia eclesiástica, aunque sea del mismo Elias, autor diligentísimo de recoger todas las noticias apócrifas y ridículas, que podían hacer despreciables las sagradas, augustas y venerables ceremonias de la santa Iglesia.

Salió nuestro Fray Gerundio de Campazas de la Iglesia lo mejor que pudo, y no le costó poco trabajo; porque es tradicion, que apenas le dejaron los piés en el suelo, hasta que llegó á su casa, llevándole en el aire los innumerables que concurrieron á gratularle, y se incorporaron despues en la comitiva, que se compuso casi de innumerable gentío, que habia concurrido á la fiesta. Pareciónos que no era necesario decir los parabienes, los plácemes, las enhorabuenas que allí se repartieron: unos ensalzando al

predicador, otros congratulando á sus padres; estos complaciéndose con Fray Blas, que recibia las enhorabuenas en nombre de su religion, aunque aplicando así la mayor parte de ellas; aquellos clamando en voz en grito, *que era dichoso el lugar que habia merecido ser la patria de tal hijo*; y finalmente gritando todos á una voz *que Fray Gerundio era de presente la honra, y habia de ser con el tiempo la inmortal gloria de su siglo*. Pues cosas tan comunes y regulares, no es razon que los historiadores gasten el tiempo en referirlas, porque los lectores las deben dar por supuestas, y más cuando á la sazón, era ya la una de la tarde, estaban las mesas puestas, se pasaba el asado, y los convidados tenian gana de comer.

CAPÍTULO V.

DÁSE CUENTA DE LO QUE PASÓ EN LA MESA DE ANTON ZOTES.

No es nuestro ánimo hacer una pomposa descripción de la gran mesa, ni referir el orden de asientos que guardaron entre sí los convidados, ni mucho menos, dar al lector una menuda é individual noticia de los platos que se sirvieron en ella. Pues, sobre que podría parecer á muchos una prolijidad impertinente, no faltarían algunos, que la calificasen de impropia y muy agena de aquella magestad, que debe reinar siempre en esta graciosísima historia, en la cual nunca pueden hacerse lugar, noticias que no sean de la mayor importancia; porque si bien no pocos historiadores nos han dado en esto, ejemplos harto perniciosos, haciendo en las suyas, cosas harto estravagantes y ridículas; como el que se paró muy de propósito á tomar medida de las bragas de Calígula, haciendo una pintura de su corte, y previniendo con toda seriedad, que se las ataba con abujetas, y no con botones ó corchetes, que era lo más regular en aquel tiempo: y el otro, que refiriendo aquel caso (cierto ó dudoso), cuando el rey Don Pedro el Cruel, se arrojó con la espada desnuda, para matar al legado de Pavía Aguarchlin, que le habia descomulgado

desde un barco, que estaba prevenido, y este se escapó á fuerza de remo; con cuya ocasion el bueno del historiador, se nos entretiene en medir los piés que tenia el barco de largo, de los que constaba de ancho, cuantos eran los remeros de que iban vestidos, sin omitir el color de las barretinas; y nos advierte que llevaban bordado de realce en ellas, el escudo ó las armas de Don Enrique, conde de Trastámara, hermano y competidor de Don Pedro. Digo, que estas y otras menudencias, que nos refieren los historiadores, son ejemplos más admirables que imitables, y que á nosotros no ha parecido muy conveniente, respetar con una profunda veneracion, y temperarnos en seguirlos. Fuera de que, habiendo hecho ya una puntual descripcion topográfica de la casa de Anton Zotes, á la misma entrada de esta nuestra verídica historia, con su figura de invenciones y repartimientos, le será fácil comprender á cualquiera lector, (por escasa que sea la sagacidad de que le haya dotado el Cielo), que dentro de la casa no era fácil encontrar pieza cubierta, capaz y proporcionada para tantos convidados; porque la primera que era la única que habia, estaba ya empleada legítimamente en otro necesario destino, como lo dejamos advertido en el capítulo III, de esta segunda parte: y aunque hubo votos de que se despejase para poner las mesas en el pajar, no lo permitió la discrecion del mayordomo; lo primero, porque era lugar indecente; lo segundo, porque dar de comer á los convidados, dónde estaba la despensa de lo que habian de comer las bestias, podia parecer pulla, y era dar asunto, para que sacasen coplillas y cantares; lo tercero, porque

¿dónde se habia de echar la paja? Porque todo el cuarto estaba entoldado de telarañas; y lo cuarto finalmente, porque no habia otra entrada para el pajar, que el boqueron por dónde se entraba la paja, desde el cual, hasta el pavimento habia más de seis varas.

Esta última enfecultá, dijo un compadre de Anton Zotes, que asistia á las consultas, no me hace ninguna fuerza, porque con bajar los señores por la escalera de mano, por dónde bajan los mozos cuando el pajar llega á las escorreduras, estaba todo acabado. Y ¿cómo se habia de servir á la mesa? replicó el tio Anton Zotes. ¿Cómo? respondió el compadre; subiendo y bajando los servidores, en sino con una estratagema sutil, que ahora se me incurre. Habia más, de que estuviesen dos mozos arriba del boqueron, en dos hernadas atadas consus sogas, y que por ellas subiesen y bajasen los platos que habian de recibir ó enviar las mozas que estuviesen en bajo. Compadre, esta enfecultá no vale nada para las otras, sino que no toma absolucion.

Por todo lo cual es verosímil, que las mesas se pusieron debajo de aquel cobertizo que estaba á la primera puerta anterior de la casa, en frente por frente de la que caia á la calle, del cual dimos exacta noticia en el capítulo primero, libro primero de esta circunstanciada historia, y mas habiendo para eso la congruencia de estar muy inmediata la cocina, cosa que conduce mucho para que los platos salgan calientes á la mesa, como lo notó sábiamente Monsieur Henriquez, primer cocinero de Su Alteza Real el señor duque de Orleans, en su docto tratado del *cocinero á la moda*, capítulo segundo del sitio dónde

se debe colocar la cocina. *Il faut mettre la cuisine le plus proche qu' il sera possible de la salle à manger, pour la raison que les viandes, etc. Il faut,* palabras dignas de eternizarse en la memoria de todos, y que nos ha parecido conveniente traducir con la mayor fidelidad, para que no se priven de ellas los que tienen la desgracia de ignorar la lengua francesa. Conviene, dice el autor docto, que se fabrique la cocina, lo más cerca que sea posible, del cuarto dónde se come; y es la razon, porque así los platos saldrán á la mesa con el temperamento con que deben salir; esto es, (añade en su erudita nota el anónimo escoliador), ni más frios ni más calientes de lo que conviene.

Por lo que toca al orden de asientos, es natural que ocupase el primero en cabeza de mesa el magistral, como persona más digna, teniendo á sus lados al Padre Vicario de las monjas, y al canónigo Don Bartolomé, el cual quiso absolutamente que Fray Gerundio, se sentase junto á él, pues aunque por estar de casa, le tocaba ocupar los últimos asientos, y él por su modestia, así lo pretendió, pero por nóvio (digámoslo de esta manera), convinieron en que le correspondia sentarse de los primeros; y aunque añadieron muchos, que su madre la tia Catanla, debia sentarse junto al hijo, para que comiese con más gusto, y la buena de la Rebollo, sin hacerse de rogar, lo ejecutó luego así. Los demás convidados tomaron sus asientos sin preferencia personal, observando solo la de los estados, porque así lo dispuso el familiar con mucho acierto, diciendo: Señores, la Iglesia tiene ya erringlado el cerimonial; lo que platica en

las procesiones, hemos de platicar en gracia de Dios en esta mesa. Primero frailes, despues los señores curas, detrás los legos, y en la trasera de todos las mujeres, porque este ganado allá se entiende.

No parece que llevó muy bien ese repartimiento el hermano Bartolo (así se llamaba el donado); por lo cual dijo al familiar: Hermano síndico (éralo de su convento), si su caridad no entiende más de cosas de Inquisicion que de asentaderos de mesa, dígo-le, que es un probe ministro. La percision es percision, y la mesa es mesa: va tanta endiferencia de la una á la otra, como de mí al Padre Santo. Para sentarnos frailes junto á frailes, estuviéramonos en nuestros conventos. Lo que yo he visto siempre en mesas de respeto (porque aunque probe y pecador, he comido con muchas personas que tienen Señoría) es, que las señoras se sentaban junto á los frailes, y los frailes en junto á las señoras, siendo este un lobítico (levítico queria decir) muy arreglado á conciencia y á razon, porque por fin y postre todos tenemos faldas, y como dijo el otro, *la variedad es madre de la hermosura*; y para que su caridad lo sepa todo, hubo ocasion en que me mandaron sentar enjunto á sí..... Iba á proseguir, pero un religioso de la misma órden y del mismo convento, que habia llegado aquella mañana, le atajó, diciendo: Hermano síndico, no haga caso de este simple, pues ya le conoce; como no ha dicho misa ni comulgado, harto será que esté en ayuno natural. Lo dispuesto está bien dispuesto, lo contrario ni es modestia ni aún decencia religiosa. Si el derecho canónico encarga severamente, no solo á los religiosos, sino aún á los mismos clérigos se-

culares, que huían en cuanto les sea posible de los públicos convites: *Convivia publica fugiant*; ¿qué parecerá un religioso en un convite público, sentado entre dos mujeres, ó una mujer sentada entre dos religiosos? No se atrevió á replicar el hermano Bartolo, y todos tomaron sus asientos segun la prudente disposicion del sesudo familiar.

Dióse principio á la comida, segun la loable costumbre de Campazas en mesas de mayordomía, con un plato de chanfaina: hubo cordero asado, sus conejos, su salpicon, su olla de vaca, carnero, cecina, chorizos y jamon, todo en abundancia, sirviendo de postres aceitunas, pimientos y queso de la tierra. Supónese, que no sólo andaba rodeando por las mesas el vino del Báramo, sino que el de la Nava hizo rodar por aquellos suelos á más de dos convidados. No fué de este número el hermano Bartolo, porque no llegó á tanto la virtud del específico; pero á lo ménos al cuarto trago (que hay opiniones se completó al acabar el plato de chanfaina) no pudo llevar en paciencia tanta gravedad, medida y silencio, como se observaba en la mesa, sin hacerse cargo, de que así comienzan por lo regular todos los convites, que acaban en bulla, algazara y aún locura, segun aquel apostegma: 1.º *Silentium*. 2.º *Stridentium*. 3.º *Rumumgenium*. 4.º *Vociferatio amentium*. Pero como el donado no entendia latin, no le paró perjuicio la ignorancia, y queriendo desde luego alegrar la funcion, tomó en la mano un vaso de buen portante, se encaró con la tia Catanla, y diciendo en voz alta, *bomba*, para llamar el silencio y la atencion, rompió en esta disparatadísima décima, que así la llamaba él:

O tú, Catanla Rebollo,
Madre de este Sientífico repollo,
Eres la madre más dichosa
De cuantas han parido alguna cosa.
La fama con su clarín y retintín,
Hará que llegue tu gloria
Desde Campazas, hasta Victoria;
Y es lástima, como dicen estos señores;
Que no paras una camada de predicadores.

Aplaudióse infinito la décima, con repique universal de vasos y de platos, siendo como la señal de acometer; pues desde aquel punto fué bulla, zambra y algazara, tanto que se atropellaban unos á otros los brindis y las coplas.

El canónigo Don Bartolomé, que no deseaba otra cosa para soltar la rienda á su festivo humor y á su admirable facilidad en el decir, tomó el vaso, gritó *bomba*; callaron todos, y dijo así:

Yo no he oído sermon tal,
Ni se oyó de polo á polo;
La décima de Bartolo
Solo puede ser igual.
Está mi juicio neutral;
Y tanto el contexto aprieta,
Entre una y entre otra veta,
Que es la salida mejor,
Que uno es tan gran orador,
Como el otro gran poeta.

Solo el magistral, algunos de los religiosos, y tal cual clérigo, á los cuales se añadió el socarrón y cortezudo familiar, entendieron lo latino de la decimilla; los demás se la tragaron como sonaba, y especialmente á los dos interesados les hizo muy buen provecho. Pero el donado se esponjó visiblemente;

y Fray Gerundio que entendia tanto de versos castellanos, como de sermones, quedó muy agradecido. El familiar, hombre en extremo veraz, y que no podía disimular lo que sentia, dijo con mucha gracia: ¡Mal año para los que me quieren mal! si tu coplilla no me ablanda: ella se me asemeja á lo que respondió un fraile muy taimado, á quien le pregunté: ¿cuál de los dos hermanos míos, también frailes, que vivian en su convento, era mejor estudiante? Y él respondió, ambos son peores. El predicador Fray Blas, que habia callado hasta entónces, no pudo llevar en paciencia la pulla del señor familiar, y como él se picaba también de poeta, y en realidad era de aquellos poetillas en cierne, que saben de lo que consta un verso, y toda la gracia la ponen en equivoquillos insulsos y pueriles, desenvainó al punto su décima, y mirando de hito en hito al familiar, habló de esta manera:

El sentido singular,
En que el Familiar se explica,
Aunque repica, no pica,
Que es estilo familiar:
A Fray Gerundio alabar
No me toca, si al Donado,
El cual dijo de contado,
Que si es bueno es lo mejor;
Pero será lo mayor
Como sea mal Donado.

Aturrullóse el familiar, y se quebraron algunos vasos y aún platos en fuerza de los repiquetes, con que fué celebrada la décima de Fray Blas, especialmente cuatro curas quedaron asombrados, porque aquello, de *pique y repique*, el familiar, buen dona-

do y mal donado, les aturdió verdaderamente, pareciéndoles, que era hasta donde podia llegar el ingenio humano. Conociólo Don Bartolomé y para burlarse de los curas, tanto como del poeta, prorumpió al instante en estas dos quintillas:

Tus equívocos, Fray Blas,
Nos admiran, como soy
Mas perdonen los demas,
Porque hoy admirado estoy.
Que no sean muchos más.
Pues tu ingeniosa cabeza
Se equivoca sin preludio,
Con tal primor, tal destreza,
Que lo que parece estudio
Es en tí, naturaleza.

Tragósele Fray Blas, teniendo por lisonja la satirilla; y pareciéndole á Fray Gerundio que era obligacion suya corresponder á los elogios que se dedicaban á su amigo, (ya que á este no se lo permitia la modestia), quiso tambien sacar los piés de las alforjas poéticas; pero como no tenia usq, le costaba mucho trabajo: esto se entiende, para encontrar los consonantes, pues por lo que toca á los piés, no tenia dificultad en sacarlos ajustados, por lo mucho que le gustaba el estilo cadencioso. Pero salió fácilmente del empeño, acordándose en aquel punto de una décima, que se atribuye á Don Francisco de Quevedo, cuando estaba preso un San Márcos de Leon, que dicen la compuso á un canónigo de aquella santa Iglesia, que se intitula *Santa María de Regla*, el cual era gran copleador, pero muy poco asistente al coro. La décima decia así:

La musa de mi compadre
 Con efecto, es musa bella;
 Y sino es musa doncella,
 Es en cambio musa madre:
 No hay cosa que más le cuadre,
 Porque ya es basa asentada,
 En soltera y en casada,
 Como Hipócrates lo arregla,
 Que si la falta la regla,
 Parirá ó está preñada.

Disimuló don Bartolomé la insulséz, y aún afectó celebrarla con mayor agudeza, para tomar ocasion para volver á la carga en los aplausos de Fray Gerundio. Pero la suspendió, porque á este tiempo tocó al vaso el padre vicario, haciendo señal de *bomba*. Callaron todos, y después de calzarse bien los anteojos, componer el becoquin, desahogar el pecho, empuñar el vaso, y mirar con gravedad y con desden á todas partes, dijo así con mucho remilgamiento:

Sermones oí de circunstancias,
 Pero tan circunstanciados como este,
 O Gerundio, ¡Orador siempre divino!
 No eres Gerundio, sino supino.

.

} *Faltan otros
 cuatro pies.*

Un poco se paró don Bartolomé al oír esta octava, y como que concibió un poco si es no es de respeto al padre vicario, teniéndole en más que predicador de cofradía, porque si la octava era irónica, mostraba ingénio, buena crítica y bastante travesura: no obs-

tante le quedó algun escrúpulo, de que el padre vicario hablaba en todos sus cinco sentidos, porque sus modales, su aire presumido, y su afectado remilgamiento, le daban un no sé qué de tufo, de que tambien era de los Predicadores del uso, y que debia de ser un poco más inocente de lo que parecia. Para sondearle, pues, le dijo con su acostumbrada picaresca: Padre maestro, á excepcion del señor magistral y de estos reverendísimos, todos los demás que estamos en la mesa, somos algo legos, aún incluso los de corona; pues ya sabe vuestra reverendísima que tambien hay eclesiásticos de capa y espada, y no entendemos más de libros que el Breviario; y aún este sabe Dios si le entendemos. No podemos hacernos cargo de quienes son aquellos autores que su reverendísima ha citado en su eruditísima octava, que está por todos sus piés chorreando alusiones exquisitas. Sin duda, que debieron ser los principes de la oratoria española, cuando vuestra reverendísima los trae á colacion, para cotejar con el ilustrísimo y reverendísimo maestro Fray Gerundio.

¿Y cómo qué son? respondió con mucha tiesura y pomposidad el padre vicario; á lo ménos en mi pobre juicio, hasta que oí al padre Fray Gerundio, no hallé quien les excediese, especialmente en tocar con mayor primor y delicadeza las circunstancias más menudas, que por lo ménos son las precisas.

El primero, en su sermon á cierta funcion de jubileo, concedido nuevamente por Su Santidad, queriendo hacerse cargo á un mismo tiempo, así del nuevo jubileo, como de un esquiló nuevamente fundido, que pocos dias ántes se habia colocado en el

campanario de la Iglesia, trazó oportunamente aquello de *ecce nova facio omnia*; y añadió inmediatamente aquello de *laudate eum in cymbalis bene sonantibus*. Los textos son comunes, pero la aplicacion fué singular y pasmosa.

El segundo, no se le escapó la rara circunstancia de haberse puesto peluca la primera vez en el mismo dia de la funcion el mayordomo de la fiesta, á que predicaba; y habiendo hecho una bizarra pintura de los cabellos de Absalon, dijo, que su padre David mandó que se los cortasen, luégo que tuvo noticia de su infausta muerte, cuando quedó colgado de ellos; y dando orden para que de los mismos cabellos le hiciesen una cabellera rizada, se la puso en el mismo dia que fué danzando delante de la arca.

El tercero, tuvo muy presente que la mayordoma habia parido un niño muy rollizo, á la cual llamaban en el lugar *la princesa* (no se sabe si por sátira ó por mote); y con la mayor gracia y primor imaginable, se le ofreció de repente encajar en la salutacion aquel oportunísimo lugar de *puer natus est nobis, et filius datus est nobis, datus est principatus super humerum ejus*: cosa que aturdiera á todos cuantos le oyesen, y que desde que la leí no he dejado de admirarla.

Iba á proseguir el padre vicario; pero el canónigo le atajó, diciéndole: Padre maestro, no se canse vuestra reverendísima que por el hilo se saca el ovillo, y sobra lo dicho para que ya conozca con cuanta razon, con cuanto candor y sinceridad religiosa celebra vuestra reverendísima á esos héroes de nuestra oratoria española. Del cuarto ya tengo yo alguna

noticia, desde que leí un epigrama de Horacio, que le aplicó un mal hablador, con ocasion de no sé que sermon que predicó satirizando otro desempeño, cuyos aplausos parece que no le sonaban muy bien, y el bellacon del deslenguado (Dios me lo perdone) aludiendo á que el tal orador debia de ser corto de persona, pero presumido de hombre grande, y de lindo entendimiento, dijo por bufonada :

Bellus homo, et magnus vir idem Quota videri
Qui bellus homo est, Quota puerilis est.

Pero ahora dígame V. reverendísima ¿qué es lo que quiso decir en este último concepto de su admirable octava, *conviene á saber, que nuestro admirable orador ya no es Gerundio, sino supino?* Porque si es lo que comprehende mi malicia, harto será que esto ceda en mayor elogio suyo. Señor canónigo, respondió, no sin alguna sinceridad el padre vicario: yo no sé lo que su malicia de V. comprende ni deja de comprender, porque yo no soy amigo de meterme en malicias ajenas. Lo que sé es, que la inteligencia de aquel concepto está dada: el supino es lo último á que pudo llegar todo verbo, y no puede pasar de allí. Véalo V. sino *amo-as-are-avi-atum; lego-gis-gere-gi-ctum: doceo es-ere-cui-octum: lectum, amatum y doctum* son el supino de estos verbos, los cuales todos paran en él: y no hay que andar dándose vueltas, que no me señalará V. siquiera un verbo, que dé un paso más adelante. Pues ahora está claro lo que quiero decir; y es que así como el supino es el *non plus ultra* de los verbos, así el Rdo. padre Fray Gerundio (al decir esto hizo ademan de quitarse el

becoquin de respeto y reverencia) es el *non plus ultra* de los predicadores.

Tambien lo es vuestra reverendísima de los poetas agudos, respondió el taimado de don Bartolomé, y apuesto á que ningun ingénio daba en la genuina explicacion del pensamiento, si vuestra reverendísima no nos hubiera hecho la honra, ó por hablar al uso, no hubiera tenido la bondad de explicárnosle. ¡Lo que es no entenderlo! Como yo habia leído no sé en donde, que en latin á un hombre tardo, rudo, y que todo lo trastorna, se llama *supino*, y tambien se aplica este significado á los perezosos, haraganes y galbaneros, que todo el dia se están, como quien dice, *con la panza al sol*, confieso que me sobrecogió algun tanto, cuando oí el acabamiento de la octava; y pareciéndome que podia ser pulla, ya estaba con la musa en el ristre, para volver por el decoro de nuestro incomparable orador, al cual, sin hacerle injusticia, no se le podia aplicar el epíteto de *supino*, en ninguno de los significados que yo le atribuia; porque ni tiene nada de haragan ni perezoso, siendo la misma laboriosidad, ni mucho ménos se puede llamar tardo ó rudo de ingénio, pues yo no le he conocido hasta ahora más delicado, como lo acredita cada rasgo del sermón que acabamos de oírle.

Confieso que el *supino*, en este sentido, lo soy yo, pues no caí en una significacion que se está viniendo á los ojos: tambien declaro, para descargo de mi conciencia, y para mayor confusion, que ya no me parece el nombre de *Gerundio* tan propio, y tan adecuado á los méritos del padre predicador, como lo seria el de *supino*. Antes de haber oído la ingeniosa

y cabal significacion, juzgaba yo que no habia otro mejor en toda la nomenclatura.

Llámase así, señora Catanla (porque somos deudores á todos) aquel vocabulario, *almacen ó dispensa* de donde se sacan los nombres propios, nuestros principios..... que no habia, vuelvo á decir, en toda la nomenclatura, otro nombre más acomodado al talle de nuestro modelo de predicadores, que es nuestro Gerundio, porque los gerundios son los que dan á conocer el carácter de los sugetos con quienes tratamos. Y así á un hombre de condicion altiva y furiosa, le llamamos *hombre tremendo*; á un religioso grave, autorizado y respetable, le damos el título de *padre reverendo*; á uno que sea maligno, *disoluto y contagioso*, y más si está públicamente excomulgado, le distinguimos en el arrimadizo de *vitando*; y sabe ya el docto, que *vitando, tremendo y reverendo*, son tan gerundios en nuestra lengua, como lo son en la latina, *cænandus, prandendus, potandus*.

Esto supuesto, desde que tuve la dicha de conocer, tratar y oir al padre Fray Gerundio, discurría yo así: *Este es un hombre verdaderamente admirado, estupendo: preconizado y colendo, los cuales todos son legitimamente gerundios, ó no los hay en el mundo*. Luégo se le puso el nombre de Gerundio con la mayor propiedad imaginable: pero desde que oí á vuestra reverendísima digo y vuelvo á decir, que harto mejor le cuadra el de *supino*; porque este es mucho mas, y se entiende sin perjuicio de los aciertos y de la discrecion del señor Quijano su dignísimo padriño, que fué quien se le puso.

El buen licenciado, que en toda la comida habia

cerrado la boca, pero tampoco la habia abierto para hablar, sino parte para comer, y parte para admirar los grandes elogios, que á su modo de entender se habian dicho en la mesa de su querido ahijado, solamente respondió: Señor don Bartolomé. yo soy un pobre clérigo, que no entiendo de esas honduras: algo estudié de gerundios y supinos, pero jamás me metí en cual era más, cual era ménos, porque no soy amigo de revolver huesos, que al fin son cosas odiosas. Si á Fray Gerundio le puse este nombre y no otro, mi razon me tuvo que no es menester decir á nadie; lo que podré asegurar á V. es, que mi ahijado allí donde V. le vé, tan conocido ha de ser con el nombre de Gerundio, como puede haberlo sido cualquiera Supino, que haya nacido de mujeres.

Bomba, dijo á esta sazón el hermano Bartolo, que ya es demasiada prosa, se va acabando la mesa, y todavía no hemos dicho una palabra al señor mayordomo. Alla vá á Dios y á dicha. Callaron todos, y él soltó esta disparatadísima chorrera de desatinos.

Carlo-Magno y todos los doce pares
Fueron; ¡O Anton Zotes! en tu comparanza,
Como el dedo meñique con tu panza,
Y como dos pajitas en junto á dos pajares.
No venciste al gigante Fierabras;
Pero hiciste mucho más,
Cuando por tu industria vino al mundo
Ese pozo de ciencia tan profundo,
Como la noria de mi convento,
Que tiene más de mil varas, y aun más de ciento.
Sino fuera por tí y la tia Catania tu consorte,
No metiera Fray Gerundio tanto ruido en la corte;
La Reina, el Rey, el Papa y Cardenales,

Los Duques, los Marqueses y hasta los mismos pobres,
Le celebran á porfia,
Que dicen que es una batalla, una algarabía,
Si el árbol se conoce por el fruto,
Como dijo un teólogo llamado *Márcos Bruto*.
El cual añadía, que aun por eso
Las grandes camuesas indican gran camueso,
¿Qué árbol serás tú? ¿Qué noble tronco?
Solo de imaginarlo, me pongo ronco.
La fama.

Basta, hermano Bartolo, basta, le interrumpió el magistral, que ya no podia aguantar más tanto disparate, y aún habia disimulado su mal humor todo lo posible, por no desazonar la funcion. Apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa; con el pretexto de ir á dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demás convidados, á excepcion de don Bartolomé, el padre vicario, Fray Blas, Fray Gerundio, el familiar y el donado, que se quedaron de sobre mesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION NO MÉNOS ÚTIL QUE GRACIOSA,
QUE HUBO SOBRE COMIDA.

PERMÍTAME V. Reverendísima Fray Gerundio, que le dé mil abrazos, dijo Don Bartolomé, ahora que hemos quedado solos: rato mejor que el que V. me dió con su admirable sermon, no lo he tenido ni tendré en mi vida. Eso es predicar, que todo lo demás es hojarasca. Yo tal digo, añadió el padre vicario, si tan jóven y al principio de su carrera, comienza así, ¿qué será cuando él acabe? Yo conocí un padre predicador de cierta órden, hombre ya de canas y de provecho, que aunque predicaba á este mismo aire que el padre Fray Gerundio, no merecia descalzarle los zapatos, y con todo eso le llamaban *Espanta pueblos*: ¿pues qué será el padre Fray Gerundio cuando llegue á sus años? Seguramente que le llamarán *el Mónstruo de España*, y todavía le vendrá estrecho el renombre. ¿No te lo dije ya, amigo Fray Gerundio? interrumpió á esta sazón Fray Blas, rebosando de gozo por todas sus coyunturas; si no hubieras seguido mis consejos, y te hubieras dejado llevar de la extravagancia de nuestro reverendísimo padre Caduco, ¿lograrias ahora estos aplausos?

¿Quién es ese flaire, preguntó el familiar, y qué consejos daba á mi sobrino? Es un Reverendísimo Matusalem, respondió Fray Blas, de esos que alcanzaron las valonas, el que está muy mal con todo lo que en los sermones se llama *conceptos*, *agudezas*, *equivocos*, *circunstancias*, en una palabra, con todo aquello que hace el gusto, el embeleso del auditorio, y produce el aplauso del predicador. Dado le ha, que se ha de predicar á lo ramplon, á lo solidote, asuntos sérios y naturales, verdades indubitables y de cuatro suelas, pruebas macizas y de cal y canto, como dicen. De estas que llaman *circunstancias*, no se hable: dice que no hay más circunstancias, que las de el misterio del Santo ó del objeto de que se predica, y que todo lo demás es locura y profanidad, que muchas veces se roza con sacrilegio. Añade que solicitar en los sermones el gusto ó deleite del auditorio, y el aplauso del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual solo debe tirar á convencer, á persuadir y mover, pretendiendo que los conceptos delicados, las agudezas, los equívocos, las pinturillas deleitan, pero no convencen, ni persuaden, ni mueven. Vaya V. viendo lo que adelantaria un pobre predicador con estas reglecitas, y si al cabo del año tendria dos arrobas de chocolate en el cajon, ó se colocarian diez y ocho doblones en la naveta.

Con que ¿eso decia ese buen flaire? volvió á preguntar el familiar. Si, señor, eso decia, eso dice, y eso estará diciendo por toda la eternidad, si Dios no lo remedia, respondió Fray Blas. Pues mi alma como la de su Reverendísima, replicó el familiar: yo soy un pobre monigote, como Vds. vén; solo sé leer con

trabajo, y echar mi firma con enfecultá, pero por fin y postre dos deditos de entendimiento de precision los ha de tener todo hombre irracional: mi voto lo doy á ese Fray Matías de Jerusalem, ó como le llama el padre predicador, y que me emplumen si no le sobra razon por los tejados.

Cuando voy á oir un sermon, sea el que se fuere, voy siempre con intencion de que m'agan gueno, espirándome deseos de emitir las virtudes del Santo á quien se perdica, ó proponiéndome alguna verdá de emportancia, que me la metan bien en la cabeza, y despues me empujen el corazon á platicarla. Pero vaya con Dios, que las más de las veces m'allo con una retrailla de garambainas, de entretejidos, de so-tilizas y cercunloquios, que en mi ánima jurada los entiendo yo tanto como ahora llueven pepinos. Daca el mayordomo, vuelva la comida, torna los novillos.

Si danzaron una danza con los profetas; si se usaron hogueras, cuetes, carretillas y triquitaques en la ley de los judíos; dempues entran los ángeles que suben y bajan por la escalera de Jacó; dempues aquellos serafines con sus alas, que no parecen sino los gorriones de todos los sermones, porque así como los gorriones se encuentran en todos tiempos y todas partes, así estos pobres serafines salen á volar en todos los sermones, que no sé á fé mia, como tienen juerzas ni prumas; y en verdá, que hicieron bien en meterles tantas alas, una vez que hubiesen de volar tan en contínuo movimiento; ¿pues qué diré de aquel que unos llaman *carro*, y otros *carroza*, de un tal Ezequiel? Que habrá acarreado el dichoso carro más paja en esos púlpitos de Dios, que todos

los carros de Campos, dende que se infundió en el mundo la labranza: con que al cabo del sermón me enguelgo á mi casa tan malo como salí; y vayan ustedes con Dios, que hemos de decir, que el padre predicador es un hombre que se pierde de vista, siendo ansina, que muchos de ellos los llevara yo á la Enquisicion, si el santo tribunal me lo mandara.

Señor familiar, respondió Fray Blas, no hable usted de lo que no entiende: á que añadió prontamente Fray Gerundio; ¿debe pensar V. que ha de alcanzar más que tantos predicadores famosos como predicán así, tantos hombres discretos como los celebran y los aplauden? Es demasiado pensar, sobrino, respondió el familiar; cada probé alcanza aquello que Dios le ayuda, á eso de que tantos predicadores predicán así, y que tantos hombres discretos los celebran: digo, porque son tantos los que predicán ansina, por eso me encarabino yo tanto; y en cuanto á los hombres discretos que les celebran, peor es un gallo. Yo confieso, porque el diablo no se ría de la mentira, que tambien los he oido apraudir á muchos; pero acá en mi imaginamiento todos eran unos tontos; y á lo otro que dijo el padre predicador de que yo no lo entiendo, respondo á su Usencia, que como los sermones se perdican para que los entiendan todos, por el mismo caso que yo no entiendo más, digo que son malos, y no mesacarán de estos cuantos teólogos hay en la universidad de Salamanca.

A muchos ha hecho muy poca merced el señor familiar, dijo á esta sazón el padre vicario con su acostumbrado entonamiento. Si son nécios los que predicán de esa manera, y los que gustan de sermo-

nes de ese aire, se verifica á la letra lo que dice el Espíritu Santo, que *stultorum infinitus est numerus*; y será preciso contar en este número á muchos hombres de bien; y yo, aunque no lo sea, me encuentro entre ellos, porque más quiero errar con los muchos, que acertar con los pocos.

¡Fuego de Dios en tal máxima! replicó con viveza el familiar, no me la meterá Usendísima en la cabeza; en todo caso, á mí me parece más mejor acertar con uno solo, que errar con todo el mundo; porque en conclusion el errar siempre es errar, y el acertar siempre es acertar. No estará V. tan solo por este partido, dijo á esta sazón Don Bartolomé, que no tenga á su lado el señor magistral; porque así en los sermones que le he oído, como en las conversaciones que se han ofrecido sobre la materia, con el ejemplo y con la palabra se muestra tan opuesto á este modo de predicar, que es gusto oírle cuando se zumba de él, y estremece cuando le combate en sério. Por algo ha estado tan grave y tan espetado en toda la mesa, interrumpió el hermano Bartolo, que en toda ella no ha dicho, *esta boca es mia*; y alguna vez que yo le miraba, estaba como un ceño, que parecia un Inquisidor. Pero despues de todo yo me atengo á nuestro padre vicario y al reverendo padre Fray Blas, que son predicadores leídos; y de mí sé decir, que cuando oigo uno de estos sermones agudos, me embobo todo, que es un alabar á Dios; pues que, ¿si el predicador es hombre de manoteo, y lo representa con garbo, y como dicen, con empropiedad? Entónces no trocaria un sermon por una comedia.

Esta es otra, replicó el familiar. Predicadores he oído, que no parecen sino mesmamente unos farsantes que ví en Vallaulí, una vez que fui allá á cosas del Santo Oficio, y habia comedias: ni más ni menos traquinar las manos, cuando predicán, como las traquínaba el primer galán, que decían era un prodigio. Si abran de cruz, extienden las manos; si de una bandera, hacen como que la trimolan; si de una batalla, dan cuchilladas; si de una ave, parece que vuelan. En eso hacen lo que deben, respondió magistralmente el padre vicario, porque las acciones han de acompañar á las palabras, en lo cual no debe diferenciarse el predicador del representante.

A otro perro con ese hueso, dijo el familiar, que yo no lo roeré; con que ¿quiéresu Usencia encajarnos, que un comediante y un predicador de una misma manera han de representar? Ambos han de pintar en cuanto sea posible con las acciones aquello que expresan con las palabras, replicó el padre vicario. Si, pues ambos, ambos tienen esta obligacion, pero el comediante como comediante, y el predicador como predicador, replicó el familiar. Pues explíquenos V. la diferencia, dijo con un poco de desden el padre vicario. ¡Oh! si yo supiera explicarla como acá la tengo en mi caletre, respondió el familiar, no me trocaria yo por un Arcediano (1).

(1) Asaz fina y oportuna es la crítica que emplea en todo este capítulo, el satírico P. Isla. No son pocos, por desventura, los que confunden el oficio del Predicador con el del comediante, dando mayor importancia al orador que más grita ó que mejor acciona. Ciertó es, que la accion debe acompañar á la palabra, pero la exageracion en este punto, puede llegar á la ridiculez y extravagancia. Así

A mí me parece, salió entónces Don Bartolomé, que comprendo lo que quiere decir el señor familiar. Parécele que siendo tan diversos los fines que se deben proponer el comediante y el predicador, han de ser tambien muy diferentes los medios, y que lo que en uno es gala, hermosura, viveza y propiedad, en el otro seria locura, ridiculez, irrisión y extravagancia. El comediante solo tira á deleitar, embelesar y divertir: el predicador únicamente debe intentar, convencer, persuadir y mover. En aquel las acciones, los gestos y los movimientos parecen mejor, cuanto más vivas, cuanto más airoso, y cuanto más desenfadados: en este todo debe respirar gravedad,

como la declamacion tiene sus reglas, tambien las tiene la oratoria; y si en algo se asemejan ambos ejercicios, el de predicador y el de actor, es en la necesidad de guardar y atender á las conveniencias del local, para arreglar la cantidad de voz y otros extremos no ménos importantes. Esta es la semejanza, pero la desemejanza, consiste en que los esfuerzos del actor van encaminados á agradar, y los del predicador, deben tener por objeto el convencer. Los que asisten á los sermones con espíritu cristiano, y ganosos de instruccion, no atienden á las formas sino al fondo, no á la accion sino á la palabra, no al decir sino á lo que se dice. No hace muchos años, asistiamos no en un pueblo sino en la corte de España, á los sermones que predicaba cierto orador, que gozaba de gran reputacion entre las señoras, que eran las que generalmente componian su auditorio; aquel orador era una segunda edicion de Fray Gerundio, corregida y aumentada, y bien podíamos citar aquí, disparates de primer orden, y hasta casi herejias que le oímos en sus discursos. Sin embargo, todo pasaba desapercibido, en gracia á lo sonoro de su voz, á su buen decir, y á su exagerada accion. *Pico de oro*, le llamaban las señoras. Sin embargo, aquella fama injustificada duró poco tiempo y se deshizo como castillo de naipes. ¡Aun hay Gerundios, y quiénes les aplaudan y colmen de elogios!

majestad, modestia y compostura; y perteneciendo á la accion, no solo el movimiento de las manos, sino el aire del semblante, la postura del cuerpo, y hasta el tono de la voz, en todo debe reinar una modestia que no se pide al comediante. Y á este propósito me parece haber leído en Quintiliano, que el buen orador ha de querer parecer más modesto y encogido, que garboso y desembarazado: *Modestus, et esse et videri malit*; y debe ser sin duda la razon, porque siendo el principal fin del orador el persuadir y mover, todo aquello que lo hace más afable, le hace tambien más eficaz, siendo cierto que el que es dueño del corazon, se hace más presto señor del entendimiento: y como el orgullo, la presuncion y la arrogancia desagradan tanto á todos, el predicador que en sus movimientos, gestos y acciones se ostenta orgulloso, arrogante y presumido, de contado se hace aborrecible, ó por lo ménos enfadoso. De aquí es, que la modestia y el encogimiento, que pocas veces cae en gracia al comediante, siempre es necesaria al predicador; y harto será que no fuese esto lo que el señor familiar queria decir.

¿Pero cuándo le expricaria yo con esa herejía y craridad? exclamó el familiar lleno de gozo, dando un abrazo á Don Bartolomé. V. me bebió el pensamiento; y ya que una cosa llama á otra, díganos V. por vida suya, y así tenga Dios en descanso al ánima de su madre (conocíla mucho, y era una mujer..... ¡Válame Dios, qué mujer era!) díganos V., vuelvo á decir, ¿qué cosa es modestia de la voz? porque así al descuido con cuidado se dejó V. caer este vocablo y yo no entiendo bien lo que significa. Tampoco yo

no lo entenderia mucho, respondió el canónigo, si por casualidad no lo hubiera leído pocos dias ha en cierto libro que me envió un amigo mio de Madrid, y trata de estas cosas de predicadores. Intitúlase: *la elocuencia cristiana*, y su autor jesuita francés, llamado *el padre Blas Gisbert*, hombre sin duda hábil, discreto y erudito, que trae admirables especies, aunque á mi pobre parecer escritas con no mejor método del mundo, porque repite mucho, hacina bastante, no sigue la caza, pica mil cosas, y luego las deja; y en los muchos ejemplares que trae de San Juan Crisóstomo, á quién propone con grandísima razon por el mejor modelo de la elocuencia sagrada, aunque todos ellos son muy escogidos, me parece que está algo prolijo. Pero, ola; ¿quién soy yo para meterme á crítico, sin acordarme que esta facultad no se hizo para un pobre canónigo bolonio? Vuelvo á la pregunta.

Dice pues este padre, sino me acuerdo mal, hablando de la modestia de la voz, poco más ó ménos, estas palabras: *Serás modesto por esta parte, si evitas en tu voz cierto aire bronco, hinchado y dominante, que introduce hasta el corazon de los oyentes, aquella enfadosa disonancia que no puede disimular el oido. Una voz dulce, fuerte, igual, flexible y moderadamente ingeniosa, es de admirable auxilio para la persuasion. Por el contrario, el entendimiento siente no sé qué repugnancia en rendirse á unas razones que se derivan por una canal tan ingrata y tan desagradable, como es una grosera, desapacible, furiosa, impetuosa y violenta.*

Y ¿dónde ha de ir á comprarla aquel á quién Dios se la ha dado con estas tachas? replicó Fray Blas. Eso

no lo dice mi autor, respondió el canónigo, y yo no he tomado el oficio de instruir á los predicadores; porque soy poco hombre para esto. Solo refiero lo que digo he leído; bien que á mí me parece, que el arte, el trabajo y el cuidado podian corregir estos defectos. Y aún hago memoria, sino me equivoco, de haber leído ú oído, ^Aque dos oradores habian recibido de la naturaleza una voz bronca y destemplada, y ambos la redujeron á un medio templado, sereno y apacible, con el cuidado y ejercicio, que lo fueron Demóstenes y Ciceron.

Pues oye V. Sr. D. Bartolomé, dijo el familiar, aún es así que esas vozarronas, que parecen voces duras de guey, y esos meneos impetuosos de los predicadores, como los llama el padre Tiatino Gisbrás, ó qué sé yo, que parece que le rompen á uno los cascos; pero á mí no me amoinan ménos otros predicadores que hay tan enmelados con unas palabras tan de azucare y de almirabe, unos zaceos y unos meneos de dama almigada, y de sí Señor, y cierto dan á un hombre ganas de gomitár. Cuando todo es natural, respondió el canónigo, porque nace de un génio verdaderamente dulce, suave y blando, y de algun natural afecto de la lengua, no solo no fastidia, sino que cae en gracia, persuade y mueve; pero quando se mezclan en ella la afectacion y artificio, no hay cosa que más empalague ni que más irrite. Aún en una conversacion, el que afecta dulzaina, dengues y remilgamiento, se hace extremadamente fastidioso; pero quando esto se quiere tambien remedar en el púlpito, no hay paciencia para tolerarlo.

En esto vamos conformes, respondió el padre vica-

rio, y es que él tenía una voz sonora, grata y medianamente corpulenta. Ni distamos tanto en el dictámen sobre esta obrita del padre Gisbert que tengo en mi celda, y he leído con bastante cuidado, pues aunque la he notado algunos defectillos veniales á la verdad, pero el fondo se conoce que le aprecia.

¿Ha leído V. los reparos críticos de Monsieur Lenfant? Sí, reverendísimo padre, porque están al fin de la segunda edicion, que es la que yo tengo. Y ¿qué le pareció á V. de ellos? preguntó el padre vicario. Padre maestro, respondió D. Bartolomé, un triste canónigo de capa y espada como yo soy, no puede dar parecer sobre estas materias: mas pues el reverendísimo desea saber lo que siento, valga lo que valiere, digo fuera de las notas que le pone, (y á mí me parecen justas) sobre la falta de método, la repetición y la prolijidad de los lugares de San Juan Crisóstomo, cuasi todos los demás reparos de Monsieur Lenfant son inútiles, ridículos y pueriles; y en fin pidiendo licencia primero para usar de este equivoquillo, reparos propiamente de niño, que esto quiere decir en nuestra lengua, *Lenfant*.

¿Pues qué, replicó el padre vicario, pueril llama V. al primer reparo que pone sobre lo que dice en el prólogo el padre Gisbert, *que la hermosura del discurso sufre la falta de brevedad*? Y añade el crítico: *que aquí hay obscuridad y un sentido equivoco, pues se quiere decir, que lo hermoso del discurso excusa lo prolijo*: este reparo me parece justo y sólido.

Lo que es no entenderlo, respondió el canónigo, pues á mí me parecia que era insulso, sutil y sin razon alguna, porque no comprendia yo que entre es-

tas dos cláusulas, *la hermosura de un razonamiento sufre la falta de brevedad; la hermosura de un discurso ó encubre la prolijidad*, hubiese más diferencia, que la de decir una misma cosa, con más ó ménos palabras; pero que en lo demás ambas proporciones eran igualmente claras y perceptibles. Mas las superiores luces de V. Reverendísima descubren lo que no vemos los que las logramos más escasas. Pues la segunda nota de Monsieur Lenfant sobre el prólogo, dijo el padre vicario, aún es más substancial que la primera, y no sé qué se pueda replicar á ella para excusar al padre Gisbert la prolijidad de ejemplos que pone: dice que en eso no hace más que imitar á San Agustin, y añade oportunamente el discreto crítico: *¿Si el método es malo, no lo autoriza el ejemplo del Santo; fuera de que San Agustin no es tan prolijo ni con mucho en sus citas, como lo es el padre Gisbert en las que hace de San Juan Crisóstomo?* ¿Tratará V. de pueril este reparo?

Yo me guardaré de eso bien, respondió el canónigo; porque aunque es verdad que á nosotros los eclesiásticos legos nos disuena mucho esto de hablar con ménos respeto de los Santos Padres, y más de un padre tan sábio como dicen que fué San Agustin; pero esto nacerá sin duda de que no lo somos: por eso nos escandaliza oír que cuando las cosas son malas, el ejemplo de los Santos Padres no las autorizan, porque nos parecia á nosotros, que una vez que las autorizase el ejemplo de los Santos Padres, debíamos creer que no eran malas: por lo que toca á si son ó no largas las citas de San Agustin, como los ejemplos que cita el padre Gisbert de San Crisóstomo, yo no

puedo hablar con conocimiento de causa; porque confieso que solo he visto por el forro las obras de San Agustin en la librería del señor Magistral; pero como el padre Gisbert asegura que San Agustin trasladada lugares muy considerablemente largos de los Profetas, de San Pablo y de San Cipriano en su libro ó traslado de la *Doctrina Cristiana*, pareceme que debemos creerlos sin escrúpulo; porque no tiene traza de hombre que habla á bulto, que cita á falso.

Pero demos de barato que las citas del Santo hubiesen sido más breves ó más cortas, acá á mi modo de concebir, me parece que no hace fuerza el cotejo, siendo muy clara la disparidad. San Agustin en el libro de la *Doctrina Cristiana* no toma por asunto el instruir á un predicador en el modo de predicar, sino imbuirle en los dogmas de la religion que debe enseñar, y para esto no era necesario copiar pasages largos de los Padres anteriores al santo doctor. Por el contrario todo el empeño y todo el asunto del padre Gisbert, es instruir á un orador cristiano en el método y en el modo con que ha de disponer sus sermones, y para eso era al parecer indispensable hacer un poco largos los ejemplares que se proponen á la imitacion; porque como dice el mismo padre, sino se dá á estos modelos de buen gusto una proporcionada extension, es imposible sentir ó reconocer en ellos perfectamente la práctica de las reglas. Es verdad, como signifiqué al principio, que aún para este fin me parecen un poco prolijos algunos pasages de San Juan Crisóstomo, que copia el padre Gisbert: pero yo soy un pobre canónigo en romance, y debo someter mis bachillerías al superior dictámen de vuestra reveren-

dísima, á quien suplico se sirva decirme; ¿qué hombre fué ese Monsieur Lenfant, cuyas notas han tenido la fortuna de agradarle tanto? Sr. D. Bartolomé, confieso que no sé ni me he metido en averiguarlo; porque cuando leo un libro me importa poco saber la vida y milagros del autor; si me gusta, le acabo y le celebro; si me enfada, le cierro y arrimo, sin meterme en más honduras ni averiguaciones.

¡Hay cosa! replicó el canónigo; pues yo estaba en el errado concepto de que para hacer juicio de una obra, especialmente crítica, y que se roza con la religion, convenia mucho saber, por lo ménos en general, los estudios, las circunstancias y especialmente la profesion ó la religion del autor. Confieso que habiendo observado en las notas de Monsieur Lenfant el empeño en critiquizar, morder y censurar los lugares de San Juan Crisóstomo, que trasladó el padre Gisbert (porque en suma á esto se reducen sus principales notas, ó á lo ménos aquellas que no son puras fruslerías); y habiendo reparado que desde la primera carta, que sirve de prólogo á la obrilla, muestra su poca inclinacion á este célebre Padre, cuando dice *que aunque él es uno de los que admiran su elocuencia é ingenio, con todo eso no quisiera proponerlo por modelo sin muchos correctivos*; confieso que todo esto me hizo entrar en mala fé con este Monsieur, y me dió fier tentacion de averiguar qué personaje era.

¡Tuve bien poco que hacer en conseguirlo, porque como soy uno de aquellos eruditos de repente y araganes de la moda, que quieren saber mucho á poca costa, y hablar de todas las materias sin comprender ninguna, en saliendo algun diccionario, compendio ó

cosa que lo valga, luego escribo á mi corresponsal á Madrid, para que lo haga venir á mi librería romanista. En ella tengo el *Diccionario Histórico* abreviado de Moreri, escrito en francés por el abad *Ladvocat*, y traducido harto fielmente en castellano por *D. Agustín de Ibarra*, clérigo laborioso y aplicado. En él se dice, que Jacobo Lenfant fué un famoso teólogo histórico en la religion protestante, que dejó un gran número de obras, y murió paralítico en el año 1728. Por señas, ántes que se me olvide, que se asegura que nació en Bazoché de Bauze, provincia que no se sabe á donde cae; pues solo se tiene noticia del *Baucey* ó *Bauces*, bajo y mediano, que comprende el pais de Chartres y el de Vandoma; pero esto no importa un bledo. Lo que á mi ver importa más, es que habiendo sido Monsieur Lenfant un protestante, parece deben leerse con alguna desconfianza sus obras sobre la obra de un jesuita, y más sobre tal obra.

¿Pues qué, replicó el padre vicario, no sin algun desden, es V. de aquellos entendimientos, que juzgan no puede escribir con acierto un hereje en ninguna materia? No, reverendísimo padre, no soy tan lego como todo eso; sé muy bien, que entre ellos ha habido hombres eminentes en algunas facultades; sé muy bien (porque al fin estudié las sùmulas) que no vale esta consecuencia; *es hereje, luego no vale lo que dice, ni lo que escribe*; sé tambien, que así como hay cierta especie de locos, que solo desbarran en determinadas materias, así hay muchas clases de entendimientos, que solamente desbarran en asuntos determinados. Pero al mismo tiempo estoy persuadido, á que por esta última razon debemos leer siempre con

mucha cautela y desconfianza, aquellas obras de los herejes, que directa ó indirectamente tratan de punto de religion; cuales sin duda son los que hacen crítica de los Santos Padres, cuya veneracion y concepto procuran ellos disminuir. Por otra parte, siendo tan notoria la inquina que los herejes profesan especialmente á los jesuitas, paréceme que cuando aquellos escriben contra éstos, pide la equidad que se les lea con un poquillo de precaucion, porque son parte apasionada.

CAPÍTULO VII.

LEVÁNTASE DE LA SIESTA EL MAGISTRAL Y PROSIGUE LA
CONVERSACION DEL CAPÍTULO ANTERIOR, CON TODO LO DEMÁS
QUE IRÁ SALIENDO.

AL instante se dejó ver el magistral, después de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto, y los más se retiraron, unos á rezar, y otros á descabezar el sueño; entre los cuales aseguran varios autores, que el hermano Bartolo era el más necesitado. Fray Gerundio hizo tambien ademan de retirarse, pero el magistral le detuvo, quedando solos tio y sobrino, Don Bartolomé y el bueno del familiar. Tomó un polvo el magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta substancia:

«Sin duda, Fray Gerundio, que habrás quedado
«muy vanaglorioso con tu desbaratado sermon. Los
«aplausos de los ignorantes, la gritería de esta po-
«bre gente, el voto de la muchedumbre, y las acla-
«maciones de los lisonjeros, si ya no han sido iróni-
«cos elogios de los zumbones ó de los malignos, te
«tendrán sin duda persuadido á que nos dejaste á
«todos aturdidos. Con efecto fué así, y dudo que
«algun otro lo haya quedado más que yo; pero no de

«tu discrecion y de tu agudeza, sino de tu lastimosa
«ignorancia, de tu juvenil osadía, de tu raro atolon-
«dramiento, y de tu total falta de gusto y reflexion.

«Mucho me habia escrito mi amigo y tu favoreci-
«do el maestro Fray Prudencio de tu modo de pre-
«dicar; algo me apuntó de las cuerdas y prudentes
«advertencias que te habia hecho, para que no ma-
«lograses tus talentos; no me habian dicho poco al-
«gunos que te oyeron no sé qué plática de discipli-
«nantes en tu comunidad. Todo me hizo concebir,
«que ibas descaminado; pero confieso que nunca juz-
«gué, ni aún imaginé posible, que lo fueses tanto.
«Desde el primer período de tu sermon, me hubiera
«salido de la iglesia, á haberlo podido hacer sin mu-
«cha nota, y sin igual tumulto y alboroto del apiñado
«auditorio. Estúveme metido en el confesionario todo
«el tiempo que duró el sermon, y no fué para mí
«tribunal de penitencia, sino ejercicio de ella.

«Llaméle sermon, y le dí un nombre muy impro-
«pio; porque no fué sermon, ni cosa que ni de mil
«leguas se lo parezca. Es dificultoso definir lo que
«fué; pero veré si me puedo acercar á dar á enten-
«der lo que concibo. Fué una escoba desatada de in-
«conexiones; fué una tortilla suelta de impertinen-
«cias y de extravagancias; fué un confuso hacina-
«miento de textos y lugares de la Sagrada Escritura,
«ridículamente entendidos, y osadamente aplicados;
«fué un turbion de conceptillos pueriles, falsos y su-
«perficiales, no solo ajenos de un orador, que en
«todo debe buscar la verdad y la solidez, sino aún
«insufribles en un mediano poeta.

«Dejo á un lado el intolerable abuso, la nécia cos-

«tumbre y el iguorantísimo empeño de tocar en la
«salutación aquellas que se llaman *circunstancias*. Sé
«que contra esta impertinentísima y tontísima cos-
«tumbre te han dicho ya más de lo que yo te puedo
«decir. Solo añadiré (por si acaso no te lo han di-
«cho), que ya está únicamente reducida al ínfimo
«vulgo de los predicadores, y que solo se oye cele-
«brarla por las lenguas de los más despreciables de
«los auditorios. Tú no te contentaste con tocar las
«más comunes que suelen de repiquetear otros ora-
«dores de tu estofa; descendiste hasta las más me-
«nudas y ridículas, para que llegase hasta donde
«podía llegar tu extravagancia: te hiciste cargo de
«tu padre y de tu madre, de tu padrino, de los co-
«hetes, de las hogueras, del auto sacramental, de
«los novillos, de los danzantes, de sus melenas; y
«en fin, por no dejar ninguna impertinencia en el
«tintero, metiste de circunstancia hasta la gaita-galle-
«ga. No es menester más que referirlo sencillamente
«para conocer la suma ridiculez: tus mismos colores
«están ahora acreditando la vergüenza que te causa
«solo el oírlo; ¿pues cómo tuviste valor para ejecu-
«tarlo?

«¿Pero cómo? Como lo han hecho hasta aquí to-
«dos cuantos te precedieron, y como no puede dejar
«de suceder, pues no hay otro arbitrio, violentando
«textos, desbautizando lugares, arrastrando y tal
«vez fingiendo exóticas exposiciones, ó construyendo
«las palabras de la Sagrada Escritura, con tanta ma-
«terialidad como pudiera el más zafío sayagués, ó el
«más rústico batueca. Porque fué este el primer ser-
«mon que has predicado, trajiste aquellas palabras

«de San Lucas, con que dá principio á los hechos de
«los apóstoles: *Primum quidem sermonem feci, ó*
«*Theophile*: sin hacerte cargo, lo primero de que el
«Evangelista no trata allí de sermones, sino del Evan-
«gelio que habia escrito, como el mismo lo dice ex-
«presamente: *Primum quidem sermonem feci, ó Theo-*
«*phile, de iis omnibus, quæ Jesus cæpit facere et*
«*docere, usque in diem, etc.*, lo segundo, que aun-
«que hablara de sermones, diria todo lo contrario
«de lo que tú pretendias; porque no afirma que era
«aquel el primer sermon que predicaba, ántes supo-
«nia que habia predicado otro y otros; pues decia:
«*El primer sermon que predique, Primum quidem*
«*sermonem feci*. Pero no, señor, tú leiste que el
«Evangelista hablaba del primer sermon, y sin más
«ni ménos, entendiendo materialmente sus palabras,
«te pareció que venian muy al intento del primer
«sermon que predicabas, sin reflexionar que una
«vez tolerado ese groserísimo modo de traer las pa-
«labras de la Escritura, no habrá absurdo que no se
«pueda confirmar con ella.

«De la misma manera, y aún peor si es posible,
«aplicaste los demás textos á tus extravagantísimas
«ideas. Seria cosa interminable si quisiera detenerme
«á recorrerlos todos en particular, y por eso bastará
«ofrecerte á la memoria ligeramente los más estraña-
«larios. El cotejo que hiciste del retiro de Cristo al
«desierto con el tuyo á la Religion, dejó de ser atre-
«vido, por pasar á ser sacrilego, y la disyuntiva que
«añadiste de que bautizado Jesús se retiró al desier-
«to, ó el diablo le llevó á él, fué un arrojo que quiso
«parecer gracia, y vino á parar en blasfemia. Alu-

«cináronte á ti, así como á ellos ó á otros muchos,
 «aquellas palabras de que *ductus est in desertum*
 «*ab spiritu, ut, etc.*, sin advertir, que no fué el es-
 «píritu maligno, sino el Espíritu Santo el que le con-
 «dujo al desierto, como lo sienten los Santos Padres,
 «y es casi evidente en el contexto de la letra. Pero
 «á ti te hacia al caso esta exposicion, porque te
 «abria camino para la otra chocarrería de que te
 «retiraste al desierto de la Religion, si ya el diablo
 «no te llevó á ella. Chufleta escandalosa, que no es
 «fácil discernir, si sobresale más la impiedad ó el
 «descontento, que muestras en tu religioso estado.

«No ignoro lo que enseña Santo Tomás, hablando
 «de la docilidad con que debemos abrazar los con-
 «sejos que son buenos, aunque las costumbres é in-
 «tencion de quien los dá, sean perversas. Bien sé
 «que dice el Santo, que aunque constara que era el
 «diablo el que aconsejaba que entrases en la Reli-
 «gion, debieras seguir su consejo, porque suponien-
 «do que su intencion siempre sería torcida, podias
 «enderezarla hácia tu mayor provecho, segun aque-
 «llo, *salutem ex inimicis nostris*: pero el Angélico
 «Doctor habla en hipótesis, y no categóricamente.
 «Discurre en la suposicion de que esto sea posible,
 «no supone que lo sea, ni mucho ménos lo dá por
 «hecho.

«Las locuras que ensartaste para hacer lugar en
 «la salutacion á tu padrino el licenciado Quijano, de-
 «bian conducirte á la Inquisicion, si ellas mismas no
 «acreditaran que competia su juicio á la casa de los
 «orates. Cuando dijiste de la quijada del asno, con
 «que Cain quitó la vida á su hermano Abel (si es

«cierto que fué ejecutado el fratricidio con este instrumento); cuanto disparataste sobre la famosa quijada de Sanson; y cuantas boberías historiales ensartaste sobre los quijanos y las quijadas y las familias, aquellas tan ilustres en el reino de Leon, te harian reo de dos gravísimos delitos, si no les disculpas tu sandez, ignorancia y bobería. Los esclarecidos individuos de una y otra familia se reirán de tu necedad, ó se compadecerán de tus disparates, y nunca tendrán por asunto digno de su queja, que un simple como tú forme despropósitos, que no son capaces de oscurecer su esplendor.

«Si vuelvo los ojos á tu estrafalario asunto que tomaste, apénas hallo términos para explicar lo que concibo: *Campazas es el solar de la Eucaristia, y así, ó hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé.* ¿A quién, sino á tí, pudo venir al pensamiento semejante desatino? Puedo preguntarte lo que un duque de Toscana preguntó á cierto poeta, que le presentó un poema, con grande satisfaccion de que le habia de asombrar, y con no ménos confianza de que se lo habia de pagar bien: *Dicami, per Dio; ¿d'ove piglió questo acervo di fece, é questa farragine di minckionerie?* Dígame por Dios; ¿á dónde encontró este monton de necedades, y este farrago de despropósitos y boberías? A un asunto tan exótico precisamente habian de corresponder unas pruebas tan exóticas como él; porque una proposicion tan extravagante no se puede confirmar con razones que no lo sean. Es *Campazas el solar de la Eucaristia*, porque la materia remota de este Sacramento es el pan y el vino, que nacen

« en los campos, de donde se deriva el nombre de
« Campazas. Por esa regla el Sacramento de la Euca-
« ristía sería de toda tierra de pan y vino originario;
« y no tendría más derecho Campazas á ser la aleuña
« de este augusto Sacramento, que *Campomayor*,
« *Campoverde*, *Camposanto*, *Campovillar*, y en fin
« toda tierra y lugar de *Campos* que tenga este nom-
« bre por delante ó por detrás; como *Medina-del-*
« *Campo*, *Villa-nueva-de-Campos*, etc. Por el mismo
« principio, el solar de la Extrema-Uncion será todo
« país donde haya aceite, el del Bautismo donde haya
« agua, y el de la Penitencia todo el mundo; porque
« en todo el mundo se usan pecados, que son la ma-
« teria remota.

« Del mismo peso y calibre es el otro despropósito,
« conviene á saber, que *ó hay Sacramento en Cam-*
« *pazas, ó no hay en la Iglesia fé*. ¿Qué quisiste de-
« cir con esto? ¿Que la fé de la Iglesia Católica de-
« pende de que haya Sacramento en Campazas?
« ¡Terrible locura! Tanto depende la fé de la Iglesia
« de que haya Sacramento en Campazas, como de
« que le haya ó deje de haber en Lóndres. No te ten-
« go por tan mentecato como eso; quisiste sin duda
« significar (pareciéndote que decías una gran cosa),
« que si no era verdad que habia Sacramento en Cam-
« pazas, tampoco lo era que lo habia en Roma ni en
« parte alguna de la Iglesia de Dios. Pero vén acá,
« simple; ¿no conoces que eso es una insulsísima pe-
« drogullada, y que lo mismo se puede decir de la
« más infeliz alquería donde esté el Santísimo Sacra-
« mento? salvo que seas como aquel, que habiendo
« visto los magníficos templos de Sevilla, dijo: *Los*

«monumentos buenos son; pero Sacramento como el
«de mi lugar no le hay en el mundo.

«¿Sabes de dónde nace este disparatado modo de
«discurrir, y estas proposiciones, parte absurdas,
«parte heréticas y parte mal sonantes que echas á
«borbotones? pues no es otro el principio, que el
«desprecio que hiciste de la dialéctica, de la filoso-
«fía y de la teología, persuadido néciamente á que
«no eran necesarias para ser buen predicador. Ya
«estoy informado de lo que trabajaron tus prelados
«y otros hombres sabios y celosos, para desvane-
«certe ese grosero error de la cabeza; y tambien lo
«estoy de que todo fué inútilmente. No presumo tanto
«de mis fuerzäs, que me lisonjee de poder conseguir
«lo que ellos no lograron, y más cuando separado de
«los estudios, parece ya fuera de sazón la doctrina
«que voy á darte. No obstante, por no quedar con
«este remordimiento, y porque puede ser que te ha-
«ga más fuerza lo que te dice un tio tuyo que te ama
«de corazon, y que está ó debe estar más práctico
«en la materia (porque al fin no tengo otro oficio en
«mi Santa Iglesia), te expondré con toda brevedad y
«con la claridad que me sea posible, no ya mi dictá-
«men particular, sino el universal de todos cuantos
«enseñan á formar un perfecto orador: pues si fuese
«tan feliz que te hagan fuerza mis razones, aunque
«hayas dejado de ser discípulo de los lectores en la
«aula, lo podräs ser de los libros en la celda.

«Ciceron dice, que es imposible ser perfecto ora-
«dor, sin ser perfecto dialéctico, y añade que sin
«dialéctica conoció muchos locuaces, muchos habla-
«dores, pero elocuente ninguno: *Disertos se vidise*

«*multos malos, elocuentem omnino nullum*; y el mismo afirma de sí, que si es que llegó á ser orador, no aprendió este oficio en las escuelas de los retóricos, sino en las academias de los filósofos: *Fateor me oratorem, si modo sim, quicumque sim, non in rhetoricum officinis, sed ex academiæ spatiis existisse*. Demóstenes, Quintiliano, Longino y todos los demás maestros de la oratoria, convienen en el mismo principio: la razon de él salta á los ojos; porque siendo todo el fin del orador, convencer, persuadir y mover, no puede convencer sin discurrir, ni puede discurrir bien si ignora el arte de hacerlo con acierto; aquel que enseña á discernir lo brillante de lo sólido, lo real de lo aparente, lo superficial de lo profundo, lo probable de lo cierto, y el sofisma de la demostracion, tal es la verdadera dialéctica.

«Otra hay no solo inútil, sino perniciosa á todo buen orador; pero mucho más á todo orador cristiano y evangélico, esta es aquella dialéctica disputadora de todo, chisquillosa, bachillera, sofística y cabilosa, como la llama Quintiliano, *Dialectica cavillatoria*; aquella que hace gala de sutilizar, refinar, metafisiquear sobre todos los asuntos; aquella que se evapora en sutilezas, se exhala en pensamientos volátiles, y se quiebra ó se confunde en su misma delicadeza; aquella que se complace en representar lo falso como verdadero, en dar cuerpo á la sombra y realidad á la apariencia; aquella que hace profesion de vender oropel por oro, sofismas por evidencias, y trampantojos por demostraciones; aquella en fin que descuartiza, que hace gigote el

«objeto que toma entre manos, en lugar de dividirlo
«para aclararle ó para comprenderle. Esta dialéctica
«no solo es indigna de un orador; sino de hombre de
«bien; porque solo puede servir para alucinar, mas
«no para encontrar la verdad y mucho ménos para
«persuadirla.

«La dialéctica no solo conviene, sino que es ne-
«cesaria á todo buen orador; es aquella sùtil á la
«verdad, pero viva y penetrante, que discerne lo
«verdadero de lo falso, y distinguiendo con precision
«y exactitud lo que es propio del asunto, y lo que es
«forastero de él; aquella que reconoce con claridad
«las partes que constituyen al todo, y sabe distribuir-
«las, ordenarlas y disponerlas con la union, órden y
«método, que deben observar entre sí; aquella que
«divide con destreza la materia, pero sin hacerla
«añosos ni desmenuzarla en partes tan delicadas, que
«apenas las perciba la vista más perspicaz; aquella
«que vá siempre á su objeto y á su fin, sin perderle
«jamás de vista, sin divertirse en episodios ó disgre-
«siones extrañas, que hacen olvidar el objeto princi-
«pal propuesto; aquella que dá al discurso una justa
«libertad, sin violentarle ni oprimirle, y desviando de
«las proposiciones todo sentido equívoco y oscuro las
«deja imprimir en el entendimiento una idea clara,
«limpia y precisa de lo que quieren decir; aquella que
«dispone con tan bello órden, y con tanta claridad to-
«das las proposiciones del discurso, que parecen como
«nacidas unas de otras, y subiendo insensiblemente
«á los primeros principios, deduce de ellos unas
«consecuencias necesarias, naturales y evidentes;
«aquella que descarta siempre toda prueba que no

« sea conducente é invencible , aquella en fin que sabe
« unir todo el discurso como en un solo punto, para
« que se haga más viva y más pronta impresion en el
« ánimo del que oye , porque de una ojeada la entien-
« de y le penetra y le comprende.

« Esta es la dialéctica necesaria á todo buen orador,
« esta es aquella ciencia de los filósofos, sin la cual,
« dice Ciceron, es imposible que un hombre sea ver-
« daderamente elocuente ; porque sin ella, ¿ cómo ha
« de discernir el género de las especies? ¿ Cómo ha
« de acertar á explicarlas y definirlas? ¿ Cómo ha de
« distinguir lo falso de lo verdadero? ¿ Cómo ha de co-
« nocer las consecuencias legítimas, evitar las con-
« tradicciones, cautelarse contra los equívocos, y
« desembarazarse de las ambigüedades? ¿ Cómo es
« posible que sin ella sepa hablar con peso y con pe-
« netracion de las obligaciones de la vida civil, de la
« virtud, de las costumbres, etc.?

« A vista de esto, ¿ qué quieres que diga de tí y de
« otros predicadores, ó por mejor decir, cómicos,
« representantes, charlatanes y habladores tan igno-
« rantes como tú, que hacen un sumo desprecio de
« la filosofía (comprendida con el nombre de dialéc-
« tica,) teniendo por tiempo perdido el que se em-
« plea en aprenderla, por juzgarla absolutamente
« inútil para la oratoria, y que como tal debe abando-
« narse á las cavilaciones y disputas de las escuelas?
« Cabezas desauciadas, entendimientos infelices, in-
« genios atolondrados, que presumen caminar segu-
« ros sin luz en medio de las tinieblas, no advirtiendo
« que con precision han de dar tantos tropiezos co-
« mo pasos, faltándoles aquel arte á quién el ma-

«y orador del mundo llamó *la máxima entre todas*
 «*las artes*; porque ella es la luz que disipa la confu-
 «sion y oscuridad de todas las demás: *Hic (Servius)*
 «*attulit hanc artem omnium artium maximam, quasi*
 «*lucem, ad ea, quæ confuse ab illis, aut respondeban-*
 «*tur, aut agebantur. Dialecticam mihi videris dicere.*
 «*Rectè, inquam, intelligis.*

«Pero si la dialéctica es de una indispensable ne-
 «cesidad para la oratoria cristiana, no lo es ménos
 «la sagrada teología. Y sino dime, ¿qué es ser
 «teólogo? Es ser un hombre, cuya propiedad, le
 «enseña á hablar bien y con propiedad, de Dios y
 «de sus atributos, exponiendo sus misterios para
 «combatir los errores, discernir la naturaleza de las
 «virtudes, y penetrar la naturaleza de los vicios; es
 «ser un hombre muy versado en la Sagrada Escritura
 «y en la inteligencia de su verdadero sentido, para
 «sacar de aquel fondo inagotable pruebas eficaces y
 «vigorosas, que confirmen lo que dice: un hombre
 «noticioso de la antigüedad, informado de la historia
 «eclesiástica, bien instruido en Santos Padres y con-
 «cilios. Esto es ser teólogo. Y ser predicador ¿qué
 «será? Es ser todo esto y algo más; porque es po-
 «seer todas estas noticias, y sobre ellas destreza para
 «usarlas. De donde se infiere concluyentemente, que
 «puede uno ser gran teólogo sin ser buen predica-
 «dor; ¿pero es imposible que sea buen predicador sin
 «ser gran teólogo?

«Y si á esto se llega la gran diferencia de teatros,
 «en que uno y otro ha de ejercer su profesion, es
 «preciso quedes convencido de que el predicador ha
 «de ser más teólogo que el teólogo mismo. Y sino dí-

« me ; ¿ en qué teatro y á qué auditorio tiene que en-
« señar el teólogo las verdades de la religion ? En una
« aula reducida , y á un puñado de discípulos , por lo
« regular despejados , jóvenes , instruidos ya en otras
« facultades , libres de toda preocupacion , no solo sin
« embarazo , pero con positivas disposiciones para
« abrazar las verdades en que se les quiere imbuir ,
« oyendo á sus maestros como oráculos . ¿ Y cuál es el
« teatro y auditorio de un predicador ? O un templo
« muy capaz , ó tal vez las plazas ó los campos cu-
« biertos de una inmensa multitud , que se compone
« de todo género de gentes , de niños , de viejos , de
« hombres , de mujeres , de sabios , de ignorantes , de
« rudos , de ingeniosos , de dóciles , de duros , y en fin
« por lo general preocupados contra lo que el predi-
« cador les intenta persuadir . ¿ Para cuál de los dos
« auditorios se necesita más sabiduría y más abun-
« dancia de doctrina ?

« Junta á esto el diversísimo modo con que deben
« enseñar el predicador y el teólogo : á éste le basta
« hacerlo de una manera abstraída , seca , inteligible ,
« solo á unos entendimientos cultivados , y hechos á
« comprender otras verdades delicadas , sutiles y me-
« tafísicas . Usar de la elocuencia para persuadirlas y
« del talento para representarlas , es oficio del predi-
« cador , quién debe enseñar de un modo claro , pers-
« picaz , inteligible á todo el mundo , proporcionándose
« á las ideas comunes , de manera que igualmente le
« comprenda el plebeyo que el noble , el rústico que
« el cultivado , el rudo que el capaz , el ignorante que
« el sabio ; proponiendo de suerte , que al incrédulo
« le convenza , al disoluto le aterre , al obstinado le

«ablande, y en fin á todos persuada y mueva. Para
«esto, claro está que es indispensablemente neces-
«ario que el predicador tenga en cierto modo un co-
«nocimiento intuitivo de las verdades y misterios de la
«religion; esto es, que los comprenda todo cuanto sea
«posible comprenderlos en esta vida; que en fuerza
«de su profunda meditacion los domine, y sea dueño
«absoluto de manejarlos á su voluntad, para propo-
«nerlos de mil formas, figuras y maneras.

«¿Y qué predicador sabrá hacer esto, si no es más
«teólogo que el teólogo mismo? ¿Y quién merecerá
«el nombre de predicador, si no sabe hacer esto?
«¿Y quién se le podrá dar sin deshonor de tanto em-
«pleo? ¿Mereceránle aquellos predicadores, que
«cuando tienen que predicar de algun misterio, co-
«mo el Sacramento de la venida del Espíritu Santo,
«su mayor cuidado es huir de él, y por no engolfar-
«se en aquel abismo, dejan el misterio á un lado, y
«conténtanse con proponer algun punto moral, unas
«veces deducido de la meditacion del mismo miste-
«rio, pero las más arrastrado y traído como por fuer-
«za? Bueno es lo primero, pero no basta ni cumple
«con su obligacion el predicador, el cual debe al au-
«ditorio la explicacion de nuestros misterios, no ata-
«da ni seca, mucho ménos que huela á escuela ni
«cartapacio, sino libre, fogosa, llena de fuego; con
«aquella buena disposicion que pide el púlpito y la
«oratoria.

«¿Mereceránle los otros, que por el lado contrario
«reventando de teólogos escolásticos, suben al púl-
«pito como pudieran á la cátedra, y hacen una lee-
«cion de oposicion en lugar de sermón, con sus

«sentencias, con sus pruebas, con sus argumentos,
 «confundiendo en los misterios lo que es de fé con
 «lo que no lo es, lo cierto con lo dudoso, lo infalible
 «con lo opinable, sin advertir que al pueblo no se le
 «debe proponer el cómo, sino el qué; ni en los ser-
 «mones se debe dar lugar á puntos contenciosos,
 «sino indubitables, segun aquella gran máxima del
 «Apóstol: *Mis sermones son fieles y verdaderos; por-*
 «*que en ellos no se tratan materias que estén sujetas*
 «*á opiniones de sí y de no? Fidelis autem Deus, quia*
 «*sermo noster qui fuit apud vos, non est et non.*

«¿Mereceránle aquellos predicadores inconsidera-
 «dos, indignos de que se les deje ejercer el ministe-
 «rio, que para explicar los misterios más venera-
 «bles, se valen de las ideas más ridículas, como
 «aquel que predicando al Sacramento en la dominica
 «infra octava del Corpus, con el Evangelio de la Cena
 «magna, tuvo osadía para tomar por asunto, que el
 «Sacramento era la cena sin sol, sin luz y sin mos-
 «cas, que no sé como no le llevaron á la casa de la
 «misericordia, ya que por insensato le perdonase
 «el santo tribunal de la Inquisicion; y el otro que
 «predicando el mismo misterio, porque el mayordo-
 «mo se llamaba *Fulano Maestro*, y la mayordoma
 «*Zutana-larga*, escogió por idea de su sermon, que
 «Cristo en el Sacramento era Maestro largo; pueri-
 «lidad (por no decir otra cosa) que debiera ser cas-
 «tigada con quitarle la licencia de predicar, *in per-*
 «*petuum?*

«Estos no son teólogos ni predicadores, sino lo-
 «cos bien disimulados y peor consentidos. Sin ser
 «teólogo, no es posible pintar el vicio con aquellos

« colores vivos y propios que le hagan aborrecible;
 « porque no se puede conocer su naturaleza, su esen-
 « cia, sus propiedades, sus diferencias, su deformi-
 « dad, sus resultas, sus efectos y sus consecuencias.
 « Sin ser teólogo es imposible describir la virtud de
 « modo que enamore, que hechice, que mueva á
 « abrazarse y practicarse; y me atrevo á decir que
 « quien no se hubiere hecho dueño del excelente
 « *Tratado de Santo Tomás sobre las virtudes y sobre los*
 « *vicios*, apenas sabrá pintar la hermosura de aque-
 « llas, ni la fealdad de estos con los colores vivos y
 « naturales que les corresponden.

« Sin ser teólogo ninguno podrá explicar acertada-
 « mente un solo precepto del Decálogo; porque no
 « sabrá determinar su extension, y confundirá lo que
 « es perfeccion de puro consejo, con lo que es de
 « necesidad y de precepto; exponiéndose á dar tan-
 « tos tropiezos como pasos, extendiendo sus límites
 « más de lo justo, ó estrechándolos más de lo conve-
 « niente; unas veces imponiendo á las almas cargas
 « que no pueden llevar, otras exhonerándolas de lo
 « que tienen obligacion de sufrir, y siempre incur-
 « riendo en la terrible amenaza que fulmina Dios con-
 « tra aquellos que por su antojo ó por su ignorancia
 « aumentan ó disminuyen lo que está escrito en el Li-
 « bro de la ley: *Quisquis apposuerit ad hæc, et si*
 « *quis diminuerit de verbis libri, auferet Deus partem*
 « *ejus de libro vitæ.*

« De aquí podrás inferir cuanto desbarran en el
 « verdadero concepto que debieran formar de la ora-
 « toria cristiana los predicadores inconsiderados y
 « atrevidos, que para excusar ciertas proposiciones

«arrojadas, temerarias, hiperbólicas, ó ciertos conceptillos que llaman predicables, sùtiles y delicados en la apariencia, pero falsos y sin substancia en la realidad, responden con grande satisfacciòn, que hablaron *more concionatorio, et non scholastico*, como predicadores, no como teólogos; añadiendo como por chiste y por gracejo, que el pùlpito no tiene poste, esto es, que ni se arguye ni se replica contra lo que se dice en el pùlpito.

«Si le parece que con esto responden algo, tengan entendido, que no pudieron echar de mano despropósito mayor. ¿Quién les ha dicho que la cátedra del Espiritu Santo pide ménos peso, ménos solidez, ménos miramiento, que la de la universidad? ¿Quién les ha dicho que las proposiciones que se harían risibles en la aula, puedan ser jamás tolerables en el pùlpito? En aquella se examina su verdad con el mayor rigor, para que pueda después exponerse en este con la más segura certidumbre. Es cierto que el pùlpito no tiene poste, que no se arguye, no se replica contra lo que se dice en él; pero ¿por qué? nada se debe decir en el pùlpito, que admita réplica, disputa ni argumento.

«Pero cuando insisto tanto, en que no es posible que sea buen predicador el que no sea buen teólogo, no pretendo que suba el predicador al pùlpito á hacer ostentación de que lo es: *Dicen los teólogos, saben los teólogos, ya me entienden los teólogos, etc.*, cosa ridícula, vanidad pueril, que hace despreciable á quien la usa, para con todo hombre de juicio que le oye: si no se conoce que eres teólogo, sin que tú lo digas, solo un pobre mentecato cree-

«rá que lo eres sobre tu palabra. Esos regüeldos po-
«drán alucinar á los páparos, pero causan bascas á
«todo hombre advertido y de razon. En el púlpito
«no se trata de lo que sabe el teólogo, sino de lo que
«deben todos saber, y siempre que dices algo que
«no vaya igualmente para la vejezuela más simple
«que para el teólogo más perspicaz, por reventar de
«teólogo, dejaste de ser predicador.

«Supuesto que es tan necesaria la teología y filo-
«sofía ó dialéctica para la oratoria, tú que no eres
«filósofo, dialéctico ni teólogo; ¿cómo has de predi-
«car? Tú que no has visto los Concilios, los Santos
«Padres, los Expositores, sino que sea por el forro,
«(y aunque fuera por dentro, seguramente no los
«entendieras); ¿cómo has de predicar? Tú que ni de
«los misterios ni de los preceptos del Decálogo ni de
«los de la santa Madre Iglesia, ni de los vicios ni de
«las virtudes no sabes más que lo que enseña el Ca-
«tecismo; ¿cómo has de predicar? Dirás que leyen-
«do buenos sermonarios; ¿y cómo has de saber
«cuáles son buenos y cuáles son pésimos? ¿Cuáles
«se deben imitar y cuáles abominar de ellos, espe-
«cialmente cuando entre tanta peste de estos escri-
«tos como tenemos en España, apénas hay dos ó tres
«autores que puedan servir de modelo? Responderás
«que oyendo buenos predicadores; ¿y á dónde has
«de ir á buscarlos? ¿Te parece que hay tanta abun-
«dancia de ellos en este siglo? No obstante ya algu-
«nos van abriendo los ojos, y procuran abríseles á
«otros, y van entrando por el camino derecho, y so-
«licitan con glorioso empeño, que otros entren igual-
«mente por él; ya se oyen en España algunos pre-

«dicadores (no son muchos por nuestros pecados),
 «que se oirian sin vergüenza, y acaso con envidia en
 «Versalles y París; ¿pero por dónde has de saber
 «discernirlos tú, y mucho ménos tomarles el gusto?
 «tú que en todo le tienes tan perverso, que á guisa
 «de escarabajo te tiras siempre á lo peor; tú que á
 «lo que infiero del disparatado sêrmon que acabo de
 «oírte, tanto te has pagado de un maldito *Florilugio*
 «que anda por ahí, para vergüenza inmortal de
 «nuestra nacion, y para que se rian de ella todos los
 «que nos quiere mal: tú.....»

CAPÍTULO VIII.

CORTA LA CÓLERA DEL MAGISTRAL UN HUÉSPED NO ESPERADO,
PIEZA MUY DIVERTIDA QUE Á TAL TIEMPO LLEGÓ
CASA DE ANTON ZOTES.

AL tercer *tú* del celoso y entendido magistral, quiso Dios ó la buena fortuna del bendito Fray Gerundio (el cual estaba ya tamañito, viendo al tio que lo tomaba en tono tan alto, y desengañado), que entró por la puerta del corral, y se apeó en el zaguan de la casa con mucho estrépito de caballos, relinchos, lacayo, ayuda de cámara y acompañamiento, un huésped repentino, que ni se esperaba ni se podia pensar en él. Era cierto caballero jóven, bien puesto, de bastante desembarazo, vecino de una ciudad no distante de Campazas, que habia estado en la Côte largo tiempo en seguimiento de un pleito de entidad, para el cual le habia servido el magistral (aunque no le conocia) con varias cartas de recomendacion que le habian valido mucho: y noticioso por una casualidad de que su protector se hallaba en aquel lugar, torció el camino, y á costa de un corto rodeo, le pareció razon y aún obligacion precisa ir á dar gracias á quien tanto le habia favorecido.

Llamábase *Don Carlos* el sugeto de esta historia, y como por una parte no era del todo lerdo, y por

otra habia estado tan despacio en Madrid, frecuentando tocadores, calentando sitios, asistiendo al patio de los consejos, dejándose ver en los corrales del palacio, y no dejando de tener alguna introduccion en las Covachuelas, se le habia pegado fuertemente el aire en la gran moda: hacia cortesías á la francesa, hablaba en español del mismo modo, afectando los rodeos del francesismo, y hasta el mismo modo dialéctico y retintin, con que lo hablan los de aquella nacion. Se le habian hecho familiares sus frases, sus expresiones, sus locuciones y sus modos de explicarse, ya por haberlas oido frecuentemente en las conversaciones de la corte, ya por haberlas observado en los sermones de aquellos famosos predicadores, que á la sazón daban la ley y eran celebrados en ella, ya por haberlas leído en los mismos libros franceses, que construía ó entendía medianamente; ya también por haberlas aprendido en las obras de los malos traductores, de que por nuestros pecados hay tanta epidemia en estos desgraciados tiempos; en fin, nuestro D. Carlos parecia un *Monsieur* hecho y derecho; y por lo que tocaba á él, de buena gana trocaria por un *Monsieur* todos los dones y tutujuleques del mundo; tanto que hasta los dones del Espíritu Santo le sonarian mejor, y acaso les solicitaria con mayor empeño, si se llamasen *Monsieures*.

Luego que se apeó y fué recibido de Anton Zotes, con aquel agasajo y cariño que llevaba de suyo su natural bondad, le preguntó D. Carlos, si estaba en aquel villaje ó en aquella casa Monsieur el teologal de Leon. Sí, Señoría, respondió el tío Anton Zotes,

dándole desde luego el tratamiento que le pareció correspondía á un hombre que traía lacayo y repostero; y porque no entendía lo que significaba *Monsieur el teologal*, pero conoció que sin duda, aquel extranjero preguntaba por su primo *Monsieur el teologal*; añadió D. Carlos. *Es uno de mis mayores amigos, y aunque no he tenido el honor de conocerlo, estoy reconocido á su bondad hasta el exceso. Suplico á V., que se tome la pena de conducirme ante todas cosas á su cámara, retrete ó apartamento.*

El bonazo del tío Anton Zotes, que jamás había oído hablar aquella gerigonza, como, entendió cosa de cámara y retrete; ¿qué pensó? que á aquel pobre caballero se le ofrecía alguna urgencia natural, de las que dan pocas treguas, y quería desembarazarse de ella ántes de ver al magistral; y así con grandísimo candor le condujo á un cuarto estrecho y oscuro hácia la puerta falsa, que daba á la alcoba donde dormía su primo, y le dijo en voz sumisa; « Entré haí su « Usía, y á mano derecha encontrará lo que ha menester; porque ahí está la cámara de mi primo el « canónigo. » Avergonzóse un poco D. Carlos; pero como era mozo de despejo, volvió luego en sí, y dijo al tío Anton: *Bien se conoce que el huésped es un pobre burgués, y un miserable paisano; por ahora no he menester estos utensilios, lo que digo es, que me conduzga al cuarto ó sala del Sr. Magistral.* « Eso es « otra cosa, respondió el bonísimo de Anton; si su « Usía se hubiera espricado ansina, ya le hubiera « trado en ella sin arrodeos. »

Metióle en la sala donde estaba el magistral, con los demás que dijimos en el capítulo antecedente, y

entró en ella, al mismo tiempo que llegaba al tercer tú de su fogosa repasata, como lo dejó notado un manuscrito muy antiguo, que se guarda en el archivo de la Zotes, y tuvimos presente para sacar estas individualidades y menudencias de todos los lances sucedidos en esta ocasion en Campazas. Luego que vió el magistral delante de sí un caballero de tanto respeto, se levantó de su silla apresuradamente, y cuando le iba á hablar con la debida urbanidad, D. Cárlos le atajó diciéndole: *No se dé V., Señor Magistral, la pena de incomodarse: yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa á la francesa: esta es la gran moda; porque las maneras libres de esta nacion han desterrado de la nuestra aquellos aires de servidumbre y de esclavitudinaje, que constriñéndonos la libertad, no nos hacian honor. Yo soy furiosamente francés, aunque nacido en el seno del reino de Leon. Yo tengo el honor de venir á presentar á V. mis respetos y agradecimientos. Yo soy D. Cárlos de Osorio, á quién V. tuvo la bondad de favorecer tanto con sus cartas de recomendacion, y seria yo el más ingrato de todos los hombres, sino publicara altamente que á ellas es á quién debo la dicha de haber tenido la felicidad de haber ganado mi proceso: yo, Monseñor.*

El magistral, hombre ramplon, castellano macizo, leonés de cuatro suelas, y que aunque estaba más que medianamente versado en la lengua francesa, haciéndola toda la justicia que se merece, era muy amante de la suya propia, bien persuadido á que para maldita la cosa no necesitaba las agenas, teniendo dentro de sí misma, cuanto ha menester para la copia, la propiedad, la hermosura y la elegancia: el magistral,

vuelvo á decir, se empalagó mucho desde el primer período, y desde luego le hubiera atajado con desprecio, á no haberlo contenido el respeto debido al nacimiento de D. Carlos, y la urbanidad con que debía tratar á un hombre que venia á buscarle por puro reconocimiento. No obstante se resolvió á divertirse un rato á su costa, con el mayor disimulo que pudiese, procurando templar la burla, sin descomponer la atencion; y así le dijo: «Yo, Sr. D. Carlos, no soy «Monseñor, ni nunca lo he sido, venerando de tal manera á los que lo son, que sin envidiarles ese tratamiento por desconocido en España, me contento «con el que tuvieron mis padres y mis abuelos, y más «cuando no es menester ser Monseñor para ser ser- «vidor de V. de todas veras.» *Esos, Sr. Magistral, son perjuicios de la educacion, y hace lástima que un hombre de las luces de V. se acomode á los sentimientos del bajo pueblo. Hoy los entendimientos del primer orden se han desnudado dichosamente de esas preocupaciones, y hallan más gracia en un Monsieur, que en un Don ó Señor, que en las naciones más cultivadas se aplica á un marchante, ó á cualquiera burgés: y no me negará V., que un Monsieur le Maner, un Monsieur Noboa, suena mejor que D. Fulano Maner, D. Zutano Noboa.*

«Como esto de sonar mejor les cosa respectiva á «los oídos, replicó el magistral, y ha habido hom- «bre á quien sonaba mejor el relincho del caballo, «que la cítara de Orfeo, no me empeñaré en negar- «lo ni concederlo; solo aseguro á V. que á mí, co- «mo buen español, nada me suena tan bien como «lo que está recibido en nuestra lengua, y esto es

«con ser así que no soy del todo peregrino en las
«extranjeras.»

¡Oh, señor magistral, y qué domaje es que un
hombre de las luces de V. se halle tan prevenido de
los perjuicios nacionales! «Mi capacidad, ó mis al-
«cances, respondió el magistral (pues supongo que
«eso quiere decir V. cuando habla de mis luces),
«no obstante de ser bien limitadas, me obligan á
«decir, que es lijereza agena de nuestra gravedad
«española, y desestimacion injuriosa á nuestra len-
«gua, introducir en ella voces que no necesita, y
«modos de hablar que no la hacen falta. Pero en fin,
«dejando á cada uno que hable como mejor le pare-
«ciere, V. no habrá comido, y ante todas cosas es
«menester.» *Perdone V. señor magistral, interrumpió Don Carlos, ya hice esta diligencia en un pequeño
village, que dista dos leguas de aquí, y así no es me-
nester que nadie tome la pena de incomodarse.*

«Y no sé, dijo el familiar, que en estas cercanías
«ni aún en todo el Páramo, haya ningun lugar que
«se llame *village*.» Rióse Don Carlos de lo que le pa-
reció simplicidad de aquel buen labrador, á quien
no conocia, y dijole en tono algo desdeñoso: *Pai-
sano, llámase village pequeño toda aldea ó lugar cor-
to.* «Pero, señor Don Carlos, le replicó el magis-
«tral, si aldea ó lugar corto es lo mismo que *village*
«¿qué gracia particular tiene *village*, para que le de-
«mos naturaleza en nuestra lengua?» *Oh, señor ma-
gistral, respondió Don Carlos, V. es diablamente cas-
tellano, y del aire que le veo, tampoco daré cuartel al
libertinaje por disolucion, al libertino por disoluto;
al pavis por pavimiento; á satisfacciones por gustos;*

á sentimientos *por dictámenes, máximas ó principios*; á moral evangélico, *por doctrina del Evangelio*; á no merece la pena, *por es digno de desprecio*; á acusar el recibo de una carta, *por avisar que se recibió*; á cantar, tocar, bailar á la perfeccion, *por cantar, tocar, bailar con primor*; á excitar el ministerio de la palabra de Dios, *por predicar*; á darse la pena, *por tomarse el trabajo*; á bellas letras, *por letras humanas*; á nada de nuevo ocurre en el dia, *en lugar de ahora no ocurre novedad*; á.....

«Tenga V. señor Don Carlos, le interrumpió el magistral, no se cause V. más, que seria interminable la enumeracion, si se empeñara V. en reconvenirme con todas las frases, voces y modos de hablar afrancesados, que se han introducido de poco tiempo acá en nuestra lengua, y cada dia se van introduciendo con mucha vanidad de los extranjeros, y no poco dolor de los españoles de juicio y de meollo. Dígole á V. que ni á esos ni á otros innumerables francesismos, que sin qué ni para qué se han metido de contrabando á desfigurar nuestra lengua, no daré jamás cuartel ni en mi conversacion ni en mis escritos.»

Pues poca fortuna hará V. en la Côte, respondió Don Carlos, y presto seria V. el juguete de las oficinas y de los tocadores, si se fuera allá con esos sentimientos. «Por lo que mira á los tocadores, dijo el magistral, pase, y convengo en que seria de los más mal recibidos: donde se halla tanto de *petibonets, surtus, ropas de chambre*, no puede esperar buena acogida el que llama cofias, sobretodos, y batas á todos esos muebles; pero en las oficinas no

«seria tan mal recibido, como á V. le parece; por-
«que en ellas hay de todo. Es cierto que se encuentra
«tal cual de aquellos iniciados en la política, quiero
«decir de aquellos plumistas, aprendices de prime-
«ra tonsura, que *anno non omplius uno, et minimo*
«*sudore, et amico ab homine salvo*, solo porque leye-
«ron las obras de Feijóo, los libros de *Ciencia de*
«*Córte, el Espectáculo de la naturaleza, la Historia*
«*del pueblo de Dios*, y algunos otros pocos libros,
«que ahora son de moda, no solo se juzgan capaces
«de hablar con resolucion y con desenfado en todas
«las materias, sino que se imaginan con bastante
«autoridad para introducirnos aquellas voces extran-
«jeras, que suenan mejor á sus mal templados oidos;
«y aunque las tengamos acá igualmente significati-
«vas, no hay que esperar se valgan de ellas, si ni
«aún se dignen de mirarlas á la cara. Estos si escri-
«ben una carta gratulatoria, no dirán: *Doy á V. mil*
«*enhorabuenas, por el nuevo empleo, que ha mereci-*
«*do á la piedad del Rey*, aunque les saquen un ojo;
«sino: *Felicito á V. por el justo honor con que el Rey*
«*ha premiado su distinguido mérito*. Si quieren ex-
«presar su complacencia á un amigo por algun feliz
«suceso, no tema V. que le digan pura y castellana-
«mente: *Complázcome tanto en los gustos de V. como*
«*en los mios propios*: es menester afrancesar más la
«frase, y decir: *No hay en el mundo quien se interese*
«*más en las satisfacciones de V.: ellas tienen en mi*
«*estimacion el mismo lugar que las mias*. Escribir ó
«decir á uno: *Mande V. que le serviré en cuanto pu-*
«*diere*, lo tendrán por vulgaridad y aldeanismo:
«*Cuente V. conmigo en todo trance*, es expresion que

«huele á Carte, y lo demás es de patanes. *Ese negocio no toca á mi departamento*, para explicar que «no corresponde á su oficina, jamás se le olvidará. «*Ya está sobre el bufete*, para decir que ya está puesto al despacho, es cláusula muy corriente; y carta «he visto yo de cierto mojatinta, que decia: *Esa dependencia ya está sobre el tapiz*: cosa, que sobre- «saltó mucho al interesado, porque juzgó buena- «mente, que por hacer burla de él, lo habia retratado «de mamarracho en algun lienzo de tapicería.

«Digo pues, que con estos pocos oficiales inicia- «dos de covachuela, no lograria buen acogimiento «mi lenguaje ramplon y ceñido escrupulosamente á «las leyes de Covarrubias y á las de otros, que re- «conozco y venero por legítimos legisladores ó jueces «de la lengua castellana. Pero esta tiene tambien «otros muchos partidarios dentro de las mismas ofi- «cinas, pudiendo asegurar; que son los más y de «mejor voto que hay en todas ellas. Créame V. que «están llenas de hombres eruditos, cultivados y aún «doctos, amantísimos de nuestra lengua, bien ins- «truidos de las riquezas que encierra, y bien persua- «didos á que dentro de sus tesoros tienen sobrados «caudales para salir con lucimiento de cuantas ur- «gencias se les pueden ofrecer, á excepcion de tales «cuales voces facultativas, y de otras pocas pecu- «liares, que es preciso se presten unas á otras, sin «que se eximan aún de esa necesidad las primiti- «vas matrices y originales. Cónstame que estos ver- «daderos españoles gimen ocultamente por haber «hallado ya entremetidas, y como avecindadas en «sus oficinas, muchas voces que pudieran y debieran

«haberse excusado, como departamentos, inspeccion,
«aproxhes, glaciis, bien entiendo que hacer el servicio,
«será responsable, inteligenciado el Rey, exigir del
«vasallo, y otras innumerables, pues son tantas, que

Nec tot simul Apula muscas

Arva ferant; nec tot vendat mendacia falsi

Institor unguenti; nec tot deliria libris

Adfuerit Logicis, Physicis, aliisque Noriscus.

«Bien quisieran ellos desterrarlas de sus mesas, de
«sus cartas y de sus despachos; mas, ó no se hallan
«con fuerzas para tanto, ó viéndolas ya como con-
«naturalizadas en virtud de la posesion, aunque no
«muy larga, no se quieren meter á disputarlas la
«propiedad, ó en fin, las dejan correr por otros mo-
«tivos políticos, que á mí no me toca examinar. Pero
«como quiera, esté V. persuadido, á que estos no
«me recibirán mal ni me oirán con desagrado siem-
«pre que les hablaré como hablaron nuestros abue-
«los.

A lo ménos, replicó Don Carlos, no saldré ya por
garante, de que los traductores de los libros franceses
hiciesen á V. buen cuartel; y en verdad, que estos no
son ranas ni son en pequeño número, y que en la
Córte hacen la más bella figura.

«Déjelo V. señor Don Carlos, déjelo por Dios, re-
«plicó el magistral. Un punto ha tocado V. en que
«no quisiera hablar; porque si me caliento un poco,
«parlaré una librería entera; traductores de libros
«franceses; ¡traductores de libros franceses! No los
«llame V. así; llámelos V. traductores de su propia
«lengua y corruptores de la agena; pues, como dice

«el italiano con gracia, los más no son traduccion,
 «sino traicion á uno y otro idioma, á la reserva de
 «muy pocos, *quos digito monstrare omni, vel cæco*
 «*facile*. Todo el resto eche V. á pares y nones, y
 «tenga entendido, que es la mayor peste que ha infi-
 «cionado nuestro siglo.

«No piense V. que estoy mal, ni mucho ménos
 «que desprecio á los que se dedican á este utilísimo
 «y gloriosísimo trabajo; disto tanto de este concepto,
 «que en el mio son dignos de la mayor estimacion
 «los que le desempeñan bien. En todos los siglos y
 «en todas las naciones han consagrado los mayores
 «aplausos á los buenos traductores, y no se han des-
 «deñado de aplicarse á este ejercicio los hombres de
 «la mayor estatura en la república de las letras. Ci-
 «ceron, Quintiliano y aún el mismo Júlio César, en-
 «riquecieron la lengua latina con la traduccion de
 «excelentes libros griegos; y á San Gerónimo le hizo
 «más excelente, y le mereció el justo nombre de
 «Doctor Máximo de la Iglesia, la version de la Bi-
 «blia, que llamamos *Vulgata*, más que sus doctos
 «*Comentarios* sobre la Escritura, y los excelentes
 «tratados, que escribió contra los herejes de su
 «tiempo. Santo Tomás tradujo en latin los libros po-
 «líticos de Aristóteles, y no le granjeó ménos con-
 «cepto esta bella traduccion, que su *summa Theo-*
 «*logia*. Y á la verdad, si son tan beneméritos de su
 «nacion los que traen á ella las artes, las fábricas y
 «las riquezas que se descubren en las extrañas;
 «¿por qué lo han de ser ménos los que comunican á
 «su lengua aquellos tesoros que encuentran escondi-
 «dos en las extrañas?

« Así pues soy de dictámen, que un buen traduc-
« tor es acreedor á los mayores aplausos, á los ma-
« yores premios, y á las mayores aclamaciones; Pero
« ¡qué pocos hay en este siglo, que sean acreedores
« á ellas! Nada convence tanto la dificultad que hay
« en traducir bien, como la multitud de traducciones
« que nos sufocan; ¡y cuán pocas son, no digo las
« que merezcan llamarse buenas, pero ni aún tole-
« rables! En los tiempos que corren, es desdichada
« la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste
« de traductores; pero casi todas las traducciones son
« peste; son unas malas y aún perversas traduccio-
« nes gramaticales, en que á buen librar queda tan
« estropeada la lengua traducida, como aquella en
« que se traduce; pues se hace de las dos un pata-
« borrillo, que causa asco al estómago francés, y dá
« ganas de vomitar al castellano. Ambos desconocen
« su idioma; cada uno entiende la mitad, pero nin-
« guno todo. Yo bien sé en qué consiste esto; pero
« no lo quiero decir.

« Lo que digo es, que en efecto los malos, los
« perversos, los ridículos, los extravagantes, los
« idiotas traductores son los que nos han echado á
« perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto
« como el alma: ellos son los que han pegado á nues-
« tro pobre idioma el mal francés, para cuya cura-
« cion no basta todo el mercurio preparado por la
« discreta pluma del discreto Farmacopola.

Unicum illum

Ulcera qui jussit castas tractare camenas.

« Ellos son los que han hecho, que ni aún en las con-

«versaciones ni en las cartas familiares ni en los es-
«critos públicos nos veamos de polvo gálico, quiero
«decir, que parece no gastan otros en la salvadera,
«que arena de Loira, del Rona ó del Sena, segun
«polvorean todo cuanto escriben de galicismo ó de
«francesadas. Ellos son en fin los que debiendo em-
«peñarse en hacer hablar al francés en castellano
«(porque al fin esa es la obligación del traductor),
«parece que intentan todo lo contrario, es á saber,
«hacer hablar al castellano en francés, y con efecto
«lo consiguen.

«En esto son más felices los traductores, que en
«realidad son más desgraciados. Si por su dicha en-
«contraron alguna obra curiosa, digna é instructiva,
«con ella nos echan más á perder; porque cuanto
«más curso tiene y mayor es su despacho, cunde
«más el contagio y el daño es más extendido. Por
«ahí hay cierta obra, que se comprende en ciertos
«volúmenes, la cual sin embargo de ser problema
«entre los sabios, si es más perjudicial que prove-
«chosa, ha logrado no obstante un séquito prod-
«gioso: no hay librería pública ni particular, no
«hay celda ni gabinete, no hay antesala ni apénas
«hay estrado, donde no se encuentre, tanto que
«hasta los perrillos de falda andan jugueteando con
«ella sobre los sitios. Cayó esta obra en manos de
«un traductor hábil y laborioso á la verdad, pero tan
«presuroso para acabarla cuanto ántes, que la publi-
«có á medio traducir, quiero decir, que la mitad de
«ella la dejó en francés y la otra mitad la vertió en
«castellano: olvidóse sin duda el presuroso traductor
«de que siempre se da bastante prisa el que hace

« las cosas bien , y el que las hace mal haga cuenta
« que las hizo muy de espacio. ¿Y qué sucedió? lo que
« llevo ya insinuado; como estos libros se han hecho ya
« de moda en toda España , como los leen los doctos,
« los leen los semisabios, los leen los idiotas y hasta las
« mujeres los leen; y como todos encuentran en ellos
« tantos términos , tantas cláusulas , tantos arranques
« y aún tantos idiotismos franceses , que jamás habian
« hallado en las obras más cultas y más castizas de
« nuestra lengua , que juzgan que esta sin duda es la
« moda de la Côte , y encaprichados en seguirla,
« como la siguen en todo lo demás , unos por no pa-
« recer ménos instruidos , y otros por ser monos ó
« monas , apénas aciertan en la conversacion con una
« cláusula , que no parezca fundida en los moldes de
« París.

« Pocos dias ha , que hablando con cierta dama,
« me espetó esta gerigonza: *Un hombre de carácter*
« *tuvo la bondad de venirme á buscar á mi casa de*
« *campaña , y por cierto , que á la hora me hallaba yo*
« *en uno de los apartamientos que están á nivel con el*
« *pánderete ; porque como el pavis es de bello mármol,*
« *y el depósito de la gran fuente cae debajo de él , so-*
« *bre lograrse el más bello golpe de vista , hace una*
« *estancia muy cómoda contra los rigores de la esta-*
« *cion. Este hombre de calidad estaba penetrado de*
« *dolor , por cuanto habiendo arrestado á un hijo su-*
« *yo , haciéndole criminal de no sé qué prendidos deli-*
« *tos , que todo se reducía á unas punas bagatelas y*
« *venía á suplicarme tuviese con él la complacencia de*
« *interponer mi crédito con el ministro , para que se*
« *levantase el arresto. Iba á proseguir , y no teniendo*

«paciencia para sufrir tanta algarabía, la pregunté;
 «si sabía la lengua francesa. *Perdone V. señor ma-*
 «*gistrat, me respondió al punto, no estoy iniciada*
 «*aún en los primeros elementos de este idioma todo*
 «*amable. ¿Pues cómo habla V. tan elegante francés*
 «*en castellano? ¡Ah, señor magistrat! estoy leyendo*
 «*la historia de..... que es un encanto.*

«Ya me lo daba á mí en el corazon (repliqué yo);
 «esta historia es sin duda una de las más extraordi-
 «narias obras, que hasta ahora se han emprendido,
 «y como no hay pueblo ni rincon en España donde
 «no se lea con ansia, tampoco le hay donde no se
 «haya pegado más ó ménos el contagio francés de
 «que adolece. Este ha inficionado con mucha espe-
 «cialidad á las mujeres inclinadas á libros. Como casi
 «todas se hallan destituidas de aquellos principios
 «que son necesarios para distinguir lo bueno de lo
 «malo, y como casi todas son inclinadas á noveda-
 «des, han encontrado mucha gracia en las voces, en
 «las frases, en las transiciones, y en los modos de
 «hablar afrancesados, que hierven en dicha traduc-
 «cion, y no es creible el ansia con que les han
 «adoptado.

«Sucede á nuestras damas españolas con la lengua
 «francesa, lo que sucedió á las latinas ó toscanas
 «con la griega. Teníase por vulgar, la que no empe-
 «draba de griego la conversacion, y llegó á tanto la
 «extravagancia, que entre ellas no se reputaba por
 «linda la que no pronunciaba aún el mismo latin con
 «el acento ó dialecto ático. Todo lo habian de hacer
 «á la griega, hablar, vestir, tocarse, comer, cantar,
 «reir, asustarse, enojarse, en una palabra, afecta-

«ban el aire griego en todos sus gestos, acciones y
 «movimientos. ¿Y esto de qué nació? no solo del
 «comercio de los griegos con los latinos, sino prin-
 «cipalmente del desacierto de algunos traductores
 «latinos, que por ignorancia ó por capricho se empe-
 «ñaron en latinizar una infinidad de nombres grie-
 «gos. Cayóles esto muy en gracia á las damas, hicie-
 «ron moda de la extravagancia, y dieron motivo á
 «Juvenal, para que justamente se burlase de ellas,
 «en la sátira sexta cuando dijo el verso 135:

Quædam parva quidem, sed non toleranda maritis.
 Nam quid rancidius, quàm quod se non putat ulla
 Formosam, nisi quæ de Thus à Græcula facta est?
 De Sulmonensi mera Cecropis? Omnia græce,
 Cum sit turpe magis nostris nescire latine.
 Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
 Hoc cuncta effundunt animi secreta. ¿Quid ultra?
 Concumbum græce. Dones tamen ista puellis.

«Si no temiera, que V. se habia de ofender, añadí
 «á dicha señora, la recitaria una glosa no del todo
 «desgraciada, que cierto amigo mio hizo de este tro-
 «zo de Juvenal, aplicándole á nuestras damas espa-
 «ñolas ciegamente apasionadas por cuanto ven, oyen,
 «leen, con tal que venga de la otra parte de los Piri-
 «neos. *No me haga V. la injusticia de tenerme por*
 «*tan delicada*, respondió la dama, *y así puede V. re-*
 «*citar con toda libertad de espíritu ese pasaje*. Pues
 «con licencia de V., continué yo, la glosa de mi ami-
 «go sobre nuestras españolas, dice así:

Otros defectos tienen no crecidos;
 Mas serán unas bestias sus maridos
 Si los sufren y callan;

Pues cuando piensan se hallan
Con mujer andaluza ó castellana:
Sin sentir de la noche á la mañana
Se les volvió francesa,
Por cuanto dicen que la meda es esa.
Amaneció contenta con su Doña,
Y acostóse madama de Borgoña.
Pues aunque su apellido es de *Velasco*,
Comenzó á causarle asco,
Cuando supo, que en Francia las casadas
Están acostumbradas
A dejar para siempre su apellido,
Por casarse aun así con el marido;
Y suelen ser más fieles con el nombre,
Las que ménos lo son con el buen hombre.
La que nació en Castilla,
Aunque sea la nona maravilla,
No se tiene por bella,
Mientras no hable, como hablan en Marsella.
La extremeña, manchega y campesina
Afecta ser de Orleans. La vizcaina
Entre su *Yaincoa*, y *Elchecho Andrea*
Nos encaja un *Monsieur de Goicochea*.
Muy preciadas de hablar a lo extranjero,
Y no saben su idioma verdadero.
Yo conocí en Madrid una condesa,
Que aprendió a estornudar á la francesa;
Y porque otra llamó a un criado *chulo*,
Dijo, que aquel pifeto era nuto,
Por no usarse en París aquel vocablo;
Que otra vez le llamase *pobre diablo*:
Y en haciendo un delito cualquier paje,
Le reprendiese su *libertinaje*.
Una mujer de manto
No ha de llamar al Papa el Padre Santo,
Porque, cuadre ó no cuadre,
Es más francés llamarle el *Santo Padre*.
Para decir que un libro es muy devoto,
Diga, que tiene *uncion*, y tendrá voto.
De todas cuantas gastan ex-resiones,
Necesitadas de tomar unciones.
Al nuevo Testamento,
(Este es aviso del mayor momento)

Llamarle así, es ya muy vieja usanza,
 Llámase, á *la derniere*, nueva alianza.
 Al concilio de Trento ó de Nicea,
 Désele siempre el nombre de *asamblea*;
 Y si se quejan de esto los malteses,
 Que vayan con la queja á los franceses.
 Logro la dicha, es frase ya perdida,
Tenge el honor es cosa más valida.
 Las honras que V. me hace es desacierto;
 Las honras se me harán despues de muerto.
 Llamar á un pisaverde, *pisaverde*.
 Noy ha mujer que de tal nombre se acuerde,
Peltmetre es mejor y más usado,
 O por lo ménos más afrancesado.
Ya hice mis devociones,
 Porque ya cumplí con ellas; ¡que expresiones
 Tan cultas y elegantes!
 Y no decir como decian ántes,
Ya rezé, frase baja, voz casera.
 Sufrible solo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada; no hay dinero
 Con que pagar este lenguaje, pero,
 Decir á secas, que es mujer honrada,
 Gran frescura, ¡valiente pampinglada!
 Doña fulana es muy amiga mía,
 Esto mi cuarta abuela lo decia,
 Pero *ella es la mejor de mis amigas*,
 ¡O qué expresion! parte migas
 El alma en la dulzura
 De esta almibaradísima ternura.
 Voy á jugar mañana
 Es frase chavocana;
A una partida he de asistir de juego
 Se ha de decir, y luego
 Se ha de añadir, *Ormazz*
Tambien á otra partida vá de caza.
 ¡O Júpiter! ¿para cuándo son tus rayos?
 Si esto es ser cultos, más vale ser payos.

«Todo esto recité á la tal señora mia, porque ya en-
 «tónces lo sabia de memoria como ahora, y sin ha-
 «blar más palabra, levanté la visita, y la dejé á mi

« parecer, sino del todo enmendada, á lo ménos un
 « poco corregida, y no tan satisfecha de sus traduc-
 « ciones esguizaras ó mestizas, que nos han afrance-
 « sado nuestro purísimo y elegantísimo idioma, tanto
 « que si ahora resucitaran nuestros abuelos, apenas
 « nos entendieran. Y por no disimular, sepa V., que
 « el autor de aquella satirilla es este señor eclesiásti-
 « co, mi compañero y amigo, canónigo de mi santa
 « iglesia. » Y al decir esto señaló con el dedo á don
 Bartolomé, que no obstante su despejo, se sonrojó
 un poco si es ó no es.

Apenas le oyó el familiar, cuando sin libertad al
 parecer para otra cosa le echó los brazos al cuello, y
 exclamó todo alborozado. « ¡O, Señor D. Bartolomé!
 « ¡con qué su merced tiene *ingenio* para componer
 « unas *copras* en verso tan aventajadas? Ya me lo daba
 « á mí el corazon, *dende* que le oí en la mesa aque-
 « lla décima de diez pies, que me quedé aturrulla-
 « do. Bien haya su merced que tan bien *emplea* la
 « *habilencia* que Dios le ha dado en *golver* por el hon-
 « ra de nuestros traseros, y no *cagora* ha dado en
 « usarse una gerigonza, que en mi ánima jurada pa-
 « rece que todos hablan en latin. La postrera vez que
 « fui á *Vallauk*, á cosas de *Enquisicion*, ví á un *cre-*
 « *rigo* que dice que era de una cofradía, que se lla-
 « maba *Ansina*, como cosa de *Acamia*; el cual estuvo
 « *palrando* con un santo *enquisidor* más de una hora,
 « y aunque al parecer *palraba* en castellano, si le en-
 « tendia un *vocabro*, se me escapaban ciento. Bien
 « haya la madre, que le parió á su merced, y Dios le
 « dé mucha vida para *emprearse* en tan *guenas* obras. »
 iii Como vió D. Cárlos, que no tenia de su parte al

auditorio, y que no habia que esperar se introdujese en Campazas el castellano *à la papillota*, temiendo por otra parte, que si duraba la conversacion, le habian de hacer añicos aquellos patanes, que por tales reputaba él á cuantos no entraban en el lenguaje á la moda, levantó la visita, y con pretexto que tenia precision de dormir aquella noche en la Bañeza, se excusó á las muchas instancias que le hizo el magistral que pasase en su compañía; montó á caballo y prosiguió su camino.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE CUENTA EL MARAVILLOSO FRUTO QUE HIZO EL SERMON
DEL MAGISTRAL EN EL ÁNIMO DE FRAY GERUNDIO.

EL cual así atendió á toda la entretenida y graciosa conversacion que pasó entre el magistral y el *Monsieurismo* de D. Cárlos, como ahora llueven albardas; porque enteramente preocupado de la jabonadura, que aquel le estaba dando, ni podia echar de la imaginacion las especies, pegándosele más aquellas que le herian más en lo vivo, no de otra manera que una mosca de burro se pega y clava más en la carne, que otra mosca regular, por cuanto aquella tiene el aguijon más penetrante que esta. Sobre todo, le afligia extrañamente ver desvanecidas en un instante todas aquellas alegres ideas de fortuna, que él se habia representado, dando por supuesto, que su tio quedaria encantado de sus prendas y talentos, luego que le viese predicar. Lloraba amargamente dentro de su corazon, que ya el magistral, aunque llegase á ser arzobispo de Toledo, no haria caso de él, y que ni siquiera solicitaria con la órden que le hiciesen superior de una Pinzocha, cuanto más proporcionarle un obispado de Indias, como él lo tenia consentido; y tanto que habia dado palabra á una buena viuda

del lugar, que cuando le hiciesen obispo (que á su parecer no tardaria mucho,) llevaría consigo á un hijo suyo, que á la sazón tenia doce años, y le haria su paje de cámara, cosa que consoló infinitamente á la bendita de la mujer, la cual le pidió por gracia, que no le dejase comer turrón ni mermelada ni cosa dulce, porque el muchachuelo era goloso, y padecia mucho de lombrices, concluyendo que así se lo suplicaba por amor de Dios á su Ilustrísima. Fray Gerundio la empeñó su palabra episcopal de que esta seria la primera advertencia que haria así á su mayordomo, como al maestro de pajes, y dándola á besar la mano con mucha autoridad, la echó la bendicion, y la despidió muy consolada.

Pero como todas estas diligencias se convirtieron en humo, luego que se acabó ó se interrumpió la terrible repasata del juicioso y docto magistral, no se puede ponderar qué triste, melancólico y pensativo quedó el padre Fray Gerundio: todos los demás salieron á despedir á D. Carlos, solo él se quedó en la sala, sentado en una silla, la cabeza reclinada sobre la mano, los ojos clavados en tierra, lanzando profundos suspiros de lo más íntimo del corazon.

En esta postura le encontró su grande amigo Fray Blas, que hasta entónces habia estado durmiendo la siesta, para cuya larga duracion habia hecho méritos en la mesa; y como no habia oido el sermon del magistral ni asistido á la visita del cortesano D. Carlos, quedó extraordinariamente suspenso, cuando vió á Fray Gerundio en una viva imagen de la misma melancolía.

¿Qué es esto, Fray Gerundio? le preguntó sobresal-

tado; ¿qué novedad es esta? ¿Así te dejas dominar de la tristeza, en el día de tus mayores glorias? ¿Cuándo has llenado de regocijo á tu pátria, has de dar entrada en tu corazon á esa negra melancolía? ¿Es posible que las bocas de todos estén hoy empleadas en panegirizar tus asombrosos talentos, sin acertar con otras voces que no sean las de tus mayores aplausos, y solamente la tuya ha de oscurecer la celebridad del día con dolorosos suspiros? ¿Te duele algo? ¿Te ha sentido mal la comida? ¿Acaso te atormenta tu aprension, pareciéndote que dejaste algo que desear en el asombroso sermon que predicaste, ó que omitiste alguna sustancial circunstancia, ó que pudiste tocar mejor algunas de las que tocaste, ó que finalmente alguno de los innumerables textos que trajiste no vino tan á pelo como ahora se le representa á tu delicadísimo ingenio? Pues te hago saber, que si es algo de esto lo que te melancoliza, miente tu aprension como una grandísima embustera, y no has de hacer más caso de ella que de la un cinife que zumba á los oídos, todo bulla y nada sustancia: no ha oido el Páramo sermon igual, ni en los famosos púlpitos que bañan las aguas del rio tuerto y las del rio grande, se ha de predicar en muchos siglos panegírico mayor. Ahora se mire á la propiedad ingeniosa del asunto; ahora se atienda á la delicada propiedad de las pruebas; ahora se considere la menuda y sutil comprension de todas las circunstancias; ahora se comprenda la casi divina aplicacion de los textos; ahora se examine la sutileza de los reparos, y la agudeza de las resoluciones; ahora finalmente se pare la consideracion en la variedad hermosa del estilo, unas veces

elevado, otras cadencioso, pero siempre sonoro y elegante siempre. Pues siendo esto así, ¿de qué te entristeces? ¿Qué motivo tienes para estar melancólico y tan pensativo?

¡Ay, padre predicador de mi alma, exclamó Fray Gerundio, y como se conoce que no sabe V. lo que ha pasado con mi señor tío el magistral! pero aquí no estamos bien ni podemos hablar con libertad, tomemos los sombreros y los báculos y salgamos al campo por la puerta del corral, mientras la gente se está allá divertida en despedir á un tal D. Carlos que viene de Madrid y para mí debió de ser un ángel del Cielo, que trajo Dios para que me conservase la vida; porque llegó á tiempo que ya no podia más, y temí que me diese un accidente, oyendo las cosas que me estaba diciendo mi tío. La entrada de D. Carlos cortó la conversacion, y ellos tuvieron allá otra, que yo no entendí, aunque me hallaba presente: porque me ocupaba enteramente la atencion aquello que me dolia. Salgamos, salgamos al campo, reviento por desahogarme con V., y le diré otras cosas que le aturdirán.

Cogieron los sombreros, tomaron los báculos, y sin que los viese ninguno de los que estaban enfrascados en la bulla de la despedida, se salieron al campo por la susodicha puerta. Contó Fray Gerundio á su estrechísimo amigo todo cuanto le habia dicho su tío el magistral, sin perder un punto, sílaba ni coma, porque, sobre ser de una memoria feliz, como le habian penetrado tanto las razones de su tío, se le habian grabado profundamente en el alma. Díjole, que lo que más habia sentido en aquella sangrienta correccion, era que se hubiese dado en presencia del

canónigo Don Bartolomé y del familiar; porque además de lo que perderia con ellos, no dejarían de divulgarlo entre otros muchos, y con esto iba su crédito por estos suelos: especialmente desconfiaba mucho de su pariente el familiar, porque le habia notado la grande complacencia con que estaba oyendo al magistral, y á su modo cerril y tosco seguia las mismas máximas, á que se añadia tener un genio zumbon, á lo socarron y ladino, en fuerza de lo cual no dejaria de divertirse á su costa todas las veces que se ofreciese. Finalmente, no le disimuló que le habian hecho mucha fuerza las razones del magistral, y que estaba muy tentado de dejar la carrera, porque conocia que no era para ella, y entablar la pretension de que le volviesen para los estudios, ó cuando este no pudiese ya ser, le dedicasen para el coro.

«Victor, dijo Fray Blas, que te den, que te den
«un confite por la gracia: vamos claros, que la do-
«cilidad del chico y su blandura de corazon es ad-
«mirable! ¿Es posible (¡pecador de mí!) que le haya
«hecho tanta fuerza el sermoncillo del magistral?
«que si solo se reduce á lo que me has contado, y yo
«te he estado oyendo con grandísima paciencia, es
«de lo más sutil y ridículo que se puede pensar.
«Dime, hombre apocado; ¿te dijo alguna cosa tu
«tio, que no hayas oido tú ya cincuenta mil veces?
«¿añadió algo á las vejeces de nuestro reverendísimo
«padre Fray Borceguíes, Marroquies, *alias* el maes-
«tro Fray Prudencio? ¿La misioncita que te predicó á
«tí el circunspectísimo señor Don Magistral, no es
«tan parecida como un huevo á otro huevo, á la otra

«que me predicó á mí el reverendísimo de Marras,
 «después de mis famosos sermones de la Trinidad y
 «Encarnacion, cuya memoria durará por los siglos de
 «los siglos, y de cuyas utilidades se conservarán re-
 «liquias en el baul y en las navetas por algunos años?

«¡Oh señor, qué son disparates, qué son locuras!
 «esto se dice, pero no se prueba; si con las locuras
 «y disparates se grangean tantos aplausos; ¿dónde
 «hay en el mundo mejor ni mayor sabiduría? Si los
 «disparates y las locuras son tan proficuas; ¿qué
 «mayor locura que ser cuerdo? A este precio sea sa-
 «bido el que quisiere, que yo á mi bolsillo me atengo:
 «éntrese en casa la dicha, más que se entre por la
 «garita. Díjolo todo divinamente un teatino; y en
 «Dios y en mi conciencia, es lástima que lo sea:

Quód si hæc insania dici
 Debet, amabilior nulla est sapientia; malo
 Decipere hoc pacto, flas utcumque beatus,
 Optandum ut flas; sunt et deliria tanti.

«Vén acá, corazon de lana; ¿tú no sabes la estrecha
 «amistad y la gran correspondencia que tiene el señor
 «Magistral con los padronísimos de la órden? ¿Igno-
 «ras que estos le han pegado las máximas de *in illo*
 «*tempore*, y que las tuyas no son más que hechos de
 «las de sus Reverencias? Si no te hicieron fuerza en
 «boca de estos; ¿por qué te han de hacer en boca
 «de aquél? ¿Acaso te dá más peso la sobrepelliz y el
 «bonete, que el escapulario y la capilla?

«A más de eso, has de tener entendido que tu se-
 «ñor tio, á lo que he oido decir, se ha declarado
 «sectario de ciertos predicadores, que se van usando

« así en la Côte como á fuera de ella, los cuales se
« llaman *predicadores modernos*, ó á la moderna, pa-
« ra distinguirlos de los antiguos, á quienes se les dá
« el nombre de *predicadores veteranos*; y con grande
« propiedad á mi juicio, porque así como en la mili-
« cia vale más un soldado veterano que cuatro viso-
« ños, así en las campañas del púlpito vale más un
« predicador veterano que cuatro modernos; y créeme,
« que hablo con modestia, porque no exageraria
« mucho, cuando dijera, que valia por cuarenta. Por-
« que al fin; ¿á qué se reduce esta secta? Ante todas
« cosas, asienta por primera máxima fundamental,
« que todo sermon, sea panegírico, sea moral, sea
« fúnebre, aunque sea tambien de ánimas (cosa ridi-
« cula), se ha de dirigir primero y principalmente á
« la reformation de las costumbres, haciendo amable
« la virtud y aborrecible el vicio, con sola esta dife-
« rencia, que en los del género laudatorio, á que se
« reducen los panegíricos y los fúnebres, se hace co-
« munmente por via de imitacion; en los morales á
« fuerza de razones, y en los de ánimas se ha de pro-
« ceder por el terror y el escarmiento. ¿Has oido en
« tu vida cosa más extravagante? Con que, hétele que
« todo sermon ha de ser una misioncita, si el predi-
« cador que no se meta á misionero, que aprenda otro
« oficio..... Vamos claros, que es una impertinencia.
« Supuesto este principiote, se sigue naturalmente
« el otro, conviene á saber, que todo asunto, sea en
« la oracion que fuere, ha de ser mazorral y á plo-
« mo, quiere decir, tan sólido y tan macizo, que no
« haya más que desear. Pongo ejemplo: predicas un
« panegírico á la fiesta de Todos los Santos, pues has

«de tomar por asunto esta proposicion, á otra equi-
«valente: *La Santidad es la verdadera sabiduría:*
«*esta habita en los Santos, y reina en toda su conduc-*
«*ta:* lo más, lo más que se te permite es, que divi-
«das el mismo pensamiento ú otro semejante en dos
«proposiciones, proponiéndolas con un airecillo de
«antifasis: como si dijéramos: *El Santo tenido por*
«*ignorante es el verdadero sabio, primera parte: El*
«*Santo sin virtud reputado por docto, es el verdadero*
«*ignorante, parte segunda;* ¿has oído cosa más fria?
«Predicas el panegírico de un Santo, v. gr. San José;
«pues guárdate bien de tomar por asunto, que San
«José fué más que Jesús, que el mismo Padre eter-
«no, que el mismo Verbo divino, y que fué más Es-
«poso de la Virgen que el mismo Espíritu Santo; por-
«que este divino asunto predicado por un portugués,
«mónstruo del púlpito (y no es el padre Vieira),
«aunque se reduce en suma á tres hipérboles galan-
«tes, levantarán el grito los partidarios de la nuestra
«moda, y te dirán con la mayor frescura en tus mis-
«mas barbas, que son tres herejías valientes. Solo
«pues te será lícito decir, que San José como padre
«putativo de Jesús, fué el hombre á cuyas órdenes
«estuvo Dios más rendido, y fué el hombre que más
«se rindió á las órdenes de Dios: mira por tu vida,
«¡qué grandísima frialdad! ¿Quiéres predicar de al-
«gun misterio, v. gr. de la Trinidad? Si te empeñas en
«que las tres divinas Personas en una indivisible
«esencia, eran el Gedeon de la gracia, es imposible
«de Edipo, el lazo gordiano burlador del acero de
«Alejandro, todos estos oradores á la moderna te
«gritarán, *al loco, al blasfemo, al impío;* y no te ve-

«rás de polvo, siendo así que todos tres son otros
«tantos pensamientos asombrosos, que andan impre-
«sos con todas las aprobaciones necesarias y que
«merecen realmente eternizarse, no digo yo los mol-
«des, sino en letras de diamantes: pero tú guárdate
«bien de empeñarte en estas valentías del ingenio,
«porque estos hombres hocicudos, que tienen ojeriza
«con todo lo que es delicadeza sobre los silvos suso-
«dichos, te delatarían á la Inquisicion, ó te harían
«ridículo en los estrados y tertulias. Conténtate, pues,
«con decir simple y sencillamente, como pudiera un
«sayagués: El misterio de la Santísima Trinidad es
«entre todos los misterios, lo primero el más oscu-
«ro á la razon, y lo segundo lo más evidente á la fé.
«Insulsez que es capaz de hacer insípida y sosa la
«misma sal.

«Consiguientes en todo su sistema, dicen que des-
«pués de haber cargado de argamasa, se ha de pro-
«bar con razones de cal y canto, y es claro que las
«han de tener en abundancia, y á cual más metidas
«en harina; porque como todas aquellas proposicio-
«nes son unas verdades perentorias, que parece las
«están dictando la misma razon natural, á pocas
«azadónadas de la razon descubren una cantera de
«pruebas, con que fabrican un sermon más sólido
«que la obra del Escorial. Estas razones las tornean,
«las vuelven y las revuelven de mil modos diferen-
«tes, adornándolas con tropos, con figuras, con todo
«el aparato retórico, que no parece sino que está
«un hombre oyendo á Ciceron, á Julio Bruto, á Cayo
«Graco, ó á Cornelio Cetego; no dejando de la mano
«aquel eterno hablador, que se ha levantado lo más

« inícuamente del mundo, con el título de *Príncipe*
« de los oradores, siendo así que le cuadraría el de
« Director, ó Bastonero de todos los locutorios: *Mani-*
« bus Ciceronculus hæret, semper adstrictus nocturno
« idemque diurno. Conceptos, agudeza, equívocos,
« reparos sutiles, réplicas dialécticas, todo eso lo
« destierran de sus sermones, y si tal vez tocan algo
« de mitología, de fábula ó de erudicion profana,
« están de corrida, y con tanta vergüenza, que visi-
« blemente se llena de vermellon donzel su pulibundo
« semblante.

« A la Historia Sagrada, á la Eclesiástica y á los
« Santos Padres, ya dan algunos lugar; pero ¿cómo?
« No como nosotros, que si citamos algun texto ó algun
« paso historial, doctrina ó sentencia de Santo Padre,
« aunque sea muy larga, lo presentamos todo en su
« ser corpulencial y tamaño natural, para que venga
« á noticia de todo el auditorio, con sus pelos, seña-
« les y circunstancias. Ellos no van por este camino:
« toda esa erudicion la entretejen, la embuten ó la
« incrustan en sus propios discursos de modo, que
« todo parece una misma pieza, sin que se descubra
« rama, encaje, barniz ni elcultadura: *Sermones pa-*
« recidos á las fábricas modernas de Roma, que lla-
« man *empelichadas*, las cuales parecen todas de
« pórfido, mármol, jaspe ó alabastro, cuando en rea-
« lidad de todas estas piezas no tienen más que una
« hojita superficial para engaño de los ojos, que se
« deja levantar al impulso de una uña: *Vana superfi-*
« cies, quam solus judicat unguis aut oculus. Y hay
« tanta diferencia en el modo de citar de los predi-
« cadores veteranos, al modo de los modernos, cuan-

« to va de las fábricas modernas á las antiguas. En
« estas para formar una urna de jaspe, era menester
« consumir un monte, *scilicet un grandem mons inte-*
« *ger erit in urnam*; y en aquellas se fabrica un pala-
« cio con el jaspe, que ántes se gastaba en una urna.
« « Allá se va el modo con que están los textos de la
« Escritura que no son historiales, sino doctrinales,
« sentenciosos ó proféticos; los más los dan desluci-
« dos con sus mismos raciocinios, pareciendo el tex-
« to, la glosa y la aplicacion vino todo de una cuba,
« al modo que San Bernardo los cita, sin citarlos,
« componiendo una cláusula perfecta la mitad de sus
« palabras, la otra mitad de la Sagrada Escritura:
« tal cual textillo presentan al auditorio á cara descu-
« bierta, pero con grande parsimonia, como se usan
« las especias en el guisado; porque dicen que en
« cargándolos de ellas, los hacen desabridos en vez
« de sazoados. Aún los poquitos que sacan al teatro,
« son por lo comun literales; porque del sentido ale-
« górico gastan y gustan muy poco, del *tropológico* ó
« *acomodaticio*, casi nada, y no les falta un tris para
« condenarle; no lo hacen con las palabras, pero lo
« hacen con las obras, dejándole arrinconado, y no
« dándoles un pito de que se cubra de telarañas.
« « De intérpretes, expositores y versiones, cuya
« hermosa variedad adorna tanto nuestros sermones,
« y nos sirve para probar todo cuanto se nos antoja,
« hacen ellos poquísimo caudal, ó por mejor decir
« ninguno. Veráse, no digo yo un sermón, sino un
« tomo entero de sermones á la moderna, sin que en
« todo él se haga memoria ni del sabio Cornelio, ni
« de la púrpura de Hugo, ni del profundo Vaeza, ni

« de Zelada, á quien nada se le esconde, ni del agu-
« do Duleta, y lo que es más ni del doctísimo Silvei-
« ra: siendo así, que con este último inagotable ex-
« positor, puede un predicador, que sepa manejarle,
« andarse por ese mundo de Dios, y probar hasta la
« existencia de los mismos imposibles en caso urgente
« y necesario, siendo cosa averiguada, que no hay
« almacén más socorrido para un aprieto y para cual-
« quier asunto.

« Es lástima oír como tratan estos predicadores de
« moda á muchos expositores: no se atreven á tocar
« en los Santos Padres, de los cuales hablan en rea-
« lidad con respeto; porque no quiero infiernar mi
« alma ni levantarles falsos testimonios. También ha-
« cen la cortesía á unos pocos expositores, de los
« que no están tan arriba, confesando que fueron
« hombres verdaderamente sabios, de erudición, de
« juicio y de una profunda penetración de la Sagrada
« Escritura, á la que convienen que ilustraron con
« sus doctos comentarios; pero de otros expositores,
« á quienes llaman ellos *de escalera de abajo, de turba*
« *multa y de munición*, da cólera el oírlos hablar:
« dicen que los más no hicieron otra cosa, que poner
« en mal latín los sermones que habían predicado en
« mal romance, que con el glorioso título de comen-
« tarios sobre esta ó aquella parte de la Escritura,
« embarraron cantidad inmensa de papel, llenándole
« de conceptillos aéreos, de pensamientos timpáni-
« cos, de discursos pueriles, y de disertaciones fan-
« tásticas, cargándola de munición y metralla; y final-
« mente, que los más, como totalmente ignorantes
« de las lenguas hebrea y griega, en que se escribie-

« ron originalmente los libros sagrados, desbarraron
« miserablemente en la inteligencia del texto de la
« Vulgata; dándole una significacion tal vez contraria
« á su verdadero sentido, muchas violentas, y casi
« siempre arbitrarias; y imbuidos en estas máximas,
« quiebra el corazon ver el desprecio con que tratan
« á los mejores y más socorridos autores, de que se
« compone regularmente la escogida librería de un
« predicador de tabla: y así no los verás citados en
« sus sermones, aunque te descejes, y aunque des
« una peseta por cada cita.

« De eso de variedad de versiones no se trate; su
« Vulgata apasto, y tal cual vez por plato extraordi-
« nario un poco de la version de los Setenta, la Siria-
« ca, la Caldea, la de Pagnino, la de Vatablo; ni
« saber como leyó Arias Montano, les dá á ellos el
« mismo cuidado, que averiguar cual fué el centési-
« mo de los Tamas Caulican; siendo así que nosotros
« los predicadores veteranos, en la variedad de las
« versiones, nos bandeamos maravillosamente, para
« guisar, probar y ajustar todo cuanto queremos, y
« sazonar nuestros pensamientos con tanta delicade-
« za, que el apetito más dormido abre tanto ojo, y el
« paladar más melindroso se chupa los dedos por
« ellos; porque en realidad; ¿dónde hay cosa más
« aguda, ni más divertida, ni más sazónada, que de-
« cir un predicador donde la Vulgata lee *pietra*, el
« Sirio lee *anillo*, el Caldeo *círculo*, los Setenta *cúpula*
« *la?* y donde lee *pone* la Vulgata, Vatablo leyó *espa-*
« *da*, Pagnino *misericordia*, Arias Montano *sabidu-*
« *ria*, y el Burgense *calabaza*; y haciendo después
« de todas estas ideas cuantas combinaciones se le

« antoje, probar cuanto quisiere con ingenio y sutileza, fuera de que oyendo el auditorio, que el predicador cita á roso y velloso, al Siríaco, al Caldeo, al Griego y al Hebreo, se persuade sin razon de dudar, que sabe todas estas lenguas como la suya propia: tiénele por mónstruo de sabiduría, y oye cuanto dice con un respeto que pasma. Los oradores modernos se burlan de todo esto, teniéndole por ostentacion, aparato y charlatanería; pero yo, con licencia de sus mercedes y de sus reverendísimas, me burlo de todos ellos.

« Vés aquí, Gerundio amigo, el plan de la nueva secta, de la cual, segun tengo entendido, se ha declarado ciego partidario tu tio el señor Magistral, siendo uno de los que más furiosamente predicán á la francesa, que en suma, á esto se viene á reducir la nueva moda. No te disimularé que la gente sesuda, la que se llama *critica*, y que se precia de culta, se ha declarado tambien á banderas desplegadas por el mismo partido. Váse tras de un orador á la moderna, como los niños se van tras de los danzantes, y tras de la tarasca del dia de Corpus; á estos los celebran, los ensalzan, los colocan muy arriba de las nubes cuando á nosotros nos desprecian, nos oprimen, haciendo tanta burla y tanta chacota de nuestro modo de predicar, que no parece sino que hemos nacido para ser dominguillos de sus conversaciones y tertulias.

« ¿Pero qué importa, ni qué nos importa este puñado de gente melancólica y descontentadiza, cuando tenemos á nuestro favor la mayor, la más sana y la más discreta parte de nuestra península, desde

«el oriente al poniente, y desde el septentrion al
«mediodia? Nuestras son cuantas cofradías llevan
«varas ó enarbolan estandartes en el continente es-
«pañol. Desde los Pirineos hasta el embocadero del
«Tajo, y desde el Finisterre hasta las Algeciras,
«nuestros son todos los mayordomos de estos ilus-
«tres cuerpos, que se exhalan por buscarnos, y se
«empobrecen por enriquecernos. Nuestros son los
«formidables gremios de zapateros, curtidores, sas-
«tres, barraganeros, mercaderes, escribanos, pro-
«curadores y tambien el respetable grémio de los
«abogados. No nos faltan innumerables parciales:
«nuestra es la muchedumbre de las ciudades, el con-
«curso de las villas, el total de las aldeas, la mos-
«quetería de las universidades, la juventud de los
«claustros y aún en la misma ancianidad podemos
«contar amigos, auxiliares y defensores.

«Dígalo sino aquel famoso campeon y aquel valiente
«paladin, que á los 60 años y más de su edad, y á
«los 20 de predicador veterano, ejercitados muchos
«de sus sermones en el mayor teatro de España, sa-
«lió tan denodadamente á nuestra defensa. Habia pre-
«dicado á la moderna en una de las funciones más
«famosas de la corte un cierto orador catedrático á
«la sazón en una célebre universidad; y aunque no
«de muchos años, estaba generalmente reputado por
«un grande teólogo, por insigne predicador, por in-
«genio conocido, y en fin por hombre verdaderamente
«sabio, más que medianamente instruido en las hu-
«manas y divinas letras (quédese esta opinion en su
«lugar, que yo no soy amigo de quitar á nadie la
«buena ó mala fama que Dios le deparó) en fin, él

«predicó un sermón que logró infinito aplauso de
 «todos los antiveteranos: asunto grave, pruebas ma-
 «cizas, mucho de esa que se llama elocuencia, pocos
 «textos, citas por alambique, reflexiones morales en
 «abundancia, Escritura desleída, Evangelio, y á ello
 «nada de chistes, y lo mismo de circunstancias. Im-
 «primióse la oración, y aprobóla cierto clérigo de
 «capellanías y de mucha autoridad, que ha dado la
 «gente en la manía de que es el gallo de los predica-
 «dores, y que como tal puede y debe contar en toda
 «España, como si dijéramos en su muladar. Mas hay
 «hombres de tan mal gusto, que no dudan decir, que
 «este gallo, respeto de nuestra oratoria evangélica, á
 «la cual suponían sepultada en una oscura noche, es
 «el precursor del día, el despertador del sol, el que
 «derribe las densas tinieblas que se habían apoderado
 «de nuestro polo pulpital, el que disipa las patrullas
 «de los predicadores arquelinos, saltimbancos, lige-
 «ros y matachines, que divertían á la gente en vez
 «de instruirla, y empeoraban las costumbres en vez
 «de emendarlas, aplicándole sin más ni más aquel
 «par de estrofas de cierto himno:

A nocte noctem segregrans,
 Præco diei jam sonat,
 Jubarque solis evocat.
 Hoc excitatus Lucifer,
 Solvit Polum caligine;
 Hoc omnis erronum Cohors
 Viam nocendi deserit.

«¿Y te parece que se contentan con eso? no para
 «aquí: pasan adelante, y no dudan aplicarle otro buen
 «trozo del mismo himno, queriéndonos persuadir

« que le viene como de molde. Empéñanse en decir,
 « que este gallo hace abrir los ojos á los amoderados,
 « mete tanto aguijon á los soñolientos, confunde y
 « convence á los pertinaces, y en fin que á fuerza de
 « cantar en el púlpito como se debe, hay esperanza
 « que haga cantar á los demás predicadores, como
 « en razon:

Gallus jacentes excitat;
 Et somnolentos increpat;
 Gallus negantes arguit.
 Gallo canente, spes redit.

« De este hombron, coco de los predicadores y co-
 « rifeo de la nueva secta, es la aprobacion susodicha.
 « No la pudo sufrir aquel predicador veterano, cuyos
 « nobilísimos sermones peinaban tantas canas, como
 « su cándida cabeza. Enristró su pluma, y desde la
 « misma dedicatoria dirigida á un gran Señor, comen-
 « zó á correr el gallo; pero ¿cómo? Desplumándole,
 « descrestándole, y al fin haciéndole añicos. Alaba lo
 « que él reprueba, y condena lo que él aplaude, ha-
 « ciendo una descripcion tan elegante de los sermo-
 « nes de moda, que no hay más que pedir: yo la to-
 « mé de memoria, porque me cayó muy en gracia:
 « dice así.

« *Vamos, vamos á oir al padre Fray N*** al Señor*
 « *Don... al doctor tal, que predica de moda. Quiere á*
 « *mi ver decir esta palabra un cuadro sin imágen, una*
 « *imágen sin templo, un templo sin altar, un sacrifi-*
 « *cio sin sacerdote, y el sacerdote sin el proporcionado*
 « *ornamento; es puntual descripcion de un sermon de*
 « *moda.*

«¿Qué te parece, amigo Fray Gerundio? ¿has oido
«en tu vida comparacion más bella, simil más ade-
«duado, ni descripcion más puntual de un sermon de
«moda? Porque en realidad, si la cosa se considera
«bien y sin pasion, la multitud de textos, la bulla de
«citas, el aparato de erudicion, la variedad de ver-
«siones, el paloteo de retruécanos, la gala de los
«equivocos, lo sutil de los conceptos, la delicadeza
«de los reparos, el escape de las soluciones, y de
«cuando en cuando el chiste de los gracejos, son pun-
«tualmente la imagen, el templo, el altar, el sacrifi-
«cio, el sacerdote, el amito, el alba, el cíngulo, el
«manípulo, la estola y la casulla de un sermon, equi-
«pado como es justo; y al que le falta todo esto, há-
«gote un sermon en carnes vivas, que es una ver-
«güenza y una compasion.

«No es mi intento, ni por ahora seria del asunto
«hacerte una relacion individual de lo que dijo el
«precedente veterano en el discurso de su sermon,
«que dedicó al susodicho gran Señor, en inmortal
«gloria nuestra, y eterna confusion de los modernos:
«eso seria obra larga, y era menester producir toda
«la pieza, que es única en su línea, y la conservo en
«la celda encuadrada en papel dorado, para molde
«y original de mis sermones (se entiende despues
«del *Florilugio sacro*,) si es que alcanzan mis fuerzas
«á una débil imitacion. No quiero cansar tu imagina-
«cion con referirte, que un tal Gutierrez Fernandez
«(hombre ignorantísimo y desalmado, si los ha habi-
«do jamás,) disparó un par de cartas insolentes y
«atrevidas, las cuales, puesto que no salieron á
«luz, anduvieron de ronda, de mano en mano,

«de casa en casa, de estudio en estudio, así en la
«córte como fuera de ella, é hicieron una risa de to-
«dos los diantres. ¿Pero en quiénes? En los anti-ora-
«dores magistrales con sus secuaces, que son unos
«pobres pelones; porque aunque es así, que las ta-
«les cartas convencen, que en el sermón de nuestro
«insigne defensor, se hallan tres ó cuatro proposi-
«cioncillas heréticas, algunas otras malsonantes, tal
«cual texto de la Escritura supuesto, muchos mal
«citados, este ó el otro testimonio venial levantado
«á los Santos Padres, y así de otras quisquillas á este
«tenor; ¿qué hombre de juicio hace caso de estas ba-
«gatelas? ¿Quién no sabe que esos son hipérboles
«galantes, valentías de ingenio, arrojios del discurso
«y festivas aberturas de una fantasía, que se eleva y
«arrebata, y no anda arrastrando por el suelo? Si se
«hubieran de reparar y contar en nuestros sermones
«y careos los vuelos, ¿dónde iríamos á parar? En fin
«este insigne orador de la veterana, que contaba 68
«años de edad, y de estos 24 de púlpito, el cual se-
«gun esta cuenta, no subió á él hasta los 44 que es
«ya edad moderada, en la que aún el predicador más
«manco le puede haber salido el uso de la razón pul-
«pitale. Este orador veterano, vuelvo á decir, acre-
«dita bien que aún dentro de los cláustros tenemos
«partido, no solo en aquellos que apenas les apunta el
«bozo de la oratoria, que esos á red barredera los
«puedes contar por nuestros, sino entre los más
«añejos, los más veteranos, los más veteranísimos.
«Y hay la gracia particular de que éstos hablan por
«experiencia, en cuya escuela, que es la más segu-
«ra y la más conveniente, han aprendido lo bien que

«les ha salido la cuenta, predicando á la veterana :
«pues no hay mejores cien doblones, que los que se
«hallan de repuesto en sus religiosas navetas, ni
«chocolate más rico, ni botes de tabaco más exquisi-
«to, ni pañuelos de seda de color más finos, ni ropa
«blanca más delgada, que la que encontrarás en sus
«pobres alacenas, cajones ó baules.

«Pues siendo todo esto así, *¿quis furor, quæ te*
«*dementia capit?* ¿qué locura es la tuya? ¿Qué deli-
«rio se apodera de tu cabeza, cuando así te la tras-
«tornó ese tu tiernísimo tío, zumbándote patas arri-
«ba, con cuatro razones que te alegó el tal dómine
«Espetera? Perdóname, si me descompongo, porque
«no me puedo contener al hablar de estos caprichu-
«dos, testarudos, parciales de la sinrazon, aunque
«por otra parte sean hombres de autoridad y de res-
«peto: no quiero yo que hagas caudal de mis razo-
«nes, sin embargo de ser todas tan convincentes,
«como tan triunfantes, que no admiten réplica ni
«sufren resistencia: tampoco quiero que te hagan
«fuerza los ejemplares que te he puesto delante de
«los ojos, ni los millares de millares de predicado-
«res veteranos como han hecho fortuna por este ca-
«mino, ni lo que has tocado y estás tocando con
«tus propias manos en mí mismo, que siempre lo
«he seguido, y en mi vida pienso seguir otro. ¿Será
«posible, Gerundio del alma, que no te convenza tu
«experiencia propia? ¿Tan mal te ha ido desde que
«comenzaste la carrera, emprendiéndola por esta
«vía lactea, ó hablando con más propiedad, por
«este camino de la plata? Sermon y medio has pre-
«dicado hasta ahora en público, y otro entre las pa-

« redes del convento ; ¿y qué hombre hay más famo-
« so en toda la redonda ? ¿De qué otro resuenan
« mayores ni más crecidos aplausos en todo el dila-
« tado ámbito del Paramo ? ¿ Piensas que tu fama se
« ha ocultado solo en las paredes de Campazas ? ¡ Oh,
« cuánto te engaña tu encogimiento y modestia ! Lle-
« gó ya á Villaquejida , extendióse á Villalpando , se
« dilató á Villamayor , y hasta en las márgenes del
« Orbigo resuena ya el eco de tu nombre con tanta
« claridad , como en las concavidades de Villaornate :
« poco dije , ó me engaña el pensamiento , ó siento
« acá en lo interior del alma no sé qué proféticos
« presagios , de que en otro tiempo no se ha de ha-
« blar otra cosa en España , que de Fray Gerundio ;
« y aún se adelanta el vaticinio á descubrir no sé que
« lejanas lumbres , que ha de penetrar tu famoso
« nombre las provincias extranjeras .

« Mientras tanto es cierto que ya no se sabe ha-
« blar sino de tus sermones , de tus prendas , de tus
« talentos , en esos caminos , en esos campos , en
« esas tierras , en esas viñas , en esos arenales , en
« esas eras , y aún en todos los mercados del con-
« torno . Mientras tanto es indubitable que ya no hay
« cofradía que no te desee , ni hay mayordomo que
« no te solicite , no hay sermon de ánimas que no te
« aguarde , no hay retablo nuevo que no clame por
« tí , y no hay Semana santa que no te tienda los bra-
« zos . Pues , corazon amilanado ; ¿por qué te aco-
« bardas ? Alma de cántaro ; ¿por qué te quiebras ?
« Espíritu pusilámine ; ¿por qué te desmayas ? Des-
« precia generosamente ese terror pánico , que se ha
« apoderado de tu pecho , no hagas caso de esas pas-

« marotas con que intentan aturrullarte los ciegos
« sectarios y apasionados á la novedad, y confirmán-
« dote en tu heroico empeño de no apartarte un pun-
« to del camino real y derecho que tan gloriosamente
« has emprendido, riete á carcajada tendida de todos
« aquellos que pretenden apartarte de él, no dando
« otra respuesta á sus razones que la que yo dí, y
« tambien te subministré en ocasion semejante.»

No de otra manera, que cuando en el corazon del invierno amanece el oriente cubierto de una densa nube, la cual poco á poco se va al principio enre- ciando, luego que el sol presenta la batalla, comen- zando la funcion con la escaramusa de sus rayos; pero no se declara tan brevemente la derrota de los escua- drones tenebrosos, que no disputen desamparar por largo tiempo el terreno, pues titubea al parecer y co- mo neutrar la victoria; ya el sol abre los nebulosos escuadrones, ya estos se vuelven á cerrar más den- samente, muchas veces aquel los rompe, otras tan- tas estos le arretaban; ya el ejército del sol pasa por el vientre del campo de la niebla, y aunque con luz cansada, no tanto deja cuanto argentea la cima de un vecino monte; ya se vuelve á cerrar el ejército enemigo, y repeliendo al contrario parece que le re- tira hasta su mismo atrincheramiento, durando el flu- jo y el reflujo de la dudosa contienda, hasta que al acercarse el mediodia, encendidas en fogosa cólera las tropas de la luz, acometen tan furiosamente al campo de la niebla, que por todas partes la rompen, la penetran, la pisan, la atropellan, la disipan, y dueño enteramente el sol del campo de batalla, se deja ver en todo el hemisferio el más claro, el más se-

reno, y el más despejado día. Así ni más ni ménos disipó el razonamiento de Fray Blas las nieblas que habian oscurecido el entendimiento de Fray Gerundio y quedó tan despejado y claro, como el día más apacible del mes de Enero y Febrero. Dió mil abrazos á su amigo, por lo que le habia consolado, iluminado y alentado, y renovó en sus manos el pleno homenaje, que habia hecho en otra ocasion, de que no predicaria de otra manera en todos los dias de su vida, aunque el mismo gallo de la pasion le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo primero del libro siguiente: pero ántes de escribirle, suplico al lector que tenga un poco de paciencia, que voy á tomar un polvo.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ENCÁRGANLE UN SERMON DE HONRAS, Y NO LE ESCUPE,
CON TODO LO DEMÁS QUE IREMOS DICIENDO.

PERO mira, le dijo Fray Blas en el camino, si tu tío te volviere á tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y la gancha-panza; quiero decir, que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido á sus consejos, dócil á sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha docilidad, respeto y reverencia; pero allá dentro de tu corazon has de estar bien resuelto á reirte, y hacer burla de cuanto dijere. La razon de este admirable y no ménos importantísimo consejo salta á los ojos; porque estas gentes de la Iglesia constituidas en alguna dignidad, y más cuando están asomadas á una mitra, suelen ser delicadas, gustan de que todo se les oiga como á oráculos, y llevan muy mal que se les replique. Cuando á esto se añade la razon de parentesco, y más siendo tan inmediato y tan superior como el de tío, los dá

un peso de autoridad sobre toda la familia, que no parecen sinó unos consejeros, y hasta los hermanos mayores, que no han ido por la Iglesia, les oyen con una veneracion que causa espanto. Es verdad que no es siempre oro todo lo que reluce, pues tal vez hacen burla de ellos interiormente; pero les tiene cuenta el paliarlo en el fuero externo, así para disfrutarlo en vida, como para heredarlos en muerte; y á ninguno importa más que á tí el tener grato á tu tío, porque ninguno le necesita más que tú, ya por los socorrillos que te suele enviar, ya por lo mucho que su autoridad y la de sus amigos puede servir dentro y fuera de la religion para tus adelantamientos. Por tanto, sigue mi consejo capital, y traza de hacer tu papel; calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, dá palabra de emendarte, consúltale en todo lo que se ofrezca; pero tú haz aquello que se te antoje.

Aunque la leccioncilla del padre predicador mayor no era de aquellas que más se conforman con el Evangelio, ni aún con el catecismo, le cayó muy en gracia al delicadísimo Fray Gerundio, y la tomó tan de memoria, que jamás se la olvidó. Llegaron á casa, donde encontraron ya refrescando á toda la patrulla. Era el refresco limonada de vino y bizcochos, que es lo regular en todas las fiestas recias de Campazas, y se habian agregado á los huéspedes de casa muchos del contorno que habian concurrido á la funcion, y tambien no pocos labradores de los más pestorejados, todos con el motivo de dar la enhorabuena á Fray Gerundio, á sus padres y á toda su parentela.

Fueran graciosas las expresiones con que se expli-

caron algunos, especialmente de aquellos que se preciaban tener voto en cosas de sermones. Uno, que habia servido todas las mayordomías de su lugar, y estaba persuadido que ninguno le echaba la pierna delante, en la eleccion de los mejores oradores, dijo con voz ponderativa: El padre Fray Gerundio ha predicado un sermón, que mientras Campazas sea Campazas, no habrá quien le desquite. Otro que habia sido muchos años procurador de la tierra, y era hombre de cabeza abultada y muy maciza, pareciéndole que el otro habia andado corto, dijo: ¿qué andas ahora en Campazas? En Leon he visto yo los mejores pájaros de España, pero otro Fray Gerundio... y no digo más, porque toda comparanza es *urdiosa*. Al hermano Bartolo se le hacian ya limonada las palabras, y no pudiéndolas contener, prorumpió en el despropósito, de que en todos los días de su vida habia oído ni habia de oír sermón más metafísico, palabra cuyo significado no entendia; pero siempre le habia parecido que significaba alguna cosa grande é inaudita. Allá se fué el elogio del sacristán de Venaferzes, que se halló en la función, no se sabe por qué casualidad, y era tenido entre los que le conocian, por hombre de los más cultos, de que á la sazón gorgoteaban el *parce mihi*. Este pidió silencio, teniendo en la mano un vaso de limonada, que rebosaba por el borde, y estando todos callando y suspensos, dijo con voz gutural, recalcada y circunspecta: Señores, vamos haciendo justicia, que el sermón desde el principio hasta la postre, desde la cruz á la fecha, y desde el tema hasta el *quàm mihi*, fué una pura construcción de filosofía. Quedaron todos mirándose los unos á los

otros, y aunque ninguno entendió lo que el sacristan quiso decir, fué general la opinion de que tampoco se podia decir más.

A todo habia estado muy callado, pero atento, un buen clérigo de estos que llaman de *Misa y olla*, que con su capellanía y un decente patrimonio lo pasaba quieta y pacíficamente en su lugar, mejor que un arcediano. Era á la verdad de pocas letras; pues solo tenia las precisas para entender el Breviario y el Misal á media rienda; pero por su buena razon, por su génio apacible y bondadoso, y porque era limosnero y amigo de hacer bien, le estimaban mucho en su pueblo; y apenas moria alguno en él, que no le dejase por su principal testamentario, y él admitia sin réplica estos encargos, así por tener alguna cosa en que emplear loablemente el tiempo, como por haber hecho concepto, de que si cumplia fiel, legal y puntualmente con este piadoso y caritativo oficio, podia hacer mucho bien á los difuntos y ser muy útil á los vivos.

Habia fallecido pocos dias antes el secretario de su lugar, que era ya viudo, y no solo le habia nombrado por su testamentario, sino tambien tutor y curador de sus hijos, con la expresion, que no se le tomasen cuentas, ó se pasase por las que él quisiese dar; todo con la confianza que hacia de su pureza, exactitud y legalidad. Dejaba encargado en el testamento, que se le hiciesen honras y cabo de año con sermon segun costumbre, y señalaba 200 reales de limosna para el orador que las predicase, *en atencion, decia, al trabajo que habia de tener cualquiera pobre predicador en hallar de qué alabarme; porque sino quiere mentir, se ha de ver bien apurado.*

En efecto debía de ser así, porque era pública voz y fama, que el tal secretario había sido hombre no muy demasíadamente escrupuloso. Cuando entró en el pueblo (pues fué el primer escribano que entró en el lugar) ni había pleito alguno ni había memoria de que le hubiese habido jamás desde su primera fundación. Pero al año, y no cabal, de su residencia, ya todo el lugar se ardia en pleitos, y cuando murió dejó 36 pendientes, aunque no pasaba la poblacion de 200 vecinos: encendia á unos, y azuzaba á otros, y los enzarzaba á todos. Si dos partes contrarias le consultaban sobre una misma dependencia, á cada uno en particular le respondia afectando una modestia socarrona, que él no era abogado ni entendia los puntos de derecho ni le tocaba dar parecer; pero por lo que le habia enseñado la experiencia en tantos años de ejercicio y en tantos pleitos que habian pasado ante él, era corriente su justicia, temeraria la pretension del contrario, y que á buen librar le condenarian en costas, concluyendo con que si esto uo salia así, habia de ahorcar el oficio: que esto se lo decia á él solo con confianza, encargándole mucho el secreto. Después que á uno y otro les habia metido tanto aguijon, añadía con tanto remilgamiento, que aunque era cierto lo dicho; ¿para qué queria pleitos? que era mejor componerse: porque aunque nadie se interesaba más que él en que cada cual siguiese su justicia (pues al fin no comia de otra cosa ni tenia otros mayorazgos); pero que amaba más la paz del pueblo, que todos los intereses del mundo. Con este artificio, después de haber irritado á las dos partes, él echaba el cuerpo fuera, y cobraba crédito de hombre desinteresado.

En habiendo cualquiera quimerilla en el pueblo, por pequeña que fuese, especialmente si habia sido cosa de paliza con algun razguño y efusion de sangre, al punto buscaba los alealdes, y se entruchaba con ellos, y en tono de amistad y confianza, les persuadia á que levantasen un auto de oficio, y que tratasen de hablarle, intimándoles que hoy ó mañana vendria una residencia, y no faltaria alguno que los quisiese mal, y les acusase de omision ó de parciales; y á buen librar caeria sobre sus costillas una multa que los levantase tanta roncha. Después de haber hecho el auto de oficio, arrestados los de la riña, y borrhageado mucho papel en declaraciones, cargos y descargos, cuando ya tenia pretexto para estafar bien á las dos partes, solicitaba él mismo por bajo de cuerda, que se compusiesen, y cargando bien la mano á unos y á otros en las costas, porque á ninguno se las perdonaba, á un tiempo llenaba el bolsillo, y era aplaudido entre los inocentes con el glorioso renombre de pacificador.

Era muy franco en dar testimonio aún de aquello que no habia visto; y para quitar el escrúpulo á los que podian reparar en aquella maldad, les decia con una bondad que encantaba, que un hombre de bien se habia de fiar de otro hombre de bien más que de sí mismo; que habia de dar más crédito á los ojos ajenos, que á los suyos propios; porque estos podian alucinarse y engañarle, pero de los otros no era razon ni buena crianza ni aún conciencia presumirlo; y finalmente, que esto mismo se estaba palpando á cada paso en el uso de los anteojos, así ni más ni ménos, con los cuales vé uno más y mejor,

que con sus propios ojos, de donde inferia, que así como puede un escribano dar fé de vita lícita, y legalmente de aquello que vé con anteojos, siendo así que no son sus ojos los anteojos, así ni más ni ménos puede y debe darla de lo que vé con los ojos de un hombre honrado, cuando le asegura que lo ha visto, y que pasó la cosa ni más ni ménos que él la cuenta; y á la réplica que le podian hacer que él no sabia si era ó no hombre honrado el que le pedia el testimonio, él salia al encuentro diciendo, que mil veces habia oido á los abogados ser principio del derecho, que ninguno se debe presumir malo, hasta que se pruebe que lo es, y que en caso de duda, siempre debe presumir lo mejor.

Quedábanse atónitos los pobres páparos al oir esta doctrina, que les parecia á ellos más clara que el mismo dia, y el simil de los anteojos, aunque tan disparatado, les ataba de piés y manos. Para acabarlos de aturrullar, y convencer enteramente, añadía otro simil en el cual les dejaba embohadados y lelos. Está un escribano, decia, actuando con un señor alcalde ó con cualquiera juez, firma este, y después más abajo el escribano, ante mí fulano de tal, ¿cuántas veces sucede que el juez al tiempo de firmar, no está delante del escribano, sino á un lado ó á las espaldas, porque el alcalde se está paseando en la sala? ¿y quién dirá por esto, que el secretario es falsario, porque autorizó ó legalizó la firma del juez, diciendo que habia sido delante de él? Pues si esto no es falsedad; ¿por qué lo ha de ser dar un testimonio de lo que no se vió ni se oyó, en la buena fé de que trata verdad? ¿quién me asegura que lo ha visto y oido?

A los de mi oficio, que topan en estos melindres y delicadezas, se les puede decir que tienen escrúpulo de Fray Gargajo.

En virtud de esta misma docilidad, era bizarro en dar testimonios no solo de lo que nunca habia visto, sino que con bondadoso corazon, no se podia negar á darlos muchas veces contrarios á lo que habia palpado sin detenerse á dar testimonios opuestos á las dos partes contrarias, porque decia que era enemi-guísimo de discontentar á nadie. Y aunque esto le ocasionó más de una vez algunos embarazos enfadosos en los tribunales superiores, al cabo de ninguno salió tan mal como se podia temer, porque tenia maña para todo: solo era muy tímido en dar testimonios, cuando podia sospechar que podian perjudicar á alguna parte predilecta suya; bien entendido, que su predileccion nunca se fundaba sino en un honrado reconocimiento de expresiones prácticas, no de las más ordinarias. Cuando se hallaba en este caso, decia con grande compostura, que no podia tomar testimonio alguno sin que lo mandase la señora justicia; y cuando le reconvenian que estaba obligado á hacerlo en virtud de su mismo oficio, por cuanto todo fiel cristiano tenia derecho á que se le diese testimonio de lo que habia visto ú oído, él respondia con mucho fruncimiento, que eso era ignorar las nuevas pragmáticas sanciones, que habian salido sobre el oficio de escribano; los pobres hombres patanes, al oír el nombre de *Pragmática sancion* quedaban tamañitos, pareciéndoles que debia de ser alguna excomunion del Padre Santo de Roma, para que los escribanos no se metiesen en cumplir su obligacion sin licencia de los alcaldes.

Este habia sido el ejemplarísimo escribano, que habia dejado por su principal testamentario al licenciado Flechilla (que así se llamaba el clérigo de quien íbamos hablando, habrá como dos hojas), dando orden en su testamento, para que se le predicase sermón de honras corriente, como era uso y costumbre en aquella tierra. Pues este clérigo, que oyó á Fray Gerundio el sermón del Sacramento, quedó verdaderamente apasionado, y dijo allá dentro de su corazón: «No se me escapará este pájaro; y así predicará otro de las honras del escribano de mi lugar, como yo soy arzobispo.» En efecto, después de haber oído con profundo respeto la variedad de expresiones, con que todos daban la enhorabuena á Fray Gerundio, se levantó pasmado de su asiento, y bonitamente encaminándose hácia donde aquel estaba, dióle un estrecho abrazo, y asomándosele las lágrimas de puro gozo, le dijo con bondadísima ternura: Padrecito mío, obras son amores, que no buenas razones: yo tengo la incumbencia de encargar un sermón de honras al difunto escribano de mi lugar, que vale 200 reales, y si valiera 2000, con otros dos mil amores, lo pusiera yo á la disposición de V. Paternidad. El tal escribano, que Dios haya, ciertamente no fué hombre canonizable, pero por lo mismo los asuntos dificultosos se hicieron para ingenios peregrinos, y el de V. Paternidad lo es, ó yo tengo de quemar á mi *Larraga* y al *Piscator de Salamanca*, que es toda mi librería.

No cabe en la ponderación el empavonamiento de que se sintió repentinamente revestido el corazón de nuestro Fray Gerundio, viéndose convidado en aque-

lla publicidad y en aquellas circunstancias con un sermón de aquel tamaño; pues habria más de cuatro definidores que se tendrian por muy dichosos en haberle conseguido, después de haberle pretendido mucho, y á él se le habia venido á las manos, como dicen, sin saber leer ni escribir. Desde aquel mismo punto, se le barrió de la memoria todo cuanto le habia dicho su tío el Magistral, como si jamás lo hubiera oído, y ya miraba tan debajo de sí al Magistral, que por poco no le tenia lástima; pero sin embargo se resolvió á respetarle en el fuero externo, teniendo presente la importante lección de su íntimo Fray Blas.

—Respondió pues al licenciado Flechilla, muy agradecido á la honra que le dispensaba, y aceptando cuanto era de su parte el sermón de honras, bajo el beneplácito y bendición de su superior, no dudaba se le franquearía con agradecimiento al favor que hacia á la Órden en el más ínfimo individuo suyo. Hay quien diga que casi le respondió con estas mismas voces, aunque tan forasteras á su comun estilo; bien que no faltan otros que lo nieguen, fundados en lo mismo, y persuadidos á que las expresiones eran más cultas, que le correspondian á su crianza y á la idea de hablar que se habia formado, así en las conversaciones privadas, como en las funciones públicas. Nosotros no nos atrevemos á tomar partido en este intrincado punto de crítica, bien que nos inclinamos á creer que aunque la substancia de la respuesta fué de Fray Gerundio, pero el gusto y las voces tenían traza de ser del curioso que hizo las apuntaciones de donde sacamos estas menudencias.

Como quiera que esto hubiese sido, lo que consta de cierto es, que nuestro Fray Gerundio no se descuidó en pedir al licenciado Flechilla algunos apun-
tamientos de la vida, virtud y milagros del difunto
escribano: diligencia muy necesaria para disponer
su fúnebre panegírico, y al mismo tiempo quiso in-
formarse del día que pensaba se celebrase el pom-
poso funeral. Los sufragios, respondió el contentí-
simo clérigo, los sufragios por las benditas ánimas
del Purgatorio, aunque no se supongan tan necesita-
das de ellos, como la de nuestro escribano, cuanto
más ántes mejor, porque el lugar no es muy acom-
dado, y ciertamente las pobres no están para esperar
mucho en él. Dilatarlos por pereza es crueldad que
solo cabe en quien no hace reflexion de lo mucho
que padecen aquellos atormentados y dichosos espí-
ritus; y así cuanto más aprisa disponga V. Reveren-
disima el sermon, más pronto tendrán el alivio las
ánimas, y saldré yo á la obligacion de mi compadre
el escribano (Dios tenga su ánima en descanso), y
más anticipadamente tendremos el gusto de oirle sus
apasionados. Quedaron de acuerdo, que dentro de
un mes le predicaria, porque Fray Gerundio protestó
que necesitaba por lo ménos ese tiempo para dispo-
nerle, especialmente siendo esta especie de sermones
á su parecer más rebosada, y que necesitaba tomar
algunas reglas para forjarle; porque ningun sermon
de honras habia oido en su vida, y aún entónces le
pareció que tampoco le habia leído, pero le fué la
memoria en esto infiel, como presto se verá. En fin,
por no perder tiempo, envió luego un proprio á su
prelado, pidiéndole licencia para admitir la nueva
funcion, con una carta que decia así:

REVERENDÍSIMO PADRE:

« Prediqué el sermón del Corpus al Sacramento
« de mi lugar á la fiesta de mis padres, como otros
« lo dirán, que á mí no me está bien el decirlo.
« Solo puedo asegurar, que circunstancia ninguna se
« me escapó, hasta una que me cogió de súbito, que
« fué una gaita gallega en vez de órgano, y la toqué
« tan bien, que no faltó quien dijo que ni el mismo
« gaitero habia tocado tan bien la gaita, como yo la
« circunstancia. Perdón V. Reverendísima que se
« me escapó sin querer esta alabanza, y quedo tan
« corrido, segun lo que dijo el otro: *Laus in ore pro-*
« *prio vilescit*. Los abrazos que me dieron al aca-
« bar el sermón, no tienen cuenta; y las décimas
« y las octavas, y aún los sonetos que me echaron
« en la mesa, fueron cosa de juicio. Por fin y pos-
« tre, el licenciado Flechilla, capellan de Pedroru-
« bio, me encargó el sermón de honras del escri-
« bano de su lugar, que murió pocos dias hace, y
« dejó 200 reales de limosna para el predicador.
« La honra más que el provecho me tira, y tam-
« bien la esperanza de llevar para el convento una
« porcion de misas, de las muchas que dejó encar-
« gadas el difunto. Pido á V. Reverendísima el bene-
« plácito, para predicar este sermón, que ha de ser
« dentro de un mes, y yo le iré adjetivando por acá
« á ratos perdidos. El propio lleva un carnero, y una
« cántara de vino, que mis padres envian de limosna
« para la santa comunidad, á quien piden perdón de
« la cortedad, porque no puede obrar más su buen

« afecto; y me encargan muchas memorias de su par-
« te para V. Paternidad cuya vida guarde Dios muchos
« años. Campazas, etc.

B. L. M. de V. P. su servidor
y menor súbdito.

FR. GERUNDIO, *indigno predicador.*

El *Benedicite* vino corriente á la vuelta del propio; porque el prelado no habia oido el sermón del Sacramento, sinó en relacion de Fray Gerundio, y creyó buenamente que lo habia desempeñado con decencia, valiéndose de algun papel ageno, y pensó que lo mismo haria en las honras. Por otra parte las razones que alegaba le hacian fuerza, y no eran para desperdiciadas las misas, que verosímilmente llevaria para el convento. El carnero y la cántara de vino tambien pedian algun agradecimiento: y en fin, un fraile más, por un mes fuera de casa, era para el convento una boca ménos. Por eso no solo le dió con gusto la licencia, sinó que haciéndose cargo de que en casa de su padre no habria muchos libros de sobra para componer un sermón, por el mismo propio le envió cuatro ó seis libros de los que Fray Gerundio habia dejado encima de la mesa de su celda, sin detenerse el prelado en examinar lo que eran, juzgando prudentemente, pues que los tenia tan á mano, serian los de su cariño, y los que preferia su elección para la disposicion de los sermones.

CAPÍTULO II.

PIDE FRAY GERUNDIO A SU AMIGO FRAY BLAS UNA INSTRUCCION
PARA DISPONER EL SERMON DE HONRAS, Y SE
LA DA DIVINA.

MUCHO hubiera convenido prevenir en el capítulo antecedente, que ni en el principio, ni en la carta, ni en su contenido, ni en el carnero, ni en la cántara de vino, tuvo el buen Fray Gerundio más arte ni parte, que hacer lo que su amigo Fray Blas le aconsejó, escribir lo que él mismo le dictó, y enviar el regalito con el piadoso pretexto de limosna que él le sugirió. Es el caso, que luego que el licenciado Flechilla le encargó el dicho sermón, fué luego lleno de alborozo á comunicar su fortuna á su íntimo confidente, el incomparable Fray Blas y puesto caso que á éste no dejó de pellizcarle algún tantico la envidia, acompañada de un si es no es de celillos, porque comenzaba ya á temer que Fray Gerundio en materia de fama le habia de cojer la delantera; y le habia de quitar muchas ganancias, haciéndole cosquillas, que casi á sus mismas barbas, encargasen un sermón no ménos que de 200 reales, á un oradorcillo visoño, que aún apenas le apuntaba el bozo del predicador. Pero al fin, considerando que Fray Gerundio era su discípulo

de púlpito, que la gloria del discípulo se refunde en el maestro, y que hasta del provecho le podia tocar alguna parte, ahogó aquellos impulsos de aquella no muy honrada pasión, mostrando mucho gozo por lo ménos en esto que se veía hácia fuera, le aconsejó sanamente lo que debia hacer, y dictó la carta para el prelado, con todo lo demás que en ella se contiene.

Decimos, y aún lo volvemos á decir, que convenia mucho que todo esto quedase advertido desde el capítulo precedente; porque de esta manera ahorramos ahora de advertirlo. Pero sobre que muchas veces un pobre historiador se descuida, y sucede tal vez que mientras toma un polvo, en abrir y cerrar la caja, se le vá la especie que tenia entre la pluma; ¿quién sabe si en esta ocasion lo hicimos adrede, por no interrumpir el hilo de la historia? A lo ménos nosotros estamos en la firme resolución de no declarrar lo que hubo en esto, para dejar al curioso lector el trabajo de adivinarlo.

Tres dias naturales tardó el propio entre ida y vuelta, en cuyo espacio de tiempo fueron desfilando los huéspedes, retirándose cada cual á su destino respectivo, los dos canónigos á su catedral, el familiar á su casa, el padre vicario á sus monjas, y el fraile y el donado á sus conventos; solo que éste fué primero al mercado de Villamañan, porque tenia que comprar unas cebollas. Vayan benditos de Dios, y la Virgen les acompañe, porque tenian tan ocupada la casa como la hostería, la cual no sabia que hacerse con tantos personajes: especialmente el señor Magistral nos incomodaba un poco, porque su seriedad no gustaba á Fray Gerundio, y harto será que no

canse tambien á muchos de nuestros lectores. Quedaron pues solos y á sus anchuras nuestro Fray Gerundio y Fray Blas, dueños absolutos de sus cortijos, y teniendo pendientes de sus discreciones al tio Anton Zotes, á la tia Catanla y al licenciado Quijano, que apenas los perdian de vista ni aún de oido.

Cuando vés aquí, que entra por la puerta del corral el deseado propio con un alforjon de libros y la carta del prelado, que venia, como dicen, *á pedir de boca*. Luego que la leyeron los dos camaradas, se dieron recíprocamente muchos abrazos de puro gozo; y aún Fray Blas añadió tambien con religiosa confianza un pescozon y una coz á Fray Gerundio, todo en señal de contentamiento; pero entre todo les cayó en gracia la prevencion del prelado en enviar los libros, no solo porque era señal de la complacencia con que daba su bendicion, sino porque en la realidad se veian sin ellos un poco embarazados, no alcanzando su erudicion de memoria á tanto empeño, y seria chasco verse precisados á retirarse al convento para componer el sermon.

Pasado aquel primer turbion de alegría, dijo Fray Gerundio á Fray Blas, que era preciso retirarse los dos al campo para conferenciar á solas y con libertad sobre el asunto. Que me place, respondió el predicador mayor; y luego que se vieron fuera del lugar (que seria como diez ó doce pasos de distancia, porque la casa de Anton Zotes estaba en el centro del pueblo,) comenzó Fray Gerundio á hablar en esta substancia: Padre predicador, ya sabe V. Paternidad..... Cortóle al punto Fray Blas, y le dijo: Amigo Fray Gerundio, *non bene coherens, neque in una sede*

merantur majestas et amor: Amistad y cumplimiento no caben en un saco. Hasta aquí te he tolerado ese tratamiento, por la tal cual diferencia de edades, pues á lo sumo te llevaré 22 ó 23 años ya no te lo sufriré por lo ménos, cuando los dos nos hallemos mano á mano. Un hombre á quien encargan un sermón de honras que vale 200 reales, bien puede tutearse, no digo con el predicador mayor de una casa matriz, pero con todos los predicadores del Rey: así pues, ceremonias á un lado, y si quieres que en adelante te conteste, trátame como tú. Era dócil Fray Gerundio, y no le costó trabajo conformarse; fuera de que en aquel mismo punto le vino no sé que secreta vanidad y complacencia, de ver que le permitian hombrrear no ménos que con un predicador mayor de un convento como el suyo; y aún llegó á presumir que no debía de ser muy inferior en el mérito á quien le hacia tan igual en el trato. Rompió pues, la batalla, y sin detenerse, le dijo: Pues bien está, amigo predicador, y comienzo á darte gusto.

Ya sabes que en toda mi vida no he oído sermón de honras: en Campazas no se usan; en Villaornate no murió persona de importancia, mientras estuve yo en la escuela del cojo: el dómine Zancas-Largas no nos habló jamás cosa alguna sobre esta especie de oraciones; cuando fui novicio y artista no se ofreció predicar á este asunto. Sermónarios no he leído sino el *Florilégio*; y en este no hago memoria de haber encontrado sermón de honras ni cosa que sueñe á eso; con que si tú no me alumbras, habré de caminar á tientas. ¡Pecador de mí, dijo Fray Blas, y qué poca memoria tienes! con que ¿no te acuerdas

de haber leído en el *Florilogio* sermon de honras? Pues, ven acá, badulaque; ¿no haces memoria del famosísimo sermon predicado por el autor en Ciudad-Rodrigo, á las honras del regimiento de Toledo, celebradas por sus soldados difuntos? Yo tampoco ahora tengo presente su contenido; pero así en general me quedó la especie vivísima de que es una de las mejores obras que se encuentran en aquella obra verdaderamente celestial: modelo más acabado para disponer una oracion fúnebre, con todos los primores de que es capaz el arte: modelo más adecuado no es posible que hasta ahora haya salido de humano entendimiento. Vaya, hombre, le interrumpió Fray Gerundio, que soy un bobo; tú tienes razon, y ahora me acuerdo de haberle leído, y tambien me acuerdo que me aturrulló; porque si bien no decian lo que querian decir varias cosas, pero esto mismo me llenaba de estupor, haciéndome acá dentro del alma un eco que me atolondraba las potencias. En volviendo á casa, prosiguió Fray Blas, te haré ver, admirar y penetrar parte por parte sus innumerables primores; puesto que entre los libros que te envió el prelado, advertí por el pergamino que venia el *Florilogio*. Pero entre tanto ¿no me dirás así unas reglitas generales para bandearme?

Soy contento, respondió Fray Blas, y ante todas cosas nunca te olvides lo que te dije en otra ocasion, con la de leer el sermon que prediqué á San Benito en Otero, ó por mejor decir la que tú mismo sacaste en fuerza de tu ingenio, sin que yo te la dijese por expreso; esta es la de acudir siempre á alguno de los fastos, monoloquios, almanaques ó calendarios gen-

tílicos, *sive mīthologicos*, y ver qué fiesta se celebra, qué ceremonias ó qué cosa remarcable se hacia en el mismo dia, y aplicarla intrépidamente á tu asunto, sea el que fuere, que eso lo podrás hacer con maravillosa facilidad. Observo que te ha cogido algo de repente el término *remarcable*: no lo extraño, que á mí tambien me sucedió lo mismo la primera vez que le oí; pero ya están los oidos y los ojos hechos á él, que se me hace muy reparable cualquiera cosa notable, que no se llama *remarcable*.

Esta cosa es regla general, y conviene á todo género de asuntos, panegíricos, gratulatorios, exhortatorios ó deprecatorios fúnebres y morales, y aunque prediques el mismo sermon de la Pasion, te puedes aprovechar de ella con una oportunidad que encante. Pero viniendo en particular á sermon de honras, ú oracion fúnebre, que todo viene á ser uno, es indispensable que desde luego echés unas bocanadas de erudicion á borbotón sobre el tiempo en que comenzó este género de obsequios á los difuntos, ¿con qué ocasion se dió principio á él? ¿quiénes fueron los primeros inventores, si los indios, los griegos ó los romanos? ¿qué progresos hizo en el discurso del tiempo? y en fin, todo cuanto hacinares en esta materia, ¿será otro tanto oro? porque desde luego captarás la admiracion del auditorio con tu portentosa erudicion. Pero, hombre de los demonios, replicó Fray Gerundio; ¿dónde tengo yo de encontrar tan antiguas y tan recónditas noticias? ¿Piensas que somos todos como tú, que parece tienes presente todo cuanto ha pasado en el mundo, desde Adam hasta el Antecristo? y aunque se hable de la cosa más despre-

ciable ó más ridícula, como si dijéramos de alpargatas, ó de polainas, al punto señalas el inventor, con el año y día fijo en qué comenzaron á usarse?

Válgame Dios, Fray Gerundio, respondió Fray Blas, y ¡qué monigote que eres! ¿pues no tienes tú á Beter-lint, que te socorrerá con abundancia, con cuanta erudicion repentina hayas menester para cualquiera cosa que quieras? A más de esto, ¿no están ahí los Paseracios, los Ambrosios, Calepinos y los diccionarios universales, que hoy se estilan yá en todas las lenguas, los cuales te darán tales noticias históricas y críticas sobre cada palabra, que apénas pueda con ellas tu memoria? Es verdad que los críticos llaman *erudicion de socorro* á este género de erudicion, aludiendo al agua de socorro, con que bautizan los párvulos: más, ¿y qué tenemos con eso? ¿Por ventura, los que bautizan con agua de socorro, substancialmente, no quedan tan bautizados como el Emperador Constantino, que le bautizó el papa San Silvestre, si es que es cierta esta noticia, porque el día de hoy todo se pone en duda? ¿Pues por qué los eruditos de socorro no han de ser tan eruditos, como los que lo son con todas las ceremonias de la Orden? Que te respondan á esta pariedad; y miéntras no lo hicieren, que seguramente no lo harán, riéte de malignas y envidiosas expresiones.

Estoy en cuenta, dijo Fray Gerundio; pero después de toda la retaila de erudicion, que sin duda acreditará á cualquiera; ¿cómo lo he de aplicar al intento de mi sermon de honras? ¿Cómo he de hacer, que venga á propósito para celebrar la memoria de mi buen Escribano? En poca agua te ahogas, res-

pondió Fray Blas; y un hombre que aplicó todo cuanto quiso, así en las circunstancias del sermón del Sacramento, como en la plática de disciplinantes, me admira que ahora se embarace en una bagatela. Mira, dos opiniones hay, á lo que me acuerdo, que llaman *oraciones fúnebres* ó *panegíricos* á los difuntos: unos quieren que los inventores primeros de este género fueron los griegos, y aún se adelantan á nombrar quién fué el primero, que dicen que fué Mesco, con ocasion de dar sepultura á los cadáveres de los argivos. Otros atribuyen la gloria de esta agradecida invencion á los romanos, afirmando que la primera oracion fúnebre que se oyó jamás, fué la que pronunció Lucio Bruto, con ocasion de la muerte de la casta Lucrecia, con la cual encendió tanto el ánimo de los romanos contra el soberbio Tarquino, que le arrojaron del trono, y se fundó la República 509 años ántes del nacimiento de Cristo. Algunos se esfuerzan á conciliar estas dos opiniones, diciendo que los griegos fueron en rigor los primeros inventores de estos elogios fúnebres; pero limitándoles precisamente á los que habian muerto en la guerra en defensa de la patria, y los romanos fueron los que los extendieron á todos los claros varones que habian sido eminentes en otras virtudes, aunque no fueron militares, ó que habian hecho algun considerable servicio á la patria ó al estado.

Tú no te detengas en esta cuestion inútil, aunque convendrá que no dejes de apuntarla, para que entiendan que sabes mucho más de lo que dices, y añadirás luego con despejo y arrogancia: «Ahora se consagren los panegíricos póstumos á las armas; ahora

«se dediquen á las letras, ahora se destinen á cualesquiera otras virtudes, en que florecieron los clarísimos varones. Siempre se deben de justicia estos póstumos fúnebres y preciosos elogios á nuestro Domingo Conejo (así se llamaba el Escribano, que Dios haya.) Si á las armas: mirésele continuamente con el cuchillo en la mano, tajando plumas, como pudiera moros, turcos y judíos. Si á las letras: ¿quién formó más ni con más airosos rasgos en toda la redondez? Regístrense sinó estos inmensos protocolos. ¿Si á las demás heróicas virtudes, que hacen reventar al clarín de la fama por lo más ancho de la bocina? señálese siquiera una en que no hubiese sido el *non plus ultra* nuestro plangibilísimo Conejo.»

Hombre de Satanás, replicó Fray Gerundio, lo de las armas y de las letras está aplicado, que ni el mismo *Florilégio*; pero lo de las demás virtudes; ¿cómo se puede decir, sin que el diablo y el auditorio se rían de la mentira? ¿No vés (pecador de mí) que en los apuntamientos del licenciado Flechilla, se dice clarísimamente, que el Escribano (Dios le haya perdonado) era un mal hombre, falsario, embustero, enredador, cizañero, ladrón con sus polvillos de hipocresía? ¿Y en esto te detiene? respondió Fray Blas, con cierto airecito de fisga: cada día eres más cuitado, y temo que has de dar en escrupuloso. ¿Pues hay más que bautizar esos vicios con el nombre de virtudes? y cátales todo compuesto. Dí que ninguno le excedió en la condescendencia, que pocos le igualaron en el ingenio, que á nadie concedió ventajas en lo penetrativo, que fué único en la persuasion, y que en

orden á defender sus derechos, no sólo no admitió igual, sino que tampoco le rayase ninguno. Vés ahí desfigurados sus vicios, y representados á la moda en traje de virtudes morales, con lo que ninguno te podrá hablar una palabra; y aún está á pique que al acabar la oracion fúnebre, alguna viejecilla simple se encomiende devotamente al santo escribano Conejo. Y en fin, cuando todo turbio corra; ¿á tí, qué te cuesta fingir en el difunto las virtudes que vinieren más á punto, segun los materiales que te vinieren más á mano? Pues si no las tuvo, á lo ménos las debia tener. ¿Piensas tú, que serás el primero que lo hace? Mucho te engañas en eso: hombre he visto ya de mucho provecho, lo practican á cada paso, sin que por eso pierdan el casamiento y nada del respeto que se les debe. Hay en cierta parte del mundo un gremio digno de toda veneracion, donde se acostumbra hacer honras y predicar su oracion fúnebre por cualquiera individuo de él, mas que muera de la otra parte del cabo del mundo. Ya se vé, pensar que son canonizables todos los miembros de aquel respetable gremio, seria un juicio que se pasaria de puro piadoso: con todo eso apenas se lee ni se oye oracion fúnebre de alguno (porque las más se imprimen) que al oyente, ó al lector no le dé gana de hacerle una novena con culto privado, siendo así que tal vez caen las oraciones en sujetos, que los que en su vida no hicieron milagros, los hacen después de muertos. ¿Cómo se hace esto tan lindamente? Poniendo el orador de su casa lo que faltó al difunto, y que éste le agradezca la buena voluntad. O señor, que esto será engañar al público, y con engaño muy

perjudicial. Escrúpulos de Fray Gargajo. ¿No se vé en todo el mundo, que la prenda primera de todo buen orador debe ser la que se llama *invencion*? Esto quiere decir, que el buen orador ha de inventar lo que alaba, y es claro que si lo encuentra en el sujeto á quien elogia, no lo inventa el que lo refiere.

Un poco le disonó esto á Fray Gerundio, oliéndole á grandísimo disparate, y así no se pudo contener sin interrumpirle, diciendo: Fray Blas, yo pienso que estás un si es no es equivocado, y confundes la *invencion* con la *funcion*, cosas entre sí muy distintas y muy distantes. Hago alguna memoria de que cuando el domine Zancas-Largas nos explicó esto de la *invencion*, no nos dió el sentido que tú la dás, y nos dijo que la *invencion* era aquella virtud ó gracia intelectual, en fuerza de la cual el orador queriendo engrandecer algun hecho cierto, buscaba con arte, medios, arbitrios y modos oportunos para amplificarle y para engrandecerle; á los cuales modos, arbitrios ó medios llamaba él, *fuentes de la invencion*; por señas que aún todavía me acuerdo bien de las tales fuentes, porque me costó el aprenderlas un par de vueltas de azotes; y así decía, que las fuentes de la *invencion* eran, la 1.^a la historia, 2.^a los apólogos y las parábolas; la 3.^a los adagios y refranes; la 4.^a los *geroglíficos*; la 5.^a los emblemas; la 6.^a los testimonios antiguos, la 7.^a los dichos graves y sentenciosos; la 8.^a las leyes; la 9.^a la Sagrada Escritura; la 10.^a el discurso ó el acierto ó descripción de lugares. Así explicaba esto de la *invencion*; pero nunca nos dijo, que la *invencion* del orador consistia en inventar, fingir lo que habia de alabar; ántes bien si

no me engaño mucho: nos inculcaba, que eso de fingir se reservaba para los poetas.

No gustó mucho Fray Blas de la tal réplica, porque efectivamente conoció de los botones adentro el disparate; mas como era fuerte, se empeñó en llevarle adelante, y así le dijo con sobrado sacudimiento: Válgate el diantre por tu dómíne Zancas-Largas, que ya me tienes geringados los ijares. Este dómíne zancarrón te engañó, diciéndote que el fingir era propio de los poetas; también lo debe ser de los oradores; por cuanto no puede ser buen orador, sin que sea buen poeta: así lo dice Ciceron, aunque no me acuerdo donde; pero basta que yo lo diga, que no ha de ir un hombre con las mangas cargadas de citas cuando se sale á pasear.

Calló Fray Gerundio, viendo á su amigo algo amostazado, y éste prosiguió: Lo dicho dicho: el alabar á los difuntos, ya sea en oraciones fúnebres, ya en episodios poéticos, cantados en su loor; y fingir las virtudes que no tuvieron, no es cosa de ayer acá, ni es invencion de modernos. Ahí está uno de tantos Sénecas como andan por esas librerías (pienso que ha de ser el trágico el cual debió de llamarse así, porque su padre se llamaba *Tragon*;) digo que ahí está este tal Séneca, que introduce á los poetas de su tiempo llorando la muerte del Emperador Claudio Druso, diciendo de él una máquina de proezas, que jamás le pasaron por el pensamiento al bueno del Emperador. Más que rabies, te he de encajar, que quieras que no quieras, el himno que supone compusieron en su alabanza, y solo porque me gustó el sonsonete, pareciéndose al de *Iste confesor Domini*

colentes; le tomé de memoria, dice pues así: . . .

Por justos motivos no se pone á la letra el himno que se cita arriba.

No quiero cargos de conciencia, y soy hombre sincero; confíesote que esto era demasiado latin para mi gramática, y que no le entendí, sino muy en monoton, y como dicen á media rienda. Pero me depuró Dios un lector de nuestro orden, que por más de tres años habia sido Rey en el general de mayores de Villagarcía, el cual me declaró su contenido, y parece ser que en el tal himno se alaba al Emperador Claudio, de haber sido muy prudente, de grandes fuerzas, de suma claridad, y de tanto valor, que sujetó á los persas, rindió á los medos, subyugó á los britanos, extendió los límites del Imperio Romano de la otra parte del Ponto, y obligó hasta el mismo Océano, á que obedeciese á sus leyes. Esto dice el himno. ¿Mas qué hubo en esto? Nada en conclusion; porque yo leí en un libro viejo sin principio ni fin, de grande autoridad, que el Emperador Claudio fué un estúpido, tanto, que su misma madre Antonia, cuando queria ponderar la simpleza de alguno, decia; *Es tan simple, como mi hijo Claudio.* En todo su imperio, no hizo cosa de provecho, sino comer, beber y tratar con la gente más vil y despreciable. Es cierto que su hijo Británico triunfó de los britanos, porque los cogió desprevenidos, y acabáronse todas sus hazañas. Casóse cuatro veces, y se hubiera casado cuatrocientas, si su sobrina y cuarta mujer Agripina no hubiera tenido cuidado de enviudar á un

tes de tiempo, quitándole la vida con veneno. Adoptó á Neron hijastro suyo, sin hacer caso de Británico su hijo, y á esto se redujeron sus proezas. ¿Con todo eso el poeta hizo bien en fingir todas aquellas prendas que le parecieron propias de un grande emperador, y celebróle por ellas, más que nunca las hubiera tenido, que eso no fué culpa del panegirista, y nadie le quitó que las tuviese? ¿Pues qué razon habrá divina ni humana, para que tú no hagas lo mismo con el escribano Conejo? Tus argumentos son tales, respondió Fray Gerundio, que no los desatará una universidad entera en cuerpo y alma. No admiten réplica, y así no solo me conformaré á ciegas con tu dictámen, sino que en este punto me ocurre un modo más fácil de predicar mil sermones de honras á mil escribanos que cayesen en mis manos. ¿Cómo así? le preguntó Fray Blas.

CAPÍTULO III.

INTERROMPE LA CONVERSACION UN HUÉSPED INOPINADO,
QUE SE APARECE DE REPENTE: VUELVEN A ATAR EL HILO CON TODO
LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

IBA á responder Fray Gerundio, cuando al revolver del cercado de una viña, por donde se atravesaba á *Trasconejo*, famoso sitio del monte de Balderas, se apareció un mocito, como de 25 años, con todo aparato de cazador crudo; redecilla con borla á medio casquete, tupé asomado con dos caídas de vuelvos, chambergo de cinta de plata y oro con su roseta, entre si trepa ó no trepa á la capa del chambergo, capotillo de grana hasta la cintura, chupa verde bien cumplida de faldillas, calzon de ante fino ajustado á la perfeccion, asomando por la faltriquera hasta bien entrado el muslo una cinta con sello y llavecita de reloj, botines de lienzo listonado de azul, que ni pintados, y sus zapatillas blancas, escopeta, bolsas, dos podencos y cuatro perdices que llevaba en una red de hilo harto bien tejida pendiente de un cordon de seda, que á manera de banda le cruzaba desde el hombro derecho hasta el ijar izquierdo: eso se supone.

Era un colegial trilingüe de la universidad de Salamanca, jóven, bien dispuesto, despejado, hábil, de

humor festivo y retozon, aunque algo vivo; osado y quisquilloso, más que medianamente instruido en letras humanas, y sobre todo en la retórica, á cuya cátedra era opositor, y aún habia leído una vez á ella. Llamábase *Don Casimiro*, y estaba de recreacion en Balderas, donde tenia casada una hermana muy de su cariño, y al cuñado no le faltaba un tris para ser corregidor de Villalobos. Aquella tarde habia salido á caza, y fatigado de la sed, iba por más pronto remedio á echar un trago de agua de las bodegas de Campazas, cuando al revolver del cercado se encontró con estos nuestros dos frailes. Conoció á Fray Blas, porque este, bien que mal, habia cursado en Salamanca, aunque Don Casimiro era niño gramático, y Fray Blas ya era colegial (así llaman á aquellos teólogos de receta, que van en tropa á escuelas mayores y menores.)

Apénas se vieron los dos, cuando recíprocamente se conocieron; y es que Fray Blas nada se habia mudado, porque tan calzado era de barbas, y cerrado de mollera cuando colegial, como cuando predicador mayor de su convento; atento á que cuando tomó el santo hábito, era ya entrado en mozancon. Por lo que toca á Don Casimiro, es cierto que aunque habia crecido mucho, y era hombre que ya se afeitaba á menudo, pero conservaba todavía el aire, las facciones de la cara, y cierta viveza de ojos, que le agradaban mucho cuando niño. Diéronse un estrecho abrazo, y después de aquellos afectos regulares de alegría, y de aquel monton de especies antiguas, que tocan de tropel dos conocidos antiguos en estos encuentros casuales, después de haberse santiguado.

los dos media docena de veces con aquello: *¡Válgame Dios, que encuentro! ¡Quién me lo dijera! ¡Quién lo pensara!* Sin omitir Fray Blas lo otro de: *¡Jesús, y qué crecido, y qué espigado, y qué hombre, y qué galán! venga otro abrazo, etc.*, le tomaron en medio los dos frailes y el predicador en pocas palabras, dió razon á Don Casimiro de quien era Fray Gerundio, de sus prendas, de sus talentos, del sermón que acababa de predicar, de los aplausos que habia merecido, del sermón de honras que le habian encargado, y en fin, de toda la conversacion que habian tenido los dos desde la salida del lugar, hasta el mismo punto del dichoso encuentro inclusivamente.

Hizo Don Casimiro un cumplido á Fray Gerundio muy cortesano, y habiéndole respondido éste con las voces que le deparó su bondad, su crianza y su cosecha, prosiguió inmediatamente sin detenerse: Señor Don Ramiro.... *Casimiro* (interrumpió el Colegial,) para servir á V. Paternidad. Perdone V., continuó Fray Gerundio, que cuando le nombró mi amigo el predicador, estaba yo un tantico embobado y solo pude advertir, que su nombre de V. era un nombre acabado en *iro*. Pues, señor Don Casimiro, lo que yo iba á decir á Fray Blas, cuando nuestra buena suerte nos deparó la honrada vista de V. era que se me habia ofrecido un medio estupendísimo de predicar, aunque fuesen mil sermones, á todos los escribanos, que están comiendo la tierra: esto es, el ir discurrendo el sermón por todas y cada una de las fuentes, que llaman los retóricos *de la invencion*. Esa es mi comidilla, interrumpió el colegial, y toca Usendísima un punto en que puedo decir algo

con ménos desacierto; porque al fin esta es mi facultad. Si las fuentes de la invención precisamente son diez, si son ménos ó son más es punto muy cuestionable, y no ignora Usendísima que le controvierten los autores. Ciceron en lo *de inventionē*, señala algunos más. Nuestro Quintiliano en sus *Institutiones oratorias*, las redujo á ménos, y Cayo Longino en su *Tratado de lo sublime*, que anda traducido del griego en francés por monsieur Boileau, dice á mi ver con mayor acierto, que no se puede señalar el número de las fuentes de la invención; porque serian más ó ménos, segun fuere más ó ménos la fecundidad ó fuerza imaginativa del orador. Pero no hay que detenernos en lo que no es del dia: importa poco que las fuentes sean diez ó sean mil; lo cierto es que solas diez fuentes en cualquier asunto pueden juntar un caudal oratorio tan copioso, que forme un rio navegable de elocuencia. ¿Y cuáles son estas diez fuentes donde Usendísima piensa hacer aguada para navegar felizmente por el proceloso mar de su parentacion?

Con licencia de V., el escribano, cuyas honras he de predicar, no era pariente mio, respondió Fray Gerundio. Pues digo yo, por ventura que lo fuese, replicó el colegial. Es que como V. dijo, eso de emparentacion, prosiguió Fray Gerundio, creí que me emparentaba con él. Sin más exámen, conoció Don Casimiro la probeza del fraile con quien trataba: pero disimuló cuanto pudo, y ya con algun conocimiento mayor del terreno, respondió: Usendísima ha padecido equivocacion, nacida sin duda de alguna distraccion involuntaria: yo no dije *emparentacion*,

sino *parentacion*. ¿Pues qué más dá uno que otro? replicó Fray Gerundio. Parece, respondió el vellecuelo del colegial, que Usendísima tiene gana de chancearse, y á mi costa quiere divertir la tarde: un hombre como Usendísima, que tiene noticia de la invencion y de sus fuentes, no puede ignorar, que Ciceron llama *parentacion á los difuntos*, el hacer honras por ellos; y de aquí se dice *parentacion* todo lo que se consagra á su memoria, ya sean ofrendas, ya elogios, ya oraciones, ya sermones. Como Fray Gerundio se vió tratar con tanto respeto (pues á la verdad era la primera vez, que habia recibido este tratamiento, y no dejaba de admitirlo con gusto y con continuacion), y como quedó un poco corrido de que le hubiesen cogido en aquel punto, resolvió disimular, y así dijo: Ya lo sabia yo; pero quise hacer el bobo, por tener el gusto de oir á V. Pues otra vez, replicó el fisgon del colegial, no lo haga Usendísima con tanta naturalidad, porque casi me lo hizo creer. Pero volviendo á nuestro propósito; ¿cuál es la primera fuente de la invencion que señala el autor de Usendísima?

La Historia, respondió Fray Gerundio. Tambien Quintiliano, dijo el colegial, señala esta por la primera fuente. No sé si me acordaré de sus palabras, porque ya hay algunos años que las encomendé á la memoria: hagamos la experiencia: *Imprimis vero* (pienso que ha de decir) *abundare debet orator exemplorum copia, tum veterum, tum novorum; adeo ut eo modo, quæ scripta sunt historiis aut sermonibus, veluti per manum tradita, quæque quotidie aguntur debeat nosse. Verum nec ea, quæ á clarioribus poetis*

ficta sunt, negligere. De suerte que Quintiliano desea en cada perfecto orador, no solo una noticia comprehensiva de la historia, de la tradicion y aún de los sucesos particulares que acaecen en su tiempo, sino que no debe despreciar aún las ficciones y las fábulas de los poetas más ilustres y más clásicos; porque todo sirve para exornar lo que dice con ejemplos antiguos y modernos.

Véslo, Fray Gerundio, véslo, interrumpió á esta sazón Fray Blas, lleno de gozo, y dándole una palmadita en el hombro izquierdo: mira como Quintiliano aprueba lo de las fábulas en los sermones y en las oraciones, segun el texto literal y terminante, que con tanta puntualidad acaba de referir Don Casimiro. ¿Y qué te parece, que el señor Don Casimiro es rana? Pues sábete que será bien presto catedrático de retórica en la universidad de Salamanca, como yo soy predicador mayor de la casa. Dí ahora á todos los magnates del mundo, y á cuantos maestros Fray Prudencios pueden tener las religiones mendicantes, monacales y clericales, que se vengán á contrarestar á Quintiliano.

Poco á poco, Reverendísimo Padre Fray Blas, atajó Don Casimiro. Quintiliano instruye á un orador profano, y no á un orador sagrado. Da reglas para los que han de hablar en las academias, arengar á los magistrados, hacer representacion al Príncipe en los tribunales; no se mete con los que han de enseñar al público desde los púlpitos. Es cierto que unos y otros pueden y deben usar de la Historia con moderacion y templanza; pero de la ficcion y de la fábula, solamente podrán valerse con mucho tiento;

así lo dá á entender el mismo Quintiliano, y sino repare Usendísima en que términos se explica: *Nec ea, quæ à poetis ficta sunt, negligere*. No dice que hagan estudio de las ficciones, sino que no las desprecien, y que no las olviden del todo. Pues si Quintiliano quiere que aún en las oraciones profanas se practique tanta circunspeccion en el uso de la fábula; ¿cuánto condenaria que se gastase, digámoslo así, á pasto en las oraciones sagradas que él no conoció? porque tuvo la desgracia de morir en el paganismo. Pero dejando á un lado esto, que no es de mi profesion, dígame Usendísima, Padre Fray Gerundio, ¿cómo ha de usar Usendísima de la retórica para el sermón del escribano?

Tan lindamente, respondió Fray Gerundio; lo primero, voy derechamente á buscar la palabra *Scriba*, y leyendo todo lo que dice de los escribas en la Biblia, se lo aplico ajustadamente á mi escribano. Después voy á consultar en un Tesauro lo que hay en latín por escribano, que á fé de hombre de bien no lo sé, porque no está obligado uno, aunque sea el mayor latino del universo, á saber como se llaman en latín todas las cosas. No se canse Usendísima, que yo se lo diré: Escribano y notario, en latín se dicen *tabellarius* y *tabellio* como quieren otros. Lindamente continuó Fray Gerundio; busco pues la palabra *tabellio* ó *tabellarius* en el *Thesaurum vitæ humanæ* de Bernin, y allí encontraré todo cuanto pueda desear sobre el tiempo, origen, progreso, variedad de fortuna, con otras tres mil curiosidades tocantes al oficio de escribano, desde su fundacion hasta el tiempo en que escribió su *Teatro* devoto y pio Bernin, Arce-

diano de Amberes: si allí no encuentro esta palabra, que es muy posible, infaliblemente la he de hallar en el Calepino de Ambrosio, ó aumentado por Pase-racio.

Tenga Usendísima, interrumpió el colegial, y dé-me su permission para hacer una pregunta: ¿qué entiende Usendísima, por ese modo de citar semejante Calepino? Se me representa una cosa parecida á la carabina de Ambrosio. Cierto, señor colegial, que es muy honda la pregunta, respondió Fray Gerundio, no sin hacer algun gesto desdenoso; cualquier mero gramático sabrá satisfacerla; pues saben hasta los menoristas, que Calepino es una palabra griega, hebrea ó moscovita, que en eso no me meto, que significa lo mismo que diccionario ó vocabulario, en él que siguiendo el alfabeto se va discurriendo por todas las palabras latinas, y se dice lo que significa en romance. Tras de esta respuesta, padre reverendísimo, respondió el colegial en tono sacudido, yo no extraño que los niños gramáticos ignoren lo que significa Calepino, cuando los reverendísimos padres predicadores no lo saben, Calepino no es voz griega, arábica, hebrea ni moscovita, sino puramente italiana: tampoco es título de la obra, sino nombre patronímico de la patria del autor. Este fué Fray Ambrosio Calepino de la Orden de San Agustín, llamado así porque fué natural de Calepio en Italia, ni más ni ménos como San Nicolás de Tolentino y Santo Tomás de Villanueva, religiosos del mismo Orden; porque el uno, aunque era natural del Angel, cerca de Tolentino en la Marca de Ancona, vivió 30 años en Tolentino, ciudad episcopal de la misma Marca.

donde murió; y de esta larga residencia en este lugar tomó el nombre. El otro le tomó de Villanueva de los Infantes, donde se crió, aunque habia nacido en Fuentellana, pueblo reducido, que dista tres cuartos de legua de aquella villa. Pues ahora, si uno citase los sermones de Santo Tomás de Villanueva, diciendo, se lee en Villanueva de Santo Tomás, ¿no seria cosa ridícula? Pues tan ridículo es, si no es más, citar á secas y sin llover el Calepino de Ambrosio, como si el autor hubiese puesto el título de Calepino de..... y vea aquí Usendísima, como la pregunta tenia más orden que el que parecia. Ahora pase Usendísima adelante, que esto no ha sido más que una diversion.

Algo descalabradillo quedó Fray Gerundio de la refriega calepinal, y curándose lo mejor que pudo, prosiguió diciendo: Informado una vez de todo lo que traiga el Calepino ó diccionario de Paseracio, (que no hemos de reparar en quisquillas) acerca de los escribanos, tengo ya una buena provision de noticias antiguas para exornar mi sermón. No dejo de conocer que me hace falta un poco de erudicion moderna; pero ¿dónde la encontraré? ¿Ni quién pudo jamás soñar en escribir la historia de los escribanos? Sosiéguese Usendísima, interrumpió el colegial, que no es eso tan imposible como le parece á Usendísima: si hay historia completa y no mal escrita, por Juan Bautista Tiers de las pelucas y peluqueros; ¿por qué no la podrá haber de los escribanos? Y si de los libreros y encuadernadores, ¿por qué no de los escribanos? Padre reverendísimo, yo no puedo dar á Usendísima más noticia cierta de alguna de la histo-

ria de los secretarios de Estado, que de la del Señor Faluces Dutoe, que corre con aceptación. Hombre de los demonios, exclamó á esta sazón Fray Blas, ese es un tesoro: ¡Historia de los secretarios de Estado! ¡ahí, es un grano de anís el librito! cosa más adecuada al intento era imposible hallarla, porque el escribano Conejo todo lo tenía, puesto que lo primero era secretario, y lo segundo de Estado, por estar casado *in facie eclesiástica*, con la Señora María Beltrana Pichona, por otro nombre, *la Roma*, que hoy es su viuda, y que lo sea por muchos años.

Reverendísimo maestro, dijo entonces Don Casimiro, cogiendo del brazo á Fray Blas, tenga por Dios, no se precipite, un tropiezo ha dado Usendísima, que no sé como no se ha deshecho las narices. Secretario de Estado, no es esto ni suena serlo, y confundir los secretarios de Estado con los escribanos reales numerarios ó de ayuntamiento, de las ciudades, villas y lugares, es un despropósito que solo la inocencia puede excusarle de grandísimo desacato. Secretarios de Estado y del despacho universal, son aquellos ministros superiores que despachan inmediatamente con los reyes, forman los decretos, autorizan los tratados, y expiden las órdenes á su real nombre, llamándose de Estado, porque solo tratan inmediatamente con el príncipe aquellas materias que pertenecen á él, sean ya políticas, ya de marina, ya de gracia y justicia, y ya tambien de la real hacienda, no son escribanos de oficio imponderablemente inferiores á su elevado empleo; y darles este nombre, seria una insolencia digna de mayor castigo, si no la

disculpara la ignorancia. Los otros escribanos públicos autorizados por el Consejo para servir al común, aunque es oficio muy honrado, y le ejercitan muchos hombres de bien, están mucho más abajo, y no sé yo de que puede servir la historia de los secretarios de Estado, para las honras de un escribano real.

Señor Don Casimiro, replicó muy sereno el padre Fray Blas, como en mi religion no se leengacetas, no estamos diestros en estas materias tan altas; mi intencion no fué ofender á nadie; habiendo oido toda mi vida llamar secretarios á los escribanos, y escribanos á los secretarios, creí que era lo mismo uno que otro; y harto sería que no lo hubiese errado el otro día, que se me ofreció escribir una carta al secretario de cierto Señor Obispo, y puse en el sobre escrito á *D. Fr. N. tal escribano del Sr. Obispo de tal parte*. Pero la carta está ya en el correo, y si el secretario se riese, este buen rato más tendrá; sobre todo, el auditorio á quién ha de predicar el padre Fray Gerundio, tanto sabe de secretarios como yo; con que en hablando de secretarios, sean los que fueren, para él todo será á un precio, y yo confío que no ha de ir á examinar si viene ó no viene á cuenta la noticia.

Eso ya es otro cantar, dijo Don Casimiro, y no me toca á mí, que buyo de meter la hoz en mies agena. Asi pues, prosiguiendo adelante, dígame Usendísima; ¿cuál es la segunda figura que señala el autor de Usendísima? *Apologi et Parabolæ*, respondió Fray Gerundio, los apólogos y las parábolas. Pero ¿qué entiende Usendísima por parábolas y apólogos? Por lo que toca á los apólogos, respondió Fray Gerundio, confieso que todavía no he podido formar concepto

claro de lo que son; mas en cuanto á las parábolas, aunque tampoco sé definirlas con precision, ya las entiendo con claridad, por las parábolas, que se leen en el Evangelio de la viña, de la higuera, de los talentos y otras.

Pues mire Usendísima, continuó Don Casimiro, apólogo y parábola, parábola y apólogo, allá se van en su significado: uno y otro quieren decir una semejanza y comparación fundada en una cosa verosímil que se finge, para sacar de ella una sentencia ó moralidad cierta y verdadera, como cuando Menesio Agripa se valió de la parábola y del apólogo del cuerpo humano, para sosegar al pueblo romano, que se habia amotinado contra el Senado, y se habia retirado al monte Aventino; y Menesio con su apólogo le redujo otra vez á la obediencia de los padres conscritos. El uso de las parábolas es muy bueno, aún en los asuntos más serios y más sagrados; basta haberle conocido en el ejemplo del mismo Cristo, para que todos le veneremos. Muchos Santos Padres le aplicaron con facilidad, y sabemos que San Gregorio Nacianzeno desterró la vanidad del Presidente Cláudio, con el glorioso apólogo de las golondrinas y cisnes. Mas en mi dictámen se ha de tener presente la juiciosa regla que dá el padre Nicolás Causino en su eruditísima obra de *Eloquentia sacra et profana*, libro IV, capítulo IV, por estas palabras: *Animadvertendum erit, ne parabola, seu apologi nimis crebri sint, sed cautè atquè appositè adhiberi oportet.* «Débenso usar dos apólogos con moderacion, con economía, y no con demasiada frecuencia.» Las voces para explicarlos, aunque puedan ser algo festivas,

nunca han de picar en graciosas ó chocarreras, porque entónces se convertiria en bufon ó en truan el orador. Finalmente los apólogos se han de proporcionar á toda la decencia que pide el asunto, el lugar y la persona. Todo esto es cierto; pero tambien lo es, que aunque los apólogos practicados con estas reglas, pueden ser muy útiles en asunto moral ó doctrinal, no sé yo como podrá Usendísima acomodarlos al sermon de honras de su escribano.

En este punto se me está ofreciendo uno, dijo Fray Blas, que si Fray Gerundio sabe bornearle, ha de venir á su sermon, que ni aunque le hubieran cortado para él, y no es ménos, que del mismo Demóstenes. ¿Y cuál es, Reverendísimo? prosiguió el colegial. Cual, respondió Fray Blas, el de aquel caminante que alquiló un burro en dos reales por cada dia para cierto viaje en rigor del Agosto; y como todas las mañanas hácia las diez le calentase el sol demasiadamente, él se apeaba y se tendia á la sombra del burro. Calló el dueño del jumento, y al tiempo de ajustar la cuenta, el que le había alquilado le dió doce reales por seis dias de viaje. *Faltan otros doce*, dijo el alquilador. *¿Pues cómo?* replicó el caminante, *seis dias de jornada, á razon de dos reales, son doce cabales. Sí, señor*, respondió el alquilador, *faltan otros doce por la sombra del burro, puesto que el ajuste solo fué por el burro, pero no por la sombra.*

El apólogo es gracioso, respondió el colegial, y con efecto me acuerdo haberle leído en Plutarco, atribuyéndole á Demóstenes, quien con esa chanza despabiló la atencion del auditorio, que estaba distraido un poco. Pero no veo como el padre Fray Ge-

Gerundio lo puede aplicar á su escribano. Eso de los Cielos, respondió Fray Blas, tiene más que ponderar el desinterés y la limpieza del escribano Conejo, y decir que siempre perdonaba algo de sus derechos; porque aunque cargaba, como era razon, el coste del papel, plumas y tinta, sin olvidarse de prevenir al litigante que echase dos pesetas sobre la mesa para el escribiente, con todo eso, no obstante de que cortaba muy á menudo las plumas, nunca cargó ni aún un maravedí por las navajas; y aquí entra el apólogo del burro y de la sombra, que ni aunque le hubieran mandado fabricar de molde.

Sonrióse Don Casimiro, y continuando sus preguntas, dijo á Fray Gerundio: Segun el autor de Usendísima, ¿cuál es la tercera fuente de la invencion? Los adagios, respondió sin detenerse. Es fuente muy copiosa, añadió el colegial; pero Usendísima, ¿qué entiende por adagios? ¿qué he de entender? lo que cualquiera vieja de mi lugar. Adagios y refranes son una misma cosa; pues que preguntó Don Casimiro, ¿los refranes pueden tener lugar en algun género de sermones? Ahora salimos con eso, respondió Fray Gerundio, ¿y cómo qué pueden y deben tener lugar en ellos? No hay cosa que más los agracie ni que más los embellezca. Yo tengo algunos apuntamientos de adagios varios que he leído y oído en algunos sermones, los cuales verdaderamente me han suspendido, y pienso aprovecharme de ellos cuando me vengan á pelo. ¿Dónde hay v. gr. introduccion más magnífica para un sermón de honras, que la de un religioso grave en un sermón que predicó á un maestro de su orden, que se llamaba *Fray Eustaquio*

Cuchillada y Grande, cuando dió principio á su oracion fúnebre, diciendo: *¿Al maestro, cuchillada y grande?* Refran y equívoco que desde luego captó, no solo la admiracion sino el pasmo de todo el auditorio; y hoy es el dia en que yo no acabo de aturdirme de tan bella introduccion. Pues de aquel divino asunto, que predicó un famosísimo orador, en las exequias de D. Antonio Campillo, párroco que fué en cierta iglesia, en cuyo campanario habia fabricado á su costa una aguja, fué pues el asunto: *El sastre del campillo, que puso la aguja y el hilo*. Esto es ingenio, y lo demás parla, parla. Y el otro, que predicando el sermon del demonio mudo en tiempo de cuaresma, asistiendo el Santo Tribunal, dió principio con este oportunísimo refran: *Con el Rey, y la Inquisicion, chilon*; añadiendo que por eso era mudo el demonio de que se hablaba en el Evangelio, porque estaba delante de la Inquisicion. ¿Parécele á V. que no podia predicar, aunque fuese delante del mismo Papa? Bastan estos ejemplares, y estoy pronto á dar á V., aunque sea un ciento de ellos, para que vea si los refranes pueden tener lugar en los sermones.

Yo, reverendísimo, tengo muy pocas barbas para meterme en asuntos tan hondos, y más no siendo de mi profesion, que se reduce á latinidad, retórica y bellas letras, ó letras humanas por otro nombre. Sin embargo, como en Salamanca se trata casi por profesion con tantos hombres doctos, aseguro á Usendísima, he advertido más de una vez á varios padres maestros doctísimos de todas religiones, censurar mucho á los predicadores, que usan de los re-

frases populares y chabacanos en sus sermones. Los más templados dicen, que es una *insulsísima puerilidad*; otros se adelantan á calificarlo de *insigne mentecatez*; y aún no faltan algunos, que lo llaman *frenesí, locura, profanacion del púlpito*, y otras cosas de este modo: yo refiero, no califico. Lo que á mí me toca por mi profesion, es asegurar á Usendísima, que jamás entendí, leí ni oí, que otros entendiesen por el nombre de *adagios*, en cuanto fuente de la invencion oratoria ó retorical, lo que entiende Usendísima, esto es los refranes populares. ¿Pues qué se entiende por el nombre de *adagio*? replicó Fray Gerundio: Voylo á decir, respondió Don Casimiro.

Adagio y proverbio (que todo es uno) es una sentencia grave, digna, hermosa y comprendida en pocas palabras, sacada como del sagrado depósito de la filosofía moral: *Proverbium est verbum dignitatem habens, et tanquam è Sacro philosophiæ, unde antiquitatem trahit, deprumptum, æquo, gravi, et pulchro aspectu*. Por eso llamó Aristóteles á los proverbios, «Preciosas reliquias de la venerable antigüedad
« preservadas en la memoria de los hombres, de la
« lastimosa ruina que padeció la verdadera filosofía,
« debiendo esta preservacion á su misma brevedad,
« destreza y elegancia: ». *Cum proverbial dicant Aristoteles et veteres philosophi, inter maximas hominum ruinas, intercedentes quasdam reliquias ob dignitatem posteris servatas*. Si no me engaño mucho, á esto se reducen los proverbios de Salomon, que distan infinitamente de ser refranes vulgares; siendo una coleccion de sentencias verdaderamente divinas, en-

derezadas todas á gobernar nuestras acciones por la regla de una perfectísima conducta cristiana, política y racional.

Muchos filósofos graves entre los antiguos se dedicaron á este género de sentenciarios, adagios ó proverbios, Crisipo, Cleantes, Aristides, Aristófanes, Eschines, Mison, Aristarco y otros, cuyas obras perecieron. Los más célebres que nos han quedado de esta clase, son los de Zenobio Rogeniano y Sivolas, de los cuales sacó Erasmo de Rotterdam todo lo que compuso acerca de los adagios griegos. Esto es, reverendísimo padre, lo que yo entendía hasta aquí, por el nombre de *adagios*; estos los que me parecían muy oportunos para exornar una oracion, tratados con parsimonia; pero pues que Usendísima entiende otra cosa, no nos paremos, y vamos adelante.

CAPÍTULO IV.

OLVIDASE LA SED Á DON CASIMIRO, LLEGAN Á CAMPAZAS
 SIN SABER COMO; QUÉDASE ALLÍ EL COLEGIAL AQUELLA NOCHE, Y SE
 EVACUA EL PUNTO QUE SE TOCÓ, Y NO SE PROMETIÓ
 EN EL CAPÍTULO PASADO.

A la cuarta pregunta, que iba á hacer el señor colegial, hallaron todos no sin asombro, que estaban á la puerta trasera, esto es, á la puerta del corral de Anton Zotes; y es que el divertido de la conversacion los habia embelesado de manera, que piano á piano, y como dicen sin sentir, habian andado una buena media legua de camino, con sus paradas. Y lo más gracioso fué, que cuando llegaron al lugar, Don Casimiro no se acordó de que tenia sed; y como ya se habia puesto el sol, sin hacer mencion de agua ni de vino, quiso volver á Balderas: pero como tenia que andar una legua muy larga, y como iba ya anocheciendo, y era hombre de una conversacion divertida, no obstante los tajos y rebeses que con tanta urbanidad y bellaqueria descargaba con disimulo de cuando en cuando sobre los frailes, ambos le hicieron tantas instancias para que se quedase aquella noche, que al cabo lo redujeron bajo la precisa condicion, que se despachase luego un criado

á Balderas, para que estuviesen sin cuidado su hermana y su cuñado el casi corregidor de Villalobos.

Consta no obstante, por un manuscrito auténtico y curioso, que quien finalmente acabó de determinarle, fué la tia Catanla, la cual abria la puerta trasera, para que entrasen los cerdos puntualmente cuando los tres estaban alternando, uno sobre que habia de volver, y los dos sobre que se habia de quedar. Cuando ella vió un mocito tan galan, tan majo y tan bien agestado, que venia con su hijo, y que le trataba al parecer con amistad y confianza, como era mujer tan bonaza, luego le cobró cariño, y acercándose más á los tres, preguntó llanamente á Fray Gerundio: *¿Quién es ese señor tan lindo? Bendígala Dios, señora*, respondió el colegial, sin dar lugar á que el otro respondiese, *soy un servidor de V.:* y en pocas palabras le declaró quien era, el encuentro casual que habia tenido, la precision de volverse, y la dicha que lograba en no hacerlo sin rendir todo su respeto á su obediencia.

No se turbó la bonísima Catanla, porque era mujer serena; ántes bien haciéndole una reverencia á la usanza del país (esto es, encorbandando un poco las piernas, y bajando horizontalmente el volúmen posterior hácia el suelo) le encajó toda la retaila de campos: «Viva V. mil años, para servir á V.: lo es-
«timo mucho, guenos todos, á Dios gracias, para
«servir á V.: y añadió después: Pero de golverse V.
«hoy ni por pienso; el hijo de mis entrañas ¿quién
«le habia de dejar golverse á boca de noche, á pique
«de que le comieran los lobos? Mal ajo para ellos;
«cuatro ovejas me comieron la noche que perdicó el

« mi hijo Gerundio : mal provecho les haga. No, señor, ya que tengo la fortuna de que á mi casa venga su Merced, esta noche ha de hacer penitencia. « Unos huevos frescos puestos de hoy no faltarán. « ¿Para qué quiero yo las gallinas sino por estas ocasiones? Palominos siempre los hay en mi casa ; « porque el mio Anton tiene un palomar muy aventajado, así no fuera por las garduñas : malditas « ellas ¡y qué descomulgadas son ! Un salpicon de « vaca, cebolla, y *huevos* duros lo sé yo componer, « que lo puede comer el mismo Rey. Una cama con « sábanas blancas como un oro la hay, por la misericordia de Dios. Ella no será como su Merced merece, pero por fin y postre sirvieron para mi primo el Magistral de Leon, que mañana será obispo. » Y diciendo y haciendo, fué y le quitó la escopeta, con una bondad y con una sanidad de corazon, que al colegial le dejó prendado ; y con efecto se determinó á dormir aquella noche en Campazas, previéndolo del recado á Balderas.

Anton Zotes le recibió ni más ni ménos que su mujer, porque no era ménos agasajador que ella ; y después de aquellos cumplidos regulares, hechos por parte de Don Casimiro con despejo y desembarazo de colegio, y correspondidos por los de la casa á la buena de Dios, segun el ceremonial campesino, Anton se fué á cuidar de los mozos, y dar las órdenes sobre lo que habian de trabajar el dia siguiente ; Cantarla á disponer la cena ; las criadas á hacer las camas ; y quedándose los tres en una sala baja solos, es á saber, Fray Blas, Fray Gerundio y el colegial, prosigamos, dijo éste, con nuestra conversacion, y sir-

vase Usendísima decirme; ¿cuál es la cuarta fuente de la invencion, que enseña su maestro?

Los geroglíficos y los emblemas, respondió Fray Gerundio. Algunos, continuó el colegial, de ésta fuente hacen dos, por la diferencia que hay entre emblemas y geroglíficos; pero es tan corta, que me inclino, que lo aciertan los que la reducen á una sola. Usendísima sabrá mejor que yo la diferencia que hay entre geroglíficos y emblemas. Yo nunca la he conocido ni me he parado en examinarla, respondió Fray Gerundio. Para mí los emblemas son de Alciato, y los geroglíficos de Picinelo, que son los únicos de que tengo noticia, y solo se distinguen en que un libro es más pequeño, y otro más grande. Ya está conocido, replicó el colegial, que Usendísima por su modestia quiere encubrir lo que sabe, y tomar de ahí ocasion para examinarme acerca de lo poco que he estudiado: complaceré á Usendísima.

Los geroglíficos, añadió Don Casimiro, son una explicacion misteriosa, figurada y muda, de lo que se quiere decir ó dar á entender, por medio de alguna ó algunas imágenes ya realmente dibujadas en el papel ó en lienzo ó en la tabla, ya abultadas en mármol, ó en bronce, ó en madera, ya meramente dibujadas ú ofrecidas á la imaginacion, por medio de una descripcion formal, viva, enérgica y sentenciosa. Cuando no se añade á la imagen ó pintura, mote ó lema, inscripcion ó palabra alguna que sirva de explicacion al pensamiento, dejándose enteramente al discurso ó penetracion del que le lee, ó vé el curioso trabajo de averiguar su verdadero significado, eso se llama *geroglífico*. El emblema (y no la *emble-*

ma, como dicen algunos) solo añade al geroglífico el mote, ó el lema, ó la inscripcion en brevísimas palabras, que señala lo que quiere significar por aquello.

Pondré uno v. gr. no para que Usendísima me entienda, que eso seria yo presumir de maestro, de quien no merezco ser discípulo, sino para que su Reverendísima se actue en el modo en que yo percibo lo que digo, y en caso de padecer equivocacion, se digne corregir mis yerros. Los doce signos del Zodiaco, ó las doce casas con que se divide en doce partes iguales aquel espacio del Cielo, que corre el sol en el discurso del año, son otros tantos geroglíficos ó símbolos, que representan lo que comunmente pasa en la tierra en cada uno de los doce meses que corresponden á las doce casas. El primer signo es el *Acuario*, y se simboliza con un muchacho que está vertiendo agua, para significar lo mucho que llueve en Enero. El segundo es *Piscis*, y lo representan con dos peces pintados, para denotar que en Febrero está en sazón la parte mayor de los peces. El tercero es *Aries*, representado por un carnero, para denotar que en Marzo es la paricion de las ovejas, naciendo entónces los corderitos. El cuarto es *Tauro*, significado por un toro, para denotar que en Abril nacen las terneras. Siguese *Géminis*, pintado hoy por los dos hermanos gemelos, Castor y Polux, y antiguamente por dos cabritillos, en significacion de que las cabras hacen regularmente dos cabritos, como lo afirma Herodoto, para cuyo fin les preveyó la naturaleza con tanta abundancia de leche.

Bastan estos ejemplares para dar á entender la idea

que formo de los geroglíficos, cuyo origen comúnmente se atribuye á los egipcios; pero yo tengo para mí, que su origen fué mucho más antiguo, inclinándome á la opinion de los que se la dan no ménos que la Torre de Babel, aunque después fueron los egipcios, los que adelantaron y promovieron más el uso de ellos, en lo que no cabe duda racional; pero esto no es del intento. A los símbolos ó geroglíficos añadieron después los griegos un breve lema ó mote, que explicase su significado, y á este conjunto llaman *emblemá*. Usaban de él singularmente en los arneses ó escudos, como lo dicen Homero y Virgilio; esmerándose mucho en la brevedad y en el alma del epígrafe, que era como el espíritu y el alma de la divisa de cada uno. Sobresalian entre todos los atenienses, de quienes hace graciosa burla Leon, fingiendo que en todos los escudos tenian grabada una mosca muy pequeña con este epígrafe: *Donec videant*; hasta que me vean; dando á entender que todo ateniense era tan valeroso, que se acercaba del enemigo hasta que este viese la mosca, en cuyo caso era preciso morir ó vencer.

No hay duda, que en todos tiempos, así los oradores profanos como los sagrados, usaron alguna vez de los geroglíficos, símbolos y emblemas. Nicolao escribió un librito de este asunto, donde trae ejemplares de toda especie de oraciones. Los profetas usaron mucho de este modo de persuadir enfático y misterioso. El Apocalipsis es una série continuada de figuras y representaciones simbólicas: San Agustin en la epístola 119 dice, que así como el cristal añade no sé qué apacibles visos á las imágenes

que se representan ó registran en él, así deleita más la verdad, cuando brilla por entre signos, geroglíficos y figuras, poniendo el Santo este ejemplo, si para ponderar las ventajas de la union y las inconveniencias de la desunion, dice sencillamente: *Concordia res crescunt, discordia dilabuntur*: «Con la concordia todo crece, y con la discordia todo se deshace;» no dá golpe, y persuade con tibieza; pero si añades: esto nos quisieron significar aquellos antiguos sabios, que pintaron una hormiga, con un caduceo encima, que creció hasta elefante, y un elefante con una espada desenvainada sobre las espaldas, que se disminuyó hasta el tamaño de hormiga; y así la sutileza de la invencion, como la viva representacion de la imágen, hacen no sé que gustosa impresion en el alma, que al mismo tiempo nos deleita con mucha dulzura, y nos persuade tambien con más suave eficacia.

Déme V. un abrazo, señor Don Casimiro, exclamó Fray Blas interrumpiéndole, que verdaderamente ha estado V. divino. Hoy soy furiosamente apasionado por los geroglíficos y emblemas. Un sermon que comencé: *Pintaban los antiguos macedonios*; otro á que dí principio así: *Pintaban el docto Picinelo*, no han menester más, para que yo me coma las uñas por ellos. Pues si después añade diez ó doce citas del simbólico con otras tantas de Lilio, Giraldo, y algunas de Pierio; y si escoge tambien media docena del Prigiaso, en el mundo no hay oro para pagar un sermon tan ingenioso y erudito. Confieso á V. que después de los Mitológicos, son muy buenos los simbólicos y emblemáticos. Esta doctrina la he enseñado

siempre á mi discípulo en lo predicativo Fray Gerundio: con estas armas le he armado caballero de púlpito: estos autores le he recomendado, no hay otros; los demás son buenos para explicar á las viejas el catecismo de Astete y Servitor.

Reverendísimo, replicó el colegial, ya he dicho que soy poco hombre para dar mi voto en punto de sermones, y así no me meto en calificar si son buenos ó malos los que están cargados de geroglíficos, símbolos ó emblemas. Solo sé, que el padre Nicolás Causino previene, que se use de ellos con la misma templanza, moderación y prudencia, que de los adagios, fábulas, etc., porque sino se convertirá en fastidio su misma amenidad, siendo cierto que los pensamientos más ingeniosos causan tédio, si se atesta de ellos la oracion: *Habent igitur magnam eruditionem hieroglíphi, et mirabilitatem obtinent, si parce, non vero si crebrius impertiantur; tunc enim orationes communes et fastidiosæ sunt.* Tambien debo añadir, que por lo que á mí toca, me cayó muy en gracia la enhorabuena que dió cierto duque á un orador que habia predicado en su presencia un sermón tejido de geroglíficos. « Padre, le dijo, no trueco yo el « juego de estampas de Don Quijote, que tengo en « mi galería, por todas las pinturas de su sermón. « Esto va en gusto; el mio ronca siempre que tocan « en los sermones á cosa de geroglíficos. » Pero no nos detengamos, porque ya deseo saber cual es la quinta ó sexta fuente de la invencion, que estudió Fray Gerundio.

Testimonia veterum, respondió al punto; esto es, las autoridades y testimonios de los antiguos. Para

confirmar lo que dice el predicador, son fuentes y muy preciosas, continuó Don Casimiro, especialmente los testimonios y las autoridades de los Santos Padres, ya sobre la inteligencia de la Sagrada Escritura, ya tambien cuando se trata en materia de costumbres, ya sea de vicios y de virtudes. Por lo que toca al sagrado texto, he oido decir á varones doctísimos, que siempre es menester aptarle con la autoridad de algun Santo Padre, expositor clásico y aprobado, siendo cosa imposible, que ningun predicador se arrogue la autoridad de entender ó interpretar la Sagrada Escritura á su modo ó segun su capricho; y aún me acuerdo haber leído no sé donde, que este fué uno de los errores de Lutero, el cual pretendia que cada cual tenia tanta autoridad para interpretar la Escritura, como San Gerónimo y San Agustin, apoyando este arrogante y presuntuoso delirio con aquel texto de San Pablo; *Unusquisque abundet in sensu suo*. En orden á costumbres, ya se deja conocer el gran peso que dá á lo que se dice cualquiera autoridad y testimonio de los Santos Padres, como tambien si se toca alguna noticia histórica ó filosófica, especialmente si es algo singular ó no muy sabida, sirve de adorno y de recomendacion la cita, y aún las palabras del autor que las refiere.

Por algo, dijo Fray Gerundio, me gustan á mí tanto los sermones que en el cuerpo están bien cargados de latin, y las márgenes que apenas se descubren de puro embutidas que están de citas. Solo con ver un sermón impreso en esta conformidad, sin leer una palabra de él, estoy firmemente persuadido que es un sermón doctísimo y profundísimo: al con-

trario ahora han dado en usarse, y aún en imprimirse ciertos sermones, que en todos ellos apenas se ven cuatro ó seis renglones de letra bastardilla, y las márgenes tan limpias, como cara de capon, que dan asco en solo verlas. ¿Qué se puede esperar de unos sermones así? Yo no he tenido paciencia para leer siquiera uno.

Pues yo sí, interrumpió Fray Blas, por mis pecados cayó en mis manos pocos días há uno, y es de honras, que el licenciado Don Francisco Alejandro Bocanegra predicó á las de la Señora Reina de Portugal Doña Maria Ana de Austria, en las exequias que la consagró la ciudad de Almería, y tuve cachaza de leerlo *de verbo ad verbum*; pero sabe Dios cuanto me costó. En todas las seis hojas primeras no hay más latin, que las palabras de tema: *Omnis gloria ejus filia regis ab intus*, repetidas dos ó tres veces; en las seis y media restantes, solo se citan seis textos de la Sagrada Escritura, y de dos de ellos no se ponen las palabras: los otros que se expresan componen entre todos seis renglones y medio: hártate comilon: los Santos Padres se les deja descansar; solo se cita una vez á San Francisco de Sales, á San Gregorio y á San Ambrosio. De expositores no trata; cumplió con citar una vez á Tirino. ¿Pues qué diré del asunto? Se reduce á que la Reina amó á Dios y al prójimo; y cádate aquí el cuento acabado. Lo demás parla y más parla; ¿y esos sermones se imprimen? ¿y estos sermones se celebran?

Despacio, Padre Fray Blas, dijo con bastante viveza el colegial, no pudiendo disimular del todo su enfado é indignacion; V. Paternidad se adelanta de-

masiado (con la cólera se le olvidó darle *Usendísima*;) tambien yo he leído ese sermon, porque llegaron á Salamanca muchos ejemplares, hablóse mucho de él en todas las comunidades, donde hay tanto hombron sabio, religioso, culto, erudito y discreto, como es notorio, y á excepcion de tal cual Votarate, ignorante y presumido, que por nuestros pecados los hay en todas las clases y gremios, no hubo uno que no calificase dicho sermon por una de las piezas más elegantes, más nerviosas, más sólidas, más graves y más ingeniosas, que habia predicado hasta ahora nuestra oratoria castellana. Es voz comun, que se podia equivocar con las más preciosas que produjeron y están todavía produciendo en nuestro siglo, y en nuestro hemisferio español, los Gallos, los Rodas, los Aravacas, los Rubios, los Ordeñanas, los Guerras; ni faltó quien asegurase podia competir con las muchas y grandes oraciones fúnebres con que el Reverendísimo padre maestro Salvador Osorio de la Compañía de Jesús llenó de majestad y asombro el púlpito y la capilla de San Jerónimo de la universidad de Salamanca; y oraciones, que si se hiciese una coleccion de ellas (como decia un sabio), compondrian un funeral que quizá no tendria consonante, en cuanto logramos ahora de esta especie, ni dentro ni fuera de España.

Eso de que tiene pocos textos la oracion de Boca-negra, solamente lo podrán decir los que en su vida han saludado los sagrados libros: apenas hay cláusula ni sílaba, que no aluda á algun lugar, suceso ó párrafo de la Escritura. En saliendo de aquellas acciones de la Reina, que sirven de cimiento á la

verdad del asunto, no se citan, es así, expresa y señaladamente; pero se dá desleído y como convertido en la substancia del orador. San Bernardo fué el primero que introdujo este admirable modo de usar y manejar la Escritura, haciéndola primero suya, y vertiéndola después como si no fuera agena; ¿pero quién hasta ahora ha notado á San Bernardo de poco Escriturario? Son pocos, no lo niego, los testimonios y autoridades de Santos Padres, expositores y de autoridades profanas con que exorna su oracion el señor Bocanegra; más son muy oportunos esos pocos testimonios que alega. ¿Y quién ha dicho á V. Paternidad que los sermones se han de llenar de morralla, de testimonios, autoridades y citas? Estas cosas deben ser como las especias de los guisados; lo que baste para sazonarlos, y no lo que sobre para que ninguno los puede tragar: ¿Ignora V. Paternidad lo que dijo un elocuentísimo orador, hablando de las autoridades de los sermones? *Si nimiae sint et communes, si sine vi et pondere allatae, puerum magis eloquentem sapiunt, quam virum ingeniosum.* «Si se
«amontonan, si son vulgares y comunísimas, si no
«tienen alma, fuerza ni meollo, son más fárrago que
«erudicion; el orador se acredita más de un génio
«pueril y atolondrado (que bueno, malo, verde y
«seco todo lo hacina, todo lo recoge), que de hom-
«bre erudito é ingenioso.»

Dice bien este curioso autor, para llenar, no digo yo un sermon, sino cien tomos en fôlío de citas, de autoridades, testimonios, sentencias, versos, historias, ejemplos, símiles, parábolas, símbolos, emblemas y geroglíficos; no es menester más que ha-

cinar y recoger tanto sentenciario, tanto libro de apostegmas, tanta poliantea, tanto teatro, tanto tesau-ro, tanto diccionario histórico, crítico, náutico, geográfico, tanta biblioteca, tanto expositor, que va discurriendo por los lugares comunes, é inferir en cada uno cuanto se les viene á la mano; en fin tanta salva de alegorías y dichos como cada día brotan en esas oraciones y en esas librerías, hacen erudito de repente al más tonto, al más mentecato, al que no sabe quien reinó en España ántes de Cárlos II. No hay más que abrir, trasladar, embutir, y está hecha la maniobra. Al ver un sermon atestado de esta bor-ra, quedan aturdidos los páparos, entre los cuales cuento á muchísimos que no se lo parecen, mién-tras los verdaderos eruditos gimen corridos ó se rien desengañados, segun el humor que les predomina. Más de una vez oí á un hombre de gran juicio, que se debían desterrar del mundo literario esos almace-nes públicos de erudicion tumultuaria, porque solo sirven para mantener araganes, miéntras perecen de hambre los ingenios verdaderamente industriosos. Es punto problemático, en que se pudiera tomar un término medio. Miéntras tanto, digo que se pudiera aplicar á estos prontuarios de erudicion al baratillo, lo que dijo Agesilao al inventor de una máquina bé-lica, capaz de moverla y hacer mucho daño cual-quiera soldado cobarde: *¡Papæ! virtutem substulisti.* « Con esa máquina has quitado el valor. »

A lo que añadió V. Paternidad acerca del asunto que escogió para su sermon el señor Bocanegra, perdone V. Paternidad que no tiene razon para cen-surarlo. Lo mejor y más precioso de dicho asunto,

es ser tan sencillo, tan natural y tan sólido. Asuntos rumbosos, delicados, alegóricos, metafóricos, simbólicos y mucho más de títulos de comedias, retruécanos insulsos, refranes de viejas, como *el verdadero fenis de Arabia*, á San Agustín; *el leon en su cueva*, á San Jerónimo; *el onis ó onis*, á Santo Tomás de Aquino; *el máximo mínimo*, á San Francisco de Paula; *mujer llora y vencerás*, á las lágrimas de la Magdalena; *el Caballero de Alcántara*, á San Pedro de ese nombre; á *muertos y á oídos ya no hay amigos*, en las honras de un obispo. Digo que estos y otros semejantes asuntos, Dios les haya perdonado, ya solo han quedado en algunos predicadorcillos, que solo hacen ruido entre los que se van tras el tamboril y los gigantones. Ya va reviviendo el mundo de sus preocupaciones; por lo ménos los hombres graves no gastan otros asuntos, que sólidos, macizos, característicos, y consiguientemente naturales; tal es el del señor Bocanegra, fundado sobre los dos ejes, en que estriba toda la ley y toda la perfección. El sabio no da otro elogio á los hombres justos, ni cabe otro mayor *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est*: «Amado de Dios y de «los hombres, y siempre que se repita su nombre, «será acompañado de muchas bendiciones.» Esto dijo el orador de aquella ejemplarísima Princesa, esto convenció, y aún esto persuadió, moviendo los corazones más duros á desear la imitación de sus reales virtudes.

Como Fray Blas vió que el colegial estaba avinagrado y tenía ya alguna noticia de su genio vivo y quisquilloso, no se atrevió á replicarle, contentóse

con decirle, que en eso de sermones, de versos, de latin y cosas semejantes, cada cual tenia su gusto, y sin discurrir más en el asunto, le suplicó que prosiguiese examinando á Fray Gerundio sobre las fuentes de la invencion: porque como observaba que éste las tenia tan prontas, se le caia la baba al buen predicador. Serenóse un poco Don Casimiro, y prosiguiendo en su interrogatorio, rogó á Fray Gerundio se sirviese decir; ¿cuál era la séptima fuente de la invencion que le habian enseñado? Los dichos graves y sentenciosos de los antiguos, respondió sin dudar. El colegial prosiguió; es una fuente bellísima, especialmente habiendo tanto recogido de sus sentencias y apostegmas, los cuales solo se diferencian de aquellas en que las sentencias permiten más extension de palabras; pero los apostegmas se deben ceñir á las ménos voces que sea posible: las sentencias se pueden tomar de cualquier autor donde se encuentren; mas los apostegmas se hacen más recomendables, por ser dichos de grandes personajes, como de Papas, Emperadores, Reyes, Cardenales, Obispos, etcétera. Vaya esta diferencia sobre la fé de Guillelmo Budeo que la señala; pues yo no me atreveré á defenderla en el siglo que corre, el cual está como inficionado con libros de apostegmas, que son hoy de la gran moda. Tales son los libros de que llaman de *Ana*, como la *Menagiana*, la *Percinana*, la *Escaligerana*, la *Fureteriana*, y otros innumerables de que se hace graciosa burla en el primer tomo de la *Menagiana*, donde el autor de una salada rima, acabada toda en la sílaba *na*, después de zumbarse de una multitud de estos críticos, unos verdaderos y otros

fingidos, concluye diciendo : *Todos los libros en Ana, se arrimen donde está la ipecacuana*, yerba medicinal de las Indias, que hoy se usa mucho, y con grande felicidad en la Europa. Es cierto que estos apostegmas, recogidos en los libros de *Ana*, no todos son dichos de grandes personajes; pues hay algunos de sujetos de escalera abajo, si no entra en cuenta su agudeza, ó su literatura. Pero no se puede negar que los dichos, sentencias ó apostegmas, así de los antiguos como de los modernos, usados con discernimiento y moderacion, son un preciosísimo adorno de todo género de elocuencia, tanto oratoria como histórica. Tucídides mereció la suprema estimacion de todos los siglos por el juicio, oportunidad y bello gusto con que se valió de ellos. Hesiodo, aunque muy distante de Homero, así en la gravedad del estilo, como en la majestad del asunto, ha logrado los mayores aplausos, por la singular eleccion que tuvo en las sentencias con que adorna sus dos poemas heróicos; las obras, los días y Teogonia ó generacion de los dioses; bien que algunos críticos le noten no sin razon, que las sentencias son más frecuentes de lo que fuera justo. En fin, Quintiliano encarga mucho al orador, que se aproveche de esta fuente, pero con tres precauciones; la primera, que las sentencias sean muy escogidas; la segunda, que sean raras; la tercera, que sean correspondientes á la edad, al carácter y demás circunstancias del orador. Si son triviales, se oyen con desprecio; si muy frecuentes, cansan la atencion, y aún empalagan; sino se acomodan á los connotados del orden, mueven á risa. Yo añadiría otra cuarta calidad, y es, que las sen-

tencias sean tambien proporcionadas al teatro ó auditorio. En una aldea ó pueblo pequeño seria cosa risible aquella sentencia ó apostegma, justamente celebrada, que se atribuye á Trodomicio: *Princeps qui vult omnia scire, necesse habet multa ignoscere*: «El Príncipe que quiere saberlo todo, tiene precision «de perdonar mucho.» ¿Qué Príncipe se podrá aprovechar de esta sentencia en un pueblo reducido? En un auditorio rústico y grosero, seria impertinente aquel discreto dicho de Plutarco: *Sero moventur deorum rotæ, sed bene comminuunt*: «Las ruedas de «los dioses tardan en moverse, pero hacen buena «harina.» ¿Cuántos habria en el auditorio, que entendiesen la metáfora? Vamos á la octava fuente.

Esta es para mí la más seca, dijo Fray Gerundio, y no sé una tilde de ella, porque mi autor dice, que la octava fuente es las leyes, y confieso que de leyes ni entiendo ni he estudiado palabra. Yo tampoco las he estudiado, dijo el colegial, por no ser esa mi profesion, pero no es menester hacer la de legista, para saber algunas leyes, especialmente de las antiguas y primitivas, que se instituyeron en el mundo para el gobierno de los hombres, las cuales sirven de un bello adorno á cualquiera oracion sagrada, singularmente moral ó doctrinal. Es cierto que nunca las leyes de los hombres pudieron añadir paso ni autoridad á la ley santa de Dios; pero no es dubitable, que encuentra el entendimiento, no sé que particular satisfaccion y consuelo, en ver tan conforme la ley divina con las leyes humanas, pronunciadas por algunos legisladores que no tuvieron conocimiento del verdadero Dios.

Yo me acuerdo de algunas, que por lo que toca á lo directivo, son muy conformes á muchos preceptos del Decálogo, aunque sean erradas y gentilizadas, y que las hemos heredado de los gentiles: vayan algunos ejemplares. El primer mandamiento es, *Amar á Dios sobre todas las cosas*. Confórmase con él la ley de Numa Pompilio: *Deos patrios colunto, externas superstitiones, seu fabulas ne admiscento*. El segundo, *No jurar su santo Nombre en vano*: es muy conforme á la ley de los egipcios: *Perjuri capite mutilentar*. El cuarto, *Honrar padre y madre*: lo mismo mandaba aquella ley de que hace mencion Herodoto: *Magistratibus parendum*: y la otra de los lacedemonios, citada por Platon en su república: *Majorum imperio libenter omnes parere asuefiant*. El sexto, *No fornicar*: son muchas las leyes, que prohiben esto mismo, lo cual trae Josepho, lib. XI, capítulo 6.º: *Adullerantes, et lecti geniales vindicato*: la de Numa Pompilio: *Aram Junonis ne tangito*; y la célebre de los atenienses, que prohibia predicar ó hablar en público todo deshonesto: *Si quis pudicitiam prostituerit, aut stuprarit, huic interdicitur jus apud populum concionandi*. El séptimo, *No hurtar*: á esto aludia aquella ley de los egipcios: *Singulis annis apud provinciarum præsides, omnes undè vivant demonstrent: si quis secus faxit, aut undè legitimè vivat non demonstravit, capitis reus esto*.

El uso así de estas leyes antiguas, como de otras más modernas prácticas ó municipales, con tal que sea sóbrio, prudente y oportuno, tiene su gracia y tambien su eficacia en cualquiera sagrada oracion. Pero hacer estudio de componer un sermon como

un alegato de los que se usan en nuestra España, embutido de leyes, textos, cánones y constituciones del derecho civil y del canónico, parecido al que yo leí de cierto catedrático, sobre ser una grandísima impertinencia, es ostentacion pueril, para acreditar-se de erudito y sábio en facultad foresterá. Ola, esta reflexion ó censura no es mía, pues ya he protestado, que ni mi profesion ni mis años me permiten excursiones á países tan sagrados: refiero lo que por entónces se dijo ante hombres que tenían voto. Solo en una circunstancia, dijo uno de los circunstantes: « Puede ser del intento, cargar algo más la mano « en citas de leyes nacionales; y es cuando se pre- « dica á un auditorio compuesto la mayor parte de « gente de Curia, como en los sermones al con- « sejo, á las cancellerías, á las audiencias, etc. Si se « toca entónces el punto de regalos, gratificaciones « y derechos de ministros inferiores, como aboga- « dos, relatores, procuradores, escribanos, etc., no « será fuera de propósito referir las leyes municipa- « les que hablan de esto, y explicar con claridad « hasta que punto son obligatorias en conciencia, « segun la inteligencia comun de los teólogos.» Pero dejando esto á un lado, deseo saber cual es la nona fuente de la invencion, que prescribe del autor su Reverendísima.

Sacræ litteræ, respondió como un reguilete Fray Gerundio, la Sagrada Escritura: y añadió luego, en este punto no tiene V. que detenerse, porque sé lo que me basta para bandearme; he tomado mi partido, y no mudaré de rumbo por más que me prediquen. No tiene Usendísima que prevenírmelo, res-

pondió Don Casimiro, pues sé bien, que este punto no es de mi incumbencia, y no se me há olvidado lo que leí pocos dias ha en cierto autor de mi profesion, hablando de la Sagrada Escritura: *Hæc, dice, hæreditas, hic campus, hoc studium quod ad id unum attinet, theologorum est proprium.* « Por lo que mira « al uso de la Sagrada Escritura, esto toca á los teólogos, esa es su herencia, esa es su legítima, ese « es su propio y particular terreno.» Por señal de que en confirmacion de lo que poco há íbamos diciendo, se lastima mucho en el mismo lugar, de que los predicadores se metan á legistas, y los legistas á predicadores, aquellos atando leyes, y estos glossando textos, *contra inverso ordine jurisperiti, neglectis quæ ad se attinent, Sacra Biblia sæpius quàm leges in ore habent.* No excluye absolutamente que unos tomen de otros alguna cosa, por la reciproca union y buena correspondencia que hay entre las facultades; solo abomina el escaso y la ostentacion de que se sabe todo.

No obstante, ya me permitirá Usendísima, que sin mezclarme en lo directo de esa fuente, que en realidad excede los límites de mis estudios, haga una reflexion acerca de ella, que me parece no está fuera de mi jurisdiccion. Es cierto que la Sagrada Escritura mereció tanto concepto, aún á los filósofos gentiles, que Emilio de Apamea, al leer la primera cláusula del Evangelio de San Juan: *In principio erat verbum*, quedó asombrado de que un bárbaro (así llamaba al Evangelista) hubiese filosofado con tanto acierto. Tambien sabemos, que Dionisio Longino, haciendo el paralelo éntre Moisés y Home-

ro, calificó al legislador de los judíos por un hombre nada vulgar; pues no podia serlo el que tenia tan alta idea de Dios, como lo acredita aquel rasgo suyo en la historia de la creacion: *Dixit Deus: fiat lux, et facta est lux; fiat terra, et facta est terra*; proponiéndole por un pensamiento verdaderamente sublime. Aunque la segunda parte, *fecit terram, et facta est terra*, la añadió Longino de cosecha propia; pues no se halla en la Escritura en que el autor como gentil estaba poco versado. No es ménos cierto, que en la Sagrada Escritura se halla todo lo que se encuentra en otros libros; mas no se encuentra en ellos lo que en esta se halla. Pienso, si no me engaño, que ha de ser observacion de San Agustin, y que la leí en un libro de elocuencia: *Et cum ibi quisque invenerit omnia, quæ utiliter alibi didicit, multo abundantius ibi invenit ea, quæ nusquam omnino alibi, sed in illarum tantummodo Scripturarum mirabili altitudine, et mirabili autoritate, discuntur*. Siendo esto así, á mi grosero modo de entender, me parecia, que la Sagrada Escritura debiera ser la única, ó por lo ménos la primera fuente de la invencion, respecto de todo orador sagrado. ¿Pues qué razon tiene Usendísima, ó su autor, que no solo no la enseñan por única, no solo no la dan en primer lugar, sino que la ponen á la cola? y harto será que no sea la última.

Hallóse embarazado Fray Gerundio con esta pregunta que no esperaba. Pero salió á su socorro su fino amigo Fray Blas, diciendo con grande satisfaccion: Eso es claro; porque la Escritura es fuente de que todos beben; está á mano de cualquiera para

hartarse de ella, cuando le diere la gana. Un predicador que quiere acreditarse, no bebe del comun pilon, sino que sea para enjuagarse. Simbólicos, emblemáticos, geroglíficos, históricos, sentenciaríos, fábulas, está ha de ser su comidilla, y á lo más: más allá hácia lo último un poco de Escritura á modo de mondadientes; eso es lo que quiere decir poner la Escritura por la última fuente de la invencion, está bien puesta á pagar de mi dinero.

En medio de los pocos años del colegial, que así por su edad como por su génio todavía no estaba muy maduro, ni era de los que más se morian por sermones de Cristo en mano, no se puede ponderar cuanto le irritó una proposicion tan absurda, tan loca y tan escandalosa; sin embargo considerándose huésped, y que no era razon dar una mala noche á aquella buena gente, disimuló su indignacion lo mejor que pudo, y se contentó con decir á Fray Blas: Si no me hiciera cargo que V. Paternidad hablaba de chanza, zumbándose de aquellos predicadores, que si no con las palabras, á lo ménos con las obras parece que lo sienten así, delataria esa proposicion al Santo Tribunal. Iba á responderle Fray Blas algo colérico, cuando oportunamente y al mejor tiempo del mundo entraron á poner la mesa, porque ya era hora de cenar.

CAPÍTULO V.

DISPONE FRAY GERUNDIO SU SERMON DE HONRAS, Y VASE
A PREDICAR.

CENARON, se acostaron, durmieron, se levantaron, almorzaron, y se despidieron de Don Casimiro, que muy de mañana quiso volver á Balderas, por lo que admitió una yegua castaña, andadora y paridera, que ya habia dado cuatro potricos y dos muletas á Anton Zotes, el cual se la ofreció para el viaje con la mayor voluntad del mundo. Aquella misma mañana se quiso retirar Fray Blas tambien á cuidar de su fingida enferma, despidiéndose hasta que fuese á oír á Fray Gerundio el sermon de honras del escribano, como lo ofreció y cumplió á su tiempo. Con efecto iba ya á montar á caballo, cuando se acordó Fray Gerundio de que no habia leído, glosado y admirado el celeberrimo sermon de honras de los soldados del regimiento de Toledo, por el autor del *Florilogio*, como se lo habia ofrecido Fray Blas la tarde antecedente, y es que con el encuentro de Don Casimiro, con la conversacion entablada en el paseo, y proseguida después en casa, se les habia borrado la especie de la memoria; y como Fray Gerundio estaba resuelto á todo trance á tomar dicho sermon por mo-

delo para el suyo, no queria dedicarse á componerlo, hasta que su amigo Fray Blas le hiciese observar, notar y admirar todos los primores de él. Por tanto, tirándole de un capote de barragan, que ya tenia puesto, y llamándole aparte le dijo ó le trajo á la memoria dicha especie, y le conjuró por la estrecha amistad de entrambos, que á lo ménos hasta después de comer no pensase en marchar, para que encerrándose los dos aquella mañana, recorriesen el sermón del *Florilógio*, y entresacasen de comun acuerdo lo que pareciese adoptable al suyo.

No se hizo de rogar Fray Blas, que en estas ocasiones era de un genio docilísimo, y muy amigo de complacer á todo el mundo. Dió Fray Gerundio órden de que retirasen la caballería á la cuadra hasta la tarde, diciendo que todavía tenían los dos que conferenciar aquella mañana. Metiéronse en la sala, cerráronse por la parte de dentro, tomó Fray Blas el libro del *Florilógio*, sacudiendo el polvo, buscó el sermón de 26, leyó el título que decia así.... *Episodio, parentacion sacra, epicedio panegirico en las solemnes honras con que solicitó el alivio de sus militares el regimiento de Toledo*.

Episodio: el título solo basta para acreditar el autor, *Parentacion sacra*: ya oiste al colegial lo que significaba *parentacion*. ¡Mira qué cosa tan oportuna! *Epicedio panegirico*: no tengo idea clara de lo que significa *epicedio*; solo sé en confuso, que significa una especie de elogios á los difuntos. ¿Pues hay más que verlo en el Calepino? dijo Fray Gerundio: y abriéndole, halló que decia: *Epicedium, carmen quod canitur de cadavere nondum sepulto*: « Aquellos

« elogios que se cantan á los difuntos, á cuerpo presente, cuando aún no se le ha dado al cadáver sepultura. » Algo frio se quedó Fray Gerundio de leer esto, y preguntó á Fray Blas : ¿Pues qué los cadáveres de los soldados del regimiento de Toledo estaban presentes cuando se predicó este sermón de honras, y no se habian enterrado todavía? Anda, hombre, respondió el predicador, que esos son reparos de niñatura: si en todo se hubiera de escrupulizar con esa menudencia, no habria quien se atreviera á hablar en el púlpito elegantemente. Fuera de que es frase común, de que cuando se habla de algun difunto, sea para bien, sea para mal decir, que desenterraran sus huesos; pues para el caso y la propiedad, ¿qué más tendrá desenterrarlos, que no haberlos enterrado?

Esta última razon hizo grandísima fuerza á Fray Gerundio; y prosiguió Fray Blas, y añadió: *Episodio*, no lo entiendo. A ver lo que dice ese Vocabulario. Leyó Fray Gerundio: « Eran aquellos actos de la tragedia y de la comedia, que se recitaban entre coro y coro, para alternar la música con la representación: fué su inventor el poeta Tespis. Hoy se entiende por *episodio* un incidente ó digresion, que diestramente se introduce en el asunto principal del poema, ó de cualquiera otra oracion ó composición. » Confieso, añadió Fray Gerundio, que he quedado muy confuso; ¿pues acaso cualquiera sermón se ha de cantar ó predicar á coros, para que haya episodios? El tema era por ventura incidente ó digresion del sermón, para que llamase *episodio* al tema: Eres un pobre hombre, replicó Fray Blas,

estás muy atrasado en esto que llaman *adelgazar cosas*, ó *discurrir con agudeza*. Quizá en todo el *Florilógio* no se encontrará pensamiento más delicado ni más oportuno. Mira, los sermones de honras se predicán comunmente después de acabada la misa de difuntos, y ántes que se acabe el último responso, que suele ser solemnísimó. La oracion fúnebre está propiamente colocada entre el coro de la Misa y el coro del responso; unos son cantados, y la otra representada: pues vé ahí, porque se llama *episodio*, porque es un acto que se representa entre coro y coro, más al intento ó asunto principal de las honras. Hablando en rigor, esto que se llama el *Nocturno*, la *Misa* y el *Responso* son propia y rigurosamente sufragios por los difuntos; los sermones, y las oraciones fúnebres no son sufragios; ¿pues qué son? Son unas digresiones, unos incidentes que se introducen con arte y con destreza en el asunto principal. ¡Mira tú con qué oportunidad se llaman *episodios*, y por qué el tema es como el cimiento de estas digresiones! por eso el dar al tema el título de *episodio*, es hasta donde puede llegar el ingenio y la invencion.

Declárome por zopenco, dijo Fray Gerundio, y hago voto de venerar todo cuanto lea en el *Florilógio*, por más que yo no lo entienda, y aunque á primera vista me parezca contraído á toda razon. Pero vamos; ¿cómo se introduce en su sermón de honras militares? Hay dos introducciones, respondió Fray Blas: á una llaman *epicedio*, y á otra *introduccion de episodio*. Todo está reducido á dar noticia de la devocion y fervor con que los antiguos gentiles

celebraban las honras de sus difuntos, especialmente militares, á contar el origen de ellos, á ponderar el aparato, y ceremonias con que las celebraban, la eleccion de oradores, y finalmente á adaptar todo esto con feliz aplicacion á las honras de los militares del regimiento de Toledo; invocando en vez de la nueva Euterpe, la intercesion de la Virgen, para dar principio al panegirico epicedio. Supónese que para probar cada una de estas noticias, se citan autores á carretadas; pues en solo el exordio que comprende poco más de una hoja (se entiende de á fólío), se citan á Polibio, Pausanias, Alejandro, Herodoto, Maroquino y otros, y de estos algunos tres ó cuatro veces. Esto es lo que se llama predicar docta y eruditamente, no pronunciar palabra ni aún sílaba, si posible fuera, sin su autor por delante, y sin su latin al canto de la obra: lo demás parece conversacion de monjas y visita de damas, que se pasan seis horas en ellas sin oirse el nombre de un autor.

Bien vés que toda esta erudicion de funerales viene clavada á todo tu sermon de honras, y te puedes aprovechar de ella para el tuyo con la mayor propiedad, especialmente si no te olvidas de la reglita que te di ayer tarde, para acomodar á los escribanos todo cuanto se dice de los militares. Tambien podrás, y en mi dictámen deberás aprovecharte de unas nobilísimas frases que se leen en el episodio. Cuando ponderas la liberalidad de los herederos del escribano, que le costean las honras, dirás: «que es tan lúgubrenmente generosa, como luctuosamente compasiva.» Hombre, replicó Fray Gerundio,

que el licenciado Flechilla me dijo, que no costeaban las honras los herederos, sino el mismo difunto, el cual habia dejado un legado determinadamente para ellas; con que no es generosidad de los herederos ni de los testamentarios, sino obligacion precisa. ¿En eso te paras, majadero, replicó Fray Blas, y en los tiempos que corren te parece poca generosidad de los testamentarios y herederos cumplir los legados y últimas voluntades de los difuntos? Muy atrasado estás de cosas de mundo. Vamos adelante: lo que yo no entiendo, añadió Fray Blas, es qué quiere significar un texto, que repite en dos líneas con poca diferencia: *Facta autem collatione, duodecim millia dragmas argenti*: aquel *collatione* es para mí un nombre de rebozado; ¿si quiere decir que Judas ántes de celebrar las honras de sus difuntos, hizo colacion con doce mil dragmas de plata? Rióse Fray Gerundio de la poca latinidad de Fray Blas, y le dijo: Quitate de ahí, hombre, que se conoce fué descuido de la pluma, y que escribió *collatione*, en lugar de *contributione* que significa *contribucion*, porque Judas debió de echar alguna sobre sus soldados, para que todos contribuyesen al gasto de las honras. Vaya que eso es, replicó Fray Blas, y prosiguió diciendo: Ahora se sigue el discurso, que divide en cuatro escenas.

Escena primera. Para un poco, Fray Blas (exclamó Fray Gerundio:); Escena primera! en mi vida no he oido cosa semejante. Escena primera; ¿qué quiere decir *escena*? Yo no sé, pero apuesto que detrás de la tal palabrita, se nos oculta algun misterio recóndito y elevado de aquellos que solo alcanza este

hombre incomparable. Consultemos á Calepino. Abrióle, ojeóle, y halló que decia así: *Escena, ramas de árbol que se cortaban para hacer sombra.* ¿No lo decia yo? el sermón es un árbol, los discursos ó los puntos son las ramas; con que las *escenas* son los puntos, ó discursos de un sermón. Mas, *escena*, eran las ramas que se cortaban para hacer sombra; en las honras de los difuntos, todo es sombra y todo es negro, que para el caso es lo mismo; el túmulo, el frontal, los ornamentos, el paño del facistol, el del púlpito, las capas largas de los que hacen el luto: ¿pues por qué no ha de ser sombra también la oración fúnebre? Así el dividirla en escenas, es lo mismo que partirla en sombras: como quien dice: *sombra ó escena primera, sombra segunda, etc.*

Asombrado quedó Fray Blas, cuando vió discurrir á Fray Gerundio con tanto delgazamiento; y así le dijo: Hombre; ¿qué legion de espíritus sùtiles se te ha metido en ese cuerpo? Pídote perdon de lo que ántes te decia, que no tenias ingenio para delicadezas; ahora te digo, que cuando te pones á ello, no hay hilandera de león que te iguale ni que merezca descalzarte los zapatos. Como Fray Gerundio vió alabarse de agudo, esponjóse visiblemente, y ya con mayor satisfaccion añadió: Pues aguarda, que aún falta lo mejor, otro significado da Calepino á *escena* y dice ser el más comun en que se toma, que si no me engaño, no acredita ménos la sutileza de este mónstruo de los ingenios. *Escena*, dice, algunas veces significa el teatro donde se representa una comedia ó tragedia: otras (y es la acepcion más comun) se entiende solo de aquella parte de la representacion, en

que se mudan las personas, aumentándose ó disminuyéndose ó saliendo á hablar otras diferentes. Que me emplumen si no hay algo y aún mucho de esto en las escenas: léelas, sino. Leyó Fray Blas la primera. ¿No ves claro el pensamiento, dijo Fray Gerundio? antes de entrar en esta escena, como por modo de preámbulo, ha bien hablado *parentacion*, *epicedio*, *introduccion* y otros coluctarios lucidos tenebrosos; ahora entran ya á hablar Gilberto, Abraham, Erasmo, Alcíato y un poeta!

Discurres bien, dijo Fray Blas, pero á ti lo que te hace más al caso es, que todo lo que se dice en esta escena primera, lo puedes aplicar á tu sermón de honras, y cualquiera otro que se te ofrezca del asunto, ni más ni ménos que como se aplicó á la función del regimiento de Toledo; porque en suma, en esta escena solo se pondera el lugar comun de la verdadera amistad, que consiste en que el amigo verdadero se conoce en toda fortuna y en todos estados, en la prosperidad y en la adversidad, en la vida y en la muerte; y como en todo sermón de honras, los amigos vivos se acuerdan de los amigos difuntos, á todo sermón de honras se vienen por su pié Abraham, la Magdalena, Lázaro y los demás que hicieron lo mismo, ó con quienes se ejecutó lo propio. Vamos á la *escena segunda*, que es mi dictámen que se debia engastrar en oro. Leyó Fray Blas, y añadió Fray Gerundio: no digo en oro, en perlas y en diamantes, debieran engarzarse estas escenas. ¿Pero para que hemos de gastar tiempo ni cansar el entendimiento en discurrir por la segunda y tercera y cuarta, cuando con los materiales de la primera se pueden componer

once tomos de á fólío de sermones? ¿Con qué cada uno se puede aturdir al más ignorante y al más facultativo? Tienes razon, respondió Fray Blas, y respecto que la tarde está proporcionada, daca un abrazo y vete á disponer el viaje. Despedidos los dos predicadores con el sentimiento del apartarse, y con el consuelo de no tardar en volver á verse, dieron disposicion de echar la espuela y montar á caballo Anton Zotes y nuestro Fray Gerundio su hijo, causando no poco sentimiento á sus paisanos y apasionados, de no poder lograr el gusto de acompañarle, y sobre todo de oírle; pero los consoló nuestro Fray Gerundio con la esperanza de dar á la prensa así este como todos sus sermones; con lo que quedaron alborozados, viéndoles tomar el camino para hacer noche en Fregenal del Palo, donde con ánsia le esperaba su tío el Familiar.

No es ponderable el gozo de Anton Zotes en todo el camino, al ver echar á su hijo por la boca teología, y confirmar cuanto decia con textos de la Escritura. No cesaba de dar gracias á Dios, de ser hombre que con su hijo Gerundio, habia dado un Demóstenes á su tierra de Campos, y á todos los oradores nueva horma. Unas veces le miraba con atencion y lloraba, otras se reia, otras finalmente levantaba la consideracion á Dios á darle gracias, y entre estas consideraciones llegaron á Fregenal.

CAPÍTULO VI.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN FREBENAL DEL PALO, Y COMO LLEGARON
LOS CONVIDADOS A PEDRORUBIO.

Iba acercándose el día señalado para las famosas honras, pues ya no faltaban más que tres días, y habiéndose despedido Fray Gerundio cortesantemente de todo el lugar, hasta de aquella tia, que no le había visitado por el cuento de la gallina, la cual quedó tan pagada de esta accion, que desde aquel punto hizo las paces con la buena de la señora Catanla, regalando á su madre, y á su hermana, con cada dos escapularios bordados de realce de plata falsa y canutillo; añadiendo á cada una su santico de barro en urna de carton guarnecida de seda floja, repartiendo una peseta entre las dos criadas; bien proveida la alforja, y aumentada la maleta, con un par de mudas de ropa blanca. Partió para Pedrorubio en compañía de su padre el bonísimo Anton Zotes, que quiso ver (así lo decia él) si su hijo tenia tan buena mano derecha para predicar de los difuntos, como para predicar del Sacramento. Su padrino el Licenciado Quijano, tambien habia hecho ánimo de hacer la jornada, con cuyo motivo habia llamado á un primo suyo, capellan de Gondorcillo, que acababa de venir de Leon,

y habia traido licencia de confesar por seis meses, para que en su ausencia dijese la misa al pueblo, y cuidase de la administracion de Sacramentos; pero es tradicion, que cuando ya estaba aparejada la burra, se le desenfrenaron tan furiosamente las almorranas (de que adolecia) que no le fué posible montar á caballo; y así se contentó con darle un abrazo, y meterle disimuladamente en la mano dos pesos gordos.

Eran las cinco de la tarde, cuando en buena paz y compañía salieron de Campazas, padre é hijo, con resolucion de dormir aquella noche en casa de su padrino el Familiar, cuyo lugar no distaba más que de tres leguas cortas, y estaba como á la mitad del camino. Aquí se encuentra un vacío lastimoso en la Historia, que después de haber burlado nuestras más exactas y exquisitas indagaciones, necesariamente ha de ser sensible á la curiosidad de nuestros lectores; pues no siendo posible sino que la conversacion que tuvieron por el camino hijo y padre, fuese tan graciosa, como entretenida, no se halla el más leve vestigio en archivos, bibliotecas, armarios, legajos ni apuntamientos. Bien pudiéramos nosotros figurar aquella que nos pareciese más natural, atendido el génio, el carácter y las demás circunstancias de nuestros dos caminantes, á imitacion de aquellos historiadores, que no hacen escrúpulo de referir lo verosímil, por cierto, sin detenerse en contar lo que pudo ser por lo que fué.

Ni se nos pudiera culpar con razon de que nosotros saliésemos con nuestras conjeturas en un siglo en que todo el mundo sale con las suyas. Habiéndose hecho este título tan de moda, especialmente en los libros,

papeles y discursos que sacan á luz los anticuarios, cronologistas é investigadores y físicos experimentales, que apenas aciertan en otras, no es nuestro ánimo condenar esta costumbre, y más en aquellos pocos en quien se conoce es verdadera modestia, la que en otros muchos se conjetura ser pura ostentacion; pues nos hacemos cargo de que hay materias, que no admiten evidencias ni otras pruebas que meramente conjeturales. Pero nuestra sinceridad, singularmente en una Historia tan verídica, tan fundamental y tan exacta como la que traemos entre manos, no se acomoda con ese uso, y mas cuando siendo tantos, tan averiguados y tan instructivos los materiales verdaderos que tenemos á la mano, es ocioso buscar los ideales.

En fin, llegaron á Fregenal del Campo nuestros dos caminantes, pueblo no tan grande como Sevilla, ni tan poblado como Cádiz, donde hacia su residencia el Familiar, de quien fueron recibidos con agasajo, y con un corazon verdaderamente sano; porque ageno en todo de la afectacion, era tan franco en descubrir las inclinaciones de su voluntad, como naturalote en no disimular los dictámenes de su buen entendimiento. Miéntras se disponia la cena, que no fué delicada ni ostentosa, pero sí maciza y abundante, dijo el Familiar á su sobrino con cariñosa llaneza: *Oyes, Flárico, ¿llevas enjurjadas para Pedrorubio tantas garambainas como echaste por esa boca en Campazas?* Tío, ¿qué me quiere V. decir por *garambainas*? *Valesme Dios, hombre*, continuó el Familiar, *pues yo bien craro me esprico; garambainas son aquellas garatujas entavesuradas, rezumbrones y azufarjas con*

que nos encarabinaste á todos los que estábamos oyendo como unos monigotes. Méenos le entiendo á V. ahora que ántes, replicó Fray Gerundio. Pues entiéndanos Dios que nos crió, dijo el Familiar, y perdónenos nuestros pecados. Paréceme que te haces remolon á propósito, porque en lo demás es imposible de Dios que no me entiendas; pues tanto como el don de caridad me le ha dado Dios, bendita sea su similitud. Tírasme los términos, y ya conozco yo, que no son tan retumbantes ni tan pulidos como los que se usan en las Zuidades; pero decirme á mí, que no son inteligibles, no habremos de eso, que es quebrarse la cabeza, y también las calas, tú, como el hijo de mi madre.

Si V. llama *garambainas*, dijo Fray Gerundio, la erudicion, los pensamientos sutiles, los equívocos, las agudezas, los chistes y el estilo elevado y armonioso, hay bastante recado de eso en el sermón que llevo prevenido; y como Dios no me quite el juicio no faltará en todos los que predicaré. *Pues vés, si yo fuera que tú, replicó el Familiar, habia de pedir á Dios que me quitara luego el juicio, para no predicar jamás ansina; pero no tienes que pedir á su Majestad que te lo quite, sino que te le vuelva. Vos, tio, replicó Fray Gerundio, no teneis obligacion de entender estas materias. Pero los perdicadores, replicó el Familiar, están obligados en conciencia á predicar de manera que todos los entendamos. Basta, replicó Fray Gerundio, que nos entiendan los cultos y los discretos. ¿Pues, qué basta solamente que los entiendan los encultos y los secretos?* respondió el Familiar: *Dime, sobrino, ¿parécete á tí, que en Pedrorubio habrá muchos hombres encultos como tú llamas? Nunca faltan*

algunos, dijo Fray Gerundio, por infeliz que sea una aldea, ya sea de ella misma, ya sea de los convidados forasteros, ó ya de los que concurren casualmente; por eso han llevado grandes chascos algunos predicadores, que fiándose en que iban á predicar á lugares pequeños, se contentaban con cualquiera cosa, y se hallaban después con oyentes que no esperaban; y aún oí decir á un padre grave de mi sagrada religion, que todo predicador se debia prevenir para predicar en Caramanchel, ni más ni ménos que si hubiera de predicar en Madrid. *No m'arma su doctrina*, replicó el Familiar, *salvante que quisiese decir ese esentrísimo padre, que tanto ahinco debe poner un perdicador en convencer á los de Caramanchel, como á los de Madrid; y que ansina debe espricarse en conformidad que lo entiendan los otros; porque fuera deso, irse un perdicador á Caramanchel, y lo mismo me da á la cisterniga (que esta es una comparanza), con daca acá si eran frores ó no eran frores, en vertu de que puedan concurrir algunas personas de la Zuidad; eso no es más que humo y satisfaccion y la oste de Cristo.*

Pero dejando una cosa por otra, ¿no sabríamos qué virtudes del escribano vas á perdicar? No he menester sus virtudes para predicar, respondió Fray Gerundio. *¿Cómo no?* dijo el Familiar; *pues cuando se perdica de los defuntos, no es indispensable que se diga aquello en que fueron guenos, para que emiten sus ejemplros los viros?* No, señor, respondió Fray Gerundio, nada de eso es necesario, que si lo fuera, solo se predicarian honras de aquellos sujetos que hubiesen sido muy virtuosos, habidos y tenidos por tales

de todos los que los trataron; y así vemos que en algunas partes se predicán de todos los que tienen con qué pagarlo á roso velloso, sin que para eso sea preciso hacerles primero informacion *de vita et moribus*, como dicen. *Es imposible que yo no tenga el entendimiento espachurrado, ó que tú no me quieras meter los dedos por los ojos*, replicó el Familiar; *pues dime, sobrino, ¿el perdicador no ha de alabar á su difunto? Craro es que sí: ¿si le alaba, no le ha de alabar en alguna virtù? ¿Pues qué ha de decir de él el probe flaire?*

Lo primero, respondió Fray Gerundio, se puede predicar un sermon de honras que pase, sin tomar en boca al difunto por quien se hace la funcion; y para que vos lo veais claramente, yo os explicaré el como. Éntrase ponderando ante todas cosas, que antigua fué la costumbre de hacer honras, y funerales por los difuntos. Aquí se vá discurriendo por los hebreos, por los griegos, por los romanos, por los egipcios, por los babilonios, por los caldeos, y en fin por todas las naciones del mundo: después se examinan más por menor los varios modos que tuvieron de celebrarlas, segun los genios, usos y costumbres de los países, ya con sacrificios, ya con oraciones, ya con pirámides, ya con hogueras, ya con obeliscos, y en algunas partes hasta con danzas y fiestas. A esto se sigue el averiguar cuando, en qué tiempo, con qué motivo, y en qué nacion se dió principio á las oraciones ó panegíricos fúnebres por los difuntos; y se explican las velas de la elocuencia sobre los epicedios, sobre los epitáfios, sobre las endechas, sobre los cenotáfios, y sobre las menias,

extendiéndose tambien la erudicion si se quiere á las tablillas ó á las inscripciones que se guardaban sobre los sarcófagos. Bien repiqueteado todo esto, se busca después en alguno de los muchos calendarios que hay antiguos, qué fiesta, funcion ó sacrificio ó cosa semejante celebran en el dia que está determinado para predicar las honras, y siempre se encontrará alguna cosa que por aquí y por allí, de esta ó de otra manera, venga clavada al intento; aplicándose finalmente todas estas importantísimas noticias al asunto de la funcion con la mayor propiedad, las hogueras á las luces, hachas y blandones, las pirámides y los obeliscos al túmulo, los sacrificios á las misas, las ofrendas á las que comunmente se hacen los convidados, que los hay casi en todas partes, los epicedios y las menias al sermón ú oracion fúnebre; y demostrando de esta manera el predicador, que la piedad de los presentes no debe nada á la de los pasados, y que las honras que hacen los modernos á los difuntos, son parecidas á las que se hacian á los mismos difuntos por los antiguos. Étele V., como sin tomar en boca al sujeto por quien se hacen las honras, puede acabar honradamente con su *requiescat in pace*, que sea seguido de muchos vítores y aclamaciones.

Mira, dijo el Familiar, *yo no te puedo negar que eres un pozo de cencia, y que ahí has enjurjado tantas cosas, que me tienes aturrullados estos cascos; porque ya se vé, saber tú, como parece que sabes, en la uña todo cuanto hicieron los enjundios, los gabilonios, los miedos, los presas y esos otros que nombraste ahí á manera de caldos; habétese quedado en la mimoria*

todos esos nombres enrevesados de embolismo, parrales, cienpedio, niñerías, cienotifios y el último vocablo en que dijiste no sé qué de la Escritura de los estrófagos, digo en mi ánima jurada, que saber tú todos estos argamandijos, en los pocos años que tienes, esto sin cencia confusa, no puede ser, y loado sea el Señor de quien es todo lo gueno; pero también te digo una cosa, que también viene todo esto para perdicar un sermon de honras, como ahora llueven tocinos, y sino vaya un asemejamiento.

Yo soy ogaño alcalde de Fregenal; junto mañana concejo para saber si se han de guardar ó no los plaos. Escomienzo por decir, que esto de concejos es cosa muy añeja; porque los gabilonios, los présas, los calderos y los mamalucas los usaban allá desde el tiempo que hablaban los animales. Paso después á desprayarme sobre las diversas usanzas que habia para esto de enjuntarse el concejo, y digo por ejemplo: que en unas partes andaba el ministro de Justicia de puerta en puerta, tocando con el cencerro, que en otras era incumbencia del porquerizo, ir sonando por las calles el mismo cuerno con que juntaba los cerdos: qu'allá tocaba al munitor pregonar el concejo por las calles; qu'acá se enseñaba á rebuznar un burro desde niño con tales y tales señas, y que este burro estando ya bien industriado, y en teniendo, como dicen, uso de razon, se le entregaban al fiel de fechos, con la carga y obligacion de que los dias de concejo habia de ir rebuznando por todo el pueblo, para que viniese á noticia de todos los vecinos, y ninguno pudiese alegar incusa ni ignorancia. De aquí me meto á espricar la importancia de los concejos, la grande honra qu'han

tenido siempre, no solo en toda Europa, sino tambien en toda España. Digo por fin y postre, que todos los concejos, si se ofrece hacer informacion de nobreza y hidalguia, han de venir á probar su alcurnia de los concejos; y así como estos son sobre las Udencias y Chancillerías, pues vemos que de las sentencias de estas se apela á aquellos, ansina tambien si estuviera el mundo como debia de estar, se habia de ellos á la indecision de los concejos. Y concuryo con preguntar, ¿si en virtud de todo esto se han de guardar ó no los plaos? Dime, Gerundio, así Dios te haga bien, ¿vendria todo esto al caso para la enresolucion de aquel punto?

Buenas cosas tiene V. respondió Fray Gerundio; ¿con qué ahora quiere hacer comparacion de lo que un alcalde propone en el concejo, con lo que un predicador ha de hacer en el púlpito? Tio, en los concejos se va á la Justicia. ¿Pues qué en los púlpitos se va no más que á entretener el tiempo? Como Fray Gerundio se vió un poco apretado, procuró sacar el caballo por otro lado, para divertir el argumento. Tambien, dijo, se puede alabar á un difunto, aunque no haya hecho milagros ni tenido revelaciones ni su vida hubiese sido la más ejemplar y ajustada. ¿Cuántas oraciones fúnebres se habrán predicado en la Iglesia de Dios á grandes capitanes, á grandes conquistadores, á grandes políticos, y á muchos hombres verdaderamente sabios, de cuya canonizacion no se ha tratado ni verosímilmente se tratará jamás de ella? Con todo eso, á estos se les alaba del valor, de la intrepidez, de la presencia de ánimo, de la prudencia militar, del celo de la gloria

de sus príncipes, y en fin por otras virtudes que no se encierran ni en las Cardinales ni en las Teologales, y que no hacen al caso para la vida cristiana; pues sabemos que muchos herejes, gentiles y moros florecieron en ellas. ¿Pues por qué no pudiera yo tambien alabar á mi escribano, si quisiera, de la sagacidad, de la astucia, del ingenio, de la penetracion, y hasta de la velocidad con que escribia de buena letra, de sus airosos rasgos, y de la rúbrica que usaba por una parte tan garabatosa, y por otra tan difícil, que parecia imposible ni Falsearse ni remedarse?

«Yo soy un pobre lego, respondió el Familiar, que
«solamente sé leer deletreado, y echar mi firma con
«letra de palotes, estrujando bien la pluma, y no
«me puedo meter en si es bien permitido ó lo es bien
«permitido, que en la Iglesia de Dios se alaben púb-
«licamente, y se propongan por ejemplo de emita-
«cion al pueblo cristiano estas virtudes que tú dices,
«y con las cuales puede un cristiano irse al infierno
«tan lindamente. Este es un punto muy hondo, que
«no es para mi cabeza; y cuando tú dices que así se
«usa (que yo no lo he visto por no haberme topado
«jamás en estas perdicaciones) debe de haber razo-
«nes muy importantes para permitir que se haga an-
«sina. Lo que yo digo es, que por lo ménos acá en
«las aldeas, donde no se pueden praticar estas ver-
«tudes campanudas, y donde la gente es sencilla, si
«yo fuera obispo, de ninguno se me habia de predi-
«car sermon de honras, que no hubiese sido un cris-
«tiano muy virtuoso y ejemplar, al modo qu'acá
«nos imaginamos las personas virtuosas y enjempra-

«res. Porque decir tú del escribano, que fué sagaz,
«estuto, ingenioso, que luego se imponia en los au-
«tos, que calaba las intenciones de las personas, que
«escribia corridamente, que hacia una letra estu-
«penda, que su rúbrica se podia presentar al mismo
«rey, todo eso bueno será; ¿pero qué sacamos de
«ahí para las benditas ánimas del purgatorio?»

A tal tiempo entraron á poner la mesa, de qué no se alegró poco nuestro Fray Gerundio, porque su tío le iba apretando demasiado. Anton Zotes se habia quedado al principio á dar orden de que cuidasen de las caballerías, y después trabó conversacion con la mujer del Familiar, y con sus sobrinos y sobrinas, que entre todos eran seis, y el mayor no pasaba de doce años, repartiendo entre ellos, turrón, confites, avellanas y piñones, que habia traído para este efecto, entreteniéndose con todos mientras se asó una pierna de carnero, se hizo una tortilla de torreznos, y se guisó una buena cazuela de estofado de vaca, que con unas sardinas escabechadas, y una tajada de queso de postre, comenzando con su gazpacho de huevos duros, componia entre todo una cena substancial; sacando después de levantados los manteles un plato de cebolletas con su salero al lado para echar la de San Vitoriano.

Entraron todos en la salita ó cuarto bajo, donde estaban tío y sobrino; sentáronse á la mesa, y cenaron con tanta paz y alegría, como ganas. Casi toda la conversacion de la cena se la llevaron el Familiar y Anton Zotes, siendo su asunto el regular entre labradores. Preguntóle aquel, ¿cómo le iba de cosecha, y en qué estado tenia su serano? Respondióle éste, que

de cebada habia cogido poco por falta de aguas, y que sinó fuera por tres arenales que eran linde del arroyo, apénas tendria para el gasto y para sembrar; que de moreajano estaba mal, y que de trigo esperaba que no fuese mala cosecha; porque sobre tener ya diez cargas en la panera, quedaban doce en la era, tres peces, tres parous, y otros dos montones, y en todavía estaban en la tierra como doce morenas. *Pues por acá, amigo, no podemos echar piernas,* dijo el Familiar, *y algunos probes labradores se quedan, por istam santam untionem. Sobre caí hombre que no coge lo que sembró: Yo, bendita sea la similitud de Dios, no estoy tan despreciado, porque como la hoja que tocaba ogaño está hacia Vallauti, y aquella tierra es tan espinosa, hizo bodega con las aguas de la otoñada y las que cayeron después por los entrecejos, con que ha dado bonisimamente, y hasta unas ciento y cincuenta cargas; de todo pan ya espero cojer, con que me animaré á umbiar á Bartolo á Villagarcía, para que escomienze la glamática con aquellos benditos flaires de Dios, que llaman Teatinos.*

Sí, dijo á este punto, hecha una vívora la tia Cecilia Cebollon (que así se llamaba la mujer del Familiar) para que aquellos flairones te lo desuellen á azotes. Mejor, respondió con mucha sorna el Familiar socarrón, *por eso nació el día de San Bartolomé, y fué mi gusto que le pusieran Bartolo, para que me lo desuellen; porque desengañate Cecilia, la letra con sangre entra. Pues dígame,* respondió la Cebollana, *que por más que hagas, no he de unviar mi hijo á Villagarcía. En eso harás bien,* respondió el Familiar, *y por lo mismo que no lo has de unviar tú, tendré*

cuidado de unviarle yo. Irá donde yo quiera, respondió la Cebollana, porque es tan hijo mio como tuyo. Y aún más si lo apuras, respondió el Familiar muy fresco; pues sin meternos ahora en más honduras, al fin tú lo pariste y yo no. Ea, Cecilia, tengamos buenos manteles, y dejémonos de quebraderos de cabeza: ya te he dicho, que tú cuidarás de las hembras, y yo de los varones. Tú darás á aquellas la enseñanza que te pareciere, y yo daré á estos la que me diere la gana.

También yo la tenia de que el mi Flarico (dijo á esta sazón Anton Zotes) estudiase en Villagarcía, donde yo la habia estudiado; pero por tener paz con mi Catalina, l'unvié á Villaornate; y no me pesa, porque no ha salido por ahí ningun morondo. En todas partes, respondió el Familiar, hay guenos y malos; solamente que en unas partes son más los guenos que los malos; y en otras más los malos que los guenos. Lo que yo veo es, que los que estudian en los teatinos, no alborotan los puebsos ni apedrean los Santos, ni salivan los rosarios, ni se desvergüenzan con los flaires que estudian por otros libros: allá van en sus controversias, vocean, verrean, y gritan hasta desgañarse: pero dempués, y acabado aquello punto en boca, cortesía hasta el suelo, y tan amigos como ántes. Eso parece bien á Dios y á todo el mundo; lo contrario es mala crianza, y se conocen al vuelo los que estudian con unos y con otros.

En estas conversaciones se pasó la cena; llegó la hora de recogerse, y se retiraron todos, quedándose despedidos desde la noche; porque los huéspedes madrugaron mucho para librarse del calor; lo hicieron saliendo de Fregenal á las tres de la mañana, y

llegando á Pedrorubio entre siete y ocho, ántes que como se dice, comenzase á calentar la chicharra. No se puede ponderar el gusto y agasajo con que fueron recibidos del licenciado Flechilla, en cuya casa se apearon derechamente, segun habian quedado de concierto al despedirse en Campazas. Era víspera del dia en que se habian de celebrar las honras, y aquella tarde fueron concurriendo algunos parientes y amigos del difunto, no solo de los que vivian en los lugares circunvecinos, sino tambien tal cual que residia en poblacion algo distante. Entre estos llegó un reverendísimo abad benedictino, primo del escribano Conejo, varon verdaderamente respetable, porque sobre ser monje muy ajustado, de porte sério y estatura heróica, de venerable presencia, de semblante majestuoso, y al mismo tiempo apacible, era sujeto á todas luces, sabio, no solo muy versado en todas las facultades sérias, que son propias de su profesion, sino admirablemente instruido en todo género de bellas letras, de erudicion amena y escogida, lo que junto á un trato humanísimo y urbano, hacia sumamente grata su conversacion, y constituia un sujeto cabal y redondeado.

Traia por sócio un predicador segundo de la casa, jóven como de treinta años, y monje de su especial cariño; porque aunque era de genioabierto, festivo y desembarazado, se contenia siempre dentro de los límites de la modestia religiosa, sin que los chistes ni las gracias de que abundaba, perdiesen jamás los términos de la decencia, ni se pasasen á ser chanzas pesadas ó pullas que pudiesen ofender ni levemente á los mismos con quienes se juntaba. Por

eso, y porque era mozo muy ponderoso, exactísimo en el cumplimiento de su obligacion, y en el desempeño de su oficio, rendido á cuanto se le mandaba, y dócil á todas las advertencias que se le hacian, habia merecido la especial inclinacion y concepto del abad, que esperaba formar en él un monje á su modo y á su mano, capaz de honrar con el tiempo, no solo á la congregacion, sino tambien á toda la Órden benedictina.

Poco después que se apearon los monjes, entraron á visitarlos, como tambien al padre Fray Gerundio, el cura de Pedrorubio, que era arcipreste de aquel partido, comisario del Santo Oficio, y hombre de singular fábrica en el cuerpo, y no de ménos singular estructura en las potencias del alma. Estatura algo menor que mediana, cabeza abultada, y un si es no es oblonga, con canas rucias y tordas, corona episcopal, pestorejo colorado, y con pliegues, ojos acardenalados, y en la circunferencia unas ojeras y sulcos, que habian hecho los anteojos perdurables, que solo se los quitaba para leer ó escribir, ó cuando estaba solo; pero en visitas, paseos, funciones públicas, al instante los montaba. Era lleno de semblante, aunque se conocia no ser maciza la grosura, porque á veces fluctuaban los carrillos, subiendo y bajando como fuelles de órgano. Tampoco el color era constante: unos dias muy encendido, otros malignamente jaspeado con sus manchas verdi perdas, entre enjundia y apostema, la lengua muy gorda; el modo de hablar hueco gutural y auteritativo, resoplando con frecuencia por mayor gravedad. Sus letras eran tan gordas como la persona;

pero al fin había revuelto algunos libros de moral, y tenía muy atestada la cabeza de noticias las más ridículas y más apócrifas que se encontraren los libros; porque para él, una vez que estuviesen impresos, todos eran á un precio, y las vertía en las conversaciones de los páparos, así de corona, como legos, con una satisfaccion, con un *coram vobis*, y con unos resoplidos, que no dejaban la menor duda de su certidumbre y de su autoridad. Leía las Gacetas y Mercurios, cuando podia pillar algunos sin que le costase ningun maravedí, porque en materia de gastar era *strictioris et regidoris observantiæ*, y solia decir, no sin gracia, que para la relajacion, bastábale la potra (era muy quebrado). Hablaba mucho de la Lusacia, de la Pomerania, de la Carintia, de la Livonia, diciendo que estas provincias componian el Landgraviado y Westfalia; con que lo oian como unos parvulitos todos los curas de la redonda; y como por otra parte era infinitamente curioso en indagar todo cuanto pasaba en las chimeneas y en los rincones, cuchicador y misterioso, le miraban todos con un gesto equívoco, entre respetoso y burla, entre respeto y temor.

Aún estaban en los primeros cumplimientos del comisario, cuando se entró á galope en la sala el predicador Fray Blas en traje de camino, y sin saludar á nadie se fué derechamente á dar un abrazo á su amigo Fray Gerundio, como si hubiera veinte años que no se hubieran visto; y es tradicion, que todavía se estaba componiendo los hábitos que traia enfaldados, que se dió recado de parte del concejo, y entraron los dos alcaldes, los dos regidores, el pro-

curador de la villa y el fiel de fechos, porque aún no se había provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de ocurrir suceso considerable; por lo ménos se ha frustrado en su indagacion nuestra solitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle más de lo sucedido en el día de las honras, cuya relacion pide capítulo aparte, y vamos á servir á nuestros lectores en el siguiente.

CAPÍTULO VII.

LO MISMO QUE EL OTRO.

AMANECIÓ el día siguiente tantos de tal mes, corriendo dichosamente el año de 1700, y hablamos así por estar algo embrollada la cronología, y no es negocio de engañar á nadie, aunque nos pagaran á peso de oro cada noticia incierta. Reinaba en España su gloriosísimo Monarca; gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo; y era general de la Orden un varon grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de sol de Pedrorubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacia un sobradillo que atravesaba la pared, sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar, cuya fachada principal miraba derechamente á mediodía, desde el mismo punto de amanecer. Se habia doblado toda la clave de las campanas; eran dos esquilones, y un cencerro que se debia tocar para las misas rezadas; y aunque los esquilones, en su primitiva fundacion, segun la tradicion de padres á hijos, habian sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo, que todo lo consume, uno habia perdido la lengüeta, y se suplía la falta de esta con una pesa de hierro de dos libras

ménos onzas, que por defectuosa habia quitado al carnicero del lugar un juez de residencia. Servia á la pesa de espigon un grueso cordel de cáñamo, que prendia del anillo ó hembrilla interior del esquilon deslenguado, y como el cordel no tenia consistencia para contener la pesa en aquella direccion que la daba el movimiento á la campana, siempre que esta se empinaba, giraba en círculo la cuerda, y sonaba á almiraz de boticario cuando el mancebo desprende los polvos que se pegan á las paredes. El otro esquilon se habia relajado un poco en cierta funcion en que hizo más fuerza que la acostumbrada, y como se le iba la voz, era su sonido acatarrado.

En fin, todo esto importaba un bledo para el sermón de honras que predicó nuestro Fray Gerundio, el cual llegada la hora, y encendido el tûmulo, concluida la Misa, tomada la capa negra por el preste, y acomodado el auditorio, subió al pûlpito, predicó su sermón; ¿peró qué sermón? Excusamos repetirle, porque ya dejamos hecho un exacto y puntual análisis, que casi puede ser anatomía de su fûnebre oracion, en todo el capítulo V de este mismo libro 2.º á donde remitimos á nuestros lectores; porque no se apartó un punto nuestro insigne orador ni de aquella division ni de aquellas pruebas. Mas porque no es imposible que se halle tal cual lector tan perezoso, que no quiera tomarse el lijero trabajo de recorrer aquel capítulo; no de otra manera (porque un símil oportuno adorna mucho la oracion) que un clérigo galbanero se dá al diantre siempre que en el breviario ó misal encuentra parte del rezo en remisiones ó citas, y por nó ir á buscarlas apechuga con

el primer comun que se le pone delante; para obviar nosotros este inconveniente, hemos tenido por conveniente recopilar aquí con la mayor brevedad lo mismo que dijimos allí en gracia de nuestros lectores flacos, miserables y poltrones.

Introdujose, pues, Fray Gerundio á su famosa oracion con esta primera cláusula, que dejó atónito á todo el grueso del auditorio: « Esta parentacion sacro-lúgubre, este epicedio sacro-trágico, este coluctuoso episodio, y este panegiris escenático, se dirige á immortalizar las memorias del que hizo inmortales á tantos con los rasgos cadmeos, que á impulsos del aquilífero pincel que estampa en cándido lino triturado, sirviendo de colorido el atro liquor de la verrugosa agalla, chupando en cóncavos aéreos vasos de la leve madera Pamvescia: *Calamus scribæ velociter scribentis.* »

No es posible ponderar, con cuanta satisfaccion rompió en esta primera cláusula, y cuantos parabienes se dió á sí mismo dentro de su corazon, por haber encontrado voces tan adecuadas como significativas, para explicar su pensamiento. Que se me vengán, que se me vengán, decia allá para consigo, no solo á impugnar, sino á empujar la cláusula; que levante, que levante el retórico la postura de las voces, y que me las dé á mí más empinadas ni más eruditas. Llamar á las letras *rasgos cadmeos*; á la pluma, *aquilífero pincel*; al papel, *cándido lino triturado*; á la tinta, *el atro sudor de la verrugosa agalla*; al tintero, *el cóncavo aéreo vaso*, añadiendo después para mayor explicacion, *de la leve madera Pamvescia*, con alusion al buey, que fué enseñando

á Cadmo el camino, hasta llegar al sitio donde fundó la ciudad de Tebas. ¿Esto lo pensaria por ahí cualquier predicador sabatino de la legua? ¿y no habrá más de cuatro predicadores mayores, y más de dos predicadores generales, que no tengan númen para tanto?

Metióse al instante en el espeso matorral del antiquísimo principio de la costumbre inmemorial, y de los diferentes modos y ritos con que en todo tiempo y en todas las naciones se han celebrado las honras de los difuntos: no olvidó las repetidas citas de Polibio, Pausanias, Alejandro, Plutarco, Celio, Suetonio, Bernin, Esparciano, Novarino, Apiano, Diodoro, Sículo y Herodoto, todos de la misma manera y por el mismo orden que los cita el *Florilégio*. Encajó con la misma oportunidad las clausulillas más brillantes, y las que á él más le habian prestado en el nunca bastante aplaudido sermon de honras de los militares del regimiento de Toledo; aquello de *tan lugubrememente generosa, luctuosamente compasiva*; la otra; donde erigian *túmulos suntuosos y grandiosos, fúnebres obeliscos radiados de luces, y luctuados de bayetas*. (*Coherencia lucida, tenebrosa*) que entre *yertas y cadavéricas cenizas vitalizaba memorias de militares difuntos*; solo que en lugar de *militares*, dijo *escribanales*. Y en la que se sigue después dijo, *trucidaban inocentes víctimas, que dirigian á mitigar rigores de los dioses, esparcian rosas fragantes, confederando matices y verdores, para derramar memorias inmarcesibles y floridas esperanzas á la felicidad eterna de los militares difuntos*; solo mudó las dos últimas palabras, diciendo en vez de *militares difuntos*,

estilijeros finados; aludiendo, á que antiguamente se escribía con unos punzones de hierro ó acero, que se llamaban *estilos*. Pero lo que repitió varias veces, porque le había dado más golpe que todo, fué aquello de *sollozando menias sentidamente elocuentes, gimiendo endechas piadosamente elegantes*: y aún notó, á que el auditorio siempre que decía algo de esto se sonaban los mocos.

En donde estuvo sin comparacion más feliz que el autor del *Florilogio*, fué en aprovecharse de la exposicion de *Aie*, sobre lo que significaba *Odolla*, ciudad donde Judas Macabeo decretó las primeras honras ó primeros sacrificios que se lee en la Escritura habersé ofrecido á Dios por los difuntos. Dice *Aie*, que *Odolla* se interpreta, *Testimonium, sive ornamantum* (*testimonio ó ornamento*). Al autor del *Florilogio* le hacia al caso el ornamento y no el testimonio; porque así como las franjas, los galones y las guarniciones se llaman *ornamentos de los vestidos*, así las guarniciones de los soldados, parece que se han de llamar *ornamento de las plazas*: con que *Ciudad-Rodrigo* es ornamento: *Odolla, id est, testimonium, sive ornamantum*, pues es ciudad ó plaza de guarnicion, y por aquí le vino el estrecho parentesco con *Odollo*. Puede ser que á más de dos críticos de estos que tratan de genealogías mentales, les parezca algo largo el parentesco; pero no hayas miedo que les parezca así el que probó nuestro Fray Gerundio de su escribano, con la ciudad de *Odolla*, ó ya se siga la interpretacion de *testimonio*, ó ya se adopte la exposicion de *ornamento*. «Aquí conmigo, dijo el ingenioso orador: Si Odo-

«lla es testimonio, *Odolla, id est, testimonium*,
 « todos cuantos testimonios dió nuestro malogrado
 « héroe, dan testimonio de que fué de Odolla su ele-
 « vadísima prosapia. Nadie note el *elevadísima*, por-
 « que como se cuentan en ella tantas plumas, pudo
 « elevarse, pudo remontar su vuelo hasta dejar deba-
 « jo de sí al Icaro presumido: *Icarus Icarus nomine*
 « *fecit aquas*. Si Odolla es testimonio: *Odolla, id,*
 « *est testimonium*: luego es la ciudad de los testimo-
 « nios y ciudad de los escribanos, aunque parecen
 « dos, son una misma sinónima locucion, como sa-
 « be el retórico elegante, segun el cánon de la divina
 « *Synecdoche: Synecdoche figura est, in qua pars po-*
 « *nitur pro toto*. Y sino dígame el entendido; ¿por
 « qué Juan se singulariza por *secretario* del Verbo:
 « *Quia testimonium perhibet de illo, et scit quia ve-*
 « *rum est testimonium ejus*? Repare el discreto; lo
 « primero, porque dió testimonio; lo segundo, por-
 « que fué testimonio verdadero; *et verum est testimo-*
 « *nium ejus*. Aquello le acreditó de *escribano*; porque
 « para ser *escribano*, basta dar testimonio: *testimo-*
 « *nium perhibuit*. Esto le calificó bien de *escribano*;
 « porque para ser buen *escribano*, es menester que
 « el testimonio sea verdadero: *et verum est testimo-*
 « *nium ejus*. Pero de una y otra manera el dar tes-
 « timonio es tan propio de los escribanos, como lo
 « es de la ciudad de Odolla el ser ciudad de los tes-
 « timonios: *Odolla, id est, testimonium*.

« Volvamos al texto: celebráronse ó se decretaron
 « las primeras exequias, *lucido tenebroso*, en la ciu-
 « dad de los testimonios, en la ciudad de los escriba-
 « nos: *Odolla, id est, testimonium*; y esa misma

« ciudad era tambien ciudad de los ornamentos:
 « *Odolla, id est, ornamentum*. Espantábame yo, que
 « no estuviesen los ornamentos pared por medio de
 « las exequias: alto al misterio: llamábanse *orna-*
 « *mentos* en antonomástica posesion de las vestiduras
 « sacro-sericas, de que usaba el sacerdote para cele-
 « brar el sacrificio de la Misa: *Paramenta, seu orna-*
 « *menta*, que dijo con elegancia el litúrgico Rubri-
 « quista. Y claro está que exequias sin misa son
 « cuerpo sin alma, ó á lo ménos es la Misa la que
 « principalmente vivifica y refrigera las almas que
 « fueron de los cadavéricos cuerpos: *In Spiritum*
 « *Dominum et vivificantem, qui, etc.* Ahora conmigo:
 « La Misa, en días comunes, es de puro consejo:
 « *consilium autem do*, que dijo el vaso escogido: la
 « Misa en dias de domingo, es de riguroso precepto:
 « *Mandatum de vobis novum*. Notólo con discrecion
 « la rubicunda púrpura de Hugo: *Omnes tenentur*
 « *audire sacrum in die dominica*. Infiera el lógico
 « ahora: luego en estas exequias de Domingo Cone-
 « jo, era indispensable la Misa; porque la Misa es
 « indispensable en dia de domingo: *Omnes tenen-*
 « *tur, etc.* ¿Qué hay que replicar á esta consecuen-
 « cia? Pues allá va otra: luego fueron clara y paten-
 « temente figura de estas coluctuosas exequias las
 « que se decretaron para el invicto Macabeo en la
 « ciudad de Odolla, ciudad de los testimonios, ciu-
 « dad de los escribanos, ciudad de los ornamentos;
 « *Odolla, id est, testimonium, sive ornamentum, pa-*
 « *ramenta, ornamenta; Omnes tenentur audire sa-*
 « *crum in die dominica.* »

A este modo y del mismo gusto fué toda la oracion

fúnebre, cuyo traslado con mejor consejo nos ha parecido omitir; porque seria impropiedad en asunto tan doloroso, hacer llorar de risa á los lectores: basta decir, que para cerrarla con llave de oro, dió fin á ella con aquella ridícula alegoría que se le ofreció de repente en el ya citado capítulo quinto, para contrarestar la otra no ménos estrafalaria metáfora, que tanto celebró Fray Blas en el sermón de honras del famoso *Florilogio*: solo que allí, la dijo seguida y sencillamente sin adornarla con textos; pero en el púlpito la vistió y la sacó de gala con todos los adornos correspondientes. Tenemos lástima, y aún casi pica en escrúpulo, en defraudar al público de los oportunísimos textos de que la engalanó; y así allá vá ni más ni ménos como la pronunció con todos sus atavíos.

«En virtud de que el Fiscal (*Adversarius pester*
«*diabolus, tanquam leo rugiens, circuit quærens*) le-
«vantó auto de oficio por el supremo juez (*tenens*
«*adversarius Chirographum*), y se dió mandamiento
«de prision contra nuestro escribano difunto (*tene-*
«*te eum, et ducite caute*). Presentóse este en la
«cárcel del Purgatorio (*Claudentur ibi in carcere*),
«dejando poder al amor filial, para que como procu-
«rador suyo (*gloria patris est filius sapiens*) contra-
«dijese la demanda (*posuit me contrarium tibi*),
«apelando de la sala de justicia, á la de misericordia
«(*secundum magnam misericordiam tuam*). Libróse
«despacho de inhibicion y avocacion de autos origi-
«nales (*Ego veniam et judicabo*): dióse traslado á la
«parte de nuestro ministro encarcelado (*nil respon-*
«*des ad ea, quæ adversus te testificantur*): hizo este

«un poderoso legato de misas y sufragios (*Domine, oratio mea in conspectu tuo semper*); y dándose por «conclusa la causa (*non invenio in eo causam*) falló «la misericordia que debia de mandar y mandaba que «el escribano Domingo Conejo saliese libre y sin costas de la tenebrosa cárcel (*sinite hunc abire*), declarando haber satisfecho todas sus deudas suficientemente con las pensiones de la prision (*dimitte nobis debita nostra*); y que así fuese á la gloria en «paz (*requiescat in pace*). »

Desengáñese la elocuencia más valiente, persuádese la elegancia más retumbante, humillese la pluma de más alto remonte, y créame la fantasía del más delicado respunte, que no es posible, no digo explicar dignamente un solo rasgo, pero ni aun concebir entre sombras un tenebroso bosquejo del embeleso, de la admiracion, del pasmo, del asombro, con que fué oida la oracion de todo el numeroso auditorio que componia todo el grueso peloton de paparismo, excepto el reverendísimo abad y su sócio, que tambien estaban aturdidos, aunque por muy diverso término. No hubo siquiera uno entre todos los oyentes, que por buen espacio de tiempo no pareciese estatua en virtud del extático pasmo.

Hasta el mismo Fray Blas estaba enagenado, haciéndose cruces intelectuales en lo más íntimo de su alma, y tan persuadido ya, allá de ojo para adentro, que en comparacion de Fray Gerundio, él era un pobre motilon, que desde aquel punto le costaba grandísima violencia el no tratarle con respeto, y solo por no dar su brazo á torcer, prosiguió en la llaneza comenzada; pues por lo demás en su estima-

cion y concepto, pasaba Fray Gerundio por el primer hombre de todo el orden universal: así lo confesó á un confidente amigo suyo, esta interior particularidad, que hace tanto honor á nuestro héroe.

El licenciado Flechilla, que le habia encargado el sermón, y aquel día hacia de diácono en las honras, enagenado y fuera de sí, se quedó sentado en el banco, donde habia oído la oracion á mano derecha del Preste, tanto, que ya el comisario pasaba incensando el túmulo (calzados sus anteojos) en el último responso, y todavía permanecía en su banco el bueno del licenciado Flechilla, llorando á hilo, rendido de ternura, sin advertir lo que pasaba. Apenas entraron en la sacristía los del altar, cuando el Preste, sin dar lugar á que le quitasen la capa, se arrojó violentamente al cuello de Fray Gerundio, túvole un gran rato apretado entre sus brazos, sin hablarle palabra, y después retirando un poco el cuerpo, y poniéndole las manos sobre los hombros, prorrumpió en estas exclamaciones: *¡Oh gloria inmortal de Campos! ¡oh afortunado Campazas! ¡oh dichosísimos padres! ¡oh mónstruo del púlpito! ¡oh confusion de predicadores! ¡oh pozo! ¡oh sima! ¡oh abismo! ¡Es un horror! ¡es un horror! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Y fuese á quitar la capa, haciéndose en cruces.*

No pudo articular más palabra el licenciado Flechilla por entonces, que decir interrumpidamente: *Padre, Padre, Padrico! La semana Santa, la semana Santa del año que viene: la semana Santa no tiene remedio:* y como á ese tiempo entrase en la sacristía Anton Zotes, creyó que era llegada la postrimera hora de su vida, porque consintió morir allí ahogado, según los

abrazos que le dieron, no contribuyendo poco para anudarse las muchas lágrimas que le hacia derramar el gozo. Fray Blas estaba alónito, y solamente se explicó con los ojos y cejas. Al reverendísimo padre abad le pareció que no le permitia la urbanidad dejar de presentarse, y así dejándose ver en la sacristía, seguido de su sócio, solo dijo con afabilidad y con agrado, que había tenido un rato muy divertido, y que era razon que el padre Fray Gerundio descansase; á que añadió el sócio: yo me estaria oyendo á Vuestra Paternidad otras dos horas; la erudicion acarreada, el estilo de lo que hay poco, y el modo de discurrir es orijinal. Con las expresiones equivocadas de los dos monjes, se confirmaron los otros paletos, de que apenas un ángel podia predicar mejor.

Vueltos todos á casa, y ya puesta la mesa, se sentaron todos á ella por su órden: mensudeáronse los brindis, repitiéronse las enhorabuenas, y renováronse las expresiones; y solo no hubo décimas ni octavas, porque como la funcion era de mortuario, parecia impropiedad. Con todo eso, no se pudo contener un estudiante legista, que aquel año habia comenzado los Vinios en Valladolid, y tambien comenzaba á hacer pinillos de poeta, echando sus quintillas de cuando en cuando, sus décimas en las porterías y locutorios de monjas, cuando habia funcion de habito ó profesion. Habia concurrido á las honras del escribano Conejo en nombre de su padre, vecino de un lugar cercano, y muy amigo del difunto, que por hallarse achacoso, no habia podido concurrir personalmente. Pidió licencia para decir un epitáfio que se le ofrecia; y como el asunto era tan de *requiem*, fácilmente se

le concedió; con que prorrumpió en este disparate:

Yace entre estas dos losazas

Conejo, no yace tal,

Pues que le hizo inmortal

Fray Gerundio de Campazas:

Caminante, cuando cazas,

No hallaras vivir más guapo,

Que este sitio, en que te atrapo;

Pues con cualquier perro viejo

Cojerás aquí un conejo,

Y en el púlpito un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima, llena de ripio, y sin más sal que un equivoquillo ridículo que no tenía substancia; pero los demás, que no hilaban tan delgado ni entendían ni atendían más que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes, y le hicieron sacar incontinenti muchos traslados para repartirlos por toda la redonda: conviniendo todos, que el licenciado era tan buen poeta como Fray Gerundio buen predicador. Con esto se retiraron los padres á dormir la siesta; y después de ella sucedió lo que vamos á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

SALENSE Á PASEAR LOS CUATRO RELIGIOSOS,
Y EL PADRE ABAD, EN TONO DE CONVERSACION, DA A FRAY GERUNDIO
ADMIRABLE DOCTRINA.

DORMIDA la siesta, tomado un polvo, rezadas Visperas y Completas, y adelante un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el padre abad á Fray Blas y Fray Gerundio, que si gustaban salir á espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron á pasear en compañía de los dos monjes. Apénas salieron fuera del lugar, (y no tuvieron mucho que andar para eso), cuando impaciente ya Fray Blas, preguntó al padre abad: ¿Qué le pareció á V. Reverendísima el sermón de esta mañana? ¿No fué un asombro? En su línea, respondió el Reverendísimo, es de lo singular y de lo precioso que tengo oído. Á tal tiempo se incorporó con la tropa el comisario, que venia con alguna aceleracion á cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo, becoquin mocho, sombrero nuevo de castor, alzacuello con su esclavina, sobre-ropa con alamares, baston con puño de plata, y buen recado de borla: en fin parecia un arcediano. Después de los cumpli-

dos ordinarios, se prosiguió la conversación entablada, porque Fray Blas repitió la misma pregunta, y el padre abad le dió la misma respuesta.

No esperaba yo ménos de la profunda sabiduría de V. Reverendísima, dijo el comisario; malo es, que á mí me dé golpe un sermón, un libro, una obra, sea de la facultad y de la especie que fuere, que lo mismo mismísimo ha de parecer á todos los hombres sabios y discretos del mundo. Aquellas exquisitísimas doctrinas, digo noticias, que dijo el padre Fray Gerundio del origen de los elogios y de las oraciones fúnebres, como también de los diferentes ritos con que se han celebrado y celebran las honras de los difuntos, comprobadas todas con testimonios de tanta multitud de autores, ¿no prueban un milagro de lectura, y aun tabismo sin suelo de sabiduría? Bien puede ser, respondió el padre abad, que el reverendísimo padre Fray Gerundio le hubiese costado eso mucho sudor, mucho aceite y mucho tiempo; porque como todavía es jóven, no puede tener grande noticia de los autores que tratan á propósito varios asuntos. Dionisio Halicarnaseo, célebre historiador, y uno de los mayores críticos de la antigüedad, tiene una bella, elegante y muy erudita disertación sobre esta única materia, intitulada *de origine et vario ritu funerandi*. Allí se encuentra todo cuanto dijo Fray Gerundio, y mucho más. En esta especie de escritos filológicos, dicen los críticos, que están puestas en su lugar todas las noticias; pero en los sermones las tienen por impertinentes, y por una pueril vanidad de ostentar erudición fuera de tiempo; á lo más, permiten que se apunten muy de paso,

huyendo de recalcarse en ellas. Y solo refiero lo que los críticos dicen, pero sin tomar partido; porque no es mi ánimo defraudar un punto el concepto que se merece el padre Fray Gerundio.

¡Oh, padre reverendísimo! replicó el comisario, los críticos son extraña gente: dudarle todo, impugnarlo todo, negarlo todo, y cádate que soy crítico. ¿Hay manía más graciosa, como negar que Judas se crió desde niño en casa de Pilatos: que le sirvió de jardinero ó de hortelano: que después mató á su padre sin conocerle, porque quiso llevarse unas peras de la huerta: que al cabo se casó con su misma madre sin saber que lo era, y que á ésta también le quitó la vida por no sé qué niñería; y que viéndose viudo, se quiso meter fraile; pero no habiéndole querido en ninguna religion monacal ni mendicante, por fin y postre se metió Apóstol, y vendió á su Maestro, y se ahorcó de un moral muy alto, estando tres dias colgando de él sin poder morir, por más diligencias que hizo, hasta que en el mismo punto que Cristo resucitó, se rompió el cordel, y cayó precipitado sobre una piedra, ó guijarro puntiagudo que le abrió las entrañas, y le sacó los intestinos? Noticias todas tan ciertas, tan auténticas y tan indubitables, como que están escritas é impresas por un varon pío, docto, religioso, en un libro de título muy retumbante. Y en medio de eso, los críticos, no solamente lo niegan, sino que hacen grandísima chacota del que las escribe, y no ménos de los que las leen. No haga caso V. Reverendísima de los críticos, y déjelos decir hasta que se cansen.

Soy de esa opinion, dijo el sócio del abad algo so-

carronamente. Los críticos vienen á turbarnos de la quieta y pacífica posesion en que estábamos de creer buenamente mil y quinientas cosas, sin perjuicio de tercero, y pues ellos no hacen caso de un título tan justo como el de la posesion, tambien es puesto en razon que nosotros no hagamos caso de ellos. La erudicion sirve de adorno en los sermones, y los Santos Padres no la desprecian cuando la tienen á mano.

Por lo ménos, interrumpió el padre abad, no la usa San Jerónimo. San Gregorio Nacianzeno, en las oraciones fúnebres que pronunció, y en la muerte de su grande amigo San Basilio, y en la de su padre que se llamaba tambien *Gregorio*, ya en la de su hermana Santa Jerónima; ni San Gregorio Niceno en las que predicó en las honras de las emperatrices Plácida y Pulqueria; ni San Ambrosio en las que dijo en el colegio del Emperador Teodosio el grande, se cansaron en gastar esa especie de erudicion. Mucho peso, mucha solidez, mucha piedad, mucha elocuencia, mucho ingenio y mucha ternura, eso sí; pero erudicion ni mucha ni poca, y en verdad que los tres Santos eran muy leídos.

A eso, padre maestro, dijo el sócio, se me ofrece una grande disparidad: esos santos predicaban las honras de otros santos, y por lo ménos de unos emperadores, que aunque no estaban canonizados, compitieron en lo heróico sus virtudes cristianas, con las políticas y con las militares.

Todos estos grandes objetos estaban tan llenos de nobles materiales, que era inútil el adorno, y odiosa la invencion, cuando sin ésta y sin aquél, no tenia

tiempo el orador ni para apuntar, cuanto más para explayarse en dar al auditorio un claro conocimiento de sus héroes.

Nuestro Reverendísimo Fray Gerundio no tuvo por objeto de su oracion á ningun San Basilio, ni á ningun Emperador Teodosio. El señor Escribano (que Dios haya) seria muy buen Cristiano; pero sus virtudes no hicieron ruido. Comulgaba una vez al año con mucha devocion: oia Misa los dias de fiesta, y ganaba con su oficio todo cuanto podia. No venció tiranos, ni ganó batallas, ni conquistó provincias, ni defendió la Religion. En fin, no sabemos que sobresaliese en alguna de aquellas virtudes morales ó prendas naturales, que tal vez se reputan por asuntos de elogios fúnebres. Bien ve V. Reverendísima, que á un hombre así, esto es, de vida comun, y por ventura no muy ejemplar, ha de gastar por lo ménos una hora en celebrarle: es menester arte, inventiva y forrajear mucho en la erudicion para llenar el tiempo y para divertir la curiosidad del auditorio, ya que no se pueda decir cosa que edifique demasiadamente.

— ¡Admirable réplica! exclamó Fray Blas. No tiene respuesta el argumento, dijo el comisario. Quitómele de la boca, dijo Fray Gerundio. Sosiéguese ustedes, replicó el padre Abad, que yo veré si puedo responder á él, pero me han de oir con paciencia.

— No tiene duda que las oraciones fúnebres se inventaron en el mundo, para celebrar los claros varones, alentando á los vivos en las heroicas virtudes que practicaron en beneficio de la patria y de la república; eso de que los atenienses practicaron esa loable costumbre los primeros, como lo afirmó Fray Ge-

rundio, es muy dudoso y seguido de muy pocos. Lo más que se les concede, es la invencion de ciertos juegos ecuestres, que en honor de los difuntos esclarecidos, practicaban sus amigos y parientes como lo hizo Aquiles con Patroclo, y mucho tiempo antes Hércules con Pelope.

Lo que no admite duda es, que la primera oracion fúnebre que se lee en la antigüedad, es la de Marco Bruto, pronunciada por Ciceron, diez y seis años antes de las que se leen de los griegos, celebrando las memorias de los que murieron en la famosa batalla de Maraton; y por el mismo tiempo, poco más ó menos, tuvieron principio los epitafios ó elogios sepulcrales de los difuntos, dando noticia sucinta de las principales acciones de su vida, ó de los dictados más visibles que les adornaron, como el de Anigio Probino, cinco veces cónsul, cuestor y candidato, á su madre Anigiria Falconia Proba, mujer de un cónsul, hija de otro, y madre de dos; pero sobre ser esta una cuestion inútil, fácilmente podemos conciliar las dos opiniones encontradas, diciendo que los griegos fueron los primeros que inventaron los elogios fúnebres, dedicándoles precisa y únicamente á los que morian con las armas en la mano en defensa de la patria; y los romanos fueron los primeros que los extendieron á todos los difuntos que en cualquiera línea hubieran sido beneméritos de la República ó del Estado. Aquellos los limitaron a las virtudes militares; éstos se extendieron á todas las virtudes.

Hasta que la Iglesia comenzó á gozar alguna paz permanente, hácia los principios del cuarto siglo, no se introdujo ni pudo introducirse esta costumbre en-

tre los cristianos. Las primeras oraciones completas que tenemos que merecen este nombre, son las de San Gregorio Nazianceno, que murió el año de 391. Es cierto que ni entonces ni muchos siglos despues se permitió en la Iglesia de Dios este género de elogios públicos, pronunciados en el templo á vista de todo el pueblo, sino en la muerte de sugetos esclavizados, notoriamente recomendables por su eminente virtud ó por sus grandes servicios en obsequio de la República y Religion. Despues la lisonja, la vanidad, y la condescendencia, ayudadas de la calamidad de los tiempos, introdujeron el intolerable abuso de celebrar magnificas exequias con oraciones fúnebres á todos los difuntos que dejaban conveniencias para costearlas. Tuvo principio esta corruptela en el siglo XI, cuando se comenzó á relajar la disciplina, y las revoluciones del Imperio abrigaron la simonía, la violencia y la ignorancia. Pues se hallan en aquel siglo y los dos siguientes algunos panegíricos póstumos de sugetos, no solamente escandalosos y perversos, sino de hombres verdaderamente facinerosos.

Para formar estos elogios, claro está que era menester una de tres cosas, ó fingir descaradamente las virtudes que no tuvieron, ó ponderar las que debian tener, ó sacar al teatro con nombre de virtudes, los más vergonzosos vicios, echándoles una capa que les diese otra apariencia. Entónces fué cuando se comenzó á torcer en los pulpitos el verdadero significado de aquellos grandiosos nombres: *Magnanimidad, bizarria, intrepidez, generosidad, gran corazon, política, prudencia, teson, animosidad, heroismo, etc.* Contagio ó trastornamiento, que derivándose de siglo

en siglo, hasta nuestros tiempos, apenas nos dejó en los celebrados héroes más que unos verdaderos tiranos, ladrones, usurpadores, falaces, astutos, pérfidos, ambiciosos, atrevidos, temerarios y descarados mofadores de todo el género humano.

Apoderada de los pueblos y de las naciones, esta piadosa intencion, más ó ménos se ha conservado en toda la cristiandad. Es verdad que en nuestra España es muy rara la provincia y aún pueblo donde se permitan sermones de honras, que no sean á sugetos de virtud sobresaliente; sobre lo cual se han tomado varias providencias, así en algunos Concilios provinciales, como en diferentes sínodos diocesanos. Si hay algun gremio ó comunidad donde constantemente se observe esta demostracion con todos los individuos difuntos, es por la justa presuncion que funda el mismo hecho de haber sido de tal comunidad ó de tal gremio, de que el difunto necesariamente sobresalió en alguna virtud, prenda ó talento recomendable. Algunos son de opinion, que cuando estas prendas no salen de la esfera de puramente morales ó intelectuales, tampoco debieran salir los elogios de los sugetos que las poseyeron, de aquellas piezas donde las comunidades ó gremios sabios celebran sus juntas ó sus ejercicios literarios. Así se observaba en las dos academias de las ciencias y de las bellas letras de Paris: los nobles elogios públicos que se consagraron á la memoria de los miembros de ellas que murieron, se encierran siempre dentro de las paredes de los académicos museos, y hacen una preciosa parte de sus utilísimos ejercicios. El púlpito y los templos parece que solo debieran reservarse para

elogiar aquellas virtudes verdaderas, que sin volver siquiera los ojos hácia la vana inmortalidad de los hombres, miran derechamente á la eterna felicidad. Los que son de este sentir, juzgan que es profanarlos el dedicarlos á otra cosa. Yo prescindo de esta opinion, porque mi dictámen no hace falta ni para defenderla ni para impugnarla.

Hace bien V. Reverendísima, interrumpió el comisario, porque si llevara la contraria, nos habian de oír los sordos. Yo tengo en mi poder el sermón que se predicó en las honras de un primo mio catedrático, y aunque no fué negocio de que la gente anduviese á cachetes por sus reliquias; pero en fin el orador, que tampoco es ménos que un catedrático de prima, le compara á Salomón; y en verdad que pienso dejarle á mis sobrinos, como alhaja la más preciosa de mi herencia, mandando expresamente en el testamento, que le archiven entre los papeles más importantes de la familia, y aún no estoy ageno de hacer á mi costa otra impresion, si pinta bien la venta de carneros: pero prosiga V. Reverendísima porque le oimos con gusto.

Digo, pues, continuó el padre, que aún tolerada en algunas partes la costumbre de predicar sermones de honras á los que en vida no tuvieron las costumbres más arregladas, pero se hicieron recomendables por otras prendas naturales, dignas de estimacion, parece á muchos hombres discretos (cuyo dictámen no me atrevo á reprobar) que están en ellos muy fuera de su lugar las noticias eruditas, gastadas, como se dice, á pasto y muy de intento, especialmente aquellas que se toman de los funerales del paganismo.

¿Pues cómo se ha de bandear el pobre orador sin este socorro? preguntó Fray Blas. Yo se lo diré á V. Paternidad, respondió el padre abad.

Como se bandeó San Gregorio Nazianceno en su admirable oracion fúnebre predicada en las honras de San Basilio, cuando llegó á tratar de su casi universal pericia en todas las ciencias. Ya vé V. Paternidad que esto pertenece puramente á las prendas intelectuales y naturales; pues sin distraerse el Santo á noticias impertinentes, ni hacer ostentacion de alusiones importunas, haciendo una noble descripcion de las ciencias que poseía con perfeccion el gran Basilio, insinuando al mismo tiempo con artificioso disimulo una admirable instruccion, para que los oyentes aprendiesen el modo de poseerlas, sin descuidarse de enseñarlas como habian de usar de ellas con utilidad. Contentóme mucho este hermoso trozo de la oracion aún leído en la version latina, que sin duda perdería no poco de su elegancia original de la lengua griega. Tradújele en castellano, y aún le tomé de memoria, por si acaso se me ofrecia alguna vez aprovecharme de él; y á fé que han de tener ustedes la paciencia de oírmele, porque no les ha de disgustar.

«¿Qué ciencia, qué facultad hubo en que Basilio no estuviese muy versado, y tan versado como si se hubiera dedicado á ella sola? De tal manera las poseyó todas, que jamás hubo quién las poseyese con igual perfeccion; y con tanta eminencia se hizo dueño de cada una, que parecia ignoraba todas las demás. «¿Y eso por qué? Porque á un ingenio tan sutil como elevado, añadía una aplicacion tan continua como laboriosa; medio único para adquirir el imperio sobre

« las ciencias y las artes. Su ingenio pronto, rápido y
« penetrativo hacia al parecer ocioso su estudio infati-
« gable; y á la vista de su continuo estudio, parecia
« inútil la rápida perspicacia de su ingenio. Sin em-
« bargo, juntó la una con la otra con tanto empeño
« que dejó neutral la admiracion sin saber á cual de
« las dos partes se debia aplicar más; si á la ele-
« vada viveza de su ingenio ó al teson incansable de
« su estudio. ¿Quién pudo competir con Basilio en
« la retórica, aquella divina arte que en todo respira
« fuego? Superior á todos los retóricos más célebres
« en el inimitable uso de los preceptos, pero muy de-
« semejante de ellos en las costumbres. ¿Quién le ex-
« cedió en la gramática, aquella arte de hablar cor-
« rectamente, que forma y pule la lengua para el grie-
« go más castizo, aquella que recoge la historia,
« preside en la poesia, y como suprema legisladora,
« publica é intima leyes para el metro? ¿Quién en la
« filosofía? Verdaderamente ciencia sublime, que se
« eleva á lo más alto de la naturaleza, ya se considere
« aquella noble parte suya que se dedica á la práctica
« y experimental indagacion de las causas que produ-
« cen los efectos naturales, ya se entienda aquella
« otra que se entrega toda á la especulacion en las
« disputas, sutilezas y argumentos lógicos, que co-
« munmente se conocen con el nombre de *dialéctica*.
« En ella sobresalió tanto Basilio, que si alguna vez le
« empeñaba tanto la necesidad en la disputa, su ar-
« gumento no tenia solucion, y era más fácil al ad-
« versario burlarse del más intrincado laberinto, que
« de embarazarse en la réplica. Por lo que toca á la
« astronomía, geometría y aritmética, se contentó

« con saber lo que faltaba, para que los peritos en
« estas facultades le mirasen y le oyeseñ con respeto;
« lo demás lo consideró como inútil á la profesion de
« un sabio y sério religioso, que en sus estudios bus-
« caba el provecho y no la curiosidad; de manera
« que tanto se admiraba en Basilio lo que no quiso
« estudiar, como lo que escogió para aprender. »

« Aquí tienen Vds. un elogio limitado, precisamente á
prendas y virtudes naturales, que á un mismo tiempo
deleita é instruye, persuade y mueve sin el fárrago
de erudicion ó de noticias triviales, que un predica-
dor de los que se usan fácilmente embutiria en los
varios puntos que toca San Gregorio Nazianceno: un
elogio que no rozándose apenas con las virtudes cris-
tianas, no obstante se pronunció dignamente en el
púlpito más grave, á vista del auditorio más autori-
zado y más sério. Pues ¿quién quita, que á imitacion
de éste se formen otros muchos, cuando en los su-
getos, cuyos funerales se celebran, no hay que ala-
bar sino prendas naturales ó virtudes puramente mo-
rales, que aunque no son mérito para la vida eterna,
son imitables por útiles á la sociedad civil? »

Y si aún eso no se halla en el difunto (dijo Fray Gerundio con algun sacudimiento y retintin, como quién se habia visto en ese caso); ¿de qué ha de echar mano el predicador? Penetro, padre Fray Gerundio, dijo el padre Abad, todo el énfasis de la pregunta, que no es tan inocente como parece: confieso á V. Paternidad que mi primo el escribano no fué canonizable ni se hizo muy visible por otros talentos de la línea natural que logran alguna recomendacion entre los hombres; por eso tuve lástima del orador

que habia de predicar sus honras luego que me avisaron de su última disposicion, y aún él mismo se hizo cargo de la dificultad, cuando por conocerla, dejó limosna tan cuantiosa al predicador, atento al apuro en que se habia de ver para encontrar en él algo digno de alabarse. Pero digo, que aunque en este aprieto hay en la retórica ciertos lugares comunes, y todos graves, ¿de qué puede y debe echar mano el orador para fundar su panegírico fúnebre, sin dispendio del tiempo, sin perder respeto al púlpito, y con utilidad del auditorio? ¿Y qué lugares son esos, padre reverendísimo? preguntó Fray Gerundio. Yo se lo diré á V. Paternidad, respondió el padre Abad.

Los que llaman *de la persona*, y se pueden reducir á cuatro capitulos; á las prendas del cuerpo; á las del alma; á la nobleza y méritos de sus antepasados, y al oficio, empleo ó ministerio que ejerció el difunto cuando vivo. En el cuerpo se puede considerar la proporcion, gentileza, simetría ó hermosura, la agilidad, la robustez, la fortaleza, etc. En el alma, el entendimiento, la penetracion, el juicio, la prudencia, etc. En la nobleza ó méritos de sus antepasados, todas las hazañas que les hicieron recomendables. En el oficio ó empleo, la superioridad, la exactitud, la aplicacion, los medios, los fines, la utilidad. Pues qué, interrumpió Fray Blas, tambien se ha de hacer asunto en el púlpito, de que el difunto no hubiese sido corcobado y contrahecho; sino galan y bien puesto, parándonos en sí fué ágil, pesado, torpe ó industrioso, buen ginete ó mal ginete; ¡Valiente impertinencia!

Allá vá esa mosca, dijo el comisario, dando un resoplido. Yo me sacudiré de ella con serenidad, respondió el padre Abad.

Si, padre Fray Blas, cuando no hay otra cosa de que echar mano, puede el orador valerse de las prendas corporales, con tal que lo haga con la debida gravedad, circunspeccion y decencia. ¿No se celebran en la Escritura las fuerzas corporales de Sanson? ¿No se celebran los cabellos de Absalon? ¿No se aplaude la agilidad de Saúl y su destreza en el manejo del arco? ¿No se ensalza el primor con que David heria las cuerdas del arpa? Y ¿cuántas veces habrá celebrado Vuestra Paternidad en sus sermones, la hermosura exterior de Cristo, y habrá hecho algunas pinturas ó descripciones de la singular belleza de la Santísima Virgen? Y del juicio que supongo á Vuestra Paternidad, no quiero creer que sus descripciones ó pinturillas habian sido tan profanas, tan escandalosas, tan sacrílegas como las que he oído yo más de cuatro veces á muchos predicadores, que en lugar de pintar á la Reina de las Virgenes y Madre de pureza, parece que hacian el retrato de una Elena incendiaria, ó de una Vénus provocativa. *Cavendum est*, (dice á este intento una pluma igualmente celosa que elegante) *ab ineptiis eorum, qui in laude gravis personæ ut Beatæ Virginis, erranti stilo, lascivix speciem aliquam Elenæ formare nituntur.*

¿Qué cosa al parecer más indiferente, que la agilidad y destreza en el ejercicio de la caza? Con todo esto, se alaba mucho en las historias de varios príncipes que fueron eminentes en este ejercicio, inclinandose á él con moderacion, y con provecho y pa-

satiempo, sin declinar en el extremo de una pasión desordenada y viciosa. Tales fueron Mitridates, Adriano, Carlo-Magno, Henrico I y Alberto emperadores, los tres últimos de Alemania. Nicetas exalta con los mayores elogios á la emperatriz de Constantinopla Eufrosina, mujer del emperador Alejo Angelo, porque en la intrepidez y destreza en la caza de cetrería, no solo igualaba sino que excedía á los más hábiles cazadores de su tiempo. Ni en los nuestros nos faltan ejemplares de augustísimas princesas, que no dan muestras menores de su pericia y de su valor en el bosque, que de su penetración y de su profunda política en el gabinete; tan felices en el acierto de la escopeta, como diestras en la puntería de los negocios: lo que se aplaude en la historia, ¿por qué no se podrá elogiar dignamente en el púlpito?

Dije dignamente, y lo dije con reflexión, porque para que se hagan decente lugar en la cátedra del Espíritu Santo estas prendas naturales, siempre es menester elevarlas á motivos superiores, insinuando que aquellos que las poseyeron ó las enderezaron, ó debieron enderezarlas á fines útiles para la religión, ó cuando ménos al Estado. Un orador medianamente diestro, puede instruir fácilmente con arte á su auditorio, en los medios de elevar á fines de superior orden, las acciones más regulares y más indiferentes. No salgamos del ejercicio de la caza. Quien quita ponderar la oportuna ocasión que ofrece la soledad para el recogimiento; y varios objetos indiferentes del cuerpo para levantar el corazón á Dios; la velocidad, el furor, la astucia, y aun las valentías de las mismas fieras para mil reflexiones conducentes á la utilidad

del alma, ó al prudente gobierno para las operaciones del gobierno civil. Sabemos, que San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, era aficionadísimo á la caza de cetrería, en la cual ejercitaba mil virtudes, ya la mortificación, retirando de repente la vista, cuando más le convidaba la diversion del objeto, ya el sufrimiento, tolerando sin quejarse, así las fatigas del campo como los réveses de los temporales, ya una profunda meditación, sacando utilísimas consideraciones de la velocidad con que el halcon se dispara á la presa, de la docilidad con que á la primera insinuacion del reclamo se retira á la frondosa, de la fidelidad con que presenta la cabeza á su legítimo dueño, refrenando su natural ferocidad, por cumplir con su obligacion y agradecimiento.

Aun en el gentilismo tenemos un bello trozo del panegirico de Trajano, que puede servir de instruccion á cualquiera orador cristiano, para dirigir á la religion el elogio. «De las prendas naturales eres (dijo Plinio el jóven) diestrísimo; en la caza, una moderada frecuencia, parece recreo, y no es más que mudanza de fatiga. Tienes por alivio lo que solo es mudar de trabajo, interrumpes algunas veces los cuidados del gabinete, ¿mas para qué? para penetrar los bosques, para perseguir las fieras, aun hasta los más profundos senos de sus lóbregas cavernas, para trepar por riscos, y breñas inaccesibles, sin más auxilio que el de tus piés, sin otras huellas que las que estampan tus plantas: ¿esto en qué viene á parar? en que con sobre escrito de diversion, ejecutas la piedad, visitando aquellos sagrados lugares, y saliendo al encuentro á los Dioses

« tutelares, que los presiden y los protejen: *Quód si quando cum influentibus negotiis paria fecisti, instar refectionis existimas mutationem laboris, ¿quæ enim remissio tibi nisi lustrare saltus? ¿excutere cubilibus feras? ¿superare immensa montium juga, et horrentibus scopulis gradum inferre? ¿Nullius manu, nullius vestigio adjutum?* »

Y si el bueno del difunto, replicó el sócio, no tuvo ninguna destreza ni habilidad, sino para comer y beber, pasearse y vita bona, ¿á dónde ha de acudir el angustiado orador por los elogios? ¿A donde? respondió el padre Abad, á su profesion, á su oficio; pues no hay oficio ni profesion que no dé abundante materia para celebrar, sino al modo con que le ejercitó, al modo con que debe ejercitarle, y á los fines á que debe dirijirle, lo que todo redundará en provechosa enseñanza del auditorio.

Y parece á V. Reverendísima, dijo Fray Blas, que se encuentran ahí á la puerta de la calle los elogios de todas las facultades, y de todas las profesiones? ¡Jesús! respondió el abad, no hay cosa más á mano ni tampoco más de sobra. Cualquiera autorcillo que escribe sobre el todo ó la parte de alguna facultad, oficio ó empleo, comienza colocándole más allá de las nubes. Pues el prólogo y primer capítulo, cuando muchas veces no sea la mayor y la más útil parte de la obra, se reduce por lo comun á recoger todo cuanto se ha escrito en recomendacion de la materia que trata; de su antigüedad, de su nobleza, de su necesidad y de su suma importancia; tanto que al leer la introducción del más despreciable folleto, sobre alguna parte de aquellas cualquiera facultades,

y aún artes y oficios mecánicos, un lector incauto se persuade, á que no hay más noble, más importante ni más necesaria. A este propósito me acuerdo, que siendo muchacho leí cierto librito sobre las fiestas que habia hecho en una ciudad el gremio de los sastres, con ocasion de un retablo que habia costeado el mismo gremio. El autor así en la introduccion, como en lo restante de la obrilla, juntó ó esparció tantos y tan magníficos elogios de este oficio, sobre todo, inculcó su antigüedad y su nobleza, probando á su parecer concluyentemente, que éste era el primero que se habia ejercitado en el mundo siendo Adan y Eva los primeros sastres, fundado en aquellas palabras del capítulo 3.º del Génesis: *Cumque cognovissent se esse nudos, consuerunt folia ficus et fecerunt sibi perizomota*; que convencido yo á lo mismo, faltó poco para meterme tambien sastre.

Tan bajos pensamientos como esos, interrumpió el sócio, nunca los tuve yo; pero tanto como dedicarme á boticario, no me faltó un tris para hacerlo, desde que leí un cierto papelejo sobre la confeccion de Alkermes, que el Espíritu Santo era el verdadero fundador de las boticas, por cuanto él es el que inspira el conocimiento de la virtud de los simples, y el modo de alabarlos. Añadió que por eso las quintas esencias, que son los medicamentos más activos; se llaman *espíritus*, como alusion á su divino inventor.

Chanzas á un lado, continuó el abad; al gramático, al retórico, al poeta, al físico, al metafísico, al músico, al astronómico, al legista, al teólogo, y á proporcion á todos los profesores de las artes ú oficios.

mecánicos, se les puede alabar en el púlpito con majestad y con decencia, por el ejercicio de sus mismos oficios y facultades. Para hacer el elogio de un gramático no hay más que leer á Marciano Capela en el libro 3.^o; á Diomedes en la epístola á Atanasio; á Diodoro Sículo en el libro 12.^o, *sobre las leyes de Charondas*; y á Suetonio *de illustribus grammaticis et criticis*. Para el de un retórico y orador, sobre lo mucho que dice Filon Hebreo en un libro de *Cherubin*: á Ovidio en el libro 2.^o de *Ponto* Elegia 2.^a; á Plinio el menor en el libro 2.^o epístola 3.^a; á Séneca en el prólogo á las *Controversias de Craso Severo*; y tambien á Ausonio en su *Panegírico á Graciano*.

No hay cosa más de sobra, que los elogios de la poesía; tropiézanse tantos, que son estorbo más que diversion. Casi todos los que se encuentran en los modernos, son copiados de los que se leen en el *Diálogo pro y contra de la poesía*, que corre con el nombre de Cornelio Tácito, y muchos creen ser de Quintiliano; de los que recogió Silvio y Julio hácia el fin del libro 11.^o; de los que se hallan en el *Gentiliaco* de Luciano, como se lee en las obras de Estacio; y finalmente, de lo mucho que dijo Florido en el capítulo 7.^o del libro 3.^o *Contra los detractores de los poetas*.

En amontonar alabanzas de la filosofía, parece que todos han conspirado; oradores, poetas, historiadores, Ciceron, Capela, Claudiano, Sidonio Apolinar, y todos los que escribieron las vidas de los filósofos antiguos y modernos, como Eunapio, Sardonio, Porfiro, Filóstrato, Lemnio, Ammonio, Hegesipo, Dion, Diógenes Laértio; y entre los moder-

nos, Bruquero, Basio, Sonso, Capasi, y el inglés Tomás Stanley.

Para poner la medicina sobre los cuernos de la luna, no es menester más que abrir cualquiera tratado, que haya escrito en algun asunto de ella el más desdichado pedante. A carretadas recoge lo infinito que se ha dicho de la buena, cuidando no menos de suprimir lo infinito que se ha declamado contra la mala. Pero en fin, por expresar algunas fuentes determinadas, léase *la vida de Galeno*, recogida por Julio Alejandrino; *los comentarios de la nobleza*, por Andrés Jiraquel; y *la epístola del Ilustrísimo Guevara al doctor Melgar*, y encontrará el orador un almacén de elogios de la medicina, que no los ha de consumir en un tomo entero de sermones de honras, á los que han hecho predicar tantos por sus desaciertos.

De las matemáticas, sé muy bien lo que dice San Agustin: *Quas multi sancti nesciunt quidem, et qui etiam sciunt eas, sancti non sunt.* « Que muchos santos las ignoran, y que los que las saben no son santos. » Esta sentencia que parece dura, no quiere decir lo que suena: solo intenta el Santo significar por ella el grande embeleso con que esta nobilísima ciencia arrebatá hácia sí á sus profesores, los cuales necesitan de un esfuerzo muy particular, para desviar su atencion de las especulaciones matemáticas, si han de encontrar tiempo para dedicarse á las verdades del Evangelio. Por lo demás, nadie puede negar que el mismo embeleso con que arrebatan el alma, es el medio tan eficaz, como inocente para desviarla de las pasiones, que son los mayores ene-

migos de la santidad. Y así apenas se encontrará matemático sobresaliente, que no sea hombre de costumbres irreprehensibles. Pero casi siempre va sobre seguro el elogio de estos profesores; y para formarle, prestan sobrados materiales Platon en su Timeo; y Aluneco en el *Isagoge á la doctrina de Platon*.

Un músico tiene mil capítulos, que le pueden hacer justamente recomendable; solo con pasar los ojos por el bello panegírico que Casiodoro hace de la música en el tratado que dirigió á Boecio Patricio libro 2.º, hay cópia de escogidos materiales para celebrar á los que profesan esta primorosa facultad. Y él que no se contentare con estos, puede leer al ya citado Marciano Capela en todo el libro 4.º De los jurisconsultos y de los teólogos no hablo; porque es menester que sea muy ignorante el que no sepa que se puede formar una grande librería, compuesta precisamente de los elevados y merecidísimos elogios, con qué todos los han agradecido.

No se fatigue más V. Reverendísima, dijo á esta sazón el comisario, que aunque yo le estaria oyendo con grandísimo gusto, desde aquí á mañana, me causa congoja el miedo de que se cansé.

Pues yo, añadió Fray Gerundio, con licencia de V. Reverendísima y solo por oír á V. Reverendísima, tengo de hacerle todavía una pregunta. Y si el difunto, no solo no sobresalió en prendas algunas cristianas, morales ó naturales, no solo no fué eminente en la facultad que profesó ni en el oficio que ejerció, sino que en la religion fué un mal cristiano, en la facultad un zopenco, y en el oficio un mal hombre, ¿qué ha

de hacer el orador, sino refugiarse al sagrado de la erudicion?

El caso es algo apretado, respondió el abad, pero no tanto que no tenga salida. Puede hacer lo que se refiere en la vida de San Antonio de Padua (caso que no pueda escusarse de predicar en sus honras, que será el arbitrio mejor); obligaron al Santo á predicar en las de un usurero; quitóse de cuentos, no disimuló el torpe vicio de que habia adolecido públicamente el difunto, declamó vehementemente contra él, y ponderando aquel texto de la Escritura, *Ubi est thesaurus tuus, ibi et cor tuum erit*: «Donde está «tu tesoro, allí está tu corazon». Para probar la verdad de este oráculo, dijo con instinto superior, que acudiesen al cofre donde el difunto tenia su tesoro, y que hallarian su corazon en él. Hizose así, y encontróse efectivamente; trájose á la Iglesia con espanto de todos, y á vista de aquel desdichado corazon, hizo el Santo un sermon de ninguna utilidad para el difunto, pero de grandísimo provecho para los vivos.

En la vida del venerable capuchino y apostólico misionero Fray José de Carabantes, se refiere otro caso muy parecido: dícese en ella que estando un religioso de su misma órden para predicar el sermon de honras de cierto ministro de Justicia, se le apareció rodeado de llamas la noche antes, y le dijo: *No prediques mis honras, sino mis deshonoras; porque te he-go saber que así yo como todos los que hemos tenido empleo de justicia en este pueblo, por espacio de 40 años estamos ardiendo en los infiernos*. Con efecto, este fué el sermón que predicó, dándosele poco de

que los parientes del difunto se diesen por ofendidos, como se diesen por avisados, y por escarmentados ellos y los demás. No se puede aconsejar que se haga lo mismo siempre que la vanidad ó la lisonja insistan que prediquen honras de sugetos, cuya vida fué notoriamente desordenada y escandalosa. Para esto era menester un espíritu tan iluminado y una santidad tan conocida como la de San Antonio de Padua: pero á lo ménos debe guardarse bien el orador de tocar en las costumbres del difunto; porque ó ha de mentir ó ha de escandalizar. Mucho mayor cuidado ha de poner en suponerle en estado de gracia, ponderando fuera de tiempo la infinita misericordia del Señor; porque el auditorio incauto y sencillo, y tambien el que no lo es, oyendo desde el púlpito las imprudentes conjeturas de que se salvó un hombre de tan mala vida, entra en la nécia confianza de que igualmente se podrán salvar los que le imitaren en sus desórdenes.

¿Pues qué partido juicioso, preguntó el sócio, se podrá tomar en ese apurado lance? El que se debiera seguir, respondió el Abad, en casi todos los sermones de honras, especialmente los que se dedican á sugetos que no hubiesen sido de una virtud singular, notoria y generalmente conocida; desviar enteramente la atencion de aquel difunto particular, y fijarla en todos los fieles difuntos. Quiero decir, ponderar la terribilidad de las penas del Purgatorio; el rigor con que se castigan aún las más leves culpas con los más graves tormentos; la dispensable obligacion que todos tenemos de aliviarlos con nuestros sufragios, las almas que los padecen, siendo esta obli-

gacion mayor ó menor, segun la mayor ó menor conexion de los vivos con los difuntos; el sumo reconocimiento de aquellas almas afligidas, respecto de todas las que contribuyen á aliviarlas; su grande poder con Dios cuando se vean en el descanso eterno de la gloria. Inferir de aquí que nosotros interesamos mucho más que ellas, en los sufragios que las ofrecemos; porque nuestros sufragios á lo ménos las podrán anticipar una felicidad de que ya están aseguradas: pero su poderosa intercesion con Dios nos podrá asegurar esa misma felicidad, que aún está expuesta á tantas contingencias. Nosotros podremos conseguir, que salgan cuanto antes del Purgatorio; ellas podrán alcanzar que jamás caigamos en el Infierno. Vé aquí unos materiales copiosísimos para disponer muchos sermones de honras, aún en la muerte de los hombres más foragidos.

No son malos (dijo el comisario ahuecando la voz, entre resoplido y regüeldo); pero sino se ilustraran los tormentos del Purgatorio con algo de la rueda de Ixion, con un poco de los perros de Anteo, con un rasgo de buitres de los Promoteo, con mucho del perro, digo toro de Falaris y sobre todo para pintar bien la pena de daño, con buen recado de la sed de Tántalo, á vista del cristalino chorro, es negocio de dormirse el auditorio, si los ronquidos no valen por sufragios, no hay que esperar otros.

Soy de esa opinion, añadió Fray Blas. Nunca me apartaré de ella, prosiguió Fray Gerundio. Padre Maestro perdimos el capítulo, concluyó el sócio. No perdimos tal, respondió el Abad, porque yo no hice empeño de traer á mi opinion al señor comisario ni á

estos Reverendísimos Padres , conociendo bien ser empresa muy superior á mis fuerzas. Digo mi dictámen por modo de conversacion , y en lo demás cada cual abunde en su sentir. Esto es , añadió el sócio , cada loco con su tema. Pero como yo estoy convencido de lo que V. Paternidad ha dicho , y por lo que á mí toca, con firme resolucion de no separarme un punto de sus máximas, solo quisiera saber : qué autor ó autores podria seguramente imitar en las oraciones fúnebres, y si ha habido algun sobresaliente y cabal en este género de composiciones ?

V. R. que entiende medianamente la lengua francesa, respondió el Padre Abad, ó á lo ménos sabe de ella lo que basta para el gasto de casa, no ignora que hay escrito en ella mucho y bueno de esta especie. Apenas se hallará una oracion fúnebre pronunciada en esta lengua, singularmente de un siglo á esta parte, que no sea un bello modelo de la más castiza y aún de la más cristiana elocuencia. San Francisco de Sales fué de los primeros que abrió puerta á la nacion francesa, en la tierna oracion fúnebre pronunciada en esta lengua en las honras del Duque de Mercœur. La que el Padre Burdaloue predicó en las del gran Príncipe de Condé Luis de Borbon , parece que apuró todos los primores del arte. Pero él, que entre todos los oradores franceses se elevó en este género de elocuencia á tan superior altura , que no parece posible se remonte más el vuelo de algun orador humano, fué el gran espíritu Flechier, Obispo de Nimes, excediéndose singularmente á sí mismo en la célebre oracion del vizconde mariscal de Turena. Si despues se acercó alguno á este grande hombre , fué el Ilus-

trísimo Señor Don Pedro Francisco Lafiteau, Obispo de Sisteron, en la que pronunció en las honras de nuestro gran Rey Felipe V, que al punto se tradujo á castellano, sirviendo de ejemplar á pocos, y de confusion á innumerables.

Verdad es, que en este punto no están los franceses tan indulgentes como yo, á los ménos en todos los artículos; porque suponen lo primero, que las oraciones fúnebres no se hicieron para el púlpito, el cual las adoptó á regañadientes, viendo que la lisonja, ó cuando ménos la condescendencia con los grandes, se empeñaban en introducir las en el santuario. En esto no me separo mucho de ellos. Suponen lo segundo, que para celebrar dignamente á un héroe, es menester que sea tambien héroe el orador; porque no siéndolo, no puede tener ideas ni expresiones proporcionadas al mérito ni á la grandeza de su objeto. De manera, que el auditorio ha de estar como indeciso, no sabiendo determinar cual es mayor en su línea, si el héroe del púlpito, ó el héroe de la campaña, del gabinete ó del sólio. Consiguientemente á esto suponen lo tercero, que en materia de oraciones fúnebres, no se sufren medianías, ó han de ser excelentes, ó han de ser intolerables. Si el auditorio no está embelesado, tiene derecho á silvar el orador. Esta máxima me parece que inclina demasiado al rigorismo, y no mudo de opinion: porque diga Tulio en la carta á Marco Bruto, que *eloquencia quæ admirationem non habet, nullam judico*: «Que miéntras el orador no asombra, no es orador.» Mas acá hay posada: como llegue á agradar, persuadir y mover, cumplió bastante con su obligacion. Suponen lo cuarto, que los gran-

des empleos, los primeros puestos, la autoridad, la nobleza, la sabiduría, el genio, el valor, el heroismo ni aún el mismo trono, mirados precisamente en sí, no son asuntos dignos de un orador cristiano, y para serlo, es menester que el orador haga reflexion á su inanidad, á su inconstancia, inspirando al auditorio el ningun aprecio que merece este vano humo, útil solo cuando se usa de él para fines elevados y superiores. Tampoco me atrevo á desviar de este dictámen, porque le hallo muy conforme á los principios de la Religion, y aún fundado en las más sólidas máximas de una buena filosofía moral. Estas son las severas leyes, que los franceses se proponen para sus oraciones fúnebres, y es cierto que los más se arreglan admirablemente á ellas.

Pero no crean Vdes. que ellos solos las observan, y no tengamos nosotros dentro de casa algunos bellos ejemplares que imitar, sin necesitar de mendigarlos fuera. Sin salir de la universidad de Salamanca, hay modelos muy acabados. El amor de la cogulla no me permite olvidar á nuestro maestro Vela, á quien arrebató la muerte, cuando el mundo empezaba á conocerle. En dos ó tres oraciones fúnebres que predicó y se dieron á la luz pública, mostró su raro talento para este género de composiciones, en que sin duda compitió con los más nobles oradores.

El reverendísimo padre Salvador Osorio de la Compañía de Jesús, catedrático de aquella universidad y provincial de la provincia de Castilla, fué muy singularmente buscado para este género de empeños, y salió de ellos con tanta felicidad, que casi to-

dos los sermones fúnebres se dieron á la estampa, aún ménos para inmortalizar la memoria de los difuntos, que para la enseñaanza de los vivos, y para la admiracion de los sabios.

Varias veces me he lamentado de que algun sujeto celoso de la gloria de nuestra nacion no hubiese hecho una coleccion de estas oraciones, para que tuviésemos en España un funeral que pudiese honrar con los más célebres, que tanto ruido meten en las naciones extranjerass. En la corte de Madrid se predicaron tambien nobles oraciones fúnebres en las exequias del gran Rey Felipe Quinto. No hablo de todos, porque algunos inquietarian las cenizas de aquel piadosísimo, juiciosísimo y advertidísimo Monarca, si fuera capaz de turbarse el descanso de sus reales despojos, que con gran fundamento considera la piedad, como preludio del eterno y glorioso, que algun dia les esperaba. Entre otras muy dignas del mayor aprecio, me arrebató la atencion y el gusto la que predicó el doctor Don José de Rada y Aguirre, capellan de honor de su Majestad, y su predicador de los del número, y hoy dignísimo cura de su Real Palacio. Díjola en las exequias que consagró á las eternas memorias de aquel Monarca su real congregacion de *Maria Santísima de la Esperanza*. Su asunto fué un nobilísimo cotejo de las gloriosas hazañas del Príncipe, con las heróicas virtudes de Cristiano: protestando el discretísimo orador, que aquellas sin estas serian materia indigna para un elogio proporcionado al pié de los altares. Confieso que me embelesó aquella noble oracion, y que es grande mi dolor de que muchos oradores españoles

desvian tanto del verdadero camino de elogiar dignamente á los difuntos, con aprovechamiento de los vivos, cuando tienen á la vista conductores tan seguros.

Al decir esto, se hallaron todos dentro de casa de vuelta del paseo, que no fué corto; porque insensiblemente los fué empujando en él la divertida conversacion; y si la cercanía de la noche no les hubiera avisado de que era tiempo de retirarse, es de creer que el Reverendo Padre Abad nos hubiera enriquecido con otros muchos materiales igualmente preciosos y oportunos sobre una materia de tanta importancia. Lo peor del caso es, que perdió el aceite y el trabajo, porque segun atestiguan uniformemente varios instrumentos innegables, solo el sócio se aprovechó de la doctrina: los demás la oyeron con grandísima frescura. El comisario dijo entre dientes, *No me encaja*: Fray Blas respondió, *tampoco*; y Fray Gerundio, *Viva el Florilégio y muera la peste*.

CAPÍTULO IX.

ES BUENA COSA, Y MERECE LEERSE.

AL dia siguiente descamparon todos los huéspedes llevándose Fray Gerundio en todo caso sus 200 reales en la bolsa, y su *Semana Santa* entre pecho y espalda. Esto le acomodaba infinito, y ya no dudaba que se sorberia todos los sermones famosos de veinte iglesias en contorno, ni más ni ménos como si se sorbiera un par de huevos pasados por agua; tan firme en este concepto, que ya repartia en su imaginacion algunos de los que sobrarian entre Fray Blas y otros amigos. Fray Gerundio, Fray Blas y Anton Zotes se fueron á comer á Fregenal del Palo, donde se dividia el camino para Campazas y para el convento, con ánimo de descansar aquel dia en casa del famoso Familiar.

Recibióles éste con su agrado, sosiego, paz y socarronería natural luego que se apearon, y los saludó á todos cariñosamente; pero sin quitarse de la cabeza un monteron perdurable, dijo á Fray Gerundio: « A fé, sobrino, que vienes al más mejor tiempo de el mundo, porque nos saques de una enfecultá; « porque yo bien conozco que eres un gran letrado, « y que has regolvido más libros, que un bilbateca-

« rio. . . » *Bibliotecario*, querrá V. decir, le corrigió Fray Gerundio. « ¿Ya escomienzas, majadero? le replicó el Familiar. Si entendieses lo que quiero decir; ¿qué te importa á tí el modo con qué le digo? Al fin *bilbotecario* ó *bribrioquitario* ó sea lo que se juere, lo que yo te digo es, que tu tia y yo estamos en una contraversia; el punto tiene uñas, ó no me parió mi madre, ó harto será que yo no tenga harta razon en el caso. . . . Pero desenfórjen- se primero Vdes. y entremos en la sala baja, porque no es negocio de tratar unas materias tan hon- das en el corral. »

Hiciéronlo todos así; entráronse en la salita, y limpiáronse el sudor, aliviáronse la ropa; echaron un trago, y estando ya sosegados, prosiguió el Familiar de esta manera: « Pues (como iba diciendo de mi cuento) ¿no vés sobre aquella arca grande una arpillera liada? Mas vá á que no adivinas lo que tiene. ¿Cómo quiere V. que lo adivine? respondió Fray Gerundio. Pues yo te lo diré en prata, dijo el Familiar, tantas varas de una tela muy rica, que yo no sé como se llama, solo sé que me costó á 60 reales la vara; porque dicen que viene allá de las Indias, y no se fabrica en nuestro incontinente, y es de color de pechuga de tordo zorrero, ó de aquellos pájaros que se llaman, se llaman. . . . Vá- me Dios; ¿cómo se llaman? Ello es una cosa que suena á maravedises. ¿*Malvises*? apuntó Fray Blas. Si, padre nuestro, prosiguió el Familiar, *Malguises*, que no parecen sino mesmamente el color del hábito de nuestro Padre San Francisco. Amen d'eso, hay en la tal arpillera otras tantas varas de raso

«liso amarillo como hiema de huevo, para la enfor-
 «radura. Allende de todo lo dicho se contienen en
 «la susodicha otras milenta varas de listonejos y de
 «fruedos con campanillas ó con esquilones ó con
 «cencerros, que dice mi mozer, que cosa que es
 «muy precisamente necesaria para hacer un piso ó
 «un friso, ó que sé yo como se llama; con sus on-
 «das escaljadas ó escaroladas, en el roda-pié de la
 «basquiña. *Item*, un cordonillo de hilo d'oro muy
 «sotil, para los cabos de la casaca. *Item*, otro cor-
 «don grande del mismo hilo con sus nudos á tre-
 «chos como los cordones de los flaires, pero traba-
 «jado con mucha prolijidad, delicadeza y simetría,
 «que real y verdaderamente encalabrina la vista. Ea
 «pues, apostemos una azumbre de vino, que no adi-
 «vinas ¿para qué es ese todo matalotaje? *Item*, ¿Cómo
 «quiere V. que yo lo adiviné? respondió
 «Fray Gerundio. «Ten paciencia, dijo el Familiar,
 «que yo te lo diré, sin que te cueste trabajo. Tu pri-
 «ma Sidora estuvo primero en carrampion, después
 «con veruelas, después con destinseria, y en fin si
 «se vá ó no se vá, que era un joicio esta casa. A
 «este tiempo vino aquí un flairico (ni más ni ménos
 «como tú, sálvante el santo hábito), que predicó á
 «San Antonio de Paola, y dijo entre otras cosas,
 «que era bueno encomendar las doncellas enfermas
 «al Santo, y ofrecerle que traerian su hábito, por
 «tanto y por cuanto tiempo. Para esto contó un
 «ejemplo de una doncella rica, hermosa y la única
 «engenita de su casa, que estaba ya agonizando por
 «unas veruelas malinas, que le habian ponido la ca-
 «ra como un sapo hinchado; la madre la ofreció con

« mucha endevocion al bendito Santo, diciendo que
« si la sanaba y la quedaba sin ojos en la cara, la
« habia de vestir de su hábito, hasta que se casase,
« ó en fin tubiese otra conveniencia que Dios la de-
« parase. Súpitamente sanó la doncella, y la cara se
« la quedó tan lisa y tan llana, como si mesmamente
« fuera una mesa de trucos. Oyó este ejempló tu tia
« Cecilia, viene á casa, cuéntamelo, y dice, que
« quiere hacer lo mismo con Sidorica. Dígola que me
« parece santo y gueno. Al cabo de muchos dias, co-
« menzó á remplazarse la muchacha, hasta que al
« fin se levantó de la cama, y con el tiempo se fue-
« ron cerrando los agujeros de la cara, tanto que
« quedó como unas flores, y como si enjamas hubie-
« ra tenido tales veruelas. Díceme tu tia, quiere
« cumplir su promesa, y yo la respondo, que santo
« y gueno; qu'es mucha razon y josticia, ¿y qué ha-
« ce? Vá y despacha un mozo á Vallaulí, el cual llegó
« anoche con todos esos argamandijos, para el santo
« hábito. ¿Qué te parece, Gerundio?»

¿Qué me ha de parecer? que hizo muy bien mi tia
Cecilia, porque es justo cumplir lo que se ofrece á
los santos. A este tiempo entró Cecilia en la sala, y
conociendo lo que se hablaba por la respuesta que
dió Fray Gerundio, dijo con mucho alborozo: « Bien
« haya la madre que te parió, sobrino mio, que das
« la razon á quien la tiene, y no tu tio, que es un
« testarron, y en dando en una, no le sacarán de allí
« cuatro juntas de gueyes. Tanto me han entendido
« el sobrino como la tia, respondió frescamente el
« Familiar, y mejor matrimonio era imposible que se
« juntase, si él no fuera flaire, y ella no fuera mi

« mujer. Vamos al caso: yo no digo que no se cum-
 « pra lo que se promete á los santos. ¿Soy acaso
 « por ahí algun hereje de mala ralea, para enseñar
 « esa mala doctrina? Lo que digo es, que cuando se
 « promete á un Santo poner el hábito de su religion,
 « como si dejéramos á San Antonio de Paula, el de
 « San Francisco; á San Vicente Ferrer, el de Santo
 « Domingo; á San Francisco Javier, el de los Teati-
 « nos, y ansina de otros: lo que yo entiendo es, que
 « se ha de vestir la persona de aquel mismo paño,
 « sayal ó estameña de que anduvieron vestidos los
 « santos, á quienes se hace el prometimiento, ó á lo
 « ménos del que andan vestidos los flaires de su re-
 « ligion, pobre y humildemente; porque decirme á
 « mí, que ha de ser enculto y ensequio de los san-
 « tos traer unos hábitos, que cuestan más que las ga-
 « las de una nóvia, solo porque se asemejan un si
 « es no es en el color, pero en lo de demás telas muy
 « ricas, ó á lo ménos muy delicadas, mucho cinta-
 « jo, mucha farfalá, mucha franja, cabos por aquí,
 « gueltas por allá, escudo con mucha pedrería, evi-
 « llas de lo mismo en las correas, y ansina otras
 « fantasías, qu'a inventado la vanida de las mujeres;
 « eso es habrarme de la mar: y no me sacarán de
 « que esto es más burla, que devocion; más es irri-
 « tar los santos, que hacernos los perpicios, aun-
 « que me prediquen flaires descalzos. »

Segun eso, replicó Fray Gerundio, V. querrá que una mujer tierna y delicada, ofrecida á traer el vestido de San Antonio, ó por devocion ó por reconoci- miento de algun beneficio, se vistiese de un sayal áspero y burdo; y si es el de San Vicente Ferrer, de

una estameña gruesa y ordinaria; si el de San Francisco Javier, de un paño comun y basto? «Craro está que lo querría, y que lo quiero, respondió el Familiar, porque en demas nos es vestir el hábito que trajeron los Santos, ni es devocion, ni es penitencia, ni muertificacion ni es modestia virginal, sino ventolera, vanida, ostentación, profanida, descarnio, sacrilegio, ¿y qué sé yo que más? Mal me quiebren los huesos si los Santos no se irritaren de este inculto, en lugar de darse por obsequiados, y para que no magines cabro de mi calletre, te he de contar un ejemplo que m'acuerdo haber oido á este propósito.

«A cierto caballero muy jurador y maldiciente, le castigó Dios, disponiendo que se le hinchase la lengua, y le saliese un palmo fuera de la boca. El pobre impaciente, se enrepentió, y ofreció á la Santísima Virgen, que si por su intercesion le libraba su Hijo de aquel trabajo, se vestiria de ermitaño, y la serviria como tal en un santuario suyo muy celebrado. Al punto y al momento se recogió la lengua á su lugar, y él empezó á cumplir su promesa honradamente, yéndose al santuario, y echándose á cuestras una saya de ermitaño con todo rigor, que no habia más que pedir. Pero el diablo que no duerme, le sugirió endempues, qu'aquel traje le deshonoraba, y que podia cumplir su promesa, conservando no más que la figura, y mudando la materia, de manera que pareciese ermitaño, sin dejar de mostrar que era caballero. Cayó el pobre señor en la red que le armaba el astuto enemigo, echóse un saco y un manto y una capilla de paño fino, pren-

«diendo la correa con evillon de plata sobredorada,
 «que parecería bien en el petril del caballo del mis-
 «mo rey; su sombrero blanco de castron con su ga-
 «lon d'oro, que enchizaba, sus medias de seda enta-
 «raziadas de varios colores, que formaban un pardo
 «enzeniciento muy apracibre á la vista, sus zapatillas
 «blancas listoneadas á trechos de negro, para remedar
 «las andarias de los flayres descalzos, y por báculo
 «una caña de Indias con su puño d'oro, en figura de
 «cayado, como dicen, que s'usan agora en algunos
 «señores de la corte; ¿y qué sucedió? qu'á pocos
 «dias qu'anduvo, en este traje enresible para los
 «hombres de juicio, se le volvió á escurrir la lengua
 «de la boca, y en verdá, en verdá casina murió, no
 «habiendo ninguno, que no lo atribuyese á castigo de
 «la Virgen, por la burla qu'abia hecho del hábito qu'a-
 «bia ofrecido, y esto siendo ansina, que el hábito de
 «ermitaño no está bendito, ni como dicen significado.
 «Pues que sanden agora las señoras damas á burlarse
 «con los santos hábitos.»

No creo yo, dijo entónces Fray Blas, que lo hagan por burla, sino por la natural delicadeza del sexo, que no las permite usar de unas telas ó paños tan bastos, que las brumarian. «Padre predicador mio, replicó el Familiar, déjese de circunloquios: lo primero, del mismo sexo fueron las Santas y grandes señoras, que sabemos andaban en el siglo vestidas de los hábitos de varias religiones, y de ninguna se dice, qu'anduviese vestida de esta forma, sino lisa, llana y pobremente como los flayres y como las monjas: lo segundo, del mismo género son tantas capuchinas descalzas, recoletas, carmelitas y otras

« innumerables, que pueden muy bien con los paños
« burdos, sin que las avoquen las fuerzas ni las per-
« judique la salud: lo tercero, que yo no pongo el
« hainco en que los hábitos de las damas sean de la
« misma mismísima materia, que los de las monjas y
« de los flayres. Bien está que sean de una tela de lana
« un poco más delgada; que la qu'usan estos y aque-
« llas, aunque se incline algo á tela fina, con tal que
« sea honesta siempre sencilla, sin arrumacos ni re-
« cubecos: ¿pero de seda? ¿pero de telas de oro y de
« prata? ¿pero mucho encaje, mucho perifollo y mu-
« cho sí señor? Déjelo, padre, que eso es un ludibrio
« de la Religion, y no sé como no han metido la ma-
« no los que pueden atajar estos escarnios. »

« Oyes, oyes (dijo á esta sazón Cecilia con bastante
« viveza,) por mi vida, que el bendito San Antonio,
« que está en la capilla de la parroquia, no tiene por
« ahí nengun hábito de sayal tosco; sino que tiene un
« hábito de saya de la reina, de tela muy rica, con su
« flajan de oro por orla, y al rehedor de la capilla y
« de las mangas un galon ó punta de lo mismo. Qu'a-
« puesto yo, que el hábito costó más de veinte doblo-
« nes, y es de saber, que cuando ofrecí poner el há-
« bito á mi Sidórica, ofrecí ponerla el de San Anto-
« nio, y nó el de los flayres: pues si la ha unviado á
« traer una tela y una flanja y un galon ello por ello,
« como el del mismo Santo, ¿por qué nos estás ahí
« quebrando la cabeza y bruñendo los sesos? »

« ¿Ahora no vén Vds. (respondió con flemay con
« marragería el Familiar) si mi mujer es ingeniosa?
« Cual si hubiera estudiado teología; á la hora de esta
« ya era por ahí saminadora sinodal de media docena

«de obispados. Mire V., señora Cecilia, á los Santos
 «en los altares, regularmente hablando, los ponen
 «muy galanos, para representar acá en nuestro modo
 «la vestidura enmortal y riquísima de que están
 «adornados en la gloria. Dirásme tú á esto (craro
 «está,) que aunque se empleen para esto las telas
 «más ricas, ni las piedras, ni las joyas más preciosas,
 «todo es poco y nada ascanza; porque cuanto hay en
 «la tierra, todo es una garzofia en respectivamente
 «al menor rasguño del Cielo: pero cuando se pro-
 «mete á un Santo traer un hábito, como por compa-
 «ranza, á San Antonio, ora sea por devocion ó peni-
 «tencia, ora por cualquiera otro motivo, no se pro-
 «mete andar vestida como San Antonio glorioso, sino
 «como San Antonio penitente; no como imaginamos
 «que está en el Cielo, sino como sabemos que andu-
 «vo en el mundo: lo demás, señora letrada, de pre-
 «sumir andar una pecadora como nos figuramos á los
 «santos en la gloria, no sé yo si guele á cosa de en-
 «quisicion; y en verdá, que como olierá, yo mismo
 «la enseñaría á V. el camino, que ya vé si por mi
 «oficio s'a de decir, *que en casa de herrero, cuchillo*
 «*de palo.*»

«¿No sino que vestiria yo á mi hija, como si fue-
 «ra por ahí una demandadera de las Descalzas? Mi
 «hija es tan vuenta como las demás; y si otra sacan
 «hábitos ricos, ella no ha de ser ménos. Si las otras
 «son locas, añadió el Familiar, que lo sea tambien
 «tu hija, y si las otras se van al infierno, que se va-
 «ya tambien ella. ¿Pues qué, dijo Cecilia, es pecado
 «traer hábitos de moda? Eso, amiga mia, respondió
 «el Familiar, doctores tiene la Santa Iglesia, que te

« sabrán responder. Lo que yo te sé decir es, que es-
 « tando en Vallaulí, oí á un misionero (que dicen que
 « era hombre muy sapientísimo), que el hacer burla
 « de los santos hábitos de las Religiones aprobados
 « por el Santo Padre de Roma, y aplicarlos á usos
 « profanos y otras cosas así, era pecado muy gordo y
 « no me acuerdo si dijo algo de excomunion. Si es ó
 « no es profanar los santos hábitos el traerlos para la
 « vanidá, para la ostentacion, haciendo soberbios
 « la humildá, convirtiendo en riqueza la pobreza, y
 « queriendo juntar la honestidá y la modestia de los
 « santos con todas las modas, y aún con todas las
 « desenvolturas del sigro, la resolucion de este caso
 « no es para cabezas redondas como la mia. »

Bien hace V., tio, en no resolver, interrumpió
 Fray Gerundio, porque si ese fuera pecado, no esta-
 ria tan públicamente consentido, ni se hubiera exten-
 dido tanto el uso de los hábitos, que yá se ha hecho
 especie de moda. Vemos que los traen señoras de
 todas clases, y muchas de ellas frecuentan los Sacra-
 mentos, confesándose con hombres sabios, que las
 absuelven y lo permiten; con que no debe de haber
 en eso tanto mal como á V. se le figura. « Dobremos
 « la hoja, sobrino (respondió el Familiar), que qui-
 « zas no meteremos en cosas muy hondas, donde ni
 « tigo ni migo podamos salir. En eso de hombres sa-
 « bios hay su más ó su ménos; las ausoluciones tam-
 « bien he uido decir, que andan muy baratas: en fin,
 « *de encultis non judicat Ecclesia.* »

« Una cosa te puedo decir, que aunque yo fuera
 « Padre Santo, no me habian de llevar la ausolucion
 « los que anduviesen como una que yo ví, y dicen

« que era señora de emportancia. Traia una basqui-
« ña muy cumprida, de una tela morada muy requi-
« sima, con sus encajes atrechos de prata, cada uno
« de más de terciá, y en bajo de la basquiña y e-
« guardapiés, un toncillote, que, como me parió mi
« madre, no cabia á las derechas por una puerta muy
« ancha; en conformidá que cuando entraba la seño-
« ra por alguna, era menester enjurjarse de lado, ni
« más ni ménos como lo hace una moza cuando mete
« una brazada de manojos por la puerta del horno.
« Colgábala de la cintura una cosa á manera de tren-
« za ó de cordon, que se componia de tres cositas
« muy anchas; de telas todas entreveradas, para sal-
« picar mejor los tres colores, que eran morado,
« blanco y azul, los cuales tenian ilusiones á no sé
« qué misterio. Esta trenza, ó cordon, ó lo que fue-
« se, no bajaba en pié prependicularmente hácia en
« bajo, como las correas, los cordones ó los ciñido-
« res de los religiosos ó religiosas. No, oh Señor,
« venia curaculeando por un lado de la basquiña con
« sus lazos de tramo en tramo, y remataba postrera-
« mente entre las dos últimas correas del encaje, con
« un cóselos de palmo, que no parecia sino un gira-
« sol pentiparado. La casaca era de la misma tela
« que la basquiña, y tambien subian y bajaban por
« ella unos encajes de hilo de prata, ensortijado an-
« sina á manera de los cohetes, que llaman de cola,
« y sino (y es más mejor comparanza) como los ca-
« potillos de llamas de los injusticiados por el Santo
« Oficio, y rejalgados al brazo seglar; traia estendido
« al pecho un escudo de piedrería, todo él desgastado
« en oro, y en medio de él un retrato de un divino

« Señor, vestido de Nazareno, con la cruz á cuestras,
« que no habia más que ver. Las sortijas, los anillos,
« las misdiraldas, los dinamantes y los rubines que
« traia en los dedos de las manos, eso era un juicio.
« ¿Pues qué te diré de unos rosarios que tenia á ma-
« nera de gargantillas, ensortijadas en las muñecas, y
« eran de unas perlas finas como avellanas? Tampoco
« digo nada de esos que llaman *buelos* las mujeres,
« todos hordados tan sotilmente, que se asemejaban
« á las venicas de un niño muy branco y rubio, cuan-
« do se descubren por entre el cutis. Los buelos
« eran de tres religiones... De tres órdenes querrás
« decir, borrico (interrumpió la Cecilia, no sin una
« gran carcajada). Estimo la lisonja, prosiguió fres-
« camente el Familiar; ¿qué más me dá religiones
« que órdenes? En fin ellos eran tan cumplidos, que
« se me asemejaron á mangas de roquete, como los
« que traen los legos qu' ayudan á Misa mayor.

« Así ví á la tal Señora, y creyendo y bonitamente,
« que debia de ser recien casada, y que aquella era
« sin duda la más rica gala de novia, se lo dije á un
« mercader mi conocido, que estaba en junto á mí. El
« mercader se rió mucho, y me respondió qu' aque-
« llo no era gala, sino un hábito de Jesús Nazareno,
« que s'abia echado la señora en cumplimiento de
« una promesa. ¡Hábito de Jesus Nazareno! que yo
« en toda mi vida oí que habia flayres de esa Orden.
« No es religion, respondió el mercader, sino que las
« señoras por devocion quieren andar vestidas como
« anduvo Jesús Nazareno. ¿Y Jesús Nazareno anduvo
« vestido ansina? (le repliqué todo descandalizado.)
« Eso preguntéselo V. á ellas, respondió el mercader:

« Confieso, señores, que me quedé entónito, y que
« no creyera que en la Religion cristiana se permi-
« tia tan ensensiblemente una cosa que parece ha-
« cer chanza de lo más sagrado y lo más doloroso de
« ella. Aquel mismo dia se lo dije á un cierto Prelado
« de una Religion, con quien me confesaba siempre
« que iba á Vallaulí, porque es un pozo de cencia y de
« virtù. Dió el buen religioso un gran suspiro, y á fé
« que me respondió que tenia razon; y me acuérdo
« que á este mi propósito me dijo dos cosas: la pri-
« mera, qu'abra como unos quatro cientos años,
« qu'allá en España se enventó una seta que llama-
« ban de los *Flangelantes*... (Flanelantes diria, cor-
« rigió Fray Gerundio,) ó como tú quieres. Pues es-
« tos tales Flangelantes dice que fueron condenados
« como herejes, por un Papa que se llamaba *Cre-*
« *mente sexto*. Lo primero y principal, porque ense-
« ñaban muchos horrores, y entr'otros, que no se
« podian salvar, sino, que los que quitándole el pelle-
« jo á azotes, se bautizaban con su misma sangre; y
« lo segundo, porque á este fin andaban vestidos de
« penitentes muy gurijs y muy emperifolados. Esto
« último, me dijo el santo religioso, que aún se ha-
« bia golvido á usar en España en tiempo de Cárlos II,
« habiendo algunos mozuelos de malos cascos, que
« en tiempo de Semana Santa se vestian de peniten-
« tes muy guapos, para galantear á las damas; pero
« que el piadoso Príncipe, dempues de haber casti-
« gado á algunos rigurosamente, habia proveido este
« auto con justísimo y severísimo decreto. *Quibus*
« La segunda cosa que me contó, aun es al caso
« presente más propria. Relatóme, que dempués que

«un emperador, llamado *Heracio*, rescató el madero
«de la Santa Cruz del poder del rey de Presia (que
«tiene un nombre muy enrebesado, ansina á manera
«de *Costras*), enstituyó una procesion muy solemne
«para culucarle en un templo magnífico de Jerusa-
«lem, el mismo emperador vestido de sus ropas em-
«piriales, llevaba en sus hombros la Santa Cruz:
«pero sucedió una cosa de espanto; y fué, que al
«querer entrar por la puerta de Jerusalem (qu' era
«la misma por donde el Salvador habia salido para
«el Calvario), se quedó inmóvil el emperador, sin
«ser impusibre de Dios dar un paso para adelante.
«Entónces el obispo de Jerusalem, qu' iba en junto
«del emperador y debia de ser un santo, le dijo:
«*Señor, sin duda, que el Salvador debe estar muy*
«*desgastado de que vos lleveis el madero de nuestra*
«*redencion en este traje tan sustentoso; porque en*
«*verda, que cuando él le llevó por esta misma puerta,*
«*iba en hábito muy diferente. Vos llevais corona em-*
«*perial en la cabeza, y Su Majestad iba con corona de*
«*espinas. Vos vais con un manto imperial de púrpura,*
«*todo cubrido de flores, y él iba con la pobre túnica*
«*inconsutil que era de lana bañada de su propia san-*
«*gre. Vos llevais un rico collar al cuello, y Su Majes-*
«*tad llevaba una gruesa y larga sogá, por la cual le*
«*tiraban aquellos malditos sayones. Vos vais con un*
«*calzado que deslumbra la vista, y el Salvador iba*
«*descalzo de pié y pierna con los piés todos ensan-*
«*grentados. Apenas oyó esto el gueno del emperador,*
«cuando arrasados los ojos en lágrimas, se despojó
«al momento de las vestiduras imperiales. Vistióse
«una pobre túnica, púsose una corona de espinas

« en la cabeza, echóse un dogal al cuello, descalzóse
« los piés, é incontinenti espensó á andar sin estorbo
« ni embarazo.

« Eran de oír las refrisiones que sobre este ejempro
« hacia el bendito padre, ponderando el enojo del
« Señor por una cosa, en que al parecer no habia
« culpa ninguna, y sacando de ahí cuanto se enritaba
« con estas obras, que no es pusible dejen de ser
« muy culpables, porque en concrusion, el Empera-
« dor iba con aquel traje que era propio y preciso de
« su alta dinidá. Pero estas otras Nazarenas no tienen
« precision de andar ansina; y se visten ansina no más
« que por antojo y por invencion de su loca fantasía.
« El Emperador en medio de la majestad de la púr-
« pura, iba con devocion grande, pero las Nazarenas
« cuando habian de dar ejemplo de compostura, si-
« quiera por lo que significa el vestido, no parece
« sinó que se valen de él para ser más desenvueltas;
« y poco más ó ménos lo mesmo que decia de las na-
« zarenas, lo aplicaba tambien á las demás que traen
« hábitos galanos. »

Vaya, dijo Fray Blas, que debia de ser muy es-
crupuloso este prelado. A mí por lo ménos un hábito
bien puesto en una mujer me gusta mucho; á todas
las dice bien; pero si son bien parecidas, les cae
muy en gracia. « Santísima razon, respondió el Fa-
« miliar, y en boca de un religioso. No hay más que
« pedir. Yo, padre maestro, por ahora no me opongo
« á que las mujeres, especialmente solteras, procuren
« lícitamente agradar á los hombres, y engalanarse
« por esto, cada una segun sus posibles. Su alma, su
« palma, y cada cual se componga segun su concien-

«cia. Yo ví lo que dice un autor, que los hombres
«tenemos tres enemigos, el mundo, el demonio y la
«carne; pero las mujeres tienen cuatro, el mundo,
«el demonio, la carne y el parecer bien. Lo que digo
«es, que valerse de las cosas santas para parecer
«mejor, eso es lo que á mí me parece muy mal. Y
«en fin, fuese ó no fuese escrupuloso el prelado de
«quien vamos habrando, es cierto que no lo era otro
«religioso macizo, aunque no tanto, que no fuese ya
«elector de Tulugía en aquella santa Comunidad, él
«que sí halló presente á nuestra conversacion, y
«ciertamente que tenia unos ojos tan vivos y tan
«aquellados, que se conocia á la legua que no era
«ganzoño. Este tal, sabia muchas copras en latin y
«en romance, y dice que tambien las hacia muy
«guapas. Con todo lo que conversamos, se conformó
«tan lindamente, y aun me dijo, que yo habia de
«tener buen entendimiento, aunque no me espicaba
«con la mayor escricion. Cuando relaté aquello del
«tontillo, se rió mucho y añadió que esta moda siem-
«pre le habia parecido la mayor mamarrachada, en
«que podia dar la imaginacion de las mujeres, aun
«en sus trajes de gala; porque como todos saben en
«que consiste aquel bolumbo, hacen de él la misma
«burla que de los palitoques que levantan hasta el
«tejado á los gigantes del Córpus, y de los cuerpos
«de paja con que se seguran los espantajos y los es-
«tafermos.

«A este empropósito, relató unas copras, primero
«en latin, y dempués glosadas en romance por el
«mismo, las que contentaron mucho al mismo per-
«lado, y viendo tambien, que á mí me habian gus-

«tado las segundas, aunque no entendia las primeras,
 «le mandó que me diese unas y otras escritas. Hizolo
 «así, y me las metí en el balsopeto; y por vida del
 «hijo de mi madre, que las ha de leer aquí mi so-
 «brino Fray Gerundio, porque como yó no escanzo
 «latin, no se leerle con aquel sentido y con aquella
 «inteligencia que se debiera.» Diciendo y haciendo
 sacó del bolsillo un papel tan sobado y aceitoso, que
 parecia cuarteron de un encerado. Diósele á Fray
 Gerundio, que lo leyó en voz alta, con bastante alma,
 y se sabe por tradicion de padres á hijos, que decia
 así:

*Sunt hodie libri, ut muliebria corpora, quæ dum
 Conclavi neglecta suo, atque inculta morantur.
 Macra videbuntur, brevibusque simillima sardis.
 Fac lectis prodire eadem expectanda per urbem,
 Non eadem forma est. nam cum peronibus altis
 Incubuerint pedes, cunctam redimicula frontem
 Ediflant: arcum et vestis simiosa tumescit.
 Prægnatem artificis defendens turbine ventrem;
 Protinus augetur species, majorque videtur
 Atque alia. Ingentes unâ implet femina postes,
 Angustatque viam magnos imitata elephantes.
 Aut orcam per aquas vasta se mole ferentem.*

TROVA.

Si cojes de repente,
 En traje descuidado y negligente,
 A una dama en su cuarto ó una mozueta,
 Tendrásla por sardina ó por truchuela;
 Tan seca, tan enjuta y estrujada,
 Que ménos es mujer que rebañada.
 Pero espera un poco,
 Que presto verás ninfa á la que es cóco:
 Deja que salga á vista por las calles,
 Que aunque cien veces la halles,
 Has de decir, mirando á la doncella:

«¡Vive Dios Santo, que ya es otra aquella!
 «¿Cómo creció una cuarta en un instante?
 «¡Hoy prenilunio la que ayer menguante!
 «Cabía ayer metida en cualquier cesto,
 «¡Y hoy no cabe en la plaza! ¿como es esto?»
 No te canses, Lucillo, en reflexiones;
 Pues no ves que se empina en dos tacones.

Tan altos, tan iguales,
 Que salen con tacon los carcañales.

Y piensas se contenta
 ¿Con crecer con los piés? También intenta
 Poner en la cabeza su cuarto alto.

Dá con la vista un salto,
 Y verás el tupé, el jardín, el rizo,
 La mitad natural, la otra postizo,
 Con el petiboné, medio al desgaire:
 Puesto todo es ganar tierra por el aire.

Pero lo que más te pasma
 (Aun más que todo admirarás una fantasma)

Es verla tan anchota,
 Que casi llena un juego de pelota;
 Y dudas al mirar el envoltorio,
 Si acaso aquello que anda es un cimborio.

Eres un monaguillo,
 Pues no ves, ¿qué es milagro del tontillo?
 Aquel que á las casadas

Sirve entre otras mil cosas excusadas;
 Pero en tal cual soltera no muy lisa,
 Es sin duda una alhaja muy precisa.
 ¿Para qué, me dirás? Eres sincero;

Íbalelo á decir, pero no quiero.
 El tontillo á la flaca la hace gorda,
 Y tal cual vez finge tortola á la torda,
 Porque son los tontillos nobles piezas
 Para encubrir gorduras y flaquezas.
 Una mujer en fin, con guarda infante,
 Catala convertida en elefante;
 ¿Haces gesto al simil? ¿no te llena?
 Pues por mí mas que sea una ballena.

No obstante que ni Fray Gerundio ni Fray Blas
 eran del gusto más delicado, que se ha conocido has-

ta ahora en el orbe de las letras, como lo puede haber observado el curioso lector en la série de esta exactísima historia, se sabe que aplaudieron bastante la trova, por ser lo que más entendían; bien que Fray Gerundio por saber sin comparacion mucho más latin que Fray Blas, no dejó de hallar singular gracia en los versos latinos; y como que se inclinaba á que tenían más que los castellanos, así lo dió á entender, y con esto se pelaba las barbas el Familiar, porque sus padres no le hubiesen dado estudios, por lo ménos hasta que saliese un razonable gramático, que fué la frase con que se explicó.

Los que oyeron todos con gran indiferencia fueron Anton Zotes y la señora Cecilia; Anton Zotes, porque casi desde el principio de la conversacion se habia algo dormido, á causa de estar algo alcanzado de sueño, por haberse levantado á media noche á dar pienso á las caballerías: la señora Cecilia, porque del latin (ya se vé) no entendia palabra, y del romance le sucedia con corta diferencia lo mismo. Solo percibió que allí se hablaba de tontillo, y esto bastó para que dijese muy alegre: « Ahí me las dén todas; « que yo ni para mí, ni para Misa he pensado en ja- « más en tontillo; pues ni mi madre, ni mi aguela « usaron por en jamás de los en jamases de esas in- « venciones. »

« Tú, que tal dijiste (tomó la taba su marido el « Familiar, y la dijo): oyes, y tu madre ni tu aguela « usaron en jamás de los en jamases, de los galo- « nes d'oro, de encajes de prata, de telas de tieza, « de enguarinas, de trapacerías, de mantos de tafe- « tan de ilustre, con encajes de media vara, de em-

« banico de dobron, de manguito enforrado por fuera
« en terciopelo, de rosario de pizázuli ó de embentu-
« rina engarzado en prata ú en oro; ni de otras mil
« embusterías (otra cosa peor iba á decir pero ca-
« lló) de las qu'usas tú, y quieres ¡qu'usen tambien
« tus hijas. Unas sayas de estameña, unas basquiñas
« de cordelate, una enguarina de paño fino en los
« dias récios, una capa sobre la cabeza con su vuelta
« negra de rizo, ó á lo ménos de terciopelo, con em-
« banico redondo de papel pintado con almagre en-
« cima de una caña, un rosario de lágrimas, y el
« más precioso de cachumbo, estas eran las galas y
« servidor. Ansina vivieron honradamente, ansina nos
« dejaron un pedazo de pan que comer, y no tú, que
« ¡tienes traza de echarme por puertas; porque en los
« dias de fiesta, pareces una condesa, y tus hijas
« unas marquesas: siendo ansina, que no sois más
« que unas probes y honradas labradoras, sin consi-
« derar que causais risa á la gente de meollo, porque
« al fin, aunque la mona se vista de seda, mona se
« queda.»

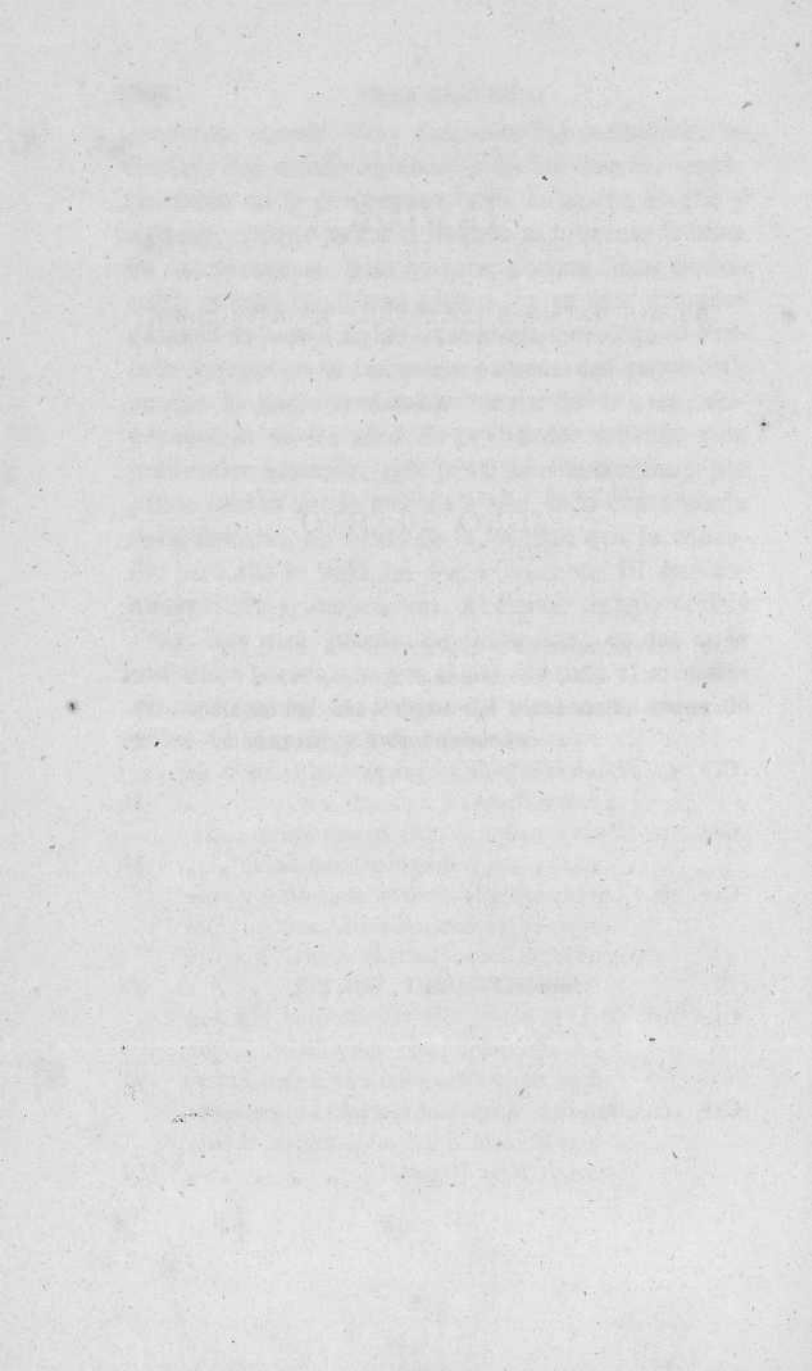
■ Iria el sermon más adelante, si en aquella hora no hubiera entrado una criada á poner la mesa, porque ya era hora de comer, y por la cuenta ni en la comida ni en lo restante de aquel dia, que se quedaron á descansar en el Fregenal, no debió de suceder cosa remarcable: á lo ménos los autores de aquellos tiempos tan retirados, nada refieren, contentándose con decir, que la mañana siguiente muy de madrugada, despedidos todos cortesanamente unos de otros, Anton Zotes tomó el camino de Campazas, y Fray Gerundio y Fray Blas fueron á comer á su

convento, donde Fray Gerundio fué recibido de su Prelado con mucho agasajo, y de los demás, especialmente de la gente moza, con indecible alegría y aplauso; porque ya habia llegado al convento la fama de sus sermones. Solo se sabe por un libro de becerro escrito con letras góticas, y ya muy gastadas después de tantos siglos, que luego que llegó el Prelado le puso en la mano una patente del provincial, en que le hacia predicador mayor de la casa, dispensándole en los años de predicador sabatino y de predicador segundo, que pedia la constitucion, por justas causas que le movian á ello, todo con acuerdo del difinitorio, en virtud de la facultad que le concedió para ello la Bula del Papa Clemente III que comienza: *Ad promovendum*. Al mismo tiempo recibió Fray Blas otra patente de jubilacion, en que se le declaraba presentado por el púlpito para el magisterio; con que los dos amigos del alma no se veian de polvo de abrazos y enhorabuenas.

FIN DEL TOMO TERCERO.

the first of these is the fact that the
 the second is the fact that the
 the third is the fact that the
 the fourth is the fact that the
 the fifth is the fact that the
 the sixth is the fact that the
 the seventh is the fact that the
 the eighth is the fact that the
 the ninth is the fact that the
 the tenth is the fact that the
 the eleventh is the fact that the
 the twelfth is the fact that the
 the thirteenth is the fact that the
 the fourteenth is the fact that the
 the fifteenth is the fact that the
 the sixteenth is the fact that the
 the seventeenth is the fact that the
 the eighteenth is the fact that the
 the nineteenth is the fact that the
 the twentieth is the fact that the
 the twenty-first is the fact that the
 the twenty-second is the fact that the
 the twenty-third is the fact that the
 the twenty-fourth is the fact that the
 the twenty-fifth is the fact that the
 the twenty-sixth is the fact that the
 the twenty-seventh is the fact that the
 the twenty-eighth is the fact that the
 the twenty-ninth is the fact that the
 the thirtieth is the fact that the

the thirty-first is the fact that the
 the thirty-second is the fact that the
 the thirty-third is the fact that the
 the thirty-fourth is the fact that the
 the thirty-fifth is the fact that the
 the thirty-sixth is the fact that the
 the thirty-seventh is the fact that the
 the thirty-eighth is the fact that the
 the thirty-ninth is the fact that the
 the fortieth is the fact that the
 the forty-first is the fact that the
 the forty-second is the fact that the
 the forty-third is the fact that the
 the forty-fourth is the fact that the
 the forty-fifth is the fact that the
 the forty-sixth is the fact that the
 the forty-seventh is the fact that the
 the forty-eighth is the fact that the
 the forty-ninth is the fact that the
 the fiftieth is the fact that the
 the fifty-first is the fact that the
 the fifty-second is the fact that the
 the fifty-third is the fact that the
 the fifty-fourth is the fact that the
 the fifty-fifth is the fact that the
 the fifty-sixth is the fact that the
 the fifty-seventh is the fact that the
 the fifty-eighth is the fact that the
 the fifty-ninth is the fact that the
 the sixtieth is the fact that the
 the sixty-first is the fact that the
 the sixty-second is the fact that the
 the sixty-third is the fact that the
 the sixty-fourth is the fact that the
 the sixty-fifth is the fact that the
 the sixty-sixth is the fact that the
 the sixty-seventh is the fact that the
 the sixty-eighth is the fact that the
 the sixty-ninth is the fact that the
 the seventieth is the fact that the
 the seventy-first is the fact that the
 the seventy-second is the fact that the
 the seventy-third is the fact that the
 the seventy-fourth is the fact that the
 the seventy-fifth is the fact that the
 the seventy-sixth is the fact that the
 the seventy-seventh is the fact that the
 the seventy-eighth is the fact that the
 the seventy-ninth is the fact that the
 the eightieth is the fact that the
 the eighty-first is the fact that the
 the eighty-second is the fact that the
 the eighty-third is the fact that the
 the eighty-fourth is the fact that the
 the eighty-fifth is the fact that the
 the eighty-sixth is the fact that the
 the eighty-seventh is the fact that the
 the eighty-eighth is the fact that the
 the eighty-ninth is the fact that the
 the ninetieth is the fact that the
 the ninety-first is the fact that the
 the ninety-second is the fact that the
 the ninety-third is the fact that the
 the ninety-fourth is the fact that the
 the ninety-fifth is the fact that the
 the ninety-sixth is the fact that the
 the ninety-seventh is the fact that the
 the ninety-eighth is the fact that the
 the ninety-ninth is the fact that the
 the hundredth is the fact that the



LIBRO QUINTO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO CUARTO.

	<u>Páginas.</u>
CAP. III. Predica Fray Gerundio en su lugar y atúrdese la gente.	6
CAP. IV. Expónense á la admiracion algunas cláusulas del sermon de Fray Gerundio.	26
CAP. V. Dáse cuenta de lo que pasó en la mesa de Anton Zotes.	44
CAP. VI. De la conversacion no ménos útil que graciosa, que hubo sobre comida.	61
CAP. VII. Levántase de la siesta el magistral y prosigue la conversacion del capítulo antecedente, con todo lo demás que irá saliendo.	77
CAP. VIII. Corta la cólera del magistral un huésped no esperado, pieza muy divertida que á tal tiempo llegó casa de Anton Zotes.	96
CAP. IX. Donde se cuenta el maravilloso fruto que hizo el sermon del magistral en el ánimo de Fray Gerundio.	116

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.	Encárganle un sermón de honras, y no le escupe, con todo lo demás que iremos diciendo.	439
CAP. II.	Pide Fray Gerundio á su amigo Fray Blas una instruccion para disponer el sermón de honras, y se la dá divina. . . .	452
CAP. III.	Interrumpe la conversacion un huésped inopinado, que se aparece de repente: vuelven á atar el hilo con todo lo demás que irá saliendo.	466
CAP. IV.	Olvidase la sed á Don Casimiro, llegan á Campazas sin saber como; quédase allí el colegial aquella noche, y se evacua el punto que se tocó, y no se prometió en el capítulo pasado.	483
CAP. V.	Dispone Fray Gerundio su sermón de honras, y vase á predicar.	205
CAP. VI.	De lo que sucedió en Fregenal del Palo, y como llegaron los convidados á Pedrorubio.	244
CAP. VII.	Lo mismo que el otro.	234
CAP. VIII.	Sálense á pasear los cuatro religiosos, y el padre Abad, en tono de conversacion, dá á Fray Gerundio admirable doctrina. . . .	243
CAP. IX.	Es buena cosa, y merece leerse.	272

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

Y ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOPON DE SALAZAR,

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.



ESTRADA REVISADA POR D. JUAN DE LOS RIOS

Y ENRIQUECIDA CON CURSIVAS NOTAS

DE D. JUAN DE LOS RIOS, CATEDRATICO DE TEOLOGIA.

TOMO IV.

BARCELONA

LIBRERIA EDITORIAL DE MORENO Y ROSA,

CALLE DE VILLANOVAS, NUMERO 2.

LIBRO QUINTO.

- Cap. i. El Párroco de San Juan. Encargándole un sermón de honras, y no le escupe, con todo le daña que lemas diciendo. 150
- Cap. ii. Pide Fray Gerundio a su amigo Fray Blas una instrucción para disponer el sermón de honras, y se le da divina. 152
- Cap. iii. Interrumpe la conversacion un buésped inesperado, que se aparece de repente: viene con él un niño, y se van a casa de Fray Gerundio. 156
- Cap. iv. Olvidase el sermón de Fray Gerundio, llegan a Campanas en un momento, y quedan allí. 160
- Cap. v. Dispone Fray Gerundio su sermón de honras, y va a predicar. 205
- Cap. vi. De lo que sucedió en el sermón de Fray Gerundio, y como llegaron los convidados a Pedrorubia. 243
- Cap. vii. Lo mismo que el otro. 281
- Cap. viii. Salen a pasear los cuatro religiosos, y el padre Abad, en medio de la conversacion, da a Fray Gerundio admirable doctrina. 243
- Cap. ix. La buena comedia, y mancebo letrado. 272

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Prestitero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y Villagarcía de Campos,
Cura en la Parroquia de San Pedro de esta,
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

Edición adornada con preciosas láminas ,
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.

TOMO IV.

BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG,

CALLE DE JOVELLANOS , NÚMERO 2.

1875.

HISTORIA

DEL SANTO PRECATORIO

FRAY GERUNDIO DE CAMPASAS

ALIAS NOTAS

REVISADAS POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBO DE SALAZAR

Traducción, Revisión y Aprobación de Fray Gerundio de Campasas en las ciudades de Alcalá y Villanueva de Cañete.
Con la Aprobación de Fray Gerundio de Campasas en la
y Obispos, Obispos en la Universidad de Alcalá y Villanueva.

Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Roig.

Edición revisada con precisiones literarias

Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS

POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA

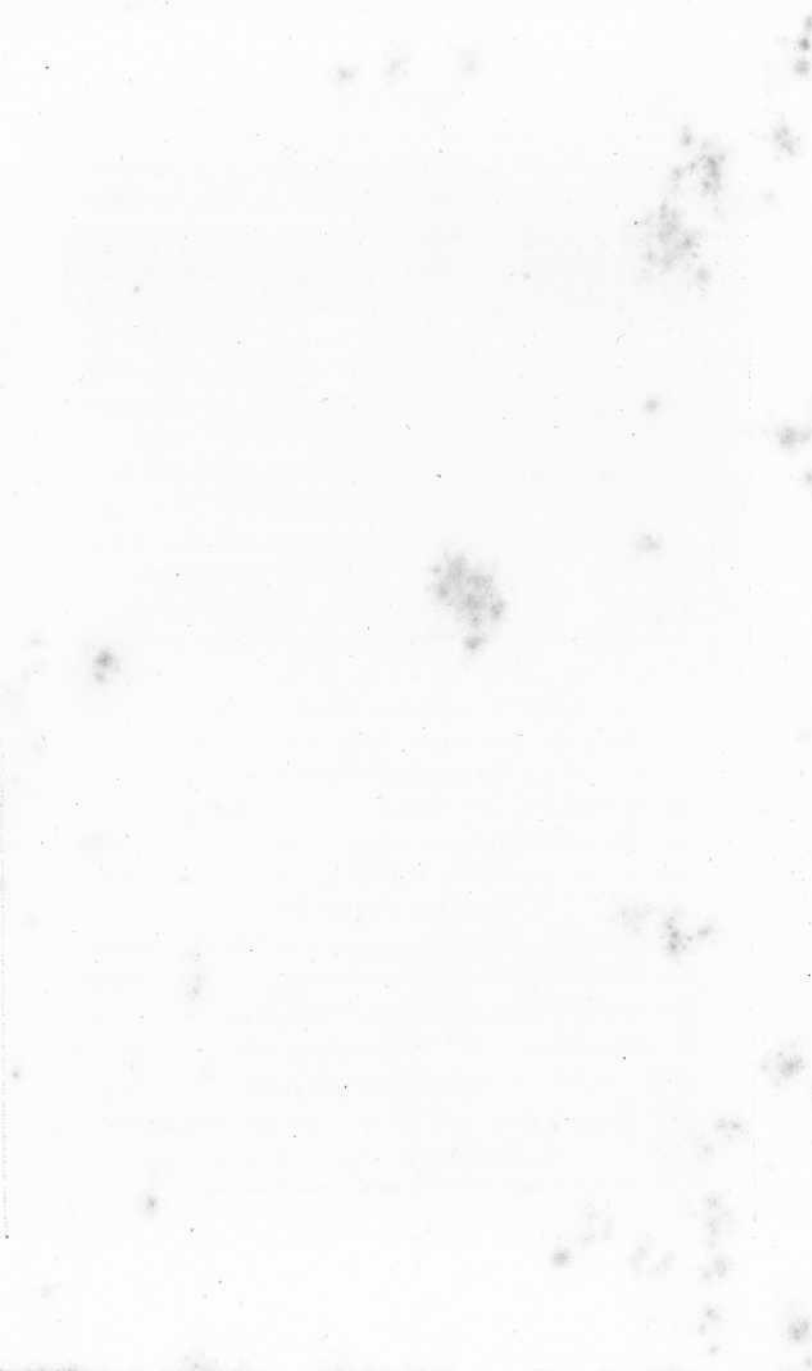
TOMO IV.

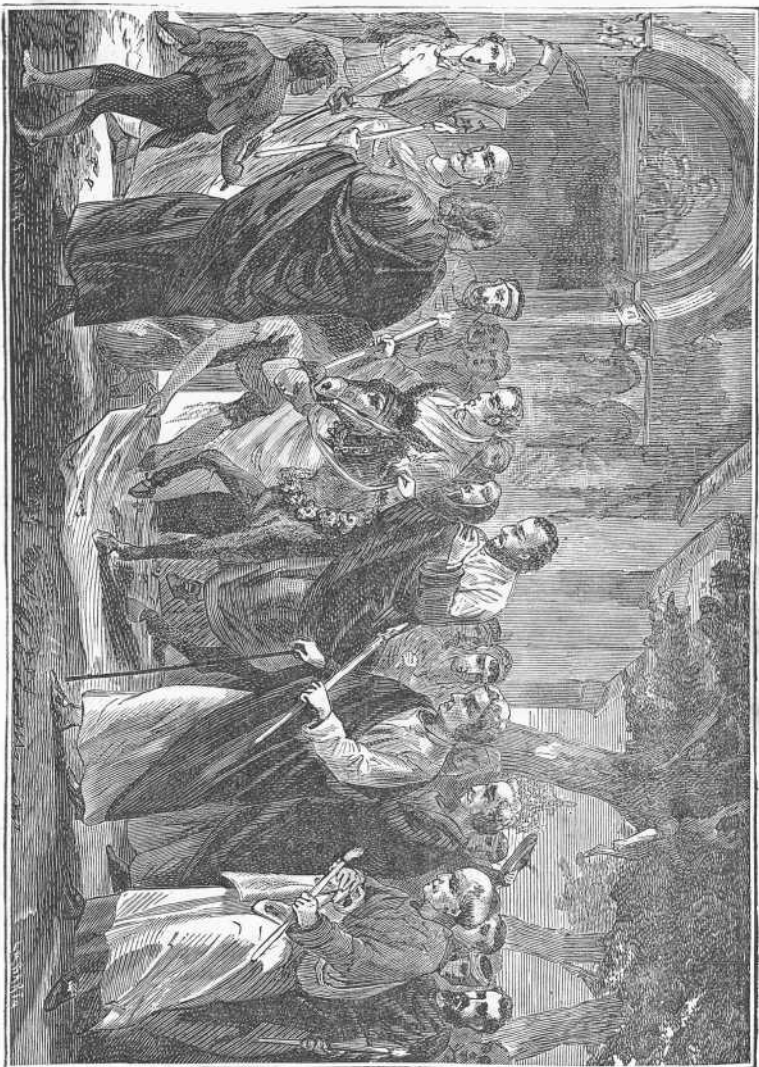
BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG

CALLE DE JOVELLANOS, NUMERO 2

Barcelona 1875. — Imp. de OBRADORS y SULÉ, Rambla de Sta Mónica 19





INCESE LA PROCESSION A LO VIVO: VA A CAVALLO, ETC.
Lib. VI, cap. III.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DONDE SE REFIERE LO QUE NO SE SABE, PERO AL FIN DEL CAPÍTULO
SE SABRÁ SU CONTENIDO.

LA mañana siguiente de su arribo, se fué á la celda prelacial, á dar cuenta al superior de todas sus gloriosas expediciones, sin olvidarse hacer con él alguna expresioncilla de agradecimiento, pretextando el influjo que habia tenido su Paternidad en el nuevo empleo á que acaban de elevarle. Refirióle lo más substancial que le habia sucedido, sin disimular los aplausos con que le habian honrado: bien que añadió, que estos más suelen ser hijos de la dicha, que del merecimiento. Pero se guardó muy bien de hablar palabra, ni de la terrible repasata del Magistral de Leon, ni de las graciosas pullas y solidísimos ar-

gumentos del Familiar, ni de la bella doctrina del Padre Abad de San Benito. Por fin le dijo al Prelado como le habian encargado la Semana Santa de Pedro-rubio, la cual tenia entendido, que valia cincuenta ducados en dinero físico, y como otros treinta, poco más ó ménos, en lo que se sacaba de limosna, y que le pedia su bendicion para aceptarla. Dióselo el Prelado con mil amores; porque si bien no le armaba mucho el modo de predicar de Fray Gerundio, por cuanto él era hombre ramplon y solidote; pero como entendia que las gentes le oian con gusto, y él necesitaba de complacer á todos, ya por no perder, ya para adelantar y aumentar los devotos á la Orden, y los bienhechores del convento; viendo tambien por otra parte que los Prelados mayores le promovian, y le autorizaban, le dijo desde luego, que durante su trienio podia predicar todos los sermones que le encomendasen.

Salió Fray Gerundio muy contento de la celda prelacial, con esta licencia tan amplia; y apenas habia entrado en la suya, cuando llamaron á la puerta el maestro Fray Prudencio y aquel otro beneficiado tan hábil, tan leido y de tan buen humor, de quien se hizo larga y honorífica memoria en los capítulos V y VI del libro II de la primera parte. Venian con dos fines; el primero y principal, á divertirse un poco con Fray Gerundio, ya que habian desesperado sacar de él otra cosa; y lo segundo, á darle la bienvenida y la enhorabuena de su promocion á la dignidad de predicador mayor del convento.

Pasáronse las primeras cumplidas en palabras de buena crianza, y despues de las generales dijo el be-

neficiado: De los sermones que V. Paternidad ha predicado por esas tierras no hablo; porque llegaron ya por acá los ecos esforzados á sople del clarín sonoro de la fama. Nada me cogió de susto, porque siempre hice juicio que predicaria V. Paternidad como acostumbra. Y yo y todo, añadió Fray Prudencio; pero eso es lo peor que tendria el Padre predicador. Fuése lo peor, ó fuese lo mejor, respondió Fray Gerundio, crea V. Paternidad M. R. Padre mio, que nada perdió la Religion por mis sermones. Así lo creo, respondió el maestro Prudencio; porque ¿adónde iríamos á parar, si las religiones perdiesen algo por las boberías ni por los desaciertos, sean de la línea que fuesen de estos ó de aquellos particulares? Todas las universidades son unos cuerpos sabios, aunque no todos sus miembros lo sean mucho. Todas las familias religiosas son tantas, aunque tal cual religioso no sea muy ejemplar. Y en fin, la religion cristiana es santísima, aunque haya innumerables cristianos escandalosos.

Dejémosnos de puntos sérios, interrumpió el beneficiado, y alegrémonos un poco en la conversacion. A propósito de sermones y de predicadores, acabo de recibir el correo, y un amigo de Madrid me envia dos papeles muy preciosos, cada uno por su término, que me han dado el mayor gusto. El uno es una esquila con que dice, se hallaron muchos sugetos de la Côte, bajo de un simple sobrescrito, y dice así:

« El mayordomo de la casa de los locos de la ciudad de Toledo, participa á V. habérsele escapado
« dos docenas de los más furiosos, los cuales le ase-
« gura se han disfrazado de predicadores en la Cór-

« te. En cuya atención suplica á V. se sirva concur-
 « rir á los sermones, y notar si hablan desconcerta-
 « dos, sin método, orden ni decencia. Si amontonan
 « conceptos, textos truncados, fábulas de gentiles,
 « cuentos ridículos, ideas fantásticas, acciones y ex-
 « presiones burlescas, contra el decoro y respeto de
 « la palabra de Dios, de la Cátedra del Evangelio, del
 « auditorio cristiano, á fin de dar las providencias
 « necesarias para restituirlos á su santa casa, y cu-
 « rarlos en ella; en lo que hará V. una obra de cari-
 « dad. Me aseguran, que uno ha de predicar el día...
 « á las... de la mañana en la Iglesia de... »
 ¡Bella escuela! ¡Noble escuela! Especie de exquisi-
 to gusto y de gran juicio, exclamó el maestro Pru-
 dencio. Yo por tal le tengo, dijo el Beneficiado, y me
 dicen que la han celebrado infinito todos los hom-
 bres serios, entendidos y cultos. Verdad es que tam-
 bien me añaden, que á otros muchos los ha conster-
 nado extrañamente.

Eso es muy natural, repuso el maestro Prudencio;
 todos aquellos, que por las señas que da el mayor-
 domo temen que los recojan á la santa casa por ora-
 tes de los más furiosos, levantarán el grito y alboro-
 tarán el mundo contra la escuela: y en verdad, que
 yo no esperaría otros edictos para recogerlos al ins-
 tante. Engruese V. Reverendísima ese partido, que
 es bien numeroso, dijo el Beneficiado, con los mu-
 chos que los aplauden y los celebran, y se juntará
 un ejército formidable contra la escuela. Es menes-
 ter echarse esta cuenta; porque estos tales se ven re-
 ducidos á uno de dos extremos, ó á reconocer y
 confesar que hasta aquí ha habido alucinados, aplau-

diendo lo que debieran abominar, y siguiendo ciegamente lo que debieran huir, ó á obstinarse, ya por tema ó por capricho en su errado dictámen. Lo primero, no hay que esperarle, ó hay que esperarle de muy pocos; porque son muy raros los que quieren confesarse engañados; con que es preciso que suceda lo segundo.

Esta esquela, respondió Fray Gerundio con inocentísimo candor, no merece fé ni crédito, en juicio ni fuera de él, y aún si mucho se apura está condenada por la Santa Inquisicion; lo primero, porque no trae nombre de autor, y lo segundo, porque no se sabe á quién se dirige; pues en toda ella no se habla con nadie, sino con *U. U.* y *V. V.* y no hay noticia, de que haya ni haya habido hombre ni mujer en el mundo que se llame *V.* Hace fuerza el argumento, dijo el beneficiado con bellaquería, y en verdad que no es tan facililla la solucion. Con todo eso me parece que se pudiera dar, á lo que no trae nombre de autor, que ya dice ser del mayordomo de la casa de los locos de Toledo, el cual es muy natural que tenga su nombre y apellido. Más que tenga treinta apellidos y otros tantos nombres, replicó Fray Gerundio, lo dicho dicho, no trae nombre de autor; porque autor es el que dá ó ha dado á la estampa algunos libros, y no sabemos que el mayordomo de la casa de los locos de Toledo haya impreso hasta ahora alguna obra. Vaya, dijo el beneficiado, que la solucion no admite réplica. Pero á lo otro que añadió *V. Pater-nidad* de que no ha habido hasta aquí hombre ni mujer que se llame *U.* paréceme que pudiera decir, lo primero, que si ha habido alguna tierra que se

llame *U*, *in terra Hus*, *nomine Job*, no hallaba inconveniente en tener por verosímil que en aquella tierra hubiese muchos con apellido de *U*: pues no hemos de reparar en letra más ó ménos, siendo tan comun esto de dar apellidos á las familias de los lugares y las tierras. Lo segundo, que aún en nuestros tiempos hubo un Emperador en la China, que se llamaba *Can-Y*. ¿Pues por qué no podrá haber otros ciento que se llamen, unos *Can-A*, otros *Can-E*, otros *Can-O*, y otros *Can-U*?

Valiente gana tiene V. señor Beneficiado (dijo Fray Prudencio), de perder tiempo con ese pobre simple. Ahora se para en contestar con un hombre que no sabe lo que significa la *U* en convites, y hábitos de esquelas y cartas seculares. El reparo de nuestro nuevo predicador mayor se parece mucho al de otro clérigo, tonto como él, que habiendo visto los cuatro tomos de *cartas eruditas* del maestro Feijoo, los arrojó de sí con desprecio, diciendo, que las más de aquellas cartas eran fingidas, y que no creia él que fuesen respuestas á sujetos verdaderos, que hubiesen consultado al autor sobre los puntos que en ellas se tratan. Y se quedó muy satisfecho el pobre mentecato, sin advertir que cuando fuese cierto lo que presumia su apuntada malicia, no por eso se disminuía un punto el mérito de las cartas.

Pero dejando esta impertinencia, lo que yo reparo en la graciosa esquela es, que su autor anduvo muy moderado. Supone que no fueron más que dos docenas de locos furiosos los que se escaparon de la casa de los orates, y andaban por la corte disfrazados de predicadores: es una moderacion digna de que mu-

chísimos se la agradezcan mucho ; porque según las señales que él mismo dá , el número de los locos es incomparablemente más crecido. Sí, señor, respondió el beneficiado ; pero no todos estarían recogidos, y él solo habla de los que lo estaban y se le escaparon.

El segundo papel que me envían por el correo, no es ménos solemne ni ménos divertido ; y desde luego digo que este sí que ha de caer en gracia al Reverendísimo Padre Fray Gerundio. Es un cartel ó cedulon, que se fijó en las esquinas y parajes más públicos de la corte, convidando para ciertas funciones de Iglesia que se hicieron en obsequio de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús. El cedulon aún fué más solemne que las mismas fiestas, y habiéndole leído con singular complacencia cierto amigo mio, de gusto muy delicado, arrancó uno para remitírmelo, sabiendo cuanto lisonjea mi diversion con este género de piezas. Aquí está el cartel todavía con las señas del engrudo ó pan mascado con que se pegó, y dice así sin quitar letra :

JESÚS, MARIA Y JOSEPH.

« A la tierra del Cielo, por quien cria el Cielo el
« que fundó la tierra, y profundó la humildad fértil
« en la virtud, al bautismo que dá vida con el agua
« clara de su doctrina, dulce por soberana ; al aire
« que dá espíritu, al espíritu que dá el aire sutil de
« su pluma, puro de su alma ; al fuego que dá amor ;
« al amor hecho fuego, y para abrazar el corazon ;
« á una Mujer Serafin ; á la luna que pisa el piso de

« la luna ; nueva en favores , creciente en verdades ,
« llena de luces , menguante de errores ; al sol que
« ofusca brillos á los brillos del sol ; fanal del Car-
« melo ; farol del mundo ; á la estrella de la Alba ; á
« la Alba de la estrella , que todos buscan como norte
« en el mar de la vida , para el puerto de la gloria .
« Al prodigio de pasmos , prepetido y sentado en el
« sitio de la Justicia , donde mejor Astrea celestial ,
« signo virgen , sábia domina los astros : á la matriz
« inteligencia de los llamados cielos , que delicado
« vidrio guardan , guardando vasos de barro : al Agus-
« tin de las mujeres , Angélica Doctora de los hom-
« bres , Teóloga mística , física , seráfica , natural re-
« tórica , espiritual médica , crítica , querúbrica ;
« universal Maestra en la ciencia de los santos , en
« las artes de los justos ; á la niña Architecta , que de
« modelos pueriles levantó para Dios palacios celes-
« tiales : á la Grande en el poder , mayor en el penar ,
« máxima en el amor . A la mujer apostólica ó Após-
« tol en la esfera de mujer , por su virtud , por su no-
« bleza , por su prudencia , por su patria ; hechizo de
« la Europa , Señora de ambos mundos , Abogada de
« España , Consejera de Castilla Santa Teresa de Je-
« sús , á quien los dos Atlantes de la militante Iglesia ,
« nuestros católicos Monarcas rinden devotos cultos ,
« magestuosa expresion de sus santos afectos , cuya
« soberana luz , cuyo eficaz ejemplo siguen leales ,
« imitan fieles , todos los Reales Consejos y Tribuna-
« les de esta corte , en..... dando feliz principio á tan
« elevado fin el domingo 14 de Octubre de 1753 á la
« hora de vísperas , desde las cuales , hasta el 24 del
« referido mes (cuando en carroza de cristal hace su

« marcha el sol) hay jubileo plenísimo, serán trompetas místicas de las voces evangélicas, *Confiteor tibi Pater*, los oradores siguientes.....»

Quedó atónito el maestro Prudencio, y no persuadiéndose á que el cartel pudiese ser cierto, figurándosele que seria acaso alguna festiva invencion del buen humor del beneficiado, se le arrancó de las manos para leerle él mismo con amistosa confianza; pero aún se quedó más pasmado, cuando le vió impreso ni más ni ménos como llevamos escrito, con sus comas y puntos y ortografía; solo que en el cartel se expresa el templo donde se celebraron las fiestas, y nosotros lo omitimos por justos respetos. Leyóle, leyóle, tornóle á leer, y apenas creia á sus propios ojos. Al fin, como era hombre sério, entendido, religioso y verdaderamente sincero, después de haberse encogido los hombros, arrugado las cejas, levantado los ojos al Cielo y hecho muchas cruces y santiguándose de admiracion, prorrumpió diciendo:

¡Qué esto se permita en España, y en una Côte, y á vista de tanto hombre verdaderamente sabio, culto y discreto, y donde concurren tantos millares de extranjeros de casi todos los reinos y paises del mundo! ¿Qué han de decir de nosotros las naciones? ¿En qué predicamento nos tendrán, si llegan á entender que precisamente para publicar unas fiestas sagradas, lo cual en todo el mundo se hace y debe hacerse sencilla y llanamente, diciendo, que tal dia comienzan tales fiestas, que durarán tantos dias, que estará ó no estará el Sacramento expuesto desde tal hora á tal hora; que habrá ó no habrá jubileo; que

predicará fulano? ¿Qué han de juzgar de nosotros, vuelvo á decir, si saben que precisamente para un asunto como este, se embarra un gran pliego de papel, llenándole de bazofia, de antítesis ridículos, de esdrújulos fantásticos, de frasotas que nada significan ó significan grandísimo disparate, de epítetos pueriles y aplicados á una santa como santa Teresa, que más la ultrajan que la honran, y qué sé yo, si de proposiciones heréticas, ó á lo ménos mal sonantes?

¿Quién le dijo al autor del cartel (el cual no es posible, si no es que fuese por ahí algun licenciaduelo atolondrado, de estos que comienzan á ser aprendices de cultos, y no saben ni son capaces de saber en qué consiste en serlo), quién le dijo al autor del cartel, que santa Teresa de Jesús ni otra pura criatura, por sí sola era *la tierra del Cielo*, por quien *cria el Cielo el que fundó la tierra*? Una proposicion que se dijo por María Santísima, conviene á saber: *Ipsa colenda est, non tantum ut causa nostræ redemptionis, sed etiam ut motivum omnium rerum creationis*, está notada por muy gravísimos teólogos, como digna de gravísima censura. ¿Quién le ha dicho que santa Teresa ni ningun otro santo ó santa puede ser en ningun sentido verdadero, *el agua del bautismo*? ¿Quién le ha dicho, que es el aire que dá espíritu, no habiendo quién le dé, ni pueda darle, sino el soplo figurado á la inspiracion del Espíritu Santo? ¿Quién le ha dicho que.....

Sosieguese V. Paternidad, dijo el Beneficiado, que estas cosas no se han de tomar con esta seriedad; un poco de sangre fria y un poco de buen humor es la mejor receta para curarlas, ó á lo ménos para que

no nos perjudiquen. Mire V. Paternidad los hombres sabios de la Côte saben que la Côte está llena de ignorantes, presumidos sabios : los extranjeros tambien tienen allá sus autores de cedulones ó cosa equivalente ; porque pensar que los tontos no están sembrados por todo el mundo, como los hongos, es cosa de chanza ; y sino ahí está Menchénio en su libro de *Charlataneria eruditorum*, que no me dejará mentir. El artífice de nuestro cedulon no fué tan mal intencionado como á V. Paternidad se le figura. Él quiso hacer á santa Teresa un remedo de todos los cuatro elementos, *tierra, agua, aire, fuego*; no se le ofreció otra cosa mejor, y dijo esos disparates, sin meterse en más honduras. Aquí no hubo más, y V. Paternidad no haga juicios temerarios en materia de doctrinas; porque si sabe lo que enseña el Catecismo, esto le basta para salvarse, sin que sea necesario aprender otras teologías.

Así supiera yo lo que él sabe, interrumpió á esta sazón Fray Gerundio : cada cual siga su opinion ; pero en la mia ese hombre es un mónstruo de ingenio. ¡Qué bellos asuntos ofrece en tan pocas líneas, para predicar muchos sermones á la seráfica Madre! No se me olvidarán á mí, cuando se ofrezca ocasion, *la luna que pisa el piso de la luna*. ¡Qué divinidad! ¿Pues la prueba? *Nueva en favores, creciente en verdades, menguante en errores, llena de luces*. Es un asombro.

Por lo ménos, dijo el Beneficiado, están bien aplicadas las frases á ese planeta : *luna nueva, luna llena, luna creciente, luna menguante*. Los labradores, los hortelanos y los médicos lunáticos excusan nues-

tro calendario; y solo con ver el cartel, sabrán cuando han de sembrar, plantar, purgar y sangrar.

Dígame V. lo que quisiere, prosiguió Fray Gerundio, que yo aquello de *el sol que ofusca brillos á los brillos del sol*, no tengo con qué ponderarlo. Ni yo tampoco, respondió el Beneficiado, si entendiera bien qué es esto de *ofuscar brillos al sol*. Las nubes no los ofuscan, solo estorban que se comuniquen á nosotros; y lo mismo hacen las paredes, las ventanas, los toldos y los tejados. Si alguna cosa los hubiera de ofuscar, serian las manchas que dijo el Padre Cristóbal Scheinero habia descubierto en el sol con un telescopio de nueva invencion; pero es natural que el autor no quisiese decir que santa Teresa era pared, tabique, ventana, toldo, tejado ni mancha. Como quiera, ello suena bien, y soy de la opinion de usted, mi padre Fray Gerundio.

¿Y qué me dirá V., prosiguió Fray Gerundio, de aquello de *fanal de Carmelo, farol del mundo*? ¿No es un prodigio? Claro está, respondió el Beneficiado, que *fanal* y *farol* hacen un eco que encanta; porque aunque *fanal* es una cosa y *farol* otra, aquí no nos hemos de gobernar por lo que las cosas son, sino por lo que suenan. Sobre todo, añadió Fray Gerundio, lo que no se me olvidará para aprovecharme de ello en tiempo y en sazon, es el bello pensamiento de *á la estrella del alba y al alba de la estrella*. Téngolo por muy conceptuoso, dijo el Beneficiado; pues ahí dá á entender, que debe haber alguna estrella ordenada *in sacris*, que se reviste de alba para ejercitar su órden; y en fin el lucero del alba no puede estar explicado con mayor énfasis ni hermosura. El concepto

predicable que más me agrada, prosiguió Fray Gerundio, es decir que Santa Teresa fué *el Agustín de las mujeres y el águila doctora de los hombres*. Eso está dicho con gran chiste, dijo el Beneficiado, porque á las mujeres las dió su hombre, y á los hombres los dió su mujer: y si alguno dijere, que hacer á la santa por un lado *san Agustín* y por otro *angélica doctora*, es hacer la doctora hermafrodita, merece desprecio por la bufonada. ¿Qué cosa más comun que llamarse un hombre el dia de hoy *Agustín Maria*? ¿Pues por qué no se podrá llamar una mujer *Agustín Teresa* ó *Teresa Agustín*? La terminacion en *a* es impertinente para el eco, porque Juno fué mujer y se acaba en *o*, y Caracalla fué hombre, y se acaba en *a*.

Con V. me entierrén, dijo Fray Gerundio, que se hace cargo de las cosas, pero no repara V. en aquellos cinco asuntos, para cinco sermones que se podrán predicar delante del mismo Papa: *teóloga mística, física seráfica, natural retórica, espiritual médica, crítica querúbrica*. Dígole á V., Padre predicador mayor, respondió el Beneficiado, que respecto de esos cinco asuntos esdrojutados, las cinco piedras de la honda de David, que predicó en Roma el padre Vieyra, en cinco Dominicas de Cuaresma, para derribar al filisteo de la culpa, fueron cinco guijarros incultos y de los más bastos: y esas cinco piedras preciosas son dignas de engastarse en la corona de hierro de los longobardos, que dicen se conserva en Aquisgran y pesa algunas arrobas. Lo que extraño es, que el autor dejase quejasas otras ciencias, cuando con igual razon pudiera dejarlas favorecidas. ¿Pues quién le

quitaba añadir que santa Teresa habia sido *astrónoma extática, geógrafa célica, matemática típica, poetisa métrica?* etc. Es que no cabria en el papel, respondió Fray Gerundio. Seria por eso, continuó el Beneficiado; pero era fácil el remedio, con haberle dispuesto en papel de marquilla.

El pensamiento que yo prefiero á todos, añadió Fray Gerundio, y el que no se me escapará para el primer sermón que se me ofrezca predicar á la gloriosa Santa, es aquel que comprende tres puntos admirables: *Grande en el poder, mayor en el penar, máxima en el amor.* Ellas son tres verdades, dijo el Beneficiado, bien probadas en la vida de la Seráfica Madre, que no hay duda que la graduacion de *grande, mayor, máxima* está segun arte, y la terminacion en *er, ar, or*, es de exquisito gusto. Lástima fué no añadir, que la Santa habia sido *óptima en escribir, sabia de norte á sur*, y quedaban comprendidas las terminaciones de *ar, er, ir, or, ur*.

¿Y le parece á V. que no es digno de la mayor admiracion, interrumpió Fray Gerundio, el último elogio con que acaba, diciendo: que *Santa Teresa era y habia sido por su virtud, por su nobleza, por su prudencia, por su patria, hechizo de Europa, consejera de Castilla?* O, mi padre Fray Gerundio, respondió el Beneficiado, esa es una cabeza de obra (perdóneme nuestra lengua, que se me ha puesto en la cabeza explicarme así,) es un golpe; ¿qué digo golpe? es un porrazo que descubre los sesos al asombro. Por algo le reservó el autor para lo último, que es donde se ha de dar el mayor chispazo; tiene, tiene más alma de lo que parece á primera vista. Es uno de aquellos

elogios que llaman de *correspondencia*, porque á los cuatro primeros sustantivos han de corresponder por su orden los cuatro adjetivos, consonándoles, y apareándoles, segun su numeracion; y me explicaré si acierto.

Pidieron informe de cierto bellacuelo de no sé que Rector (porque no dice la leyenda, si era de universidad ó de colegio,) y él le dió este distico, que pienso ha de ser de Juan Owen.

Est bonus, est fortasse pius; sed Rector ineptus
Vult, meditatur, agit, plurima, pauca nihil.

Ahora note V. aquí la correspondencia ó consonante de los tres verbos con los tres acusativos: *Vult plurima, meditatur pauca, agit nihil*. Pues á este modo el ingeniosísimo autor del cedulon dijo: *que Santa Teresa de Jesús era por su virtud hechizo de Europa, por su nobleza señora de los dos mundos, por su prudencia abogada de España, y por su pátria consejera de Castilla*. Es verdad que despues de haberla supuesto señora de los dos mundos, bajó mucho la puntería; primero, en hacerla abogada de España, y despues consejera de Castilla. Pero ¿qué tirador hay tan diestro que lo acierte todo, y que alguna vez no baje algo los puntos? En todo caso, todos aquellos, y todas aquellas que tuvieron la dicha de haber nacido en la nobilísima ciudad de Ávila donde nació Santa Teresa, debian dar gracias al autor del cartel por haberles descubierto un honorífico privilegio, de que verosimilmente ninguno de ellos ni de ellas tenia noticia. Sepan que son por su pátria consejeros ó consejeras de Castilla. Y así, de aquí adelante, no se ha de lla-

mar Ávila de los caballeros, sino Ávila de los consejeros y de las consejeras, de las ilustres familias de los Zepedas ó Ahumadas, que dieron á luz esta gran Santa, no hay que hablar. Su privilegio ó su gloria es mucho mayor; pues precisamente por su nobleza son señoras de ambos mundos.

Parece, dijo Fray Gerundio, que V. á ratos se zumba; pues en verdad que yo hablo muy de veras en todo cuanto digo. A lo ménos no tendrá V. que glosar sobre aquella elegantísima frase, que dice: *Comienza el jubileo plenísimo despues de la hora de visperas, cuando en carroza de cristal hace su marcha el sol.*

¿Qué he de glosar de ese paréntesis ni qué puedo decir de él, respondió el Beneficiado, que no sea muy debajo de lo que merece? la elevacion de la frase no puede ser mayor; pues llega hasta el mismo sol. La del concepto es clara como un cristal, y sobre todo la oportunidad no tiene precio. Añádese la novedad con que se corrige la plana á todos los poetas, desde que se fundó la poesía en la Arcadia ó Caldea, que ese es chico pleito. Todos hasta aquí habian dado en la mania de que el sol hacia sus marchas en carrozas de fuego, y después segun unos se sepultaba en urnas de cristal, y segun otros se dormia entre catre de plata líquida. Ha sido enorme error, ó por lo ménos una alucinacion tan universal, como de grave perjuicio. Por un telescopio de nueva invencion, que por dicha llegó á manos de nuestro autor, descubrió clarísimamente, que la carroza en que el sol corre la posta es de cristal; y aunque desde léjos parece que iba toda vestida de fuego, y que es fuego lo que

respiran por las narices y boca los caballos que la tiran, es ilusion de la vista. Esto nace de que como el sol vá dentro de la carroza, y esta es de cristal, así como tambien son diáfanos transparentes los caballos, penétranse los rayos por las vidrieras, y parece fuego lo que en la realidad no es más que cristal de roca.

Búrlese V. ó no se burle, dijo Fray Gerundio, no podrá negar que es elegante la expresion con que anuncia al público los sujetos que han de predicar, y el texto sobre que *serán trompetas místicas de las voces evangélicas (Confiteor tibi Pater) los oradores siguientes*. . . . Pues vé V., respondió el beneficiado, eso es puntualmente lo que yo hubiera omitido, no porque no esté dicho con mucha sonoridad y en una bella cadencia de los dos esdrújulos, *místicas y evangélicas*, sino que como ahora hay tantos en el mundo que perderán un par de amigos por aprovechar un equivoquillo insulso, habrá más de dos que digan que muchos, todos y algunos oradores nombrados, serán unos pobres trompetas, y citarán para prueba al mismo cartel.

CAPÍTULO II.

ESTORNUDA EL BENEFICIADO: INTERRÚMPESE LA CONVERSACION CON
EL DOMINUS TECUM, Y CON EL VIVAN VDES. MIL
AÑOS, Y DESPUÉS SE SUENA.

No solo cortó V. mi cólera, dijo á esta sazón el maestro Prudencio, con semblante placentero, sino que la ha convertido en risa. Ya veo que no es negocio de tomar con seriedad los disparates de esos cedulones que se fijan en las esquinas. De esos no se siguen otros inconvenientes, que el que sus autores los tengan por lo que son: pero otras bocanadas parecidas á esas, en los púlpitos no se pueden tolerar, porque son de grave consecuencia para la Religion, para la nacion y para las costumbres. En suma, el cartel es disparatadísimo, y no parece posible otro que le iguale.

Eso es mucho decir, replicó el beneficiado, padre maestro, la esfera de lo posible es muy dilatada, y á pique está que tenga en el bolsillo con que convencer á V. Reverendísima cuanto se equivocó en juzgar que no caben en la línea del posible mayores disparates. V. se chancea, dijo el maestro Prudencio. No me chanceo, respondió el beneficiado, ahora lo veredes, dijo Agrajes. Y diciendo y haciendo, sacó

del bolsillo otro papel, que tambien protestó se lo habian enviado por el correo, como pieza única; y era un cartel que se fijó en la Côte ó en otra ciudad muy autorizada, publicando una fiesta de San Cosme y San Damian. Leyóles con fidelidad, á excepcion de tal cual cosa que omitió por prudencia, y decia así literalmente:

Solemnes cullos, obsequiosos aplausos, aclamaciones festivas, demonstraciones del más fino amor, que á sus fidelísimos Acates, templos vivos de la caridad, Scutipuipsores, Cosmiclimatas, Bracanes oficinas de las maravillas divinas, prodigios de milagros, milagros de prodigios, Crisópasos de la gracia, Agapetas de corazones val.....

SAN COSME Y SAN DAMIAN.

Dedican, consagran y ofrecen con cordial devocion los hijos de, etc.

Me doy por convencido, dijo el maestro Prudencio volviéndose á santiguar: ese cartel es más breve que el antecedente, y no tiene otra cosa mejor; por lo demás, se puede decir por los dos lo que respondió un provincial á un padre que tenia dos hijos en la Religion, y le preguntó: ¿cuál de dos era peor, Fray Pedro ó Fray Juan? A que respondió el provincial: *Ambos son peores.* Yo no entiendo la lengua griega, de lo que estoy muy pesaroso, y lo digo con vergüenza; pero háto será, que hasta para los mismos griegos no sea grieguísima esa gerigonza de *Acates, Scu-*

tipuipsos, *Cosmicliniatus*, *Bracanes*, *Chrisopasos*, y *Agapetas*. *Bracmones* y no *Bracanes* no es voz griega, y ya sé lo que significa. Es una casta ó muchas de las familias más nobles y más sábias en las Indias orientales, sumamente dificultosas de convertir; porque teniendo por viles y por vitandos á todos los que no son de igual familia ó casta, se desdennan de tratar con ellos, tanto que ni aún para ejercer los oficios más bajos de la casa los admitirán. Y así el cocinero de Bracman ha de ser Bracman, llegando en algunas partes la extravagancia á señalar tambien sus cotas bracmanales, á los caballos, á los jumentos y á los demás brutos domésticos, para que los Bracmanes se puedan servir de ellos con honor. Pero en fin, yo no sé por donde les pueda venir lo Bracman á los dos gloriosos Santos mártires, Cosme y Damian.

¿Ahora se detiene V. Reverendísima en eso? repuso el beneficiado. Lo Bracman les viene por tan línea recta, como *Setisvison* y *Chrisopasos*. El inventor del solemnísimo cedulon no se paró en esas minucias: tiró lo primero, en acreditarse, como otro Cornelio Escrevelio, en la inteligencia de la lengua griega, para con los ignorantes de ella; y pretendió lo segundo, aturrullar los oidos del populacho con esas voces barbarisonantes, sin habérsele pasado otra cosa por la imaginacion. Si entonces se le hubiera ocurrido á ella el *Heautontimorumenos* de Terencio, tan cierto es que llamaria *Heautontimorumenos* á los dos benditos Santos, como los llamó *Cosmicliniatus* y *Agapetas*. Yo bien sé que se llamaban *Agapetas* aquellos que asistian al convite de la caridad, que se estilaba entre los fieles, allá en los primeros siglos

de la Iglesia, y que los mismos convites se llamaban *agapes*, de *Agapa*, que significa *amor*: pero se me esconde, ¿qué aplicacion oportuna y natural se puede hacer de esta voz á los Santos Médicos? Como quiera que ello sea (dijo entónces Fray Gerundio tomando un polvo, y haciendo del socarron), estos epítetos suenan bien, y pueden hacer su papel en un sermoncito de rumbo.

Tenga V. (exclamó á esta sazón el padre Prudencio, dándose una palmada en la frente), que tambien yo he de contribuir con mi cornadillo á esta provechosa conversacion. Ahora me acuerdo que tengo en la celda dos papelejos impresos á manera de esquelas, que pocos dias há me envió de Zaragoza cierto corresponsal mio de la Orden, hombre de juicio, de delicadeza y de literatura, para que sepa V. señor beneficiado, que todos tenemos tambien nuestros amigos y nuestras correspondencias de gustillo. Si no me engaño, estos papelejos están en el mismo gusto, que los carteles, salvo que son por término muy diferente, y están escritos en latin. Son cuatro décimas en ecos, los cuales forman dos elogios distintos al Angélico Doctor Santo Tomás; y dudo mucho que hasta ahora hayan dado á luz las prensas cuatro locuras semejantes: voy por ellas. Salí, volví, llegó, sentóse, y leyó lo que se sigue:

EUCCHARISTICO ECCLESIE CALAMO.

Angelico Præcep. tori,
 Tori Cathedram a genti,
 Genti ut luceat pubesc enti,
 Antiquæ fulgeat majori,

Humilitatis a	mori,
Mori Thomæ, qui est pr . . .	ora,
Ora maris, cymba F	lora,
Lora, Dux, gladius, A	cantus,
Cantus, sidus, turris, Xan . .	thus,
Thus, Paradisus, Au	rora.
Soli lucis ful	minoso,
Minoso hæresis ter	rori,
Rori gratiæ g	estuoso,
Æstuosoque Doc	tori,
Castisimo intacto fl	ori,
Ori sophiam evo	menti,
Menti proclivæ el	amori,
Amori Dei ferv	enti,
Ista libet consecro	thura,
Dona dum expecto fu	tura.

Padre maestro; ¡qué dice! (exclamó el Beneficiado tendiéndose de risa por aquellos suelos.) Es imposible que sean impresas esas preciosidades. Si no conociera á V. Reverendísima y no supiera que es hombre tan sincero y tan veráz, creería que era invencion suya. Venga por Dios ese papel, que no hay dinero con qué pagarle. Tomólo, leyóle, estuvo pasmado y suspenso por algun tiempo; y al cabo prorumpió en estas exclamaciones: ¡Soy un insulso, soy un tonto, soy un mentecato, soy un ignorante! Yo creí que sabia algo de composiciones locas, disparatadas, ridículas, y tenia mi vanidad de las que habla encomendado á la memoria; pero todas ellas no valen un pito en comparacion de estas dos décimas; y hablando determinadamente de mis dos carteles con que ya venia tan confiado, digo con ingenuidad, que, *non sunt nostrates tegere digna nates*. Me ha de dar V. Reverendísima licencia, aunque parezca algo pre-

lijo, para construir fielmente en castellano lo que dicen esas dos décimas, siguiendo puntualmente el mismo orden de su epígrafe y de sus piés, aunque no será posible conservar sus divinos ecos; porque como las voces castellanas son tan distintas de las latinas, no pueden corresponder á unas los ecos de las otras.

A LA EUCARÍSTICA PLUMA DE LA IGLESIA.

Al Angélico Preceptor,
Catedrático de la cama,
Para lucir á los que apunta el bozo
Y para resplandecer al mayor ente;
Al amor de la humildad,
A la costumbre de Tomás, que es proa,
Ora marítima, y el bote Flora,
Cata, Capitan, espada, canto,
Canto, Estrella, Torre, Xanto,
Incienso, Paraíso, Aurora.

Al sol que fulmina luz,
Amenazante terror de la herejía.
Rocio que lleva la gracia,
Y Doctor ardiente,
A la casta intacta flor,
Boca que vomita sabiduría,
Entendimiento inclinado al clamor,
Y amor de Dios ferviente,
Consagro con gusto estos inciensos,
Mientras espero los dopes futuros.

No me detengo ahora en los barbarismos ni solecismos que hierven en el latin, porque si me detuviera en esto, seria tan pobre hombre como el que lo compuso. Lo que me arrebató toda la atencion, es pensar qué cansado quedará el brazo de su autor, y

qué ufanos los que costearon la impresion de esta gran obra, y sembraron de estos papelitos la ciudad de Zaragoza. ¿Entre cuántos mentecatos pasaria el artifice por un ingenio monstruoso? ¿Cuántos inocentes creerian, que no se habian dado al ángel de las escuelas elogios más delicados? Ahora bien, padre maestro, yo no soy poeta ni permita Dios que lo sea. En sério he compuesto bien coplas, y aunque algunas he celebrado, bien conozco que estóy muy distante de la perfeccion de esta facultad tan grande como desgraciada; pero tanto como para componer de repente, no digo una décima, sino aunque sea una cancion real, con su cola y todo, y un romance tan grande como el de D. Diego de Mendoza, con tal que sea sin órden, sin conexion, sin sentido y á desbarrar á tiros largos, dicen que tengo algun talento; y en parte me inclino á creerlo, porque me he experimentado en algunas ocasiones. Pues á Dios y á dicha, ya salga lo que saliere, allá vá esa décima en ecos, imitando perfectamente á las dos latinas, y sea para mayor honra y gloria de su incomparable autor.

DÉCIMA.

La batalla de Bi. tonto
 Tonto no fue en Mon. dragon,
 Dragon, que vió la f. uncion,
 Uncion tomó junto al. Ponto.
 Si al Parnaso me re. monto,
 Monto sobre tí, Pol. lino.
 Lino se hila en el Mo. lino
 Lino de Monje ca. zurro,
 Zurro, y más zurro á este. burro;
 Y cádate un desa. tino.

Es buen repente, dijo el maestro Prudencio, digna retribucion del simple, que ultrajó más que honró al angélico doctor, con esta sarta de necedades. Llámale *Pluma Eucarística de la Iglesia*; y es lo único bueno que tiene el elogio, con alusion á que el santo compuso el oficio del SS. Sacramento; y aunque no faltaron algunos que le quisieron disputar esta gloria, y á nosotros este consuelo, ya el hecho no admite duda. Y si fué tambien autor del devotísimo himno *Sacris solemnis*, juntamente con el otro, *Pange lingua gloriosi corporis*, etc., ¿qué indignacion ó qué risa le causaria (si los santos fuesen capaces de estos afectos en aquella region de inmutable serenidad), al verse elogiar tan torpemente por un poeta igualmente zafio que lerdo? Harto seria que le perdonase el solecismo de *Enti qui fulget majori*, en qué hace verbo activo á *fulgeo*, siendo pasivo, y le dá un caso que no le pertenece: ni tampoco le disimulase los barbarismos, *minoso*, *fulminoso*, *æstuoso*, *gestuoso*, que dudo mucho hubiese dado con ellos el célebre Carlos de Fresno, señor de Cange, en su laboriosísimo *Glosario*, ó *Diccionario de la baja latinidad*. Como quiera, padre reverendísimo, replicó el Beneficiado, las dos décimas son tan disparatadas, que no parecen posibles otras que las igualen.

Eso es mucho decir (respondió el maestro Prudencio, tomando el Beneficiado de las mismas palabras de que se habia valido para creer que no era posible otro cartel tan desbarrado como el primero). Eso es mucho decir, señor Beneficiado; la esfera de lo posible es muy dilatada, y á pique está que tenga en esta otra mano con que convencer á V. cuanto se equi-

voca en juzgar que no caben en esa línea mayores dislates. Ahora lo veredes (dijo Agrages.) Y diciendo y haciendo, leyó otro par de décimas, así mismo impresas, en elogio del mismo santo, que decían así:

SANCTISSIMO CONCILIORUM ALTARI.

Maximo Scholæ Pa. . . trono,

Throno pudoris æ terni,

Terni contra vim A verni:

Verni solis gaudes dono,

Sedulo Ecclesiæ co lono.

O, multiplex tuum vo . . . lumen!

Lumen, lagena, c acumen,

Acumen, Sol, Luna, na . . vis,

Vis, radius, lancea, cl . . . avis,

Avis, tuba, scutum, flumen.

Firmo doctrinæ cas . . . tello,

Tello humoris no civo,

Civo domini no vello,

Bello Veneris lascivo,

Numini cœli f estivo,

Æstivo orandi sa cello,

Cœlo universi altr activo,

Activo virtutis cœlo, . . .

Hæc sarta dico gratanter.

Numenque parturio instanter. .

Vuestra Rma. tiene razon (dijo el Beneficiado luego que le permitieron hablar las carcajadas, en fuerza de las cuales temió arrojar los livianos por la boca) en comparacion de estas dos décimas, las otras dos son discretísimas, son elegantes, conceptuosísimas, y son todos los superlativos que puede inventar el autor italiano más ensuperlativado: es lástima no volverlas en romance. Voy á hacerlo con la misma legalidad que las otras.

AL SANTÍSIMO ALTAR DE LOS CONCILIOS.

Al Máximo Patrono de la Escuela,
 Trono del pudor eterno,
 Contra la fuerza del Eterno Averno,
 Que gozas del don del sol de verano;
 Al envidioso labrador de la Iglesia.
 ¡Oh! ¡cuántos volúmenes has escrito!
 Luz, botella, cumbre,
 Agudeza, Sol, Luna, nave,
 Fuerza, rayo, lanza, llave.
 Ave. trompeta, escudo, río.

Al firme castillo de la doctrina,
 Dardo de humor nocivo,
 Comida nueva del Señor,
 Guerra lasciva de Venus;
 Al festivo Dios del Cielo,
 Capilla para orar en el verano,
 Cielo atractivo del universo,
 Activo Cielo de la virtud;
 Dedico con gusto estas coronas,
 Y con instancia est. y p. riendo el Numen.

Desafío todos los ingenios del mundo (exceptuando solo el del autor), á que en tan pocos renglones pongan en pié tanta multitud de disparates ni de causas tan inconexas, tan absurdas y tan locas. La de *Santisimo Altar de los Concilios*, ya sé á lo que alude: hace alusion á no sé qué Papa del orden de los predicadores, que estando para celebrar Misa á presencia de los padres de un Concilio, mandó la pusiesen por ara un libro de Santo Tomás. Pase la noticia, por más que la contradigan muchos, que yo no hallo repugnancia en creerla, ni encuentro dificultad en que un Papa quisiese distinguir con este singularísi-

mo honor las obras de un santo tan benemérito de la universal Iglesia. Pero ¿qué nos querrá dar á entender el decimista, con decir que santo Tomás *es trono del pudor eterno*? ¿Si se habrá suscitado otra disputa sobre el pudor veterano y el pudor moderno, como la que en años pasados divertió por algunos dias la Côte sobre los oradores de *la moderna* y de *la veterana*? No haria mal el decimista de explicarnos, cual era el pudor *veterano*, para ver si nos convenia trocar el *moderno* por él.

Aquello de *contra la fuerza del terno Averno* (*terni contra vim Averno*), es un descubrimiento terrible. Hasta aqui creímos que no habia más que un infierno; esto es, único seno de los precitos, de los condenados, y lo demás á que se adelanta la consideracion, segun el pensamiento de San Agustin, era que para los Cristianos parece que debiera haber dos. El decimista ha descubierto por la cuenta otro tercero ó un terno de infiernos horroroso:

Pues venció el pudor eterno

La fuerza superior del terno Averno.

Pero lo que no se puede negar es, que el pensamiento del cuarto pié, *Verni solis gaudes dono* (*que gozas del don del sol de verano*), es un pensamiento verdaderamente alto y profundo. No dijo que Santo Tomás gozaba del don del sol del invierno, del de la primavera ni del otoño, si de él del verano, de él del estío, y verosimilmente de él de la canícula. ¿Y esto por qué? Porque mereció vestir el religiosísimo hábito del gran Patriarca Santo Domingo; y todos sabemos que este Santo ántes de nacer fué misteriosa-

mente pronunciado á su madre, cuando soñó que traía en su vientre un perro con una hacha encendida en la boca: figura la más cabal de la canícula, la cual por ahora siempre es en el mayor rigor del verano, que andando el tiempo no sabemos por cuando será. Pues sin duda, que eso quiso decir el poeta, cuando afirmó que Santo Tomás *goraba del don del sol de verano*; pero si quiso decir otra cosa, agradézcame la buena voluntad.

Gana tiene V. de perder tiempo, interrumpió el maestro Prudencio en ir interpretando los disparates de las décimas. Hemos de menester hacernos cargo de que el poeta era un pobre simple, que solo tiró á ajustar sus ecos saliesen como saliesen, sin consecuencia para lo demás. A no ser esto así, ¿quién le habia de tolerar que llamase á Santo Tomas: *Dardo de humor nocivo, Festivo Dios del Cielo (Numini Cæli festivo), y Copillita para orar en el verano? (Æstivo orandi sacello.)* A fé, que tiene V. Reverendísima razón, dijo el beneficiado, y no gastemos más prosa con este inocente. Mas porque no se quejen estas segundas décimas de que no las saludo yo con otra de mi invencion, como á las primeras; allá ván esos diez piés en busca del autor, que debiera estar en cuatro:

Salvaje en la Ca. nada,
 Nada teneis que bus. car,
 Car... los quinto, ni aun el . . Zar,
 Porque más acá hay po sada;
 Sada fué mi cama rada,
 Rada toma choco. late,
 Late un oculto miste. rio;
 Ríome del magisterio,
 Y cádate otro disparate.

Como durante la glosa de las cuatro décimas no dejaron hacer baza, nuestro Fray Gerundio guardó un profundo silencio; pero no se le dió mucho, porque á él no le habian parecido tan mal las décimas como al beneficiado y al padre maestro, ántes bien hallaba en los ecos una gracia sin igual, que casi casi le encantaba; y si salia á defenderlas, bien conocia que no habia de sacar buen partido: si se ponía de parte de los que se burlaban de ellas, iria contra su propia conciencia. Con que, todo bien considerado, se alegró de que no le dejasen hablar. Solo suplicó al padre maestro, que le permitiese sacar una cópia de aquellos papeles para reservarlos entre los más curiosos; lo que sin dificultad le concedió, pareciéndole que después de la merecida zurra que habian llevado, no le pasaria por la imaginacion conservarlos para otra cosa que para diversion y para risa y no para modelo. Con esto levantó la visita el beneficiado, á quien salieron á despedir el padre maestro Prudencio y Fray Gerundio. En el camino y como de paso dijo el maestro Prudencio al beneficiado: Por aquí se conoce con cuanta justificacion está mandado por diferentes autos acordados del consejo y por otras varias reales órdenes, que ningun impresor pueda imprimir libro, memorial ú otro papel suelto, de cualquiera calidad y tamaño, aunque sea de pocos renglones, sin que le conste y tenga licencia para ello del consejo ó señor Juez privativo y Superintendente general de imprentas, pena de dos mil ducados y seis años de destierro. Es justísima esta providencia, por más que parezca demasiadamente rigurosa: y si se observara en el debido rigor, no se imprimirían car-

teles nécios, décimas locas ni folletos indignos, que todo bien reflexionado, no tanto nos divierten, cuanto nos afrentan. Hoy se cela esto de los libros y de las imprentas con mayor severidad que nunca; y aunque algunos se quejen de la nimiedad, ménos inconveniente hay en este extremo que en el contrario y más cuando enseña la experiencia, que ni aún todo este rigor alcanza para librarnos del todo de estas monstruosidades. Ojalá que con el mismo se celaran las dedicatorias de las conclusiones, en las cuales hay tanta Bazófia y tanto desatino, que alguna vez he estado tentado á hacer una coleccion de las más ridículas, y solo me ha detenido la consideracion de que las naciones no nos tengan á todos por bárbaros; siendo así que somos tantos á llorar la intrépida ignorancia de los que dan motivo para esto. A tal punto llegaron á la portería, y el beneficiado se fué á su casa, y cada uno de los religiosos á su celda.

CAPÍTULO III.

DISPONE FRAY GERUNDIO SU SEMANA SANTA.

TOMÓLA con tanto empeño, que se negó con ejemplar constancia y edificacion á predicar varios sermones en aquel verano. Entre otros le importunaron con exceso para que admitiese uno de grande aparato y de no ménos utilidad, para una fiesta que se habia de celebrar en cierto lugar vecino, en ocasion de gracias de haberle hecho el Rey Obispo para Indias al cura que era del mismo lugar, hombre docto, limosnero y piadoso. No le pudieron vencer á que le admitiese, por no distraerse de otros asuntos ni exponerse á que le faltase tiempo para disponer su Semana Santa. Y por cuanto uno de los que más le instaban para que admitiese el sermón de gracias, le dió á entender que atribuia su resistencia á que era asunto nuevo y enrevesado, de lo que habia poco en los libros, y por eso no se atrevia con él Fray Gerundio. Para desengañarle, le enseñó al instante unos apuntamientos, que á su parecer tenia muy escogidos para este género de funciones.

Eran todos sacados á la letra de cierto sermón que se predicó en cierta ciudad; al mismo idéntico asunto, de un párroco electo Obispo de Indias, llamado

Juan (así se llamaba también el nuevo electo), que lloró mucho con la noticia de su elección, se resistió á consentir en ella, al fin aceptó. Celebró una fiesta muy solemne en su misma parroquia una congregación numerosa que había en ella, de que era padre espiritual el mismo señor Obispo. Se buscó orador de fuera, y fué un padre maestro ingenioso y hábil sin duda; pero de los que en el púlpito se dejan llevar de la corriente. Se trajo la música de la catedral, hubo toros, fuego y victor, que sacaron los estudiantes de la escuela que había profesado el prelado. De todo se hizo cargo el orador en la salutación, y todo le pareció á Fray Gerundio que con grandísima facilidad se podía adaptar á cualquiera elección de obispo. Y si en la fiesta estaba el Sacramento patente, como es regular, sería otro tanto oro. El escrito que leyó al que le importunaba, decía así á la letra:

Apuntamientos para sermones en elecciones de obispos.

« Si se aflije el electo, como suele suceder, consolarle con esta entradilla: *No lloreis, Juan, no lloreis: Ne fleberis.* ¿Y por qué llora Juan? *Vidi in dextera sedentis super thronum librum scriptum intus et foris, signatum sigillis septem, et ego flebam multum.* Vi al que está sentado á la diestra del Rey, etc. Y el libro del cual pendían siete sellos (según unos), es figura de las Bulas plumbadas, de las cuales tiene pendiente el plomo con el sello Pontificio: *Pictores nostri unum librum cum septem sigillis pendentibus, instar Bullarum depingent.*

« Segun otros, era una carta cerrada, llamada *libro*,
 « como llaman los hebreos á cualquiera papel ó
 « pergamino escritos: *Hebræi quodcumque scripti*
 « *genus librum appellant. Ille, de quo hic agitur,*
 « *erat potius epistola quædam plicata.* Carta en nom-
 « bre del Rey que amenaza con unas Bulas plumba-
 « das, motivo es para que Juan llore, y se aflija mu-
 « cho: *Et ego flebam multum.* Ya tenemos Cédula
 « Real, Bulas y llanto.

« ¿Quién ha de consolar al pobre Obispo? Ya lo
 « dice el texto: *Vicit Leo de Tribu Juda.* El Leon de
 « Judá que se representa, no solo como manso cor-
 « dero, sino como muerto sobre el mismo libro: *Ag-*
 « *num stantem, tanquam occisum;* es figura de el
 « Sacramento. Este cordero sacramentado, alarga
 « con su propia mano las Bulas: *Et accepit de dexte-*
 « *ra sedentis librum, instar Bullarum depinget.* Mán-
 « dale que las acepte y dé cuenta á su Santa Iglesia:
 « *scribe Ecclesiis.* No puede resistirse: *Vicit Leo.* No
 « tiene para qué; porque el mismo cordero se empe-
 « ña en darle cuanto ha de menester para desempe-
 « ñar su ministerio. Por eso se representa unas veces
 « paseando, otras sentado, y otras á pié: *Ambulan-*
 « *tem, sedentem, stantem.* Cuando pesa los méritos
 « del que ha de elegir se pasea: *ambulantem.* Cuan-
 « do los premia se pone en pié: *stantem.* Como que
 « está pronto para ayudarle y para defenderle. ¿Neces-
 « sita el Obispo ojos? El cordero tiene siete: *haben-*
 « *tem oculos septem.* ¿Necesita los dones del Espíritu
 « Santo? ahí los tiene figurados en los siete cuernos
 « del cordero: *cornua septem.* ¿Necesita atravesar el
 « mar y que los Ángeles del Señor le conduzcan á

« tierra firme felizmente? ahí lo tiene todo: *Habentem*
 « *cornua septem, et oculos septem spiritus Domini in*
 « *omnem terram.*

« Supuesta la aceptacion como triunfo del cordero,
 « ¿quién le dá, á quien le instituye la solemnisima
 « fiesta en accion de gracias? Al texto: *Cum aperuís-*
 « *set librum, viginti quatuor seniores ceciderunt co-*
 « *ram agno, habentes singuli citharas, et phialas au-*
 « *reas..... Dicent, etc.* Los antiguos, los doce, los
 « veinte y cuatro, que son los que ocupan el palen-
 « que de esta nobilísima congregacion, y se distin-
 « guen en ella con estos nombres: *Viginti quatuor*
 « *seniores ceciderunt coram agno.* Ellos parece que
 « todos se convierten en músicos por el amor, para
 « cantar gracias al cordero: *Habentes singuli citha-*
 « *ras.* Mas no contentos con éstos, han conducido
 « esta dulcísima y acorde música, que tiene su ori-
 « gen, no allá de los podridos nervios ó cuerdas de
 « la tortuga de Mercurio, sino del mismo Cielo: *Ita-*
 « *que cælum instrumentum musicæ Aretipum videtur*
 « *mihi, non propter alia elaboratum, quam uterum*
 « *parientis hymni decantarentur.* Hasta el orador pa-
 « rece que estaba figurado en el texto; porque ya
 « fuese él, ó ya fuese otro, como lo prometió el ser-
 « mon, siempre seria nuevo: *Et cantabant canticum*
 « *novum.*

« Los cohetes están claros, puesto que se dispara-
 « ban desde el mismo trono, *et de throno procedebant*
 « *fulgura, et voces tonitruui.* El victor de los estudian-
 « tes de la escuela jesuita es el que no se puede de-
 « jar de reconocer en aquellos cuatro misteriosos vi-
 « vientes, que asistian á la cátedra ó trono de Jesús:

« *in circuitu sedis*; y con el semblante, y vuelos de
 « águilas: *et vultus eorum similes Aquilæ volanti*.
 « Se remontaron más victoreando día y noche: *Et*
 « *requiem non habebant die ac nocte*, *dicentes*, *sanc-*
 « *tus, sanctus, sanctus*. Finalmente, hasta los toros
 « se divisan en nuestro texto, pues tampoco faltan en
 « él semblante de toros: *Et secundum animal simile*
 « *vitulo*.

ASUNTO.

El Laberinto.

« Eslo Cristo en el Sacramento, por cinco razones:
 « Primera, porque fué figurado en el desierto: *Ap-*
 « *paruit in deserto*: Segunda, porque se admiraron
 « los israelitas: *¿ Quid est hoc?* Tercera, porque en
 « él se confunden los sentidos: *Et sensus deficit*:
 « Cuarta, porque se les hizo duros á los judíos: *Du-*
 « *rus est hic sermo*: Quinta, porque es Alfa y Omega,
 « principio y fin de todo.

« El Sacramento pues, ha de ser el centro del la-
 « berinto: el laberinto no ha de tener más que dos
 « calles; y las calles han de ser los otros dos Evan-
 « gélicos que concurren á la fiesta, porque el Sacra-
 « mento está ya aplicado al centro.

« Primera calle y primero Evangelio: *Tu es Petrus,*
 « *et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*.
 « ¿ Por qué elije Cristo á Pedro para obispo de los
 « obispos, y para piedra fundamental de su Iglesia?
 « Porque desde que le pusieron el nombre, se llamó
 « *Cephas*, que es lo mismo que Pedro y Piedra: *Tu*

« *vocaberis Cephas, quod interpretatur Petrus.* Her-
 « moso registro; pues descúbrase ya. Hablemos aquí
 « claros: la cifra que desde la pila del bautismo goza
 « por altísima providencia nuestro amantísimo señor
 « Obispo, como se llama su Señoría, *Don Juan Gar-*
 « *cía Abdiano*; vuelve esto ahora en latín, y escribe-
 « se de esta manera. *Don Joannes Garcia Abdianus,*
 « que se lee en anagrama, *Juan Obispo de Caracas*
 « *admisus*; esto es, *Juan Obispo de Caracas*, por lo
 « ménos.

« Vaya otro anagrama latino, para mayor confir-
 « macion, *Joannes gratia Domini V. Abba ad nos*; y
 « sobra una *V*; pero es fácil acomodarla; porque
 « significando *Abba* lo mismo que *Padre*, se puede
 « decir: *Juan, por la gracia del Señor V, Padre (ú*
 « *Obispo) para nosotros.* El señor *V* es Felipe Quin-
 « to, que le presentó para Obispo. De este modo es
 « fácil hacer anagramas del nombre de cualquiera
 « obispo electo; porque sino saliere en romance, sal-
 « drá en latín; y si sobraren algunas letras, mejor;
 « pues más vale que sobren, que no que falten.»

Iba á proseguir Fray Gerundio en la lectura de sus
 apuntamientos; pero el sugeto á quien los leía le in-
 terrumpió, diciendo: Basta, que estoy de priesa; y
 quedo convencido de que no es fácil le coja á *V.* de
 súbito ningún empeño por árduo que parezca, y que
 el negarse á este sermón no es ni puede ser por fal-
 ta de materiales. Despidióse, y nuestro Fray Gerundio
 sin perder tiempo empezó á hacer sus prevenciones.

Habia traído de Pedrorubio una nota de los sermón-
 es que habia de predicar, con todas las circunstan-
 cias agravantes de cada uno; la cual habia tenido

gran cuidado de entregarle el licenciado Flechilla, hombre puntual y muy exacto. Venia la nota con toda division, precision y claridad, para evitar toda equivocacion; y nos ha parecido trasladarla aquí ni más ni ménos como se encontró en un manuscrito arábigo muy antiguo (de donde fielmente se copió, si no nos engañó nuestro traductor), por lo que podrá conducir, para inteligencia de lo que adelante se dirá. Está pues concebida en estos propios términos:

SEMANA SANTA DE PEDRO RUBIO.

INTRODUCCION DE LA VILLA Á LOS REVERENDOS PREDICADORES.

Domingo de Ramos.

« Hácese la procesion á lo vivo: va á caballo en
« la santa asna el que hace á Cristo, que es siempre
« el mayordomo de la Cofradía de la Cruz, rodeán-
« dole los doce cofrades más antiguos, vestidos de
« Apóstoles, con túnicas talaras de diferentes colores.
« Anda la procesion al rededor de la Iglesia, donde
« hay dos olivos y un moral: trepan á ellos todos los
« muchachos que pueden, los cuales durante la pro-
« cesion están continuamente cortando y arrojando
« cañas al suelo. Cuando el Sacristan canta *Pueri*
« *Hebraeorum*, los muchachos corresponden con des-
« compasados chillidos *Benedictus qui venit in nomi-*
« *ne Domini*, etc., hasta el *hosanna in excelsis* inclu-
« sive. Tiene el pueblo gran devocion con la santa
« asna, la que vá llena de cintas, trenzas, bolsos y

« carteras de seda ; y antiguamente llevaba tambien
 « muchos escapularios, hasta que un cura los quitó,
 « pareciéndole irreverencia. No queda en el lugar
 « manta, cobertor ni cabezal, que no se tienda por
 « el sitio que anda la procesion. Este año se llama
 « por dicha *Domingo de Ramos* el Mayordomo de la
 « Cruz, que representa á Cristo. De todo se hace
 « cargo el Predicador, si ha de dar gusto.

Lunes santo.

« *Buen Ladron.* Fíjanse la cruces grandes á la en-
 « trada del Presbiterio, y son las mismas que sirven
 « para el descendimiento. Todas las tres efigies que
 « se representan en ellas son de artífice muy diestro,
 « y las costeó un hijo del lugar, que llegó por sus
 « puños á ser Canónigo de la Bañeza. La de en me-
 « dio es un Crucifijo muy devoto; la del lado derecho
 « es de San Dimas, y la del izquierdo de Gestas, con
 « semblante desesperado y rabioso, que parece de
 « condenado. Es tradicion que se sacó por la de un
 « escribano; otros dicen que por la de un gran ladron
 « ventero, que habia en la comarca. Como quiera,
 « ya es uso y costumbre inmemorial, que en este
 « sermon se dé contra los oficiales de pluma. Con-
 « curre mucha gente del contorno á oir las pullas y
 « los chistes.

Martes santo.

« *Lágrimas de San Pedro.* Cántase la Pasion por la
 « tarde; y cuando el que canta se va acercando á que-

« llas palabras *Accessit ad eum una ancilla*, salen de
« la sacristía un viejo con una calva muy venerable,
« que representa á San Pedro, y una muchachuela en
« traje de moza de cocina, la cual en cantando el de
« la pasion *Accessit ad eum una ancilla, dicens*, pro-
« sigue ella tambien cantando muy gargariteado: *Et*
« *tu cum Jesu Galileo eras*; y el viejo entona como
« enfadado y con desabrimiento: *Nescio quid dicis*. Va
« San Pedro andando poco á poco por la Iglesia, y al
« cantarse aquellas palabras: *Vidit eum alia ancilla,*
« *et ait iis qui erant ibi*, sale del medio otra mu-
« chachuela, y canta: *Et hic erat cum Jesu Nazareno*:
« San Pedro la da un empellon muy enfadado, y
« dice: *Voto á Cristo, quia non novi hominem*. Al fin
« hace como que se quiere salir de la Iglesia, y á es-
« te tiempo entra una tropa de mozancones, que mi-
« rándole de hito en hito á la cara, comienzan á ver-
« rear descompasadamente; *Verè et tu ex illis es,*
« *nàm et loquela tua manifestum te facit*. Aquí el
« pobre viejo colérico, enfurecido y como fuera de
« sí, comienza á detestar, á jurar y perjurar, que no
« conoce tal hombre, echándose cuantas maldiciones
« le vienen á la boca, no bien las acaba de pronun-
« ciar, cuando sale de allá de encima del coro, y co-
« mo hácia detrás del órgano, un chillido muy pene-
« trante, que remeda la voz del gallo, y comienza á
« cantar tres veces, *quiquiriqui, quiquiriqui, quiqui-*
« *riquí*. Al oirlo San Pedro hace como que se com-
« punge, se va debajo del coro, se mete en una cho-
« za ó cabaña, que le tienen prevenida, y en ella
« está durante el sermon plañendo, llorando y limpián-
« dose los mocos. Es funcion curiosa, concurre mu-

« cha gente, y es obligacion del Predicador decir al-
 « gunos chistes, acerca de los pollos y los capones,
 « observándose que el que más sobresale en esto, sa-
 « ca despues más limosnas de gallinas.

Miércoles santo.

« Este dia, no hay sermon. Despues de Misa y
 « por la tarde sale el Predicador con la señora justi-
 « cia á pedir la limosna de los huevos y pescado, y
 « si dió gusto en los dias antecedentes suele sacar
 « más de doscientos huevos, y una arroba de zincal,
 « sin contar las sardinas saladas, que suelen ser más
 « que los huevos.

Jueves santo.

« *Lavatorio y mandato.* No hay cosa especial que
 « notar de mucho gusto en este dia. Un Predicador
 « tomó por asunto: *Amor es arte de amar*: lo que se
 « advierte, por si el Predicador quisiere imitarle, ge-
 « neralmente han parecido bien todos aquellos que
 « han predicado, desleidas algunas relaciones de co-
 « medias de capa y espada, como tuviesen eleccion
 « para coger las más tiernas, derretidas y discretas.
 « Ninguno logró más aplauso que uno que se empeñó
 « probar: *Que Cristo en la última cena se acreditó de*
 « *chichisveo de las almas.* Imprimióse el sermon y aun-
 « que luego se recogió por el Santo Tribunal, como
 « no se recogió la memoria, ha quedado eterna de él
 « en la villa. Hácense estas advertencias por si con-
 « ducen para algo.

Viernes santo.

« Por la mañana á las cuatro la Pasion. No la hay
 « más célebre en la redonda: asiste al sermon deba-
 « jo del púlpito el Mayordomo de la Cruz, vestido de
 « Nazareno. Cuando se llega al paso de *Ecce homo*
 « sube al púlpito, y el Predicador le muestra al pue-
 « blo, haciendo las ponderaciones y exclamaciones
 « correspondientes á este paso. Es grande la conmo-
 « cion, y se ha observado ser mucho mayor, que si
 « se mostrara la imágen del Salvador en aquel lan-
 « ce. Pronunciada la sentencia por Pilatos, es obli-
 « gacion del Escribano de la Villa, y en su ausencia
 « del fiel de fechos, notificársela á Jesús Nazareno,
 « esto es, al Mayordomo de la Cruz, quien se encoge
 « de hombros con grande humildad, en señal de
 « aceptacion. Cuando sale del Pretorio para el Cal-
 « vario, el sacristan, ó faltando éste el mullidor, con
 « voz ronca y descompasada publica el pregon de los
 « delitos de aquel hombre, rara vez deja de haber
 « desmayos. En el momento en que espira dice el
 « Predicador, *expiravit*; tocan las campanas á muer-
 « to, hace el Predicador una breve suspension ó pau-
 « sa, y despues él mismo entona el responso, *ne re-*
 « *corderis*, continuándole los Clérigos, y se acaba la
 « funcion con el *requiescat in pace*.

« Por la tarde á las tres el descendimiento. Se ha-
 « ce en la plazuela que está delante de la Iglesia, si
 « el tiempo lo permite. Se ejecutan en él los mismos
 « pasos y juegos de manos que en los demás descen-
 « dimientos. Salen los venerables varones que repre-

« sentan á Nicodemo, San Juan Evangelista y á Jo-
 « seph ab Arimateo con sus toallas, martillos y tena-
 « zas, estando ya prevenidas las dos escaleras, arri-
 « madas á los brazos de la Cruz del medio. Colócase
 « en medio del teatro una devota imágen de la Sole-
 « dad, con goznes en el pescuezo, brazos y manos,
 « que se manejan por unos alambres ocultos, para
 « las inclinaciones y movimientos correspondientes,
 « cuando San Juan va presentando los instrumentos
 « de la crucifixion. Y sobre todo, cuando los tres ve-
 « nerables varones ponen delante de la Virgen el
 « cuerpo difunto de su Hijo, pidiendo la licencia pa-
 « ra enterarle, suele ser dia de juicio. El Predicador,
 « que entre todos desempeñó con mayor aire esta
 « funcion, fué el que tomó por asunto de ella *los*
 « *Titeres espirituales*, y al acabar por la mañana el
 « sermon de la Pasion, convidó al auditorio para una
 « funcion de titeres: todo dió gran golpe.

Sábado santo.

« No hay sermon este dia; pero acabados los ofi-
 « cios sale el Predicador con la señora Justicia á pe-
 « dir la limosna de torreznos, hornazos, longanizas y
 « chorizos, y si cayó en gracia suele juntar tantos,
 « que vende los que le sobran, despues de regalarse
 « bien los dias de Pascua. Y predicador ha habido,
 « que ha saca lo ciento y cincuenta reales de estos
 « despojos.

Domingo de Pascua.

« Sermon de gracias á las cinco de la mañana. Es

« obligación del Predicador tocar en este sermón todas las gracias, chistes, cuentecillos, chocarrerías y truanadas que puede recoger, para divertir el inmenso gentío que concurre á él. No ha de ser hazañero ni escrupuloso. Sean de la especie que se fueren, puercos, súcios, torpes é indecentes, ya se sabe que en aquel día todo pasa. Debe hacerse cargo de que la gente está harta de llorar en la Semana Santa, y que es preciso alegrarla y divertirle en el domingo de Pascua. Los Padres Predicadores, que han traído sócio ó lego (porque algunos lo han traído), han dispuesto que el lego subiese al púlpito, y que predicase un sermón burlesco atestado de todas las bufonadas posibles. Por lo común estos sermones se acaban con un acto de contrición truanesco, y por Cristo sacaba el lego una empanada, un perrito ó una bota, á la cual decía mil requiebros en tono de afectos compungidos, que hacia descalzar de risa.

« Adviértese al padre Predicador, que en sus sermones no pase de una hora, á excepcion del de las lágrimas de San Pedro, Pasion, Descendimiento y sermón de gracias, en los cuales podrá detenerse lo que quisiere.

« Por mandado de los señores Alcaldes y Concejo de la villa de Pedro Rubio, jurisdiccion de Caramanchel de arriba. Roque Marcon, Fiel de Fechos. Con cuerda con su original, á qué me remito.»

Esta fué á la letra la instruccion que el licenciado Flechilla entregó á nuestro Fray Gerundio, recibida inmediatamente del Fiel de Fechos que ejercia el oficio de escribano, *in sede vacante*, y se acostumbraba

dar una copia legalizada de ella al padre Predicador, *pro tempore existente* de la Semana Santa; para que, noticiado de todas las circunstancias, le parase entera por juicio, si no se conformaba por ellas. Discurra el pio lector, ¿qué torbellino de especies, á cual más extravagante, no se atropellarian en la fantasía de nuestro Predicador mayor, cuando se halló en el almacén de materiales tan copiosos, como estrafalarios y ridículos; y qué parabienes se daría de que la hubiese tocado la dicha de tener su cortadora hoz en mieses tan abundantes?

Bien conoció que la instruccion le daba hecha una gran parte de su trabajo, y aún casi la mayor, mostrándole como con la mano el camino por donde habia de ir, y poniéndole á vista de ojos los asuntos que habia de escoger para captar los aplausos, y poner el pié si pudiese encima de todos sus gloriosos predecesores de feliz recordacion. Pero como los asuntos eran tantos, y necesitaba de una inmensa multitud de especies para llenarlos, no se puede explicar la aplicacion con que se dedicó los ocho meses que faltaban para la Semana Santa, á revolver todo género de libros, notando, apuntando, amontonando verde y seco, todo cuanto se le venia á la mano y podia conducir, aunque fuese remotísimamente, para alguno de los asuntos.

En el Domingo de Ramos tuvo poco que hacer para determinarse; porque notando que se llamaba *Domingo Ramos* el mayordomo de la Cruz de aquel año, y que era el primer papel del día, tomó por idea de su sermón *el exército á los Ramos del Domingo, enlazados con Domingo de Ramos*. Acordóse haber

oido, ó leído que habia un célebre autor moderno que se llamaba *el señor Ramos del Manzano*, y que era imposible que dejase de traer *pro dignitate*, y como dicen á fondo la materia de Ramos. Le fué á buscar con ánsia á la librería del convento; hallóle, y quedóse elevado cuando vió que aquel docto escritor trataba de cosa muy diferente que no entendia. Haciendo después reflexion, que segun el texto, y tambien lo que se practicaba en Pedrorubio y su funcion, los Ramos eran de olivos, se le vino á la memoria el libro de *Doña Oliva Sohuco*, de que habia oido hablar al beneficiado, como de un libro raro y exquisito, que él tenia en mucha estimacion. Envióselo á pedir, creyendo que encontraria en él un tesoro para su asunto: y aunque vió que trataba del jugo nutricio de las plantas y de los árboles, como no hablaba cosa particular de olivos, se enfadó, y le arrinconó con desprecio. En este punto se le vino á la memoria, que así en el Breviario como en el Misal se le dá á este Domingo el título de *Dominica in Palmis* (Dominica de las Palmas), reflexionó con oportunidad, que en aquel domingo daba principio la Iglesia á cantar la Pasion: ocurrióle haber visto alguna vez en la librería de la casa aunque por el forro, un libro intitulado; *Palma de la Pasion*; y dándose muy alegre el parabien, dijo para sí: «Vaya «que siendo Palma y de Pasion, no puedo ménos «de encontrar aquí todo cuanto he menester para «atestar de erudicion las palmas de esta dominica.» Abriólo, y cuando halló que era la devotísima y juiciosísima *Historia de la Pasion*, escrita por el padre Luis de la Palma, le faltó poco para echar el libro

por la ventana, del enfado que le dió. Desesperado, en fin, se refugió á su *poliantea*, allí encontró una selva llena de ramos, olivos y palmas, que podia competir con la vega de Granada, y con los mismos olivares de Tudela y Cascante de los Aledaños.

Lo que le dió muy poca pena fué la circunstancia de la *santa asna*, como blasfemamente, aunque con mucha simplicidad, la llaman aquellos pobres rústicos. Al instante se le vino á la imaginacion el *asno de oro* de Apuleyo; y aunque esto fué una graciosa invencion de aquel chifletero autor, y no le conoció Fray Gerundio, ó se le dió muy poco de eso; porque verdadero, ó fingido siempre le pareció especie divina para formar el paralelo. Fuera de esos, por fortuna suya, habia pocos dias ántes leído en el *espectáculo de la naturaleza* el bello elogio que se hace del *asno en la boca* del prior: y desde luego determinó encajarle, reduciéndole á su estilo, así para dar á su auditorio una razon plausible del motivo porque habia preferido el Salvador este humilde animal, para hacer su triunfante entrada en Jerusalem, como para promover en sus oyentes el respeto carísimo á la *santa asna*, en cuanto estaba de su parte.

El asunto en que finalmente se fijó para el sermón del buen ladrón, fué sin duda feliz. Dió por supuesto, sin razon de dudar, que el buen ladrón se llamaba *Dimas* y el malo *Gestas*, sin embargo de que sobre el verdadero nombre de los dos haya tanta variedad en los autores, como saben los eruditos. Y aún supuesto que se llamasen así, todavía no falta quien diga, que el malo fué *Dimas* y el bueno *Gestas*, como lo prueban aquellos versos, bastantemente vulgarizados:

Imperibus meritis, tria pendent corpora ramis
 Dimas, Gestas; in medio est divina Potestas,
 Dimas damnatur, Gestas super astra locatur.

Fray Gerundio no se paró en eso, y es sumamente verosímil, que ni siquiera tuviera noticia de ello, dando por indisputable la opinion vulgar que acaso tendria él por artículo de fé, de que el buen ladron se habia llamado *Dimas*, tomó por asunto, que el buen ladron habia sido el *Di-ménos* de todos los ladrones, y el *Di-mas* de todos los santos. Probólo ingeniosamente, asegurando que mientras el mal ladron estaba vomitando blasfemias contra Jesucristo, el bueno le procuraba contener, diciéndole: *Di-ménos, Di-ménos*. Y cuando después, que inspiró el Salvador los mismos que le habian crucificado, se volvian á Jerusalem, hiriéndose los pechos, y aclamándole por verdadero Hijo de Dios, el buen ladron animaba á cada uno de ellos, diciéndole: *Di-mas, Di-mas*. Mientras el mal ladron juraba y perjuraba contra el escribano que le habia hecho la causa, tratándole de tan ladron y tan homicida como él, procuraba sosegarle el buen ladron, diciéndole: *Di-ménos, Di-ménos*. Cuando Longino abrió los ojos del cuerpo y del alma, y confesó al Salvador á quien habia abierto el costado, el buen ladron le alentaba con estas palabras, *Di-mas, Di-mas*.

Exornó después este delicadísimo pensamiento con un paso retórico, sin duda alguna, ingenioso, enérgico y oportuno. Hicirió una buena porcion de elogios, que hacen del buen ladron, así los Santos Padres, como los sagrados expositores; y esto le costó

poco trabajo, porque solo en Silveira, Baeza, encontró una decente provision para llenar muchos sermones. Hizo una especie de apóstrofe, hablando en cada uno de aquellos autores, como si los tuviera presentes, y preguntaba, v. gr. á San Agustin: «Ea, ¿qué dices del buen ladron, Sol africano, Fénix único de la Arabia feliz?» *Dum patitur credit Dimas, non ante crucem Domini seclatur, sed in cruce Domini confessor Dimas, inter martires computatur, suoque sanguine baptizatur.* «Y tú, Púrpura bethlemitica, máximo entre los cuatro Maestros generales de la universal Iglesia, Jerónimo divino, ¿qué dices de nuestro Dimas?» *Latro credidit in cruce, et statim mæretur audire; hodie mecum eris in paradiso; Dimas latro crucem mutat paradiso. Di-mas.* ¿Pero qué más ha de decir? Diga esto mismo con poética elegancia la mitrada musa de Viena; ya sabe el docto, que hablo de Abilo, obispo Vienense.

Sicque reus scelerum dùm digna placula
Pandit, martyrium de morte rapit.

CAPÍTULO IV.

INTERRÚMPESE LA OBRA POR EL MÁS EXTRAÑO SUCESO
QUE ACAECIÓ AL AUTOR, Y DE QUE QUIZÁ NO SE ENCONTRARA
EJEMPLAR EN LOS ANALES.

Aquí llegaba dichosamente la pluma, volando con apresurada rapidez por region de la historia en alas, á nuestro modo de entender, de la verdad más acendrada; aquí corría la narracion sin tropiezo, por el dilatado campo de la vida de nuestro héroe, faltando por lo ménos la mitad para llegar al término de su espaciosa carrera: aquí comenzábamos (por decirlo así) á tender las velas de nuestra navegacion, desviándonos de la tierra, para engolfarnos en el mar alto de las más famosas proezas pulpitables de nuestro nunca bastantemente aplaudido Fray Gerundio: aquí, aquí era donde lográbamos los documentos más copiosos, las más preciosas memorias, y los instrumentos, no solo más abundantes, sino tambien (á nuestro parecer) los más puntuales, los más exactos, y los más fidedignos, para divertir, entretenir y embelesar (en cuanto nos fuese posible) é instruir, sin especial trabajo nuestro, á los lectores; cuando el suceso más extraño, el acaecimiento más singular y el más exótico, triste, melancólico, funes-

to y cipresino accidente que podia caber en la humana imaginacion, nos obligó á cortar los vuelos á la pluma, á parar el caballo en medio de la carrera, á echar las áncoras al principio de la navegacion; y en una palabra á levantar la mano de la tabla, arrinconándola para siempre, ó á lo ménos á suspender el pincel, hasta ver lo que producen las nuevas diligencias que estamos haciendo, en cumplimiento de nuestro empeño y de nuestra obligacion.

Bien conocemos que estarán ya nuestros amados lectores con una ansiosa impaciencia, por saber el triste y fatal suceso que ocasionó esta desgracia. Tengan por Dios un poco de flema, y déjennos respirar, haciéndose cargo de que no somos de bronce. La memoria sola nos conturba, los ojos se arrasan, la voz se corta, el pecho se cierra, la garganta se anuda y hasta la pluma parece que no quiere dar tinta. Ya hemos tomado un poco de vuelo, allá vá pues lo que nos sucedió.

En varias partes de esta, que nos pareció fidelísima historia, hemos advertido: que para formarla fuimos recojiendo una prodigiosa multitud de manuscritos, documentos, memorias, instrumentos que teníamos originales, y en fin todo aquello que pudimos conseguir y juzgábamos contener las más puntuales noticias históricas, genealógicas, tipográficas y críticas, las cuales sirviesen de verdaderos materiales á nuestra obra, sin dejarnos á nosotros más trabajo que la diligencia de recojerlas y el esmero de ordenarlas, dándolas dijo en aquel estilo que consideramos más propio de una historia de este carácter. ; Cuántos archivos revolvimos! Cuántos be-

cerros, tumbos, cronicones, libros de cofradías, notas de espolios monásticos, y otros documentos de este jaez registramos, lo dejamos á la consideracion del lector erudito y discreto; el cual solo podrá dar su justa estimacion á este trabajo tan deslucido como necesario.

Pero nuestra desgracia consistió en habérsenos significado, que como Fray Gerundio floreció en un siglo tan remoto de nuestros tiempos, y como habian sido tan ruidosas en el mundo sus empresas y hazañas oratorias, todas las naciones se habian dado priesa á trasladarlas en su lengua; de manera que habiéndose perdido cuantos apuntamientos habia de este héroe en la antigua lengua española, con motivo de la entrada é invasion de los sarracenos, no habria noticia de él en España, si una feliz casualidad no hubiera dispuesto que cierto viajero muy inteligente en las lenguas orientales, al pasar por Egipto, y hospedarse en cierto monasterio de cautos, enseñándoles los monjes su inculta y desaliñada librería, no hubiese reparado en cuatro grandes cajones, que estaban á un rincón de ella, rotulados con esta inscripcion arábica: *Memorias para la historia de un famoso predicador español.*

Picado de la curiosidad, pidió y consiguió que se los dejasen registrar. Encontró en ellos mil preciosidades, y viendo que unos estaban escritos en hebreo, otros en caldeo, otros en siríaco, otros en armenio, otros en arábigo, muchos en persa, y una buena porcion en griego, cuyas lenguas poseia él perfectamente, solicitó con los monjes, que se los vendiesen. Ellos lo hicieron por bien poco dinero,

porque ni conocian su mérito, ni aún estaban enterados de lo que contenian; y así los tenian llenos de polvo. El viajero los condujo á España; murió en Barcial de la Loma su patria; los papeles se esparcieron por aquí y por allí en aquellas cercanías, bien que la mayor parte se reservó en el famoso archivo de Cotanes, de que hicimos mencion en el mismo zaguan de esta desgraciada historia, á la que llamamos así por lo que presto se verá.

Informado, pues, de que todos los documentos que se hallaban en nuestra península, estaban escritos en las referidas lenguas, abandonamos del todo el intento de recojerlos, por no entender palabra ni siquiera de una de ellas; y aquí no podemos ménos de lamentar segunda vez nuestra desgracia, en no haber tenido en nuestra adolescencia quien nos enseñase por lo ménos la lengua griega y hebrea, que no solo nos servirian mucho en esta ocasion, sino en otras de mucha mayor importancia; y aunque oímos condenar á muchos, que parecen personas graves, este género de estudio, como inútil, y como ménos necesario, á nosotros nos hace más fuerza el ejemplo de los mayores hombres de todos los siglos, que el particular dictámen de los que en ningun siglo tienen traza de ser muy hombres.

Hácenos más fuerzas las constituciones 14, 42, 43, 73, 79 de Gregorio XIII, en que recomienda el estudio de estas dos lenguas, con el mayor encarecimiento, para el cual, y para el de otras, fundó á sus expensas veinte y tres colegios ó seminarios en diferentes partes de la cristiandad.

Hácenos más fuerza la constitucion 65 de Paulo V,

en la cual se manda, que « en todos los estudios de « los regulares, sean del orden ó instituto que fueren, se enseñen las lenguas griega, hebrea y latina; y en los estudios más célebres, haya tambien « maestro de la arábiga. » *In cujuslibet ordinis et instituti regularium studiis, sint linguarum hebreæ, græcæ et latinæ, in majoribus vero et celebrioribus, etiam arabicæ doctores.* Hácenos más fuerza el ejemplo del gran Pontífice Clemente XI, peritísimo en la lengua griega, y no ménos celoso de que los jóvenes se aplicasen á ella. En fin, nos hace más fuerza la segura noticia que tenemos de que el gran Patriarca San Ignacio de Loyola, en sus constituciones aprobadas por la Silla Apostólica, dejó muy encargado á sus hijos, el estudio de estas dos lenguas; y nos inclinamos tambien á que el de la siríaca y caldea.

Si hubiéramos tenido quien nos las enseñase, y nosotros nos hubiéramos dedicado á ellas, no nos veríamos en el estrecho que nos vemos, resueltos á dejar la idea de la obra, por no tener los manuscritos de donde habíamos de tomar los materiales. Pero cuando ya pensábamos en eso, vés aquí que nos depara la suerte ó la desgracia una rara vision. Dícele la criada, que me quiere hablar un moro. Hágole entrar, y encuéntrome con un hombre de aspecto venerable, de estatura heróica, con barba prolongada y rúbia; ojos modestos, pero vivos; color blanco, y vestido enteramente á la turca, sotana talar, y abotonada, de lanilla fina color morado, aforrada con tafetan carmesí, una gran banda de seda por ceñidor, que le daba muchas vueltas, chinelas forradas en tela amusca, y borceguíes á media pierna, á donde

salían á recibir unos anchurosos y prolijos calzones de marinero, que le bajaban hasta ella; una especie de capa ó manto corto, que no pasaba de la cintura, de la misma tela que la sotana, solo que estaba forrada en martas cebellinas, que le traía rodeada al brazo izquierdo airosamente; su turbante de tres altos, como de á media vara, con las tres divisiones regulares, blanca, encarnada y amusca, del que pendían por todas partes multitud de hermosas bandadas, ya de gasa, ya de moselina, y algunas tambien de seda.

Díjome en buen cortado castellano, que era un co-Episcopo Armenio, que venia á pedir limosna para los católicos del Monte Líbano, que vivían entre los cismáticos, sujetos todos al turco, para ayudar de pagar los excesivos tributos que les exigía el Gran Señor, por permitirles el ejercicio libre de su religion católica en los Estados de la Sublime Puerta. Añadió, que aquel era el cuarto viaje que habia hecho á España con tan caritativo intento, y que en las dilatadas mansiones que habia hecho en ellos, recorriendo todos sus reinos y provincias, habia aprendido la lengua con toda perfeccion; que el Señor le habia dotado de conocido don de lenguas, pues sobre haberse instruido bastante en todas las europeas, poseia perfectamente todas las orientales, que en cierta manera podia llamarlas sus lenguas nativas. Concluyó con manifestarme una multitud de cartas de príncipes y potentados, con otra igual y mayor cantidad de despachos y licencias exhortatorias de señores obispos, para que pidiese y le diesen limosna en el distrito de sus respectivas jurisdicciones; y por fin, me suplicó,

que como párroco, no solamente diese el uso de mi parroquia, sino que le hiciese el gusto de acompañarle en la demanda, para excitar más bien la caridad de los fieles.

Yo que me ví con un personaje al parecer tan recomendable (y para mayor autoridad traia consigo dos turquitos, como de catorce á quince años, de aspecto muy agraciado, que decia ser pagecitos suyos), y como por otra parte le ví que era tan versado en las lenguas orientales, en que estaban los manuscritos, cuyo contenido deseaba saber con tanta ánsia, y más hablando la castellana con tanta propiedad, como desembarazo, no puedo ponderar el gozo interior que me causó esta aventura, pareciéndome que no pudo ser sino por alta Providencia del Cielo, que por este camino queria abrirle á la ejecucion de mis celosos intentos.

En fin, por ahorrar razones, le hospedé en mi casa, le cortejé, agasajé y regalé en ella por muchos dias, todo cuanto mi pobreza pudo dar de sí. Declaréle el pensamiento que habia tenido, y el motivo porque le habia abandonado, no entendiendo los manuscritos que estaban esparcidos en varios lugares del contorno, aunque la mayor parte se guardaban juntos y con buena custodia en el célebre Archivo de Cotanes, pueblo que solo dista una legua larga de esta villa. El Señor co-Episcopo se sonrió gravemente, y me dijo con grande agrado, que no me diese pena, que él me socorreria de este embarazo; y que pues no podia agradecer de otra manera mi caritativo hospedaje, celebraba la ocasion de manifestar su agradecimiento en cosa tan de mi gusto, como seria darme traducidos

en castellano todos los manuscritos que le pusiese delante, aunque fuese menester detenerse en mi casa algunas semanas, y aun meses; porque á las virtudes no se oponia, y era tambien especie de memoria para los católicos del Monte Líbano, el reconocimiento á sus insignes bienhechores.

Beso la mano á S. I. por tanto favor. Al punto hice venir todos los manuscritos que pude recojer, especialmente dos grandes legajos del Archivo de Cotanes, cuyo Archivero mayor (íntimo amigo mio) me los franqueó prontamente en virtud de real cédula y privilegio, que tenemos los de esta villa para eso, dándomelos con testimonio, y con recibo, como se previene en la misma facultad. Mi co-Episcopo tomó con el mayor calor la traduccion, y en ménos de mes y medio, me los presentó todos traducidos y numerados, para que supiese á donde correspondian unos y otros. Para mayor autoridad y abundamiento, puso su sello, y echó su firma en cada uno de los documentos traducidos, como se vé en ellos por estas palabras:

Concuerta.

ISAAC-IBRAHIM ABUSEMLAT, CO-EPISCOPO

DEL GRAN CAYRO.

Despidióse de mí, dejándome este imponderable tesoro, que por tal le tenia yo, y pareciéndome que habia hecho poco por él, respecto de lo que él habia hecho por mí, le regalé á la partida lo más y mejor que pude. Sin perder tiempo, puse manos á la obra,

con que desvelos, con que afanes, y con que fatiga, Dios lo sabe; porque las especies están todas reparadas por aquí y por allí, sin orden, conexión ni método. Mi suma atención fué no desviarme un punto de las memorias en orden á las noticias; porque ¿quién no se habia de fiar de las que estaban firmadas y selladas por un hombre que se llamaba *Isaac-Abraham Abusemlat; co-Episcopo del Gran Cayro*, y ménos el hacer milagros, parecia Santo?

Ahora entra la funestísima catástrofe. Cuando después de dos años de trabajo, de vijilias y de infinito sudor, tenia yo formadas las dos partes de mi historia, con la conformidad que van escritas, y puntualísimamente cuando estaba trasladando con la mayor felicidad, los singulares é ingeniosos apuntamientos de Fray Gerundio para su *Semana Santa*, pasó por este pueblo un inglés de autoridad, que se dirigia á Portugal, con no sé que comision. Traia cartas de recomendacion de algunos amigos, para que yo le hospedase: y lo hice con especial gusto, porque aunque sin ellas, le tengo grande en cortejar á todo hombre de bien que transite por esta villa. Díjome que habia sido muchos años catedrático de lenguas de la Universidad de Oxford, y que actualmente se hallaba en la corte de Lóndres sirviendo el empleo de intérprete y secretario de ellas. Créile sin dificultad, porque, salva la religion protestante que profesaba, en lo demás parecia hombre de honor, bondad y penetracion, de honradísimos y caballerosos respetos, sobresaliendo en él una vasta y comprensiva erudicion en casi todas las facultades.

Díle brevemente razon de la obra que estaba tra-

bajando, de los materiales ó documentos que habia tenido presentes para disponerla, del embarazo en que me hallé para su inteligencia, de la aventura que me deparó mi dicha con el co-Episcopo Armenio para salir de este embarazo, de la bondad con que los tradujo al castellano aquel santo prelado; y finalmente le dije, que habia de merecer la honra de que descansase algunos dias en mi casa, y que en ellos por via de entretenimiento, aunque molesto, se sirviese tomar el trabajo de leer los cartapacios, y cotejarlos con los instrumentos á que se remitian, porque aunque yo tenia toda la seguridad posible de su legalidad en estas materias, nunca sobran los motivos para afianzarla.

Todo lo aceptó el caballero inglés con atentísima urbanidad, diciéndome, que la detencion en mi casa por algunos dias le era precisa; pues informado de mi buen corazon, habia dado orden, para que le enviasen á esta villa ciertos despachos de su córte, que esperaba por la via de Madrid, sin los cuales no podia pasar adelante, y por lo que tocaba á mi obra, la leeria con especialísimo gusto; porque á su parecer no podia ménos de tenerle yo muy delicado.

Con efecto, en los seis dias que tuve la honra de tenerle por mi huésped, se entregó tan ansiosamente á la lectura de la historia, que apenas acertaba á dejarla de las manos ni aún para comer; y aunque protesto que no me habia de hablar palabra de ella, hasta que cotejada con los manuscritos, pudiese hacer juicio cabal de todo, se le conocia bien en todas sus acciones, gestos y movimientos, que la obra le habia cuadrado exactamente. En fin, la mañana del

dia último que estuvo en mi casa (era por cierto mártres, habia de ser un día tan aciago para mí,) despues de habernos desayunados juntos, me dijo que era preciso cerrarnos; y habiéndolo hecho, me restituyó el manuscrito de mi historia, con todos los demás instrumentos y papeles que habia recorrido en la misma conformidad, y con el mismo orden con que yo se los habia entregado; y mirándome entre risueño y compasivo, me hizo un razonamiento en esta substancia:

« Señor Cura, tengo que dar á V. mil enhorabuenas
« y mil pésames; aquellas, porque ha escrito V.
« una obra, que en su línea dudo que tenga consonan-
« te; yo á lo ménos no se le hallo en todo lo que he
« leído, y no ha sido poco: estos, porque creyendo V.
« de buena fé, que ha trabajado una obra histórica,
« exacta y fiel, calidades, que en cuanto es de su
« parte de V., verdaderamente le asisten, ha gastado
« el calor intelectual en disponer la relacion, más
« falsa, más embustera, y más fingida é infiel que
« pudiera caber en humana fantasía. Si como V. la
« llama, *Historia*, la llamase *Novela*, en mi dictá-
« men no se habia escrito cosa mejor ni de más gracia
« ni de más utilidad. Tan provechosa seria para muchos
« de nuestros predicadores de la Iglesia anglicana,
« como para muchos predicadores de la Iglesia ro-
« mana; pero habiéndola V. intitulado *Historia*, no
« me permite mi sinceridad engañarle, ni lo merecen
« las honras con que me he favorecido, y la noble
« confianza con que se ha fiado de mí. Nada tiene de
« historia, porque toda ella es una pura ficción. So-
« siéguese V., y no se asuste hasta haberme oído.

« El llamado *co-Episcopo Armenio*, que á V. dió tra-
« ducidos estos libros, tanto tenia de armenio como
« de húngaro, tanto de *co-Episcopo* como de monja,
« tanto entendia las lenguas orientales, como V. la
« turquesca, la china, la japona. Dejo á un lado, que
« há muchos siglos, que así en la Iglesia latina como
« en la griega se suprimió la dignidad de *co-Episcopo*:
« dejo á un lado, que el gran Cairo dista tanto de la
« Armenia, como la Hircania de España; y en fin, dejo
« á un lado, que ni los católicos, ni los cismáticos
« armenios están sujetos hoy al gran Señor, desde
« que los mogoles, ó Sofis de Persia conquistaron la
« Armenia y la Georgia, sin que en aquella conserve
« el turco más que dos plazas de poca importancia,
« ó por mejor decir, dos fortalezas, que son la de
« *alkhasiké* y la de *Coutetis*, teniendo en la primera de
« Bajá de una cola ó de inferior orden; y en la se-
« gunda un simple gobernador ó comandante. Todas
« estas son fuertes señales de que el supuesto *co*-
« *episcopo* debia de ser un picaron, un tunanton, un
« vagabundo de los que de cuando en cuando suelen
« aparecerse en varias partes de la Europa, y con sus
« hipócritas artificios, engañan también á personajes,
« que tenían motivo para no dejarse sorprender con
« tanta facilidad.

« Lo que no admite género de duda es, que le en-
« gañó á V., pero graciosamente, en todo ó casi todo
« lo que dijo que contenian esos legales de papeles; y
« que el haberlos legalizado con su sello y con su
« firma, fué una de las más preciosas invenciones ó
« bufonadas que pudo discurrir para burlarse de la
« sinceridad de V.

«A la verdad, se habla en varias partes de ellos de
«un predicador extravagante y ridículo, de cuyos
«sermones se entresacan varios trozos y pasajes;
«pero no se nombra el predicador ni á tal Fray Ge-
«rundio en todos los manuscritos, ni se dice si el tal
«predicador anónimo fué español ó francés, campe-
«sino, andaluz ó guipuzcoano. Y consiguientemente
«todo cuanto se refiere de Campazas, de su familia
«y del licenciado Quijano, es una pura patraña. El
«sermon de ánimas que en el capítulo 4.º del libro 1.º
«se supone que se predicó en Cabrerizo, un manus-
«crito dice que se predicó; pero no expresa don-
«de. Asi mismo se dá por cierto todo cuanto se re-
«fiere en el capítulo 5.º del mismo libro, como sucedió
«con el maestro de escuela; pero no encuentro rastro
«de que fuese cojo ni hubiese sido maestro de Villa-
«Ornate; pues solo se habla en general de un maestro
«de niños, que el bellacon del señor co-Episcopo ha-
«biendo fingido que Fray Gerundio era de Campazas,
«púsole voluntariamente á la escuela de Villa-Ornate,
«porque quizá será un lugar poco distante de Campazas.

«Igual libertad finje en todo lo que atribuye al dó-
«mine Zancas-Largas, sacando de su fantasía un pre-
«dicador imaginario, que no ha existido *in rerum na-*
«*tura*. No se puede negar que muchas de las sandeces
«que se ponen en su boca, se encuentran repartidas
«en innumerables pedantes que se meten á maestros
«de gramática, ó preceptores; pero no es verosímil
«que todas ellas se encuentren solas en uno solo;
«porque no necesitaria de más prueba para que le
«tuviesen por orate.

«La ficcion más perjudicial de todas, en la reli-

« gion Católica que V. profesa (que en la nuestra no
« tendria inconveniente), es aquello con que el bri-
« bon del tunante hace á su Gerundio del estado reli-
« gioso. No hay ni el más leve rasguño de eso en to-
« do lo que he registrado, porque al Predicador de
« que se trata, no se señala estado ni profesion; por
« eso todo cuanto se dice de su vocacion, noviciado,
« estudios, empleos, etc., se lo regaló de su bella
« gracia el Ilustrísimo señor Isaac-Ibraim Abusem-
« blat, co-Episcopo del Gran Cayro.

« El mismo concepto se ha de formar de su inse-
« parable amigo y compañero Fray Blas, del cual no
« se habla ni hace la más leve mencion en todos es-
« tos papeles. Solo se da una noticia cabal de otro
« compañero del Predicador anónimo, que con su
« mala doctrina y peor ejemplo contribuia mucho á
« estragarle. Por tanto, aunque todos los razonamien-
« tos del ex-provincial y maestro Prudencio, son gra-
« ves, macizos y poderosos, debo prevenir á V. que
« no se encuentran en los documentos originales.

« Mucho ménos se lee en ninguno de ellos el nom-
« bre de *Bastian*, ni el apellido de *Borrego*, ni puedo
« discurrir el motivo que tendria el señor tunante para
« poner en boca del sesudo labrador Bastian Borrego
« las graciosas pero sólidas reflexiones que hizo en
« la Granja con el maestro Prudencio. Solamente
« conjeturo, que habiendo hecho campesino á su
« Fray Gerundio, aplicó á los interlocutores aquellos
« apellidos que son frecuentes en esta provincia, es-
« cogiendo quizá los que á su modo de entender le
« parecieron ridículos; pero si tuvo por tal el ape-
« llido de *Borrego*, acreditó igualmente su malicia y

« su ignorancia. No tiene más de ridículo el apellido
« de *Borrego* que los de *Carnero*, *Vaca*, *Mula*, *Leon*,
« *Gallo*, *Pulomo* y otros muchos con que se honran
« tantas familias distinguidas, y algunas de la más
« elevada nobleza. Aún V. mismo no pierde nada por
« llamarse *Lobon*, siendo en la Historia Eclesiástica
« de España, tan conocida desde el primer siglo de
« la Iglesia aquella famosa matrona *Lupa* ó *Luparia*,
« que algunos hacen Reina, y todos suponen señora
« nobilísima; y en fin allá en Inglaterra, también te-
« nemos mucha noticia de la gran casa de Villalobos.

« Los documentos que V. tuvo presentes para com-
« poner la segunda parte, no son más fieles que los
« que le guiaron para componer la primera. El señor
« Abuseblat le vendió á V. gato por liebre, y le pu-
« so delante todo lo que á él se le antojó. Aquellos
« apuntamientos sobre los vicios del estilo, son un
« bello trozo de retórica, que me acuerdo haber lei-
« do, no sé en dónde; pero bien sé que en estos pa-
« peles siríacos, arábigos y caldeos, no he leído ni
« una sola palabra de tales apuntamientos. La carta
« que el estudiante retórico de Villagarcía escribió á
« su padre, la tengo por apócrifa; pero pues V. está
« en el mismo lugar, le será fácil averiguar la verdad
« ó la suposición de esta noticia.

« Una pintura que V. hace de no sé qué convite
« en un Convento de Monjas, allá en el capítulo 3.º
« del libro IV, bien sé que lo sacó á la letra del *ins-*
« *trumento traducido*, que está notado con el número
« 77; pero el original á que se remite, no habla más
« de monjas que de berengenas. Es una relacion ará-
« biga de la toma de Damasco, en tiempo de las Cru-

« zadas. Sin duda que al tunanton debian de haber tra-
« tado mal algunas monjas, conociendo quien era, y no
« dejándose engañar de sus embustes; y él para ven-
« garse fingió de su cabeza todos aquellos absurdos,
« que no caben ni se pueden creer del recogimiento
« y modestia, que dicen profesan las religiosas. Que
« yo, aunque he viajado mucho por países católicos,
« nunca las he tratado; pero siempre he oído hablar
« de ellas con estimacion y respeto.

« No puedo negar que me cayó muy en gracia to-
« do cuanto en esta segunda parte se pone en boca
« del Familiar, que es mucho y bueno. Se conoce
« que el señor co-Episcopo no era lerdo, y así fuera
« tan veraz como advertido; pero debo decir á V. pa-
« ra descargo de mi conciencia, que todo esto fué de
« su invencion, y nada de esos papeles. Aún así y
« todo se descuidó su señoría en guardar consecuen-
« cia, porque en una parte llama *Cuco* al hijo del Fa-
« miliar, y en otra *Bartolo*. Verdad es que lo podia
« componer, diciendo que el muchacho se llamaba
« *Cuco Bartolo* ó *Bartolo Cuco*. El terrible razona-
« miento del Magistral de Leon, tambien es lástima
« que no se encuentre en estos documentos; pero al
« fin, aunque sea fingido que lo dijo, es cierto que
« todo lo que en él se dice es muy verdadero.

« Todo el capítulo 8.º del libro IV en que se trata
« de aquel caballerito mono ó mona, furioso reme-
« dador de los franceses, es de exquisita sal, y solo
« por él merece el co-Episcopo del Gran Cayro, que
« V. dé por bien empleado cuanto le agasajó y rega-
« ló, y que le perdone todo lo que le engañó. Fácil-
« mente puede V. discurrir, que en estos manuscri-

« los orientales no se toca ni se puede tocar tal especie; pero si V. se resolviera á publicar su obra, reformándola, y poniéndola otro título, le aconsejo que de todo este capítulo no mude sola una letra ni sílaba.

« Lo mismo le digo del capítulo 9.º, en el libro V, en que se habla del intolerable abuso de las mujeres católicas, que se visten por gala los hábitos de las religiones ú otros de capricho que ellas inventan. Si esto lo hicieran las de mi Religion, las aplaudiríamos mucho, porque seria la más graciosa invencion, para zumbarnos de los trajes religiosos de que hacemos tanta burla. Pero en mujeres católicas, parece no se debe tolerar. Como quiera, el tunante le dejó á V. escrita una sátira de grande importancia, que debe engastarse en oro: y no importa que la hubiera puesto en el estilo zafio del Familiar, ni esto se debe censurar como inverosímil ó como disonante; pues quiso dar á entender, que para conocer el absurdo de este abuso, no era menester ser catedrático ni culto; porque su misma disonancia da en los ojos á cualquiera que tenga medianamente bien puesta la razon natural.

« Una cosa debe V. borrar absolutamente, y es toda la instruccion que se pone del lugar de Pedro Rubio; porque haya gala ó no la haya, es cierto que ni de tal instruccion ni de tal lugar se hace mencion en los originales, y que fué una pura fantasía del señor Abusemblat.

« Tengo noticia de que en varias partes de España se toleran, así en la Semana Santa como en otras festividades, especialmente en la que Vdes. llaman

« *del Corpus*, algunas mamarrachadas, que hacen
« ridículos los misterios de la religion Romana, y
« nos dan grandes materiales á nosotros (á quienes
« Vdes. tratan de *herejes*) para reirnos de algunos
« que impugnamos. Por allá nos causa novedad y ad-
« miracion, que sufran esto los que fácilmente pudie-
« ran remediarlo. Los pasos de la Pasion son buenos
« para meditados, y tambien representados en imá-
« genes ó estatuas que aviven la consideracion; en
« lo cual no me conformo con los de mi secta, que
« se burlan de todas las imágenes sagradas, al mis-
« mo tiempo que hacen tanta estimacion de las pro-
« fanas, tratando algunas con mucha veneracion.
« Debo este testimonio á la verdad, porque soy hom-
« bre sincero, y hablo en país libre; que en Ingla-
« terra yo me guardaria muy bien de hablar de esta
« manera. Bien está, pues, que los pasos de la Pasion
« y todos los demás así, que constan de la historia
« sagrada, como de la eclesiástica, se hagan presen-
« tes á la vista por el pincel, por la prensa, por el
« buril ó por el escoplo. Cuanto mayor sea la viveza
« con que se figurare, contemplo lo será la impre-
« sion que hará en los ánimos piadosos. Pero que la
« persona de Cristo y la de los Apóstoles en algunos
« lances de la Historia Evangélica, se representen al
« vivo por algunos hombres de la ínfima clase del
« pueblo, y tal vez no de los de mejores costumbres,
« ignorantes, y atestados de vino; perdonenme los
« que lo sufren, que allá nos disuena mucho.

« En virtud de esto, que he oido decir, tengo por
« cierto que en varios lugares de España se practi-
« caron distributivamente todas las extravagancias

« Y. le han vendido por originales.

« que supone la historia de Pedro Rubio; esto es,
« que unas se practicaron en unos, y otras en otros:
« pero no es verosímil que en un lugar se practiquen
« todas. Y como quiera, no constando de estos origi-
« nales, ni que haya tal lugar de Pedro Rubio, ni
« mucho ménos que se representen en él pasos tea-
« trales, soy de sentir que V. debe reformar ese pa-
« saje, ó á lo ménos prevenir que no está muy segu-
« ro de que no se haya padecido alguna equivocacion
« en lo que se atribuye á Pedro Rubio.
« Finalmente, para convencer á V. demonstrati-
« vamente que no debiera de haberse fiado de la lla-
« mada traduccion legal del co-Episcopo del gran
« Cayro, no es menester más que hacer un poco de
« reflexion á los anacronismos en que están hirvien-
« do sus papeles. Por una parte supone á Fray Ge-
« rundio anterior á la irrupcion de los moros en Es-
« paña, y por otra parte le llama *Fray*; cosa que ni
« en España ni en otra parte alguna del mundo se usó
« hasta muchos siglos después. Aquí dice que flore-
« ció en siglos muy atrasados, allí cita dichos, escri-
« tos y hechos que sucedieron ayer, ó cuasi están
« sucediendo hoy. Si me hubiera de detener á parti-
« cularizar estos anacronismos, seria menester re-
« copilar toda la obra; pero basta esta insinuacion,
« para que V. caiga en la cuenta.
« En los demás papeles de que todavía no se ha
« valido V. porque los conservaria sin duda para la
« tercera parte, hallo otras mil graciosas invencio-
« nes del tunante, tan fingidas como las pasadas.
« Trátase en ellas del ridículo modo con que entendia
« Fray Gerundio el mandato de casi todos los seño-

« res obispos de España, de explicar por lo ménos
« un punto de doctrina cristiana, en la salutacion de
« todos los sermones, y de lo que pasó en esto con
« un prelado celoso. Háblase mucho de un sermon
« del Confalon, que predicó en la ciudad de Toro;
« de otro llamado *de la Vexila* en Medina del Campo;
« de un adviento y de una cuaresma y en varios lu-
« gares de pláticas á monjas; de una mision que hizo
« en cierta parte, y concluye el señor Abusemlat
« con la conversion de Fray Gerundio al verdadero
« modo de predicar; efecto de no sé qué libro con-
« vincente, que la divina providencia le puso en las
« manos. Su muerte fué ejemplar, precedida de una
« pública retractacion de los disparates que habia di-
« cho en sus sermones, y de una patética exhortacion
« que hizo á sus frailes, para que predicasen siem-
« pre la palabra de Dios con el decoro, gravedad, jui-
« cio, nérvio y celo que pide tan grande ministerio.

« Es cierto que el armenio de mis pecados dice
« admirables cosas en todos estos documentos, así
« de los que pertenecen á su idea principal, como de
« otros accesorios que entreteje al modo de los an-
« tedentes y tocan en costumbres, escritores públi-
« cos, críticos, mesas, trajes y extravagancias mal
« usadas y peor toleradas en las procesiones, abusos
« de rosarios públicos, de las novenas, de las imá-
« genes sagradas en las esquinas de las calles y en
« los zaguanes de las casas; y finalmente en otras
« cien materias, todas de grande importancia, y tra-
« tadas á mi ver con solidez y con gracia. Pero para
« mí la conclusion es que nada, nada de esto se halla
« en los papeles arábigos, siríacos y caldeos, que á
« V. le han vendido por originales.

« En virtud de todo lo cual, haciéndome por una
 « parte gran lástima, que no salga á luz pública una
 « obra como la que V. tiene trabajada, y no pudiendo
 « por ahora negar este testimonio de la verdad, ni
 « este desengaño á la confianza que le merezco, soy
 « de parecer que V. no la imprima; pero que ó ya
 « la continúe, ó ya la dé por concluida, mude sola-
 « mente el título, y la divulgue de esta manera.

« *Historia, que pudo ser del famoso predicador*
 « *Fray Gerundio de Campazas.* »

¿Viste tal vez, cuando se cae de repente el techo de una casa, y coje debajo á un perro, sea dogo, galgo, ó perdiguero, como se queda espatarrado? pues así ni más ni ménos me quedé yo cuando Milor Inglés acabó su razonamiento: por más de un cuarto de hora quedé atónito, enagenado, fuera de mí, sin acertar á hablar palabra; pero recobrados los espíritus, y dándome una palmadita en la frente, me acordé, que todo ya lo habia dicho yo en el *prólogo*, y protestando que yo era el padre y la madre, el hacedor y el acreedor de *Fray Gerundio*; con qué, lector mio, vamos á otra cosa, y cáatate el cuento acabado.

FINIS.

PRÓLOGO

ÚLTIMA PARTE DE LA HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS,

que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra.

El P. Fr. Gerundio de Campazas, de la Orden de San Agustín, es un religioso de la Orden de San Agustín, que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra. En esta edicion se ha agregado el tomo de la historia de la Orden de San Agustín, que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra. En esta edicion se ha agregado el tomo de la historia de la Orden de San Agustín, que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra.

PRÓLOGO

BREVE y compendioso del tercer tomo de la Historia del famoso predicador español FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS.

¿No es cosa rara, que todos los buenos escritos de España los descubre la casualidad, ó en los desbanes, ó en los basureros ó en las especerías, ó en aquellos profundos archivos de quiénes Dios nos guarde?.... Vea Usía, señor PÚBLICO (solo Usía es ya digno de este tratamiento), ¿qué preciosidad hubiera perdido el mundo, si estas cartas que le presento hubiesen perecido en el terremoto que las descubrió? ¿Qué terremoto? preguntará Usía; voy á responder: en la súbita, repentina y celebrada muerte *ab intestato* del *Monachismo Francés*, cayó el FISCO (1) sobre todos los bienes; pasóse al inventario, y bien sea por no inteligencia del idioma español, ó por la naturaleza despreciable del asunto, ello es, que arrojaron estos papeles, y yo los apané: al leer *Gerundio*, *ISLA*, *Cámpuchino* y *Penitente*, dije para mi colete, los otros vaya, pero ¿el *Padre ISLA* al basurero? Eso no en mis días: junté y arreglé los cartapacios; y al hacerme cargo del asunto, dije, ello es que es inútil y no de

(1) Por dispensa particular divina, se apodera el FISCO, en virtud de la fuerza superior, de los bienes de muchos, en perjuicio de los legítimos herederos, porque estos no tienen bastante fuerza para.... saber manejarlos por sí mismos.

moda, pero es gracioso y dá una idea del carácter de los frailes. No es de moda, es verdad, para este Imperio de ella, que ha establecido y procura difundir nada ménos que la de deslindar y apeaar todos los derechos de naturaleza; convengo por esto, en que para ella es ridículo é impertinente distraerla de tan elevado objeto presentándola sandeces, chismes y patrañas frailescas; pero para sus vecinos son muy útiles todas estas cosas, ya que con rigor se les prohíbe no leer más que en romance ramplon, es caridad presentarles, aunque de contrabando (de la pena espiritual yo les absuelvo), los debates de *ISLA, Marquina*, y otros.....

Con algazara y con gresca,

A *Fray Gerundio* dá grito

Toda la turba frailezca :

Ya *Gerundio* le dá un pito.

Sí, señor PÚBLICO, allá os envío los detalles de una batalla muy desigual en número y en armas; de mil asesinados contra cien mil asesinos; ahí vereis el *Atleta* de los mil peleando por la razon, y por la verdad, y el de los cien mil sirviéndose de la impos-tura, de la iniquidad, de la torpeza y del fanatismo, ya se vé; ¿quién habia de vencer? El mayor número como sucede siempre; pero.....

Echa tu *barba* en remojo;

No cantes gloria hasta el fin.

Acuérdate que no hay *puerco*,

Que escape de un *San Martin*.

Y entónces, y en este tan celebrado dia, ni *Marquina*, ni *Fray Diego*, ni *Cabra*, ni todos los *Chiva-*

los con sus peludos brazos desnudos (que parece que es su instituto ostentar pelos por todas partes), conseguirán con sus descompasados *berridos*, ni parar el golpe, ni la fuerza del destino, ni el triunfo de la Filosofía. Sí, en este día tan brillante, aparecerá ISLA como protocolo de vuestros disparates y baziedades, así como apreciable modelo de la gracia y pureza de la lengua castellana... Huirá la impostura... Ganará la razón... Las bellas é ilusorias palabras, las sombras, y las apariencias no se contarán por nada... ¿Qué dirá entonces D.^a Rita, tia del padre F. Marquina? Puede ser que se contente con repetir lo que en tiempos pasados decía: *Si Dios no me ha dado hijos, me ha dado el diablo sobrinos*, tales eran ellos.....

De doña Rita el sobrino
 Creyó ser medio seguro,
 Para hacer miedo á un *Teatino*,
 Ponerse en lugar obscuro,
 Vestido de *capuchino*.
 Pero el *Teatino* sagaz,
 Al ver la barba tamaña,
 Nacida de negra faz,
 Zape, dijo, vive España;
 Este es *cabrito* rapaz.

Con el tiempo será lo que Usía quiera, señor PÚBLICO, y yo en todos he sido, soy, y seré mientras viva.

A 20 de Setiembre de 1790.

El más atento y favorecido servidor,

UNO de USÍA.

los con sus bellos brazos desnudos (que parece que es su instinto ostentar pelos por todas partes), con-
seguran con sus descompasados bríos, ni parar
el golpe, ni la fuerza del festín, ni el triunfo de la
filosofía. Si, en este día tan brillante, aparecerá Isla
como protocolo de nuestros disparates y paxi-
des, así como apreciable modelo de la gracia y pu-
reza de la lengua castellana... ¡Mirá la impostura...
Ganará la razón... Las bellas e ilusorias palabras,
las sombras, y las apariencias no se cuentan por
nada... ¿Qué dirá entonces D.^a Rita, tia del padre
F. Marquina? Puede ser que se contente con repetir
lo que en tiempos pasados decía: Si Dios no me ha
dado hijos, me ha dado el diablo sobrinos, tales eran
ellos....

De don Rita al sobrino
Creo ser medio seguro
Para hacer miedo a un Teatino,
Poneros en lugar obscuro,
Vestido de capuchino,
Pero el Teatino seguro,
Al ver la barba tremante,
Nacida de negra fin,
Lape, dijo, vive España;
Este es cobrito rapaz.

Con el tiempo será lo que Uta quiere, señor Pó-
lico, y yo en todos los siglos, y seré misurando
viva.

A 20 de Setiembre de 1790.

El más atento y favorecido servidor,

Uno de Uta.

COLECCION DE VARIAS PIEZAS

RELATIVAS Á LA OBRA DE

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS.

CARTA DE UN PADRE CARMELITA DESCALZO AL REVERENDÍSIMO
PADRE ISLA.

Rmo. padre y muy señor mío:

EL miércoles 21 de Febrero de 1758, salió en la Gaceta un libro intitulado: *Historia del famoso Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*. El gracejo que promete su título, excitó mi deseo, para dedicarme á su leccion. Envié luego por él, y todo el tiempo que me permitieron las ocupaciones en que me tienen empleado los preceptos de los superiores de mi Orden (bien sabe V. Reverendísima es la del Carmen Descalzo, pues tiene sobrados motivos para tenerme muy presente; hablen en abono de esta verdad mis repasatas de Valladolid y Alcalá, con las que si no instruido dejé á V. Reverendísima escarmentado en los asuntos, que tan vilipendiados tocó, y tocará su mordacidad, mientras viva el venerable señor Don Juan de Palafox); le gasté su lectura hasta las doce

de la noche de ayer viernes, 24 del corriente. Hizo-se notorio en esta corte, y en tan breve tiempo, el monstruoso pecho (llamólo así por su impío corazón) donde se concibió, y el padre (este nombre sí que suena bien á V. Reverendísima) que le sacó al mundo, que no es otro, que V. Reverendísima mi padre Isla, y profesándole mi sencilla voluntad (tiene muchas pruebas de ella, aunque tan mal las ha recibido), una inclinacion llena de cordiales afectos, no puedo excusar de proponer á V. Reverendísima brevisísimamente estos reparos, que sin duda se ofrecerán á muchos, con el fin de que los satisfaga el segundo tomo de su *Historia*, si acaso no tuviere tan viciados los oídos como otras veces, que los cerraba á la razón.

2. Confieso á V. Reverendísima tiene mil razones para abominar el ridículo método, con que los malos predicadores abusan en España de este sagrado ministerio: y si Fray Gerundio no hiciera más papel en esta pieza, que el corregir este desorden, ya se le pudiera perdonar, aunque no del todo el estilo burlesco, y chufletero, con que V. Reverendísima representa el talento de este predicador estafalario. Pero trascendiendo el curso de la obra con voluntario extravío, á la sátira de muchas especies espinosas, dignas de tratarse con la mayor modestia y respeto, especialmente las que se dirijen á los modales, y costumbres del estado regular, y mendicante (en cuyo supuesto nos propone V. Reverendísima la imájen burlesca de la chabacanería y la irrisión); no alcanzo con qué razón, cristiandad y disculpa, pueda subsanar esta mofa. ¿A qué viene tanto chiste de legos, y

novicios, y lances caseros de personas monásticas, para que se enmienden los predicadores? ¿Qué subsidio, ó qué golpe de razon convincente, halló V. Reverendísima para desterrar este abuso en aquella pobre cerviz *Gerundiana*, con que la libertad de su agudeza nos hace reir de una Religion santísima, quieta y retirada, que con na lie se mete? Verdaderamente Padre Reverendísimo que si este cargo se llevase á un tribunal (aunque fuese en Campazas, y que en él regentase la judicatura el rico de este pueblo, Anton Zotes, el licenciado Quijano, y aún la tia Catuja, sin duda alguna), procediendo con gran benignidad, sentenciarían lo ménos, que V. Reverendísima asistiese por toda su vida de estas religiosas cervices, para que su gracejo, y festivo chiste fuese más religioso, y ménos atrevido, que lo es en la ociosidad, que está gozando de su aposento, por la gracia de Dios y de su buena fortuna.

3. Sabemos todos, Reverendísimo Padre, que los desórdenes se deben corregir por cuantos medios sean posibles, á la mano de la justicia, equidad y razon; pero tambien sabemos, que en la coleccion de todos los medios, se comprenden buenos y malos, y que los malos no son de los que deben valerse la razon, equidad y la justicia. Es cierto (lo creo así piadosamente) se ejercitaria V. Reverendísima en esta obra, con el fin de arrancar los abusos pulpita-bles, que tanto descalabran á los hombres cuerdos bien inclinados al humilde, sagrado cristianísimo gé-nio de la católica enseñanza; pero el diablo, que es gran corrompedor de pensamientos santos, y útiles ideas, y que sabe muy bien (aunque esto lo ignoran

pocos hombres) por donde V. Reverendísima cojea; se valió de su propio caudal, para viciarle este buen propósito. Desde el momento, en que acabó de conocer, que V. Reverendísima resolvió guerrear contra las ganancias, con que le enriquecen los malos predicadores, se armó vigilantísimo para sostener este desórden, y á todos sus secuaces alistados en el gremio loco, y vanísimo, que adultera la predicacion, y formó sus máquinas para trastornar la recién nacida (con buen fin) en la idea de V. Reverendísima. Hizo patente anatomía de las inclinaciones, afectos, interioridades y escondrijos, que guarda y reconcentra en su viveza natural V. Reverendísima; y á corto exámen dió con el seno á donde V. Reverendísima tiene las costillas; y punzándole en ellas con astucia malvada, logró que saliesen borbotones de chistes, burlas y un rio de gracejos, donde habian de salir repetidas cristianas reflexiones, avisos sérios, documentos prudentes y maciza educacion, con que gozó todos los medios, que V. Reverendísima pudiera elegir para formar su asunto.

4. Entré la turba de estos materiales, se fué asomando el idolillo, y ridiculez de *Fray Gerundio*, con figura tan grata al génio alegrísimo de su festivo rostro, para sacarle á luz en tiempo de cuaresma, y darle al demonio cuanto él deseaba para confundir en este santo tiempo las memorias de nuestra Redencion, con un entremés de Fray Gerundio, grande representante de aquellas bajezas, y estilo nada religioso, que atribuye V. Reverendísima al estado monástico, para que así le acomoden para seguir su idea. Esto quiere decir, que V. Reverendísima le en-

gañó, y alucinó el demonio desde el principio de esta obra, con el resplandorcillo, que chispea su apropiada nativa jocosidad.

5. Mas volviendo á los medios, dije, deben escogerse para correccion de los abusos, extraño mucho, que á un hombre docto, criado en religion, si la suya se puede llamar así, sino confusion y santa modestia, debe tenerla, aunque no la tiene, no le disonase el echar mano de tanto picante, burla y bufonada, para poner en método de no ajustado, ántes sí sedicioso, el regravísimo empleo de la predicacion. Bien sabrá V. Reverendísima que no ha habido en este mundo ningun ejemplo de lunares, y miserias dignísimas de reprehension. Pontífices, Cardenales, Obispos y otros Prelados, ha tenido la Iglesia con bastantes defectos, y aún, segun oimos decir á varios eruditos, que tienen muy presentes las antiguas historias y noticias, nos aseguran (creo que con verdad) ha corrido todo un siglo (que fué el 10) en que la mayor parte del estado eclesiástico vivió con un desórden muy disonante á su carácter. Tambien sabrá V. Reverendísima que en aquella edad, dignísima de lágrimas, procuraron los santos varones desarraigat las malas costumbres, con el celo apostólico, y doctrinas sagradas; y que con esta providencia se logró poco fruto: pues aseguran los sábios de la Historia Eclesiástica, duró aquel desórden cerca de 100 años: pero no sabrá V. Reverendísima ni lo habrá oido jamás, que entónces se dedicasen algunos de aquellos varones ejemplares á enmendar el estado eclesiástico, por medio de una pieza *Gerundiana*, en que el Pontífice, Cardenales y Obispos hiciesen los burles-

cos papeles, con que V. Reverendísima nos retrata á varios religiosos, extraño á su asunto, por no ser predicadores.

6. ¿Pues por qué razon no se valieron de la mofa y de la burla, aquellos varones apostólicos, para abrogar, y expeler de la Iglesia tan repetidas corrupciones? ¿Faltó el celo? ¿Faltó el ánimo? ¿Faltó el espíritu de la Iglesia de Dios? No, Padre Reverendísimo, nada de esto. ¿Faltó á los ajustados de aquel tiempo? Antes bien estaban asociados de sinderesis y religiosidad, que ha faltado en la obra de V. Reverendísima. Sus virtudes y su comprehension les hizo creer no eran decentes medios las mojigangas, las chufletas y las ridículas burlas, para corregir á personas sagradas, á las cuales se les debe tratar con modo reverente, y correccion secreta, aun en el caso que se reprehendan abusos; porque la publicidad de sus defectos ocasiona grandes inconvenientes en la Iglesia; y por evitar estos, los dos Apóstoles varones Garces y Calatayud, (este era del rebaño de V. Reverendísima pero no de su secta) quando predicaron sus misiones en esta Côte, convocaron al estado eclesiástico fuera del secular, para darle la mónita, ajustándose con esta providencia á los órdenes de los santos Concilios.

7. Pero si acaso no convencen estos ejemplares, dígame V. Reverendísima si hoy saliese un celoso á corregir las religiones, y empezase por la ejemplarísima de la Compañía de Jesús (llamémosla así, y sea lo que fuere), sacando á plaza seis cosillas con mofa y chanzoneta; cómo sonaria entre católicos este celo indiscreto? Si este hombre tan burlen como insolente

formase un poema épico, como puede llamarse, según el dictámen de V. Reverendísima, y allí pintase los lances de la China, de Malta, de París, de la Puebla de los Angeles, y de otros casi infinitos, que con letras de molde nos hace saber aquel Vellacón, que escribió el *Teatro Jesuítico*; ¿qué se diría de esta pieza? Pero viniendo á más moderna data, si en la tal obrilla se hiciese asunto de esas venialidades tan recientes que están corriendo sangre en el *Paraguay* y en lugar de *Fr. Gerundio*, se figurase un Padre Supino de participio más arriscado que un Oliveros, que un Roldan, ó que aquellos Jerjés, Alejandros, Césares, Cyros, Kaulikanes, que V. Reverendísima señala en su Libro, que merece llamarse *libelo infamatorio*; y á este marcialísimo Padre se le hiciese un vestido bien ribeteado de burlescos apodos, y de la misma hilaza, muy de boton gordo, se formasen tambien los demás, que deben vestir la misma ropa, y que en la estacion presente (con bonetes y sotana) hacen unas figuras injertas de misioneros y soldados, de capitanes y predicadores, disponiendo extractos bélicos, formando escuadrones, y todas aquellas barraundas en que enlazan la mansedumbre de Ministros Apostólicos, con la furia de los asuntos de la guerra: ¿qué diría V. Reverendísima y todo fiel cristiano? Todos diríamos sin la menor duda, que aquello no era corregir las religiones, sino sacar á la plaza insolentemente los defectos de algunos. Diríamos, que era una impiedad, una calumnia, una desvergüenza, y un compendio escandaloso, tirano, atrevido ó insolente; y yo añadiría, mi R. Padre, que la tal pieza seria tan meritoria de las llamas, como el

Fr. Gerundio, ni más ni ménos, que lo han sido algunas opiniones de algunos Reverendos del mismo paño, que V. Reverendísima, que dias pasados fueron abrasados en París, por escandalosas, temerarias y disolutas; no pueden dar más de sí, sea por amor de Dios.

8. Todo esto, responderá V. Reverendísima, no es otra cosa que arrojar pullas, amontonar ejemplos, y accionar ripio, sin oportunidad, sin conexion y sin venir al caso; pues ¿qué tiene que ver la *Historia del famoso Fr. Gerundio*, que dirige el golpe, y el golpazo á la reprehension del abuso, con que los Predicadores desdoran la palabra de Dios, tan tenaces en mantenerse en esta práctica, que están ya como incorregibles; con los lances que se imaginan reprehensibles acerca de los Padres Jesuitas? Hasta aquí la graciosa réplica de V. Reverendísima; pero vamos claros, P. Reverendísimo, que no puedo tragar el efugi; esto sí, que es ripio, como su otro escándalo efugio aquel. No tiene mala traza. ¿Defensa? Más parece escollo; porque si V. Reverendísima se funda en la publicidad y teson con que abusan de su ministerio los Predicadores; teson, y firmísimo en la publicidad notoria, contiene el caso, que está bullendo en el Paraguay: y sino, respóndame V. Reverendísima ¿en qué tiempo los Predicadores, por más que hayan vengingleadó mil disparates, hicieron tanto ruido indecoroso, tanto estruendo injusto, como lo están haciendo los religiosos del mismo ropage, intenciones y cautelas, que V. Reverendísima en las guerras existentes del Paraguay? ¿Cuándo se vió á tanto número de malos oradores, como siempre ha habido,

hay y habrá por nuestros pecados, formar almacenes de pólvora, balas, artillería y otros pertrechos militares; y qué escuadrones para expugnar los pulpitos, y rebatir de sus contornos á los Predicadores beneméritos? En ninguna edad se ha experimentado tan atrevido rumor, en la que hoy vivimos, las Gacetas relatan, y auténticas cartas avisan, corroborando á aquellas, y á estas frescas individuales noticias de Portugal, que aquellos benditos religiosos del Paraguay practicaban esto mismo con osadía, intrepidez y valor, contra los poderosísimos Monarcas, sus Reyes y sus Señores naturales, para arrojarlos de sus tierras y dominios, y quedarse con ellas, batallando, no como religiosos, sino como Jesuitas, que es lo mismo que como hambrientos y ambiciosos canes. Con que ahora, Reverendísimo Padre, está apropiado el ejemplillo? ¡Hé!

9. Pues, hay más, y es que con impugnacion se corrobora la otra circunstancia de la incorregibilidad que hace V. Reverendísima de los Predicadores; porque estos obreros, ni reclutan tropas, ni sacan las espadas, ni usan de artillería, para mantener su teson; ni últimamente se oponen con todas estas fuerzas juntas, á sus Reyes y Señores. Pero los santos hermanos de V. Reverendísima del Paraguay usan de artillería, manejan la espada, juntan tropas, comandan ejércitos; y deseando arrojar el bonete, por encasquetar una corona, se oponen á sus Reyes y sus Señores, por mantener el suyo. Luego, si los religiosos, por no ser buenos Predicadores, son religiosos malos en sentir de V. Reverendísima, ¿que serán los religiosos del Paraguay, en dictámen del universo?

Desengañémonos, P. Reverendísimo, y conozcamos sin pasion, que los dos ejemplos están enlazados con una perfecta semejanza, y que se arguyen ellos, conforme á las reglas que pide el argumento *à paritate*.

10. Bien pudiera V. Reverendísima haber reflexionado en esta situacion (que es harto melancólica, y poco favorable), y reprimir la mano, para no arrojarse piedras á los tejados vecinos, estando tan vidriosos los de la casa de V. Reverendísima, pero, como V. Reverendísima dice tan doctamente en su libro: *quandoque bonus, dormitabit Homerus*; Dios nos libre de hombre picado de la tentacion, y de los ofrecimientos vivos é injustos, que produce la ociosidad; porque rara vez dejan de alucinar á los buenos. Párecenlo los de V. Reverendísima; pero ¿de qué le sirven, si no se aprovecha de ellos? ¿Mas cómo se ha de aprovechar quien está dedicado á fin únicamente del provecho de su casa, metiendo en ella, ó por fuerza, ó por engaños, las ajenas? A lo ménos en esta ocasion, que es nuestro asunto, no tuvo V. Reverendísima substancia para valerse de su capacidad, que sabe la sé á fondo, y defenderse sacudidamente del amor á las jocosidades; y cayó como hijo de Adán (á ménos que los Jesuitas no reconozcan otro General que su *Padre General*), en un sin fin de improporciones, siendo grandísima la de escribir un religioso contra personas religiosas inoportunamente, y con estilo burlesco, arrollando el vaso del Apóstol, que há más de mil y tantos años que está diciendo á V. Reverendísima y á todos los demás, que dejarán el mundo; *nec nominetur in vobis scurrile: aut scurrilitas, quæ ad rem non pertinet*.

11. En fin, padre mio, V. Reverendísima ha escrito una Historia, que será tan sonada, como inútil á la gloria de Dios; y sí muy agradable al comun enemigo; porque saldrán de su contexto tantas delaciones, tantas irreverentes sátiras, tantas malsonantes pullas, y tantas ofensas al Señor, como ninguno, ó poco el fruto, que consiga acerca de la enmienda de los predicaderes. Verdad es, que andará poco tiempo en las manos; porque yo andaré bastante en mis piés, y porque entre los católicos no se puede sufrir el pestífero, y aún insolente uso, que dá Vuestra Reverendísima á los textos sagrados. Este es un punto, del que no es posible salir, bien que pudiera V. Reverendísima no tan satisfecho del poder de su casa, que cada dia vá cayendo más, haber satisfecho reflexionado con más meollo, más juicio y más religiosidad; porque las explicaciones del prólogo no satisfacen, ni hacen otra cosa, que poner á la vista del mundo, el que V. Reverendísima pecó con cierta ciencia; pues cita los lugares, que prohíbe el decoro de los textos, aplicándolos con chanzas, y con indecorosidad tan grande, que jamás se habrá visto igual en autor, que profese nuestra santa fé. Mas hubiera valido que no se hubiese hallado V. Reverendísima en la precision de poner á dicho prólogo, el soberbio y fuerte *morrión*, con que lo arma, reservándolo para enviarlo al Paraguay, en primera y segura ocasion, para que cualquiera de aquellos santos religiosos y soldados en una pieza, se favoreciese con él, de la fuerza y rigor de alguna balilla perdida.

12. Podrá suceder que las cuatro cartas, que auzan el famoso Fray Gerundio, detengan un poco el

Santo Tribunal. Mas no sé por qué causa, porque los autores de las dos, siempre se quedan (y por lo mismo abominados) en la clase de legos; y los otros dos, si es que son teólogos de moda, hacen poca fuerza á los teólogos rancios, que estudian y desdicen del estilo antiguo.

Ultimamente, sea lo que fuese de nuestro Fray Gerundio, yo no me puedo detener en más reparos, porque es ya tardísimo, y la carta ha de ir esta noche, para que V. Reverendísima la reciba en el mismo correo, que escriban los amigos mil enhorabuenas de los maravillosos progresos de *Fray Gerundio*. Hágolo con el fin caritativo de no perder la ocasion de advertir á V. Reverendísima no se deje llevar de los soplos monstraosos de la lisonja, que le inspiran otras plumas, tal vez para acabar de precipitarlo. La mia es muy desengañadora, y muy dispuesta al grado de V. Reverendísima en otra ocasion, que dirija la suya á asuntos laudables, educativos y útiles, que son los que únicamente son propios del estado religioso. Nuestro Señor gde. á V. Reverendísima felices años, para que así suceda.

Madrid, 26 Febrero de 1758.

B. L. M. de V. R.

Fray AMADOR DE LA VERDAD.

DEL PADRE MARQUINA AL AUTOR DE LA APLAUDIDA HISTORIA
DE FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

PRÓLOGO.

MI carísimo dueño, amigo y favorecedor antiguo: Sabe Dios, que he procurado con vivas ansias y diligencias, conocerte; porque en el largo tiempo de nuestra separacion, he olvidado las especies de tu aspecto, de tu traje, de tu trato, de tu profesion y aún de tu estado; porque haces tales transformaciones con tu pluma, que á ratos te imagino fraile, á ratos clérigo, á ratos legista, á ratos teólogo, y finalmente á ratos clérigo-cosmógrafo, y en todos crítico. De modo, que cuando me parecia, que aquí te pillo, aquí te cojo, aquí te descubro, aquí te denuncio, aquí te delato; aquí te excomulgan, aquí te matan, allí te queman: á la primera vuelta de hoja, en el más leve movimiento de tu pluma, te transfiguras, te ocultas, vuelves y desapareces, dejándome burlado y sin aliento para seguirte y perseguirte. Cuantas veces te imaginé Cerbero, que con tres bocas entonabas, al parecer, escandalosos latidos contra la Santa Fé y Religion Católica, en las chispas que salian de tus fauces propias de los novatores, que te administran armas contra la esperanza de remediar el mundo en el estrago que causas con el dulce veneno de tus chistes, que hacen indigestiva nuestra Doctrina, tanto más confortativa, cuando más amarga: contra

la caridad en las sátiras, en contra del brazo derecho de la Iglesia al sustentáculo del templo; hiriendo al estado eclesiástico, así regular, como secular, y usurpacion á la soberanía de nuestro católico Monarca, la jurisdiccion de remediar los daños de su vasta monarquía. Pero no sé en qué consiste, que al momento se me desvanece, cuanto habia concebido, cayéndoseme las armas de la mano, cuando quiero herirte. ¿Pero quién se admirará, de que vuelé un sátiro? ¿Cuántas veces te me figuraste Esfinge, que con tres semblantes, uno tan sério y grave, como el de un jesuita; otro tan loco y presumido, como el de *Fray Blas*; y el último de inquieto, locual y bullicioso, como el preceptor de *Gerundio*, ó como el de algun moderno almidonado crítico? v. gr. el Barbadincho: pero me desengaño luego, porque conozco mi error, que todo es ilusion: pues no cabe tan fina amistad que profesamos, en hombre de dos caras. ¿Qué seria, si tuviese tres lenguas? Finalmente concebí, que eres como aquellas aves, que nos propone el profeta Job, cap. 39, con las alas del gavilan y de un avestruz: *Penna struthionis similis est herodii et pennis accipitris*. Aquí convido á tu crítica, ¿cómo puede compararse la pluma del avestruz pesado con las plumas y alas del gavilan ligero? Si el avestruz, aún cuando tiene de más las plumas, y bate más las alas, apenas se aparta de la tierra, quedando solo en saltos, los que parecen vuelos; y al contrario el gavilan, que acreditando su cuna sobre las alas del viento, tiene su comun habitacion en el aire, donde animada flecha de sus plumas, ya se dobla como arco; ya se libra como salta, y ya se exhala como ra-

yo; ¿cómo pueden asemejarse estas dos aves en las plumas, siendo la primera una hipócrita de lo volátil y la segunda un emblema de la altivez y soberbia, ó una expresion de la agilidad aguda? Pero ántes que te fatigues, te lo quiero decir ó explicar, diciendo con el Profeta, que aunque sean semejantes en las alas, no son parecidas en el vuelo; pues una siempre vive elevada, y otra, siempre, por ser pesada, abatida. Lo que no hizo, ni pudo hacer naturaleza en estas dos aves, hace tu pluma, en el asunto, que aprendes; pues desde luego vuelvas al templo, sube tu pluma al púlpito, vibra sus filos contra la impericia de los oradores evangélicos; elevas nuestras atenciones á que reconozcan la alteza de tu sabiduría; te formas flecha, que penetra toda facultad y ciencia; y finalmente eres un rayo en todo, y al mismo tiempo veo toda tu agilidad tan pegada á la tierra, ó tan humillada, como el avestruz, corriendo por los cuartos bajos, abriendo las bocas de los bobos, y tratando con pesada burla á un cura y á un fraile; como se vé en el cap. 6, n.º 3. ¿Pues á quién no asombrará esta repentina transformacion, ó metamórfosis, sin poder cojerte, ni en el abatimiento, ni en la elevacion? Permíteme, que te vea; no me niegues tu rostro, tu nombre y apellido, que no intento hacerte mal, sino darte mil gracias, por el buen asunto que has tomado tan necesario y preciso para nuestro reino, que se considera lastimado, ya de los violentos tiros de los críticos, ya de la impericia de muchos oradores, que abusando de tan alto ministerio, se hacen reos en los tribunales de una y otra Majestad, Divina y humana, y responsables á los peca-

dos del pueblo: y finalmente tan útil y decoroso al honor y gloria de nuestra nacion, que cualquiera otro asunto debe ceder con maduro juicio á la necesidad de este argumento.

Persuádome, á qué nadie habrá celebrado con mayor regocijo el feliz éxito de tu conducta, como mi confesor el padre Fray Mathias de Marquina, tu antiguo y fidelísimo amigo, que te conoce del mismo modo que tú le conoces; pues habiendo tomado este mismo empeño muchos años hace, y declarado metódicamente la falta de Oradores Evangélicos, y la ignorancia en nuestra España de la oratoria, dió á luz el primer tomo de su *Escuela General*, aquella noble cátedra de retórica y elocuencia, dividida en dos sermones, para que la teórica y la práctica fuesen una manuduccion, á fin de que todos vieses y aprendiesen esta facultad, tan útil y tan preciosa, así para los oyentes, como para los Predicadores. Pero como esto de sermones sea tan fastidioso al gusto de los modernos críticos, tan indigesto al estómago del vulgo y tan amargo al paladar de los imperitos Oradores, que se resienten de que se ponga nueva planta á la Oratoria física y teológica de España; sucedió al pié de la letra lo que dijo el erudito Don Agustin de Montiano, en la Carta de aprobacion de la presente *Historia de Fray Gerundio*, no habiendo más distincion de aquella carta á esta Historia, que el estar aquella escrita con el decoro, circunspeccion y gravedad que se merece el asunto, y corresponde al instituto y seriedad de un Capuchino sin la sal del chiste, sin la gracia de cuentecillo, sin la agudeza de la sátira y sin la destreza con que hil-

hana el autor de esta Historia tanto monton de disparates, que discurro no se podrá inventar mejor específico, para que seria un melancólico; y así luego que el referido Padre Marquina tomó el libro, dijo en alta voz: « Dios quiera que no sea como el Oro, « que poniendo la locura en el púlpito, puso su ignorancia, falsedad y atrevimiento reprehensible « en la crítica, que dá á dos religiosos Predicadores « del número! Dios quiera que por medio de extraordinario rumbo, cese la abominacion que se ha manifestado en los púlpitos de nuestro reino, y arrai- « gándose en el tiempo santo, segun la profecía de « Daniel, que es la desolacion fatal con que nos « amenaza el Señor, *Cum videritis abominationem « desolationis*, etc. Y así, para que este libro no pierda el fruto que esperamos, ni yo carezca de tener « tan buen compañero en mis deseos, me enteraré « de todo su contexto, y pondré los reparos para « que, respondiendo á ellos el autor de esta *Historia « Gerundiana*, con el acierto, sabiduría, gracia y « chiste que se manifiesta en ella quede más firme, « calificado y victorioso.»

Habiendo, pues, llegado á mis manos los reparos y remedios que nota mi confesor y tu amigo, determiné yo hacer algunos y remitirlos á tu confianza: pero como no quieres decir quien eres, y procuras encubrirte con el sombrero de Don Francisco Lobón, por eso he discurrido poner tan claras tus señas, que cualquiera te conozca por ellas, mejor que la madre que te parió. ¿Y cómo será esto? Yo lo diré, llamándote el *Gerundiano*, que es lo mismo que el autor de la *Historia de Fr. Gerundio*. Ea, pues, sea de aquí ade-

lante tu nombre el *Gerundiano*: *Ego te baptizo*. Perdona mi molestia, que yo tambien te perdono los derechos del bateo, por los cuartos que te ha de costar la remision de mis escritos: Vale.

INTRODUCCION.

No obstante, que mi director insiste, en que me abstenga de escribir contra esta *Historia*, por no entrar en el número de los ignorantes, avisándome que tiene en el *Prólogo* un durísimo *Morrión*, para burlarse de las cuchilladas y saetas de los parvulillos y que toda esta obra parece sana y útil, sin sátiras ni dicterios que puedan delatarla á los Tribunales; con todo eso, á mi parecer, es digna de delacion, por satírica, sacrílega y escandalosa; para lo cual formaré aquí los reparos que tengo, y pondremos los remedios: protestando, que si el autor no me satisface, la he de delatar; y si me responde bien, logrará mayor crédito, cesará mi ignorancia y la de muchos, quedando tan amigos, y aún mucho más.

REPARO I.

Si es lícito valerse de sátiras contra los Predicadores que abusan de su ministerio, viendo que no han bastado las serias amonestaciones de los Santos Padres y Prelados.

Todos cuantos favorecen á esta obra, así autor como aprobantes, bajo el título de la *Historia de Fray Gerundio*, viendo el fuerte argumento que se les hace de que es denigratiya al Estado Eclesiástico y re-

figioso, contraria al honor y reverencia que se debe á lo sagrado, y opuesto totalmente á la conducta de los SS. PP. que nunca se valieron de sátiras, chistes ridículos, cuentecillos, ni mezclar lo profano con lo sagrado: no nos dan otra respuesta á él, ni otra salida para acreditar tan nueva y peregrina extravagancia, que el decir: Que es así, que los SS. PP. no se valieron de este arbitrio; pero que tampoco remediaron el abuso de los Predicadores, y para remediar lo que los SS. PP. no remediaron, se hace forzoso practicar este medio de la sátira, gracejo y chiste, para que los Predicadores se avergüencen, citándoles los yerros de sus sermones, y á que muchos vengan en conocimiento de los sugetos que fueron tan delirantes.

Esta respuesta, que sirve de base fundamental á todo el edificio y artificio de tan admirable obra, confiesa tácitamente, lo primero, que la sátira, chiste, etcétera, no son buenas *per se*, sino *per accidens*; esto es, que solo á falta de otros remedios, se pueden permitir: lo segundo, que si los SS. PP. y DD. se hubiesen valido de este arbitrio, acaso hubieran remediado el daño: lo tercero, que al modo que Cervantes con un *Don Quijote* desterró muchos abusos, y el Obispo de Nismes con el sermón del *ungüento que cayó en la barba de Aarón*, atajó el abuso de la predicacion en su obispado; así tambien con esta *Historia de Fr. Gerundio*, segundo *Don Quijote*, se podrá remediar el daño. Estas tres consecuencias son inevitables en la respuesta del *Gerundiano*; la primera opuesta á todo principio católico, y reprobada expresamente por el Concilio Tridentino, *Sess. 4, in De-*

cret. de edit. usu sacror. librorum. La segunda es manifiesta blasfemia, como veremos. La tercera opuesta directamente á la sentencia de San Pablo: *neque qui plantat est aliquit, etc. Item, non est volentis, neque currentis.* De cuyas tres proposiciones, como de tres cabezas y pésimas raíces, nace tanta monstruosidad, como tiene, al parecer, este libro, que ápenas permiten ser leídos sin admiracion, horror y escándalo. ¡Dios quiera no sea así! Por lo cual, procediendo con toda la claridad, que pide el argumento, digo:

Lo primero, que el abusar de las palabras de la Sagrada Escritura, mezclándolas con las profanas, para mover á risa; celebrar desatinos, herir con sátiras, chistes, cuentecillos, como ejecuta el *Gerundio* en su decantada *Historia*; es, á mi ver, manifiesta blasfemia, sin que haya doctor y autor que lo contradiga: Pues, aunque en un simple ó idiota que ignorase esto, solo seria blasfemia material; pero en un sugeto tan sábio como el *Gerundiano*, no sé como eximirle de formal blasfemia ó sacrilegio; de modo, que un loco ó fatuo, aunque diga blasfemia contra Dios, contra los Santos y contra las cosas sagradas, no comete blasfemia formal, ni pecado alguno, por faltarle el juicio. Si con todo eso, sabiendo yo, que siempre que se le mande decir algo en público, dice mil blasfemias contra Dios, y no obstante le insto á que diga en público estas contumelias, á fin de que rian los que le oyen, no faltará quien me culpe; porque soy causa de que el loco desbarre, atribuyendo á mi complacencia y á mi instancia las voces de quien estaba callando: así el caso presente saca del sepulcro

del olvido las blasfemias, las injurias con que vulneran materialmente á Dios y su Sagrada Escritura, unos Predicadores nécios, idiotas ó locos, como *Fray Gerundio* y su maestro; y sacarlas á luz, dándolas á la prensa, para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos, donde nunca hubo noticia de ellos, y esto solo por reir y celebrar estas disonancias; no sé como se permite.

Digo lo segundo; que como este delito é injuria crece segun la mayor santidad del objeto á quien ofende; de esto nace, que dirigiéndose contra los Predicadores de las sagradas Religiones, extendiendo unos defectos increíbles (que por esto, muchas personas los tienen por falsos, fingidos y supositios), vienen inmediatamente á herir á todas las Religiones, y á ser libelo infamatorio, contra la Constitucion de Alejandro IV, *Quos incipit ex alio*, etc. No dudo, amigo mio, que este puede por todo derecho obligar, á que califiques y pruebes, que este *Fray Gerundio* predicó estos sermones, como tú dices, si no quieres te calumnien de falso impostor, que finges casos y contumelias para herir á los Eclesiásticos y principalmente á los Predicadores regulares. Este es uno de los grandes apuros en que es preciso trabajes mucho, para salir de él como deseo: pues aunque digas que este *Fray Gerundio* es un fantasmon, primo hermano de una quimera, nacido en la isla de Jauja, y todos los sucesos que refiere, son tales, como los de Don Quijote; no basta esta respuesta para salir del barranco; porque has de suponer que la mayor parte de los que los leen, y oyen lo que dices en tu Historia, creerán sin duda alguna, que fué cierto.

real y verdadero cuanto finges y formas en tu idea, por más claridad que pongas en el *Prólogo*, que no puede estar más claro; y estos tales, que son los más, tendrán por sátira á la inventiva, y por blasfemias á las agudezas, como creen á piés juntillas que fué caso cierto todo lo que se lee en Don Quijote; y son muy pocos los que penetran los fondos de tu idea sin algun escándalo, aunque sean latinos, porque hay muchos gramáticos y teólogos *Gerundianos*.

Otros muchos habrá, que por nécios y maliciosos, tomarán como verdaderos los pasajes, solo á fin de satirizar á los frailes para vilipendiárllos; mas el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen, y de todos libertinos, me persuado que no es corta la congregacion, pues entran en ella de todas clases muchos millares, que solo por haber salido de España en el breve tiempo de cuatro meses, y tomado los aires, ó bebido en las fuentes de los extranjeros las libertades no permitidas en España; se jactan de sapientísimos. Item, muchos almidonados pisaverdes, que, usurpando el giro de críticos y académicos, se figuran singulares. Item, muchos charlatanes, que, por haber leído cuatro hojas de Historia, ó haber leído cuatro renglones de la fisica moderna, imaginan que ningun religioso sabe cosa alguna de lo que ellos saben; y así miran con desprecio tal á los regulares. En esta misma congregacion y clase, entran los que acomodados á las delicias de sus apetitos, al recreo de las comidas y paseos, más que á los templos y sermones, quieren disculpar el hastío que tienen á lo sagrado, con decir que los predicadores son unos pobres nécios; y así

se experimenta que hay muchos de estos libertinos en la milicia, en las covachuelas, en los estrados, en los campos, en los palacios y, en fin, en toda clase y escuela, que se pudieran desterrar del mundo á todas las Religiones; y hombres de letras lo harian, porque no hubiese quien hiciese oposicion á su vida, y máximas perniciosas, con que tascan rabiando el duro freno, espuman cólera contra curas, frailes y golillas. Luego no será extraño que estos tales se valgan de tu libro, como de fuerte escudo; ¿y qué será, si dentro de poco tiempo lo reimprimen aquí, ó en el Norte, sin las luces que administra el *Prólogo*?

Entre las confianzas políticas que un religioso mereció á Benjamin Keene, Ministro-Embajador del Rey Británico en esta Corte de Madrid, fué una la displicencia que le causaban los colegiales mayores. Respondió el religioso con claridad y fortaleza: «Señor, «los colegiales mayores de nuestra España, en todos «tiempos han tenido los hombres eminentes en le- «tras y virtud; y en los últimos siglos inmediatos á «éste, han ilustrado á nuestro reino con Santos ca- «nonizados, y con abundante número de escritores «sagrados, y en todas ciencias versadísimos, y es- «pecialmente por el derecho canónico y civil. *Yañá- «dió*: ¿parece que V. E. gusta mucho de figuras bien «adornadas con corbatin y peluca? *A que respondió «el Embajador*: Yo gusto mucho de la gente airosa, «y de estos tengo más amigos aquí que en mi tierra, «porque he vivido más tiempo en España, y han fa- «llecido en Lóndres los que tenia. ¿De este modo, «cómo hablará V. E. de los frailes? *dijo aquel*; y «respondió éste: Fuera de mi tierra no hablo de esta

«clase cosa alguna, porque hay aquí bastantes que
«hablen. »

A vista de esto, que tú citas los sermones impresos de los regulares, declarándolos con las señas y con las líneas, que trasladadas de ellos, para que no sean conocidos y desinteresados sus defectos, ya olvidados, para que vivan siempre en el público, ¿cómo puedes librarte de satírico incluso en la excomunion del Tridentino? Cuando el padre Vieira formó la figura que supones de un religioso ó amortajado en vida, y denegrido por la penitencia, ¿pone acaso las señas y los arrabales, ojos y pelos, que tú pones, trasladándolos despropósitos que dijo? ¿No predicó acaso Vieira, poniendo un ente verdadero? No, sino un *Fray Gerundio*. Pero tú, con la figura de *Fray Gerundio*, hieres y satirizas á los entes reales y verdaderos. Vamos poco á poco, amigo *Gerundiano*, que ya me canso de sostenerte; y si te metes en más honduras, puede ser que te deje solo, pues te opones á lo mismo, que quieres persuadirnos contra la ley. *Qui aliud dicit quam vult, neque id dicit, quod vox significat; quia id non loquitur. leg 11, de Reb. dup.*

Mas claro: ó escribiste este libro, para que corridos los predicadores y avergonzados, muden de idea; ó solo lo haces para que ria la gente. Si lo haces para que ria la gente, has esperado á darle á luz en el principio de la cuaresma. ¡Zape, qué quema! Buscar arbitrio para reir á carcajadas, para desterrar las lágrimas, que pide la pasion de Cristo, es peor que la predicacion de *Fray Gerundio*; es punto que pica más allá de la Historia, es crítico bábio.

Una de las observaciones á los libros de la venerable Madre Sor Maria de Agreda, dice que no convenian al tiempo presente las revelaciones sobre el cómputo de los años, *etiamsi essent, non videtur revelare paribus* l. 1, *observ. ad revelat. Agred. prop. ix.* Tanto como esto hace el tiempo y la ocasión, que aún revelaciones de Dios, se tienen por sospechas, no siendo en tiempo oportuno. ¿Pues qué diremos de este libro *Gerundiano*, reducido todo á cuentecillos, chungas y chanzas, que no es más, que un libro para reir en la Cuaresma?

Pero si me dices, que escribes para avergonzar á los predicadores, es preciso que avergonzados éstos lo sientan, y lo sientan mucho más, viéndose reprendidos en público; ¿y por quién? ¿Acaso por algun edicto del tribunal de la Fé? ¿Acaso por algun decreto de la Real Majestad de nuestro Soberano? No por cierto; sino por hacerme reir. Amigo mio, los que nada suponemos en el mundo, nos hemos de contentar con observar los preceptos de la caridad cristiana. En las cosas públicas, que saben los superiores, y no las remedian, debemos clamar á Dios, para que lo hagan, predicando en comun contra el abuso, por no ser cómplices. En los casos particulares, debemos observar las reglas de la caridad fraterna, si no aprovecha dar cuenta á los superiores, que deben remediarlo: *Dic Eccles.*; y nosotros quedamos en nuestra santa paz y quietud: pero intentar tú sonrojar, avergonzar y herir á los predicadores, con chistes, que los abrasan, con cuentecillos, que los queman, y casos, que tú finjes, para que el vulgo ignorante desprecie á los predicadores, á la pre-

dicacion, y se escandalice; es más de lo que parece.

La segunda proposicion, que se deduce de la respuesta dada, es decir, que eliges este arbitrio de la chanza, del chiste y cuentecillos que finjes, para sacar por medio de ellos el fruto, que no pudieron sacar los santos y celosos oradores, con el peso y gravedad, modestia y fuerza de razon. Esta proposicion en un sentido, es cierta, sana y sin sospecha, hablando del fruto temporal (esto es cuatrin); pues no duda escritor alguno, que respectivamente haya sacado, por de contado, más fruto que tú; pues no ignorabas el destemple del mundo, y que lo que hoy se aprecia, es el desprecio del estado eclesiástico. Pero si hablamos del fruto espiritual, y correccion de los abusos, es mucha presuncion creer, que con esta figura ó ficcion de *Fray Gerundio*, y de tanto disparate, puedes conseguir lo que no consiguieron los SS. PP. con su evangélica predicacion; porque es afirmar, que no se valieron de todos los medios útiles y lícitos, que podian, para hacer fruto; y esto huele á chamusquina, porque directamente hiere á la Majestad de Cristo nuestro Señor, con herética blasfemia.

Por lo cual, has de oir dos textecillos, uno de la Sagrada Escritura, otro del derecho civil y canónico: El texto de la Sagrada Escritura es del capítulo 23 de San Mateo, en donde se expresan ocho rigidísimas amenazas, por no decir maldiciones, con que reprende la Majestad de Cristo á los escribas y fariseos. *Vae vobis et pharisæis*, etc. Pero á los sacerdotes, á los Pontífices, que estaban comprendidos en el mis-

mo delito, de ningun modo los nombra: reparo muy digno del cardenal Cayetano: *Lege Evangelium; numquam invenies Jesum nominasse sacerdotes, aut Pontifices, arguendo aut reprehendo; sed scribas et phariseos.* ¿Pues no podia el Señor nombrarlos, á lo ménos en comun ó en especial, aunque no nombrase individualmente, así como nombró en comun los escribas y fariseos? «Eso no, responde Cayetano, por-
 «que la Majestad de Cristo quiso instruir aquí en la
 «regla, que han de observar los predicadores evan-
 «géllicos.» *Instruendo prædicatores, ut non prædicent contra sacerdotes aut Pontifices, in specie, propter reverentiam ordinis. Cayet. in cap. 23 Mathei.* Esto fué lo que practicó y enseñó la Majestad de Cristo: esto, lo que observaron y enseñaron los SS. PP. los DD. celosos pregoneros de Dios, clamando con fuerza de argumentos, con peso de razones, con gravedad de sentencias, con seriedad cristiana y con caridad benigna; no con chistes, no con flechas, no con cuentecillos, no con sátiras, que ofenden al ministerio y á los ministros, de quiénes han de recibir la ley y norma los inferiores, como dice el profeta Malaquias, cap. 27. *Legem requirent ex ore ejus.* Y San Bernardo, lib. 2, de *considerationes*, dice, que el pueblo debe recibir de la boca de los sacerdotes la ley, no los chistes, no las chanzas: *legem, non nugas.*

¿Imaginas, que faltarian á los SS. PP. y DD. apólogos, invenciones y sátiras, para sacar fruto, si tuviesen por lícito este arbitrio? ¿No trabajaron cuánto pudieron, para lograr el fruto de su predicacion, y para exterminar los abusos del pueblo? Pues si trabajaron legítimamente cuanto pudieron, ¿en qué con-

siste, amigo mío, que no se valieron del mismo arbitrio, de que tú te vales? ¿Acaso lo ignoraron? No. ¿Acaso no tuvieron fortaleza para proponerlo? Mé- nos. ¿Pues en qué consistió, que no se valieron de este arbitrio, sino en que lo hallaron por ilícito? ¿Acaso les faltó á San Cirilo, ni á San Jerónimo, arte para sus apólogos? Dígalo este suceso. Jactábase Javi- no, de que venian á su escuela las gentes lucidas, y principales; como la otra mujer pública se jactaba, de que la seguian más personas que el filósofo. «¿Y « qué os parece? (respondió San Jerónimo á esta « sátira.) Acaso (respondió el filósofo) lo que la mu- « jer pública. Siguiente más, que á mí, porque tú « enseñas lo que es vicio; y síguenme ménos á mí, « porque yo enseño la virtud.» No respondió así el Santo, mas no por eso dejó de responder, ¡pero con qué peso! ¡con qué humildad! oid sus palabras: «Es- « así, Javino, que todas las personas, que vienen ves- « tidas y adornadas, robustas, festivas, lucidas y com- « puestas con mayor preciosidad y gala, son de tu « rebaño; porque como los discípulos dán testimonio « del maestro; yo, que enseño la fé de Jesucristo, no « tengo en mi escuela, sino hombres flacos, consu- « midos, con traje humilde, con sentidos mortifica- « dos, cubiertos de cilicios, que en vez de reir, llo- « ran, siendo sus diamantes las lágrimas, y su festiva « música los lamentos.» Este fué el modo de opo- nerse los santos á los vicios, no con sátiras, que sa- quen sangre; no con chanzas, en que se malogre el tiempo; no con chistes, de que gustan los mundanos y festivos génios, que se alistan en la escuela de Javi- no; sino con verdades puras, que despierten á los

dormidos; y abrazen los que están en la escuela de San Jerónimo. De aquel puedes sacar, cual es la escuela de tu libro, viendo la clase de gentes, que en él se abrazan.

Los árboles se conocen por el fruto; los confesores por los confesados, y los libros por los efectos, que producen en los lectores. Pregunto ahora: ¿Qué fruto se ha sacado, desde que salió á luz este libro? Yo lo diré; turbaciones en el pueblo, disensiones en las comunidades, altercaciones en las casas, escrúpulos en las timoratas conciencias, enfados y disgustos en los verdaderos cristianos, y escándalos en el reino, á excepcion de los libertinos, en quienes el fruto es la risa, la sátira y la burla de las personas consagradas á Dios: pero que mucho sea así, cuando la Majestad Divina nos enseña, que por el fruto malo se conoce el arbor malo, y el bueno por el fruto bueno.

Mucho menor que esta fué la oposicion, que padecieron las religiones de Santo Tomás y San Buena-ventura, contra la cual tomaron la pluma estos dos Santos doctores; y con todo eso, por no haberla prevenido ántes, cundieron tanto sus raices, que con el tiempo se vió en pié la herejía de Erasmo, y la de su cooperador Lutero y Calvino; de modo que se dijo en tristísimos lamentos; *Erasmo la puso, Lutero la empolló y Calvino la sacó*. De tal modo que quiero decir, creció esta herejía, y se abrazó con los enemigos de nuestra santa fé católica, que se dudaba si los discípulos eran los discípulos: *Aut Erasmus lutherizat, aut Lutheris mirat*. ¿Pues qué diremos de este libro, cuyos materiales ví en Salamanca, hace más de 29 años, en el aposento de un gran padre

maestro? (Digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era fraile ó no). Este tal padre tenia un legajo grande de cuentos finjidos, y chistes muy propios á su satírica invencion, contra los que hoy hiere el libro, que los bebió allí; y por más señas, en el sermón que pone de *Santa Ana*, finjía que la Santa tenia en el rostro una verruga de grande bulto, y sobre ella cargaba el texto *Vultum tuum*, con sacrilego y blasfemo apoyo: Tanto que el padre maestro Vear, catedrático de Prima, jubilado de la siempre ilustre Compañía de Jesús, se horrorizó al oír contar estos chistes ó blasfemias.

De aquel aposento salieron los materiales de que has formado este libro, amigo *Gerundiano*. No eres tú solo quien aplicó la mano á este trabajo; muchos sois, y de diversas profesiones, trajes y estados, los que aficionados á la libertad y desahogo, formais el prodigioso concilio, del cual salió la sentencia, de que se publicase este aborto de maldad, que fomentaron en esta Côte muchos que se hallan ya fuera de ella, por la Divina y humana Providencia; y algunos de ellos entregados ya su cuerpo á la tierra. No extraño que viniesen de Castilla la Vieja y Andalucía, algunas aprobaciones; mas que hiciesen recomendable á esta obra; porque no ignoro lo mucho que se trabajó para promoverla, y el tiempo que se estuvo esperando, á que fuese visible un sujeto de poco peso, sobrado chiste, y en cuya cabeza se hilbanase esta madeja. Luego, siendo tantos los autores, que la compusieron, la empollaron, y la sacaron; y siendo tan largo el tiempo que ha vivido á sombra de tejado sin salir á luz; ¿quién podrá dudar haya echado pro-

fundas raíces en los afectos no veleros? Esforzó más el argumento; el decir que los SS. PP. y DD. no lograron el deseado fruto con sus sólidas razones, y presumir con esta *Historia de Fray Gerundio*, es no solo injuriar á los Santos, dando á entender, que no hicieron todo su deber, ó por no saber, ó por no querer, y que tú sabes y puedes más que ellos; (pues has descubierto este medio, y discurrido este nuevo rumbo); no solo es, quiero decir, injuria á los Santos, (lo que es más) al mismo Jesucristo; pues es constante, que no logró con su predicacion todo el fruto que deseaba, y no se valió de este medio, que practica el *Gerundiano*. Luego siendo este medio tan eficaz para remediar abusos y pecados, se infiere de tu respuesta, que la Majestad de Cristo, no hizo todo lo que pudo, ó por no saber tanto como tú, ó por no querer aplicar su desvelo á tan alto arbitrio. Y pregunto ahora, ¿cómo compones con esta doctrina tuya el sagrado texto, en que dice S. M.: *¿Qué más pude hacer de lo que hice? ¿Quid ultra debui facere, et non feci?* Consiguiente es, que digas le faltó al Señor componer una *Historia de Fray Gerundio*: hasta este último de maldad y de blasfemia, llega la base fundamental en que estriba la historia. Amigo mio, que dejas de serlo en este lance, porque ves tus proposiciones capaces de producir las consecuencias que abortó Calvino, diciendo, que *Cristo Señor nuestro maldijo la higuera, por no haberla conocido, ni hecho cargo de que no era tiempo de dar fruto*. Yo, como católico, confieso en el Señor inmensa sabiduría, y que el no valerse de tu arbitrio, fué por ser ilícito é injurioso á Dios, y al prójimo; y no se ha de

ofender á nuestra Religion con irreligiosidad ; no se ha de solicitar desarraigar el vicio con mayor vicio. Luego siendo tu arbitrio un medio opuesto á la conducta de los Sumos Pontífices , á la doctrina de Jesucristo, y que solo se han originado de él escrúpulos y contiendas , diversiones , escándalo y desprecio del estado eclesiástico, secular y regular, con festiva risa, en tiempo de Cuaresma ; ¿quién podrá aprobarlo ? ¡ El daño es conocido, el remedio no ! ¿Pues cómo pretende conseguir el remedio por donde se origina el daño ?

El texto canónico y civil , que te ofrecí , es el que enseña y persuade , que la ficcion , invencion , apólogo ó parábola , en el caso finjido , ha de observar en el caso verdadero , para producir el efecto que pretende. Tales fueron las parábolas de la Majestad de Cristo, así la del sembrador, como la del hijo pródigo, la del rico avaro y todas las demás, guardando en ellas el orden y verosimilitud, que no diga repugnancia á la verdad , sino mucha proporcion con ella. *Idem operatur fictio in caso ficto, quod veritas in caso vero.* Supuesto este principio, pregunto, ¿qué proporcion tiene la *Historia de Fray Gerundio* con la verdad, para producir efecto alguno bueno ? ¿No arguye toda ella una total imposibilidad y repugnancia con la verdad ? ¿Quién lo duda ? ¿Pues cómo cabe en hombre de capacidad y talento, querer vencer á los predicadores con una ficcion tan inverosímil, como incomparable, y repugnante á la verdad, sin que padezca la excepcion de sacrilega, é injuriosa sátira ? ¿Quién ha presumido hasta ahora, que hubiese obispo, que ordenase á un v. gr. *Fray Gerundio*, sin sa-

ber gramática ni moral? ¿Quién ha soñado que hubiese prelados tan malos, que por empeños ó intereses, permitan y den licencia de predicar á los que son incapaces de ejercer tal ministerio? Luego pones una cosa repugnante á la verdad, y tan incompatible con ella, que solo merece el nombre de sátira maligna y escandalosa, dando á entender al pueblo, que ejecutan esto los regulares, y las demás nulidades que propones.

El querer apoyar tu idea con el arbitrio de Cervantes, con Don Quijote, no debe admitirse en el asunto que tomas; porque es mezclar lo profano con lo sagrado, que es diversa cualidad y temple, para desterrar una moda ó abuso profano; basta otra nueva moda, ó nueva invencion, otro nuevo uso. Pero para desterrar la mala predicacion y el vicio, que está arraigado en el púlpito, es preciso mucho trabajo, mucho esfuerzo y mucho tiempo; ni tampoco hace al caso el sermón, que para este fin, predicó el obispo de Nismes, con el texto, *sicut unguentum quod descendit in barbam*: pues este sermón, ni nombra frailes, ni clérigos, ni pone las palabras de las oraciones impresas, para venir en noticia de los autores; porque, aunque pusieron en público su nombre y apellido, no por eso renunciaron el derecho positivo de la caridad cristiana; pues creer, que la renunciaron, fué error de aquel ignorante, y bárbaro francés españolizado, que puso la sabiduría en el *púlpito de las monjas*, y manifestó su falta de noticias, su ignorancia crasa, y sobre todo su falsedad y mentira, en el concepto que los discretos y sabios, para memoria eterna de su rudeza y bárbara osadía. De todo

lo cual se infiere, que no siendo lícito mezclar lo profano con lo sagrado, ni herir con ficciones inverosímiles al estado eclesiástico, por la improporcion de la figura, que se toma, contraria á la conducta de los SS. PP. y de la Majestad de Cristo, y aún denigrativa y escandalosa, sin que responda á ella contra otra razon, que con el conjuro del carnero: debe ser este libro examinado con mayor cuidado y reflexion; pues no sirve de apoyo la conducta de Cervantes, como hemos visto, ni la del obispo de Nismes, que hemos tocado; y proseguiremos en el reparo último.

De todas estas reflexiones se infiere claramente el total desafecto, por no decir ódio formal, que tienes contra los regulares; pues, á no conocerte como te conozco, diria, que eres de cierta congregacion, cuyos individuos dicen: *No nos conviene, que sean obispos los frailes, porque no los podemos manejar como á los clérigos*: Ni te pueden servir de disculpa las protextas que haces, de que nadie aprecia, ni venera más á las religiones, que tú; pues de esto te pueden argüir con la ley 35 referida de *Reb. dup.* dándote en cara con el texto: *Qui aliud dicit, quod non vult.*

Haces muy bien confesar, que no puedes manejar á los frailes, como á los clérigos, porque nunca hallarias, quien bajo de su nombre y apellido, sacase tu historia, como sale con el nombre y apellido de don Francisco Lobon. ¡Ah! si yo fuese obispo, que presto le haria que pagase sus costas con las ganancias de tu historia; y así te obligaria, á que respondieses por él á estas instancias: pues la indecencia con que tratas á la Sagrada Escritura, trayéndola

para apoyo de tus disparatadas ficciones, y mezclándola con impurezas abominables de tanta profanidad, como vistes tu pluma; no puede escusarse de blasfemia. La presuncion, con que imaginas lograr, por medio de tu historia, el fruto que no consiguieron los santos, ni la Majestad de Cristo con toda su doctrina y eficacia, es arrojó de la mayor soberbia; y el presumir conseguirlo por un medio tan opuesto á la razon como á la caridad del prójimo, y á todas las virtudes cristianas, finjiendo cosas imposibles, para herir á las religiones, es abominable despecho, y escandaloso arresto de la osadía ó locura. Esto dirá quien examinare bien tu libro, advirtiéndole que esta presuncion, en cuanto hiere á los SS. PP. y á la Majestad de Cristo, es más propia de Calvino, que de *Fr. Gerundio*; y en cuanto vulnera á las Religiones, opuesta á la caridad del prójimo y á la veneracion de su Estado. Pero ¿qué dirá, quien sepa que diste á luz este libro en el principio de la Cuaresma, impidiendo á los Frailes las lágrimas con la risa, y privándolos de leer otros libros espirituales, mejores que tus chistes? Yo me inculco en esto; porque no presumo mal de tí: solo discurro que esperabas por instantes alguna infausta noticia contra tu Congregacion y Cofradía; y temiendo que causase escándalo, quisiste prevenirlo con tu historia, á fin de que, preocupadas las gentes con los chistes y disparates de *Fr. Gerundio*, no atendiesen á otros asuntos, ni acudiesen á las estafetas del otro mundo. Pero este arbitrio no puede salirte bien, metiéndote con Frailes, que saben despreciar este mundo por el otro, debiendo saber que donde las dán, las toman.

REPARO II.

Si el valerse de la figura de Fray Gerundio, para remediar el abuso de los Predicadores, es sátira conocida.

ASTUTO y agudo, como él mismo previno este argumento, el autor de esta *Historia Gerundiana*, por que no le calumniasen de satírico, y así responde: « Que él no puso á Don Fulano un señor Predicador, « un Padre ó un Clérigo, y puso á *Fray Gerundio*; « porque es mayor el número de Predicadores Frai- « les. » Esta respuesta, amigo *Gerundiano*, es para los discretos tan insuficiente, que todos dirán *es razon de pié de banco*, que solo puede parar entre zóquetes; pues con oír la figura de un Predicador sin poner Clérigo, ni Fraile, bonete, ni alforja, Don ni Señoría; bastaba para tu asunto, y comprendías á todos, que hacen mayor número que los Frailes. Luego el particularizarte en la figura de *Fray Gerundio*, sin ser necesario para tu idea, es manifiesta injuria, que haces á los religiosos y religiones todas. Pero dejando esta reflexion á la crítica de los discretos, pasemos á examinar si es cierto lo que afirmas; á saber, si es mayor el número de los Predicadores Frailes, que el de no Frailes; y así digo: Que en el número de Frailes, no hemos de contar los de la religion de San Antonio Abad, ni los Basilios, ni los Benitos blancos de Aragon y Cataluña; pues todos estos tienen *Don*, tampoco hemos de incluir en dicho número á los Canónigos regulares de San Agustin, Premostratenses, etc., ni á los Frailes de las religiones

de San Juan, Santiago, Calatrava y Alcántara, que tambien predicán y tienen sus colegios, para aprender á predicar con *Don. Item*, debemos excluir del número de Frailes, á los Servitas, á los PP. Theatinos de San Cayetano, á los Clérigos menores, á los Escolapios, á los PP. Agonizantes, á los PP. Jesuitas de la Compañía de Jesús, que, aunque hacen votos como las demás religiones, no se llaman *Frailes*; porque sus celdas se llaman *apósitos*. Igualmente débese excluir á los PP. del Oratorio de San Felipe de Neri, á los bethleemitas: y despues de haber hecho un cómputo prudente, has de juntar á los sobredichos *Dones*, roquetes y bonetes, las Congregaciones de Eclesiásticos, como las del Salvador, las Comunidades ó Cabildos de racioneros, los colegiales mayores, que hay muchos que predicán. *Item*, los Capellanes de muchos señores; y finalmente un número, sin número de señores Curas, tenientes en todas las parroquias de los obispados: y hecho bien este cómputo, hallarás, que exceden los referidos en más de dos partes y media á los que tú llamas *Frailes*. Luego en esta cuenta, que es palpable, y tan clara que te puede coger un niño, faltas á la realidad, haciendo un supuesto falso para lograr tu idea; ¿cómo quieres que te crea, y que no atribuyan á calumnia y sátira todo el contexto de la *Historia Gerundiana*? Si yo hubiera de referir los casos de los tenientes de Curas, y las pláticas que hacen á los enfermos al tiempo de administrar los Sacramentos de nuestra Santa Madre Iglesia, harian reir á la misma risa: pero no permita Dios, que yo la mezcle con las cosas serias y sagradas. Ignoras que este libro habrá llegado, ó

llegará muy presto á Inglaterra, Holanda y demás vecinos? ¡Oh! ¡Señor, con cuánto regocijo celebrarán los enemigos de nuestra santa fé, los cuentecillos y chistes, despropósitos y enredos de los Predicadores españoles, formados de la figura de *Fr. Gerundio*! Sin duda, que para el Rey de Prnsia y sus aliados, interin que están retirados á cuartel, será la diversion más apetecible! ¡Oh, qué noble incentivo para que abrace nuestra Religion santa! ¡Oh, qué aumento logrará la fé romana! ¡Oh, qué crédito nuestra nacion española! ¿Quién duda que de un libro tan precioso se pueda esperar la conversion de los infieles, la abjuracion y retractacion de los herejes? Dios nuestro Señor permita no suceda lo contrario. ¿A quién no convencerá el fingir que los Prelados Regulares dan licencia de confesar y predicar á los súbditos nécios, solo por respetos humanos, fiándolos la administracion y dispensacion de la divina palabra y de los Sacramentos de la Iglesia, como si fuese cosa de poco momento? ¿Qué argumento será éste tan eficaz, para que se aficionen á frecuentar los Sacramentos, los que actualmente los niegan? ¿Qué reconvencion tan fuerte para que veneren á la cabeza visible de la Iglesia, los que tienen al Sumo Pontífice por Ante-Cristo, viendo que los Prelados Regulares, que pueden subir á Papas, hacen tan poco aprecio de lo sagrado? ¿Qué edificacion no causará este libro *Gerundiano*, viendo en él el abuso de la Sagrada Escritura, para servir á la indecencia? ¿Qué modestia no infundirá aquella pulla ó chiste? *¿No puede haber maternidad sin regla? Lib. I, cap. 5, núm 8.* ¿Qué fruto no producirán aquellas

chanzonetas, que pone en el lib. 1, cap. 5, núm. 8, en el cap. 6, núm. 3? Las omite mi pluma, por no manchar la negra tinta con más negras indecencias.

Si quieres corregir los defectos de los oradores, arguye contra sus defectos. Fingir delitos, que nunca se han cometido, ni es posible que cometa el hombre más disparatado, para recargar al inocente, ¿en qué tribunal le has visto? ¡Qué bellas cosas se me ofrecían aquí! pero chiton, que consulta á la modestia. No sería, amigo mio, mejor satirizar á los herejes con las reglas permitidas, viendo que las católicas armas de la Reina de Hungría y del cristianísimo Rey de Francia, se hallan empleadas en la defensa de nuestra Religion, para que unos con la pluma, y otros con la espada, debilitásemos las fuerzas del enemigo? ¿No sería mejor que remitieses á la Reina de Hungría, que tiene falta de dinero, los cuartos que has gastado en la imprenta, para que mantenga uno ó dos soldados en la próxima campaña? ¿Si nuestro reino está en paz, por qué razon, sin S..... quieres hacernos tan injusta guerra?

Concédote que nuestros Predicadores cometan mil defectos por falta de oratoria, y por sobra de ignorancia; pero ¿quién te ha dicho, que este es suficiente motivo, para que tú lo refieras á los particulares, aunque fuesen ciertos, y no fingidos como los que tú propones, teniendo á la vista tantos enemigos? Ya me precisa aquí mi pluma se acalore, y á que te enseñe la ley de Dios en este punto. Oyeme atento.

Muere Saul, y muere desesperado, pidiendo él mismo su muerte. Oye David la desgracia y al instante expidió su real decreto, en que mandó que

ninguno de sus vasallos participase á sus enemigos la desgracia, ni la propagase en tierra de ellos; porque no tomasen más vigor y fuerza los contrarios, al oír un caso tan lastimoso. *Nolite anuntiare in Geth, neque anuntietis in compitis Ascalonis, ne fortè lætentur filix Philistiim, ne exultent filix circumcisorum.* Reg. l. 2, c. 1, vers. 20. No sepan, dice el texto, no se rian de nosotros los infieles incircuncisos filisteos, y sus hijas, que son de distinta religion; pues riéndose de la nuestra, llegará la suya á cobrar más fuerza y osadía. Este es, amigo mio, el caso en que nos hallamos; ¿y seria bien que se consultasen los defectos de nuestros Predicadores á nuestros enemigos los herejes? A esto responderás, que ya lo saben, y lo bien que se rien, es verdad; pero ya se reirán mucho más con lo que tú les escribes. Bien sabian los filisteos que habia muerto Saul, y que el ejército iba fugitivo; y no obstante esto manda que callen, porque, aunque la muerte de Saul era pública, la circunstancia de morir desesperado, y como Saul era Sacerdote, ó Cristo del Señor, no quiso David que se escandalizasen los contrarios al oír esto. Así entiende y comienza el texto Hugo Cardinal, para que aprendamos todos á sepultar los delitos de los Sacerdotes, aunque sean ciertos: y ¿qué será siendo fingidos?

REPARO III.

Si este libro Historia de F. Gerundio vulnera la autoridad de nuestro Rey Católico, y la de los Eclesiásticos superiores, induciendo el Tribunal de la Fé.

CUANDO llegué á este estrecho y apuro inevitable, en que me puso este libro, llegué á conocer la fragilidad de la humana condicion, que apenas toma con empeño y viveza algun asunto, sin que el calor del argumento encienda los espíritus, y destemple tanto cuanto los afectos. Así le sucedió á San Agustin; tomó con cristiano empeño las herejías de los paganos maniqueos, etc.; fué tanto el peso de su doctrina á la contraria sentencia, que pareció á muchos haber declinado notablemente á la parte contraria, en que igualmente hacia su peligro; pero que solo la Magestad de Cristo, en quien el destemple de Adan no pudo tener influjo, pudo tener tan en equilibrio sus afectos y pasiones, que no declinasen un punto á un lado más que á otro. Pero nosotros, que estamos sujetos á perder la rectitud de nuestras operaciones, cada instante vivimos expuestos á perderla. Doy que seas un San Agustin en lo sabio, y en lo santo; con todo eso no podrás impedir el que muchos ignorantes como yo hayan creído te dejaste llevar tanto del celo de remediar los desórdenes en el púlpito, que no reparases en el forzoso escollo de oponerte á la autoridad, y jurisdiccion superior de lo eclesiástico y secular; pues, al ver nuestros enemigos este defecto de los oradores españoles, y que no se toma contra

ellos otra alguna providencia , sino la de esta sátira para reir, dirán: ¿Dónde está el celo de los Prelados regulares, que los permiten, sin privarlos del oficio? ¿Dónde el católico esfuerzo del Monarca, que pudiendo desterrar de su reino esta abominacion, no lo ejecuta? ¿Dónde el de los Obispos? ¿Dónde el del Tribunal de la Fé, que no fulmina rayos? ¿Es posible que en los Prelados regulares, tanto más mirados y circunspectos, cuanto más religiosos, hayan de permitir á sus súbditos, que denigren el honor y fama de su Religion, con las torpezas que pone este libro, aunque fingidas? ¿Es posible que se halle en España, tan abominable la predicacion ó el abuso de los Predicadores, que no hayan tenido armas de luz los Prelados, los Seculares, Obispos y Arzobispos, para remediar este daño, dando lugar á que se impongan tan falsos testimonios á las religiones, como los que supone esta satírica *Historia de Fray Gerundio*, y que se den por satisfechos con solo este escandaloso arbitrio?

Digo más, ¿es posible que el Tribunal de la Fé, cuyo celo ardiente y religioso, está observando con suma vigilancia, cualquier exceso ó defecto en lo sagrado, fulminando censuras contra los despiques ó satisfacciones en los púlpitos, no haya podido remediar este delirio en los Predicadores, dando lugar, á que unos sugetos tan condecorados como los aprobantes, y tan celosos como el autor de la *Historia*, pongan en público una sátira tan denigrativa á las religiones, para hacerlas odiosas, atropellando las bulas pontificias? Si son verdaderos, como no lo remedian, y castigan á los delincuentes? ¿Tan incorregi-

bles son los españoles , por ventura, principalmente los regulares , que se hayan resistido á los mandatos del Santo Tribunal, para que los deje, y abandone por incorregibles? No por cierto. Luego, si la *Historia de Fray Gerundio* es verdadera, ¿en qué se detiene el Tribunal de la Santa Fé?

Pasemos adelante; ¿qué dirán los vecinos del cielo de nuestro Rey católico, que dá lugar á que en sus sátiras ofensivas, corran por toda España, y fuera de ella, los despropósitos de los Predicadores religiosos, como en esta *Historia* se suponen, y se fingen, sin valerse S. M. de tantos y tan poderosos medios, como tiene, para poder lícitamente, como patrono que es de todas las religiones, y defensor de la fé, cortar este abuso, si lo hay, y en caso de no haberlo, prohibir un libro tan injurioso á su Soberanía? ¿Temen acaso los Reyes de España á los regulares? No por cierto. Acaso todos los Frailes, ó algunos de ellos han desobedecido á las órdenes reales? ¿Acaso en España han hecho los Frailes algun desacato contra la Real Magestad? ¿Acaso le han sido infieles, ó han tumultuado los pueblos contra su Rey y Señor? ¿Acaso se ha escrito de ellos alguna relacion, de que intentaron, en algun tiempo, establecer alguna república en España, Europa ó en la América, para levantarse contra la Corona, en los dominios de España? Pues sino hay tal medio, y recelo ó sospecha de los Frailes españoles, ¿en qué se detiene el Rey de España, que no pone remedio? Vamos claros, amigo *Gerundiano*, que bien se conoce has querido ofender á las Religiones; pero has pasado más allá, ofendiendo al Soberano, al Tribunal de la Iglesia y

de la Fé. Si notaste algun defecto en los Frailes, ¿por qué no los delatas á quien debes? y sino lo notaste, ¿por qué con tanto escándalo lo finges? ¿No sabes que hay una *Ley Cornelia*, con graves penas para los que fabrican falsedades? Teme, pues, que te pueden dar con ella en los bigotes, si se enojan.

REPARO IV.

Si el haber algunos malos sermones en España, consiste solo en los predicadores.

ESTE último reparo nace de una cuestion, que con toda cautela y disimulo, toca el Padre Marquina en la referida *Cátedra de Retórica*, tom. I, cap 5; diciendo, no acaba de averiguar si la causa de predicarse tan malos sermones, es falta de oratoria, ó si de ciencia en los Predicadores, ó la sobra de ignorancia en los oyentes. Esta cuestion, que mueve al Padre Marquina, es el fundamento en que estriba el reparo aquí puesto. Pues decimos, que tienen mucha culpa los oyentes. No será razon echarla toda á los Predicadores; solo la principal causa de esta lástima, la conoció la Magestad de nuestro Rey D. Felipe V, (que Dios guarde); pues mandó venir á España los mejores sermones de Francia, para que sirviesen de norma á nuestros oradores. Pero pregunto, ¿quién gustaba de oir semejantes sermones, sino algun hombre docto, discreto y timorato? Yo fuí testigo de quien, valiéndose de este método, lo observó con toda puntualidad; pero tambien observé que no era oido con la aceptacion que merecia, y que gustaban

los oyentes de los sermones , que no entendian más que de los sermones que tanto iluminaban. Muchos ignorantes decian que eran sermones secos ; porque tenian pocos latines : otros decian , que aquello era hablar, pues no citaba muchos SS. PP., glosas y textos : otros finalmente, que no les costaba mucho trabajo ; pues no decia: *vaya otro realce*, como suelen decir otros Predicadores famosos, que son muy celebrados.

Si supiesen los oyentes , que los sermones de muchos latines , son peores que los que inútilmente gastan el tiempo en repetirlos , sin decir ni probar cosa alguna , ya los Predicadores sabios tendrian algun consuelo, si admitiesen que el citar autoridades y glosas , cuando la razon natural , y la Sagrada Escritura no los necesitan, ya podríamos echar la culpa toda á los Predicadores , si advirtiesen que es de necios, ignorantes , el decir, *vaya otro realce*; y más, sin sacar otra cosa ni proposicion ó confirmacion, sino con otro texto sinónimo, yo disculparia á los oyentes. Pero si nada de esto saben, y solo aplauden, porque no lo entienden, ¿por qué hemos de culpar solo á los oradores, y no á la necedad de los que oyen?

Vaya este cuento. Llegaron el alcalde y mayores de cierta villa á un convento de Frailes de San Francisco, á encargar un sermon; pero con la condicion de que le habia de predicar el Padre Fray N. El Padre Guardian, que conocia no poder desempeñar el encargo Fray N. dijo: «Este Padre no puede ir ; yo « procuraré enviar á Vds. un buen orador. Eso no (*di-
« jeron ellos*); ó ha de predicar este Padre que pedi-
« mos ó ninguno de esta casa ; y cuidado , que sino

« nos concede V. este favor , no tiene que enviar
« Fraile alguno á esta villa, á pedir limosna ; porque
« se vendrán sin ella. » Viéndose el Prelado amagado
de esta censura, y excomunion, que le apartaba de
los bienes temporales y del doblon de á ocho, que le
valia el sermon, se vió precisado á condescender con
la súplica. Dióles el sí; pero luego les preguntó, ¿por
qué motivo habian elegido al Padre Fray N. habiendo
en casa otros más hábiles? A lo cual respondieron:
« En que nos ha dicho un Lego de este Convento,
« que el Padre Fray N. es el mejor Predicador de to-
« dos, porque predica en cadencia; y con efecto sa-
« bemos, que el año pasado predicó en Villaverde, y
« dejó nombre para siempre; pues nadie sino él citó
« al Tio del Santísimo Sacramento, cosa que jamás ha-
« bian oido los nacidos, ni aun el señor Cura; sobre
« la cual tuvieron los dos una gran pelotera; porque
« el señor Cura, que no es rana, negaba todo lo que
« decia el Padre; y el Padre sacó un libro de molde,
« en que convenció al señor Cura. Llamaron al escri-
« bano y al maestro de niños, y hallaron que era
« cierto lo que dijo P. N. á excepcion de una letra,
« que debia ser R, y era T. Ya tengo noticia de ese
« lance (*dijo el Padre Guardian*), y fué que el Padre
« Fray N. dijo, que habia predicado la fiesta del San-
« tísimo Sacramento, escrita por Fray *Lorenzo Surio*:
« pero, como en lugar de la R, estaba una T, dijo
« escrita por Fray *Lorenzo Sulio*. Es verdad, Pa-
« dre N. así fué, de modo que el señor Cura lo ne-
« gaba todo, y el Padre Fray N. salió con la suya, sin
« faltar más que una letra, y esta por yerro de im-
« prenta. »

Siendo pues tan crasa la ignorancia de los que forman los auditorios, ¿por qué razon se ha de culpar á los predicadores, y no se ha de reprender la grosería de los oyentes, que elijen á los peores, y desprecian á los mejores? Este es idiotismo; y no solo está radicado en las aldeas y chozas, no solo en los pueblos rústicos mal limados, sino en las grandes villas, en ciudades y en las más lucidas córtes. También se sienta en una alfombra como en una estera: tambien, tan mal quiero decir, se cubre con una peluca blanca, se adorna con camisola, vueltas y baston, como con una montera, un gavanato y cayado, rodando en coches, como la mala fortuna por las calles, plazas y oficinas. ¿Cuántas personas hay, que solo gustan de los sermones en que solo suenan palabras huecas, que nada significan? ¿Cuántos, que solo aprueban los que llevan por epígrafe el título de una comedia? ¿Cuántos los que llaman *cadencia* al más bárbaro romance de ciego, compuesto de piés de coplas, que es la mayor monstruosidad de la oratoria? ¿No estamos viendo sermones impresos, que comienzan: «La dama de San Elías mirándose al tocador con el más precioso adorno, la Santa de los Consejos, el Consejo de las santas, que, en sentir de Tertuliano, etc.?» ¿No estamos viendo, que los aprobantes tributan elogios dignos de la mayor elocuencia á esta monstruosa é intolerable algaravía? Pues si esto hacen los aprobantes, ¿qué quieres que hagan los demás oyentes? Habiendo un orador predicado en una villa el sermón de 40 horas, trasladado del padre Vieira, dijo uno de los mayordomos: «No tiene el padre predicador mucha trastienda; pues

« ni él ha citado la teología, ni las escuelas, ni ha
« dicho cosa alguna de los mayordomos; y sobre todo
« ha predicado un sermón tan bajo, que cualquiera
« niño lo puede entender.» Con este grado fueron á
comer; y el religioso predicador se aplicó al plato
del cordero asado, de modo que el mayordomo cen-
sor, dijo á otros: « Si como el padre sabe comer cor-
« dero, supiera predicar, no hubiera mejor predica-
« dor en el mundo. *El otro respondió.* « No lo extra-
« ñes, porque ha predicado hoy, y tiene que predicar
« mañana, y no ignoras, que aún las caballerías ne-
« cesitan comer más cuando trabajan, que cuando
« huelgan. *A esto respondió el mayordomo:* pues de
« esa suerte, si el padre tiene que predicar maña-
« na, echarle tres piensos esta noche.» ¿Cómo que-
daria el padre de la compañía, al oír esta brutal-
idad? ¿Culparia acaso á los predicadores? Pues si
estamos viendo todos los días en esta corte de Ma-
drid, que cuando predica un *Fray Gerundio* ó *Fray*
Blas, no cabe la gente en la iglesia, los coches en
las plazuelas, ni las sillas en los átrios y pórticos de
los templos: y cuando predica un *Oliva*, un *Nauni*,
un *Lanuza*, todos huyen y blasfeman. ¿Quién tendrá
la culpa? Si estamos viendo, que aquellos *Fr. Ge-*
rundios son convidados, rogados ó admitidos á pre-
dicar en las funciones más clásicas, en los auditorios
más respetuosos, como son la villa de Madrid, y los
Consejos de S. M. y supremos tribunales, sin que se
les castigue, ni prive de oficio, ántes sí son elogiados
y aplaudidos de los ignorantes, y aplaudidos como
ellos; ¿qué quieren que hagan los sabios oradores
(á no ser muy santos), sino tomarse este mismo rum-

bo de honra y provecho, como *Fray Blas*, para pasar su pobre vida?

Si los legos de las religiones, y los zapateros, y sacristanes de los lugares y aldeas, son los que califican y aprueban los sermones, ¿para qué se ha de culpar á los oradores y no á los oyentes? Si nuestros auditorios fuesen como los de Alemania, Italia ó Francia, donde se estudia la retórica con más desvelo que en España, habria más oyentes que pudieran conocer los que eran buenos y malos oradores: pero aquí se ha olvidado la retórica, y hay pocos que la sepan; creciendo la ignorancia, de modo, que se graduan por mejores, los que no se entienden. ¿Qué quieren que suceda? Por eso digo, que el arbitrio que tomó en Francia el obispo de Nismes, no hace fuerza en nuestra España, para avergonzar á los oidores; porque, como aquí hay pocos, que entiendan de oratoria, se ocasionaria mayor escándalo, pues llamarian *Gerundios* á los buenos predicadores, y *Salomones* á los malos.

Si la ignorancia de muchos españoles se humillase á callar y estar á lo que dicen los que lo entienden, fuera menor daño; pero si se meten á censores los que no saben, ¿qué remedio habrá? Si supieren todos, que los sermones mejores son aquellos de los que sacan cosas mejores, esto es, más ciencia, doctrina, luz y propósitos; ya seria consuelo para los oradores; pero si solo se gusta de los oradores, que no se entienden, ¿qué haremos con satirizar á los oradores? Dirá un ignorante, *¡qué bien ha predicado el padre!* Y si le preguntas, ¿qué ha dicho el predicador, ó ha sacado del sermón? Di-

rá, que no se acuerda, ó que no lo ha percibido. Pues, ¿cómo aplaudes lo que no entiendes ni percibes? Porque esta es la ignorancia de los españoles.

Otros muchos reparos se me ofrecen; pero como los más principales de donde nacen, son los que van propuestos, dejo á tu comprension las consecuencias que pueden producir. Tú eres conocido en España, por tu grande ingenio, por tu aplicacion y estudio, por tu predicacion ferviente, de que aún dura la memoria en Aragon y Navarra, y sentiré que pierdas muchos grados de estimacion y aprecio con esta *Historia*.

Finalmente, quiero advertirte, que la voz comun, y fama pública de toda esta corte, está clamando y diciendo, que no tienes otro asunto, más que tirar á los frailes; y, aunque no lo hayas ejecutado con este fin, nadie está libre de no poder contentar á todos. Con que es forzoso, que te expongas á los sangrientos tiros de los que se declaran lastimados de tu pluma, que son muchos, poderosos y científicos; á los cuales no se ocultan las humanas providencias, ni las enfermedades de que adolece la república. Y así, enterados de tus faltas, y de las mias, nos pueden hacer un gran tiro, si no los tenemos gratos. Siempre nuestros ojos abultan los defectos ajenos, y minoran los propios, aunque estos sean graves, y aquellos leves; por lo cual debemos mirar, que no nos engañen, ó que cuando nos determinemos á herir á otros, nos fabriquemos acaso armas, con que nos abran mucha mayor herida.

Habiendo oido en Alcalá de Henares un sermon predicado á San Félix de Cantalicio, que se nombra

Arcediano de los capuchinos, dieron los religiosos de otra religion, en llamar *asnos* á los legos capuchinos, supóngola confianza religiosa. Ofrecióseles un viaje á dos padres maestros; y caminando con sus mulas arrogantes encontraron á dos pobrecitos frailes franciscos, que apenas podian dar paso de cansados. Preguntáronlos los dichos maestros: *¿Dónde van los asnos?* Uno de los referidos respondió: *Los asnos van encima de esas mulas*. Considera, amigo, como quedarías tú, metiéndote con Frailes, que se declaran heridos contra tus sátiras; pues apenas hay entre ellos, quien ignore de qué pié cojeas. Ellos estudian mucho, porque como tienen abundantes librerías, sin que les cueste ochavo, se ejercitan continuamente en saber lo que no pueden los clérigos, que se contentan con comprar un *Larraga*, un *Corella*, una *Suma de Machado*, ó de *Torrecilla*, por estar en romance; y con estos libros solos, sin haber visto Biblias en latin, ni concordancias en romance, predicán y citan textos, esperando ser obispo..... Buena vá la danza.

Guárdate de los Frailes, vuelvo á decirte; pues acaso cuando estés más descuidado, experimentarás los rigores de sus quejas, que pueden clamar al Tribunal de la Fé, á la justificacion del Monarca y á la Sede Apostólica. Dios nos libre, que haya junta de comunidades, como lo temo; porque oirás lo que no quieras. Doy que haya algun Fraile de reprension en el punto, que previenes; doite que haya un Fray Blas, que por asegurar un poco de tabaco y chocolate, cometa iguales disparos; pero si se pesan estos excesos con los que otros ejecutan, apenas se pudieran llamar excesos.

Vaya de cuento: Aquel mismo frailecito, que respondió tan agudo á los dos maestros, se vió tan combatido de las nieves en su dilatado viaje, que apenas podia vencer la inclemencia del temporal. Érale forzoso llegar en el día á una villa, que distaba una legua; y teniendo el hermano á temeridad, que saliese de su casa con tan áspera estacion, le instó, el que á lo ménos se pusiese unas polainas por defensa: pero como las instancias fueron tan récias como la necesidad, las admitió, y llegó con ellas á la villa. No es decible el escrúpulo que formó sobre las polainas, pues toda aquella noche no pudo sosegar; y como si se hubiese puesto las polainas sobre la cabeça, se la fatigaron con imponderable peso. Fué por la mañana á la iglesia á buscar un confesor; y hallando á uno, le pidió se dignase de reconciliarle. El confesor le dijo: « Si padre; pero confiéseme V. á mí primero. » Aquí creció el dolor del frailecito, sin que valiesen las imbecencias de su escrúpulo con polainas. Hizo muchos actos de contricion, y se sentó en el confesionario. Comenzó el otro su confesion, diciendo tantos y tan abultados defectos, que asombrado el frailecito, decia interiormente; *¿es posible, que, á vista de esto, hiciese yo escrúpulo de mis polainas?* Proseguia el otro, echando otro golpe mayor de culpas, y repetia el frailecito; *aléngome á mis polainas.* De modo que, á vista de las culpas del otro, se le quitó el escrúpulo. Atiende bien, amigo Gerundiano, que puede ser, echen en cara algunos defectos, que digan los Frailes con Fray Blas; *aléngome á mis polainas.* Este, amigo, es el fin del libro primero, en que tratamos de los reparos: Veremos las llagas de tu segundo libro, y aplicaremos á todos los remedios.

DIÁLOGO

ENTRE EL CURA DEL ZÁNGANO Y EL GUARDIAN DE LORIANA, DE LA
MÁS ESTRECHA OBSERVANCIA DE SAN FRANCISCO SOBRE
FRAY GERUNDO DE CAMPAZAS ALIAS ZOTES.



DEFENSA del Padre ISLA, refutando las impugnaciones
del Carmelita Descalzo FRAY AMADOR DE LA VERDAD,
y Padre de las BARBAS-LARGAS.

CURA. *Benedicite*, Padre Guardian. Dichosos los ojos que vén á V. Reverendísima después del entre-dicho de 30 dias, que puso mi ausencia á la corte, á nuestras pláticas familiares.

GUARDIAN. Sea V. muy bien venido, señor cura, y Dios le perdone el cuidado, en que me ha tenido, y la falta que me ha hecho, especialmente en estos dias, que estoy reventando por comunicarle algunas cosas, que son de la mayor importancia á la Iglesia católica y á nuestra Religion.

CURA. ¿Qué me dice V. Reverendísima? ¿Son acaso las repetidas victorias, que ha conseguido el Rey de Prusia en los paises de Alemania?

GUARDIAN. Peor que eso.

CURA. ¿Se ha suscitado algun nuevo Heresiarca, ó se ha reproducido alguna de las antiguas herejías,

que celebramos extinguidas y subyugadas á impulsos del celo y de la razon?

GUARDIAN. No es eso, ni es otro, señor cura.

CURA. ¿Pues qué es, padre Guardian? Sáqueme V. Reverendísima de este susto; que juro á Dios, que aunque soy un pobre cura del Zangano, no cedo á un Patriarca el amor y reverencia de nuestra Santa Iglesia; y creo, como el que más, todo cuanto nos propone, y nuestra Religion nos enseña.

GUARDIAN. Pues sepa V. señor cura, (¡con qué dolor lo digo!) que se ha declarado guerra contra las sagradas religiones.

CURA. ¡Zape! eso es muy malo; las sagradas religiones son firmes columnas de la Iglesia, la ilustran con sus virtudes, la fortalecen con sus ejemplos, la defienden con sus escritos. Hay grandísimas censuras contra los insultadores, y justas penas canónicas contra los atrevidos. Pero, dígame V. Reverendísima, por amor de Dios, quiénes son los temerarios que han hecho esta declaracion, y se han atrevido á tan atroz insulto, que por el hábito de mi Padre San Pedro.....

GUARDIAN. Tenga V. señor cura, y guarde ese celoso ardimiento, para cuando lea las insolencias, chocarrerías, blasfemias prácticas, herejías pálidas, que se contienen en este, no libro, sino libelo infamatorio, que tengo sobre esta mesa; al cual ya hubiera quemado, si no fuera por dar á V. alguna parte de la gloria, que me puede resultar de este sacrificio.

CURA. Manos á la obra, Padre Guardian; ¿pero cómo se intitula, y qué autor tiene ese libro, que no me atrevo á tocar, temiendo su contagio?

GUARDIAN. Esta infame obra se intitula *Fray Gerundio de Campazas*; su autor viene en testa serrea con nombre de un tal *Lobon*, beneficiado de no sé donde; pero el verdadero Padre de este mónstruo es un *Padre Isla* de la Compañía de Jesús, y sin duda, es descendiente del mal ladron, ó de Judas, que tambien fueron de la Compañía de Cristo: si no es acaso algun demonio en figura de Teatino, que tal cisma ha introducido en nuestro reino, con grave perjuicio de las almas.

CURA. Acabaremos, padre nuestro, Dios sea bendito, que me ha sacado V. Reverendísima del gran susto en que me habia puesto con sus excesivas y disparatadas exclamaciones: y ya se me está asomando la risa por todas las porosidades. Yo creia que se habia resfriado la caridad de los fieles, y no concurrían con sus limosnas y con sus legados, poniendo el sitio por hambre, que esta era una guerra muy grave; que se habian muerto de lobado muchos de los conventos; ó que la peste ó la roña habia consumido las obrigadas de carneros, que se mantienen á expensas de la piedad, para sustento de los religiosos; providencia muy útil y necesaria: pero ¡*Fray Gerundio!* ¡pero *Fray Gerundio!* ¿qué perjuicio trae á las religiones, á Dios, ni á su Santa Iglesia? Sepa V. Reverendísima que le leí varias veces en la córte, y por vida de mi padre, que no encontré en él otra cosa que una inventiva discretísima y salada contra el mal abuso de predicar: y aunque es verdad, que se escandalizaron muchos religiosos de ínfima nota, y hubo una horrible fermentacion entre los mosqueteros por ignorancia, y entre algunos de

alto coturno; por envidia, ó por malicia (tambien se escandalizaron los fariseos de los milagros de nuestro Redentor), creo que todos estos vanos esfuerzos no servirán de otra cosa, que de acrisolar la obra.

GUARDIAN. Atónito y admirado me ha dejado V. señor cura, con el juicio que ha formado de una obra que merece el mismo castigo que las de Calvino y Lutero. Dígame V. por vida suya, ¿es inventiva discreta y salada contra el abuso del púlpito, un libro denigrativo de nuestros elocuentes predicadores, de los PP. conscriptos de la oratoria cristiana, que pretende con todo esfuerzo hacer ridícula la palabra de Dios y los órganos del Espíritu Santo? Voto á tal, que si no tuviera este santo hábito, nos habian de oir los sordos, y ya que atropella insolente á todas las religiones, ¿por qué no echa una ojeada hácia la suya, dónde encontrará abundante cosecha su mordacidad y maledicencia, y no venirse á turbar una posesion inveterada por algunos siglos? No creyera yo, señor cura, que fuese V. hombre de tanto candor y de tan mal gusto; pero en fin, es V. cura del Zángano, y basta.

CURA. Vamos con tiento, Padre Reverendísimo, que se me va subiendo la mostaza á las narices; y si se me amontona el juicio, habrá la de mazagatos. ¿Quién le ha dicho á V. Reverendísima, que por ser cura del Zángano, no seré capaz de defender lo que he propuesto? Estos hombres de capucho juzgan que todos son ignorantes, sino ellos. Por vida de *Fray Gerundio*, que estaba tentado á descubrir, á qué se reduce la ciencia Frailesca en los más, á excepcion

de muy pocos, á quienes un natural gusto ha separado de la senda ordinaria; pero agradézcame, Padre Guardian, mi moderacion, y vamos por partes, mi R. Padre. Dígame V. Paternidad así Dios le guarde para lustre de su religion, ¿en qué parte de *Gerundio* se contienen tan escandalosas proposiciones? Yo, con tener la vista bien perspicaz y haberle leído con más cuidado que otros (me importaba más que á otros hacerlo), no las encuentro.

GUARDIAN. ¡Ah, señor cura, señor cura, que bien que se conoce, que está V. preocupado de ante mano á favor de *Fray Gerundio*! Pues, en Dios y en conciencia, le parece á V. niñería sacar al público los defectos de los predicadores, si es que los que llama defectos, lo son, que yo no lo creo, ni me lo harán creer; cuantos aran y caban, y sacarlos con un modo irrisorio, y truanesco en un idioma, que lo entiendan todos, y figurarse un Frailecito para objeto de la risa, y escarnio de todo el mundo, que mirando de perfil, me dan mis barruntos, que es de mi religion, que hasta ahí podia llegar la desvergüenza. Por la madre que me parió.....

CURA. Embaine Vd., señor Carranza, que todo cuanto ha dicho V. Reverendísima es un despropósito, hijo de la cólera que lo domina. Sosiéguese V. Reverendísima, y mire á este Frailecito á mejor luz; y yo salgo por fiador de que no encuentre Religion determinada, aunque lo pueda acomodar á todas. Pero lo que más me admira, es que se espirite tanto V. Reverendísima con solo la sospecha lijera de que sea de su orden, cuando todos los dias nos cuenta duendes, vestidos de Frailes de su Religion, y

no le altera poco ni mucho. ¿Pues ahora es mejor ser duende que ser *Gerundio*? Sepa V. Reverendísima que ese Fraile, no es de ninguna Religion y es de todas; porque en todas hay *Gerundios*, y los habrá si esta obra no los desarraiga. La gran circunspeccion del autor lo pinta vario, por no ofender á ninguna, que las venera con profundo respeto; y esto basta en este particular y pasemos á examinar, quiénes son estos insignes Predicadores, á quien denigra. ¿Son, por ventura, otra cosa que unos mozalvetes casquilucios, cuyo mal gusto ha corrompido el idioma con un estilo hermafrodita, entre altisonante y zarrapastroso, y la Sagrada Escritura con la mala inteligencia y peor aplicacion de los textos, en grave perjuicio de la salud espiritual de los prójimos, por más que lo lamentan los hombres grandes, doctos y juiciosos, de que cualquiera Comunidad abunda? Pues siendo esto así, ¿por qué se ha de tener indulgencia con unos entes ridículos y perniciosos, que son gangrena de un cuerpo respetable y religioso? ¿A V. Paternidad le parece en su conciencia que esto se debe tolerar? Ya lo que su Paternidad dice, que podía echar una ojeada hácia su Religion, donde hallaria abundante cosecha; déla V. Reverendísima por echada, pues él busca los *Gerundios*, y los ataca donde quiera que los encuentra: pero tengo mis recelos, de que es este cuerpo más estéril que el de otras religiones. Prosigue V. Paternidad con que semejante medicina, en caso de ser conveniente, no se debía aplicar en el idioma nativo, sino en latin; pues esto bastaba para el remedio, sin que anduviese el crédito de las religiones en boca de todo ignorante, que

leyese el libro. Mire V. Paternidad como soy hijo de Dios, que le voy á decir la verdad de lo que siento en esta materia. ¿No es cierto el abuso del púlpito por muchos Predicadores? Es tan evidente, que nadie lo puede negar, y los mayores enemigos del *Gerundio* lo confiesan; y aunque no lo confesaran, importaba un bledo; pues yo he visto algunas veces, de que pudiera producir varios ejemplos. Sin embargo de que en mi Iglesia del zángano, no se predica más sermon que el del Patron, como V. Paternidad no ignora, y llega su limosna á 8 reales y un par de conejos, ni mis feligreses tienen más pasto de esta especie, que algunas pláticas doctrinales, que yo les hago; y esto no obstante, los tengo tan gordos y rollizos, que es una bendicion de Dios. Vamos adelante. ¿No se solicita el remedio por medio del temor, que este libro infundirá al Predicador de verse reputado por *Gerundio*? Es constante. Luego era preciso que saliera en castellano, porque en latin, además de que los censores no lo comprarán, ó por la mayor parte no lo entendieran, corria gran riesgo que á los mismos Predicadores de quien hablamos, les sucediese lo propio; y cata aquí una medicina muy eficaz sin aplicacion, y una enfermedad sin remedio. Que se hagan públicos en los púlpitos, y los delitos públicos se deben corregir públicamente.

GUARDIAN. Bien se conoce, señor Cura, que no ha visto V. ciertas cartas volantes, que han salido, y ponen al actor de una casea y dos pelambres. Ruego á V. las vea, que aquí las tengo tambien, y verá como muda de dictámen; porque plenamente convencen sus razones.

CURA. Fácilmente se cree aquello que con ánsia se desea, P. Reverendísimo. Las cartas he visto, las he leído, y en materia de impostura, descoco y desvergüenza, no hay más que ver; y de las dos que he visto, no sé cuál se aventaja á cuál. Es verdad que para semejantes producciones, más es menester relajacion que ingenio; y en perdiendo el temor á Dios y la vergüenza al mundo, se pueden componer muchas obras de ese jaez. Y sino dígame V. Reverendísima ¿las ha leído ó lo sabe por relacion? Hablemos amigablemente, sin dar lugar á que la cólera nos descomponga las molleras.

GUARDIAN. Cuando dejo sentado que las tengo encima de esta mesa, es consecuente haberlas leído, por más señas que son exquisitamente buenas, y que lo hieren en lo más vivo, y que no volverá en adelante el nuevo reformador de la oratoria cristiana, á respirar en este asunto.

CURA. ¡Oh! ¡válgame Dios, y qué mal asentado tiene V. Reverendísima el gusto! Y sino, vamos á cuentas: La primera carta, que supone ser su autor *Fray Amador de la Verdad*, y no la supo decir nunca, asienta, dió al Padre Isla repetidas repasatas, sobre lo que allí insinua, y que á lo menos le dejó escarmentado, sino enteramente instruido. Apuradamente sucedió á presencia mia este lancecito, y el tal *Fray Amador*, á cuatro palabrillas, que sin cuidado alguno produjo el autor de *Fray Gerundio*, quedó pegado junto á la mesa, porque fué sobre comida. Esto pudiera justificarlo ahora mismo con otros tres Sacerdotes, y cuatro seglares de suposicion; pero sobre no importar un rábano, porque el

Padre *Isla* tiene acreditada su capacidad y literatura, sacamos en consecuencia que el Padre *Fray Amador* solo vertió aquella especie, por ostentar el talento, que le falta; pues no venia á pelo á la impugnacion, que pretende hacer tan al Padre *Isla*.

GUARDIAN. El diantre es V., señor Cura, por los hábitos de mi Padre San Francisco, que me doy por un zopenco, y me corro de no haber advertido lo mismo que V. ha notado; y estoy casi por darle todo crédito y valor al *Gerundio*, y á su autor, y quemar las tales cartas, especialmente la del Padre *Barbillas*; pues ni aquel año se predicó tal sermón en Medina, ni nunca se ha celebrado allí con octava, ni sin ella, la fiesta de San Agustín. Haya mal Barbon; ¿y qué testimonio ha levantado al Padre *Isla*? Ya no tengo que preguntar, ni aun que dudar, si serán lo mismo los otros dos; porque sobre ser yo en esto verdadero testigo, creo firmísimamente que los otros dos sermones tendrán la misma verdad. Mas no me ha de negar V. que la oposicion que tiene la de la Compañía de Jesús, á casi todas las demás religiones, la tiene bien ponderada el compadre Barbon, con el añedijo del V. Palafox, para los Carmelitas Descalzos.

CURA. Téngase V. Reverendísima, Padre Guardian, que es punto ese muy delicado, y en que háy mucho que nos puede decir; y se conoce muy bien, que V. Paternidad no está impuesto en los Autos. Yo he leído algunos originales sobre el asunto, y no importa que V. Reverendísima lo ignore; pero de paso procuraré saber lo que en la Puebla y en toda su diócesis hizo, pretendió contra la Compañía; porque es-

ta defendia sus privilegios. El memorial que contra esta dió al Papa, y las dos cartas contradictorias, una al Papa, y otra al General de la Compañía, que sin sacudir la pluma escribió en Osma; y visto esto, hablaremos sobre el asunto. Lo cierto es, que la Compañía no tiene tal oposicion, ni oido, digo ódio, ni envidia: pues esta Religion nada tiene que envidiar á las otras. No obstante de que son un modelo de perfeccion cristiana, todas noticias escandalosas, con que viste su Carta el *Padre de las Barbas-largas*, son voluntarias é infundamentales la de los Domínicos, de que San Pio V quiso reformar la Compañía, es tan exótica y desatino, tan descomunal, que el más ignorante conocerá la malicia con que se profiere. Esto, en cuanto á la reforma, con nota de relajacion antecedente; pues ¿cómo es posible que una Religion que en el presente siglo es un dechado de perfeccion religiosa, necesite en su cuna de un remedio tan violento, teniendo á la vista de los grandes ejemplos de su santo fundador, de un Javier y de un Borja? V. Paternidad ha oído algo sobre el asunto: pero como está en desierto, y todo entregado á la contemplacion, no se enteró bien de la verdad, que hay en la materia. Yo, que soy un Cura muy desocupado, pues no llega mi rebaño á 30 ovejas, y esas roñosas, ni pruebo más oracion que la que digo para prepararme y dar gracias en la Misa, y por otra parte un tonto, cuanto pregunten le diré por caridad, lo que se puede decir en este caso, callando mucho, y que no se puede decir, ni á V. Reverendísima le importa saberlo. La Compañía, mi P. Reverendísimo, no solo fué combatida, sino que pretendió aniquilarla en

mantillas un sugeto doctísimo de cierta Religion, y para esto se valió de todos los medios, que puede santa y devotamente del Gerundio. Esto sentado ¿no vé V. Reverendísima con qué gracia objeta la obra? ¿No vé qué razones tan convincentes produce? Mofa, escarnio, palabras escandalosas, sátiras é imposturas, es lo que vierte; y sino en la hipótesis, que hubiese errado enormemente el Padre Isla, y hubiese ultrajado indignamente á las sagradas Religiones con su Gerundio, pregunto: ¿el Padre Isla es más que un individuo de la Compañía de Jesús? Ya se vé que; ¿pues por qué esta sagrada Religion ha de ser el blanco de las iras, que se ha merecido el Padre Isla? ¿Es lícito en ningun caso envolver en la pena de un delito, igualmente al inocente que al culpado? ¿Pues á qué viene el Paraguay, Portugal y Francia, sino para huir la dificultad millares de leguas? ¿A qué vienen todas aquellas mal sonantes, atrevidas, insolentes voces, con que en repetidos paréntesis hiere la estimacion y crédito del Padre Isla, y pierde el respeto y la veneracion (que es lo más notable), que merece su sagrada Religion? Yo aseguro al Padre *Fray Amador* que no estoy léjos de ir á buscarlo á su misma celda, y juntando en ella á su Prelado y otros Padres graves, hacerle retractar de cuanto allí atrevidamente produjo; y esto no por obediencia, sino á la corta costa de un argumentillo, que le ponga; pero no hay que cansarnos, Padre nuestro, que esto es en buen romance, cantar la palinodia en tono de taberna.

GUARDIAN. Confieso á V., señor Cura, que me hace fuerza el casillo de conciencia; porque ya se vé, insulta al Colegio Apostólico, porque hubo un Ju-

das que vendió, un Pedro que negó, y un Tomás que dudó, no me quedaria muy tranquilo el espíritu. Pero habrá V. de confesar, que el modo con que ataca al Padre Isla, el Padre de las *Barbas-largas*, (de quien es la segunda Carta) poniéndole á su vista, y paciencia las hereticas y escandalosas proposiciones, que vertió en sus tres sermones en Salamanca, á la purificacion de Nuestra Señora, en Valladolid, á San Francisco de Borja, y en Medina del Campo á San Agustín; y esto citándole no solo el año, y el dia de cada uno, sino asentando, tiene en Madrid hasta seis sujetos, que los presenciaron: no deja de hacer al Padre Isla mas *Gerundio* que su *Gerundio*.

CURA. ¡Válgame Dios, P. Reverendísimo, qué creederas tan anchísimas tiene V. Reverendísima! ¿Con qué, segun eso, cree lo que el Padre Barbón dice? Pues para prueba de que miente, y se lo diré en sus propias barbas, y de que toda su carta no es otra cosa, que una máquina de embrollos, sin la más mínima parte de verdad; dígame V. Reverendísima, ¿respecto de qué es natural de la misma villa de Medina del Campo, qué tiempo hace falta de ella?

GUARDIAN. Todo el año de 56, y parte del 57, estuve asistiendo á mi madre en su enfermedad (que ya he contado á V. cual fué, y que de ella murió).

CURA. Pues para que vea V. Reverendísima como dispone Dios las cosas para desempeño de los hombres, que no leyó, ni releyó como debia las Cartas; en la del Padre Barbazas se presupuso, que puntualmente en el año de 56 predicó el Padre Isla un Panegirico á San Agustín, el dia 6 de su octava: luego es regular que V. Reverendísima se hallase en él y notase la

proposicion, que el Barbon acomoda seguir la envidia y la malicia, hasta hacer á sus hijos sospechosos en la fé; pero este cuerpo, que de su nacimiento resplandeció gigante en virtud y en letras, eludió todas las asechanzas de este grande hombre, con la paciencia y la conformidad en la voluntad de Dios; y no extrañe V. Reverendísima hiciese esto con la Compañía, quien no perdonó á sus mismos hermanos, hasta dar en la Inquisicion de Roma, con uno de los más doctos de su Religion, y por su dignidad el más condecorado. Si estas persecuciones las movió este doctísimo varon por celo ó por envidia, no me toca á mí averiguarlo, que aunque soy un pobre Cura, tengo un alma como un Pontífice, y no quiero infernarla por cuanto tiene el mundo. Vamos adelante, Padre nuestro, y dígame por su vida, qué le ha parecido aquel honorífico, y nunca bastantemente celebrado elogio, que hace la Compañía el autor de mi *Señora Dama Monita*, obra que consta de dos sonetos, y explica en ellos que la aversion que la Compañía tiene á las demás Religiones, nace de que estas no quieren concurrir á la destruccion de la Iglesia santa, á que ellos aspiran continuamente. ¿Ha visto V. Reverendísima caridad más refinada? ¡Ah, guapo esto sí que es saber á fondo todos los modos del insulto, de la maledicencia y de la impiedad! Esto sí que es incurrir de medio á medio en las censuras y penas justísimamente impuestas por la Iglesia contra semejantes monstruosidades: pero esto no obstante se le perdona la gracia, la desvergüenza, como de buena fé confiese estar concluido. ¿Con qué pretende destruir la Iglesia una Religion, que inspiró Dios al grande

Ignacio, para resistir á las herejías de su tiempo, como en otro inspiró al grande Guzman la suya contra los Albigeneses? ¿Con qué pretende la destruccion de la Iglesia una Religion, que desde que nació la defiende con sus escritos tan acérrimamente, y la adorna con sus virtudes y ejemplos? ¿Con qué favorece á los herejes, la que los bate con brecha, sin cesar, por lo que se ha grangeado un odio irrevocable de estos mismos, á quién patrocina? ¿Con qué procura destruir la Santa Iglesia, quien por medio de sus insignes hijos ha ilustrado al mundo, y sin cesar lo ilustra con el Santo Evangelio, á costa de cansancios, hambres, desnudeces, desamparo y muerte? ¿Con qué favorece á los herejes una Religion, de la cual uno de los más pertinaces y doctos (Francisco Bacon de Verulamio) se lamenta por el grande apoyo, que tiene la Iglesia católica en la sabiduría de sus hijos? Vive Dios que merecia el autor de *Dama Monita*, que es el mismo Padre Barbillas, á quien más de una vez le he quitado yo en el *ergó*, y me tiene, *digo* teme como á un lobarabioso, que.....

GUARDIAN. Sosiéguese V., señor Cura, que en este particular, soy de su mismo dictámen; y si conociera al tal Padre de las *Barbas-largas*, se las habia de pelar á cañon, para que otra vez no ensartara voluntariamente tanta tropa de enredos y faramallas, y quizá de proposiciones escandalosas y temerarias; y he de merecer á V. me diga para *inter nos* en otra ocasion, quién es este Padre *Barbazas*, porque ya nos tocan á refectorio, y necesito estar á la frente de mis súbditos, despidiéndome de V. hasta la tarde.

CURA. Me conformo, Padre Guardian, y le doy

palabra de decirle, quién es el tal Barbón; pero si prosiguiesen nuestras pláticas, suplico á V. Reverendísima temple un poco el estilo, porque yo soy muy sufrido, y sentiré que estas disputas alteren la buena armonía que debe reinar entre vecinos.

GUARDIAN. Bien pudiera V. quedarse á comer conmigo.

CURA. Lo estimo, Padre Guardian, hasta la tarde.

GUARDIAN. ¿Con que sobre quién es el Padre de las *Barbas-largas*?

CURA. Y aún he de haber dos Cartas tuyas, escritas al Padre Isla, y son originales, que por rara casualidad, me pude hacer con ellas, donde pide dictámen á dicho Padre para salir bien de unas dos ó tres herejías, que vertió en un sermón, por lo cual lo delataron, y por mediacion y compostura del Padre Isla, no le perdieron.

GUARDIAN. ¡Jesús! ¡y qué gran gusto me dará V., señor Cura!

CURA. Y más, que tengo el Sermón tambien, que en la primera Carta incluyó al citado Jesuita.

GUARDIAN. Pues cuidado en volver temprano.

CURA. No me descuidaré; hasta después.

EL CIRCUNLOQUIO

DEL PADRE JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

*Prólogo á la obra, y advertencia á los leyentes.*

SACO á luz esta obrilla en figura de folleto, por muchas y buenas razones, que iré zurciendo. 1.^a Porque no quede desconocida y en tinieblas. 2.^a Para divertirme yo, y dar en que pensar á otros. 3.^a Porque como todos hablan, y muchos escriben sobre la obra del campanudo Fray Gerundio, seria singularizarme entre todos si callase, y me expondría á ser tenido en ménos que algunos, si no escribiese. Escribo mejor que algunos, y hablo como todos, y esto basta si ya no sobra. 4.^a Para enseñar á suspender su juicio (nota la frase) á los que no le tienen; y á los que le tienen á formar el juicio, que deben: y á los unos y á los otros, y á todo el mundo, el juicio, que yo hago, y el que la obra merece. 5.^a Para que el autor no tema: (no es de esos) el libro no se estanque (no hay peligro); y el impresor no se pierda (ya no es posible.) Y si más quieren, para que el parcial se contenga; para que el cuerdo delibere: para que el particular se instruya leyendo bien; y el

público después de instruido no mal, haga justicia, y esa seca.

Escuso otras mil razones,
Que tenía que alegar:
Sería nunca acabar
Concordar las opiniones.
No tienen fin las cuestiones,
Que suscita la pasión:
Y aunque yo funto en razón,
Ser, si aquí, y no doy punto,
La circunstancia el asunto,
Y el asunto confusion.

Doy al folleto el nombre ó título de *Circunloquio*: porque no hablo en derechura, sino por rodeos. Y hablo así: porque este modo de hablar, sobre llamar más la atención, está canonizado por el Evangelio: y es el que usó el Señor en el sermón del Monte, modelo de sermones: *Isla circumlocutio, qua scribitur*, etcétera (ya saben que voy con San Agustín): y lo otro, porque habiendo de tratar de los Gerundios, y viendo que me han precedido los Supinos, creí llegar á tiempo, y seguirse ahora los circunloquios. Si estos no alcanzan, me prestarán nuevas armas los gramáticos, y entraré á profetar con los futuros: el en *rus*, y el en *dus*.

Los circunloquios de que uso, son dos: porque uno solo no bastaría á ceñir y sitiarse, ni aún á bloquear á tanto, como anda esparcido y triunfante por el mundo: y también porque así lo quisieron los autores antiguos (llámalos el latino *Priores*.) *Quia sic valuerunt Priores*: Los cuales entablaron, que no será buen latino, quien sabe solamente un circunloquio;

y que para hablar bien este idioma, es menester usar de dos circunloquios y alternarlos.

Yo no hablo aquí latin, sino castellano limpio: y con todo eso siento en el alma, que no haya más circunloquios: porque confieso, que si hubiera más, por más hablara. Es mucha la energía de un circunloquio á tiempo. ¿Considere el discreto si será mayor la de dos? ¿Y con cuánta energía conversará el que usase de ocho, diez ó más circunloquios juntos? Seria un Quintiliano. ¡No los hay mal de pecado! Y si los hay, no están en uso. Y este es el arbitrio de las modas, y el que dá su significado, y su vigor á la locucion humana, siendo como la madre y el corriente de nuestras voces:

Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

Hay muchos modos de hablar,
Y en el hablar sus trabajos:
Tambien hay altos y bajos
En el arte de inventar,
Sin espina, sin azar
La idea, y el labio extendiendo:
A nadie compro ni vendo.
Y aunque voy por circunloquios,
Hallarás en mis coloquios,
Que hablo siempre lo que entiendo.

Añado que divido el fóllo en dos partes, y otros tantos circunloquios: porque así lo requiere la oratoria y el buen método. ¿Cómo habria particion, si se redujese á solo un punto la materia? ¿O adónde iria á parar la oratoria, si la particion faltase? Aunque somos españoles, vivimos á la francesa, y el gusto

francés, es el que hoy está en uso y prevalece: si bien aún alabamos, como buenos patriotas, las antiguallas de España.

Laudamus veteres, sed nostris utimur annis.

Alábanse con razon

Lain Calva, y Nuño Rasura;

Y se tiene por cordura

El calarse un pelucon.

Es uso más que pasion

Engrandecer lo de antaño;

Y vivir á lo de ogaño.

¿Quién pondria las azules

Bragas del gran Peranzules,

Hoy día sin grave daño?

No le doy dedicatoria, ni le busco padrinos ó valedores. Así porque no pretendo, ni traigo pleito; y ménos esgrimo, y me atacan, ó estoy de duelo; como porque sería gastar la pólvora en salvas, ó lo que tanto monta, en solos preliminares, ó tratados de paz, y en variedad de títulos, todo el nérvio de la obra. No necesita de proteccion agena, quien está tranquilo, y vive seguro de la razon propia. Y que esto me sucede lo pruebo.

Dos circunloquios son como dos castillos roqueros, ó dos almenas y parapetos de bronce. Venga quien viniere, me sostengo dentro de ellos, miéntras el adversario no me los derrueca. Y cuando suceda el duro caso, de que uno y otro bambaneen, y hagan vicio, es tan natural, que yo tome la fuga *via recta*, al caer los circunloquios ó muros de la defensa, como el que las ruinas cojan debajo, y ator-

tujen ó entortillen á cuantos los demoliesen y me ataquen.

Sea lo que fuere, no uso de dedicatoria: no solicito empeños, no necesito de padrinos. No debe mendigar de otros, quien dentro de sus trojes, y su dispensa propia halla á mano abundancia de provisiones. *Prolixa laudatio est, quæ non quæritur.* Fuera de que á donde acudiré yo, y quien podrá ya ni querrá valerme, si pruebo por experiencia reciente, que la vida de Fray Gerundio no queda muy á cubierto, habiéndose acogido al público por padrino, desde su ruidoso nacimiento; y sabiendo que periclita todavía después de recostada á su sombra poderosa, en virtud de una dedicatoria agusta, chistosa, amena y deliciosa? Todo es allí filis y filigrana, salvo el caso del horrendo morrion, y el eco de la tremenda y ruidosa campanada. ¿Qué importa? *Habent sua facta libelli.* Pero no hay que temer donde se niegan el hado y la fortuna. *Tu ne cede malis, sed contra audentior ito.* Es decir, prosiga y adelante:

Un libro siempre es igual,
Tenga, ó no, dedicatoria.
Si es bueno, sube á la gloria;
Si es malo, baja al corral.
Un discurso racional,
Aunque nadie le dé abrigo,
Lleva su valor consigo.
Pero un infame papel,
Dedicado á San Miguel,
Se lo lleva el enemigo,

Vaya de chufleta para la tia Catanla y el tio Zotes, y para sus secuaces.

No llores por fortuna,
Fortuna tienes:
Mira, libro de plata,
¿Cómo te vendes?
No temas hado,
Correrás por el mundo,
Y eso de gato.

No hablo en este folleto sino á todos: y solos mis le-
yentes. Testigos de oidas tienen sus excepciones, y
yo aquí no las admito. Pueden ser sordos, ó tenien-
tes de orejas. Pueden ser olvidadizos, ó flacos de
memoria. Pueden ser como la mala definicion, re-
dundantes ó diminutos, y agravar por ponderosos la
narracion ó achicarla por escrúpulos. En suma, ó
faltar, ó sobrar en algo. Y que falte, que sobre, me
perjudica, si es verdad, que tanto se peca por
carta de más, como por carta de ménos. Sobre todo,
aunque el lector lea bien, ¿qué sé yo, si el oidor lo
toma mal? Y cata que nace un enredo entre el audi-
torio y los lectores, sobre si el autor dijo bien, ó
dijo mal. En cuyo caso será menester volver á la lec-
tura; lo cual es *actum agere*, y aún trabajo perjudi-
cial á mí, y doblado para ellos. Bien haya Aristóte-
les, que todo lo advirtió y previno. *Quidquid recipi-
tur, admodum recipientis recipitur*. Quiere decir,
que cada uno tiene su turquesa ó bodoquera. Hasta
los peluqueros tienen su molde y los zapateros su
horma: no sea que se haga zapato de enano para el
pié de un gigante, y el peluquin de ángel salga pelu-
quin de diablo, como se vé en los de la Tarasca y
gigantones por el Corpus. Solo advierto, (y nota tú)
que la horma es molde, y el molde horma, *ex parte*

rei; pero se diferencia *ex parte modi*, y por la diversidad de oficios. Lo cual conviene saber, y se apunta, para que ni el zapatero use del molde al hacer zapatos, ni el peluquero se valga de la horma para formar pelucas. Todo cabe, y la equivocacion seria perjudicial á los compradores y vendedores, á los leyentes y oyentes, y á toda la república. Son increíbles, pero muchas y dañosas las equivocaciones. Vimos pedir la calceta por gaceta, y traer por escarola la escalera. Los moldes tambien son tan irregulares, como varios. Un amigo lo notó, y escribia con agudeza:

Hay hombres como letargos,
Pesados en discurrir:
Mas Palomino es un Argos,
Que halló modo de vestir
Su eepada de hábitos largos,

Hablo pues á los lectores mios, quiero decir, á mis leyentes. No sea que entienda alguno, que hablo con el lector, que está pared en medio del exorcista, y tiene grado en la Iglesia; ó con los padres lectores é infulados de las sagradas religiones. No pido tanto. Con meros leyentes me contento; con tal que lean bien, y sean buenos. Digo buenos leyentes, que leyentes buenos son vino de otra cuba. Yo los supongo tales, y si no lo son, no es culpa mia. Su alma, su palma: aunque tampoco sé, porque á almas malas adjudique palmas el adagio claudicante? ¡Oh, qué palmas sean estas, que yo llamara corazas!

Leyentes han de ser, y esos flamantes; y con ejercicio presentáneo, y el papel delante. No es de mi

incumbencia, que los tengan ó no por músicos y en capilla. Temo que algunos, y lo sé por experiencia, se olviden á poco á dar de lo mismo que han leído. La memoria es flaca y vil. Y como no tengo la virtud de prestarla, ni doy á mi papel ese privilegio, si no están leyendo pueden trascordarse. Y volvemos á las andadas. Vuelvo á pedir leyentes: y de esos no exceptuo á ninguno, con tal que lea por sus ojos propios, y no por los agenos; quiero decir con anteojos. No pretendo que nadie abulte mis letras; pero tampoco gusto que me las achiquen. ¿Qué remedio? Fuera anteojos. Llámelos la culta *Gofas*, y el discreto *prespicilios*; los anteojos desfiguran tal vez los objetos, presentándolos unos al grande chico, y otros al chico grande: y hay de ellos (¡ oh qué figuras !) que visten de verde al blanco, de colorado al negro, de pálido y mortecino al rubio, al vivaz de sanguíneo, *et reliqua*.

Busco leyentes que no se engañen, ni engañen á otros con trampantojos y que puedan decir en todo rigor, y sin escrúpulos, y aún jurar redondamente y sin ansibologías, léjos de mentira, y más léjos de perjurio: con estos ojos lo ví. No importa que añadan ó no, lo de que ha de comer la tierra, porque no es del caso, y está por averiguar el cómo y el cuándo; y si ellos han de comer á la tierra, ó la tierra á ellos; y quién más y quién ménos, cuando coman juntos.

Por los demás, que mis leyentes sean discretos ó indiscretos, literatos ó idiotas, píos ó indevotos, santos ó pecadores, va mucho, y es grande la diferencia que hay; pero yo en ella no me meto, porque no es de nuestro caso, ni pertenece á mi exámen y folleto.

Así, como no toca á él, ni en él, si son gordos ó flacos, de narices romas ó aguileñas, de pescuezo largo ó corto, de cabeza redonda ú ovalada, de melon ó calabaza, y si visten golilla ó peluca, y si ésta es amarga ó de cáñamo, ó jovial y con sus bucles á la moda: *Et sic in infinitum*; tú lo andes mientras yo descanso. Y con tanto:

Agur, leyentes mios, valetote:
Ojo al papel, y nadie vaya al trote.
No trato con caballo ni rocin,
Si lo es alguna, lo dirá su crin;
O el ver, que ni le azoto, ni le pincho,
Y él me tira la cox y dá el relincho.

CIRCUNLOQUIO PRIMERO, sobre la vida del famoso Fray Gerundio de Campazas. Daré una vuelta entera y redonda, de la derecha á la izquierda. Preámbulo circular ó introduccion circulatoria.

SUPONGO, leyentes mios, así tontos y abesos, como listos y sagaces, que no me preguntareis; de qué se trata, ó de qué hablo. Fray Gerundio de Campazas, y de memoria eterna, os es igualmente conocido como á mí, por su vida rara y peregrina, y más admirable que imitable.

Tampoco ignorais, que no fué, es, ni será Santo, aún de los que llamamos extravagantes. Y lo peor es, que no puede ser Santo jamás, aunque todo el mundo se conjure á su favor, y le haga fiesta. Y eso contando (aquí está lo exquisito, y lo picante), que nunca cometió pecado ni mortal, ni venial en supersona. (Hablo del teológico y omito el filosófico:) y lo que sube de punto la dosis de la invencion y el pensa-

miento, y casi derriba el chapitel del cerebro es, que no incurrió en el pecado original, en que incurrimos todos los hijos de Adán y Eva. Supongo que me exceptuas á la Madre de tu Dios y mío, que lo es de gracia; y que no estrellas el Lucero, ni te estrellas en la estrella de la mañana, y de nuestra dicha. Es Sol sin manchas, Luna sin eclipses; es estrella sin paso errante; y como sin mancilla en sí, el honor, la hermosura, y gloria de todo su linaje y nuestro. ¿A dónde se fué Gerundio, y en qué para? Métele en el circunloquio; y verás en lo que para, y con qué sale.

La razón de no poder ser Santo es clara. Porque no consta de la identidad de persona, y paró en supuesto. No sé si me explico yo, y tú me entiendes. Se tiene por cierto, y consta con evidencia, que Fr. Gerundio de Campazas no es hombre, ni mujer, y lo que cierra todo portillo, ni aún hermafrodita, ó epiceno (llámalo promiscuo;) y si más es menester, ni es ángel, ni diablo, ni racional, ni bruto. ¿Pues qué es? Es un sujeto imaginario, un individuo vago, es universal *á parte rei*, y un ente de razón fingido, y en idea. Pero ideado y fingido con fundamento gravísimo, y colocado sobre lienzo terso por pincel vivo, y con colores vivísimos. De suerte que no es canonizable en sí, sino á su modo, en la fama. Porque no tiene ni vida, ni alma, ni cuerpo, ni otro ser alguno, sino el que le dió la pintura y fantasía del autor, (el cual pinta como quiere) cuando ideó la traza. ¿Quiéres más? Es una parábola gallarda, es un enigma entre feto y parturiente, es un discurso moral, político y cristiano, de sujeto non suponente, contra muchos que suponen con lo que no debieran.

Fray Gerundio, que, como sabes, es pájaro en su especie papagayo, se parece en cuanto tal, y salvo el supuesto, que no tiene, y la jaula, que se merece al sujeto, al enigma que te propongo; y no soltarías sin estas luces. ¿Qué cosita es?

Uno que nunca pecó:
Y al tiempo del espirar
A Jesucristo llamó;
Mas no se pudo salvar.

Sabeis, en fin, que su vida anda escrita y esparcida por el mundo, con edificacion ó celebridad de unos, con ofension y desagrado de otros; pero deseada y buscada de todos con ansia y con su dinero. En tanto grado, que partidarios y adversarios solicitan el libro con mil diligencias, y meten para haberle á las manos, no ménos empeños, que si la buscaran de gracia ó pidiesen de valde. Y quien al fin lo halla lo tiene por mucha ventura, y se huelga y da el parabien y lo celebra, como si á fuerza de cabar, ó por su industria, hubiera dado con un tesoro escondido.

Escondido no está, puésto que anda en las manos de muchos, y que muchos más se quejan (y esta es la primera vez que se oyó en el mundo tal linaje de queja), de que haya más manos de hombres para soltar dinero, que no para recogerlo; siendo ménos los libros de venta que los compradores. Pero á esto se habrá de volver en los circunloquios.

El eje de ellos será de examinar si la obra es ó no tesoro, que se debe apreciar y guardar como oro en paño, y por reliquia; ó por el contrario, si es ó no alguna mortal cicuta, que se debe evitar y huir de ella

ó cautelarse, como de culebra que se oculta y enrosca sobre la verde grama, y entre amenas y deliciosas flores. Voy á ello. En el primer circunloquio, doy las pruebas, que favorecen al libro. En el segundo circunloquio, pongo los argumentos, que le contradicen. Nada disimulo. Pero os ruego, que tengais ojo al prólogo, y que si me olvido, me hagais memoria de unas coplitas, que oí con gusto á una niña, y las intitulaba *del Encanto*. Sirvan de especies rememorasivas, porque no os olvideis del encargo, el licenciado Abril y el Supino, y tambien el doctor Grillo.

CIRCUNLOQUIO PRIMERO.

Los fundamentos ó las pruebas.

Este circunloquio, aunque sale de refresco, por cuanto es el primero, tiene mucha vuelta que dar; y temo no se canse, ó canse á alguno á quien no ha costado nada. Nos hallaremos en el lance fiero de, no nuda el ahorcado y suda el teatino. Ahorraremos de prosa, y vamos de la circunferencia al centro. Ya estoy como en el meditullio de todo el circunloquio. Y haz cuenta que junto en él los materiales, y he hecho los cimientos todo de corrida.

No temais que falsee la obra. Materiales y cimientos son igualmente buenos, y mejor la union que los traba. Ya sabeis que la union es aquí el mortero, y que se llama glutino.

Inopem me copia fecit; quiero decir, que me embarazo cuasi, y se atropellan aquí unas á otras razones. Mejor diré, que se apiñan como en los fondos

de un cristal, que es circunloquio material, pero claro. Y se comunican mútuo rigor y fuerza nueva las partes al todo, el todo á las partes, cuya pujanza es mayor, cuando al fin se componen entre sí y quedan en paz, y juntos en el materno seno y albergue interior ó meditullio, ya del cristal luciente, ya del circunloquio relumbrante. Y advierto que pada empecé á la maniobra y sus efectos, el que este todo como tal sea escótico y *viceversa*. Esto es, que el todo en su totalidad se distinga ó no de sus partes unidas, ó en coleccion y asamblea y todas juntas, son cuestiones sutiles y metafísicas. Aquí se buscan las hacederas y naturales. Empiezo.

La primera recomendacion y bien ruidosa de la vida del incomparable Fr. Gerundio de Campazas, es la voz comun y unánime de todo el pueblo, que le celebra mucho y á las claras; y aún le canoniza (á su modo), y hace fiesta solemne en toda nuestra monarquía de España.

Esta voz universal, valga ó no en otras materias, aquí debe prevalecer y prevalecerá de suyo, aunque no se quiera. No depende su fuerza de uno que otro sugeto particular; y ménos si ese es anómalo, irregular y defectivo. Ese tal quiere ser único individuo en su especie, y pretende ser ave rara y peregrina y uno como cisne cantor, pero negro. Acaso será cuervo y puede haber sido ganso, por cuanto dice lo que oye y habla por la boca ajena.

¡ Oh leyentes míos ! Una golondrina no hace verano. Y lo mismo fuera que fuese grulla ó pavo; y éste real y con su rueda desplegada. Ese pájaro todo es pluma, y no tiene substancia, ni sirve para comer,

ni hace caldo. Y todo para en que tras el ruedo, y con él muestra su cola, y tiene rabo. Más querría todo hombre de gusto un pichon ó pollo sobre la mesa y en el plato. Mírese á los piés, y mira tú el cimiento, y verás que está fundado no bien, y formado mal.

Pero doy que venga de la Arabia, y presuma de Fénix esa ave solitaria: ¿qué importa, si es ménos que un gorrion que chilla, y un ruiñeñor que canta? ¿Y por qué? Por cuanto no es ave real, sino imaginaria. Y cuando la hubiese, apuesto que la venceria el alcotan, y tras la abutarda, y en fin el gavilan y milano.

Demos que fuese una águila real, reina y emperatriz de las aves. (Pónla dos cabezas ó una sola, porque todo es lo mismo, y nada empecé). Sea. ¿De qué se gloria en el caso de mi primer circunloquio, si queda sola, y sin imperio ó reino ó poderío? Suponga que todas las aves se rebelan contra ella, por su capricho duro, y extravagancia rara; la desplumarán y sacarán los ojos: *Ergo pariformiter*;

Esta águila tan real
Ya paró en humo, y es nada;
Por su cabeza fatal.
Sin ojos y desplumada,
Yace muerta en un corral.

Prosigo, y se fomenta el argumento, sin salir de la esfera del propio circunloquio. Es sin disputa; y todos saben que en esto de gustillos y galillos, los cuales son muy diversos, cada uno cuenta por el suyo, y no por el de su vecino. Por eso dice, que no hay que disputar sobre gustos. Uno quiere faisan, otro tor-

resno, uno pichon, otro perdiz ó pollo. Este gordo, el otro magro. Cual piezas enteras, y cual gigote ó pepitoria; sin hablar de aquel ó aquella, á quien se le antojan berros. Que el antojo no es buen gusto, ni el gustillo es mero antojo. Esto es patente y claro. Y quien no opina así, va contra el torrente, y nada expuesto á caer ó tropezar, y aun á ahogarse, especialmente si no sabe nadar ó no tiene pujanza. Y además de eso, prueba que no sabe de gustos y que tiene la nuez, no en la garganta, sino en la nuca.

Añádese á esto, que los hombres, en materia de opinar, son á una mano cabezudos y férreos; y más si se fundan en razon valiente, ó piensan que ella está de su parte. ¿Pues qué, si interviene un *mihi* ó *invento propio*? ¿Y sobre todo, si se revuelve el fatal juicio de si tenemos ó no entendimiento, y bien asentadas y corrientes sus operaciones? Ya sabes qué son, y se llaman *aprehension*, *juicio* y *discurso*; y no te canso con las subdivisiones, que son eternas. Todos somos delicados y celosos. Cuya calidad es *malignantibus naturæ*: porque la celotipia es mal sufrida y amarga. Y que sea enfermedad ó tentacion, (de lo cual prescindo), es uno de los coscojos de la vida humana, aún cuando cae en mozos, y no pasa á mer-tume de la vejez, ó precursora de la muerte. Que entónces es peor, y se enfurece, ó para en furia; porque los vasos corpóreos, como ya más débiles, resisten ménos al humor maligno. Y fuera de eso, la estima de sí, y la opinion propia crea y se arraiga con los años, y estos amortiguan las oficinas y los tubos, así en el hombre como en el caballo.

Guárdate de coscojo. Librete Dios de celos. Mira

que te lo aconsejo; y más si eres ó viejo, ó caviloso, ó colérico, ó adusto. Y sobre todo no seas testarudo ó duro de juicio.

Mira que es maligno hierro,
Ser duro en el opinar;
Y una semilla de errar,
Hacerse testa de fierro.
No hay rabia, ni la del perro,
Si empiezan á carcomer,
Como celos. A mi ver,
Es gusano roedor,
Y un perpétuo torcedor
En el hombre y la mujer.

Pero

Es de maldito pellejo
El celo de la vejez.
No hay celo de peor rejo,
Ni más importuna pez,
Que el celo que cae en viejo.

Continuando con mi tema, y con el del argumento, y cerrando este como paréntesis del circunloquio, repara que quien no quiere sentir con los demás, merece que los demás no sientan con él, y los obliga á ello. Empieza extravagante, prosigue obstinado y acaba terco.

Miralo en los novatores,
Autores de la herejía,
Ciegos á la luz del día;
Y ofuscados con errores.
Estos perversos autores,
Léjos de toda razón,
Se aferran en su invención:
Y aunque ella no valga un cuerno,
Quieren más ir al infierno,
Que no mudar de opinion.

Tenia que decir más aquí; pero basta por ahora. Mejor caerán al fin ciertas coplillas ménos serias, y más gaiteras. Solo nota, y concluyo con el *ergo*; que el circunloquio aprieta algo por esta banda; porque así se estrecha. ¿Pues qué será abajo?

La segunda recomendacion de esta obra es, el aprecio que hacen de ella los sabios y discretos, pios y eruditos, y otros muchos de todas clases. Hombres puestos en dignidad y dignos; altos, brillantes, competudos: todo lo digo de méritos.

Bastaba para tu confusion y para tu vergüenza, si no tuvieras la frente de Morillo y la cabeza sin cola, ó ella rota, el ver que nadie te conoce de casa, ni te tiene por persona, y que todos se rien de tí. Y que tú mismo te escondes y andas á sombra de tejado, y huyendo de tu propia sombra. Buho retirado, murciélago corriente, y lechuza desconocida de dia, y rondante de noche.

Pero pues no bastan razones, valga al hecho y entiendo, que si me ves andar, ando y andar puedo. Hoy se están vendiendo en Madrid los Gerundios á 5, 6 y 7 pesetas (sábetelo que Madrid es córte, y la córte de España; esto es, el domicilio real de nuestro Rey y Señor, Monarca poderoso de dos mundos, pio, moderado, justo.) Aquí, pues, se venden á rapa pelo, y pelo arriba se rascan los compradores todos, y no obstante se arañan unos á otros, por solo conseguir un Gerundio. Mira lo que le estiman; y saca por lo que cuesta, lo que vale, si opinas, que lo que mucho vale, mucho cuesta.

Acaso niegas los adagios y los principios asentados. Ese es el camino más corto para que todos te

declaren por desahuciado en lo que es racionalidad, y te adjudiquen la animalidad, por carácter ó diferencia. Pero sabe para tu castigo, otros dos adagios más. Uno, que no hay atajo sin trabajo. Otro, que el loco por la pena es cuerdo.

Yo sé que hubo hombre, y de gustillo, que buscando el libro con un puñado de pesetas en la mano, y no hallándole en toda la corte, dió por él trescientos reales, y muchas gracias encima. Mira si se las dará dobladas á él el autor, y si es de estimar la obrilla ó tesoro. Es como un cuño de moneda; pero en seco sin oficiales que pagar, y sin fatiga ó sudor, ni sustos á cuestras.

Ahora quisiera saber lo que determinas y piensas: *¿quid cogites de transeundo in Epirum scire velim?* Y es si al oír esto, ¿escojes más ir á Turquía ó ahorcarte? Ya sabes que no hay otro medio, si no mudas y paras en desesperado; y que Epiro y Epirotas, son Albaneses; y que el gran Turco los domina hoy, por desgracia.

Si todo esto no alcanza, te puede y debe bastar, y aún sobrar la autoridad, el poder, la ciencia, la moderación, la piedad, la justicia de los señores que aprobaron esta obra. No hay virtud ó prenda, que no concorra en dichos aprobantes. Todos son respetables, y cada uno de ellos sobrado para convencerte por razón, y aún á infundirte temor y temblor por fuerza. Unos son tácitos, otros expresos y declarantes. Quiero decir: que unos callan y piedras apañan: otros se explican y apedrean sobre tu calavera. Entre los Tácitos, hay Cornelios, que son incapaces de adulación, y pican más en el rigor de la censura, que

en el favor de la alabanza. (Al oír Cornelio, apuesto, que estás tan léjos del objeto y de mi pensamiento, como de tu juicio: y que concibes y entiendes por la voz, ó la herramienta del toro, ó el remate del bonete, que todo es Cornerito.) Entre los declarantes hay Cicerones, hay Virgilio capaces de desenmarañar los enredos de Verrés; y de enmarañar ó desarmar las furias de Catilina: y no ménos capaces de hacer pasar una nave por caballo, y eso sin mentira; ó despintar un armamento fiero, cuya figura y apariencias sean caballo, que nada ó vuela, y la substancia y realidades sean aves, que surcan el mar y sus espumas.

Advierto aquí, que Catilina no era mujer, sino hombre, y bien taimado: que Verrés fué un verraco, como tú, sin dejar de ser racionales ambos como tú, él por naturaleza, tú por privilegio. Ya sabes, que el caballo de Troya tenia vientre, como tú tienes panza; con esta diferencia, que él paria y soltaba soldados, como tú sueltas y pares lo que no digo. *Uteraque armato milite complent*. Siento el hablarte latin; pues no puedo hacerte entender el castellano, aún por circunloquio; pero consuélate, que no es por tí, sino por mí, y para los demás leyentes.

No me has recordado las coplitas del encanto. Mira si decia yo bien, que la memoria es cosa vil, y faltosa. No importa; que yo aquí no traigo mi tema con ella, sino con el entendimiento de que hay mayor falta, y es más del caso para los predicadores. Siendo así, que ellos son los que más se quejan de que les falte la memoria, y con razon á veces. Ya tendrán su lugar después: que yo ahora y siempre más quie-

ro fiarme de la propia, que de la ajena. Y ya que me acuerdo, toma esta otra, que hizo años há un pica-rón á un padre maestro predicador, el cual cojeaba de ambas potencias como tú, y daba fieros gritos muy satisfecho de sí mismo, y que esto de predicar consiste en la pujanza, y ha de ser á voces.

Predicó que se hizo rajas,
Mas perdióse en una historia
Que es vil cosa, la memoria,
Y el entendimiento pajas.

Y nota de paso, que tampoco consiste en oficio ni dignidad, ni en que el predicador tenga *coram vobis*, y hable con prosopopeya. Advirtiôlo el otro poeta, y fué á un religioso muy grave, y de religion discreta.

Aleson, hombre de chapa,
Predicó á lo retoral;
Y puede predicar mal
Delante del mismo Papa.

Si aún estás terco, y te petrificas por el mismo caso de haber sido hombres de tamaña esfera los aprobadores de la obra; desengáñate, y cede á tantas y tan buenas reflexiones, que hacen otros de tu misma profesion, y aún de tu mismo palo, cualquiera, que este sea, y sea aquella. Unas las puedes leer en el mismo libro, y en boca de sus autores. Otras las debes oir de tantos como lo aplauden por el mundo. No son ménos que toda España, como verán luego. Excepto tal cual ente volátil, y hombre de soplillo, ó alquilado, y á tí, seas, ó no alquilador, seguro de que eres de carne y hueso, pero algo estúpido, y que

por lo que tienes de tronco te lignificas; creo no obstante que el circunloquio te hace fuerza, tambien por esta banda, porque tambien aquí se apiña el círculo, y se estrecha. Aguarda un poco, voy con el cañon á metralla.

La tercera y ultima recomendacion de esta obra (vale por todas, y léala con cuidado), son sus virtudes y ejemplos, sus conversiones, sus milagros, sus maravillas, y en una palabra sus frutos. ¡Oh, amados leyentes míos! recorred estas cosas, y parad de pasmo. Y sino, andad de puro aturdidos de aquí para allí, ó como el circunloquio de unas en otros. Pero sea la redonda, como lo hacen los niños, que si no saldrá de imperfecto el circunloquio. Al caso. Ninguna prueba hay mejor y más convincente que ésta. Porque el árbol se conoce y recomienda por sus frutos. Ya no dá peras el olmo, ni el alcornoque dátiles ó tamarindos; tampoco el encino y el roble dán sino bellotas: y el zarzo, el matorral, la cambronera solò dan espinas y malezas. Pero al punto, y al centro del circunloquio amado.

El árbol bueno dá frutos buenos y no malos. El árbol malo dá frutos malos y no buenos. Otra cosa no puede ser. Es principio fundamental y liso y llano. Niégamelo, ó derrueca este fundamento; y verás á donde vas á dar, y yo te llevo, y no será por circunloquio, sino *via recta*, y sin rodeos. Supongo que lo concedes. Infiere ahora, si tienes algo de hilacion, y si todo eres hilaza, saca de aquí la bondad admirable de este libro, cuyos son los frutos que te presento. Al detalle.

Frutos son, conversiones son, milagros son (ha-

blo de tejas abajo, acá *inter nos*). Sanar á locos: dar discrecion á tontos: hacer de farsantes predicadores, y de predicadores aéreos, vanos, sùtiles, indignos, soeces; predicadores sólidos, asentados, sesudos, dignos, limpios. Hacer á los auditorios, que amen y deseen, la verdad que ilustre y la compuncion que aproveche; y conseguir que los oradores miren á Dios, y al bien de su pueblo, y den con el buen ejemplo el pasto saludable de doctrina sana, piadosa, divina.

Frutos son, las virtudes; y la virtud es la flor y el grano de los frutos. (Ojo al circunloquio, y mira que hablo tal vez en alegoría, y con analogía, y como de frutos en la prensa, así de virtudes papiraceas y de imprenta). Virtud es, enseñar á ignorantes, corregir yerros, sanar enfermos y aún visitarlos. Virtud es, el celo de la palabra de Dios, y el amor y deseo del lustre de su casa. Virtud es, la prudencia y discrecion, y más si esta discrecion es de espíritus, y la prudencia de las que lucen en la correccion fraterna, la cual nace de la caridad, y es parte de ella, como sabes, y tiene su filis y cuesta. Virtud es, y la suma de todas, el padecer persecuciones por la justicia. Mira si dicho libro en la prensa, ó fuera de ella, observa estas virtudes y las enseña. Quien dice libro dice autor: que como hay oradores, que predicán á bulto, y hablan *ab hoc et ab illo*, y escritores que vuelan, y no saben á donde; ó como el otro decia, en todo este discurso hemos de ir *in incertum*; así hay leyentes, que todo lo toman en cerro. Ruégote que no seas uno de ellos; pero si lo tienes por naturaleza, prosigue adelante, con tal que creas, que yo no

hablo contigo. Ha sido digresion; y de estas y de paréntesis gusta, y lleva de génio el circunloquio.

Dejo á parte, y como á los bordes de él, otros milagros, como son: correr un libro sin piés, y aún estando atado; volar un tomo sin alas, y cortado el vuelo, tomar nuevo y mayor aire; cobrar un escrito y un escritor mayor fama y nombre, con la persecucion y en la infamia; hallarse un cuerpo en todas partes, y venderse caro, y darse ó tenerse por barato. ¡Qué te parece! ¿ó qué quieres?

Todo nace del aprecio,
Y el aprecio de bondad:
Un libro no tiene precio,
Si es bueno, y á la piedad,
Mueve con chiste y de recio.

Pero descendamos á ejemplos, ó casos particulares. Me place y convengo. Escojo de muchos, pocos, y estos flamantes, y los encajo al pié del circunloquio; y sino á la redonda. Abre los ojos, é imita: que inventar no te conviene, ni se hizo para tu mollera.

1.º En el reino de Navarra, un predicador Gerundio, y que habia gerundeadado largos años, luego que leyó este libro, entró dentro de sí, y se retractó públicamente de los chicoleos antiguos, andando en circunloquio por el púlpito, y con el libro en la mano. En adelante predicó bien y con aplauso, y aún prosigue. Como quien tuvo retuvo, y no es fácil dejar de golpe un hábito largo, y el natural sabe á lo que es, aún cuando se corrije: empezó su primer sermón así: «¡Mal haya quién gerundea! y bien haya quien se desgerundia!» etc.

2.º En el señorío de Vizcaya hizo más otro, que era Gerundio, pajarero, pero de ménos pico, y de vuelo más tardío. Hizo voto de no gerundiar más, y ser misionero para siempre. Se está disponiendo. Cada día reza *Salve*, para que el autor prosiga la obra, y el primer tomo corra, y no se prepedite, ó le prepediten otros. Tres veces al día lee la admonición familiar y juiciosa del Reverendísimo á Fray Blas. Aquel de cuya bodoquera salió el infeliz bodoque de nuestro Fray Gerundio, hijo peor de padre bien malo.

3.º En la Mancha, (casi lo mismo acaba de suceder más recientemente en la Estremadura) un predicador barbiponiente y lampiño de papeles propios, estando congregando arrapiezos ajenos, para vestirse de remiendos varios, todos gerundinos, y con ánimo de gerundiar á trompa-talega, entre cuesta y cofradía, hubo á las manos este libro. Leyóle por curiosidad, y aún con desprecio en los principios: en los medios con furor y rabia, ira y enojo: en los fines con sumo regocijo, y paladeándose hasta no más en ciertos pasajes; pero con ánimo dañino, y resolución maligna, todo en contra del autor, y del fin de la obra. ¡Oh dura suerte y volubilidad mal sana de los consejos humanos! Era su idea, y se propuso sacar de la miel y de la triaca, hiel de mortal cicuta, entresacando de todas las boberías del maestro y discípulo (digo Fray Blas y Fray Gerundio) la quinta-esencia, y uno como zumo linfático de fatal delirio, para predicar á lo gaitero, y hacerse celebrar de mosquetero. Pero ¡oh virtud de tomo! (y no lomo) ¡oh fruto de leyenda útil y pegajosa! Al llegar á cier-

to punto de la plática del Reverendísimo á Fray Blas (es de gran peso) se halló trocado en otro hombre. Quemó todo el farrago de sus legajos de papeles coleccionados, y se suspendió á sí mismo del púlpito por diez años.

4.º En los reinos de Castilla, es donde más aprecio tiene y coge mayor fruto. En Zibañuela, un predicador mayor le presentó en el púlpito, y mostrándoselo al auditorio, le besó, y dijo: « ¡Bien haya la madre que te parió! Tú infundirás juicio á locos, á madures á verdes, y á lijeros peso. » Y tomó por tema: que este libro era el libro del milagro.

5.º Otro predicador de campanillas, y jubilado de Cascabel, hizo lo propio en Calva rasa; y no se hartaba de llorar y de besar el libro; y añadió, que solo él, era una librería entera, y uno como molde de hacer sermones.

Lo mismo (hablo á poco más ó ménos) sucedió á otros muchos en Caraquiz, en Jarama, y en las tierras de Madrid; y en Zaratan junto á Valladolid, y en Tejares cabe Salamanca. Escojo dos solos casos de infinitos.

6.º El primero (este es, el de Tejares) subió al púlpito, y habiendo dado un profundo suspiro, y una grandísima palmada sobre el borde, agarró el libro con las dos manos, y exclamó á gritos, diciendo: « ¡Oid los de Tejares, oid! Que acabo de venir de Salamanca, y os traigo un tesoro. ¡O libro de plata mejicana! ¡O volúmen de ambar, y de agalia! ¡O tesoro mayor y más precioso que toda una India! » Y luego palmeteándole con caricia, y encaramados al púlpito los ojos, concluyó: « Este es el libro de li-

« bros! ¡Esta sí que es obra de romanos! Otros libros
 « ayudan cuando más á formar sermones; éste á for-
 « mar y reformar predicadores. Quiera que no, se pe-
 « ga y uno se empapa en él. Estoy pasmado de él; y
 « soy como él hechizado por fuerza por su encanto. »
 Y se retiró al desierto.

7.º El segundo (este sucedió en Caramanchel)
 hizo extremos aún mayores. Y entre ellos se sacó un
 bocado de un mordisco, sin tocar en las letras, y lo
 guardó por reliquia, diciendo: « Más estimo yo el
 « forro de este libro, que el fondo de otros. Todo el
 « día lo colmaré de elogios, y á la noche lo tendré en
 « la cabecera por almohada. ¡Oh libro! ¡y si el rey te
 « viera! ¡Oh libro! ¡y si el Papa te aprobara! » La con-
 clusion fué, que juró tener en él su leccion espiritual,
 y practicar por él á los frailes y tambien á las monjas.

¡Oh libro todo salado,
 Que salpicas discrecion,
 Y empapas en devocion
 Al que te lee con cuidado!
 Sacas por fuerza ó de grado,
 De las espinas las flores,
 De las tinieblas candores:
 Y haces con tu chiste y sal,
 De hombres pue predicar mal,
 Los buenos predicadores.

Por si te cansas miéntras entre burlas y veras, me
 divierto, concluyo este circunloquio; no porque hago
 punto redondo, sino porque me planto en el meollo
 del Gerundio, y me encastillo en él; miéntras él en mí
 se cobija. Ojo alerta al circunloquio. Arguyo así, y te
 hago juez en la causa.

Supon tú que yo soy religioso, y yo supongo tam-

bien que tú lo eres. Dáme tú, ó señala la religion que quieras, soy contento. Todas son buenas, y la más mediocre es santísima, y muy sabia. Yo te hago á tí teatino ó padre de la Compañía de Jesús. No es poca gracia. Y nota que te doy por entradilla, ó para la entrada, una de las tres letras I. H. S. ó Ingenio, ó Haciendo, ó Sabiduría; y aún todas juntas con el complejo y significacion de ellas.

El partido es bueno. Y esto supuesto, arguyo así. Y aquí de Dios, y de la razon, del juicio, de la obra, y del circunloquio.

Ó en tu religion, ó en la mia, hay algun fatal Gerundio ó no le hay? Escoje. Si no le hay, á Dios las gracias. Y yo me complazco. ¿Pero de qué te quejas? ¿y qué te duele? Dímelo por tu vida, penoso mio y sin amores, quejumbroso y sin penas y de vicio! Y respóndeme, si puedes, que yo no lo sé, ni hallo donde te aprieta el zapato.

Si le hay dichasas de tu Religion y la mia, y dichasas una y mil veces, supuesto que no tienen sino un solo Gerundio, ó tal cual y muy raro.

Por merced de Dios, no son muchos. Y esos regularmente serán de la metralla ó morralla, y como apuntados con el dedo, y tildados en la órden por gente descabezada. Y toma la prueba. ¿Son mandados? Ni por pienso. ¿Son aprobados? Nada ménos. ¿Son permitidos ó siquiera tolerados á las claras? Tampoco. ¿Pues qué? Gente indócil y mal mandada. Ganada difícil de recojer y de enderezar, y aún de discernir; y que se escabulle á la providencia de los superiores, que por fin es humana. Son como la pulga y el mosquito, que andan saltando de aquí para

allí. Son como el arador y la berruga, cosa chica ó medio invisible, y no de mucha monta en un cuerpo vasto y gigantesco. No es de admirar que haya tal cual malo entre muchos buenos. La maravilla es, que haya tantos buenos en medio de un mundo todo malo. Hasta aquí va bien. No puede decirse más del Colegio Apostólico y de la primitiva Iglesia.

Pero al fin, ya hay un Gerundio, y tales cuales en tu Religion y mía. ¿Quién lo duda? ¿Y qué en unas más y en otras ménos? Concédolo redondamente. No lo niegues. Está claro. Es cosa de hecho, y que la ven y palpan todos. Confesémoslo de plano, y tú y yo juntos. Es así, y no es extraño. Así es, y en eso quedamos. Ahora aquí conmigo. Vuelvo otra vez, y vuelta al circunloquio. Arguyo así.

¿Ó queremos que se quite este mal, y esta plaga ó llaga se disipe, ó no queremos? Si no lo queremos, es malo y malísimo. Mira que nos obstinamos y somos incurables. ¡No lo permita Dios! y tu Religion te castigará. Si lo queremos, como supongo y se debe, ya sabes que el querer á secas no basta. Es menester poner las manos á la obra ó al remedio. Obras son amores, que no buenas razones. Ya sabes que es necesario hablar para explicarse uno, y para entendernos todos. En boca cerrada no entra mosca. Y há menester abrirla el hombre; porque no es ángel para hablar con el pensamiento á solas. Y no es mal médico, si con solo hablar y razonar, cura la dolencia. Ya sabes que quien calla otorga. A lo ménos si hay obligacion en contra ó se debia hablar, es cierto: como tambien lo es, que los Ministros de Dios tenemos obligacion de oponernos á los abusos, escándalos

los públicos y otros inconvenientes ó males, que perjudican á la pureza de la palabra de Dios, y al bien del pueblo.

Así lo hacemos, unos más, otros ménos, y lo practica el autor de la obra: el cual habla por no callar y por no ser participante ó consenciente en el pecado, que no hace ni le aprovecha. Y tambien porque Dios le dotó de prendas para ello, en despejo, lengua y pluma. Es pico, que pica poco, y peca nada. ¿Qué sabes tú, ni qué se yo, si cuando hace del que rie, llora? ¿O si está hoy haciendo penitencia? ¿O si habiéndola hecho, es como satisfaccion de obra lo que escribe y te presenta?

Aunque pícace el autor
Algo, y nos diese un pellisco,
Su pluma no dá mordisco,
Ni su estilo es de furor.
Sabe que breve dolor
Es materia de gran gozo:
Y este no cae en el pozo
Cuando se mata el pecado,
Dios queda glorificado,
Y el hombre con alborozo.

Es doctrina de San Pablo,
Y el Santo la practicó,
Cuando usando del vocablo,
Con la fraterna rompió
El hocico al mismo diablo.

Tenia ya concluido, como vés, este mi primer circunloquio, y cuanto es de mi parte, le habia fijado en su punto céntrico: cuando cata aquí que se rebulle por su propia virtud, y dando otra vuelta en honor de sí mismo, chilla que rabia, y empieza á darme quejas

sobre que no lo he acabado como debo y con la gloria y el chiste que se merece, y esperaban de él los leyentes de gustillo. La vuelta fué refleja, y me salpicó con estas reflexiones, que te reduzco á una cantinela alegre: no solo para que te diviertas la co-mezon, si algo te pica, sino para que veas la fuerza que tiene el circunloquio en general, y como está dominando el universo mundo.

Arrímate á una pared, y si eres tapia, arrimado á tí mismo oye por reflexion, y escucha lo que en derecha puede y vale el circunloquio *ut sic* y en general; y tambien divido en partes y derramado en sus especies, y la predicacion actual de sus mejores individuos. Ruégote que si sabes cantar, me lo bordes. Pero sino no porfies. Escucha atento, y basta. No hagas lo que los teatinos, que á fuerza de cantar mal, nos rompen el tímpano auricular, y dan dolor de cabeza, y ellos erian catarro y se rompen la nuez de la garganta.....

Definicion y remate del Circunloquio.

Alma del circunloquio,
No temas nada;
Puedes hablar con todos,
Y barba á barba.

Entre las gentes
Donde quiera que vayas,
Tienes parientes.

Circunloquio del alma,
Corre tu giro:
Que al fin todo este mundo
Anda contigo.

No es nada el cuento;
Salga del circunloquio
Una vez dentro.

¿Qué son los altos Cielos
Bien compasados,
Sino unos circunloquios
Lindos y claros?

Ellos regulan
Por compases los pasos
Con que circulan.

El Globo de la Tierra
(Tenga y repare)
Es vasto circunloquio,
Que ande, que pare.

A no ser tema,
Ledaría ese nombre
Todo sistema.

Microcosmo es el hombre
Mundo pequeño;
Porque es un circunloquio
Todo en sí mismo.

Uno es redondo,
Otro con sus esquinas
Es más tolondro.

Dentro y fuera del siglo
Por donde quiera,
Hallarás circunloquios,
Y en toda esfera.

¿Qué es el cerquillo?
Circunloquio mediano
Con su tontillo

Dá vuelta á las iglesias;
¿Qué es lo que encuentras?
Circunloquios de misa
Con que tropiezas.

¿Que es la corona?
Circunloquio pequeño,
Que se jabona.

Hasta el P. Teatino
En su sombrero,

Se saca un Circunloquio
Como un arnero.

Ronda las casas
Circunloquio ambulante,
Que vende pasas.

Vete por las Audiencias
Y los estrados:
Si la sala es enredos,
El pelo es lazos.
Y es cosa rara,
Ver como el Circunloquio
Sale á la cara.

Son el juez y el letrado
Con aledaños,
Circunloquios de pleitos
De muchos años.
Y el escribano,
Es otro circunloquio
Del mismo diablo.

Mira, los negociantes,
Son circunloquios,
Que van dando mil vueltas,
Con el comercio.
Por mar y tierra,
Los giros que van dando
Les dá la guerra.

Mira al rey y al vasallo
De eso blasona:
Este con la obediencia,
Y él con corona.
Trae en su frente
Circunloquio brillante,
Que arrastra gente.

No hay sin el Circunloquio
Cosa ninguna:
Con él hacen su rueda,
El sol y luna.
Y en las estrellas

FRAY GERUNDIO

Hallarás Circunloquios
De luces bellas.

Circunloquio es en suma
Un fenómeno,
Que dá vuelta redonda
A malo y bueno;
Es como el Ente,
Todas las diferencias
Lleva en su vientre.

FIN DEL CIRCUNLOQUIO PRIMERO.

APÉNDICE.

Jácara nueva y curioso romance.

Allá vas, Jácara nueva,
Jácara valiente y guapa,
Jácara de macarenos,
Jácara de rompe y rasga,
Jácara con su penacho,
Jácara de uñas y garraz,
Jácara con sus vigotes,
Jácara de gresca y zambra,
Jácara que va corriendo,
Que se la lleva la trampa.
Y aquí invoco, no á las musas,
No de los sátiros flautas,
No de Apolo la corneta;
Sí de Galicia las gaitas,
Sí dulzainas de Valencia,
Sí el tamboril de Vizcaya:
Toda suerte de chiflatos,
Toda especie de guitarras,
Todo género, é individuo,
Con sus piés, manos y patas,
De salterios mal acordes
De Rusia y la gran Tartaria;
Flautas, pitos, travesías,

De la membruda Alemania.
Trompas de caza de Frisia,
Y cornucopias de Arcadia,
Zamponas de todo el mundo,
Y el Fole mayor de Arabia.
Resuene el chiflo canoro
Desde aquí hasta la Canaria.
¿Pero á donde gira el rumbo,
Y corre ó vuela que rabia,
La Jácara retumbante?
¿Oh contra quien se encarama.
La Jacara crespá en plumas,
Como quien echa las garras,
Y en plumaje, y los vuelos,
Uñas y cresta se calza?
Voilo á decir. Que la pena
Se alivia cuando se canta.
Oigo que andan en cuestiones
Los escribanos de España,
Sobre un cierto Fray Gerundio,
Que en los púlpitos escampa;
Y con mal sano consejo,
En sus sermones desbarra,
Perdida toda verguenza,
Y echada al toro la capa:
Sin pensar que á Dios no place
Un predicador Juan Rana:
O que puede el mal demonio
Soplar bien á quien mal canta.
No conozco á Fray Gerundio:
Pero sepá. si se llama
El Gerundio por buen nombre,
Que tiene muy mala fama.
El nombre no se lo envidio.
Ni le arriendó la ganancia;
Tenga consigo sus prendas,
Que yo no le quito nada.
Si audas trás los mosqueteros
Si gustas de truhanadas,
Tómese este mosquetazo,
Y mosquee con la bala.
No piense que gasto siempre
Toda la pólvora en salvas.

Un predicador Locarias
 A sí mismo se difama:
 Y al pueblo le escandaliza,
 Por más que él haga sus mangas,
 Ensartando disparates,
 Cuando le llega su tandá.
 Llámeme Gerundio ó Gerga.
 Y aunque coja buena ganga,
 No es ese oficio de cuerdos;
 Ni la cuerda esta templada
 En su lengua, y su cabeza,
 Si predica cosas vanas.
 Y en flujo de desconciertos,
 Los devaneos hilvana.
 ¡Oh Dios! y el ruido, que mete
 Un casco de calabaza.
 Pero al cuento, y prosigamos
 En la historia gerundiana.
 Yo no sé si más me quejé
 Del borrico, ó de la albarda.
 Digo, del que sube al puesto,
 Y dice las borricadas;
 O del concurso salvaje,
 Que los rebuznos alaba.
 Siendo el alma de la fiesta
 En funcion que todo es paja,
 El crador Juan Danzante.
 Y un sermon, que todo es gaita,
 Los oyentes todos bultos,
 Y el congreso todo danza,
 Sin haber quien considere,
 Que no estamos en la plaza;
 Y que funciones de Iglesia
 No son entremés ni farsa.
 Lo que les noto, y es cierto,
 Es que los lleva la trampa,
 Sin que les valgan excusas
 Al oyente, y al que habla,
 Cuando sobre sermon malo
 Uno con otro se rasca.
 Siendo como la Zampoña,
 Y el soplo que en folle ensancha,
 Ya saben, que aunque uno sea

A un tiempo gaitero y flauta,
Órgano con su teclado,
O las cuerdas y guitarra:
Si no hay mano, que lo toque,
Si el soplo en boca le falta,
Todo el órgano está muerto,
Toda la bandurria calla.
Las teclas todas se amorrán,
La cuerda no brinca ó salta.
Y el fole más vocinglero,
No chilla ó chista palabra.
De suerte, que falta el son,
Aunque esté á punto la danza;
Y dado que el son no falte
Y mueva á danzar la gaita,
Es como si nunca fuera,
Cuando al son ninguno baila.
Así que es común la culpa,
Y en ambos encuentro falta,
Si es gayetero el orador,
El pueblo ¿por qué lo aclama?
Y si el concurso es gaitero,
¿Por qué no le desengaña
El orador, que debiera
Predicar al pueblo al alma?
Así, pues, que obran de acuerdo
Y andan juntos en la falsa.
Juntos bien, juntos huelgan,
Juntos hacen la ensalada:
Y así como pecan juntos,
Soltarán juntos la maula,
Cuando al ajustar las cuentas
Vengan juntos á la paga.
Si bien al que peca doble,
Se dará pena doblada.
No piensen los oradores,
Que les contarán por gracia,
El chiste, los chicoleos,
La chanzoneta, la gala,
El meneo, la chufleta,
Y el garbo con que echan planta.
Es mayor el juicio entónces
De quien menos se recata,

Y toca al que es más liviano,
La sentencia más pesada.
Las burlas se vuelven veras,
El rigor sigue á la chanza,
Y para en tragedia el cuento,
Que empezó por mojiganga.
Pero, pues, los del Gerundio
(Hombres de maldita casta,)
Por razón no se gobiernan,
Y el juicio en ellos no canta:
Hechos á andar con el mundo,
Y á pasar por lo que pasa,
Llevan, que el que vive vive,
Que lo de después hoy no arma
Contra el gusano, que muerde,
Contra conciencia, que clama,
Contra su propio decoro,
Contra Dios y su palabra.
Oigan el grave conjuro
Que un ciego les pone al arpa,
Y el auditorio no ignore
Lo que en su cara les canta.
Mal haya quien gerundea,
Y hace del templo campaña,
Aunque sea en los sermones
De una cofradía asnarga.
Quiera Dios les dé San Blas
Un mal rato de garganta:
Ya que no quieren á buenas
Enseñarnos cosa sana.
Plegue á Dios que no descargue
Al auditorio otra plaga,
Y en las orejas y el gusto,
No les nazca alguna sarna.
Puesto que en las cofradías,
Celebran las truhanadas;
Y oyen más haina á un loco,
Que al que dice cosa santa.
Mas porque esto es general,
Y por si lo otro no alcanza,
Voilos á atacar en cuerpo,
Y carga con la plegaria.
Quiera Dios, que si es bonete,

Que en cuatro puntas remata,
Todo se le vuelvan cuernos
En la frente y en la cara.
Y uno se le encaje ó meta,
Aunque sea media cuarta,
Donde no digo, y se sabe,
Como es entre nalga y nalga.
A ver si escarmienta y sabe
Predicarpos siempre al alma.
Quiera Dios que si es capilla,
Cuando toda se la cala,
Se le vuelva en caperuza,
Montera, ó cosa que valga.
Ruega que de más á más.
Cuando el cerquillo se rapa,
El barbero no le deje
Pelo en la cabeza flaca,
Para que por calva-trueno
Se le tenga por la calva,
Y sepan todos que tiene
Rapado el juicio á navaja.
Quedáseme todavía
El mejor pajarero en jaula.
Será el cuervo que lo huele
De á legua, y así se escapa.
No se irá, que la justicia
Es igual, y va que raja,
Quiera Dios, que si es teatino,
Con su manteo y sotana.
Y aquel sombreron de duelo,
Con que á las viejas espanta.
No hablo del ropon que viste,
Y es cuento de mangas largas
Para si mismo el manguito,
Para los niños las pasas.
Quiera Dios, que cuando tienda,
Más seguro pluma y garra,
Ninguna vieja le deje
En el testamento nada.
Que el tabaco, y chocolate
Se le pudran en la caja,
Hasta que crie carcinoma
De los sesos en la tapa:

O en el vientre aquel gusano,
Con que la conciencia sana,
Que no entre en su puchero
Carnero negro, que vala:
Y que su caldo no cate
Gallina negra ni blanca.
Bástale como á los otros
Su media libra de vaca.
A todos ronde el conjuro,
Hasta tanto, que se vaya
De los pulpitos y templos
Todo esta maldita p'aga.
Y quedemos en que es bueno
Predicar bien, pero al alma.
Esto es lo que en los Gerundios
Persuade un libro de plata.
Belzebú es rey de las moscas,
Y este las moscas espanta;
Esto es lo que en Circunloquios
Mi fóllo volante trata.
Prosa que suelta el enigma,
Copia que el misterio canta,
Via recta van perdidos,
Si el Circunloquio no alcanza.
Esto es lo que yo pretendo
En esta Jácara parda;
Que aunque divierte á lo chusco,
En tono muy serio acaba.
Todo sermon, si es cristiano,
Tira á Dios, y es su palabra.
Mire bien no le conculque
Quién la siembra: porque basta
Lo que el mal d-monio pierde,
Y el hombre bueno no agarra.

CARTAS APOLOGÉTICAS

EN DEFENSA DEL AUTOR É HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR
FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS,
CONTRA EL PAPEL QUE DIÓ Á LUZ EL PENITENTE DEL
M. R. P. P. MARQUINA.



CARTA PRIMERA.

Que se me antojó escribir á cualquiera que la quiera leer.

MUY señor mio: ni á V. le ha pasado por la imaginacion el escribirme, ni á mí me pasó por la calavera el responderle. Así pues, esta carta breve ó larga (pues no sé lo que saldrá, no es respuesta ni calabaza. Es un turbion, es un ímpetu, es una ráfaga, es un empuellon, es un antojo, es una manía, es en fin todo lo que V. quiera que sea, porque es cuestion de nombre, y no es negocio de que andemos á estocadas por este, como se llama. Acabo de leer un papelon sin título ni autor, sin nombre fingido ni verdadero, propio ó prestado; con que no puedo decir á V. como es su gracia; solamente puedo asegurarle que no la tiene. Suena escrito por un Penitente del P. Marquina, Capuchino, y Capuchino muy conocido; pues el mismo escritor afirma, que su confesor el

Padre Marquina exclamó esto, le dijo aquello, le aconsejó lo otro y le enseñó lo de más allá. No dá más señas de su persona, y aún éstas (por lo que luego diré) se me figuran postizas. Así, pues, hablaré con el señor Penitente, ya que plugo á su Merced presentársenos en este compungido estado. Y si consiguieren hacerlo Penitente arrepentido (de lo que no desconfío, mediante la divina gracia), no se habrá perdido mi trabajo. De contado afirmo á Vuestra Merced con toda seguridad, que el tal señor Penitente no es el Penitente instruido por el V. P. Señeri; pues ya verá Vuestra Merced pruebas convincentes de que al pobre pecador le falta mucha instruccion. El susodicho papelon del sobredicho Penitente tiene gana de ser una furiosa impugnacion, ó, por mejor decir, unas baquetas generales y de muerte del primer libro de la ruidosa *Historia del famoso Predicador F. Gerundio de Campazas*. Sin haber salido de este libro, queda ya calificada la obra por el devoto Penitente, «de
«impía, de blasfema, de injuriosa y denigrativa de
«todo el Estado Eclesiástico, Secular y Regular; de
«ofensiva á los Prelados de la Iglesia, al Tribunal de
«la fé, á la soberana autoridad del Rey, y, en fin,
«*rea læsæ majestatis divinæ et humanæ*;» como delincuente y convicta de todos los demás atroces delitos pasados, presentes, futuros y posibles; salvo el deicidio, que éste quizás se reservará para el baqueteo del segundo libro. ¿Juzgará Vuestra Merced que esto me removié la cólera, y me encrespó la irascible en superlativo grado? Se engaña Vuestra Merced enormemente: jamás ha estado aquel humor tan tranquilo, ni este afecto más en calma: así lo hubiera es-

tado el de la risa; porque no me hubiera dado tan mal rato. Consentí que me sucediese lo que á aquel romano, á quien dicen quitó la vida una carcajada: por lo ménos las mías fueron tales, que en su comparacion, tengo para mí eran carcajadas de teta las que se usaban en la fiesta del Dios del regocijo: *Et grandes mirata est Roma cachinnos*. Sosegadas algun rato estas cosquillas del gáznate, comenzaron á hormiguear tan vivamente las de los dedos, que no me pude contener sin tomar la pluma, para ver si las podia apaciguar de aquel prurito ó comezon de escribir, que no acerté á explicar al principio de esta carta si me la escribiria solo á mí mismo, ó la comunicaria á otros para que hagan cuenta se la escribo á ellos. Todavía no lo sé; eso será conforme ella saliere, y como á mí me diere la gana.

Ahora le tengo de desbuchar á Vuestra Merced los motivos que tengo para creer y sospechar que el tal escribiente ó escritor, no es ni puede ser Penitente del P. Marquina, segun lo que él mismo dice y sienta en el número primero: *Que los confesores se conocen por los confesados*. Si esta máxima es cierta con la generalidad que el buen hombre la pronuncia (gracias á Dios que no la es), resueltamente digo, ó que no es Penitente del referido Padre, ó le hace una injuria atroz, ó debe volver al molde su doctrina, para fundirla de nuevo, achicándola un poco la universalidad. ¿Quién ha de conocer aquél confesor por este confesado? Aquél religioso, éste ni aún buen cristiano; aquél humilde, éste lleno de vanidad y de propia satisfaccion; aquél modesto, éste destemplado; aquél de profesion austera, éste desahogado de pro-

fesion; aquél versado en leer libros, éste en revolverlos; aquél sabio, éste ignorante; aquel veraz, éste embustero; aquél lleno de celo, éste de furor. A su tiempo verá Vmd. si me desmando ó exagero; pero mientras tanto dígame Vmd., para mi consuelo, ¿si por las señas de este confesado se puede venir en conocimiento de aquel confesor?

¡Pobre Padre Marquina! si fuese cierto que los Confesores se conocen por los confesados, y que era confesado suyo este Penitente, no le arrendaria yo la ganancia; porque seria preciso confesar que el Padre Marquina era un hombre furioso, presuntuoso, envidioso, revoltoso, vanaglorioso, mentiroso, calumnioso, artificioso y todos los acabados en *oso*, que suenan á ferocidad, como leon, tigre, escorpion y ansisirena. Esto último lo dije no más que por aprovechar este versecito: *Et gravis ingenium vergens caput amphisireni*. Pues, por lo demás, ¿qué se yo si viene á cuento? Por lo ménos, *hæc est vera effigies* de su devoto y compungido confesado. Pero consuele su Reverendísima, que el pobre pecador no lo dijo por tanto, y va tanta diferencia del retrato del penitente al original del Confesor, como va de lo vivo á lo pintado.

Otra sospecha de que el tal Penitente, ó no lo es del Padre Marquina, ó si lo es, este religioso no es sino su Confesor de honor (como dicen que ahora se usan algunos): se funda en otras cosas, que dice el santo varon con un candor que edifica. Afirma en la introduccion, «que no obstante que sudirector insiste
« en que se abstenga de escribir contra esta Historia,
« para no entrar en el número de los ignorantes;
« ayisándole que tiene en el prólogo un durísimo

« morrion para burlarse de las cuchillas y saetas de
« parvulillos; y que toda esta obra parece sana y útil,
« sin sátiras ni dicterios que la puedan hacer dela-
« table á los Tribunales; con todo eso, á su parecer,
« es digna de delacion, por satírica, sacrilega y es-
« candalosa ; para lo cual formará aquí los reparos
« que tenga , y pondrá los remedios.» Concluyendo
con una protesta en tono de amenaza , capaz de ate-
morizar y de poner tamañito al corazón más intré-
pido. Vea aquí Vmd. un Penitente bien rebelde , ó á
lo ménos cándido como él solo ; pues paladinamente
confiesa, que su Confesor le aconseja una cosa , y él
hace otra; que su Confesor es de un parecer , y él de
opuesto; que su Confesor lleva una opinion, y él lleva
la contraria con el doctísimo Borradas. Su Confesor
le aconseja que no escriba contra la obra, y él escribe
contra ella. A su Confesor le parece sana y útil, y á
él le parece pestilencial y perniciosa. Su Confesor
juzga que no tiene sátiras ni dicterios que la hagan
delatable; y él juzga que es digna de delacion , por
satírica y escandalosa. Y es de advertir que este dic-
támen de su Confesor no fué un dictámen ni un con-
sejo repentino, transeunte ó pasajero; fué premeditado
y repetido con empeño. Esto quiere significar el ver-
bo *insistir* con que se explica el confesado. «Mi Con-
« fesor *insiste* en que no escriba.» Pues ahora, un
Penitente que desprecia los saludables avisos de su
Confesor, que no hace caso de sus consejos y que se
burla prácticamente de sus paternales amonestaciones,
inculcadas con instancia , ¿ no dá motivo para
creer que solo es un Penitente *ornatus gratiæ*; y que
lo tiene por Confesor solamente *ad pompam et ho-*

norem? Por estos motivos estoy muy tentado á creer, que no es Penitente de quien dice; ó si lo fuere, en esto de la confesion seguirá sin duda la brutal opinion de aquel impío que cantaba:

Mi confesor me dice

Que no te quiera:

Yo le respondo: ¡Ay Padre!

¡Si usted la viera!

Pero lo que nunca creeré, aunque para convenirme de ello se celebrara una congregacion general de todos los críticos del mundo, es (aunque no faltó quién intentase persuadirme) que el autor del papel no era el confesado, sino el confesor; no el penitente del padre Marquina, sino el mismo padre. *Abrenuntio: vade retro*. Yo no sé si el autor de la *Historia de Fray Gerundio* conoce, ó no conoce al padre Marquina; porque esto de conocerse los hombres unos á otros, es más obra de lo que parece. Lo que sé es que yo conozco mucho al padre Marquina, y á mi parecer lo conozco bien. Por esto, nadie me persuadirá á que sea suyo un escrito tan necio, tan ignorante, tan insulso, tan mordaz, tan furioso, tan insultante, tan inconexo, tan inconsequente, tan mentiroso, tan vengativo; y todos los demás *tanes* que no suenan á bien. El padre Marquina edificó á Madrid con su vocacion, á Roma con su actividad, á Galicia con su celo, á Orán con apostólicas fatigas; y en su religion hace hoy una figura muy recomendable. El padre Marquina ha sido oido en los púlpitos con estimacion. Ha merecido concepto en las consultas; y en los escritos que ha publicado (aunque yo he vis-

to bien pocos), me dicen que ha logrado aceptacion. El padre Marquina (segun afirma el escritor del papelote) ha profesado antigua y fidelísima amistad con el que quieren suponer autor del *Fray Gerundio*; y no se sabe que éste le haya ofendido jamás de pensamiento, palabra, ni obra. Pues, ¿cómo me he de persuadir yo de que sea autor de un papel, que tan mal trata á su antiguo y fidelísimo amigo; aún cuando el papel estuviese escrito con otro gusto, con otra sal, con otro tiento, con otro juicio, con otra ciencia, y con otra critica? *Credat Judæus Apella.*

No ignoro lo que se puede responder á esto. Diráse *Amicus Plato, sed magis amica veritas*: y que cuando se trata de volver por la Religion atropellada, por el Estado Eclesiástico secular y regular ofendido, por los prelados de la Iglesia ultrajados, por los tribunales puestos á los piés, y por la misma potestad real usurpada ó desatendida; no hay amistad que valga: porque *amicus usque ad aras*; y en llegando aquí beso á Vmd. las manos, y á Dios, amigo. ¿Sea por ahora así, y supongamos por un momento cierto todo lo que significan estas voces campanudas. Se hace verosímil, que en este caso el caritativo padre Marquina dejase solo de serlo con su fidelísimo y antiguo amigo, omitiendo en gracia de su antigua y fidelísima amistad, todos los preceptos de la correccion fraterna? ¿Habia de hacer añicos estas reglas él mismo, que tanto las inculca en su papelote número nueve? ¿Habia de darle el aviso fraternal y privado, por medio de un papelon lleno de injurias, divulgado en la corte, y acaso en toda la España, ántes que llegase

á manos del miserable delincuente? Y me querian persuadir que un varon tan religioso, tan circunspecto, tan letrado, tan canonista, tan teólogo como el padre Marquina, ¿habia de incurrir en este grave absurdo contra la santa caridad? Lo dicho dicho: *Credot Judæus Apella.*

Es verdad que parecen muy fuertes las razones en que fundaba su cavilacion el que pretendia encajármela á mí. Apuesto yo á que ya ha consentido Vmd. en que se las voy á exponer. Pues engañase, y echa acá la maula; porque, como no sé quien es Vmd. pide la prudencia que no le diga todo lo que sé, ni todo lo que digo. ¿Qué sé yo si será Vmd. alguno de aquellos boquirrubios, bonísimas, docilísimas criaturas, que se convencen de todo lo que leen, ó de todo lo que oyen; y tienen por demostraciones las más miserables fruslerías? En este caso, infaliblemente daria Vmd. al padre Marquina por convicto y por confeso, si yo le expusiera los motivos en que fundaba su sospecha, él que nos la queria embocar por evidencia. A la verdad no eran fruslerías, sino razones presentadas con tan buena cara, y al parecer tan ramplonas, que aún á mí me harian titubear, si no fuese tan estrecho de tragaderas, y tan acribador de granzones, que quieren colarse para trigo de buena calidad. Como estoy persuadido á que no siempre lo más verosímil es lo más verdadero, y á que *multa falsa sæpe sunt probabiliora veris*, me quedé en mi incredulidad; y más cuando noté que apuntaba algunos argumentos maliciosos, y que hacian poco honor á dicho Reverendísimo Padre y nunca deben entrar hombres de crianza en esto que se llama *contiendas literarias y remo-*

quetes de pluma, ni aún en disputas de otra clase. Por lo cual Vmd. se estará en su curiosidad, y yo en mis trece, de que el Reverendísimo Padre Marquina no tiene más arte ni parte en el papelote, que el dolor con que le contemplo, de verse nombrado en él tan importunamente: queriendo el impertinentísimo escritor abrigarse ó protegerse á la sombra de tan venerables como religiosas barbas. Pero le sucedió lo que al ciervo de la fábula, que pretendió refugiarse entre los bueyes, y lo descubrió lo desmesurado de sus cuernos. Por tanto, vuélvome á mi padre penitente, y dejemos al señor confesor, que no ha pecado; y si ha pecado algo, será algun pecadillo, como el de las polainas, que se cuenta allá en el último arrabal del papelote, con una sal que derrite los hijares.

Quisiera dejar todo lo que se llama *Prólogo al autor* de la aplaudida *Historia de Fray Gerundio*; porque naturalmente me enfada gastar la pólvora en salvas, pero por otra parte me hace lástima echar á las espaldas mil preciosidades que contiene. Amen de esto, no se puede tomar una plaza por sitio regular, sin echar primero á tierra, ó á lo ménos sin apoderarse ántes de las fortificaciones exteriores. Vamos pues con un polvo, un gargajo, un refregon, y manos á la obra. El prólogo es de nueva invencion, pues comienza en tono de carta: *Mi carísimo dueño, y favorecedor antiguo* (esto va bueno, carísimo, culto y cortesano): *Sabe Dios que he procurado con vivas ansias conocerte*. Esto ya no va tan bueno; pues un tuteo tan de topetón al primer abordó y en prosa, descubre luego las zurrapas tras del tapón, y suena á crianza de polainas. En verso ya es permitido, y se

puede tutear al Rey y al Papa, sin que se den por agraviados, por la etiqueta del Parnaso: así lo dijo el discreto Fray Supino en aquella admirable carta, que escribió al Reverendísimo Padre Gerundio:

*Tú el travieso, tú el bellaco;
Pero ya de túes baste,
Aunque el Parnaso me dé
Licencia para tutearte.*

Mas en prosa castellana, (señor Penitente, perdóneme Vmd.) es rusticidad y grosería. Salvo que Vmd. sea tan antiguo y fidelísimo amigo del autor, como su padre Confesor, y que aquel le hubiese permitido esta llaneza, que entónces seria otra cosa. Miéntas tanto yo bien sé que los Grandes se tutean por grandeza; pero los pequeños no siendo hermanos ó cosa tal, siempre lo hacen por parvulez. Sin embargo, este es chico pleito: y los cinco *túes* en rengle, que Vmd. le espeta una línea más abajo, *de tu aspecto, de tu traje, de tu profesion, de tu trato y aún de tu estado*; vayan por las cinco llagas. En latin encajaron á un amigo mió otros cinco *túes* en este breve pentámetro:

Tuté te fugias, si tu cupis esse tuus.

Y él los celebró mucho. Pues ¿por qué he de sacar yo la espada contra Vmd. por la bagatela de que haga al autor del Gerundio el *tu autem* del tuteo en romance? Y más, que, segun Vmd. es de agudo, está á pique de que me retrusque con el prólogo del mismo autor, y de todos los prólogos que se usan en el mundo, en los cuales es moda el tuteismo. A qué añadirá

Vmd. muy satisfecho en su triunfo, que tambien es prólogo su carta; y que si el tutéo no viene á carta, viene á prólogo. En este caso ¿qué podré responder yo miserable de mí? Aún, para consuelo de V. y su mayor disculpa, le he de regalar á V. con este cuentecillo.

Salió á caza cierto señor de grande entendimiento, pero de presencia un poco vâsta. En el monte se desvió de sus criados, y se encontró con un lego de cierta religion, con quien trabó conversacion. El bendito lego, teniéndolo por algun labrador de la comarca, desde el primer embion comenzó á tutearle. A pòco rato vinieron los criados, y uno de ellos le dijo: *¿Gusta V. Excelencia de montar?* Sorprendióse algun tanto el lego, y dijo al señor: *Perdone, hermano, que no sabia que su Señoría era Excelencia.* Pero el señor le consoló, diciéndole: *Padre, no le dé cuidado; pues ya sé que tengo traza de tú por tú.* He oido decir que el autor del *Fray Gerundio* no es cosa; y así puede consolarse el devoto penitente. Sobre todo si dicho autor tiene traza de Cerbero, de Sátiro, de Esfinge, de Avestruz y de Gavilan, como nos lo dice su merced, el señor Penitente un poco más abajo, ha hecho tan lindamente en tutearle. Porque ¿quién hasta ahora ha tratado aquellos mónstruos, ni á estos avechuchos de Vmd. de *Señoría*, de *Paternidad* ni de *Reverencia*? Lo que no puedo perdonar al señor Penitente es, que levante al Cerbero el falso testimonio, de que con sus tres bocas entona escandalosos latidos contra la fé, la esperanza y la caridad. No sabíamos hasta de ahora, que fuese éste el oficio de aquel perro, mastin ó dogo, hijo legítimo, y de legíti-

mo matrimonio del gigante Tison, y de su mujer Echiana. El Cerbero que de padres á hijos, y de abuelos á nietos, ha llegado á nuestra noticia, era un perrazo como un filisteo, de tres cabezas, tres bocas y tres fauces; que se acomodó por portero del infierno de Pluton, ó en el infierno. Era su incumbencia, hacer pedazos á las almas que pretendian salir; colear, ó colobear, halagar y hacer muchas fiestas, y abrir las puertas á todas las que se presentaban para entrar, sin meterse jamás con las tres virtudes teológicas, que ni aún de cara conocia el grandísimo mastin. Este es el Cerbero de quien teníamos alguna noticia: del otro de quien habla el señor Penitente, nada habíamos oído, con que tengo para mí, que es un Cerbero formado en su célebro. Vamos claros, que el anagramilla no ha salido del todo desgraciado; y si hubiera alcanzado los tiempos del dómine Zancaslargas, apuesto á que le premiaba. Lo de Sátiro volante, que se sigue después en aquellas palabras: *¿Pero quién se admira de que vuela un Sátiro?* tambien me ha dado coz, porque es un Sátiro de nueva especie, nunca visto ni oído en los bosques, ni en las selvas. Los sátiros que se estilaban allá cuando las madres parian sátiros, así como ahora paren penitentes, eran unos semi-dioses, medio-hombres, medio-cabras, medio-castrones, que presidian en las selvas y en los bosques, con los Faunos y los Silvanos; toda gente alegre y divertida; pero un poco agreste, rústica y salvaje. Nunca se vió sátiro medio-gavilán, medio-avestruz, ni aún siquiera medio-murciélago. Sus cuernillos, sus ojos hundidos, su cara piramidal, su barba larga, su medio-cuerpo de

castron, sus piés de cabra: y servitor. Pero sátiro con alas, no sé que haya visto hasta que el señor Penitente la sacó á volar: y así el primero que se admira de que vuela un sátiro, soy yo; y estoy seguro de que después se han de admirar todos los demás que no tengan noticia de esta nueva fundacion de sátiros. Monsieur Tulp, célebre médico holandés, refiere en sus observaciones, que se condujo de Angola á Holanda, y se presentó á Federico-Enrique, Príncipe de Orange, un sátiro cuya estatura era de un niño de tres años, la corpulencia como de seis, el cuerpo cuadrado, y lo demás como cualquier cristiano, salvo que tenia cuatro piés. Previene que era sátira, no sátiro; esto es hembra, y no macho; pero yo creeré que no era sátira, ni sátiro, ni calabaza, sino un mónstruo de la especie humana, como los muchos que vemos cada dia. Pero al fin, ni esta señora sátira tenia una alita de mosca de burro para elevarse un poco. Esto siendo así, que las sátiras, especialmente si son buenas y de ley, muelan mucho. Por tanto lo dicho dicho: yo soy el primero que me admiro de que vuela un sátiro.

Lo que no me admira, ni me admirará jamás, es la estrafalaria inconexion con que trae esta exquisita erudicion el compungido penitente. La cláusula inmediata dice así: *Peró no sé en que consiste, que al momento se me desvanece cuanto habia concebido, cayéndoseme las armas de las manos, cuando quiero herirle;* y añade luego sin interrupcion, *pero ¿quién se ha de admirar de que vuela un sátiro?* Hermano confesado, ¿qué conexion tiene esto de que vuela un sátiro, con que á Usaca se le caigan las armas de la

mano? Pues que, ¡en viendo volar un gorrion, luego se le caen las armas de la mano! ¿Y por qué no podrá herir á ese pícaro de sátiro, por más que vuele? Apúntele bien, tírele un escopetazo, y verá como le alcanza aunque su vuelo sea más rápido que el de un arajarque. Pero ¿qué sabemos? quizá no será diestro en la caza de volatería, y solo se habrá ejercitado en correr liebres con galgos, de que dá bastantes muestras en su papelon; pues algunas liebres levanta, que no hay galgos que las alcancen: v. gr. la de esfinge con tres caras, una de jesuita, otra de Fray Blas y otra de Barbadiño. La primera sería y grave; la segunda loca y presumida; la tercera locuaz y bulliciosa. Hé aquí una bellísima esfinge de la última moda. Señor Penitente, los puntualísimos y verdaderísimos anales de la fábula y de la mentira, no hacen mencion más que de una sola esfinge, con que Juno, en venganza de cierta bellaquería de su marido Júpiter con una moza de Tebas, castigó á los tebanos, y se la embocó en su monte Cyteron. Esta tal dicha esfinge no tenía más que una cara, y esa linda, cuerpo de perro, garras de leon, cola de serpiente y alas de murciélago, para mayor gracia. Las otras dos que Vmd. le añade, son de pura liberalidad. Y cierto que con una cara de jesuita, y otra de capuchino, sería de ver la señora mia. Soy de parecer que Vmd. la quite esas dos caras, con que se ha dignado regalarla; pues con ellas no la ha de conocer la misma Juno que la parió. Y de camino prevengo á Vmd. caritativamente, que en adelante dijiera mejor lo que lee; porque si en las tres primeras trivialísimas erudicioncillas, con que Vmd. nos hace merced, desbarra

tanto, ¿qué confianza podemos tener de las otras cosas más hondas, que toca en su marmotreto?

Pero ya que estamos en el capítulo de la esfinge, me hace lástima dejarle de la mano, sin añadir lo que se sigue. Divertíase esta doncella en estos que llaman *acertijos y quisicosas*, que ponía á los caminantes: llamábalos con blandura, mirábalos halagüeñamente, y les proponía este enigma, con un cariño y una melosidad, que admiraba el alma: *¿Qué cosi-cosa es un animal, que á la mañana anda en cuatro piés, al mediodía en dos y á la noche en tres?* Los pobres pasajeros daban por aquellas encinas (ya que no podían dar por aquellas paredes, siendo cosa muy natural, que no hubiese paredes en el monte); no acertando con el enigma, eran irremisiblemente despedazados por la suavísima doncella. Tanto que afirma cierto autor anónimo Mendo de tal, que el monte Cyteron parecia cementerio, segun los huesos y calaveras de los tebanos, que se veían esparcidos por todo él; hasta que en fin quisieron los dioses inmortales que pasase por allí el principe Edipo, jóven de raras aventuras, y desató el enigma, diciendo, que ese animal era el hombre, el cual cuando niño (que es la mañana de la edad) anda en cuatro piés, porque anda en brazos ajenos; cuando mozo (que es á mediodía) anda en dos; y cuando viejo en tres; porque un baston ó una muletilla ¿á qué viejo se le puede negar? Desesperóse tanto la buena de la doncella de ver desatado su acertijo, que de pura rabia se echó por un precipicio, que debia de estar por allí á mano, y se hizo pedazos la cabeza; que cierto fué una grande lástima. No le hubiera sucedido esta

desgracia, si Vmd. y otros penitentes de su pelo hubiesen nacido en aquel tiempo; pues Vmd. y ellos son unos animales, que cuando niños, cuando mozos y cuando viejos siempre andan en cuatro piés. Y en verdad, que si entónces se usaran muchos hombres semejantes, el serenísimo señor Edipo no lo hubiera contado por gracia.

Está conocido, que el penitente no es feliz en mónstruos fabulosos; veamos si tiene más fortuna en pajarotas verdaderas, sucediéndole lo contrario que á los poetas, segun la discreta salida de aquel inglés, que habiendo compuesto un poema en elogio del usurpador Cromwel, y habiendo compuesto otro celebrando á Cárlos segun lo, legítimo Rey de Inglaterra, cuando el parlamento lo restituyó al trono de sus antepasados, se le presentó al Monarca. Este le leyó y dijo: *Mejor estaba el que compusistes á Cromwel.* A que respondió prontamente el panegirista: *Señor, es que los poetas siempre son más fáciles en la ficcion que en la verdad.* Como el penitente no es poeta (ó á lo ménos no lo parece), puede ser que sea más dichoso en la verdad que en la ficcion; y que habiéndole salido tan mal lo que dijo del Cerbero, del Sátiro y de la Esfinge, le salga mejor la comparacion que hace del autor del Fray Gerundio, con el *avestruz* y el *gavilan*, de que habla el profeta Job, (no sabemos con que razon, ó con que autoridad pone á Job en la clase de los profetas) en el capítulo 39.

De contado es cierto que ya tardaba la aplicacion-cilla de un texto de la Sagrada Escritura, para insultar al autor, y para amenizar el papelon. Un textecillo en este género de composiciones ó desbarros, es una

preciosidad, diga lo que dijere el sagrado Concilio Tridentino. Y aun que el Penitente en otra se muestra (con mucha razon, así fuera con igual oportunidad) acerbísimo defensor de esta justísima prohibicion, eso no importa, que á él no le perjudica; por cuanto tendrá privilegio para no conformarse con ella, segun le viniere á cuento. Sea lo que fuere, el desdichado autor habrá de tener paciencia; porque si no fuera el cerbero que vomita (me equivoqué), el cerbero que entona, porque el cerbero es grande entonador) escandalosos latidos contra las tres virtudes teologales; sino fuere el sátiro con alas, ó la esfinge con las tres caras, por lo ménos de ser el avestruz y el gavilan de que habla el profeta Job, no se escapa. El texto claro como el agua; y la aplicacion al autor del Fr. Gerundio no hay expositor que no la haga: *Penna structionis similis est pennis occipitis*. ¡Que serasque ahora el grandísimo bellaco! Pero aquí del reparo, prosigue el águila de los Penitentes: «¿Cómo
« pueden ser parecidas las plumas del avestruz á las
« del gavilan? Aquel pesado, éste ligero. Aquel ape-
« nas se aparta de la tierra; éste acreditando su cuna
« sobre las alas del viento (ahí es un granito de anís
« la clausulilla), tiene su comun habitacion en el
« aire. Aquél hipócrita de lo volátil; éste emble-
« ma de la altivez (buena expresion de la agilidad
« aguda). ¿Pues cómo pueden ser parecidas las
« plumas de dos aves tan diversas?»

Ea, no se fatigue el autor, que ya se va á explicar el Penitente, diciendo con el Profeta, que aunque son parecidas en alas, no son semejantes en el vuelo; pues una siempre vive elevada; y otra, por ser pesa-

da, abatida. ¿Qué le parece á Vmd. de este parrafito? ¿No vendria de perlas á un sermon de Cofradía, en que el Mayordomo se llamase *Toribio Gavilan*? Pero desplumemos primero el avestruz del Penitente. ¿Quién le diria á este señor, que el avestruz, porpe-sado, apenas se levanta de la tierra? Dice que se lo dijo el Profeta Job; pues aquí no nos cita otro. Pero el Profeta Job en el último capítulo dice lo contrario; pues pintando en los números 14, 15, 16 y 17, las demás propiedades del avestrúz, añade en el 18: *Cùm tempus fuerit, in altum alas erigit: deridet equum et accessorem ejus*: A su tiempo (esto es cuando lo persiguen), levanta el vuelo muy alto, y se burla del caballo más ligero, dejando con la boca abierta al cazador. En verdad que esto no prueba ni tanta pesadéz, ni vuelo tan atterrado como lo pondera el señor Penitente. ¿Y si levanta estos testimonios á los Profetas, á los que no lo son, qué testimonios no levantará? Fuérale mejor acusarse de esto á su Padre Confesor, seguir sus prudentes consejos, y no meterse en lo que no entiende: porque en Dios y en mi conciencia, no le da el naípe para impugnador, siendo así que es un oficio muy fácil.

De propósito no le citó al Abad de Pluche, en su célebre *Espectáculo de la Naturaleza*, tom. 2, pág. 7, donde dice, con auto de Diodoro Siculo, que «las dos alas del avestrúz son fuertes, aunque cortas para poder levantar del suelo tan grande mole; solamente le sirven de velas ó remos para tender y sacudir el aire, lo cual le dá una grande ligereza á su carrera.» Mire si este pajarón es tan pesado como le pinta. Digo que no le citó al Abad Pluche; porque temo

que me diga que mis frases son propias de los *Novatores*; y que éstos me remiten las armas á mí tambien, como dice, que se las ministraron al autor de *Fray Gerundio*. Cuando leí este despropósito, me descompuso la risa mi natural medida, sin poderlo remediar; y me acordé de este casito gracioso. En casi todas las Comunidades de Salamanca se suele zumbiar por algun tiempo á los nuevos, llamándolos con diferentes nombres; en unas *Catecúmenos*, en otras *Neofitos*, en otras *Insectos* y en otras *Novatos*. En una de estas últimas habia un religioso (buen Fraile por cierto), que estaba muy mal con dicha zumba; pero no lo podia remediar. Por fortuna, tropezó un dia con una Bula Pontificia en que se hablaba mucho contra los Novatores, detestándolos y anatematizándolos como lo merecen. El santo religioso, que estaba más ejercitado en llorar pecados, que en revolver libros, vase luego con la Bula á la celda del Prelado, y dícele azorado y aturdido: *¡Lea, lea V. Paternidad, y ahora verá si eran bien fundados mis escrúpulos sobre estas negras zumbas, que se toleran para mortificar á los pobres Novatores!* Discurra Vmd. cuanto reiria aquel Prelado; pues no me reí yo ménos con la sandéz de nuestro Penitente, y de todos los que le acompañan, en tratar de *novatores* á cuantos les enseñan lo que ellos no saben; pretendiendo espantar con este coco aún á los que no son niños mentecatos ni badeas.

Los Novatores, señor Penitente, en todos tiempos se han llamado, y lo son únicamente aquellos que han enseñado ó enseñan nuevas doctrinas, contrarias á los dogmas de la fé, á las decisiones de los Concilios

generales, y á las tradiciones universalmente aprobadas y recibidas por la Iglesia. Los demás, que en otras materias pertenecientes á las ciencias naturales, ó descubren nuevos zumbos, ó ellos los inventan, separándose del camino comun y carretero, ni son, ni merecen el odioso nombre de *Novatores*, sino el de gloriosos descubridores de sendas ignoradas, ó el de inventores de rumbos verdaderamente nuevos, que quizás guiarán á la verdad por mejor y más seguro camino. Vea Vmd. con sosiego, y sin preocupacion, si hay algo de lo primero en el Fray Gerundio; y si lo hallare, y me lo hiciere ver á mí, yo seré el primero que grite contra el autor, y que le declare por *Novator in primo capite*; y sino se desdijere, tampoco seré el último que concorra con mi cornadillo ó con mi manojo á la hoguera. Algo pesadilla ha estado esta digresion; pero como nos hallábamos en el capítulo del avestruz, pegóme este pájaro la pesadéz con que á Vmd. regalo.

En órden al gavilan, tengo poco que decir: porque el Penitente le pinta, que ni el mismo D. Pedro Calderon de la Barca le pintaria mejor. Aquello de *acreditando su cuna sobre las alas del viento, tiene su comun habitacion en el aire, donde animada flecha de sus plumas, ya se dobla como arco, ya se vibra como saeta, ya se exhala como rayo*; no pareceria bien en una relacion que Cárlos hiciese á Laura al volverse de una caza de Cetrería? Es verdad que si yo fuese demasiadamente reparativo, algo podria decir sobre las alas del viento, que se me figuran á las otras alas del Sático; puesto que jamás he visto pintado al viento con alas; ni sé para que las haya de menester, una

vez que no ha de volar sobre sí mismo; pero este reparo se lo lleva el aire; y más cuando sabemos que hay ciertos vientos pestilenciales, que se llaman *Plumas*; y estas solo se diferencian de las alas en la forma y en el sitio. Más dificultad me causa aquello de que el gavilan sea *animada flecha de sus plumas*; porque no entiendo lo que quiso decir el Penitente; pero acaso ni él mismo tampoco lo entenderá; pues acá tambien tenemos nuestro Gali-Matías (1), aunque el nuestro sea *Matías* sin *Gali*. *Al exhalar* el solo como rayo. Eso sí, que estaba bien dicho, y filosóficamente; porque ¿quién no sabe que el rayo es un cuerpecillo sutilísimo y muy espirituoso, que se evapora de las nubes luego que les quitan el tapon? y como todas las nubes están con la boca hácia la tierra, en sacándolas el corcho (por ministerio del tirabuchon, como se hace con las botellas), el rayo se exhala hácia abajo. La filosofía es un poco nueva; mas no por eso le han de llamar *Novator* al Penitente. Dejémonos de fruslerías; y en todo caso el autor del Fray Gerundio tenga entendido que es la mitad gavilan; advirtiéndole no la hacen poco favor; pues á mal andar, ya se supone medio parecido al otro Padre Guardian, de quien se dijo (no sé si con razon ó sin ella):

Reverendo en Cristo Padre,
Seráfico Gavilan,
Prelado de San Francisco
De Asís, por lo que agarrais.

¿Pero apostemos dos cuartos á que Vmd. no sabe

(1) El Padre Marquina se llama *Matías*.

por qué el Penitente llama *avestruz* y *gavilan* al autor desdichado del Fray Gerundio? La razon es clara y concluyente. Porque *unas veces vuela al Templo, otras veces se abate á la cocina: unas sube al púlpito, otras baja á la dispensa: unas vibra sus filos contra la impericia de los Oradores Evangélicos, otras hace burla de un Clérigo y de un Fraile: unas se pasea por los miradores, azoteas y galerías; otras camina por los cuartos bajos: unas eleva las atenciones para que conozcan la altura de su sabiduría; otras deja á los bobos con la boca abierta.* Vea aquí Vmd. unas razones que no admiten réplica, en virtud de las cuales queda el autor concluyentemente convencido de ser *avestruz* y *gavilan*, sin que tenga escapatoria. Pero diga Vmd. al señor Penitente que pregunte á su P. Confesor ¿cuántas veces su Reverendísima voló al templo, y desde el templo voló tambien á cocina y al refectorio? ¿Cuántas subió por la mañana al púlpito, y por la tarde bajó á la dispensa? ¿Cuántas veces vibró sus filos contra la impericia de los oradores Evangélicos, y despues, para divertirse, se zumbó con algun Fraile ó con algun clérigo? ¿Cuántas se paseó por las galerías del convento, y después bajó á los lugares comunes? ¿Cuántas subió al campanario y desde allí se fué á las cantinas? ¿Cuántas elevó las atenciones para reconocer la alteza de su sabiduría, y cuántas dejó á muchos bobos con la boca abierta? Pues cate aquí otro *avestrúz* y *gavilan*, que no le pierde pinta al otro *avestri-gaviluchó*. ¿Qué digo? desde Adán acá no ha habido hombre, que no haya sido *avestrúz* y *gavilan*, segun este modo delicado de concebir: porque ninguno ha habido que no haya tratado de cosas ele-

vadas y abatidas, altas ó bajas, segun lo pide la necesidad. Quedamos, pues, en que esto lo dijo el pobre Penitente, para aplicar con la mayor delicadeza el texto del santo Job.

No, señor, téngase Vmd. ahí, replica el Penitente; porque *el autor, en el capítulo 5, núm. 8 y 10. y en el cap. 6, núm. 8, se abate á unas bajezas tan infimas, que solo el avestrúz más pesado y más soez pudiera abatirse á ellas.* Veamos cuáles son. En el cap. 5, núm. 8, cita el autor las palabras formales de cierto sermon que oyó; y en ellas un equívoco muy sucio; y está claro como el agua, que las cita para dar vaya, y todo contra el tal disparatado equívoco: pues añade inmediatamente que un gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno de hoguera. Dígame ahora: ¿una indecentísima bajeza, que detesta el autor tan fuertemente, será de cuenta suya, ó del orador Evangélico que la dijo? ¿Y con qué buena fé atribuye el Penitente al autor lo mismo que este detesta y abomina? La bajeza del núm. 10 se reduce á que un maestro de niños, gran estrafulario y socaliñas, y muy agasajador de niños, cuyos padres le regalaban más, bajaba él mismo las braquillas á un chicuelo, para que se proveyese. Esta ya se vé que es una bajeza avestruzal, que no sé yo como no se le cayó la cara de vergüenza al autor cuando se resolvió á estamparla. Señor Penitente, como Vmd. es tan melindroso y tan escrupuloso, es natural que jamás haya leído la abominable *Historia de Don Quijote de la Mancha*, que desterró del mundo los libros de caballería; así como en la *Historia de Fray Gerundio* se pretende desterrar del púlpito las

caballerías de los libros. Pero haga Vmd. que algun hombre mundanal y libertino, v. gr. un militar ó un cobachuelista (á los cuales honra Vmd. con este lisonjero título) le lea el cap. 20 de la tercera parte de dicha historia, en que se trata de la aventura de los batanes. Considere despacio (que es muy para considerado) el paso que el buen Sancho Panza se fué soltando bonitamente las aujetas ó el lazo de los calzones, con todo lo demás que verá el curioso lector; y dígame despues, ¿qué le parece de esta avestrucesima bajeza? mientras tanto que yo le aseguro, que han leído este pasaje innumerables paladares, incomparablemente más delicados y más limpios que el de Vmd., y no han hecho hazañerías ni aspavientos.

De la misma especie son los que Vmd. hace á lo que se dice el núm. 3 del cap. 6. Redúcese á contar que un niño pidió la *caca*; añadiendo que no sabia arremangarse: miren qué bajeza en un capítulo en que se trata de niños; como si no dijera el refran: *Quien con niños se acuesta*, etc. Que no quiero me avestruce Vmd., tambien á mí, si le acabo todo. Pero harto será que lo que más ofendió su pudibundo y doncel gargüero crítico de Vmd., no fuese aquella maldita palabra *arremangarse*, palabra obscena, palabra torpe, palabra diablamente soez, palabra detestable de la última detestabilidad. Dígolo porque así la han interpretado, y han metido mucha bulla otros Penitentes, ó, por mejor decir, otros pecadores como Vmd. Aquí viene lo de no sé que santo Padre: *Verbum purissimum, sed impurissimâ interpretatione donatum per mentem impurissimam*. Esta es una palabra limpia, honesta y sana, que la usan á cada paso

los autores más graves y más serios: si se le quiere torcer á sentido sucio, no es culpa de la voz, sino de los hediondos oídos por donde cuele, y de la apesadada imaginación que la recibe. Lo mismo sucede á otras voces muy honradas y muy puras, que han tenido la desgracia de estamparse en cerebros enteramente vacíos. No quiero decir á Vmd. qué palabras son estas, ni cuales las exposiciones que algunos las dan; porque tiene trazas de entenderlas como el que peor.

Solo me ha de permitir Vmd. que le traslade aquí un bello cuento del célebre Molière, en su *crítica* de la *Escuela de las Mujeres*, que es otra comedia sobre la admirable comedia que compuso debajo de este título; y la *crítica* es una noble y graciosa apología en defensa de ella. Notáronla de ménos limpia algunos Penitentes, que debían de ser de la misma fábrica de Vmd.; especialmente en el pasaje en que la taimada Inés, fingiéndose muy sencilla, se burló del ridículo, celoso y extravagante Arnolfo, diciéndole que su amante Horacio lo habia cogido él, la habia cogido él; y afectando que no se atrevia á pronunciarlo, hasta que al cabo paró en que Horacio la habia cogido el lazo ó la cinta con que el mismo Arnolfo la habia regalado. Sobre este él hacia grandes aspavientos una dama muy remilgada y muy cultilatina, llamada Clímenes; y decia á su amiga Urania, mujer sólida y de carácter muy diferente: «El lazo ó la cinta pasen; pero aquel él en que Inés se para ó se corta tan malignamente, aquel él que no se dijo al aire y sin misterio, aquel él sobre el cual se ofrecen á la imaginación ideas tan extrañas, aquel él me escandaliza

« furiosamente ; y por más que se diga , nunca se po-
« drá justificar la insolencia del tal *él* : y en fin la
« honestidad de una mujer. » Enfadóse la solidota
Urania, y le espetó esta admirable doctrina: « La ho-
« nestidad de una mujer no consiste en hazañerías ;
« á cualquiera cae mal afectar el ser más honesta ,
« que las que verdaderamente lo son ; la afectacion
« en esta materia es peor que cualquiera otra. No
« hay cosa más ridícula que una delicadeza de hones-
« tidad, que lo echa todo á la peor parte, que dá un
« sentido súcio á las más inocentes palabras, y se
« ofende de la sombra de las cosas. Créeme, que
« todas esas hazañeras melindrosas no por eso están
« reputadas por más castas. Al contrario, su misma
« severidad misteriosa y sus afectados aspavientos
« irritan la censura de todo el mundo contra su vida ;
« y se celebra mucho el descubrir algo , con que se
« las pueda hacer callar. » En la misma comedia de
Molière, habia unas mujeres en frente de nuestra ca-
marilla ó aposento, quienes, por los gestos que hi-
cieron todo el tiempo que duró la representacion,
por sus movimientos de cabeza, por aquel cubrirse
la cara á cada paso; hicieron decir mil cosas acerca
de su vida, que sin eso no hubieran dicho. Tanto,
que hasta un lacayo dijo, *que aquellas mujeres eran
mas castas de las orejas, que de lo demás*. Carísimo
Penitente, aplíquese esta doctrina, que yo estoy de
prisa, y no me puedo detener á hacer la aplicacion.

Pero dígame, candidísima criatura, después de
haber tratado al autor de Fray Gerundio de cerbero,
de sátiro, de esfinge, de avestrúz y de gavilan, ¿con
qué inocencia dice ¡Vmd. que « descubra su rostro,

« nombre y apellido; que no intenta hacerle mal, « sino darle mil gracias, por el noble asunto que ha « tomado, tan preciso y necesario para nuestro reino; « tan útil y decoroso al honor y gloria de nuestra na- « cion, que cualquiera otro asunto debe ceder con « maduro juicio á la necesidad de este argumento? » Ya se vé que no intenta hacer mal: lo más que pretende, es que se le declare por sacrilego, por blasfemo, por hereje..... ¿Y qué mal le puede hacer al pobrecito? Esas son las mil gracias. A mí me parece que aquello de la esfinge con tres caras, venia de molde al inocentísimo penitente: porque aquel mónstruo comenzaba con halagos y acababa con destrozos: y este buen señor, después de haber descubier- to un poco más las uñas, las retira, y convida al autor con cariños, para hacerle pedazos con las gar- ras. Solo hay la diferencia, de que aquél era mónstruo de la naturaleza, y el señor Penitente no lo es; porque ni es mónstruo de la naturaleza, ni mónstruo de la gracia, ni mónstruo de la sabiduría, ni (lo que es más) mónstruo de la ignorancia: porque mónstruo es aquel que se desvia mucho de lo comun y regular dentro de la especie; y este buen hombre ni poco ni mucho se desvia de lo regular que vemos en el comun de los ignorantes. Iba á dejar este pun- to, y me acordé de este cuento. No há muchos dias que un mozancon dió á otro un palo tan fuerte en la cabeza, que el pobre herido estuvo á pique de per- der la vida. Prendieron al agresor; tomáronle decla- racion, y él dijo con una sinceridad columbina, ó por mejor decir, asnal: *Es cierto que le di en la cabeza un palo con toda la fuerza que pude, y que tiré á ma-*

tarlo; pero no fué por hacerle mal, sino por escarmentarlo de una vez.

El párrafo que se sigue es aún más donoso. «Per-
«suádome (así comienza) á que nadie habrá cele-
«brado con más regocijo el feliz éxito de tu conduc-
«ta, como mi Confesor el P. Fray Matías Marquina;»
y acaba diciendo: «que el autor de la Historia de
«Fray Gerundio hilbana en ella tanto monton de dis-
«parates, etc.» Bendito entre todos los benditos,
(porque supongo piadosamente que la cuaresma de
los benditos no la perdona Vmd. y se le alabo mu-
cho) si fué tan feliz el éxito de su conducta, que
mereció los aplausos de su Reverendísimo Confesor
de Vmd. ¿cómo hilbana en su Historia tantos dispar-
ates? ¿Acaso una Historia, que se reduce á un hil-
van de disparates, merece que se celebre por un
hombre como el Padre Marquina, á título de una
obra de un éxito feliz? Esto es, de una obra que des-
empeñó felizmente su asunto: qué ¿esto quiere decir
Vmd. ó nada quiere decir? Santo religioso, ¡y en qué
manos ha caído! Vaya otro apretón. En el mismo
párrafo pone Vmd. en boca del propio padre estas
palabras: «El autor de esta Historia Gerundiana la
«escribe con acierto, sabiduría, gracia y chiste.»
Escribir disparates con *sabiduría* y con *acierto*, solo
podrá comprenderlo la dialéctica de Vmd.: *Utinam
tam veraciter quam lapidè* ya lo he leído muchas ve-
ces. ¡*Utinam tam recte quam sapienter!* solamente
lo leo ahora que Vmd. nos favorece con este descu-
brimiento. Si se escribe con sabiduría y con acierto,
no se escriben disparates; y si se escriben dispar-
ates, no se escribe con acierto ni sabiduría. Ola, se-

ñor mio, mire Vmd. que solo hablo de escribir disparates en aquella materia misma en que se escribe con acierto y sabiduría, que es el punto en que estamos, y lo que Vmd. dice con poco acierto ni ménos sabiduría. Porque por lo demás, acertar en unas cosas, y desbarrar en otras; ser sabio en unos puntos y nécio en otros, á cada paso lo vemos. Sirvo á Vmd. con esta autoridad de San Jerónimo, que le hará á Vmd. al caso alguna vez. *In Tertuliano laudamus ingenium, sed damnamus hæresim. In Origene miramus scientiam, non recipimus falsitatem.* « Alabamos « en Tertuliano el ingénio, y condenamos la herejía. « Admiramos en Orígenes la pericia de la Sagrada « Escritura, y abominamos sus dogmas. » Yo, por el contrario, alabo en Vmd. la Religion y condeno la necedad. Celebro que sea penitente del Padre Marquina, y siento que se le luzca tan poco.

Pero más sentiria su Reverendísima la imprudente. nécia, contradictoria y orgullosa exclamacion, que se atreve Vmd. á poner en su religiosa boca. Quiérenos Vmd. persuadir, que luego que tomó el libro en las manos, dijo en alta voz: « Dios quiera, que no « sea como el otro, que poniendo la locura en el « púlpito, puso su ignorancia, falsedad y atrevimien- « to reprehensible, en la crítica que dá á dos religio- « sos del número. Dios haga, que por este extraor- « dinario medio y rumbo, cese la abominacion, que « se ha manifestado en los pulpitos de nuestro reino; « y arraigándose en el templo santo, segun la profecía « de Daniel, que es la desolacion fatal con que nos « amenazó el Señor. *Cum videritis abominaciones,* « etcétera. Y así para que este libro no pierda el fru-

«to que esperamos, ni yo carezca de tener compa-
 «ñero en mis deseos, me enteraré de todo su con-
 «texto, y pondré los reparos y remedios, que parez-
 «can preciso; para que respondiendo á ellos el autor
 «de la Historia Gerundiana, con el acierto, sabiduría
 «y chiste, que manifiesta en ella, quede más firme.
 «calificado y victorioso su trabajo.

¿A quién ha de persuadir Vmd. vuelvo á decir, que una exclamacion tan imprudente, tan nécia, tan contradictoria y tan orgullosa, se deslizase, ni aún por descuido, de los modestos y circunspectos lábios del Padre Marquina? *Imprudente*; porque trata de ignorante, falso y atrevido al autor del papel, *la locura y sabiduría del púlpito de las monjas*, por una crítica justa, arreglada y juiciosa, que hace de dos sermones, que ciertamente la merecen. *Nécia*, porque lo que dice en la crítica que dá, siendo aquella impropia expresion muy ajena de la cultura, propiedad y elevacion de estilo, que intenta acreditar el Padre Marquina en sus escritos, y que es tan precisa en un cronista de su orden. *Contradictoria*, porque en este mismo papel hace Vmd. la crítica á uno de los dos mismos sermones, que critiquiza el autor de *la sabiduría y de la locura*. No hay más diferencia, que donde dice el sermon: *La dama de San Benito al tocador y al espejo con el mas precioso adorno*, pone Vmd. *la dama de San Elías mirándose al tocador con el mas precioso adorno*. A esto llama Vmd. y con mucha razon (mire Vmd. como se la concedo cuando la tiene), *Romance de barbero, compuesto de piés de coplas de ciego; la mayor monstruosidad de la oratoria monstruosa, intolerable algaravía*. Pues una de dos:

ó el Padre Marquina le trata tambien á Vmd. de falso, de atrevido y de ignorante, por la erítica que dá á este sermón; (y esto quien lo ha de creer en un padre espiritual tan dulce y tan cariñoso como el Padre Marquina, respecto de un hijo de confesion tan rendido, tan dócil y tan devoto como Vmd.?) ó se contradice en lo que exclama, celebrando en el hijo lo que detesta en el padre. Es finalmente *orgullosa* dicha exclamacion; porque respira toda ella una satisfaccion propia; un concepto de sí mismo, que no me acomodo á creer que sea de un hijo tan distinguido del humilde P. San Francisco. Supone la exclamacion, que el Padre Marquina es (por decirlo así) el general, el jefe que sacó la espada, ó declaró la guerra á los malos predicadores, y que los demás solo son subalternos, ó compañeros. Con efecto, éste es el verdadero sentido que se debe dar á aquella expresion, *de tener tan buen compañero en mis deseos*; segun lo que Vmd. nos deja dicho un poco más arriba. Refiérenos, *que habiendo tomado éste (el Padre Marquina) el mismo empeño, que el autor del Fray Gerundio, muchos años hace, declarando metódicamente la falta de oradores evangélicos y la ignorancia de la oratoria en nuestra España, dió á luz en el primer tomo de su Escuela general, aquella noble cátedra de elocuencia y retórica, dividida en dos sermones; para que la teórica y la práctica fuesen una manuduccion, á fin de que todos vieses y aprendiesen esta facultad tan útil y preciosa. El que tantos años ántes habia tomado el mismo empeño que el Fray Gerundio; el que tan anticipadamente habia dado á luz aquella noble cátedra de elocuencia y*

de retórica, dividida en dos sermones, para declarar metódicamente la ignorancia de la oratoria en nuestra España: claro está, que cuando llamó buen compañero suyo al autor de *Fray Gerundio*, solamente consideró á éste como un auxiliar suyo voluntario, que levantando tropas á su sueldo, venia á militar debajo de sus banderas. ¿Parécele á Vmd. que la tal consideracioncilla es muy modesta y humilde? Ahora se me acuerda la respuesta de la mosca. Picaba en la cola á un buey que araba la tierra con otro: vióla el amo, y la dijo: ¿Qué haces ahí, picarona? *Aramus ego et socii. Estamos arando yo y mis compañeros*, respondió la mosca. No permita Dios, que yo tenga por Fray Mosca al Padre Marquina; pero tanto como de Vmd. no puedo ménos de creer que es Vmd. un grandísimo moscardon.

Ahora bien, señor Penitente: yo no solo no he visto esa *Escuela general* del Padre Marquina, ni esa *Cátedra de elocuencia dividida en dos sermones*; pero ni aún tenia noticia de ellas, hasta que me la dió Vmd. en su papelon discreto. Por eso no puedo hablar ni bien ni mal de la tal *Escuela*, ni de la tal *Cátedra*; pero puedo proponer á Vmd. la gran dificultad que me hace, el que en dos sermones se enseñe metódicamente á predicar no solo con la práctica, sino con la teórica. Que dos sermones bien hechos sean dos lecciones prácticas de como se deben hacer eso cualquiera lo alcanza; pero que dos sermones sean lecciones teóricas y metódicas para predicar bien! perdone Vmd. que me hace un guisguis, que no lo puedo apaciguar. Cuanto mejor hechos estén los sermones, más han de distar de la teórica y del

método instructivo para hacerlos. ¿Por qué? porque más se han de conformar con el estilo oratorio; el cual dista tanto del didascalio ó del instructivo, como dista la práctica de la especulativa, y la experiencia de la práctica. En una palabra, si son reglas, no son sermones; y si son sermones, no son reglas; y es preciso que lo sean para ser, no solo una *noble cátedra de elocuencia y retórica, metódica, teórica y manuductiva*, sino para cualquiera cátedra plebeya y del estado general.

Pero tenga Vmd. que ahora se me ofrece como se puede componer todo. Los misioneros suelen predicar unos sermones, cuya primera parte es doctrina cristiana pura y neta; y la segunda sermon. La doctrina siempre se explica, ó siempre se debe explicar en estilo sencillo, claro y catequístico; que es rigurosamente el didáctico, teórico ó instructivo. El sermon es otra cosa. Ese ya pide figuras, tropos y atracciones. El Padre Marquina es un misionero apostólico, segun dice su Reverendísima; pues ¿qué sabemos si es esta la *noble cátedra de elocuencia y oratoria, compuesta en dos sermones* de mision, con sus doctrinas y todo; siendo la primera doctrina de la falta de oradores evangélicos; y la segunda, de la falta de oratoria en España? Vé aquí un modo fácil y natural de componer, como estos dos sermones, sin dejar de ser un primor, un *non plus ultra* del arte, sean al mismo tiempo una cariñosa *teórica*, y segura *manuduccion*, á fin de que todos aprendan y vean *esta facultad tan útil y preciosa*.

Y más, que para mí tengo una fuerte presuncion, de que los sermones que compusieron esta *noble cáte-*

dra, y se pusieron, por v. gr. de la *elocuencia y de la oratoria* evangélica, fueron de mision, y no pudieron ser de otra cosa. Voy á decir á Vmd. en qué lo fundo. Dos únicos sermones impresos del Padre Marquina he leído; y los dos tengo en mi poder. Estos no son de mision, ni aún de misionero apostólico, *reduplicative ut* tal (vaya esto para el Padre Lector de artes Fray Toribio): y si todos los sermones que ha predicado su Reverendísima (fuera de los de mision) son parecidos á estos, no creo, ni puedo creer, que un hombre de su juicio los estampase, por v. gr. de la *oratoria evangélica*, y para que *todos vean y aprendan esta facultad tan útil y preciosa*. Y sino, dígame Vmd. en puridad; ¿habia de proponer por modelo de la *oratoria evangélica*, cierto sermon en las honras de cierta gran señora, en que después de haber concluido su asunto con la ejemplar muerte de la difunta, muy correspondiente á su piadosa vida, como si se le hubiera olvidado lo mejor y más del caso, detiene al auditorio un rato más, para contarle que aquella señora tenia un gran lunar en el pecho? Oiga Vmd. las palabras con que lo refiere, que ciertamente no son ni las más prudentes, ni las más discretas, ni las más honestas. « Una noticia me han
« dado, y es, que habiéndola señalado la naturaleza
« con una perfeccion extraña esculpida en su pecho,
« cual era un crecidísimo lunar, procuraba su Exce-
« lencia ocultarlo con tanto disimulo, que bien daba
« á entender reservarlo para su dueño. » Dejo á Vmd. las reflexiones, que se ofrecen naturalmente á cualquiera que lea este raro pasaje; porque ni yo debo seguirselas, ni Vmd. tiene traza de necesitar que nadie se las sople.

¿Habia de proponer por modelo de la *oratoria evangélica* un sermon, en que con ese motivo, dignísimo de que ni aún se le ofreciese á la imaginacion á un misionero apostólico, no deja en los cantares textos de pechos, sin revolver, y en que no se revolve el Santo Padre? Allí hay lo de *Ubera mea sicut turris*; allí lo hay de *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*; y allí hay todo lo que no debiera haber; sin saber á que viene todo eso; sino que sea á la palabra pechos: asunto por cierto, tan digno de que el auditorio cargase la consideracion sobre él, como el del otro predicador portugués, de quien se finje, que pintando á un mozuelo, que solicitaba á una doncella honesta, cantándola este estrivillo, que el mismo predicador cantaba tambien desde el púlpito: *Min hanenado amarero; si quigeras, ó en qué enquisiero?* Y preguntándole al mozuelo en tono enfático y ponderativo: *¿E qué fora, vilaon, si ela quigera? ¿si ela quigera, que fora?* Vuelto al auditorio le decia: *carregad aquí la consideracion*. No creo que hubiese predicador tan loco que predicase semejante disparate; ni tampoco creeria que hubiese castellano que predicase otro tan parecido, si no lo hubiera visto de molde.

Finalmente habia de proponer el Padre Marquina por modelo de la *oratoria evangélica*, un sermon en que se concluye el famoso episodio de los pechos de la Excelentísima, con esta pinturilla sin quitar ni poner? Siendo los pechos de nuestra difunta una sierra nevada, en cuya blancura podian peligrar los ojos, ó perder la vista, no quiso que se perdiesen, al ver perfeccion tan alta, que solo para su esposo reservaba su

modestia. Lástima fué que no añadiese debajo: *Faciebat F. Matias de Marquina, misionero apostólico de la Seráfica religion de los capuchinos*. Hablemos en sério. No creo que el Padre Marquina pusiese este sermon por modelo de la *oratoria evangélica*, en su *noble cátedra de elocuencia*; porque seria un *modelo* bien poco para imitar.

Tampoco me harán creer cuantos aran y caban, que propusiese el otro, tambien impreso, que conservo para mi diversion y para otros efectos, que puede haber lugar en derecho. Predicólo de repente en la santa iglesia catedral de Zamora; y tan de repente, que hoy llegó de camino á dicha ciudad, y mañana predicó el sermon, por estar indispuerto el orador que se habia encargado de él. Pide la buena fé, que no omita esta circunstancia. Lo primero; porque llegue á noticia de todos la admirable facilidad de este Reverendísimo Padre (es verdaderamente prodigiosa). Lo segundo; porque él mismo la publica en el fróntis de su oracion, donde dice que la compuso en pocas horas. Si noto esto, para disculpar los desaciertos que acaso podia tener, no satisface á los que llevan la opinion de que siempre se gasta poco tiempo en lo que se hace bien: *sat sero, quod sat male*. Fuera de que le podrian decir, que la disculpa podia pasar en una obra forzosa; pero no en una voluntaria: y que, suponiendo desgracia, que se viese precisado á predicar, no podia estarlo á permitir que se imprimiese el sermon. Si advirtió las circunstancias de las pocas horas por otro motivo, ¿qué sé yo si algun malicioso discurrirá, que fué para hacer demostracion de su monstruoso ingenio?

Pero esto no se puede presumir de un misionero apostólico; y así digo que no consiento.

Así pudiera desechar con la misma facilidad los juicios que me asaltaron de tropel, cuando leí en la salutación las voces y los conceptos con que toca esta circunstancia. Quisome patillas persuadir á que no podían ser más presuntuosas, más arrogantes, ni acaso más sacrílegas. Pues al fin se compara él mismo con Cristo, y en cierta manera se dá la preferencia. Pero no pudo el tiñoso salir con su intento, porque los más en que consentí fué, en que se descubría en ellas una buena cantidad de inocencia, con un gran pedazo de falencia, y una decente dosis de bobería. Ahora bien: el pasaje es largo y pesadillo; pero habrá Vmd. de tragarlo todo; y anímese, que más padeció Cristo por nosotros. Dice así sin perder sílaba alguna.

« Al registrar estos lucimientos, contemplo la repentina conmocion del pueblo, no á celebrar las luses de la doctrina, que el orador reparta; aunque por nuevo, por extraño, ó por pasajero, pudiera mover la curiosidad de muchos, como se vió en Jerusalem en la entrada de la Majestad de Cristo, *commota est universa civitas*. Aunque yo discurro, que la conmocion no seria por forastero, solo sí por predicador extraño; y sino veamos lo que sucedió en Jericó. Entró el Señor tan de paso, como yo entré en Zamora ayer: *quia inde erat transiturus*. Conmuévese todo el pueblo para verlo, en tanto grado, que los señores y príncipes, como Za queo, desean verlo, y no podían lograrlo: *præ turba videre non poterat*. Pregunto yo: ¿seria por predicador

« famoso, ó por forastero peregrino? Por predicador
 « famoso, dice el doctísimo Silveria, siendo el mis-
 « mo Zaqueo, á quien buscaba para convertirlo: *Quæ-*
 « *rens Zacheum ut converteret, ac eum reduceret in*
 « *viam salutis* (sí, que por forastero debería tan es-
 « casas las atenciones, como yo he debido). En fin,
 « tuvo el arbitrio Zaqueo de subirse al árbol, y ver
 « en él á la Majestad de Cristo: y tuvo Cristo la aten-
 « cion de llamar á Zaqueo, quedándose con él un
 « dia. *Zachee, festinans descende, quia hodie in domo*
 « *tua oportet me manere*. No sé si en la entrada que
 « hice en esta nobilísima ciudad de Zamora, hice pa-
 « pel de Zaqueo ó papel de Cristo. Muy parecido fué
 « á Zaqueo en lo pequeño y desatendido, *statura pu-*
 « *sillus*, muy parecido á Cristo en lo pasajero: *quia*
 « *inde erat transiturus*. De Cristo tuve el ser predica-
 « dor forastero; de Zaqueo, el buscar un árbol, don-
 « de arrimarme para descanso de mis fatigas. Y apé-
 « nas me arrimé al árbol de una ilustre familia, hos-
 « picio felicísimo de mi religion Seráfica, cuando
 « sonándose en Zamora, que había llegado el predi-
 « cador Marquina, todos franquean sus casas, con-
 « vidan con su iglesia, ofreciéndome, para ser más,
 « visto, la eminencia de este púlpito. Si, que no es
 « nuevo ser, como orador pretendido, el que es como
 « Zaqueo despreciado.»

¿Pareciale á Vmd. posible que el extático P. Mar-
 quina fuese capaz, no solo de predicar, sino tambien
 de imprimir todo este conjunto de pobreza y de ino-
 centadas? (Porque adelantar tambien á más la censura
 seria fuerte rigor.) Un varon, que se levanta en el
 aire muchas veces, con la sagrada hostia en las ma-

nos, como dicen algunos que lo han visto con sus propios ojos (esto vaya por cuenta de ellos), se habia de quejar, y en la publicidad de un púlpito, de las escasas atenciones, que habia debido á la ciudad de Zamora? Un varon de quien se cuentan á docenas las profecías (aunque he oido decir, que en algunas le faltó profetizar lo que habia de suceder al Profeta), habia de decir de sí mismo, que *en Zamora no le cortejaron por forastero, sino por Predicador famoso?* Un varon, que naturalmente habia hecho milagros como paja, ¿se habia de comparar en nada con Jesucristo? ¿Ni habia de afirmar que de Zaqueo tenía *lo pequeño*, y de Cristo *lo Predicador forastero*, (sino que este sea otro milagro más, pero de arrogancia y de temeridad?) Un varon que habia tenido más visiones (imaginarias) que pelos en las barbas, habia de estampar con tanta sandéz, que se *conmovió* toda la ciudad de Zamora, luego que *sonó* que estaba en ella *el Predicador Marquina, franqueándole todós sus casas, y convidándolo con su Iglesia?* Y vea Vmd. aquí en lo que se prefirió á Cristo, cuando entró en Jericó; pues no solo no le franquearon todos sus casas, pero ni aún el mismo Zaqueo le convidó con la suya; siendo expreso en el Evangelio que el mismo Salvador se convidó, *hodie in domo tua oportet me manere*. Valga la verdad. ¿Creeria Vmd. que un hombre tan santo como el P. Marquina, escribiese ni predicase estas arrogantes parvulices, sino las viera de molde? Vuestra Merced me dirá que no; pero yo le digo á Vuestra Merced que es un badulaque, más que sea catedrático, si es que responde esto. Por lo mismo que hace Vmd. un concepto tan elevado de un varon tan

santo, debiera creer de él esto y mucho más: porque ninguna cosa acredita más que esto, que el P. Fray Matias Marquina verdaderamente es un santo varon.

Y sino, dígame Vmd. en puridad: ¿quién sino un santo varon, habia de decir, que *los Señores y Príncipes como Zaqueo, deseaban ver á Cristo, y no podian lograrlo?* Zaqueo, Señor ni Príncipe, ¿quién lo duda? Responderá el Predicador forastero, el Predicador famoso, el Predicador Marquina: «¿Pues no dice el Evangelio, *et hic erat Princeps Publicanorum?*» «Y este era Príncipe de los Publicanos?» Reverendísimo Fray Gerundio de mi vida, diria yo á su Reverendísima, si tuviera la fortuna de hablar con él, al volver de algun arrobe: ¿Es posible, que el autor de la *Escuela general*, y el catedrático de la *noble catedra de la Elocuencia y Oratoria*, haya incurrido en una gerundiana tan garrafal? ¿Es lo mismo ser el *Príncipe* de los Publicanos, esto es, el jefe y la cabeza de los Alcabaleros, que ser *Señor y Príncipe?* Por esta construccion, bien podrá vuestra Gerundiedad Reverendísima llamar *Señores y Príncipes* á los capataces de los guadachines, á los mayores de los Pastores y á los capitanes de bandoleros; porque cadauno de estos es el principal de los de su tropa ó cuadrilla. Los Publicanos (bien lo sabe su P. Reverendísima), eran los Alcabaleros, esto es, los que cuidaban de la recaudacion de las alcabalas; gente odiada entre los judíos, y no la más bien quista en los otros pueblos: porque es cierto, que todos los que nos vienen á pedir dinero, tienen mala cara. Zaqueo era en Jericó el principal de estos; porque corria con la recaudacion de la alcabala en aquella ciudad; si por administra-

cion ó arrendamiento, no se sabe. No falta quien diga que era el Administrador general de este ramo de la Hacienda Imperial. Fuéselo en hora buena por muchos años; porque yo no pienso en pretender esta plaza para mí; pero, sea uno ó sea otro, es cierto que hay grande distancia de un Alcabalero en jefe de mucha ó poca tropa, de corto ó largo partido, á un Príncipe ó á un Señor. Tambien es cierto, que en construyendo tan materialmente las palabras de la Escritura, ¿á dónde irémos á parar? Pero vamos adelante con las preguntas.

¿Quién, sino un santo varon, se habia de quejar de las escasas atenciones, que debió á la ciudad de Zamora, al mismo tiempo que confiesa que toda se conmovió luego que sonó, que *estaba en ella el Predicador Marquina*; que *todos le franqueron sus casas*, y *todos le convidaron con su Iglesia*? Y esto fué en el primer dia en que llegó; á penas se arrimó al árbol de aquella familia, santísimo P. mio; y estas fueron *escasas atenciones*! Sí, señor; porque debieran haber salido, cuando ménos á dos leguas de distancia de la ciudad, el Cabildo, el Clero, las Religiones y todo el pueblo procesionalmente, á recibirlo con el palio: debieran haberse repicado todas las campanas; debieran haberlo conducido á la iglesia Catedral, y allí cantar solemnemente el *Te-Deum* en accion de gracias, por el gran beneficio que dispensaba Dios á aquel antiquísimo y nobilísimo pueblo, en dejarle ver dentro de su recinto al Archi-Misionero Apostólico, al extático cronólogo, al crítico, en una palabra al Predicador Marquina. Todo lo que no fué hacer esto, perdóneme la ciudad de Zamora, que fué escasearle

las atenciones con una economía que se acerca á mezquindad.

¿Quién, sino un santo varon, se habia de explicar con esta grosera frase: *La Magestad de Cristo tuvo la atencion de llamar y de favorecer á Zaqueo*? Es posible que un hombre tan cortesano, y tan palaciego, que estuvo para ser una gran cosa, (segun he oido decir que él lo ha dicho muchas veces), hablando de la Magestad de Cristo, se explique con tanta impropiedad? La Magestad respecto del vasallo, podrá tener la dignacion, podrá tener la bondad; ¡pero tener la *atencion*! ¿quién se habia de explicar con esta glose-ría, sino que fuese aquel culto francés, recién venido á Madrid, á quien se le habian pegado las frases de la gran moda, que él explicaba con el mayor despropósito del mundo, á cuanto se le ofrecia? Preguntáronle si habia cumplido ya con el precepto pascual, y él respondió: *Yo tuve la bondad de arrimarme á la sagrada tabla, donde mi divino Salvador tuvo el honor de entrar en mi pecho; porque hice mis Pascuas el domingo de Pasquilla. Vea aquí Vmd. mi billete*, hablando de la cédula de Comunión). Finalmente, ¿quién, sino un santo varon, habia de decir, que fué muy parecido á Cristo en lo pasajero? ¿Y por qué? Porque Cristo habia de pasar de Jericó, y el P. Marquina de Zamora. Pues no advertia la candidísima criatura, que por esta cuenta serian más parecidos á Cristo los correos, los traginantes, los arrieros y los maragatos; porque son cuatro clases de pasajeros que se conocen en los caminos reales.

Basta este echantillon del famoso inpromptu ó ser-mon repentino del P. Marquina, para que yo me per-

suada, y tambien para que Vmd. crea, que los dos Sermones que propuso su *noble cátedra de Elocuencia* y de la *Oratoria en España*, no fueron por lo ménos, este ni el susodicho, de la pia consideracion sobre los pechos de aquella gran Señora. Y así no siendo posible sino que todos cuantos sermones panegíricos ha predicado este Padre, sean muy parecidos á los mencionados, segun aquella decantada sentencia de nuestros abuelos: *Quién hace un cesto, hará ciento*; y otra no ménos honda: *Por el hilo se saca el ovillo*. Infero así concluyentemente, que los dos modelos que propuso, serian dos sermones de mision; los cuales por lo ménos no tendrian ni *un lunar tan* crecido como el primero, ni tantas manchas, borrones y candideces como el segundo.

A vista de esto, considere Vmd. señor Penitente (¡válgame Dios! ¿y cuánto tiempo hace que no nos hablamos?) si será verosímil, que su P. Confesor prorumpiese en la exclamacion que Vmd. le supone, y mire en Dios y en su conciencia, si aún, dado que sea suya, hará caso el bellacuelo autor de la *Historia del Fray Gerundio*, de los reparos y de los remedios que á su Reverendísima le parecieron precisos. Salvo que sean algunos reparos para el estómago, y algunos remedios contra la hidropesía; porque he oido decir que padece bastante; y tambien de ciertos entripados, que los vulgares llaman *retorcijones de tripas*. Y así verosímilmente el grandísimo picaron hará un grandísimo desprecio de los reparos del Confesor; no obstante el aprecio que hace de su persona (supuesta la antigua y fidelísima amistad de que Vuestra Merced nos da noticia; y creo que será así, pues

basta que Vmd. lo diga.) ¿Qué bulla y zumba, y qué chacota no hará de los reparos y de los remedios que Vmd. le ha prometido, con la terrible propuesta en tono de amenaza, de que sino le satisface á ellos, le ha de delatar? ¡Pobre Gerundiano! (así se ha servido Vmd. de bautizarle con toda solemnidad, sin omitir las palabras y forma del bautismo: *Ego te baptizo*, etc. traidas con tanta sal, con tanta oportunidad, y con tanta reverencia, que encanta): ¡pobre Gerundiano! vuelvo á decir, ¡y qué tamaño estarás, si han llegado á tu noticia estos reparos y esta formidable amenaza, especialmente si es cierto lo que me han informado de que el tal autor Gerundiano es de corazón arrugado, meticulado, pusilánime y espantadizo! Como quiera tengo por cierto que á Vmd. le ha de responder con solo un gargajo; y á su amenaza, con esta fábula de Fedro, que va en romance, para los que no saben mentir en latín:

En el timon de un carro iba sentada
 Una mosea de burro (¡ay! que no es nada).
 Decfala á una mula remolona:
 «Trata de andar á prisa, pícarona;
 «Que sino, he de meterte por la panza
 «Este aguijon más grande que una lanza.»
 Y á este tiempo enseñaba sin mucho arte
 Una punta sutil por mala parte.
 Respondió la mula (era bellaca):
 «No veo bien si es aguijon ó estaca.
 «Tus gasconadas me hacen reir mucho!
 «¿Qué ha de hacer un insecto, un avechucho,
 «Cuyo sucio instrumento
 «Sacar sangre podrá solo á un jumento?
 «¿Sabes á quién temo? A ese morlaco,
 «Que lleva el palo bajo el sobaco;
 «Y si le dá la gana,

«Me mosquea el pescuezo y la badana.

«¿Pero temerte á ti? ¡Bueno por cierto!

«Vete á comer, que esta allí un burro muerto.

Basta de primera carta. Espere Vmd. la segunda, si me diere la gana de escribirla. Guarde Dios á Vmd. como Vmd. há menester.

Tal parte, tal día, tal mes, y tal año.

B. L. M. de Vmd. su lo que quisiere.

Quien Vmd. gustare.

Señor Don Cualquiera.

CARTA SEGUNDA.

De aquel mismo Quidam, para aquel propio Quidam.

Muy señor mio: con efecto caí en la tentacion de remitir á Vmd. la carta de marras; y Vmd. cayó en la tentacion de responderme, que la recibió. Dícenme que le ha hecho reir hasta pedir cuartel; pero añade, que si la viera el Padre Marquina, duda mucho, que le diese á Vmd. gana de reir. ¿Y por qué no? ¿Pues acaso al dicho padre se le toca ni aún en el pelo de la barba? ¿No se le procura sacar indemne del falso testimonio que le levanta su inconsiderado penitente? Significame Vmd., que no parecen fuertes las razones con que se le procura excusar. ¿Y qué culpa tengo yo de eso, sino se me ofrecieron otras mejores? Concluye Vmd. este punto, diciendo, que ántes que llegase mi carta, ya sabian muchos ciertamente, que el papelon de los reparos era del Padre Marquina; y

otros lo sospechaban con vehemencia; pero que en vista de la referida carta, aún estos últimos consintieron en que el misionero apostólico era su legítimo y verdadero autor. Pero para ellos; pues con tan leves fundamentos hacen un juicio poco piadoso, de un varon tan santo como sabio.

Pasa Vmd. á los dos bocadillos de los sermones predicados por el Padre Marquina, á los cuales se les dan algunas tijeradas; y significa Vmd., que acaso podrá responder el referido padre, lo que ya se le ha oído en más de una conversacion; conviene á saber, que tambien tuvo sus gerundiadas él que se supone autor del *Fray Gerundio*. Pase, aunque yo he oído lo contrario; pero sea así; á ese autor presunto nunca se le ha notado de presumido orador. En ningun escrito suyo ha puesto sus sermones por modelo de una *noble cátedra de elocuencia y retórica*. No hemos visto impreso ni siquiera un sermón suyo; siendo así que ha predicado innumerables; y me consta que le han hecho grandes instancias para que permitiese que se imprimiesen algunos; pero á esto jamás se le ha podido reducir. Por el contrario, el Padre Marquina hipa por ser orador de molde; y él mismo se vende por molde de los oradores, llamándose *predicador famoso, predicador extraño*; y en fin, *el predicador Marquina*, por antonomasia. El autor del *Fray Gerundio*, si fué Gerundio alguna vez, arrepentióse; y su misma obra puede ser la más pública, la mejor y la mayor prueba; pero el predicador Marquina se muestra muy satisfecho de haberlo sido, y serlo. Ahora se me ofrece este cuento (ymire Vmd. que no es cuento con las licencias necesarias). El hábito de

capuchino, por vestir la cota, y empuñar la espada en defensa de la religion, llegó á ser con el tiempo mariscal de Francia, duque y par. Hallándose en Ruan una vez con Enrique IV, todo el mundo tenia puestos los ojos en el rey y en el mariscal. Díjole á éste el rey: «Duque, ¿sabes el motivo de la curiosidad de esta gente? Pues mira; en tí considerando un capuchino renegado, y en mí un hugonote convertido.» Si el cuentecillo no viene á propósito, agradézcame Vmd. la buena voluntad: y vamos á meternos de paticas en los reparos, sean del confesor, ó sean del penitente; pues para mí visto lo visto ambos son á un precio.

Propone lo primero por estas palabras en tono de cuestion: «Si es lícito valerse de las sátiras contra los predicadores, que abusan de su ministerio, viendo que no han bastado las amonestaciones de los santos padres y prelados.»

La cuestion es curiosa y nueva; tanto, que en los términos, dudo yo, que se encuentre en algun autor; porque dudo mucho, que autor alguno racional haya admitido en esto alguna duda. Voy á explicarme. Ó se habla de aquella sátira, que intrínsecamente es mala, y que por su misma naturaleza es maligna, es abominable, es perniciosa, como toda maledicencia; dicho picante, escrito injurioso, ó libelo infamatorio, que tira directamente á denigrar, obscurecer ó quitar el honor al prójimo: ó se habla de aquella sátira, que se define comunmente un género de escrito, inventado para corregir y reprender las costumbres corrompidas de los hombres; ó criticar sus malas obras, ya con dichos picantes, ya con gracias, chis-

tes, sales, y agudezas; tirando únicamente á hacerlos ridículos, y apuntando al blanco de corregir única y discretamente; y á las costumbres, solo por incidencia, ó por reflexion, sin ánimo de herir ni lastimar á las personas.

No hay en el mundo más especies de sátiras; y si las hay, háganos merced de señalarlas el papelista. De las primeras, ¿á quién sino á él se le ha ofrecido dudar, que no son lícitas? De las segundas, ¿quién sino él ha dudado hasta ahora, que lo son? Oiga á Santo Tomás en la p. 2, 2, cuest. 72, art. 2, donde toca el punto de contumelia, ó convicio, á cuya clase pertenece la sátira; y resuelve, que todo convicio ó contumelia, que se hace con el fin de infamar, deshonrar y desacreditar, es pecado mortal: pero si se hiciere con el fin de corregir y enmendar, algunas veces podrá ser pecado venial (note que no dice, que lo sea, sino que podrá serlo); y otras ninguno: *Si intentio proferentis ad hoc feratur, ut aliquis per verba, quæ profert, honorem alterius auferat, hoc propriè, et per se, est dicere convitium, et contumeliam; et hoc est peccatum mortale. Si vero aliquis verbum convitii vel contumeliæ alteri dixerit, non tamen animo dehonorandi, sed forte propter correctionem, vel aliquid hujusmodi; non dicit convitium vel contumeliam formalem et per se, sed materiale et per accidens. Unde hoc potest esse aliquando peccatum veniale; quandoque autem absque omni peccato.* De manera señor Penitente mal instruido, que, segun esta doctrina del Angélico Doctor, seguida de cuantos teólogos nos han explicado bien la doctrina cristiana, la sátira será lícita ó ilícita, segun la intencion del que

la hace, y segun el fin perverso ó bueno. Si la intencion es buena, y el fin es santo, la sátira será santa y buena; será ilícita, si se viciare por otros capítulos, mas no por su naturaleza. Aquí viene de perlas aquello, que dijo el otro, á Vmd. tambien llama sátiro: porque desde que se le presentó en vision imaginaria el sátiro con alas, á todos concibe de esta figura:

El beber por beber no tiene Filis:

En la intencion está todo el busilis.

¿Y por dónde me podrá Vmd. probar, que la *Historia de Fray Gerundio*, aún dado que fuese sátira, como Vmd. supone graciosamente (sobre lo cual hablaremos á su tiempo), es de la primera especie y no de la segunda? ¿A quién ha de hacer creer, que se escribió con intencion de infamar, y no con el santo fin de corregir? Aún el famoso autor del primer famoso papel, que salió contra la obra (¡ola! mire Vmd. que aquel adjetivo *famoso* se ha de entender en latin y no en romance): aún el autor, digo, del tal papelejo, que se quiso llamar, por antífrasis, *Fray Amador de la verdad*, así como

Llaman todos rabones á los mulos,

Cuando no tienen rabos en los culos

Aún este autor (vaya con barricancas á la tercera), que no está muy acostumbrado á echar las cosas á la mejor parte, no pudo ménos de confesar la santa intencion del autor de nuestra *Historia*, cuando dice al que él y Vmd. presumen serlo: « No dudo que Vuestra Reverendísima se excita á esta obra con el fin

« santísimo de arrancar los abusos pulpitanes, que
 « tanto descalabran á los hombres cuerdos. » ¿Qué
 digo? Vmd. mismo, si señor, Vmd. mismo en su
 propia mismidad le confiesa la propia santísima
 intencion cuando le dá gracias. « Por el noble asunto
 « que ha tomado, tan necesario y preciso para nues-
 « tro reino, tan útil y decoroso al honor y gloria de
 « nuestra nacion. » Pues ahora, escápate, que te co-
 jo. Santo Tomás dice, que cuando la sátira se hace
 con intencion de corregir, ó cualquiera otra intencion
 honesta; *sed forte propter correctionem, vel aliquid*
hujusmodi; no es convicio, ni contumelia, ni calaba-
 za; y que puede ser lícita y muy lícita: porque se
 puede hacer sin riesgo del más leve pecado: *quan-*
doque autem absque omni peccato. Vmd. y su penitente
 el Padre Amador (ambos buenos hijos de tal padre)
 confiesan paladinamente que el autor de la *Historia*
 la escribió *con santísima intencion*; *que su asunto es*
muy necesario, muy preciso, muy honorífico y muy
glorioso á nuestra nacion. Ergo y más ergo, consul-
 te Vmd. el silogismo, aunque sea con el mismo lec-
 tor de artes Fray Toribio, que no le recuso por juez;
 y van dos equipolentes, ó que lo dá por de buena
 casta, ó por de noble alcurnia, y forma concluyente.

Y valga la verdad: ¿Cómo habia de decir Santo To-
 más, ni hombre alguno de juicio, que la sátira era
 ilícita; si el mismo Santo se valió de ella con tanta
 gloria de la Religion y de las religiones, como con-
 fusion de la calumnia y de los calumniadores? ¿Ha
 leído Vmd. su nobilísimo opúsculo contra los que
 impugnaban las religiones, y en especial las mendi-
 cantes? Pues léalo por su vida; y diga después como

los trata. Sin salir del próemio, los llama: « Enemigos de la salvacion de las almas, y de todo el género humano; precursores del Antecristo, embusteros y engañadores, réprobos sigilados, públicos blasfemos, tiranos de los santos y de los siervos de Dios, hombres perversos y secuaces de la astucia de los filisteos, imitadores de Juliano Apostata, marcados con el carácter de la bestia del Apocalipsi, verdaderas cópias de Faraon.»

¿Qué le parece á Vmd. de esta confitura? ¿No se le presenta á Vmd. el santo Doctor como una fecunda nube, no ya preñada de piedra y granizo, sino de rayos y centellas, que justísimamente descarga, ó por mejor decir, fulmina contra las cabezas de aquellos impíos doctores, que se lo tenían merecido? ¿Y hará Vmd. juicio en Dios y en su conciencia, que herirían ménos aquellos sapientísimos maestros de la iniquidad estos terribles apodos, con que los hace añicos el angélico Doctor, que cuatro chufletadas, media docena de pinturillas al natural, y otras tantas festivas ironías, con que el autor de Fray Gerundio se burla de los profanos y verdaderos sacrílegos predicadores? ¿Serán ménos dolorosos unos epítetos, que realmente los aniquilan, que los que los ridiculizan? ¿Merecerán estos más que aquellos el odioso nombre de sátira, entendida como vulgarmente ó popularmente se entiende? Y lo mejor del caso es, que Santo Tomás, para confirmar todo cuanto les dice, se vale de los textos más fuertes y más oportunos de la Sagrada Escritura: y el autor del Fray Gerundio solo echa mano de alguna copla ó de algun cuento. ¿Cuál de estas armas será más afilada y penetrante?

Pero oiga Vmd. al Angélico Doctor dar la razon, con unas palabras de San Jerónimo, del motivo por qué se vale contra ellos de aquel estilo y de aquellos testimonios: *Hoc utimur testimonio adversus eos, qui epistolas plenas mendaciis, et fraudulentia, et perjurio, in orbem dirigunt, et aures audientium polluunt.* « Usamos de este estilo, y de este testimonio contra « aquellos, que llenan al mundo de cartas atestadas « de mentiras, de fraudulentas noticias y de perjurios, « manchando torpemente los castos oídos de cuantos los oyen ó los leen. » ¡Qué bello epifonema para la carta ó el cartafólio de Vmd. y para la cartica del otro su gemelo Fray Amador! y ¡qué casita tan adecuada para todos aquellos Gerundios y Fr. Gerundios, que llenan los castos oídos de sus oyentes de fábulas, de chufletas y de ventosidades, en la misma cátedra de la verdad! Concluye el Angel de las escuelas, diciendo en una palabra: « Porque le es lícito y muy « lícito tratarlos de esta manera, y escribir contra « ellos en aquel estilo: » *Prædicatorum igitur malignantium nequitiam comprimere intendentes, hoc ordine procedimus.* Pues como sea nuestra intencion reprimir el orgullo y la iniquidad de unos hombres, observaremos el método que se sigue, como si dijera el Santo: « Ellos son malignos; mi intencion no « es de infamarlos, sino de contenerlos; pues á ellos « hasta aniquilarlos. » El autor del Fray Gerundio no dice tanto; solo dice que los malos predicadores talan el campo de la Iglesia, y dan en esto el más perverso ejemplo; hacen en las almas el más lastimoso estrago, causan el más doloroso perjuicio; que su intencion no es de desacreditarlos por desacreditar-

dos, sino única y precisamente por corregirlos. Pues á ellos, hasta hacerlos ridículos; hasta que todos los conozcan por lo que valen; hasta que hagan burla de ellos. Y una de dos; ó se enmienden, (y esto es lo que se pretende), ó no se atrevan á parecer delante de gentes; en lo cual ellos podrán ir á ganar mucho, y los demás nada podrán ir á perder. ¿Habrá algun racional que dude ser esto no solamente lícito, sino laudable, santo y sumamente meritorio?

Pero, por cuanto me temo (y no es juicio temerario), que Vmd. no ha de ser el más fino devoto del Angélico Doctor, y que á lo Angélico diga Vmd. que debe preferirse lo Seráfico, siendo de aquellos que jamás se acusan de haber dicho: *ita, frater Thomas, sed contra*; voy á citar á Vmd. el testimonio de otro, que ciertamente no me lo ha de reprochar (repare Vmd. en el terminillo; y mire si yo tambien sé hablar á lo Chamberí, cuando me viene á cuento.) ¿Qué dice Vmd. de San Buenaventura? Pregúnteselo Vmd. á su Padre Confesor, y le dirá (porque fué Ventura ántes de ser Matías; y después de ser Matías, aún fué su Ventura mayor); dirá sin duda, y dirá muy bien, que una vez que San Buenaventura haya usado de la que Vmd. llama sátira; esto es de estímulo mordicante y corrosivo, queda como canonizado este estilo. Es piaculo decir, ni sentir lo contrario: y cualquiera que sea osado decir y afirmar, que esto no sea lícito, *anathema sit*. Pues oiga Vmd. al Santo en su *Apologia pauperum*, contra Giraldo Baubelle, doctor parisiense, que osó impugnar la evangélica regla del Seráfico Padre San Francisco.

« Sabemos, dice en su prólogo, (tampoco es me-

« nester pasar que el Padre Marquina se llamó en el
 « siglo Don Ventura Olabeadelante), que en estos
 « novísimos tiempos, en que habia amanecido al
 « mundo con mayor claridad que hasta de aquí, la
 « brillante luz de la verdad evangélica (no puedo de-
 « cirlo sin derramar un torrente de lágrimas), ha
 « brotado cierto dogma, que ya anda escrito por ese
 « mundo; el cual teniendo su origen en lo más pro-
 « fundo del abismo, salió á guisa del más denso, he-
 « diondo y denegrido humo, á oponerse directamente
 « no ménos que á los más puros y más luminosos
 « rayos del Sol de Justicia, pretendiendo llenar de
 « tinieblas el hemisferio en que respiran las almas
 « de los cristianos.» *Porro diebus istis novissimis,*
quibus Evangelii fulgor illuxerat (quod absque pro-
fluentium exuberantia lacrimarum nequaquam pro-
ferre valemus), dogma quoddam populare, jamque in
scriptis redactum reperimus, quod tamquam sumus
teter et horridus è puteis abissi prorumpens, ipsius
Solis justitiæ splendentibus radiis se directe objiciens,
cristianorum mentium hemispherium obscurare con-
tendit.

« A fin pues de que no se extienda más un borron
 « tan pernicioso como feo, disimulado hasta aquí, no
 « sin ofensa de Dios, y grave detrimento de las al-
 « mas, especialmente cuando cubierta con capa de
 « piedad, oculta el veneno de serpiente, he juzgado
 « preciso quitarle la mascarilla, y exponer á la vista
 « de todos el horror de su semblante; para que, des-
 « cubierta la profunda sima, todos eviten el precipi-
 « cio.» *Ne igitur tam perniciosa labes, non sine Dei*
offensa, et animarum discrimine dissimulata, concre-

cat præcipitè, cum calliditate serpentis, pietatem quamdam in superficie proferens, revelanda est facies indumenti ejus, ut clarè, detectâ foveâ, cautè possit evitari ruina. « Pero viviendo todavía el artifice de « estos errores, segun lo creemos, y siendo aun capaz « de enmendarse, mediante la misericordia de Dios, « debemos ante todas cosas implorar para él ince- « santemente la piedad de Jesu-Cristo; á fin de que « con la piedad de su voz, y con el resplandor de su « sabiduría, como lo hizo con Saulo, no olvidándose « de sus misericordias, aterre al contumáz, humille « al soberbio, busque, corrija y enderece al que va « descaminado. » *Sanè, quia hujusmodi fabricator erroris, cum adhuc sit viator, ut credimus, corrigi possit per Dei clementiam, sollicitè interpellandus est Christus, ut suæ vocis virtute, ac sapientiæ lumine, ejus, quam quondam Saulo exhibuerat, miserationis non immemor; et protervium deterreat, et superbum humiliet, et errantem requirat, corrigat et reducat.*

« No obstante, porque son más apreciables las dolorosas heridas del que ama, que los falaces halagos del que aborrece, por ningun caso nos hemos « de valer del óleo de los pecadores, esto es, de la « blandura ó de la lisonja, para curar la débil cabeza, ó la cabeza cuasi desahuciada de este hombre: « ni hemos de andar palpando con gran tiento la mortal apóstema de su hinchado corazon: antes bien « (*aquí llamo la atencion de Vmd.*) es conveniente dar « á manteniendo sobre la altanera cerviz de este hombre desvergonzado, con increpacion dura y fuerte; « bien que no movida de odio ni de amargura de « corazon, sino de un ánimo tranquilo y sereno, y de

« una verdadera caridad , deseosa de su bien. » *Et quoniam meliora sunt vulnera diligentis, quàm fraudulenta odientis osculo, nequaquàm peccatorum oleo, adulatione videlicet, impugnandum est ipsius languidum caput; nec timidè corporis apostema palpandum; quin potius, procacis hominis erectam cervicem oportet durá inorepatione ferire; non quidem amaro cordis odio, sed tranquillæ mentis æmulatoriâ caritate.*

Hecha esta salva, entra en su apología el santo: y no hay epíteto, ni dictado injurioso y denigrativo, con que no recargue al libelo y á su autor. Llámale calumnioso, ignorante, erróneo, rebelde á los decretos Pontificios, insano, impío, necio, blasfemo injurioso á los Prelados de la Iglesia y al mismo Jesu-Cristo. En fin, aplica el santo justísimamente al señor doctor Abeville todos aquellos horroríficos dictados con que tan liberalmente se sirve Vmd. honrar al autor del *Fray Gerundio*. Ahora dígame Vmd. con ánimo sincero: ¿ es este estilo satírico? Es preciso que Vmd. diga que si. ¿ Y es por ventura ilícito? ¿ qué llamó ilícito? Dejando aparte la autoridad de Santo Tomás , para los que la respetamos mucho; San Buenaventura , á quien Vmd. no se puede resistir , afirma que no solo es lícito sino muy conveniente, muy necesario y muy meritorio: *Oportet durá interpretatione ferire*; cuando se hace sin ódio, sin amargura de corazon, con tranquilidad de ánimo y con celosa caridad: *Non quidem amaro cordis odio, sed tranquillæ mentis æmulatoriâ caritate*. Pruebe Vmd. que no lo hizo así el autor del *Fray Gerundio* (lo que le ha de costar muchísima dificultad); y despues nos hablaremos.

Pero ántes que se me olvide , porque la memoria

es frágil, supongamos por un ratito, que la sátira sea ilícita, en atencion al grande argumento de Vmd. de que no la usó Cristo, ni los Santos Padres, (y no hay que andar dando vueltas; porque no trae Vmd. otro algun argumento que este); dígame, criatura de Dios, ¿el papelon de Vmd. no es sátira? ¿No lo puede adoptar por tal cualquiera sátiro zurdo, tuerto ó cojo de un ala? ¿Hácelo acaso lícito el haberlo practicado el desconcienciado, el blasfemo y el satirazo autor del *Fray Gerundio*? Pues si este malvado hombre cometió un pecadazo de á fólio en haber satirizado bufonescamente á los malos Predicadores, ¿dejará Vuestra Merced de haber cometido, aunque no sea más que un pecadillo mortal de faltriquera, por haberle satirizado á él tan mazorral y furiosamente? Ya sabrá Vmd. aquel bello dicho de San Agustin, y sino lo supiere (como es muy natural), sabrálo desde ahora. Escribióle Jobiniano una carta atestada de desvergüenzas. Recibida del Santo, leyóla con sosiego; tomó la pluma, y le respondió con serenidad: «Tu carta, « que acabo de recibir, me da testimonio de que por « lo ménos hay un desvergonzado en el mundo: si yo « te respondiese en el mismo estilo, ya seríamos dos « desvergonzados: *sed hoc non licet*, pero esto no es « lícito: porque aunque he leído en la Escritura, *res- « ponde al necio segun su necedad*; no he leído hasta « ahora: *responde al desvergonzado segun su desver- « güenza. Legi in Scriptura: responde stulto secun- « dùm stultitiam suam; sed responde procaci secun- « dùm procacitatem suam, non legi.*»

Ea, déense Vmds. ambos por buenos, que yo por tales les tengo á los dos. Al autor del *Fray Gerundio*

le tengo por un buen hijo, y á Vmd. le tengo por un buen Padre; tanto que es lástima no se llame *Fray Juan*. El primero no pecó; porque aunque fuese una sátira su libro (lo que ya examinaremos), sabe muy bien el bribonazo que la sátira de suyo no es pecado. Vuestra Merced estuvo mucho más léjos de pecar: porque aunque procedió con error craso, fué invencible, como aseguran los naturales, que son todos los errores de Vmd.: y no me arme una quimera sobre si puede ser invencible el error craso; porque si hubieran alcanzado los tiempos de Vmd. Siniquio, Elizalde y sus secuaces, no se hubieran aporreado tanto en defender lo contrario.

El hecho es (penitentísimo y arrepentidísimo señor mio) que la sátira bien condicionada no es pecado; y que como útil, y como muy útil, ha sido, no solo permitida, sino sumamente celebrada en todos tiempos, desde que Enio Elgotar (ménos en los piés del verso) echó los primeros cimientos de ella, allá por los años de 236 ántes del nacimiento de Cristo. Siguióle Marco Pacubio, que aunque poeta trágico de profesión (quiero decirlo así), hizo tambien sus excursiones hácia el país de lo satírico, y adelantó algo más la graciosidad y la pimienta. Ambos fueron muy aplaudidos y estimados en su tiempo, hasta que salió despues C. Lucilio, Caballero Romano, que les obscureció el nombre, la gracia y la habilidad; pues compuso no ménos que treinta libros de sátiras, llenas de sal y de ajo fino, las cuales lograron el mayor aplauso; no obstante que á penas dejaba hombre de distincion á vida, burlándose de sus modales y costumbres. Por señas, que se levantó contra él un formi-

dable partido de todos los que se sentian picados. Así como se ha levantado ahora contra el pobre autor del *Fray Gerundio*. Pero los defensores de Lucilo, que eran los más y los mejores, ahorrando razones con sus contrarios, despues que vieron que no daban cuartel á la razon, llevaban sendos látigos debajo de la ropa, y se la sacudian bien á cualquiera, que hablabá mal del poeta. ¡Válgame Dios! y si ahora se usara de lo mismo, que poco polvo habia de tener el hábito de Vmd. (Quise decir el vestido.)

Dejóse ver despues en el mundo Quinto Horacio Flaco, de nacimiento obscuro, y de condicion esclava; (por lo menos lo habia sido su Padre) pero de ingenio ilustre, y de genio libre; con el que se hizo tanto lugar, que el Emperador Augusto, y su primer Ministro Mecenas le colmaron de honras y de beneficios. Apenas se publicaron sus sátiras, quando los mayores ingenios de su siglo solicitaron á porfía su amistad. Y ya sabe Vmd. que los ingenios del siglo de Augusto no fueron ranas. Ninguna obra mereció mayores elogios que ella. Padecia Horacio una habitual fluxion á los ojos, que le obligaba á usar frecuentemente de colirios; y con alusion á esto se compuso este juguete que no está del todo malo:

Colirio son de ojos flacos
Las obras de Flaco Quinto;
Mas tambien sus flacos ojos
Necesitan de colirio.

Cuanto aprecio han hecho siempre, y hacen el dia de hoy de las obras de Horacio, y singularmente de sus sátiras, aún los hombres más graves y más sé-

rios; solamente lo ignoran, ó lo dudan los que hablando sériamente, no son hombres. Sino pregúnteselo Vuestra Merced á Monsieur Dacier, y al P. Sanadon Jesuita, y vuelva despues á contarme lo que le dicen.

Tras de Horacio salió á lucirlo Decio Junio Juvenal, que habiendo probado mal en el oficio de declamador, quiso probar fortuna en el de sátiro. No le hubiera salido tan desgraciadamente á no haberlo tentado la mala trampa de hacer burla de un bufon del Emperador Domiciano, llamado *Pani*, el cual persuadió á su amo, que con un honrado pretexto lo desterrase de la Córte, enviándolo á mandar un cuerpo de tropas á Pentápolis. (Mire Vmd. cuanto pueden en las Córtes los bufones, siendo así, que unos son amadores de la verdad, y otros de la mentira; pero al fin bufones unos y otros). Las sátiras de Juvenal son ingeniosas, pero duras y sucias; por lo que están chapodadas por el Santo Tribunal. Lo que corte libremente es muy celebrado de todos los que tienen voto; esto es los que no son *Botos* (¡ mire Vmd. qué dichito!)

Antes de Juvenal debia haber puesto á mi grande amigo Aulo Persio Flaco; pero se me olvidó. Lea Vuestra Merced este articulo primero que el antecedente; y con eso quedará el anacronismo remediado. Siendo este un hombre del ingenio más dulce, más afable y más bondadoso, parece que mojó la pluma en hiel, para dar contra las costumbres del siglo: de donde podrá inferir Vmd. no ser siempre verdadera aquella máxima, de que los escritos manifiestan el carácter y el genio de los autores. Yo ya lo habia inferido para mí en vista de la carta de Vmd.;

pues ella cuasi dá á entender, que Vmd. es un hombre muy perverso, siendo así, que yo le tengo por un buen hombre. Pero volvamos á nuestro Persio. Este tal dulcísimo, suavísimo y nobilísimo caballero (¡hola! que era de las primeras familias de Roma) á ninguno perdonó, ni aún al mismo Neron, de quien hizo sangrienta mofa en su primera sátira, burlándose de aquellos cuatro versos: *Torva mi malloneis*, etc., que se atribuian á este Emperador. Pero Neron le perdonó á él, siendo así que Neron era un Neron; ya que tirano enemigo de la razon (ahora hablo con las palabras de Mr. Despréaux), tan amante de sus obras como todo el mundo sabe; *Susaz fez galans homsi poit eniender Zaile eciezvacce vez*; tuvo generosidad y valor para sufrir que le zumbasen sobre sus versos, no creyendo que en aquella ocasion el Emperador se debiese interesar por el poeta.

Finalmente si Vmd. quiere enterarse á fondo de la estimacion que ha merecido en todos tiempos la sátira cuando es buena, y de lo bien recibida que ha sido siempre en todas las naciones, Estados y Religiones inclusa la Católica, Apostólica, Romana; no tiene más que leer á Isaac Casaubon en su libro *2 de Satira*; y Julio César Escalígero en su *Potéica*, lib. 1, cap. 2; y allí verá que no solo no se ha reputado por ilícita, sino que siempre se ha considerado muy útil, y á veces muy necesaria. Tambien verá Vmd., que en todos los siglos de la Iglesia, han florecido algunos célebres autores satíricos, que en verso y en prosa han procurado corregir las costumbres de los hombres y los desaciertos de los escritos, haciéndolos ridículos, sin que ninguno los haya condenado

por pecaminosos, como se hayan contenido dentro de los límites de la verdad y de la decencia; atacando defectos verdaderos y no fingidos, que en realidad merecian ser atacados. El *Catolicon de España* ó *La Sátira Menipée*; el *Satyricon* de Barclaio, (á excepcion de lo que mandó borrar el Santo Oficio) las sátiras en verso, y casi toda la prosa de nuestro incomparable D. Francisco de Quevedo; las sátiras francesas de Despréaux, y las latinas de Lucio Sextano, que há pocos años se publicaron en Italia, con admiracion de todos, y con opuesto furor de los que se veian en ellas convencidos de su pedantismo ó de su verdadera ignorancia: la primera y única sátira, que publicó en el 7.º y último tomo del *Diario* de nuestros literatos, el malogrado jóven D. José Gerardo de Hervas, con el nombre de Jorge Pitillas, autor tambien de las dos tan aplaudidas cartas, que se hallan en el mismo diario; una sobre la *vidu de San Antonio Abad*, escrita por D. Pedro Nolasco de Ocejo; y otra sobre el rasgo Epico *verídica Ephiphonema*, etc., que compuso el doctor D. Joaquin Cases y Jalo. Todas estas obras satíricas y otras innumerables corren á vista, ciencia y paciencia de todos los Tribunales, graves, sérios y santos que hay en la cristiandad, sin que ninguno de ellos las hable palabra, ni diga que por satíricas son pecaminosas: ántes bien, todos los hombres de juicio, y de buen gusto, entre los cuales ha de contar Vmd. á muchísimos que son fuertes cristianos y unos religiosos de cal y canto, las acarician, las hacen mil halagos y las ponen en las nubes con mil elogios.

Todavía le he de decir á Vmd. más. Lea con reflexion las prudentísimas y escrupulosísimas reglas ge-

nerales de nuestro Expurgatorio. Note si toman siquiera en la boca la palabra *sátira*: observe si hay alguna que dé por prohibido ó condenado todo libro ó papel satírico, precisa y únicamente porque lo es: y si la encontrare, sáqueme con ella un ojo. Lo único que hallará Vmd. que pueda hacer á este propósito, es lo que se dice en la regla 16, donde se habla de la forma que se ha guardado y se debe guardar en la correccion de los libros. Dicese lo primero: que se han de borrar las cláusulas detractorias de la buena fama del prójimo; y principalmente las que contienen detraction de eclesiásticos y príncipes, y las que se oponen á las buenas costumbres y disciplina cristiana. ¿Hay algo de esto en el *Fray Gerundio*? ¿Encontrará Vmd. en todo él siquiera una cláusula detractoria? Y sino dígame: ¿*quid est detractio*? Es, responderá Vmd. con Santo Tomás (si es que lo sabe): *Denigratio alienæ famæ per verba occulta*: Denigrar ó quitar á escondidas la fama del prójimo, cuando él no lo oye. Porque si esto se hace cara á cara, y en sus barbas, no es detraction, sino contumelia, descaro y una grandísima desvergüenza. ¿Pero es detraction, pregunta el Santo, y con él todos los demás, hablar mal de públicos delincuentes y de desórdenes notorios á Dios y á todo el mundo? No, señor, responden todos á una voz: porque estos cuando salieron al público, ó ya en tribunal, ó ya en plazas, ó ya en escritos, y más siendo impresos, perdieron sus autores todo el derecho que tenian á su reputacion en aquella determinada materia: y no se les hace injuria, ántes bien conviene abominarlos y detestarlos para escarmiento de otros, y para mayor crédito

de la ley. Así lo hace el real profeta David: *iniquitatem odio habui et abominatus sum: legem autem tuam dilexi*. Aplique Vmd. esta doctrina cristiana, y busque, según ella, una sola cláusula detractoria en la *Historia de Fray Gerundio*: vea si se toca en ella especie alguna, sea de la línea moral, sea de la intelectual, que no sea pública en España, ó en impresos, ó en pulpitos, ó en todas las ciudades, villas y lugares: y si no la hallare, no nos quiebre la cabeza.

Pase Vmd. adelante, y examine si en dicho libro hay alguna cosa, que se oponga á las buenas costumbres, y disciplina eclesiástica; sino es que diga Vmd., que se opone á aquellas y á estas, el censurar los maestros de niños ridículos é impertinentes, á los preceptores pedantes, á lectores de artes escolastizados, hasta en materias y asuntos más remotos; á un religioso mozo, *ut sic*, algo alegrillo; á un lego ó individuo vago, gracioso y enganchador; á un novicio zalamero y un poco travieso; á un maestro de novicios, *en monton*, demasiadamente sincero; á un predicador mayor, *de ente de razon*, totalmente disparatado; á un autor lleno de arrogancia, y público escarnecedor de todas las facultades, y aún de lo más sagrado que hay en la Religión; á un prelado religioso, fingido *per intellectum*, un poco flojo de muelles, y un si es no es interesadillo en beneficio de su comunidad, y el suyo propio. ¿Dígame Vmd., si el censurar con gracia, sin destemplanza, ni acrimonia, estos defectos (pues en el libro no se encuentran otros,) es contra la disciplina eclesiástica, y contra las buenas costumbres? Pero piénselo bien ántes de resolverse: porque si condena la censura, es preciso

que á estos los declare por muy conformes á las buenas costumbres, y á la disciplina eclesiástica. Es preciso, que Vmd. condene á todos los Santos Padres y autores ascéticos de todas las religiones, que han tratado del estado religioso. Es preciso que borren de San Buenaventura, de San Blasio, de San Bernardo, de San Basilio, de Arbiol, de, de, de, de... todas las vivísimas pinturas, que se encuentran en ellos, de religiosos díscolos, inobedientes, esparcidos, propietarios, indevotos, relajados, etc., etc., etc., como contrarios á la disciplina eclesiástica, y á las buenas costumbres. Y si, como se acaba de reimprimir en Madrid (por los motivos que se ignoran) la *Visita general del supremo Rey del Cielo á sus Vasallos los Predicadores, residenciándolos en el modo de predicar*; escrita por el Reverendísimo P. M. F. Gabriel de Morales, del orden de San Agustin; se hubiera impreso tambien la *Visita general de frailes y monjas*, que está en el mismo tomo de á folio, de donde esta obra se sacó; sin duda que Vmd. la borraría cuasi toda, como contraria á las buenas costumbres y á la disciplina eclesiástica. Pero yo salgo por fiador de que no la habia de mandar borrar el Santo Tribunal: y á fé, que entónces á Vmd. y á otros se les quitaran los mismos reparos, y alborotarían á los parvulillos con las venialidades que solo se apuntan en el *Fr. Gerundio*.

Dice lo segundo el expurgatorio, que se han de expurgar los escritos que ofenden ó desacreditan los ritos eclesiásticos; el estado, dignidad, órdenes y personas de los religiosos. En lo que toca á los ritos eclesiásticos, á la dignidad, y órdenes de las perso-

nas de los religiosos, no se mete la *Historia de Fray Gerundio*. En orden al estado, dificultosamente encontrará Vmd. libro en que se trate de él con más profunda ni más cordial veneracion. Y sino lea Vmd. el prólogo de este desde el número 8 hasta el 21 *inclusive*: y lea tambien el grave razonamiento del P. provincial en el capítulo 10: y después impugne, si puede, esta proposicion. Por lo que respecta á las personas de los religiosos, note Vmd., y nótele bien, que el Santo Tribunal no manda expurgar los escritos, que precisamente las ofenden, sino los que las ofenden y desacreditan, en sentido copulativo, y todo juntico. Porque, mire, hermano, hay grande diferencia de ofender á desacreditar, esto no se puede hacer sin aquello; pero aquello se puede hacer sin esto. Más claro (porque me da el corazon que Vmd. es un poco romo de entendimiento); no puede uno desacreditar á otro, sin ofenderle; pero puede ofenderle sin desacreditarle. Nombrar la sogá en casa de un ahorcado, claro está, que es ofender á los parientes; pero no se les desacredita. Decir de un predicador, que se quedó; de otros, que dijo cien disparates, ó herejías; de este escritor, que escribió mil necedades; y de el otro que levantó mil falsedades; quando todo fué así, es claro como el agua, que se les ofende; porque esto á nadie sabe á confites, pero tambien es más claro que el sol; que no se les quita el crédito. ¿Por qué? Por lo que ya queda dicho, conviene á saber, porque ellos se lo quitaron á sí mismos, quando hicieron pública su ignorancia; ó su miseria; y dieron licencia á todo el mundo, para que hablasen de ella; unos compadeciéndose, y otros zumbándose, segun

el humor ó pasión que predomina á cada uno. Pues ahora, hermano carísimo, así se ha de entender, y no de otra manera, lo que previene el santo Expurgatorio: que se borren los escritos que ofenden y desacreditan las personas de los religiosos. Sino ¿á dónde iríamos á parar? Seria preciso borrar casi todos los manifiestos, memoriales y apologías de defensorios; y millares de papeles, que han escrito los religiosos unos contra otros; ya en contiendas literarias, ya en otras guerras civiles y dogmáticas, en que no siempre se han tratado con el mayor melindre, ni con el más escrupuloso miramiento. Seria preciso borrar todas las sátiras, y todos los libros de crítica, que se han escrito desde que se usa esta facultad en la república de las letras, en las cuales se descargan los sendos latigazos, que todos sabemos, sobre los autores que los merecen, sean religiosos ó no lo sean: y con todo eso, como no se les toque en sus vicios, ó pecadillos personales, que esto nunca es lícito en semejantes escritos, el santo tribunal y sus rígidos censores dejan pasar libremente las otras gracias, chistes, pullas y quemazones, que sirven de saine-te, y no trascienden á la bondad, ó malicia moral de las personas.

Dice lo tercero el Expurgatorio; que tambien se han de borrar los chistes, y gracias publicadas ofensa, ó en perjuicio del buen crédito de los prójimos. Este artículo es extensivo, ó ampliativo del antecedente. En uno se habla de la ofensa, ó descrédito de los religiosos; en este otro de la ofensa, perjuicio, ó descrédito de todo prójimo; pero en uno y otro se ha de juntar el descrédito á la ofensa, ó al perjuicio: por-

que sino no estamos en el caso. No basta perjudicar á otro, es menester desacreditarle para incurrir en la condenacion. Vmd., que en su papelote da tantas señas de ser abogado de á fóllo, pues á lo ménos cita en él un plan de leyes y harto recónditas; no ignora, que no es bastante para condenar á Ficio, el que este perjudique á Sempronio; es menester que lo perjudique injustamente. Voy á hacer que Vmd. lo entienda, aunque no quiera. Si Sempronio poseía de buena fé, ó de mala fé, una heredad que pertenecia á Ficio, claro está que éste le perjudica cuando se la quita en virtud de los legítimos instrumentos que produce; y más si el pobre Sempronio no tiene otra cosa para mantenerse. Pero como Ficio usa de su derecho, y tiene muchísima razon en hacerle aquel perjuicio, la justicia no lo condena; ántes bien le halaga, le acaricia, le defiende, y le protege: porque aquel es un perjuicio justo y arreglado. ¿Vé Vmd. como puede haber ofensa ó perjuicio sin injusticia? Pues tambien le puede haber sin descrédito. ¿Lo ha entendido Vmd. ahora? Pues si no lo ha entendido, dígole claramente, que es un grandísimo porro.

Y ahora dígame, señor y padre mio: ¿en qué quedamos? ¿Es, ó no es lícita la sátira? Santo Tomás la defiende y la practica: San Buenaventura la usa y protege: la razon dice que sea muy bien venida: el orbe literario la dá un distinguido lugar en su estimacion: y en su biblioteca universal, todas las naciones la han acariciado muchísimo. Ella tiene dos mil años de antigüedad. El santo Tribunal de la Inquisicion ni en bueno, ni en malo, se mete con ella; y la deja correr á su salvo en todos los idionas *servatis*

servandis: pero, *¿tu autem, quid dicis?* Vmd. ¿qué dice de esto? Porque de la resolución de Vmd. está pendiente todo el Universo, ó para desterrarla como el mónstruo más perjudicial de todo el género humano; ó para mantenerla en su antigua, quieta, y pacífica posesion, como un remedio utilísimo y eficacísimo para mil enfermedades.

Como si lo viera, me parece estarle oyendo decir, que nada de esto viene á cuento: porque la famosa cuestion de Vmd. no procede de sátira *ut sic*, ó de la sátira en cerro; sino de la sátira contraída á los predicadores, que abusan de su ministerio. Acabáramos con ello, y supiéramos ya en que topa toda la dificultad. Con que el pecadazo, el sacrilegio, y la blasfemia heretical de la pobre sátira solo consiste, en haber sido osada de profanar el intermerado asilo de los malos, de los perversos y de los pésimos predicadores. Perdone Vmd, y dígame, ¿hácia qué parte cae este sagrado? Verdaderamente que si lo logran los malos predicadores, han obtenido un raro privilegio, que no han podido conseguir ni los papas, ni los emperadores, ni los reyes, ni los obispos, ni aun el venerable cuerpo de todas las religiones: porque al fin, todas cuantas personas ha habido de cualquier estado, cláse, y dignidad que fuesen, han estado sujetos á la sátira; unas veces con razon, y otras sin ella. ¿Quiére Vmd. sátira contra filósofos, jueces, sacerdotes, generales de ejército, y contra la más calificada nobleza? Pues no tiene más que leer la sátira de Juvenal, que comienza: *Ultra Sauromatas fugere hinc libet*; y aviseme después. Quiere contra el emperador mismo Domiciano, y contra el respetable

cuerpo de los senadores romanos, ¿con su toga senatoria y todo? Pues vea la sátira 4.^a del mismo Juvenal, y veámonos en leyéndola. ¿Quiérela contra todo género de gentes, oficios y profesiones? Pues habrá las sátiras de Horacio por cualquiera parte, y le contentará la gana.

Pero porque no me salga Vmd. con la impertinencia de que estos fueron satíricos gentiles, y no deben traerse á colacion; ¿dígame si fué gentil Don Francisco de Quevedo? Pues no tiene Vmd. más que abrir sus obras, así en prosa como en verso, y encontrará sátiras á pasto contra los malos teólogos, contra los malos legistas, contra los malos médicos, contra los malos políticos, contra los malos matemáticos; en una palabra, contra todos los malos, sean en la profesion, ó sean en las costumbres. ¿Qué más? Iba á preguntar á Vmd., si queria tambien sátiras contra los malos clérigos, contra los malos frailes, y aun contra los malos confesores: y por poco iba tambien á decirle donde las hallaria con abundancia; pero no quiero: porque todavía está muy tierno en los principios de la crítica, y temo que le perjudique; lo que pudiera y debiera aprovecharle. Pues ahora, señor mio, si la sátira es lícita contra todos estos profesores y facultativos, que abusan de sus facultades y profesiones; ¿por qué no lo será contra los predicadores, que abusan de su ministerio? ¿Será, por ventura, porque este abuso es más pernicioso? ¿Será porque su daño es más perjudicial? ¿Será porque es más lastimoso su estrago? ¿Ó será, en fin, porque es más ridículo, y no hace tanto daño un mal predicador en el púlpito, como un mal teólogo en la cátedra, un mal abogado

en los estudios, y en el estudio, un mal médico en la cabecera de un enfermo, y mal confesor ignorante, interesado, parcial, ó qué sé yo qué en el confesionario?

No es por eso ni por lo otro, ni por lo de más allá, responde Vmd. muy satisfecho. Es porque los santos padres nunca usaron de la sátira contra los predicadores: y si no la usaron, es señal de que la tuvieron por lícita. Porque, una de dos: ó se les ofreció este medio, ó no se les ofreció. ¿No se les ofreció? Luego el Gerundio no presume alcanzar más que los santos padres. (¡Qué arrojo!) Si se les ofreció y no lo practicaron, otra de dos; ó no practicaron todos los medios que tuvieron por lícitos, para desterrar de la cátedra del Espíritu Santo, esta sacrílega profanación, ó no es lícito este medio. Aprieta Vmd. (á su parecer) el argumento, trasladándolo á la persona de Cristo; y bobéa así: Ó Cristo supo este raro arbitrio de la sátira para remediar al mundo, ó no lo supo. Si no lo supo, (¡qué blasfemia heretical!) luego el Gerundio supo más que la magestad de Cristo. Si lo supo y no lo practicó, luego lo tuvo por ilícito. Y sino, es preciso confesar, que Cristo no hizo todo lo que pudo para remediarlo. ¿Y esto cómo se compone con aquello del sagrado texto *quid ultra debui facere vineæ meæ et non feci*? Salvo (concluye Vmd. con infinita gracia), que le faltase á aquel divino señor el componer una *Historia de Fray Gerundio*, cuando le quitaron la vida.

Este es el único y grande argumento de Vmd., y que ocupa algunos pliegos: porque, sin adelantar un paso de gallina, mete en él tanto ripio, tanta brosa,

tanta música, bulla, y acompañamiento, que casi se pierde de vista lo más principal, que Vmd. quiere decir. Con un poco de más claridad, y con un mucho de más fuerza (en caso de ser capaz de alguna), le propongo yo, aunque yo lo diga. Y á fé que no se ha de quejar Vmd. únicamente de que se lo enebro. Pero vamos claros: ¿habla Vmd. de veras ó de burlas, cuando tiene valor de estampar y proponer un argumento tan miserable, tan superficial y tan ridículo, á unos hombres, que se hacen la barba; por cuanto no han profesado instituto, que se los prohíba? ¿Estaba Vmd. despierto ó dormido cuando tuvo cachaza y flema para estampar una proposicion formalmente herética en cualquiera otra pluma que en la de Vmd? Porque la de Vmd., en mi corto entender, solo es capaz de herejías materiales, segun abunda en ignorancias. Comenzemos por Jesucristo, por donde se debe comenzar y acabar todo: debiendo ser este Señor el *alpha et omega*, principio y fin de todas nuestras acciones.

¿Con qué Cristo hizo cuanto pudo para remediar al mundo? ¿Está Vmd. en se juicio, hombre de Dios? ¿Pues no vé, que si hubiera hecho cuanto pudo, no solo lo hubiera remediado en cuanto á la suficiencia, sino tambien en cuanto á la eficacia? ¿esto es? ¿no solo hubiera hecho que todos se pudiesen salvar, sino tambien que todos efectivamente quisiesen salvarse? ¿Aquello mismo, que está haciendo hoy con solos aquellos que se salvan, no podia haberlo hecho con todos los que se condenan? ¿Así como hoy hace efectiva la salvacion de los predestinados, sea por este medio, ó por el otro, pero siempre sin quitarles la

libertad (en lo cual convenimos todos los católicos), no pudo hacer efectiva la salvacion de los réprobos? ¿No pudo haber hecho Cristo á todos los hombres tan seráficos y mucho más seráficos, que el seráfico como al seráfico padre San Francisco? ¿Tan querúbico, y mucho más querúbico, que el querúbico padre Santo Domingo? ¿Tan celosos de su mayor gloria, y mucho más celosos, que el celoso padre San Ignacio? ¿Qué católico ha limitado á Cristo este poder, sino que sea Vmd., que sabe creer todo lo que le enseña la Santa Iglesia Católica; pero sin saber lo que se cree? Luego si Cristo pudo hacer todo esto para remediar al mundo, y no lo hizo, claro está que no hizo todo lo que pudo para remediarlo: claro está que está claro. Señor Catecúmeno, y no señor Penitente, pues en esto dá Vmd. fuertes indicios de que todavía no está capaz de sacramentos por falta de doctrina y de catecismo. Enséñanos la fé, que Cristo hizo infinito más de lo que era necesario, para remediar al mundo y á infinitos mundos, si fueran posibles; infinito más de lo que debió, infinito más de lo que los mismos hombres, y los mismos ángeles eran capaces, no solo de desear y de esperar, sino de imaginar y concebir. Pero al mismo tiempo nos enseña la fé, de que era capaz todavía de hacer infinito más de lo que debió; pero infinito ménos de lo que pudo. Esto y no otra cosa dice el texto que Vmd. cita, y que no lo entiende: porque no supo construirlo. *¿Quid ultra debui facere vineæ meæ, et non feci?* «¿Qué más debí hacer por mi viña, que no lo hiciese?» Note Vmd. que no dice *potui*, sino *debui*; no dice, que más *pude*, sino que más *debí hacer por mi viña*. Mas para Vmd. lo mismo

debe ser *deber* que *poder*, siguiendo la opinion de aquel, que pretendia ser maestro de niños en una aldea; y examinándolo el cura á presencia del alcalde, porque este no sabia leer ni escribir; el pretendiente leia *por los perros de una perra*, en lugar de *por los poros de una pera*. Y el cura le replicó: «mi-
«re Vmd. que dice *pera*, y no *perro*, *poros*, y no
«*perros*.» A que respondió el pretendiente atusándose el pelo y meneando la cabeza: «¿Y qué más tiene uno
«que otro, señor cura?» Mire Vmd., no delataré esta su proposicion al Santo Tribunal; porque estoy en el entender de que Vmd. no es delatable.

Quedamos, pues, en que Cristo hizo mucho más de lo que debió para redimir al mundo, sin que por eso debiese escribir una *Historia de Fray Gerundio*, para remediarlo. (Vaya de cuenta de Vmd. la irreverente bufonada; porque suya es.) Y quedamos tambien en que no es ilícita esta Historia, porque Cristo no la escribiese; ni son ilícitos los otros millares de millares de medios, que después se han aplicado para reformarle. Y Cristo, no quiso aplicarlos por sí mismo, dejando este cuidado á cargo de sus vicarios, de los sucesores de los apóstoles, de las potestades del mundo, de los doctores de la Iglesia, y de los demás autores católicos; aunque todos por la gracia del mismo Jesucristo.

Pero cuidado, que por esto no condeno á Vmd., que Cristo no usó de estilo satírico para corregir al mundo, cuando tuvo por conveniente. Entendámonos: cuando digo, que Cristo usó de estilo satírico, no quiero decir, que se valió de gracias, chistes y agudezas; ni mucho ménos de pullas y chocarrerías; que esto

seria muy ageno de su infinita gravedad, seriedad y soberanía. Aún de los apólogos no se quiso valer la magestad de Cristo, ni los profetas del antiguo Testamento, como observa el padre Salmeron: entre otras razones, por no confundir la doctrina que enseñaba, con la filosofía mundana, y con las demás ciencias naturales, á quiénes sirven los apólogos de recomendacion y lustre. *Christus tamen, virtus et sapientia Dei, illis uti nunquam voluit; ut distingueret cristianam philosophiam à mundi sapientia, quæ apologiis et commendata et illustrata satis videtur.* Pero de aquel estilo, que se compone de palabras acres, picantes, corrosivas, y que penetran de parte á parte el corazon; ¿quién le ha dicho á Vmd. que no se valió á cada paso Cristo nuestro bien para corregir y reprender todo género de vicios en toda clase de personas? Pregúnteselo Vmd. á los escribas y fariseos, á quienes trató de *hipócritas tentadores*, (Mat. 22, 18); de *sepulcros dealbados, blancura por de fuera, huesos, horror y podredumbre por adentro*; (Mat. 23, 27): de *generacion de serpientes verdaderas*; repitiéndoselos tres veces, para que no se les olvidase; (Mat. 3, 7, 12, 34. y. 23, 33); de *hijos del demonio*; (Joan. 8, 44): de *embusteros y más embusteros*; (Joan. 7, 19, et 8, 55). Pregúnteselo Vmd. á los príncipes de los sacerdotes, á quienes trató de *peores que los publicanos, y las mujeres perdidas*. (Mat. 21, 32): de *obstinados é infieles*, (idem, c. 12). Pregúnteselo Vmd. á los mismos apóstoles, á quienes trató, unas veces de *desconfiados*, (Mat. 6, 30); otras de *tímidos y pusilánimes*, (idem, cap. 8, 26); otras de *ignorantes y descaminados*, (idem, 22, 29); otras

de estultos y tardos para creer, (Luc. 24, 25). Pregúnteselo Vmd. por fin al mismo príncipe de los apóstoles, á quien no dudó tratar en cierta ocasion de *hombre escandaloso, y verdadero Satanás para el mismo Salvador*; (Mat. 16, 23). ¿No le parece á Vmd. que todas estas frases pueden entrar tan lindamente en cualquiera confeccion satírica, con grande provecho del enfermo; y sin que desdiga (claro está) de aquella divina boca, que las pronunció? Mas ¿para qué nos cansamos? En diciéndole á Vmd., que casi todas las parábolas, con que por lo comun se explicaba la magestad de Cristo, fueron otras tantas sátiras, que no solo instruian, sino que herian en la tetilla, á los que eran comprendidos en ellas; me parece que quedará Vmd. bien servido. Pues téngaselo por dicho; porque con efecto no fueron otra cosa: puesto que la parábola y la sátira no se diferencian en el fin, ni aún en los medios substanciales, sino en los accidentales. Una y otra tiran á corregir, una y otra á reprehender, una y otra á avergonzar. Con sola una disparidad, que la parábola lo hace siempre debajo de algun velo, figura, representacion ó semejanza; cubriendo lo que quiere decir con otra cosa distinta, pero muy parecida á ella; para coger mejor en el garlito al que se pretende reprehender. La sátira unas veces lo hace á cara descubierta, y son las más; y otras se cubre tambien con el velo de la parábola; hiriendo á unos en cabeza de otros, y burlándose de los objetos, para zumbarse de los verdaderos. Tal fué la *Batrachomyomachia* de Homero, tal la *Gatomachia* de Lope de Vega, tal la *Mosquea* de Villaviciosa, tal el *Orlando* de Bernis: y tal, en fin, el *Lutrin* de

Boileau ó Despréaux, en que á la sombra de las ranas, de los ratones, de los gatos, de las moscas, de un baladron furioso y de un facistol; se satiriza graciosamente á los generales de ejército, á los políticos, á los poetas, á los oradores, á los soldados fanfarrones, á los que excitan alborotos y discordias por motivos ridículos y ligeros. De manera que estas se pueden llamar *sátiras parabólicas*, y aquellas *parábolas satíricas*: esto es, punzantes y penetrantes; pudiéndose decir, que no toda sátira es parábola, pero que toda parábola es sátira; entendida esta, no en el sentido odioso y ofensivo, que vulgarmente se le ha querido atribuir; sino en el provechoso y verdadero, que realmente le corresponde.

Y en este honrado, sério y provechoso sentido, ¿quién le ha dicho á Vmd. que la parábola de la cizaña no es una penetrante sátira contra los chismosos? ¿la del publicano y fariseo, contra los hipócritas, soberbios y presumidos? ¿la del hijo pródigo, contra los jóvenes disolutos? ¿la de la cena grande, contra los indevotos? ¿la de los convidados á las bodas, contra los sacrílegos? ¿la de la viña contra los envidiosos, la del grano de mostaza, contra los altaneros? ¿la de los talentos escondidos, contra los haraganes? ¿la de las vírgenes nécias, contra los que dilatan la conversion, para la hora de la muerte? ¿la del Samaritano, contra los eclesiásticos y religiosos poco caritativos? ¿la del sembrador, contra los oyentes de los sermones? ¿y la de los operarios de la viña, que primero mataron á los criados y después al hijo unigénito del amo de ella, contra los perversos predicadores? Ea, lea Vmd. á cualquiera santo Padre y á

cualquiera expositor, sobre estas parábolas de Cristo y después veámonos las caras. Pero no se nos venga con la fresca, de que Cristo no se valió de sátiras para remediar al mundo. Si todavía no está Vmd. contento con esto, y quiere en boca de Cristo una sátira, que no, como quiera, avergüence, sino que ridiculice, y haga verdaderamente risibles á los malos predicadores; óigala, tan parecida á miles de miles de originales que ahora andan por el mundo, que no es posible oírla sin soltar la carcajada.

Habla el Señor en el cap. 23 de San Mateo, determinadamente contra los malos predicadores, como convienen unánimemente todos los intérpretes, y como es literal en el mismo texto: *Super Catedram Moisis sederunt Scribæ et Farisæi*: «Sobre la cátedra de Moisés subieron y se sentaron á predicar los escribas y fariseos.» Pero es de advertir, que aunque vá á hablar de los malos predicadores, no vá á dar contra los peores; esto es, contra aquellos que predicán mal y viven peor; sino contra los ménos malos; esto es, contra los que viven mal y predicán bien. Pues, mire Vmd., por su vida que tal me los pone. «Haced, dice á su auditorio, todo lo que ellos os dijeron; pero guardaos bien de hacer nada de lo que ellos hacen.» *Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate et facite; secundum operam vero eorum, nolite facere*. Porque son unos papagayos, unas cotorras, unos charlatanes, ó á lo más unos meros farsantes. Representan y no practican, hablan y no obran, dicen y no hacen: *Dicunt, et non faciunt*. Ahora la glosa: Acaban de predicar sobre el ayuno, y desde el púlpito se van á sentar en una mesa ostentosa. Claman

contra la profanidad, y sus personas, sus casas, sus celdas y sus aposentos están llenos de mil superfluidades. Gritan contra el regalo, y para ellos ha de haber el chocolate más rico, el tabaco más exquisito, los muebles y víveres más delicados. Se desgañitan hasta ponerse roncós, contra los que no perdonan las más atroces injurias; y ellos no saben sufrir que les toquen el pelo de la ropa, sin perseguir *usque ad internecionem* á los que levisima y remotísimamente los ofenden. Esto y mucho más quiere decir aquello de *dicunt, et non faciunt. Dicen, y no hacen*. Prosigue adelante el Salvador. Echan sobre los hombros de los demás, cargas pesadísimas é insoportables, y ellos no arriman el hombro. ¿Qué llama arrimar el hombro? Ni aplican siquiera el dedo para moverlas: ni con un dedito han de levantar una paja del suelo. *Alligant enim onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum, digito autem suo nolunt ea movere*. Ahora la paráfrasis: Si se habla de opiniones; para los demás, las más estrechas; para sí mismos, las más lajas. Si se trata de penitencias; para los otros, las más austeras; para sí mismos, ningunas. Si es negocio de cargas indispensables; para los demás, las más pesadas; para sí mismos, las más ligeras. Si de seguir algun camino de tantos como conducen al Cielo; para los otros, los más escabrosos; para sí mismos, los más suaves y más llanos. Si de ejercicios de obras de caridad; las más penosas, para los otros; las más fáciles y ménos incómodas, para sí mismos. En una palabra, prosigue el Salvador: «no hacen cosa que no sea por pura vanidad, por «pura ostentacion, por captar la aura popular, la

«estimacion y el aplauso de los hombres, y para
 «meter ruido en el mundo:» *Omnia vero opera sua faciunt, ut rideantur ab hominibus.* Hasta aquí la pintura que hace el Salvador del hombre interior, esto es, del corazon y del espíritu de aquellos predicadores, que son los ménos malos. Atienda Vmd. ahora como los pinta en su exterior, cuando se presentan en la calle. «Déjanse ver, dice, con unos hábitos muy anchos y muy campanudos. No contentos de traerlos muy cumplidos, ellos mismos hacen ostentacion de sus ensanches y de sus superfluidades, contoneándose con pomposa vanidad, y llamando la atencion de sus hinchados movimientos. En todas las concurrencias pretenden sin disimulo el asiento más distinguido y más autorizado; y con igual satisfaccion se declaran pretendientes de los primeros púlpitos y de los primeros sermones. Gustan mucho, de que todos los que los encuentren, los saluden con el más profundo respeto, haciéndoles la cortesía hasta el suelo: y rabian, porque los traten de *padres maestros* todos los que hablen con ellos.» *Dilatant philacteria sua, et magnificant fimbrias; amant autem primos recubitus in cœnis, et primas cathedras in Synagogis, et salutationes in foro, et vocari ab omnibus* RABÍ. ¿Qué le parece á Vmd. de la pinturilla, señor Penitente? ¿No ha visto por esos púlpitos de Dios, millares de millares de originales, á quienes se parece vivamente este retrato? Y dígame Vmd. en puridad: ¿hay en todo el Gerundio cosa que se le parezca? Ea pues, confiese Vmd. de buena fé, ó que no es sátira la *Historia de Fray Gerundio*, ó que si lo fuere, lo será solo por usarse de aquel

estilo picante, vivo y natural; que canonizó con su ejemplo el mismo Jesucristo.

Con esto apenas tenemos que detenernos en el argumento, que hace Vmd., tomándolo del ejemplo de los Santos Padres. Hace lástima contestar á Vmd. en este punto; porque hombre que dá á entender sobradamente, que es del número de aquellos predicadores, de quienes habla el P. M. F. Gabriel de Morales, en el cap. 2.º de su *Residencia general*, á todos los predicadores, impreso recientemente en Madrid con un prólogo donoso, que vale un Potosí: un hombre, vuelvo á decir, que ni gramaticalmente sabe explicar la Doctrina Cristiana, como queda convencido en la construccion del *debui* por *potui*: un hombre, que dá tantas señas de ser de aquellos, que en muchos años, que siguieron el púlpito, predicando en muchas ciudades de estos reinos; no solo no vieron la Biblia sagrada, pero ni la tuvieron, como casi lo demuestra la ignorancia lastimosa de los lugares más sabidos de ella, que se acaban de explicar ó exponer: en una palabra, un hombre que no ha leído la Biblia, ¿cómo ha de haber leído á los Santos Padres, ni cómo puede saber lo que estos escribieron?

¿Con qué los Santos Padres no se valieron de la sátira para remediar al mundo? ¡Pobre criatura, y qué atrasada está de noticias! No hablemos de Santo Tomás ni de San Buenaventura, de quienes ya le hemos dicho lo que basta. ¿Ha leído Vmd. alguna vez las obras del máximo doctor San Jerónimo? ¿Qué ha de haber leído! Solo tiene noticia de que hubo un santo que se llamaba así, y que es doctor, y que escribió muchas cosas. Pues mire, Padre ó lo que fuere:

ha de saber que todos casi los que hacen crisis de las obras de este máximo doctor, notan en su estilo el carácter de satírico, esto es, de acre, de penetrante y de lleno de pimienta. Y advierto, que no se lo notan por defecto, ni mucho ménos por pecado mortal; sino por distintivo, ó por génio de su pluma. Seria menester trasladar casi todo lo que escribió el Santo, si pretendiera justificar esta crítica con todas sus pruebas. Por ahora bástame este echantillon ó esta muestra. Habla en la *Epístola á Neopociano*, de la vida de los Clérigos y de los Monjes; y dice este par de venialidades: *Nonnulli sunt ditiores Monachi, quàm fuerant seculares; et Clerici qui possideant opes sub Christo paupere, quas sub locuplete et fallace diabolo non habuerant; ut suspiret eos Ecclesia divites, quos mundus contempsit antea mendicos.* « Hay algunos que son más ricos cuando Monjes, que lo fueron cuando seculares; y Clérigos hay que afectando ó profesando seguir á Cristo pobre, poseen más riquezas que cuando seguian las banderas del diablo falaz y poderoso. De suerte que la Iglesia llora opulentos, á los que el siglo despreciaba ántes mendigos. » ¡Ay, es un grano de anís la clausulilla! Vaya otra. *¡Pudet dicere! Sacerdotes Idolorum, Mimi et Aurige et scorta hæreditates capiunt; solis Clericis et Monachis hoc lege prohibetur; et prohibetur non à persecutoribus, sed à Principibus Christianis: Nec de lege conqueror, sed doleo cur meruimus hanc legem. Cauterium bonum est; sed quod mihi vulnus, ut indigeam cauterio?* « ¡Vergüenza me da el decirlo! Los Sacerdotes de los Ídolos, los farsantes, los cocheros y hasta las mujeres pueden heredar; y solamente no

« pueden heredar los Sacerdotes y los Monjes; por-
 « que solo á ellos les está prohibido por la ley; y
 « prohibido, no ya por los Emperadores que persi-
 « guieron la Iglesia, sino por los mismos Príncipes
 « cristianos. No me quejo de la ley: lastímome del
 « motivo, que hemos dado para ella. El cauterio
 « bueno es; ¿pero á qué fin hemos de hacernos con
 « nuestra propia mano una herida, que necesite de
 « cauterio?» Ahora bien, señor mio, no hubiera co-
 piado estos lugares, ó los hubiera dejado en latin,
 para que no los entendiesen tantos, si Vmd. con su
 imprudencia, no me hubiera precisado á ello. *Factus*
sum insipiens, vos me coëgistis. ¿Y qué me dirá Vmd.
 del melífluo P. San Bernardo? ¿Parécele á Vmd. que
 gasta más azúcar, ó más almibar con los malos Sa-
 cerdotes, cuando es caso de reprenderlos? Pues no
 tiene Vmd. más que leer ese libro de *Sacerdotis dig-*
nitate, que no es largo: porque solo se compone de
 siete capítulos breves, pero bien cargados de pimienta
 que es un gusto como pica. Y si Vmd. quiere ahorrarse
 el trabajo de leerlos todos, lea no más que el sépti-
 mo; y por él conocerá, lo primero, como aprieta la
 mano en los otros seis; y lo segundo, como pronos-
 ticó el santo doctor, que le habia de suceder con
 aquel librito, lo mismo á la letra que está sucediendo
 al autor de *Fray Gerundio* con el que Vmd. llama
libelo. *Et quamquam se jam pro hoc libello purimos*
Sacerdotes, qui hæc quæ loquimur agere nolunt, in-
fideliter esse detracturos, sed sicut lacerationibus ob-
træctationum minimè pergravamur: sic demùm proba-
torum et Sanctorum virorum orationibus adjuvamus.
 « Y aunque sé muy bien, dice el melífluo Padre, que

« me han de cargar de dieterios y de murmuraciones, « con ocasion de este librito, muchos Sacerdotes que « no quieren practicar lo que en él les digo; tambien « creo, que otros muchos, que ó lo practican ya, ó « desean practicarlo, me han de llenar de bendiciones: con la diferencia, que los dieterios con que los « malos piensan despedazarme, no me hacen daño « alguno: y las oraciones con que los buenos me « ayudan, me hacen grandísimo provecho.»

¿Ea, qué me dice Vmd.? ¿No piensa en su ánima jurada, que este lugarcito de San Bernardo viene de perlas al libro de *Fray Gerundio* y á su autor? Yo conozco mucho á mi bellaco: es hombre de un bozo sin igual en ciertas materias. Aunque le han cargado á metralla de los dieterios más furiosos, no le han hecho la menor mella. Sé que está con una fresca, que es un contento. ¿Qué digo con una fresca? Ninguno se ha divertido más que él mismo con los papelones, que se han escrito contra él; especialmente con el de Vmd. se ha holgado á satisfaccion. Y en todo caso se atiene á las oraciones, que muchas almas piadosas y celosas han ofrecido á Dios, pidiéndole que le dé vida hasta desterrar del púlpito las malas sabandijas.

¿Se imaginará Vmd., por ventura, que el tercer doctor de la Iglesia San Gregorio el Grande, se anduvo con melindres, cuando trató de corregir á los malos Predicadores? Toda la tercera parte de su pastoral, la gastó en esta importantísima materia. Da principio con treinta y seis *Avisos* ó *Advertencias*, que deben tener presentes, para mudar el método de la curacion, segun fueren diversas las enfermedades

del alma, ó segun predominaren los humores de los enfermos. Vaya sin metáfora: enséñales, que de un modo han de reprender á unos, y de otro modo á otros. Y en la *Advertencia* nona dice así: *Aliter admonendi sunt protervi, atque aliter pusillanimes: tunc enim protervos melius corrigimus, cum ea quæ benè egisse se credunt, malè acta monstramus, ut undè adempta creditur gloria, indè utilis subsequatur confusio.* «Para corregir á los protervos, no hay mejor « medio, que ponerles delante sus disparates; hacién- « doles visible, que fueron despropósitos los que ellos « imaginaban aciertos; y tratándolos de manera, que « su necia vanidad se convierta en saludable confu- « sion, y en provecho su vergüenza.» No ha pretendido otra cosa el autor de *Fray Gerundio*. Y apuesto yo dos cuartos, á que tuvo muy presente esta *Advertencia*, cuando se resolvió á dar á luz su necesarísima obra. Pero apuesto yo, á que no se acordó de ella el autor del donoso Prólogo á la novísima edicion de la *Visita general de todos los Predicadores*, cuando se dejó caer tantas lindezas al sormomujo, ó al desgaité, contra la *Historia de Fray Gerundio*. Si la hubiera tenido presente, no hubiera seguramente dejado caer aquella pullita de que: «En la visita general, se ve- « rán residenciados los Predicadores, con la seriedad « que corresponde al estado del que hace la correc- « cion, y á la gravedad y dignidad del alto ministerio « de que abusan los Predicadores relajados.» Ni la otra de que: «El mal de estos veráse reprendido con « una generalidad caritativa; que al mismo tiempo « con la mayor acrimonia y violencia, declama con- « tra el vicio. Jamás, ni aún indirectamente, toca á

« individuo alguno , para sacarlo al teatro como reo ;
« como quien sabe bien , que el modo más prudente
« y saludable de corregir , ha de ser sin irritar . » Ni la
otra de más allá : « Que en toda la *Visita* , no se leerá
« una línea , que no sea dirigida al santo fin que se
« propone , sin extraviarse á otros asuntos muy lo-
« bles de su loable objeto . » Sea todo así , le diria yo .
¿ Pero si despues de cien años , que se hizo esta *Visi-
ta* tan séria , tan general , tan caritativa , tan acre , tan
valiente como en realidad lo es , los visitados y los
residenciados se han hecho más protervos , los he-
mos de dejar abandonados ? ¿ Y hemos de abandonar
la causa de Dios , del Evangelio y de las almas . ? ¿ No
llegó el caso de aplicar á la correccion de los pro-
tervos la correccion de San Gregorio , poniéndoles á
la vista sus disparates y sus locuras , para que se cor-
ran , se avergüencen y se confundan ?

Pero esto habia de ser , replicará Vmd. , con el au-
tor del Prólogo , sin tocar ni aún indirectamente á in-
dividuo alguno para sacarlo al teatro como reo . Ten-
ga Vmd. , señor mio , que San Gregorio nos previene
todo lo contrario en las palabras que se siguen in-
mediatamente . « Antes bien , (añade el Santo) , cuan-
« do se ve que nada aprovecha , y que léjos de corre-
« gir su proterva obstinacion , ni siquiera la conocen ,
« convendrá echar por el atajo ; y escogiendo algunos
« ejemplares de aquellos que más visiblemente han
« delinquido , sacudirles bien la liendre en cabeza de
« estos ; para que en la burla de estos conozcan los
« otros la que se hace de ellos : y convencidos de que
« no pueden defender los desaciertos agenos , ó se
« enmienden ó adviertan á lo ménos , que incurren

« en los propios. » *Nonnumquam vero, cum se vitium proterviæ minimè perpetrare cognoscunt, compendiosè ad correctionem veniunt, si alterius culpæ manifestioris, et exallare requisitæ, improprio confundantur; ut ex eo quod defendere nequeunt cognoscant, se tenere improbè quod defendunt.* ¡ Oh Señor ! ¡ qué el modo más prudente de corregir, ha de ser sin irritar ! Distingo ; cuando se puede hacer así con probable esperanza de la enmienda, no hay duda ; cuando la experiencia de tantos siglos , y especialmente la de este último, despues que se publicó la admirable *Visita general*, quita toda esperanza prudente de la correccion, sin remedios irritantes ; niégolo á piés juntos. Si los médicos pueden curar sin cauterios ni ventosas sajasadas, deben hacerlo : cuando no hay esperanza de que el enfermo sane sino con estos remedios, (*cauterium bonum est*), deben no omitirlos ; y si el doliente chillare, que tenga paciencia.

¿Y qué me dice Vmd. del cuarto doctor de la Iglesia San Agustin ? Nunca usó este Santo del estilo satírico, mordicante, corrosivo , para corregir los desórdenes, y para correr y avergonzar y hacer ridículos á los enemigos de la Iglesia, por el prudente temor de irritarlos más, en vez de persuadirlos á la enmienda ? Buen hombre será Vmd., si está en este concepto. Mire, Señor, un buen tomo de á folio se puede componer de los libros, tratados y cartas del Santo Doctor, que están en este gusto. Por ahora me contentaré con dar á Vmd. noticia de una obrita suya, tan idéntica con el punto de que vamos tratando, que no hay más que pedir. Viendo Agustino, que no alcanzaban, para reprimir á los Donatistas, todos los

medios serios, graves y fuertes, de que se habia valido en sus cartas, tratados y libros, sermones y disputas; por fin y postre, echó mano de lo mismo á que recurrió el autor de *Fray Gerundio*; y por el mismo motivo. Compuso pues una sátira, que intituló *Salmo contra los Donatistas*, en cierta especie de tiempo, ó de cadencia leonina, observada en la mayor parte de los versículos con un hippo-salmo: esto es, con su estribillo y todo, para que lo cantasen los niños por las calles, las mozas de cántaro, cuando iban por agua, y las lavanderas al son de la piedra, y de la tabla: en una palabra, para que los disparates de la Religion, llegasen á noticia del ínfimo vulgo, y así se hiciesen risibles. Oiga Vmd. al Santo en el libro I de sus *Retractationes*, cap. 20, cuyas palabras pone el colector de la obra por epígrafe del salmo: *Volens etiám causam Donatistarum ad ipsius humillimi vulgi, et omnino imperitorum et idiotarum notitiam pervenire, et eorum, quantum fieri potest per nos, inhærere memoriæ; Psalmum qui ab eis cantaretur, per latinas litteras feci.* No parece sino que los números 34, 35, 36, 37 y 38 del famoso *Prólogo con Morrion*, que está en la frente de la *Historia de Fray Gerundio*, fueron glosa ó comentario de estas palabras del águila de los Doctores: léalas Vmd. con devocion y sin preocupacion; y no volverá á quebrarnos la cabeza con la tediosa cantinela de que estas materias se deben tratar con gravedad, con generalidad, sin herir ni sacar sangre.

Pero vamos adelante con el gracioso salmo de San Agustin. Estaba tentado por copiarlo todo aquí, traduciéndolo despues en verso castellano; á fin de

que entendiese Vmd. y otros latinos como Vmd., sus chistes, gracias y pullas; diciéndome despues si son comparables con ellas las pullas, gracias y chistes de Fray Gerundio. Pero es obra larga, y todavía tenemos los dos muchísimo que hablar. Contentaréme con trasladar no más que algunos rasgos para prueba. El estribillo es este: *Omnes qui gaudetis de pace, modo verum judicate*: «Los amantes de la paz, juzgad quien «dice verdad.» La introduccion tomada de la parábola de la red echada al mar, se reduce á decir que el mundo es el mar; los peces son los hombres malos y buenos; la Iglesia es la red; el fin del mundo es la orilla ó la ribera de la mar. Y suponiendo que muchos peces entraron en la red de la Iglesia y la rompieron y se escaparon al mar, pregunta el Santo, *Bonus auditor fortassè quærit qui ruperunt retem?* Y responde:

*Homines multum superbi. qui justos se dicunt esse,
Sic fecerunt scissuram, et altare contra altare;
Diabolo se tradiderunt, cum pugnant de traditione;
Et crimen quod commiserunt, in alios volunt transferre.
Ipsi tradiderunt libros, et nos audent accusare;
Ut pejus commitant scelus, quam commiserunt antè.*

Vaya en romance, para que Vmd. no se quede en ayunas:

Preguntarán acaso,
¿Quiénes, rota la red, abrieron paso?
Unos hombres soberbios y orgullosos:
Verdad es, que en su boca son piadosos.
Estos, la santa red despedazada,
Al altar hacen guerra declarada;
Y cuando niegan nuestras tradiciones,
Intentan defender sus traiciones.

Siendo todos artifices peritos,
De imputar á los otros sus delitos.
Prodigiosa invencion de sus errores,
Estos los reos ser, y acusadores.

Prosigue el Santo:

*¿Custos noster, Deus magne? tu nos potes liberare
A Pseudo-Prophetis, qui nos querunt devorare;
Maledictum cor lupinum contegunt orind pelle.
Qui non noverunt Scripturas, hos solent circumvenire:
Audiunt enim traditores, et nesciunt quod gestum est ante:
Quibus si dicas, probate, non habent quid respondere:
Suis se dicunt credidisse: dico ego, mentitos esse:
Quia et nos credimus nostris, qui eos dicunt tradidisse.
¿Vis nosse, qui dicunt falsum? Qui non sunt in unitate.*

En castellano, para lo dicho:

¡Oh gran Dios! solo tú puedes librarnos
De estos, que tiran á despedazarnos,
Con capa de profetas verdaderos;
Pero en el fondo grandes embusteros.
La piel de oveja, ó manso corderito,
El corazon de lobo muy maldito.
Es verdad, que podrán solo hacer daño
En los más inocentes del rebaño,
En los que nada saben de Escritura;
Los demás ya conocen su locura.
Précianse de saber antigüedades,
Sin saber lo que pasa en las ciudades.
Mándales tú probar sus desaciertos,
Y los verás callar como unos muertos.
Con los suyos dicen, que consienten,
Y yo les digo, que los suyos mienten;
Porque los nuestros dicen lo contrario:
Y es modo estrafulario,
Al buscar la verdad hombres machuchos,
Separarse los pocos de los muchos.

Habla despues de Botrio y de Celestio , sediciosos Obispos de Numidia, y enemigos declarados de Ceciliano, Obispo de Cartago; á quien injusta y tiránicamente depusieron , con pretexto de que no estaba legítimamente consagrado; y los pinta de esta manera:

*Erant Botrius et Cælestius hostes Ceciliano valdè,
Impii, fures, superbi, de quibus longum est referre.
Fecerunt quod voluerunt tunc in illa cæcitate:
Non Judices sederunt, non Sacerdotes de more
Quod solent in magnis causis congregati judicare,
Non Accusator et Reus steterunt in quæstione;
Non Testes, non documentum, quo possent crimen probare;
Sed furor, dolus, tumultus, qui regnant in falsitate.
Si malus erat Sacerdos, deponendus erat antè;
Si non poterat deponi, tolerandus intra rete,
Sicut modo toleratis tam multos malos apertè.
Et qui fertis pro furore, feretis unum pro pace.*

En nuestra lengua, para servir á Vmd.

Eran Celestio y Botro,
A cual más enemigos uno y otro
De Ceciliano, obispo de Cartago;
É injuria no les haro,
En tratarlos por sus operaciones,
De impios, de soberbios, y ladrones:
Y quanto hicieron en su ciego arrojo,
Lo consultaron solo con su antojo.
Por si solos obraron,
Ni con otros conjueces se asociaron,
Como en las causas lo previene
El derecho, y el uso lo mantiene.
No hubo fiscal, ni reo,
Testigos, documentos, ni careo;
Solo el furor, la trampa, y el tumulto,
Hicieron la probanza, y esta á bulto.
Testigos sobornados por la ira,
Quando quiere probar una mentira,

Si era mal sacerdote Ceciliano,
Lo habria depuesto antes otra mano:
Y no habiendo lugar á este remedio
El tolerarlo fuera el mejor medio,
Asi como sufris á otros peores.
Mas vosotros, señores,
En gracia del partido sedicioso,
Dejais á mil perversos én reposo:
Y por la paz no dejais á solo uno.
¿Quien dirá que obraís bien? Ninguno.

Basta de coplas, señor Penitente; y sobran estos lugares de los cuatro Doctores de la Iglesia latina, para que entienda Vd. y los demás inocentes como Vd., á quienes ha alucinado con su papelote, que los SS. PP. no pusieron tan mala cara al estilo satírico, como á Vd. le parece; y que echaron mano de él, siempre que hicieron juicio, que lo pedia así la cura del enfermo. Los Padres griegos aplicaron con mayor frecuencia esta medicina, por ser los sarcasmos muy del genio de aquella nacion y de aquella lengua; de cuyos versos mordicantes llamados *Silla*, se gloria la sátira derivar su noble alcurnia. No tiene Vmd. más que abrir á San Basilio, casi en cualquiera parte; y á San Gregorio Nacianceno en sus poesías líricas y cómicas; ó, si le gusta más la sátira en prosa, lea las dos grandes oraciones que escribió contra el Emperador Juliano Apóstata; á las cuales el mismo Santo dió el nombre de *Invectivas*; y encontrará Vmd. con que saciar su apetito. De San Juan Crisóstomo no hablo; á penas encontrará Vmd. una homilia de este ródano de la elocuencia sagrada, en que no se hable, con mil donosas y vivísimas pinturas, de todos los vicios; que no es posible leerlas, sin dar licencia á la risa, para

que salga con toda libertad. Pinta á un borracho, á un jugador, á un cortejante, á una dama en el tocador, á un hipócrita, á un declamador, á un ministro interesado, á un clérigo entremetido, á un monje aseglarado, á un miserable, á un ambicioso; en fin, pinta á todos aquellos cuyos vicios reprehende, con tanta viveza, con tanta propiedad; con tanta gracia que, en mi dictámen, Quevedo fué insulso en sus descripciones, respecto de este gran santo hombre, por otra parte de los más sérios y más circunspectos que ha conocido el mundo.

Y porque no me diga Vmd. que los Santos que se acercan más á nuestros tiempos, no fueron de este parecer, quizá porque les enseñaria la experiencia que la sátira seria más para irritar que para corregir, no le alegaré por ahora otro ejemplo, que el de San Bernardo para su desengaño. ¡San Bernardo! si señor, el suavísimo, el dulcísimo, el melífluo Padre San Bernardo, de cuya pluma se dijo que *mel et fel ex æquo fluebat*; que igualmente destilaba miel que hiel. Esta para sacar las manchas profundamente empapadas; y aquella para curar las llagas lijeras ó superficiales, que á penas pasaban el cútis. Diviértase Vmd. en leer sus Cartas, y verá muchas que parecen fabricadas, no con la boca, sino con aguijón de aquella celestial abeja del Clarabal. Pero si Vmd. quiere ahorrar este trabajo, tome no más que el de leer sus libros *de consideratione ad Papam Eugenium*; y habiéndolas leído, dígame amistosamente, si se puede escribir sátira más penetrante, ni tampoco más sangrienta (séame lícito decirlo así) contra toda la Côte de Roma, comenzando por el Papa, y aca-

bando con el más ínfimo curial? Allí á ninguno se perdona; ni á dignidades, ni á clases, ni á empleos, ni á Tribunales, ni á Clérigos, ni á Monjes. Allí nada se disimula; ni profanidad, ni ostentacion, ni aparato, ni mesas, ni carrozas, ni muebles, ni injusticias, ni cohechos, ni simonias, ni exámenes, ni provisiones. Allí á todos se les residencia; al Papa, á los Cardenales, á los Obispos, á los Embajadores, á los ministros de Estado, á los de Justicia; á los Eclesiásticos, á los Regulares; sin perdonar ni aún á la ínfima plebe: y todo con tanta caridad, con tanta viveza, con tanta energía, que el buen Papa Eugenio cuasi pidió cuartel al Santo, y oprimido con las reconvenciones, hubiera renunciado la Tiara, si el mismo Santo no lo hubiera sostenido.

¡Ea, señor mio, qué me dice Vmd. ahora? ¿Se está todavía en sus trece, de que los SS. PP. no se valieron de la sátira para reformar al mundo? Pues estése, y buen provecho le haga. ¿Pero qué sacamos de esto? ¿Que el uso de la sátira no es lícito? ¡valiente consecuencia! Allá va este entímema. Los SS. PP. no se valieron, ó no usaron del medio de fundar la Religión de los Capuchinos, para reformar al mundo (porque realmente no fueron SS. PP. los que la fundaron); luego la Religión de los Capuchinos no fué lícita. Consulte el argumentillo con su Padre Confesor; y el bufido con que justamente le responderá á Vmd., tén-galo por dado y délo por recibido.

A Dios, amigo, hasta otra que allá irá. Tal dia, tal mes y tal año.

B. L. M. de Vmd. su lo que quisiere.
Quien Vmd. gustare.

Señor Don CUALQUIERA.

CARTA TERCERA.

De aquel mismo para aquel propio.

Muy Señor mio: á las tres vá la vencida, dice el refran; pero no crea Vmd., que yo escribo con esperanza de vencer, ó de convencer á las tres ni á las trescientas. ¿Sabe Vmd. por qué? por este cuento. Argüia un hombre muy hábil á otro muy tonto. Apurólo, estrujólo, hízolo añicos; pero no pudo conseguir, que el otro no hablase más, que una cotorra. Preguntáronle después, ¿cómo habia ido con el argumento? y él respondió, tomando un polvo con vehemencia: «*Tan grandísimo burro es, que no lo he podido convencer.*» Sí: andaos á convencer al Penitente del Padre, ni al Padre del Penitente; cuando entre los dos han inventado un nuevo modo de concluir en *bárbara*, que debió de traer de la Canadá cierto amigo, que en años pasados fué echado de allí, desterrado de Francia, expelido de Roma; y se refugió en Holanda (otros dicen en Ginebra), á hacer vida tan penitente, como la del mismo señor mio. Ello es cierto, que si los salvajes de la Canadá no inventaron el modo y la figura del argumento, aquí por lo ménos no teníamos noticia de la una, ni del otro. Óigalo Vuestra Merced por su vida, que es donoso, y lo propone en el número segundo de su papelote, en esta substancia:

«El abusar de los textos de la Sagrada Escritura
«para hacer reir, es blasfemia: el Gerundio saca del
«sepulcro del olvido las blasfemias, y las injurias

« con que vulneraron materialmente á Dios, y á la
« Sagrada Escritura, unos predicadores nécios, idio-
« tas, ó locos, para que siempre estén hablando en
« las villas, ciudades, provincias, y reinos, donde
« nunca hubo noticia de ellos: luego ó Gerundiano es
« formalmente blasfemo, ó lo ménos, no se escapa
« de sacrilego. » ¿Qué dice Vmd. del argumentillo?
¿No se lleva, no digo yo los bigotes, sino las barbas
más reverendas, y estas á rapaterron? Mas, allá vá
otro argumento en la misma forma: « El abusar de
« los textos de la Sagrada Escritura, para fundar, y
« para confirmar herejías, es blasfemia heretical:
« Los SS. PP. y DD. de la Iglesia, y con ellos todos
« los teólogos católicos, sacan del sepulcro del olvido
« las blasfemias, y las injurias, con que vulneraron
« formalísimamente á Dios, y á la Sagrada Escritura,
« unos herejes locos, furiosos y presumidos, para
« que siempre estén hablando en las villas, ciudades,
« provincias, y reinos, donde nunca hubo noticia de
« ellos: luego los SS. PP. y DD. de la Iglesia, y con
« ellos todos los teólogos católicos son formalmente
« herejes y blasfemos. » No hay qué andar dándole
vueltas, que la figura del segundo silogismo no pierde
pinta al primero. Si el uno concluye, el otro convence.
Pero si aquel es un desbarro, este es una locura.

Con efecto, no son otra cosa uno y otro. Bendití-
simo de Dios, para qué el discurso de Vmd. fuera
discurso, y no fuera rebuzno, le habia de formar así:
« El abusar de la Sagrada Escritura es blasfemia: El
« Gerundio abusa; luego es blasfemo. » Pero tratarle
á este pobre con tan poca piedad, solo porque saca
á plaza las blasfemias de otros, caso que lo sean,

ya vé Vmd, que si este modo de argüir llegase á noticia de Fray Toribio, lector de artes, se habia de espiritar de cólera dialéctica. « Sí, señor, (insiste « Vuestra Merced) es blasfemo, y blasfemo garrafal; « porque azuzar á un loco cuya manía es decir blas- « femias, para que las diga, y para que las repita; « es grandísima blasfemia; con la diferencia de qué, « la que es material en el loco, es formal en el que « azuza. » Pase la decision votal, aunque no es tan cierta como la supone el moral del P. Marquina. Si el azuzarle es puramente por divertirse, será una diversion ilícita, y gravemente pecaminosa; pero eso de condenarle rotundamente, no ménos, que á blasfemia formal, es más obra de lo que al Penitente le parece, y se le figura. Mas al fin, corra la opinion como quisiere el Penitente; pues para el caso en qué estamos, importa un pito. Pero dígame, hermano, ¿repetir las blasfemias de un loco, para darle cuatro latigazos, á fin de que no las diga, y con el caritativo intento de curarle aquella manía, es blasfemia formal? ¡Pobres padres de los locos (así llaman en algunas partes á los que cuidan de ellos), si hubieran de cargar en su cuenta las blasfemias de los orates, que repiten á cada paso, para corregirlos! Habia en los orates de Valladolid, un célebre loco, que decia, era dos veces la *Santisima Trinidad*; porque este *Misterio* (añadia), *se reduce á ser tres Personas distintas en una sola naturaleza Divina: y esta es una grandísima friolera: yo soy tres naturalezas distintas en una sola persona verdadera; y tres distintas personas en una sola naturaleza verdadera; ¡este sí, que es misterio!* Visitábale el Padre todos los dias, y le pre-

guntaba, ¿cuántas eran las Personas de la Santísima Trinidad? Á que respondia; *Tres y una; una y tres; y yo solo soy las seis.* El Padre empuñaba bien el látigo, y le sacudia el válogo, repitiéndole á cada golpe: *¡Pícaro, tú la Santísima Trinidad! Tú tres personas en una sola naturaleza, tres naturalezas en una sola persona. ¡Ven acá, infame; ¿no sabes que eres Crispin el zapatero?* Con eso pasaba á la otra jaula; y el que la ocupaba, viendo la tempestad que habia descargado en la del vecino, le decia con voz ponde-rosa y mesurada: *Señor Padre, no haga Vmd. caso de ese loco, que es un pobre simple; y pase Vmd. adelante, que yó no me meto en esas honduras; porque me contento con ser San Isidoro.* Pregunte Vmd. ahora á su confesor, señor Penitente, ¿si el Padre de los orates, que repetia sus blasfemias, para castigarlas, era blasfemo? Pues este es el caso en cuestion. El Gerundiano no hace más que repetir las que Vuestra Merced llama *blasfemias* de los que Vmd. llama *né-cios, idiotas, ó locos*, para corregirlas, abominando de ellas, y pintándolas tan feas, ó tan locas como son. Pues ¿en qué está la blasfemia? ni ¿á qué propósito viene el casito de moral de los que azuzan á los locos para qué blasfemen? ¿Es azuzar el sacudirles el latigazo, que los levante el ronchon, y les hace levantar el chillido, hasta ponerlo más arriba de las nubes? Ea, confiese Vmd. de buena fé, que es un botarate, y que tan á tontas y á bobas escribe cuando habla de locos, como cuando habla de cuerdos.

Pero dice Vmd. que el Gerundiano saca del sepulcro del olvido, las blasfemias, é injurias, con que vulneran materialmente á Dios, y á la Sagrada Escri-

tura, unos predicadores nécios, ó locos, para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos, donde nunca hubo noticia de ellos. Valga la verdad. ¿Estaba Vmd. en su camisa, ó en su túnica, cuando escribió este despropósito? Dígame buen hombre, ¿habrá aldea tan infeliz en España, donde no se pueda formar un buen tomo de á folio de las locuras y blasfemias, que han predicado, están, y andan predicando los malos predicadores? ¿Hay clérigo, cura, ni fraile, que no esté atestado de necedades, desbarros, y sandeces, que ellos mismos los han oído por aquellos sus mismos oídos pecadores; que ha de comer la tierra? ¿En el mismo país de las conversaciones, hay provincia más fértil, ni más abundante, que la de los predicadores ignorantes, ó locos, cuando se toca esta materia en un corrillo, y aunque sea en la cocina ahumada de la maragatería? ¿Hay arriero, que no contribuya con una recua de cuentos, tan verdaderos y tan chistosos, como los que puede traer el autor de Fray Gerundio, ni otros mil Gerundios como él? Dígame más: la mayor parte de las locuras y de las blasfemias que este cita, no andan de molde por ese mundo de Dios? Las otras que alega, ¿no se predicaron en esos púlpitos de Cristo? ¿Y cree Vmd. en Dios y en su conciencia, que se predicaron en tiempo del Rey Witiza, ó que se imprimieron con licencia del Arzobispo Don Opas? ¿Pues por qué nos sale con esta sandéz, y hace el papon á los sencillos con esas bocanadas? Acuérdomé de este caso, que harto será no venga bien por ser otro Penitente. Acusábase, que no se había confesado en veinte y tantos años; y

en cada mandamiento echaba por aquella boca sapos y culebras, víboras y dragones. Al acabar la confesion dijo frescamente: *Y para materia más cierta del dolor, me acuso de dos blasfemias de la vida pasada.* Reparólo el Confesor, y le replicó: ¿Pues no me ha dicho Vmd. que en veinte y tantos años no se ha confesado? —Sí, Padre. —¿No me ha dicho que en todo ese tiempo ha sido blasfemo de profesion? —Sí, Padre. —¿Pues, á qué vienen las blasfemias de la vida pasada? —Padre, respondió el Penitente, porque estas ya se pasaron. Señor Penitente mio, remedo del susodicho (no digo en la conciencia, que no supongo tan perdida la de Vmd., sino en la ignorancia, ó en la zorrería); si las blasfemias y las locuras de los Predicadores idiotas, nécios ó locos (segun Vmd. los califica), son frescas, actuales y están chorreando tanta sangre en nuestro reino, como Vmd. no ignora, ¿á qué fin sale con la parvuléz de que el Gerundiano las saca del sepulcro del olvido?

A fé, que ya se me iba olvidando lo mejor. Y dígame Vmd., inocentísima criatura, ¿por qué esas blasfemias han de ser no más materiales en los oradores, ó en los orates, que las predicaron, y han de ser formales y formalísimas en el Gerundio, que solo las resume para burlarse de ellas, para desterrarlas, y para exterminarlas del mundo? Ya lo dice Vmd. con un candor, que hechiza: «Porque los oradores que «las predicaron fueron unos orates, unos nécios, «unos idiotas, y locos; por consiguiente incapaces «de vulnerar más que materialmente á Dios y á la «Sagrada Escritura. Pero un sugeto tan sabio como «el Gerundiano, no puede eximirse de formal blas-

«femia ó sacrilegio.» Apuesto yo á que al leer esto el Gerundiano (si es que lo leyó), haria á Vmd. una profunda reverencia, quitándose el bonete, ó el sombrero, diciéndole: *Vi ringrazio, Padrone mio collendisimo*: ó si su lengua adolece de mal francés: *bien obligé, monsieur*. Porque no se puede negar que le hace Vmd. muchísimo favor, cotejándole con unos hombres, que han sido hasta aquí unos espantamundos. A estos los hace Vmd. incapaces de pecar; y por consiguiente incapaces de Sacramentos. Al Gerundiano lo supone Vmd. no solo pecable, sino tambien pecador; pero al mismo tiempo, como hombre sabio, no le niega Vmd., que pueda arrepentirse, y que sea capaz de absolucion, la que no faltará por ahí alguna buena alma, que se la eche. El pecar ciertamente no es ninguna gracia, pero el poder pecar y no hacerlo, esta sí que es muchísima, segun aquello: *qui potuit transgredi, et non est transgressus*. La impecabilidad en la providencia ordinaria, es poco apetecible; pero la pecabilidad desviada siempre del pecado, es todo cuanto en esta vida se puede desear. Pregúnteselo Vmd. sino á su confesor, cuya sutil escuela defiende por esta razon, entre otras muchas, la pecabilidad de la humanidad de Cristo. Con que, suponiendo Vmd. que los predicadores nécios, idiotas, ó locos, no pueden decir más que blasfemias materiales; pero que el Gerundiano, como hombre tan sabio, puede decirlas muy formales, y que muy formalmente las dice, aunque no le hace la mayor merced en el acto, no deja de hacerle mucha en la potencia.

Por lo tanto, venga á noticia de todos; que siem-

pre que en algun sermon salga á lucirlo *una perfeccion extraña esculpida en el pecho de una dama, cual era un crecidísimo lunar*, no es más, que una indecencia material, de que no se debe hacer aprecio; porque es un nécio, idiota ó loco el predicador que la predicó: siempre que á este lunar y á estos pechos, se apliquen *los textos de la Sagrada Escritura, que habla de los pechos de la esposa*, no es más que una blasfemia material, que debe despreciarse, porque es nécio, idiota ó loco el predicador que los aplicó: siempre que se haga *una pintura no ya cómica, sino lúbrica y obscena de los pechos de la dama, ó de cualquiera otra*, no es más que una obscenidad material, de que solo se pueden escandalizar unos oídos, que no tienen pelo de barba, ni siquiera les apunta el bozo; porque es un nécio, idiota, y loco el predicador que la hizo: siempre que en otro sermon se queje el orador, *de que en todo un dia de Dios, no hicieron caso de él en una populosa ciudad; pero que al segundo dia toda la ciudad se esmeraba en cortejarlo á competencia*, no es más que una sandez material, que debe causar risa más que enfado; porque es un nécio, idiota, y loco el predicador, que la estampó: siempre que el mismo orador se llame *el predicador Marquina* por antonomasia, significando que *solo á esta voz se alborozó, y se alborotó todo el pueblo*, no es más que una inocentada material, que está corregida con una carcajada; porque es un nécio, idiota ó loco el predicador, que la pronunció: siempre que á un jefe de los alcabaleros, se llame *príncipe, porque dice la Escritura, que era el principal de los del oficio*, no es más que una

ignorancia material, que está suficientemente castigada con dos palmetas en la clase de medianos; porque es un nécio, idiota ó loco el predicador, que la construyó tan materialmente: Siempre que el orador se coteje á *si mismo con Jesucristo, y aún le lleve dos deditos de ventaja en la comparacion*, no es más que una blasfemia material, de que solo pueden hacer aspamientos las orejas farisaicas; porque es un nécio, idiota, y loco el predicador, que hizo la comparacion. Pero siempre que todo esto, ó cosa equivalente, se encuentre en el autor de *Fray Gerundio*, aunque lo repita por mofa, por burta, por escarnio, y por llenar de rubor á los que tienen osadía de predicar de esta manera, téngase entendido, que es una blasfemia formal, y formalísima; porque el tal Gerundiano es hombre sabio, bellacon, marrajote, observador, y de una intencion como de un caballo. Y ve aquí Vmd. como han cargado sobre las espaldas del pobre Gerundiano las iniquidades, las blasfemias, las maldades, y la lepra de los malos predicadores. Bien empleado le está al insolente y atrevido, para que otra vez no se meta en Gerundios de once varas!

No obstante lo dicho, debo prevenir, para descargo de mi alma, que por ningun caso admito, adopto, ni aún tolero la proposicion generalísima, en que el Sr. Penitente pésimamente instruido funda su silogístico armatoste. Sienta como indubitable la tal proposicion, con este sapientísimo regüeldo. « Digo lo primero: que el abusar de las palabras de la Sagrada Escritura, mezcladas con las profanas, para mover á risa, celebrar desatinos, herir con sátiras, chistes y cuentecillos, como ejecuta el Gerundiano en su

«decantada historia, es á mi ver manifiesta la blasfemia, sin que haya doctor, ni autor que lo contradiga.» ¡Hay tal chiste, ó por mejor decir, hay tal satisfaccion, y tan ignorante bobería! Pues yo le digo lo primero; que no me señalará un solo autor de nota entre los sabios, que enseñe ese disparate. Yo digo lo segundo; que todo cuanto enseñan los mayores teólogos en este punto, se reduce á tres proposiciones. La primera: el usar ó abusar de la Sagrada Escritura para cosas profanas, en rigor y propiamente, no es blasfemia: *Propiè non est blasfemia, si quis verbis Scripturæ utatur ad profana*. La segunda; el usar ó abusar de ella para cosas profanas ó torpes, cuando se junta con desprecio de las mismas palabras, es pecado mortal de sacrilegio, por ser contra la reverencia debida á las cosas sagradas: *Si tamen utatur ad turpia, vel ad profana, cum contemptu, semper est grave peccatum contra reverentiam rebus sacris debitam*. La tercera; pero el usar ó abusar de ellas para zumba de cosas lícitas y honestas, y aunque sea tambien por chistes y gracias (como sea sin desprecio, y la demasiada frecuencia, no dé motivo para juzgar que es con él,) no será más que pecado venial: *Si autem ad res honestas utatur per jocum, etiam ad facetias, adsitque contemptus, non erit nisi peccatum veniale*. Vea Vmd todas estas proposiciones, con estas mismas voces, en el P. La-Croix, parte primera, libro 3, núm. 256; y no le considero á Vmd. tan parvulillo, que tuerza el hocico al autor. Y vea Vmd. tambien en que ha parado toda aquella boconada, de que no hay doctor ni autor alguno, que diga, que no es blasfemia, el abusar de las palabras

de la Sagrada Escritura, para mover á risa, celebrar desatinos, etc. ¿Ni cómo podia haber doctor ni autor, que dijese tamaño disparate, sabiendo qué cosa es blasfemia? Todos los teólogos la definen así: *Maledictio, sive verbum contumeliæ adversus Deum*. Un desprecio, vituperio, contumelia, ó convicio contra Dios, sea de palabra, sea de obra. Definicion que tomaron de San Agustin, libro 2, de *moribus Manichæorum*, cap. 2, donde la describe de esta manera: *Est autem blasphemia cum aliqua mala discuntur, de bonis: itaque jam vulgo blasphemia non accipitur, nisi mala verba de Deo dicere: de hominibus nonnumquam dubitari potest: Deus verò sine controversia bonus est.*

« Blasfemar, dice el Santo atendiendo precisamente « al origen, y significado primitivo de la voz,) no es « otra cosa, sino decir mal de los buenos; pero como « solo Dios es bueno sin controversia, y de los hom- « bres se puede dudar; ya por *blasfemia* se entiende « comunmente hablar mal de Dios con desprecio de « sus atributos. »

Pues como sea cierto, que puramente el abusar de la Sagrada Escritura, aunque sea para chistes y para gracias, con tal que estas no se dirijan á hablar mal de Dios, ó vituperarlo, ó escarnecerlo, ó quitándole sus atributos, ó fingiéndole los que no tiene, ó tratando con desprecio, ó con desacato los que le competen; no es desprecio, contumelia, ó vituperio contra Dios; es innegable, que puramente el abusar de la Escritura Sagrada, no es blasfemia; y que ningun autor ni doctor pudo decirlo con la generalidad, que lo pronuncia el Domine Penitente, asesoreándose sin duda con su teólogo de cámara el P. confesor.

Pero no nos detengamos en lo que á mí no me importa. Sea en hora buena blasfemia, y blasfemia heretical, este intolerable abuso. ¿*Quid indè?* ¿Luego el Gerundiano es un blasfemo y un hereje de á tiros largos, con equipaje de cámara y reposteros fabricados en Ginebra? ¿Por qué? Porque abusa de la Sagrada Escritura para celebrar desatinos. Usted está en su jubon? Harto será que lo tenga; y seguramente que no le pesará de eso en la hora de la muerte. Pero, dígame, hermano carísimo; ¿qué desatinos celebra el Gerundiano? Los de los predicadores nécios, idiotas y locos? Pregúnteselo Vmd. á ellos, si los celebra. ¿No los ataca? ¿no los deshace? ¿no los aniquila siempre que se le ponen delante? Las visibles ironías de que usa, ¿no son unas penetrantes saetas que les pasan de parte á parte el corazon, sin poderlas desprender, por más vueltas y revueltas que den para arrancarlas? *Hæret lateri lactalis arundo?* ¿Tienen otro verdadero principio esos clamores, esos alaridos con que han llenado el mundo de lastimosa bazofia? Porque, créame Vmd., hermano, todas las demás injurias, agravios y vilipendios de las sagradas Religiones, que pretexta, son cuento y más cuento, espantajos y cocos, para atemorizar á los chiquillos. ¿Y á esto llama Vmd. *celebrar desatinos*? Vaya un cuentecillo. Habia en Roma cierto flautero de teatro, llamado *Príncipe* (no necesitaba más su confesor para tratarlo de Alteza en algun sermon.) Éste en cierta representacion se rompió una pierna, de que estuvo muy malo. Aún no estaba bien convallecido, cuando no sé que caballero, que habia de dar al pueblo unas grandes fiestas, le instó, le importunó y le untó tanto

las manos, para que se dejase ver en ellas, que al fin Príncipe no se pudo negar, ni resistir á la eficacia del unto. Apenas subió al teatro, cuando la música comenzó á cantar el motete acostumbrado, con que solia dar principio á las piezas dramáticas.

Alégrate, Roma,
Festéjate y rie:
Alégrate, Roma,
Que el *príncipe* vive.

Lætare, incolumis Roma, saluo Príncipe.

El simple del flautero creyó que se cantaba por él, lo que se decia por el emperador. Esponjóse, ensanchóse, empavonóse, y se deshacia á besamanos y á cortesías, para corresponder á los que á su parecer festejaban tanto el recobro de su importante salud. Conocen los mirones la fatuidad de aquel tonto; riense á carcajada tendida, hacen que la música repita por burla el motete que comenzó de veras y por costumbre; *iteratur illud*; repítese: y mi hombre, firmemente persuadido á que aquello era por celebrarle más y más, se tiende á la larga en el púlpito, como que ya no podia más con el aplauso: *Homo meus se in pulpito totum prosternit*. Resuenan las carcajadas por todo el teatro, y especialmente la gente noble como más advertida, continuaba en los aplausos irónicos y burlescos, con que celebraba la salud del Príncipe; *Plaudet illudens eques*. De manera, que la que comenzó comedia, prosiguió y acabó entremés. Mal me quieran mis comadres, si el modo con que el Gerundiano celebra los desatinos de los predicadores, no es todo

parecido al modo con que aquellos caballeros romanos celebraban la locura del infatuado trompetero. Y si les abruma este género de aplausos, bien pueden tenderse á la larga en el púlpito y boca arriba, que con esto pasarán de Gerundios á Supinos.

Hablemos un poco más serios. ¿No me señalaría Vd. por su vida una sola parte de la Historia de Fray Gerundio, en que su autor abuse de la Sagrada Escritura para sátiras y cuentecillos? Encontrará Vmd., sí, innumerables abusos del Sagrado texto. ¿Pero cómo? Los más copiados á la letra de los sermones impresos que andan ó pueden andar en las manos de todos: otros muchos trasladados de los manuscritos ó resumidos fielmente de los que se predicaron, oyéndolos el mismo autor: algunos, y son muy pocos, fingidos por él; pero aplicados propísimamente y aún idénticamente ni más ni ménos como los predicadores Gerundios: y los unos y los otros vigorosamente combatidos y graciosamente rechiflados, siempre que salen á la palestra. Pues ahora, dígame Vmd.: ¿es abusar de la Sagrada Escritura, referir literalmente los abusos de otros, y detestarlos con el mayor empeño? ¿Es vulnerar el Sagrado texto, remedar con toda propiedad las armas, y el modo con que otros le vulneran, y combatirlos con el mayor rigor? ¿Es faltar á la veneracion y á la reverencia debida al Espíritu Santo, pintar con viveza las diferentes maneras con que otros faltan á ella, y dar en ellos como en centeno verde? En una palabra, ¿es profanar los Libros Sagrados, hacer ver de bulto las profanaciones de otros, y abominarlas, y anatematizarlas, y hacerlas detestables por los medios posibles?

Ea, mire Vmd. lo que responde, porque si dice que no, como debe, dió en tierra todo su armatoste; si dice que sí, debe decir consiguientemente, que todos los predicadores celosos, que explican en el púlpito los varios modos que hay de blasfemar, son unos blasfemos: si dice que sí, debe decir, que todos los Santos PP. y DD. de la Iglesia, que refieren en sus obras las diferentes herejías que se han levantado contra ella, son unos herejes; que todos los teólogos que resúmen en sus escritos las opiniones erróneas, son unos descaminados: y en suma, que todos los ascéticos, que en sus libros pintan con tanta viveza los vicios, las pasiones, y los desórdenes de todos los estados, clases y posesiones, son unos impíos y disolutos. No ha hecho otra cosa el Gerundiano con el sagrado texto; y añadido más, que tampoco podia dejar de hacerlo.

Y sino, vamos á cuentas. Siendo uno de los más principales, de los más importantes y de los más necesarios fines del historiador de Fray Gerundio, desterrar del púlpito católico el sacrílego abuso de la Sagrada Escritura; era absolutamente indispensable hacer visible este abuso. Para esto no habia más que dos medios; ó copiarlo fielísimamente con las mismas voces y palabras, con que se halla en los Predicadores, ó con que á cada paso se les oye; ó remedarlo en alguna pieza fingida; pero con tanta propiedad, que en nada se diferenciase del que se lee ú oye en los sermones verdaderos. No tiene Vmd. que aporrear, porque no encontrará otro medio; y si lo encuentra, aviseme, que yo le pagaré el hallazgo. Pero no me salga Vmd. con la pata de gallo, de que todo

se podia hacer muy bien, sin especificar nada, hablando en general de abusos, profanaciones y sacrilegios; porque esas generalidades no son medio, ni calabaza, sino bulla, estruendo cacareo y nada más. Jamás se ha remediado cosa alguna con ellas, sin especificar los desórdenes, pintándolos con sus pelos y señales; ó ya como se hallan en personas verdaderas, ó ya como se suponen en personas fingidas. De otra suerte no hay que esperar curacion; porque no hay que esperar que se den por entendidos los enfermos. Del primer medio se valió el Apóstol San Pablo. Tuvo noticia de las parcialidades que dividian á los Corintios, con peligro de que viniesen á parar en un cisma declarado. Y así para atajar todo el daño que amenazaba, como para que no las pudiesen negar, se las resumió con las mismas palabras con que ellos las fomentaban. *Hoc autem dico, quod unusquisque vestrum dicit: Ego sum Pauli; ego autem Apollonis, ego verò Cephae.* (Yo os digo aquello mismo, que decís vosotros: Yo soy de Paulo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo). Vé aquí al Apóstol resumiendo y repitiendo los mismos cismas, ó las mismas cismáticas y sediciosas palabras de aquellos alucinados cristianos, para atacarlos después. Del segundo medio se valió el Profeta Nathan, para reprehender el adulterio y el homicidio de David, en la parábola del rico y del pobre; del huésped y de la oveja. El pobre era Urias, el rico David: el huésped su desordenado apetito, y la oveja era Bersabé. Debajo de aquellas personas fingidas, le hizo un retrato tan vivo de sus delitos verdaderos, que apenas el Profeta corrió el velo ó la cortina con aquellas palabras: *Tu es ille vir;*

(Tú eres ese mal hombre); cuando se reconoció David en el retrato, *peccavi Domine*; y arrepentido hizo y padeció la penitencia, que se sabe, pasando de Rey adúltero á Monarca Penitente.

¡Ah, si Vmd. lo imitára, señor Penitente mio! Pero no le veo traza: porque las señas de Vmd. no son de Penitente arrepentido, sino de Penitente azotado, á manera de Anton Zotes, cuando el galanteo de Cantanla. Mas al fin agradézcame Vmd. la buena voluntad; y en todo caso tenga entendido, que Gerundiano, en los abusos de la Sagrada Escritura, que fielmente repitió, imitó al Apóstol San Pablo; pudiendo decir á los verdaderos Gerundianos, con el mismo Apóstol: *Yo no digo más que lo que vosotros decís*; ó lo que cada día estais diciendo cada uno de vosotros: *Hoc autem dico, quód unusquisque vestrum dicit*. En los abusos que copió en las dos piezas parabólicas, imitó perfectamente al Profeta Nathan; pudiendo y debiendo decir con él á cada uno de los Gerundios: *Tu es ille vir*, tú eres el que predicó el sermón de Cabrerizos; tú, el que predicaste la *Plática de Disciplinantes* allá donde tú sabes. Pero para unos y para otros dejó juiciosísima y piadosísimamente prevenida en su prólogo, aquella religiosísima protesta, que dudo que en su línea quepa cosa más seria, más ponderosa ni más grave. Y porque Vmd. se da por desentendido de ella, sea descuido, ó sea malicia, ó falta de memoria; tengo por muy conveniente repetírselo aquí en toda su estatura natural; así para hacerle á Vmd. este recuerdo, como para desengañar y abrir los ojos á los que, alucinados con su figura áustero, no le conocen tan bien como le conozco yo. Allá va pues

en cuerpo y en alma el número 62 del *Prólogo con Morrión*: « Para esto, lector mio, ha sido indispensable citar muchos textos de la Sagrada Escritura, como los citan los Fray Gerundios: aplicarlos como ellos entienden. Pero ¡hola! no te persuadas, ni aún de burlas, á que los cito, los aplico y los entiendo de veras, como los entienden ellos. Tengo muy presente así el gravísimo Decreto del Concilio de Trento, como las Bulas de Pio V, Gregorio XIII, Clemente VII y Alejandro VII, contra esta sacrílega profanacion. Protesto, que ántes quemara mil Historias de Fray Gerundio, que contravenir, ni aún ligerísimamente, á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los Predicadores, que incurren tan lastimosamente en ella, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el sagrado texto. Mas eso ¿cómo podia ser sin citar el texto, y sin burlarme del modo con que lo manejan ellos? Así pues, siempre que encuentres algun lugar de la Sagrada Escritura ridículamente entendido ó estrafulariamente aplicado, ten entendido que es por burlarme de ellos, por correrlos, avergonzarlos y por confundirlos; y por consiguiente, que esta impiedad debe ir de cuenta suya, y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia. Pues al fin, aunque nosea más que un pobre Clérigo de Misa y olla (y esta flaca) soy un poco temeroso de Dios: me profeso rendido, y obediente á las leyes de la Iglesia; y por fin y postre, tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto, como puede estimar la suya un Patriarca. » ¿ Quiére Vmd. más? ¿ Pudiera el Gerun-

diano hablar de esta manera , despues de haber leído el papelote de Vmd. y del otro comiliton , que tiene apellido *Gótico* , y le mudó en el de *Fray Amador de la Verdad* , cuando entró en la Orden? Y por el amor de Dios no me salga Vmd. con la grandísima friolera , de que no todos leen el Prólogo ; cantinela que ya tiene abochornados los hígados. Léanle ó revienten , que para eso se hizo. No tuvo otro fin la fundacion de los prólogos , sino dar á los lectores la razon de toda la obra en miniatura ; instruirlos de su idea y de sus principales partes ; y sobre todo avisarlos de los escollos en que pueden naufragar. Es el prólogo en los libros , lo que la carta en la navegacion , el farol en las tinieblas , y el prenotado en las disputas. El piloto que no gobierna con el ojo en la carta , ó encallará ó se estrellará. El que camina de noche y sin farol , se romperá las narices. El que en una disputa no se hace cargo de los prenotados , se desgañitará impugnando lo que no le niegan. ¿ Y quién tendrá la culpa de esto ? Su atolondramiento y su inconsideracion. Vaya con un v. g. que anda en las manos de todos. El que no leyere el prólogo *Galeato* de San Jerónimo , que pone á la frente de su version vulgata de la Escritura ; que las veinte y dos Prefaciones , que incluye en él á cada uno de los veinte y dos libros , de que se compone el Testamento Antiguo , dará de hocicos á cada paso (especialmente si tiene alguna tinturilla de la lengua hebrea y griega) , atribuyendo á descuido ó á ménos inteligencia del doctor Máximo , lo que es falta de reflexion ó sobra de satisfaccion en el lector mínimo.

De este principio nacieron tantos falsos testimonios

como levantaron al máximo de los Doctores, todos aquellos Grecitantes y Hebraizantes del Norte, que desde la mitad del siglo pasado hasta la hora presente, conspiraron en desacreditar la Vulgata, porque les incomodaba mucho; acusando al Santo Doctor, de que quitaba y añadía á la version de los *Setenta*, lo que le daba gana: sin querer hacerse cargo de lo que tantas veces, y por modos muy diferentes dejaba prevenido en sus prólogos. En vano les está clamando el Santo: *Audi, ñmule Obtrectator, ausculta. Non damno, non reprehendo Septuaginta, sed confidenter cunctis illis Apostolos præfero.* « Oye, envidioso calumniador y murmurador, escucha. No condeno á los *Setenta*, no los reprehendo: prefiero sí el testimonio de los Apóstoles á todos los testimonios ». *¿Quid livore torqueris? ¿Quid imperitorum animos contra me concitas? ¿Para qué te estás consumiendo de envidia? ¿A qué fin esa bulla y esa gritería, con que intentas alborotar contra mí á todos los ignorantes? »* — Pero ni por esas: adelante con su tema: cada dia más enfurecidos en su conspiracion sediciosa, sin darse por entendidos de lo que el Santo les decia en abono de su version. ¿No es esto á la letra el caso en que nos hallamos? Pues, señor Penitente, váyase vmd. al rollo; y no nos maree más con su pretendido abuso de la Sagrada Escritura.

Harto mejor le fuera á Vmd. entender bien los textos de la Sagrada Escritura, y no aplicarlos tan ignorante y disparatadamente como los aplica. ¿Puede haber necedad más lastimosa, ni ignorancia más supina, que la que Vmd. se atrevió á escribir en su nú-

mero 2? « Decir (son palabras formales de Vmd.)
« que al modo que Cervantes desterró con su Don
« Quijote muchos abusos; y el Obispo de... con el
« Sermon del *Ungüento que cayó en la barba de Aa-*
« *ron*, atajó el abuso de la predicacion en su Obis-
« pado; así tambien con esta Hittoria de Fray Gerun-
« dio, ó segundo Don Quijote, se podrá remediar tan
« grave daño. Decir esto, es una proposicion opuesta
« directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque*
« *qui plantat est aliquid*, etc., etc. *Item, non est vio-*
« *lentis, neque currentis*, etc.» ¡Oh el teólogo profun-
do! ¡oh el expositor científico! ¡oh el incontrastable
dogmático! ¡Y el pobre caballero, fraile ó lo que
fuere! Segun esto será directamente opuesto á la
sentencia del Apóstol, todo cuanto se hiciere en este
mundo, para ver si se pueden remediar algunos da-
ños, sean graves, sean leves, sean del alma ó del
cuerpo! El médico que ha experimentado inútiles
unas medicinas, aplica otras, para ver si puede curar
al enfermo, es un hereje; porque se opone directa-
mente á la sentencia del Apóstol: *¡Neque qui plantat*
est aliquid, etc.! El confesor que ve que no alcanzan
unos medios y se vale de otros, para desarraigat un
vicio al Penitente, es un hereje; porque se opone di-
rectamente á la sentencia de San Pablo: *¡Neque qui*
plantat est aliquid, etc.! El abogado que entabla de
otra manera el pleito, para ver si puede ganarlo, es
un hereje; porque se opone directamente á la sen-
tencia del Apóstol: *¡Neque qui plantat est aliquid* etc.
El que se casa por mejor servir á Dios, y en
el mismo dia se arrepiente, y usando de su derecho,
se va á meterse Fraile Capuchino, pareciéndole que

así le podrá servir mejor, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid*, etc.! El hortelano que planta un cantero de lechugas en una parte, y viendo que se ponen talladas, las replanta en otra, para ver si se logran, es un hereje; porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid*, etc.! Déjolo; porque es cargo de conciencia gastar tiempo en más inducciones.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO SEXTO.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO. Donde se refiere lo que no se sabe, pero al fin del capítulo se sabrá su contenido.	5
CAP. II. Estornuda el Beneficiado: interrumpe la conversacion con el <i>Dominus tecum</i> y con el <i>Vivan Vdes. mil años</i> , y después se suena.	22
CAP. III. Dispone Fray Gerundio su Semana Santa.	36
CAP. IV. Interrúmpe la obra por el más extraño suceso que acaeció al autor, y de que quizá no se encontrará ejemplar en los anales.	54
Última parte de la historia del famoso predicador <i>Fray Gerundio de Campazas</i> , que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra	75
Prólogo breve y compendioso del tercer tomo de la Historia del famoso predicador español <i>Fray Gerundio de Campazas</i>	77
Carta de un Padre Carmelita descalzo al reverendísimo Padre Isla.	84
Del Padre Marquina al autor de la aplaudida histo-	

ria de <i>Fray Gerundio de Campazas</i>	93
Diálogo entre el <i>Cura</i> del Zángano y el <i>Guardian</i> de Lorian, de la más estrecha observancia de San Francisco sobre <i>Fray Gerundio de Campazas</i> , alias <i>Zotes</i>	133
El Circunloquio del Padre José Francisco de Isla.	148

CARTAS APOLOGÉTICAS

EN DEFENSA DEL AUTOR É HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, CONTRA EL PAPEL QUE DIÓ Á LUZ EL PENITENTE DEL M. R. P. MARQUINA.

CARTA PRIMERA que se me antojó escribir á cualquiera que la quiera leer.	187
CARTA II. De aquel mismo <i>Quidam</i> , para aquel propio <i>Quidam</i>	234
CARTA III. De aquel mismo para aquel propio.	284

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

1844 NOTAS.

REVISADO POR EL AUTOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.



LA PRIMERA PARTE DE LA HISTORIA DE CAMPAZAS

DE CAMPAZAS, POR EL AUTOR

BARCELONA.

LIBRERIA DE DON JUAN DE LA CRUZ Y PONS.

CALLE DE LA PLAZA, 10. 1844.

1844

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Presbítero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y de Villagarcía de Campos,
Cura en la Parroquia de San Pedro de esta.
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

—

Edición adornada con preciosas láminas,
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA

—
TOMO V.
—

BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG,
CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1875.

HISTORIA

RAY GERUNDIO DE CAMPAÑAS

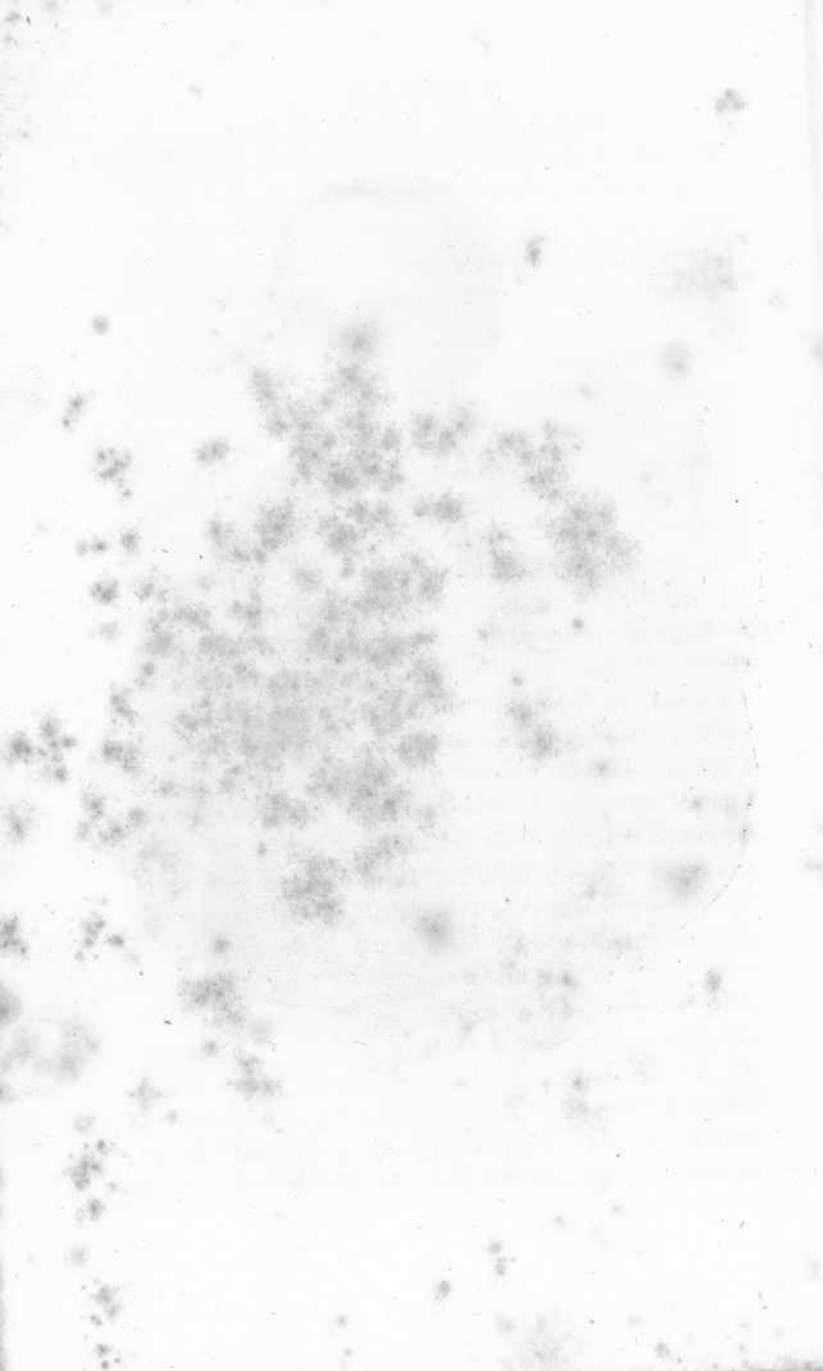
© 2003 Blackwell Publishing Ltd *Journal of Internal Medicine* 253: 105–112

Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Raig.

Barcelona 1875. — Imp. de OBRADORS y SULÉ, Rambla de Sta Mónica 19



P. ISLA.



COLECCION DE VARIAS PIEZAS

RELATIVAS Á LA OBRA DE

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS.

CARTA TERCERA.

(Continuacion.)

Señor catecúmeno, ha de saber Vmd. que el Apóstol San Pablo, en estas palabras: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus*: «Ni el que planta, ni el que riega son algo; «esto es, se deben atribuir á sí, ni á sus labores, los «progresos de lo que riegan y de lo que plantan; «porque estos se deben á solo Dios.» Digo que el Apóstol en estas palabras, no hace más que explicar el quinto artículo de la fé; en cuya virtud creemos, que solo Dios es Criador. *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil*: «Todas las cosas se hicieron por él, y sin él nada se hizo.» Como Criador, todas las cosas se conservan por él; y sin él nada se conserva. Como Criador, todo lo que se adelanta se adelanta por él, y sin él nada se adelanta. Como Criador, todo lo que se remedia, se remedia por él, y sin él nada se remedia. ¿Y esto por qué? Porque como es Criador, es suya la principal accion física de todas las criaturas racionales é irracionales, sensibles é in-

sensibles; para todos cuantos efectos hay y puede haber en la naturaleza. De manera, que sin el concurso ó sin la concurrencia de esta accion verdadera física ó sumamente libre en Dios, nada se haria en el mundo, y nada habria en él: porque ni aún mundo habria. Por eso es Dios el principal agente en todos los negocios, ya sean libres, ya sean necesarios; puramente en lo que tienen de físicos: con esta esencial diferencia, que á los efectos libres buenos (como son todos los actos virtuosos y honestos), concurre deseándolos y queriéndolos; y por eso se atribuyen principalmente á su Magestad. A los libres malos (como son todos los actos deshonestos y viciosos), concurre detestándolos, abominándolos y repugnándolos; y precisamente por no destruir la libertad, que él mismo concedió á la criatura racional con decreto irrevocable. Por eso estos efectos se atribuyen principal y únicamente á la criatura, que voluntariamente quiere usar mal de su libertad; y contra la voluntad del mismo Dios, que concurre con ella, como violentado, forzado, y (si me fuere lícito explicarme con esta vulgaridad), contra todos sus cinco sentidos. De lo que se queja el mismo Señor por el Profeta, que dice: *Servire me fecistis iniquitatibus vestris.* «Hicisteisme «servir, hicisteisme concurrir á vuestras iniquidades «y maldades.» En nada de esto hay, señor catecúmeno, ni puede haber opiniones. Es doctrina cristiana, que todos estamos obligados á creer, en virtud del quinto artículo de la fé.

Pues ahora, es claro lo que el Apóstol quiere decir en las palabras que Vmd. no ha sabido entender. Reprendia severamente á los cristianos de Corinto,

por las cismáticas disensiones ó disputas que se habian levantado entre ellos; preciándose unos de ser discípulos de Paulo, y jactándose otros de haber tenido á Apolo por maestro. Y deciales el Apóstol: «¿Qué Apolo, ni qué Paulo? Ni Apolo ni yo somos más que discípulos ó Ministros de Jesu-Cristo, en quien vosotros creéis.» *¿Quid igitur est Apollo? ¿quid veró Paulus? ¿Ministri ejus cui creditis?* «Vuestra fé no es obra de sus palabras; es la de la gracia del SEÑOR, que á cada uno la comunicó como quiso: *Unicuique sicut Dominus dedit*. Yo no hice más que plantar; Apolo no hizo más que regar; pero el que la fé se arraigase en vuestros corazones y creciese en ellos, esa fué obra de Dios: *Ego plantavi, Apollo rigavit; Deus autem incrementum dedit*.» En virtud de esto ya conoceis, que ni es algo el que planta, ni es algo el que riega; puesto que el que todo lo hace es Dios: *Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat, Deus*. «Nosotros no somos más que unos coadjutores ó co-operadores á la accion principal de Dios, autor de todo lo bueno: *Dei enim sumus adjutores*. Si es que yo hice algo en el edificio de vuestras almas, á lo sumo seria echar los cimientos, y aún eso no lo pude conseguir sin el auxilio y sin el concurso de Dios; todo lo demás fué efecto de su piedad, de su omnipotencia y de su gracia:» *Secundum gratiam Dei, quæ data est mihi, ut sapiens, architectus, fundamentum posui; alius autem super ædificat*. Esta es toda la sentència y alma del texto del Apóstol, explicada por él mismo, y resumida por el Catecismo de Astete en solos dos artículos: *Creer que es Criador y*

Creer que es Salvador. ¿No me dirá ahora Vmd. por su vida, en qué se opone el Gerundiano á esta sentencia? ¿Afirma en alguna parte, que con su Historia, ha de remediar al mundo, que quiera Dios, ó que no quiera? ¿Dá á entender, que podrá curar ni á un solo Predicador, sin la gracia, sin el concurso de Dios? ¿Hay palabra alguna, que huela á que si lograse alguna curacion, seria obra de su obra? ¿No pretexta en el último número de su prólogo: «Que el Espíritu del SEÑOR inspira dónde quiere, cuándo quiere, cómo quiere y en quién quiere?» ¿No dá fin diciendo: «que si acertó en algo, á él sea la gloria?» ¿Pues, tontísima criatura, á qué vendrá toda esa algazara? ¿Puede haber en esto otro fin que el de aturrullar al vulgo nécio, y por acreditarse de teólogo, quedar convencido de mentecato?

Alegremos un poco la conversacion, que esto va muy sério. Un pobre zapatero de viejo, lo pasaba muy mal con su oficio; porque ni aún servia para remendon. Fuése á otra tierra en donde no le conocian, y fingiéndose médico, vendia cierta droga inútil, por un excelente antídoto. Con esto, y con un grande aparato de verbosidad ó charlatanería griega, en poco tiempo consiguió fama del primer hombre del mundo. Dióle al Rey no sé qué tufo, de que aquel hombre no era más que un hablador y un embustero. Quiso hacer la experiencia: llamólo; y echando á su presencia en un vaso de agua unos polvos inocentes, suponiendo que era veneno, le dijo: Puesto que tienes ese antídoto tan prodigioso con los venenos, bebe este aquí luego en mi presencia: bien entendido de que si no lo bebes, te mandaré ahorcar luego al

punto; pero si lo bebes y no te hace daño, te lo pagaré bien pagado. ¡Qué sudores y trasudores no acongojarían á mi pobre charlatan, viéndose en aquel aprieto! Al fin no tuvo otro medio, que confesar de plano su impostura y su ignorancia. Dijo que él era un triste zapatero, que jamás habia podido aprender, ni aún á echar un capillo, ni unas medias suelas; que no habia estudiado palabra de medicina; y que los créditos que habia cobrado, no los debía á su ciencia, sino á la necia admiracion del vulgo. Entónces vuelto el Rey á los cortesanos, les dijo con gracia: *Quantæ putatis esse vos dementiae, qui capita non dubitatis credere, cui calceandos nemo commisit pedes?*

¿No sois unos mentecatos,
En confiar vuestras vidas
A quién, ni unos maragatos,
Viendo las suelas podridas,
Fiarian sus zapatos?

Ello, señor mio, bien puede ser que Vmd. sea Confesor y Penitente; porque no es repugnante: salvo en el concepto de aquellos doctísimos párrocos de Milan, digo del Arzobispado de Milan, que encontró San Carlos Borromeo, tan ignorantes, que jamás se confesaban: porque estaban en la inteligencia de que los que absolvian á otros, podian absolverse á sí mismos; y que los Confesores no debian confesarse. Opinion de que no distan mucho aquellos Confesores, que tambien están por acá en uso, y son de parecer que: *Prædicatoribus non est prædicandum*. Digo, pues, que es muy posible, que Vmd. sea Penitente y Confesor en una pieza. Tambien es posible que sus hijos é hijas de confesion estén pasmados de su profundo

saber; especialmente despues que esparció entre ellos el papelote. Ni es metafísica repugnante, que en vista de lo que á Vmd. se le lleva dicho, y que se le dirá todavía, conozca, y confiese su pobreza y su ignorancia. Yo á lo ménos no desconfío totalmente de que siguiendo el buen ejemplo de nuestro zapatero, confiese de buena fé, que su fama y su estimacion, si es que la tiene, no la debe ciertamente á su sabiduría, sino á su charlatanería y verbosidad; acredi-tándose de hombre grande, á costa del pasmo y de la admiracion de los que son unos pobres hombres. En este caso me ha de dar Vmd. su grata licencia, para que á sus hijos y á sus hijas les repita esta cantinela:

¿No sois unos mentecatos,
En confiar vuestras vidas
A quién, ni unos maragatos,
Viendo las suelas podridas,
Fiarian sus zapatos?

Paréceme que está de más la aplicacion, cuando ella misma se viene á los ojos.

¡Ah! sí, que se me olvidaba aquel otro texto del mismo apóstol: *Non est volentis, neque currentis*, etc. que con un *item*, cose, hilbana ó nos zurce Vd. con el *Neque qui plantat est aliquid*, etc., traído y glosado con el mismo exquisito gusto, que el antecedente. Es del capítulo 9 de la epístola *Ad Romanos* que gasta el apóstol en explicar del mejor modo que se puede, el incomprensible misterio de la gratuita predestinacion de los que son escogidos para la gloria. Dice en suma: « Que esta eleccion toda es efecto puro de la voluntad y de la misericordia de Dios, que quiso te-

«nerla con unos, y no quiso tenerla con otros; amar
 «á Jacob y aborrecer á Esaú; predestinar á éstos y
 «condenar á aquéllos, sin hacer agravio á nadie, y
 «usando de su derecho: como lo hace el alfarero,
 «que fabrica unas vasijas para el estrado, otras para
 «la cocina, sin que la cazuela tenga razon de quejar-
 «se de que la hizo cazuela y no la hizo jícara, ni la
 «jícara motivo para engreirse de que la hiciese jícara
 «y no la hiciese cazuela. Que el mismo Dios lo pro-
 «textó así, cuando dijo á Moisés: Me compadeceré de
 «quien quisiere compadecerme, y tendré misericor-
 «dia de quien la tuviere: *Miserebor cujus miserebor, et*
 «*misereridiam præstabo cujus miserebor.* » De cuya
 doctrina infiere el apóstol, que la predestinacion no
 es obra del predestinado, que quiere, sino de la mi-
 sericordia de Dios, que hace que quiera y que corra;
 sin meterse en el modo con que hace esto, sin vul-
 nerar los fueros de la libertad sobre lo cual hay fu-
 riosos gritos en las escuelas, y sendos remoquetes
 en los libros. *Igitur non volentis, neque currentis,*
sed miserentis est Dei. Hágame Vmd. la merced de
 decirme, ¿por qué lado ataca el Gerundiano esta doc-
 trina directamente, mientras yo repito á Vmd. clari-
 tamente que esto dijo Vmd., no más que para captar
 reputacion de teologazo entre el vulgo nécio, con vanas
 estrofas.

¡Pues ay! ¿es un grano de anís lo que se sigue? ¡Po-
 bre Gerundiano! ¡y qué carga tan cerrada vá á des-
 cargar sobre tus flacas costillas! Dice Vmd. en el nú-
 mero 4: «Que como su delito ó injuria crece segun
 «la mayor santidad del objeto á quién ofende, de esto
 «nace, que dirigiéndose contra todos los predicadores

«de las sagradas Religiones, extendiendo unos defectos
 «increíbles (que por eso muchas personas los tienen
 «por falsos, por fingidos, y por supositicios;) vienen
 «inmediatamente á herir á todas las Religiones, y á
 «hacer un libelo infamatorio contra la constitucion de
 «Alejandro IV, que empieza *Ex illa die*. » Yo quisiera
 saber si Vmd. habló de veras ó de burlas, cuando
 escribió estas sandeces. El objeto á que se dirige la
 obra del Gerundiano, es contra los malos predicado-
 res, sean de las sagradas Religiones ó no lo sean,
 tengan *Fray* ó no lo tengan. Pues ni el *Fray*, ni el
Padre, ni el *Don* vienen á este teruleque. Esto bien
 protestado y reprotestado, lo dejó en su *Prólogo*. Pues
 ahora, dígame, bonísimo señor; ¿es grande la santi-
 dad de los malos predicadores en cuanto á tales? Por-
 que el Gerundiano no se mete con ellos por otros res-
 petos. Vmd. mismo los llama *idiotas*, *nécios* ó *locos*.
 Dar contra la locura, contra la necedad y contra el
 idiotismo, ¿es dar contra la santidad del objeto? «Sí,
 «Señor, responde Vmd., porque esos idiotas, esos
 «nécios, esos locos, son religiosos, y no se les pue-
 «de ofender á ellos sin ofender á las sagradas Reli-
 «giones.» ¡Ay de las sagradas Religiones, y ay de
 la Religion Católica, si fuera cierta esta doctrina!
 Según ella, ¿dar contra los malos cristianos, seria
 dar contra la Religion Cristiana; y dar contra los
 malos religiosos, seria dar contra su sagrada profe-
 sion. ¿Ha reflexionado Vmd. las consecuencias, que
 se infieren de aquí?

«Oh, Señor, replica Vmd., que no está la ofensa de
 «las religiones, en que se publiquen los defectos
 «verdaderos de sus malos predicadores, sino en que

« se extiendan unos defectos increíbles, que muchos
 « los tienen por sabios, por fingidos y por supositi-
 « cios. » En cuanto á lo increíble, yo mismo lo hubie-
 ra tenido por tal, si no lo hubiera palpado: y en
 cuanto á lo falso, fingido y supositicio, tambien me
 hubiera parecido lo mismo á no haberlo visto de
 molde. ¿Por dónde se me habia de hacer creible, que
 un capuchino se detuviese en el púlpito á hacer una
 lasciva, puerca, sucia, y provocativa pintura de los
 pechos de una dama? ¿Por dónde no habia de tener
 por fingido, que él mismo se calificase de predicador
 por antonomasia, y se cotejase con Cristo, queján-
 dose de que no le habian cortejado? ¿Por dónde no
 me habia de parecer supositicio, que el otro diese
 principio á un sermon, diciendo: *¿O el amor está de
 bodas, ó yo no entiendo de amor?* ¿Por dónde habia
 de creer que el de más allá predicase desde el púl-
 pito este par de redondillas?

A Dios, celeste coro,

A Dios, lirios seráficos.

A Dios, amadas hijas,

A Dios, cisnes sagrados.

Querida esposa, ¿a qué aguardas?

Bella mujer, ¿a qué esperas?

Sal de esa caduca vida,

Y ven á gozar la eterna.

¿Por dónde no habia de tener por falso que en este
 mismo año el Predicador de cierta Cuaresma, en el
 sermon de despedida, hubiese lisonjeado á las damas
 del lugar, con este requiebro: *Si Venus se apareciera
 en esta villa, se ocultaria de vergüenza, ó de corrida
 se huyera?* Por donde se me habia de hacer creible,
 que predicando tambien otro en este mismo año de

San José, en la Côte de Navarra, hubiese dicho: « Que luego que San José entró en el Cielo, se equivocó tanto con la segunda persona de la Santísima Trinidad, que los Angeles no acertaban á discernirla; y que andaban acechando por allí, para ver si la podian conocer; pero inútilmente, hasta que el hijo advirtiendo su equivocacion, levantó las manos, enseñó las llagas, y por ellas le distinguieron de San José? » Por donde me habia de persuadir á que no era fingido lo que recientemente, y, como dicen, chorreando sangre, acaba de predicar otro en un púlpito de Castilla la Vieja, y no de los ménos respetables, donde explicando el misterio de la Santísima Trinidad, dijo: « Que la Trinidad era como un ternero de tres dias, ó tres meses, ó tres años, como por tres personas distintas, siendo solo un ternero verdadero? » Digo y vuelvo á decir, que todo esto á mí mismo se me haria increíble, falso, fingido y supositicio, si yo no lo hubiera leído con mis propios ojos; ó no tuviera en mi poder testimonios irrefragables, que no se pueden recusar sin echar por tierra la fé humana. Vea Vd. ahora aquí como me pongo de parte de su razon, y disculpo á los que tienen por increíble, falso y supositicio, lo que se dice en el Fray Gerundio. Pero, por nuestra desgracia, es preciso confesar, que así como *Multa falsa sæpè sunt probabiliora veris*; así tambien *Multa vera sæpè sunt probabiliora falsis*.

Y á vista de esto, ¿quién podrá leer lo que Vmd. añade inmediatamente, sin dar licencia á los livianos para que salgan por la boca envueltos en una carcajada? «No dudo, amigo mio» (prosigue Vmd. hablan-

do con el Gerundiano, con aquella santa llaneza que le permite, *per communicationem idiomatum*, la antigua amistad que profesa con su P. Confesor), «no
«dudo, amigo mio, que te pueden por todo derecho
«obligar á que califiques y pruebes, que ese Fr. Gerundio predicó esos sermones como tú dices; si
«no quieres que te calumnien de falso impostor,
«que fines casos y contumelias para herir á los
«Eclesiásticos, y principalmente á los Regulares. Es-
«te es uno de los mayores apuros, en que es preciso
«trabajar mucho para salir de él como deseo.» Viva
Vuestra Merced mil años por su buena voluntad, le diré yo, en nombre de mi amigo el autor de Fray Gerundio. Pero viva Vmd. sin susto; y no tema que le obliguen por ningun derecho, á que califique y pruebe la existencia de los sermones que cita, si es fuera de intencion maligna. Harto se alegraria de que le pusiesen en esa precision: porque me consta que no solo puede probar y calificar los disparates, locuras y blasfemias de que hace mencion; sino que tiene recogidos documentos irrefragables, para probar y calificar otras iguales ó aún mayores, sacadas de más de quinientos sermones, y todos de Regulares, impresos ó predicados en este presente siglo, dentro de la Península de España. Pronto está á exhibir algunos millares de proposiciones, respectivamente erróneas, temerarias, escandalosas, heréticas, blasfemas, provocativas, locas, truanescas é insolentes: presentando los autógrafos ó los originales, donde se hallarán, con todos los pelos y señales de sus autores, sus nombres y apellidos, títulos, dictados, campanillas y profesion, lugar de las impresiones,

púlpitos donde se predicaron y auditorios que los oyeron.

Tambien me consta, que informados de esto, algunos hombres de autoridad, de gran juicio y de conocido temor de Dios, en vista del injusto alboroto, tumulto y gritería, que Vmd. y otros de su estofa han excitado: le han hecho repetidas instancias, para que poniendo en orden estos materiales, los dé al público en un volumen, junto con este título: « Catálogo de asuntos y proposiciones sacadas á la letra, de los sermones que se han impreso ó predicado en España, desde el año de mil y setecientos, hasta el presente de mil setecientos cuarenta y ocho. Dánse á luz pública, para que las examinen, censuren, califiquen y juzguen aquellos á quienes toca. » En el cuerpo de la obra no se habia de observar otro método, ni gastar más palabras, que precisamente estas: « Primer sermon: su autor el P. tal, del Orden de cual, docto, catedrático, maestro, etc.; impreso ó predicado en tal parte, tal dia, tal mes, tal año. Asunto este; pruebas, aquellas; proposiciones estas, aquellas y las otras. Segundo sermon: el Reverendísimo P. Fray Fulano de tal: religion, asunto, etcétera. » ¿Parécele á Vmd. que la obrilla seria mal recibida del público? ¿Y qué no seria oportuna para justificar la necesidad que habia del Gerundio, y para aquietar á los mismos que ahora se quejan tanto, pero con tan poca razon? ¿Y juzga Vmd. buenamente, que esto seria un grande apuro para el Gerundiano, y que para salir de él, como Vmd. desea, le seria preciso trabajar mucho? Pues, hombre de Dios, entienda que no, y no sea bobo; y dé mil gra-

cias á su Divina Magestad, de que al Gerundiano no le han podido vencer, ni tan respetables instancias, y aún el preciso pretexto de defenderse á sí mismo, firme siempre en que para esos fines bastan los ejemplares que cita en su historia, con la prudente moderacion de no dar señas de sus autores. No obstante, no saldré por fiador de que, si le urgen demasiado, no le pongan en la dolorosa precision de salir con su catálogo. Y entónces, ¿qué gritería habrá? ¿Qué alaridos no se levantarán? ¿Pero de quién será la culpa? y ¿cuánto tendrá que hacer el Santo Tribunal? ¿Cuánto crecerá el Expurgatorio? Pues el atajo es dejar correr al Fray Gerundio, para ver si con él se remedia el abuso de los malos Predicadores.

Dando Vmd. por supuesto que son fingidos los hechos, que se citan en el Fray Gerundio, así como es deal, fingido é imaginario el mismo héroe; infiere, que unos por nécios, y otros por malignos, creerán que son verdaderos, y tomarán de aquí ocasion para satirizar á los frailes. Harán muy mal; porque el libro solamente se les dá, para que se burlen de los malos Predicadores, sean frailes, ó no lo sean. Traa Vmd. de libertinos á los que vilipendia el estado religioso. Soy con Vmd.; y aún no les dá el tratamiento que merecen. Añade, que no es corta la congregacion de estos. Tiéneme Vmd. á su lado: porque estoy en el entender de que es muy numerosa. Concluye Vmd. diciendo: « Que aunque los libertinos se componen de todas clases y escuelas, hay muchos de estos en las milicias, en las covachuelas, en los estrados, en los campos y en los palacios.» Aquí hago á Vmd. una gran cortesía, y le pido licencia pa-

ra separarme de su dictámen; por parecerme que esa especialidad ó esa especificacion, es tan injuriosa como poco necesaria; pues habiendo dicho que habia libertinos de todas clases, no sé yo con qué fin nombra Vmd. particularmente á esas cinco. No es ahora de mi intento el defenderlas, ni ellas necesitan de mi defensa. En la milicia, hay espadas; en las covachuelas, plumas; en los estrados, lenguas; en los campos, garrotes; y en los palacios, guardias-alabarderos, que cumplirán con su deber, cuando lo juzguen necesario. Lo que yo puedo asegurar á Vmd. es que en la milicia, hay soldados; en las covachuelas, ministros y oficiales; en los estrados, damas; en los campos, labradores, y en los palacios, cortesanos, que dan harto que aprender y no poco, en que avergonzarse á muchos que viven en claustros, celdas, aposentos, cuartos, bosques, despoblados y desiertos. Vmd. está muy metido dentro de la Côte; yo muy desviado de ella. Vmd. la ha tratado mucho, y hace de ello gran vanidad; yo poco, y me alegro infinito de eso. Sin embargo me atreveré á demostrar esta proposicion, haciendo un cotejo, que ni Vmd. lo podrá negar, ni le habia de ser muy agradable. Pero vaya no más que esta pruebecita ligera. Apuesto una mudada de sandalias, á que ni en la milicia, ni en las covachuelas, ni en los estrados, ni en los campos, ni en los palacios, se hallarán dos que se atrevan á escribir un papel tan necio, tan insolente, tan arrogante y tan desvergonzado, como el que Vmd. ha escrito: Luego en aquellas clases no hay tantos libertinos como se pondera; y en otras quizá hay más de lo que fuera creible. Cierto que por ahora me alegrara,

que no fuera Vmd. del estado regular, para poder desmentir mejor al que dijo:

Non audet è stygiis Pluto tentare, quod audet

Esrenus Monachus, plènaque fraudis annus.

Tampoco puede servir á Vmd. en otra ocasion. Sienta como principio indubitable: « Que el motivo « por qué los libertinos (esto es, segun el vocabu- « lario de Vmd., los militares, los covachuelistas, las « damas y los palaciegos) vilipendian á los frailes, es « por el horror que les causa la vida religiosa, freno « de la viciosa conducta que ellos siguen; y que si « pudieran desterrar del mundo á todas las religiones « y hombres de letras, lo harían; porque no hubiese « quien hiciese oposicion á su vida y máximas perniciosas, con que rabiando tascan el duro freno, « despuman cóleras contra los curas, frailes y gollillas. » En orden á las lindeces, que Vmd. les dice aquí á los libertinos, hay en el mundo quienes le sabrán responder; porque no permita Dios que yo jamás haga su apología. En cuanto á que hay muchos que aborrecen y vilipendian generalmente á los Frailes, entendiendo por este nombre á los que tienen Fray y no le tienen, tampoco se puede negar. Pero que esto sea por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen...; y porque no hubiese quien hiciese oposicion á su vida y máximas perniciosas, perdone Vmd. que en esto no le puedo servir. Todo lo contrario estamos viendo y palpando todos los dias. Aún aquellos disolutos, que más aborrecen á los frailes por punto general,

son los que más y más veneran á los verdaderos religiosos, cuando conciben que lo son. Cuanto más religiosa es su vida, tanto mayor es el amor que les profesan. Cuanto más contrarias sean las máximas que los religiosos practican, á las máximas que siguen ellos, mayor es el respeto con que los veneran. Por la misericordia de Dios, dudo mucho que haya en España una sola Comunidad, donde esto no se palpe. Mas, para hacer el ejemplo más casero para Vuestra Merced, quiero ponerlo en un Capuchino. Ponga Vmd. los ojos en cualquiera de tantos, como sin duda encontrará en esos ejemplarísimos conventos de Madrid. Su coro, su oracion, sus penitencias, su celda, su confesionario, su púlpito, sus ministerios cuando es legítimamente llamado á ellos. En el coro, puntual; en la oracion, fervoroso; en la penitencia, áustero; en la celda, laborioso y recogido; en el confesionario, asíduo, entero, suave y sumamente circunspecto; en el púlpito, sólido, juicioso, celoso, natural y verdaderamente apostólico; en los ministerios, sin distincion de personas, lleno de fervor, de caridad, de celo dentro de la Comunidad; con sus hermanos, apacible; con los superiores, rendido; en las conversaciones privadas, modesto; en las pláticas y exhortaciones públicas, prudente, detenido, general y muy distante de lo satírico. De trato con seglares, que no sea preciso, y únicamente dirigido al bien espiritual de sus almas, no se hable. Introducciones con poderosos, *nec nominetur*. Visitas escusadas, y más á personas de otro sexo, ni por lumbre. Si anda, ¡con qué gravedad! Si se presenta, ¡con qué compostura! Si habla, ¡con qué modestia! Si responde,

¡con qué juicio! Si le desprecian, ¡qué alegría! Si le ultrajan, ¡qué sufrimiento! Si lo aplauden, ¡qué confundirse! Si lo buscan, ¡qué esconderse! Aunque sea hombre de respeto y de autoridad, si su Religión no le ha dado alguna incumbencia, en nada se mete. Solo atiende á gobernarse á sí mismo; y ni directa ni indirectamente se mezcla en el modo con que los Superiores gobiernan á los demás. Dígame Vmd. si ha encontrado algun libertino que no ame, que no venera, que no adore á cualquiera de tantos Capuchinos, como hay de este carácter, y lo mismo á otro cualquiera individuo parecido á este, entre tantos como cuentan las religiosas familias, sin exceptuar una sola; con todo eso que ninguna vida es más opuesta; ningunas máximas son más contrarias á sus máximas. Luego es falso, y muy falso, que los libertinos que aborrecen á los frailes, sea por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen; ni porque no quisieran que hubiese quien hiciera oposicion á su vida y máximas perniciosas.

¿Pues por qué los aborrecen? Porque suponen con razon ó sin ella, que no todos los religiosos son de un carácter; y que hay muchos enteramente contrarios, no teniendo de religiosos más que el traje y el aparato exterior. Sino respóndame Vmd. Si fuese posible un Capuchino, que huyese del coro, que trampease la oracion, que se excusase de las penitencias de la Orden, que aborreciese la celda, que asistiese al confesionario solo por ostentacion, que subiese al púlpito á hacer pinturillas teatrales, y tal vez ni aún tolerables en los teatros; que ejerciese los mi-

nisterios con visible acepcion de personas; negándose á los pobres, y franqueándose á los poderosos. Si fuera posible un Capuchino, que á sus Hermanos les tratase con altanería; á sus superiores con afectado teson; en las conversaciones privadas, los despreciase á todos, y en las exhortaciones públicas, satirizase á muchos. Si fuera uno tan aseglarado, que siempre se le viese rodeado de las gentes del mundo; agente general de negocios y pretendiente universal de todo el género humano; tan callejero, que en todas partes se le encontrase; tan visitador, que no solo no perdiese años, días, bodas, partos, pésames, enhorabuenas; sino que frecuentase las salas y los estrados, sin otro fin que el de ver y ser visto. Si fuese posible un Capuchino que se presentase en la calle, con el despejo de un teniente general; en el púlpito, con la arrogancia de un arengador; y en las visitas, con el desenfado de un oficial ó cadete; que fuese entremetido, ambicioso, muy satisfecho de sí mismo; regoldando á cada paso confianzas políticas; que habia debido consultas de Estado, que le habian confiado; estrecheces con ministros de alta jerarquía y hasta familiarizarse con Príncipes. Si fuese posible un Capuchino, que se tomase la licencia, y se diese á sí mismo la libertad de hablar con desprecio del Ministerio público, y tratar con vilipendio á otros; y por otra parte fuese tan delicado y sensible á sus desprecios personales, que alborotase el mundo en tocándole un solo pelo de la barba. Si fuese posible un Capuchino, que hiciese profesion de censurar todo cuanto hacen sus Prelados; jactándose de azote de Guardianes, de gran reformador de todos; cuando

quizá ninguno hubiese, que más tuviera tanta necesidad de reforma como él. Dígame Vmd.: si este Capuchino quimera fuera posible, ¿habria libertino ó no libertino, disoluto ó timorato, que no abominase de el? ¿Y seria esto por el horror que causaria á los libertinos su religiosa vida, freno de la licenciosa conducta que ellos siguen? No, Señor mio, sino por el horror que les causa la vida del religioso, que no se conforma con la santidad del Estado.

Ea, pues; quedemos en que este es el verdadero principio del desprecio, ó del desafecto con que miran muchos á todo género de Regulares. Verdad es, que en esto hacen una gravísima injuria al Estado, dejando á parte la falta de respeto; porque de un antecedente demasiadamente cierto por nuestra desgracia, sacan una consecuencia erradísima. Hay algunos pocos frailes, no del mayor juicio, no de la mayor circunspeccion, no de la mayor compostura, no de la mayor urbanidad, no del mayor desinterés, no de la mayor limpieza en sus tratos, luego todos los frailes son unos aturdidos, unos atropellados, descompuestos, groseros, desatentos, interesados y gente ruin. Pésima hilaçion, que solo cabe en aquellos entendimientos, que son las heces de los que se llaman racionales. Sobre esto, ya esgrimió la pluma con aquella valentía y con aquel triunfo que acostumbra el muy ilustre señor y verdaderamente sabio, P. M. el Reverendísimo Feijoó. Pero desengañémonos, que los desafectos á los Regulares por estas desacertadísimas máximas y vulgarísimas preocupaciones, aman estiman y veneran á los que verdaderamente lo son, sean de la familia que fueren. Los más disolutos libertinos respetan profundamente á los religiosos

ejemplares, sin detenerse en que su religiosa vida sirva ó no sirva de freno á la licenciosa que ellos siguen. Porque ya se sabe que *virtus laudatur et auget*. Y así, señor y carísimo hermano mio, tenga Vmd. por cierto, que el Fray Gerundio no les quitará ni disminuirá un solo punto de estimacion á todos los religiosos, que la merecieren. Pero ¿qué quiere Vmd.? ¿Quiere que los libertinos y los no libertinos respeten mucho á aquel religioso que ahora, ahora en caliente, habiendo predicado por la mañana en cierta romería de las inmediaciones de Madrid, por la tarde se puso á bailar públicamente en el campo entre un corro de mozcorras? Viólo sugeto de grande autoridad; escandalizóse, encendióse en cristiano celo; y dijo en alta voz: *¿Cuándo nos librará Dios de estos Gerundios?* Y el religioso, dando una vuelta en el aire, le hizo la mamola. ¿Quiere que los libertinos ó no libertinos hablen bien del otro, que tocaba el tamboril y la gaita en un baile público de mozos y mozas? Estoy muy cierto de que si estos inconsiderados excesos llegasen á noticia de sus Prelados, los castigarían severamente: porque ninguna Religion hay que los tolere. Esto pone á cubierto el honor de las Religiones contra la mordacidad de los maldicientes; pero de los particulares en quienes se notan y se abominan dichos excesos, ¿quiere Vmd. que se hable con profundo respeto?

Por aquí conocerá Vmd. con qué importancia trae á colacion, lo que respondió monsieur Bêse á aquel religioso, que hace tan impropia y tan pueril ostentacion de haber debido tantas confianzas políticas á aquel Embajador de Inglaterra. Más propias serian

de su estado haberle debido confianzas ascéticas y dogmáticas, que desahogos políticos. Es verdad que tanto creo lo uno como lo otro; pareciéndome más verosímil, que aquel sagacísimo Ministro solo admitiese en su conversacion al tal religioso, para divertirse; cuando no fuese por abusar de su candor ó de su facilidad, sacándole especies ó noticias que seria mejor ignorase. En fin, sea de esto lo que fuere, ¿qué le dijo en conclusion monsieur Bèse? Díjole: « Que de los frailes no hablaba fuera de su tierra; « porque ya habia en España bastantes que hablasen « de ellos.» Y el santo religioso, que volvió (como él dice) con caridad y fortaleza, por el honor de los colegiales, se quedó mudo como un poste, para vindicar el honor de los españoles y de los religiosos, en una ocasion tan oportuna. Sí, señor, le hubiera yo respondido al milord: en Inglaterra y en España se habla mal de los Frailes; pero con esta diferencia, que en Inglaterra se habla mal del Estado; en España solo de las personas que lo merecen. En Inglaterra, se abomina de la profesion religiosa; en España, de los que habiéndola abrazado, no se conforman con ella. En Inglaterra se hace chacota hasta de la variedad de trajes, que santamente visten los Frailes y las familias religiosas; en España hasta el traje es venerado, y al individuo se le respeta por el vestido. En una paiabrá, en Inglaterra se habla de los frailes buenos y malos; en España son adorados los buenos y detestados los malos. ¿Y qué se infiere de aquí? Que en España bien puede estar estragado el corazon; pero está muy sana la fé. En Inglaterra, tan corrompido está el entendimiento como la voluntad.

En España, si hay miserias humanas, se lloran y se abominan; en Inglaterra, vicios y no vicios, todos son á un mismo precio. Solo se sufren los que no perjudican la sociedad; pero se hace poco ó ningun caso de los que son perniciosos únicamente á la conciencia. Si este candidísimo religioso hubiera dado á milord esta respuesta, ¿qué sacaría de que en España hubiese muchos, que hablan mal de los Frailes, que lo merecen? «Lo mismo, que sacarán los que leyeren los sermones impresos de los regulares, que cita el Gerundiano (voy hablando con las palabras de Vmd. en el número 7), declarándolos con las señas y con las líneas, que traslada de ellos, para que siempre vivan en el público.»

Si no son tan tontos como Vmd., no haya miedo que en consecuencia saquen el despropósito que Vmd. infiere de que: «Esto es no poderse librar de la nota de satírico, ni dejar de incurrir en la excomunion del Tridentino.» ¡Bendito! si el Gerundiano no hace más que trasladar á las líneas de los sermones impresos como Vmd. mismo lo confiesa, ¿en qué está la sátira? ¿ni en qué está la excomunion? ¿Es sátira el repetir las necedades de otros con sus mismas voces? ¿Hay excomunion, para que no se trasladen los dilates de los nécios, con sus mismas palabras? ¿Y es desenterrar los defectos ya olvidados, repetir fielmente los que andan impresos, y se dieron á la estampa, para que se eternizasen en los moldes, como suelen decir los aprobantes? Sobre qué ha dado en acreditarse de un pobre simple; y me temo que ha de salir con ello. ¿Sabe Vmd. pues, qué sacarán ó deberán sacar legítimamente los que leyeren esos

sermones impresos, que cita el Gerundiano? Sacarán que en España hay muchos Predicadores indignos de ejercitar tan sagrado ministerio: sacarán que estos y los parecidos á ellos estarían bien en la casa de los orates, y están muy mal en el púlpito: sacarán que habiéndose experimentado ineficaces todos los medios que se han practicado hasta aquí para corregirlos; era conveniente que saliese á probar fortuna con un Fray Gerundio, para avergonzarlos. Estas y otras consecuencias semejantes deberán sacar; pero sino las sacaren, serán tan lógicos como Vmd., que es cuanto se puede decir para ponderar cuán atrasados están los pobrecillos, aún en la lógica natural.

Y ahora que se me acuerda; aquí se queja Vmd. del Gerundiano, de que saca á luz los sermones impresos, trasladándolos con sus líneas y señales; más arriba se quejaba, que los sermones que citaba eran fingidos y supositicios, y que se le podía obligar por todos los derechos á que declarase, calificase y probase que Gerundio habia predicado aquellos sermones. No viene aquí mal aquello que trobó con tanta oportunidad el otro satírico (por la gracia de Vmd.): *hos mihi liga funes*. ¿Cómo ajustaremos estos votos, señor Penitente? Si los sermones que cita el Gerundiano andan impresos, ¿cómo son fingidos y supositicios? Y si los desenterró, ¿cómo es posible que nunca existiesen? ¿Ha encontrado Vmd. por ahí algún munidor de entes de razon, ó algún desenterrador de los huesos de la nada? ¿Y es posible que Vuestra Merced tuviese brazo para llenar á todo Madrid, y aún á toda España, de estas preciosidades?

No es de ménos chiste lo que añade Vmd. inme-

diatamente, reconviniendo al Gerundiano por estas urbanísimas palabras: « Cuando el P. Vieyra formó la « figura que tú pones en el religioso amortajado en « vida y denegrido por la penitencia, ¿pone acaso las « señas y arrabales, ojos y pelos que tú pones, trasladando los disparates que dijo? ¿Predicó acaso « Vieyra, poniendo un ente verdadero? Nó, sino á « un Fray Gerundio. Pero tú, con la figura de Fray « Gerundio, hieres y satirizas á los entes reales y « verdaderos. » Obscurillo está Escato; y bien se puede añadir al márgen: *¿Quién dá limosna para alumbrar á este párrafo?* Con efecto, ¿qué quiere decir Vuestra Merced en él? Porque solo se percibe algo á tientas. ¿Quiére Vmd. decir que la pintura que hace el Gerundiano de un Predicador (Capuchino, v. g. como su P. Confesor, en el cap. 2, núm. 14 del lib. 3, la sacó de la que hace el P. Vieyra en su famoso sermón de la *Sexagésima*? No sería gran pecado aunque lo hubiese hecho: porque al fin el P. Vieyra fué hombre de quien se pueden tomar sin vergüenza muchas cosas. Pero dice Vmd. un grandísimo despropósito; para cuyo desengaño no es menester más que los ojos y el cotejo. Allá vá este.

VIEYRA.

« Sube tal vez al púlpito un Predicador, de los que « profesan vivir muertos al mundo; vestido ó amortajado en un hábito de penitencia (que todos más ó « ménos ásperos, son hábitos de penitencia, y todos « desde el dia que profesamos son mortaja), la vista « de horror; el nombre de reverencia, y materia de

« compuncion; la dignidad de Oráculo; el lugar y la
 « expectacion de silencioso; y cuando éste rompe la
 « voz, qué es lo que se oye? » *Aquí acaba la pintura
 de Vieyra.*

LOBON.

« ¿Qué es ver subir al púlpito un Predicador amor-
 « tajado más que vestido, con un estrecho saco, ce-
 « ñido de una soga, de que hasta el mismo tacto hu-
 « ye ó se retrae; calado un largo capucho piramidal
 « hasta los ojos; con una prolongada barba salpicada
 « de canas cenicientas; el semblante medio sorbido
 « de aquel Penitente bosque, y lo demás pálido, ma-
 « cilito, extenuado de los ayunos y de las vigili-
 « as; los ojos hundidos hácia la concavidad del cérebro,
 « como retirándose ellos mismos de los objetos pro-
 « fanos, y gritando mundamente: *Apartadnos, Señor,
 « de la vanidad del Mundo?* ¿Qué es ver, digo, á este
 « animado esqueleto en la elevacion de un púlpito;
 « asustando con sola su vista aún á los que no son
 « medrosos, proponer el tema del sermon con ma-
 « gestad; arremangar el desnudo brazo, mostrando
 « una denegrida piel sobre el duro hueso hasta el
 « mismo codo, y dar principio á su sermon de esta
 « ó semejante manera, etc.? » *Aquí dá fin la pintura
 de Lobon.*

¿En qué se parece esta á la de Vieyra? En lo mis-
 mo que el espíritu de Vmd. al de un Capuchino ver-
 dadero. ¿Pues con qué verdad dice que Vieyra formó
 la figura que el Gerundiano pone? Con la propia que
 dice, que Vieyra no trasladó los despropósitos que

dijo su figuron, así como el Gerundiano traslada los de su fantasma. Santo varon, ¿tiene ojos en la cara? ¿ó sabe á qué obliga la buena fê que deben observar todos los que hablan? ¿Con qué Vieyra no trasladó los despropósitos que dijo su Estafermo? Pues óigale Vuestra Merced una docena de renglones más abajo. « Vemos salir de la boca de aquel hombre así en « aquel traje una voz muy afectada y pulida; y luego « empezar con mucho desgarró, ¿á qué? A motivar « desvelos, á acreditar empeños, á acrisolar finezas, « á lisonjear precipicios, á brillar auroras, á derretir « cristales ó á desmayar jazmines, á bostezar prima- « veras, y otras mil indignidades de estas.» Tenga Vmd. por cierto, que si hubiera alcanzado á su Padre Confesor y á otros de su calaña, hubiera añadido: «A bosquejar lunares, á descubrir pechos, á « naufragar en candores, á peligrar en sierras nevadas, *et reliqua.*» ¿Y esto no es trasladar los despropósitos del Predicador amortajado? Sí, me responderá Vmd. muy fruncido; pero con sus mismas palabras. ¡Válgate la mona por hombre! y para el caso, ¿qué miel tendrá más, trasladar la substancia, que copiar las voces? Ayer me sucedió este caso con un niño. Andaba vestido de donadito; vile con calzones, y le dije: « ¡Ah, mal fraile! ¿por qué colgaste los « hábitos?» y el chicuelo comenzó á patear y á llorar, diciendo: « Yo no los colgué, que están en el arca de « mi abuelo.» Lo más precioso del pasaje, es lo que se sigue. ¿Predicó acaso Vieyra, poniendo á un ente verdadero? Nó, sino á un Fray Gerundio. Pero tú, con la figura de Fray Gerundio, hieres y satirizas á los entes verdaderos. Cada paso es un tropiezo. Dí-

game Vmd., criatura de Dios, ¿y para qué puso Vieyra á ese Fray Gerundio? ¿No fué para dar en cabeza del Fray Gerundio fingido, contra los Gerundios verdaderos? Porque sino fué eso, seria para hablar al aire y sin objeto. Pues si el Gerundiano hace lo propio, como Vmd. mismo lo confiesa; si dá contra los entes verdaderos en cabeza del Fray Gerundio fingido, ¿en qué está su delito? Lo que fué loable en Vieyra, ¿por qué ha de ser reprehensible en el pobre Gerundiano? ¿Qué en la teología de Vmd. está precisado á pecar, quiera ó no quiera? Si supone sermones fingidos en todo semejantes á los verdaderos, peca; porque se vale de especies increíbles, fingidas y suposiciones, para desacreditar á entes verdaderos. Si traslada sermones verdaderos, á cuyos desbarros apenas pueden acercarse los fingidos, peca; porque debiera dar contra los Gerundios verdaderos, en cabeza de un Gerundio fingido. ¡Válgate Dios, por catonísimo señor, qué todo le desagrada. A pelo le viene á Vmd. aquello de Fedro contra los censores de sus fábulas. Haga Vmd. cuenta que se lo dice el Gerundiano:

*Quid ergo possum facere tibi, Lector Cato,
Si nec fabellæ te juvant, nec fabulæ?
Noli molestus esse omnino litteris;
Majorem ne tibi exhibeant molestiam.*

Vaya la trova en romance, para que á Vmd. no se le pase por alto.

Válgate Dios, por lector.
Que pone en lo que repara
A la fleccion mala cara;
Pero á la verdad peor:

Penitente y confesor,
 Ambos son dos penitentes,
 Que no han de hablar entre gentes
 De letras, ni con autores;
 Porque aspirando á doctores,
 Quedan en inocentes.

Y ahora, ¿qué le parece á Vmd. mismo de aquella terrible amenaza, con que inmediatamente llena de terror al Gerundiano con estas formales palabras? «Vamos poco á poco, amigo Gerundiano, que ya me canso de sostenerte; y si te metes en más honduras, puede ser que te deje solo: pues, que te opones á lo mismo, que quieres persuadirnos contra la ley: *Qui aliud dicit quàm vult, neque id dicit quod vox significat, quia non vult, quia id non loquitur. Leg. ff. de reb. dub.*» Bien empleado le está al bribonazo del Gerundiano; bien merecido lo tiene por sus bellaquerías, que se canse de sostenerlo el que lo ha sostenido hasta aquí con el vigor y con la fineza que hemos visto. Demasiado ha hecho el Marquínades en griego y el Bar-Marquina en hebreo, en sostenerle hasta ahora, de manera que sus enemigos á lo sumo podrán tacharle de blasfemo y de hereje; pero de allí no pasarán, gracias á su mantenedor. Pero si el insolente no se enmendare, y se metiere en más honduras, puede ser que lo deje solo. Y entonces, ¿en qué parará el desdichado de él? Incurrió *ipso facto* en la ley: *Qui aliud dicit, etc., ff. de reb. dub.* Y cate un excomulgado á mata-candela, que no habrá más que pedir. Vamos serios. ¿Vmd. deliraba cuando escribió esta bobería? Antojósele á Vmd. bufonear una vez con gracia irónica; y ni aún para eso

poquito le dá el naípe. Mire Vmd., no se canse en sostener al Gerundiano, que él se sostendrá por sí mismo (mal que les pese á ciertos amigos), sin necesidad de puntales comidos de carcoma, como v. g... sosténgase Vmd. á sí mismo, que no hará poco, y aún hará mejor en contenerse que en sostenerse; porque aunque lo *continente* no se lo disputo, tanto como el *contenido* á piés juntillas se lo niego. Y en orden á la amenaza de dejar solo al Gerundiano, esté en la inteligencia de que en medio de dos millones de hombres como Vmd., estará tan solo como Vmd. pudiera estar en los desiertos de la Tebaida ó en las ardientes arenas de Libia; pero en todo caso, mande Vmd. decirnos á qué proposicion viene, y qué quiere decir aquella ley que Vmd. cita de latin arábigo, solo por lucir las antiguas memorias de letrado gótico. Porque le aseguro á Vmd. por mi ánima jurada, que ni aún el mismo Domine Zancas-largas, con ser el Domine Zancas-largas, le ha de dar sentido propio y acomodado á su extraña gramática. *Qui aliud dicit quàm vult; neque id dicit quod vox significat, quia id non vult, quia id non loquitur.* El latin de la tal ley es muy parecido al romance de aquella carta: *Amigo mio, digo que digo: que cuando digo, no digo digo; sino digo que no digo digo.*

Ya que estamos todavía sobre el capítulo de la pinturilla, que hizo el Gerundiano de un Capuchino, que en realidad fué lo que á Vmd. exaltó el humor atrabilioso; voy á dar un testimonio de mi buena fé, y otro de que Vmd. no supo impugnarla. El Gerundiano supone, que dicha pintura se halla en la carta pastoral del señor Valero, no con las palabras formales

con que él la hace, sino con otras muy semejantes. No hay tal cosa, ni en toda la carta se encuentra semejante pintura, ni aún en bosquejo. Aunque en ella se da á mantenimiento contra los Predicadores aéreos y floridos, que se olvidan del sitio, de la materia y de la profesion; que para la substancia del caso es lo mismo. Hice amistosamente cargo de esto al Gerundiano: y él me respondió lo que se sigue, con aquella honrada sinceridad que le caracteriza. «Era muy
«niño cuando leí esa carta, y despues no la he vuelto á
«tener en las manos. No sé por donde se me imprimió vi-
«vamente la especie de haberla leído en ella, cuando sin
«duda la habia leído en otra parte, de que ahora no me
«acuerdo. Que no se puede negar, promovió el señor Va-
«lero con la mayor vehemencia. No obstante estimo
«á Vmd. mucho el aviso; y si publicare la segunda parte,
«ya cuidaré de aprovecharme de él, informando al pú-
«blico de mi equivocacion. Esto no me cuesta tra-
«bajo; porque no tengo ménos gusto en confesar
«mis errores, que en impugnar los desaciertos age-
«nos.» ¿Qué le parece á Vmd. de esta ingénua con-
fesion? ¿Hácela Vmd. tan sincera, cuando se va á acu-
sar de sus venialidades á los piés de su P. Confesor? Aquí queria poner fin á esta tercera carta; porque ya va larga y yo estoy un poco cansado; pero me hace lástima el dejar para otra el convincente dilema, que se comprende en los números 8 y 9. Dice Vmd. en suma: «Que el Gerundiano escribió su historia no
«más que por hacer reir á la gente, para avergonzar
«á los Predicadores, y para que corridos se enmen-
«dasen. Si la escribió para hacer reir á la gente, y
«esperó para darla á luz á principio de Cuaresma,

« zape que quema (qué chistoso zape) buscar arbi-
« trios para reir, divirtiendo las lágrimas que se de-
« bian derramar por la pasión de Cristo; es porque la
« historia de Fray Gerundio pica más allá que en his-
« toria (otro chiste como el zape,) y aún las revela-
« ciones divinas piden tiempo oportuno para publi-
« carse; ¿qué será un libro reducido todo á cuente-
« cillos, chungas y chanzas? Si la escribió para
« avergonzar á los Predicadores, es preciso que éstos
« lo sientan, viéndose reprendidos en público por un
« hazme reir que no tiene comisión del Papa, del Rey
« ni de la Inquisición, para hacerlo; y que siendo un
« pobre pelon y un triste particular, debiera conten-
« tarse con observar el precepto de la corrección fra-
« terna, predicando en comun contra el abuso, por
« no ser cómplice: encomendarlo á Dios, si los supe-
« riores no lo remediasen. Pero exponer los Predica-
« dores al desprecio del vulgo ignorante, con cuente-
« cillos, que los queman, y casos que se fingen, es
« más de lo que parece.»

No dirá Vmd. que le disimulo, ni que le disminuyo la fuerza de su valiente dilema. Pero vamos claros. ¿Es posible que el dilemilla le hizo cox á Vmd. mismo? Si se la hizo, no envidio su docilidad; sino se la hizo, tampoco su sinceridad se la envidio. Alucinóle á Vmd. el confundir el fin con los medios, y los medios con el fin. Esta distinción es demasiadamente delgada para la hilaza que Vmd. gasta. El Gerundiano ¿no hizo bien patente á todos con las palabras más claras del mundo, que su fin no era hacer reir, ni avergonzar á los Predicadores, sino valerse de la risa de unos y de la vergüenza de otros, como medios para que es-

tos se corrigiesen y se reformasen? De manera que la enmienda de los Predicadores es el fin; y la risa del auditorio y la vergüenza de los interesados, fueron los medios. Óigalo Vmd. en el número 38 de su prólogo, respondiendo en profecía á toda la pobreza del papelon de Vmd.; solo que él se la opuso á sí mismo con un poco más de gracia, y con un mucho de mayor valentía, aunque yo lo diga. «Antes quiero probar fortuna (dice), y ver si soy en este asunto tan feliz, como lo han sido muchos autores honrados en obras diferentes, persuadidos de la máxima de Horacio, que *Ridiculum acri..... fortius plerumque et validius magnas secat res*: esto es: que muchas veces, ó las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres, el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencerlas disonantes. » ¿Vé Vmd. aquí claro como el agua que su fin no fué la risa, la chufleta ni la ridiculez, sino la correccion de los abusos pulpitables, por aquellos medios poderosos? Con que negándole á Vmd. las dos partes de su dilema, quedó el argumento cornuto enteramente desmochado.

Vaya un símil, para que Vmd. lo entienda mejor; porque tambien me parece un poquillo mocho de entendederas; y á fé, que el símil tampoco ha de salir de la Cuaresma. Dígame Vmd.: cuando en ella los Predicadores más celosos y más apostólicos se suelen valer, especialmente en la explicacion de la doctrina, ya de cuentecillos chistosos, ya de comparaciones y símiles caseros, que hacen reir á la gente, ¿para que lo hacen? para que á vuelta del cuentecillo y de la comparacion, se estampe mejor la substancia de la doctrina

en la memoria de la gente ruda; ¿dirá Vmd. esto en la Cuaresma? ¡Zape que quema! Esto es buscar arbitrios para convertir en risa las lágrimas, que se debían derramar por la pasión de Cristo. Si Vmd. dice este disparate, yo le diré que vaya por la pasión del Señor: pero le prevengo que lo piense bien para decirlo; porque chamuscará á mucha gente honrada, y entre ella S. Crisóstomo y S. Ambrosio, y le aseguro que no lo hande contar por gracia. Sin meterme por ahora con S. Pedro Crisólogo, que decia á su pueblo de « Ravena: Muchas veces os provocho á risa, para excitaros al llanto: *Sæpè provocho vos ad risum, ut excitem ad planctum.* » Vé Vd. aquí como la risa puede ser muchas veces un admirable medio para cosas muy serias. Por tanto, señor mio, déjese Vmd. de esos zapes y de esas alharacas, que solo pueden hacer fuerza á entendimientos lampiños como el de Vmd.; por más que le cuelgue una madeja de pelos de castron, desde los bigotes hasta la cintura. Advirtiéndole que la risa que se emplea en hacer burla de los Predicadores indignos, para llenarlos de provechosa vergüenza, no es ménos meritoria que las lágrimas que se derraman por la pasión de Cristo; porque no es medio ménos eficaz para que se logre en nosotros el mérito de esta pasión. ¿Y será ageno de la Cuaresma un fin tan santo por un medio tan loable? ¿Será fuera de tiempo predicar á los Predicadores en el tiempo que más lo necesitan, por ser aquel en el que predicán más?

Todo esto va en la graciosa suposición de que el Gerundiano hubiese esperado al propio tiempo el principio de la Cuaresma, para dar á luz su obra; pues aunque fuese así, ni habria incurrido en el canon, *Si quis sua-*

dente *Diabolo*, ni era negocio de que por ello le obligasen á abjurar de *vehementi*. Acuérdome que años pasados anduvieron revoloteando por España ciertas obrillas críticas sobre cierto punto histórico. Quiso la mala trampa que una de ellas por casualidad salió á plaza en las cercanías de la Semana Santa. Encendióse en celo de la causa de Dios, cierto astrólogo apostólico; y predicó una misioncilla contra este atrevimiento escandaloso que hizo compungir de risa á todo el auditorio. Verdad es que salió despues un folleto en defensa del tiempo en que el papel se habia publicado que dicen convirtió al pobre astrólogo, la semana de Pascua en semana de Pasión. Lo cierto es, que despues ha metido mucha ménos bulla, y ha empleado mejor sus prendas intelectuales y morales de que no se puede negar tiene más que decente provision. Si hubiera alguna esperanza de que en Vmd. se hubiera de lograr sacar el mismo fruto, me detendria quizá algo más en burlarme de su reparo; que es bastante despreciable por sí mismo, y por quien lo hace: pero no quiero perder tiempo; y me basta el decirle, como resueltamente se lo digo, que niego el supuesto.

Niego que el Gerundiano hubiese esperado al tiempo propio de Cuaresma, para dar á luz su historia. Paréceme, que al leer esto, le estoy viendo á Vmd. desgañitarse de pura cólera, y de pura risa. Paréceme, que sin poderse contener, se sale de la celda, ó de lo que fuere; y convocando auditorio, dá grandes risadas al compás de palmadas y patadas, poniendo por testigos al cielo y á la tierra, de la descarada insolencia con que le desmiento á Vmd. Paréceme que le

oigo exclamar entre espiritado y rabioso: ¡ *Aquí de Dios! ¡ aquí de la Villa y corte de Madrid! ¡ aquí de toda España! ¡ el maldito, el blasfemo, el sedicioso libro de la Historia del famoso predicador F. Gerundio de Campazas, no se publicó en la Gaceta de 21 de Febrero de 1758?* Sí, señor, aquella semana; ¿no era este año la tercera semana de Cuaresma, contando los cuatro dias, que preceden á la primera? Sí, señor, luego el gerundiano esperó el tiempo propio de Cuaresma, para dar á luz su Historia. No, señor, tan de repente le cogió al gerundiano la publicacion de su Historia, como le pudo cojer á Vmd; tanto le sorprendió verla publicada entónces, como sorprendió á los que no tenían la menor noticia. Y esto, créame-lo Vmd. sobre mi palabra, porque estoy instruido muy á fondo en la Historia de esta Historia. Sintió altamente el gerundiano, que se publicase entónces; pero no le tiente el diablo á creer, que fué por los ridículos motivos, que Vmd. exagera. Es hombre, que discurre muy de otro modo que Vmd. Sintió, que se publicase entónces, entre otras razones, que no necesita Vmd. saber, por una honrada lástima, y caritativa compasion de muchos predicadores: persuadido á que no pocos Gerundios lo son de buena fé: ya que si predicán mal, es por estar inculpablemente engañados en el concepto de que aquello es predicar bien. Pues si se les hiciese ver lo contrario, ó dejarían el púlpito, conociendo que no eran para ello, ó al punto se enmendarian. Tuvo lástima de estos, pareciéndole que el libro en aquellas circunstancias, solo serviría para perturbarlos, sin darles tiempo para enmendarse. Pues enfrascados ya en sus Cuaresmas, y prevenidos

sus trabajos, apenas les era posible el reformarlos. Esto le compadeció indeciblemente, y así lo dijo á muchos de palabra, y por escrito. Por lo que en su dictámen, la publicacion de la Historia no se debía haber hecho hasta dos ó tres meses ántes de la Cuaresma siguiente; para que los predicadores celosos, y bien intencionados abriesen los ojos, y tuviesen lugar de disponer sus papeles de manera, que en la misma Cuaresma siguiente fuese visible el fruto de la obra. Esta fué siempre su idea, y este su parecer: con qué estuvo muy léjos de esperar al propio tiempo de la Cuaresma, para darla á luz. Si Vmd. quiere saber los grandes y verdaderos motivos, que tuvieron los que dispusieron así, para no conformarse con la voluntad del autor, venga acá, y quizá se los confiare, y quizá no. Y allá vá roto ó cascado el primer cuerno de su agudísimo dilema. El segundo aún es más lastimoso. Demoscaso, que la Historia se hubiese escrito con el único fin de avergonzar á los predicadores: aunque ya se le tiene á Vmd. explicado, que este fué el medio, y no el fin. ¿Pero, y bien, que sacamos de aquí? ¿Qué es preciso que los predicadores lo sientan? Concédolo: porque ni el libro se escribió para divertirlos, ni los enfermos dejan de sentir las ventosas sajas, y sino las sienten, tanto peor para ellos: porque es funesta señal. ¿Y qué más hemos de sacar? ¿Qué es preciso lo sientan más, cuando se veen reprehendidos en público, no por algun superior, ni por algun edicto del Tribunal de la Fé, no por cierto, sino por un hazme reir? Lo primero *implicat in terminis*; porque los hazme reir no reprehenden ni en público, ni en secreto; ni en comun, ni en particular. A lo sumo se

burlan, se zumban, chufletean; y de esto á la reprehension, hay grande diferencia. Lo segundo, *nego suppositum*, á lo ménos respecto de los predicadores, que tanto lo sienten; porque para estos no es hazme reir, sino hazme rabiar, hazme patear, hazme espumar de cólera. Lo tercero; ¿quién le ha dicho á Vmd. que solo pueden reprehender en público los Prelados, Superiores, el Tribunal de la Fé, y la Real Majestad? Si se trata de delitos, y de personas particulares dentro de la línea moral, pase. Si se habla de delitos públicos, y de personas indeterminadas en la línea intelectual, es grandísimo disparate. Los predicadores reprehenden en público; y hasta los comediantes reprehenden en público, sin que sean Prelados, Superiores, Tribunales de la Fé, ni Reales Magestades. Y con esto se rompió el otro cuerno.

Lo más donoso es, que Vmd. mismo adopta esta propia doctrina, cuando dice inmediatamente: «Amigo mio, los que nada suponemos en el mundo, nos hemos de contentar con observar los preceptos de la caridad cristiana. En las cosas públicas, que saben los superiores y no lo remedian, debemos clamar á Dios para que lo hagan; predicando en comun contra el abuso, por no ser cómplices.» Esto es lo que ha hecho el Gerundiano; predicar contra un abuso tan público, que no es posible otro que lo sea más. Y porque no es Prelado, Superior, Tribunal de la Fé ni Real Magestad, no le pareció conveniente usar del estilo censorio, catoniano, severo, autoritativo y jurisdiccional: sino del festivo, alegre, burlon y chufletero. Mas vá, que me replica Vmd. con gesto avinagrado (tuteándome tambien á mí, porque Vmd. tiene

arranques de tutearse con el lucero del alba) ¿y á esto llamas predicar? Sí, señor, ¿Vmd. no dice que la obra del Gerundiano es una sátira? Pues tenga Vmd. entendido que las sátiras son sermones. Pregúntesele Vmd. al incomparable Lucio Sentonio, que todavía vive (no sé muy bien en donde), el cual intituló *Sermones* á sus sátiras, con muchísima razon: porque si el fin de los buenos sermones no es, ni puede ser otro que el de enmendar las malas costumbres, tampoco no puede ser otro el fin de las sátiras castizas.

*Dùm prodesse volunt, et delectare Poetæ
Et jucunda simul dicunt, et idonea vitæ.*

El párrafo que añade Vmd. sobre las reglas de la caridad fraterna, gran cuenta le hubiera tenido entenderlo mejor, y practicarlo. « En los casos particulares (dice Vmd.), debemos observar las reglas de la caridad fraterna. Si no aprovechan las primeras, dar cuenta á los superiores que pueden y deben remediarlos; » *Dic Ecclesiæ*; y nosotros quedémonos en nuestra santa paz y quietud. Las reglas de la correccion fraterna son: primera, en delitos y personas particulares, amonestar reservadamente al que delinque, *corripe eum inter te et ipsum solum*. Segunda, si esto no alcanzare, advertirlo de su delito en presencia de dos ó tres testigos: *Adhibe tecum duo aut tres testes*. Y no aprovechando esto (esta es la tercera) dar cuenta á quien lo pueda y deba remediar: *Dic Ecclesiæ*. Ahora bien, señor Marquiniades: ¿y cuál de los dos ha hecho añicos esta regla? ¿Vmd. ó el Gerundiano? Este está fuera de caso y de la cuestion; no

se ha metido con delitos particulares, sino con públicos; no con sujetos determinados por sus personas, sino por sus escritos, ó dados á la luz pública ó pronunciados en público teatro; no con defectos morales, de los cuales hablan únicamente las reglas, sino con defectos intelectuales, con los cuales no se meten. ¿Pero Vd.? ese es otro cuento. Vd. habla determinado con el Gerundiano, señalándolo no solo por la obra, sino por la profesion, que voluntariamente le supone; Vmd. le reprende por un figurado delito público; esto es, por su obra: pero ese delito público, aun cuando lo sea, es de una persona particular. Vuestra Merced le acrimina, no ya culpas intelectuales, sino morales y moralísimas: v. g. las venialidades de *hereje*, *sacrilego*, *blásfemo*, *enemigo del Estado Eclesiástico*, *Secular y Regular*, y en fin, *reo de ambas Magestades divina y humana*. ¿Pero, qué reglas ha observado Vmd. para esta caritativa correccion? ¿Le ha amonestado suave y reservadamente? Sí por cierto. El primer aviso fué el de su furioso papelon; y aún este aviso ha tenido Vmd. gran cuidado de darlo á todos, ménos á él. Esparciólo Vmd. por toda España, sin acordarse del pobre Gerundiano, que á la hora de esta aún no lo hubiera visto, á no habérselo enviado un amigo desde la Côte; sin que de aquí se infiera que lo haya leído. ¿Es esto corregirlo reservadamente y á solas, *inter te et ipsum solum*? Lo será si entiende esta regla, como aquel otro Fraile, que ofendido por otro religioso de su misma Comunidad, fué á la celda de este; cerró la puerta, tumbólo en el suelo y hartólo de patadas; y reconvenido por el Prelado, dijo: «Que él no habia

«hecho más que cumplir con la primera regla de la correccion fraterna: *Si peccaverit in te frater tuus, corripe eum inter te et ipsum solum*; Si algun Fraile te ofendiere, corrígelo entre tí y el mismo suelo.»

¿Ha hecho la correccion á presencia de dos ó tres testigos? No solo á presencia de dos ó tres, sino de doscientos ó trescientos mil. Solo ha cuidado mucho que no fuese á presencia del delincuente; y en esto no dejo de alabar su grande prudencia. ¿Esperó Vmd. á ver si se enmendaba, para sino, decirlo á la Iglesia *Dic Ecclesiæ*? No tuvo flemma para tanto, sin duda porque desesperó de la correccion; y á fé que yo tambien desespero de ella. Pero al fin entendió el precepto de la correccion fraterna, ni más ni ménos, como los dos textecillos de San Pablo: *Ego rigavi, ego plantavi; Apollo rigavit. Non est vocentis neque currentis*, etc. *Qui aliud dicit. Leg. ff. de reb. dub.*

Dios guarde á Vmd. muchos años. Tal dia, tal mes, tal año y tal parte.

B. L. M. de Vmd.

Su aquel.

Señor Don Vmd.

EL OTRO.

CARTA CUARTA.

EJUSDEM, eidem, de eodem, et secundum idem.

Muy señor mio: ¿qué me dice Vmd.? ¿Es posible que el penitente de mi alma se haya resuelto á imprimir el papelon de mi vida? ¿Es posible que ande ya

de molde en las manos de todos, y que todavía no haya llegado á las mias ni á las del Gerundiano? ¿Es posible que sea Vmd. tan buen hombre, que le haga novedad el que habiéndose remitido por el correo á todas las Comunidades religiosas de la Côte, y de fuera de ella, solo se hubiesen excluido de este precioso regalo los PP. de la Compañía? ¿Pues qué? ¿habia de regalar el autor con un ejemplar á todas las *Cofradías del Reino*? ¡A dónde iríamos á parar! y el devoto que franqueó el dinero para una obra pía de esta necesidad é importancia, no hizo bastante en costear tanto número de ejemplares para todas las Comunidades religiosas, sin que lo empeñasen en costearlos tambien para todas las Cofradías? Tengan paciencia los *Cofrades de San Ignacio*, así como la tienen los Cofrades de San Antonio y San Roque; porque eso de querer hombrrear con las familias religiosas suena un poco á orgullo y propia estimacion, así que en esta parte yo soy con el señor Penitente, una vez que se dé por sentada su doctrina, de que los referidos PP., entre los cuales se digna tambien contar al Gerundiano, no forman más que una *Congregacion* ó *Cofradía*. Solo hubiera deseado que á éste se le hubiese remitido un ejemplar, no precisamente por Cofrade, sino porque al fin era Mayordomo de la fiesta; y parece cosa estraña, que hablando con él la obrilla, la conversacion se dirija á todos, ménos á él.

2. Algunos inadvertidos lo atribuyeron á miedo. ¡Simpleza y más simpleza! el que no tiene miedo á Dios, ¿por qué ha de temer á los hombres? El que tiene valor para escribir y aún para imprimir tanto

monton de desatinos, ¿para qué no lo tendrá? Fuera de que tarde ó temprano es preciso que llegue á las manos del autor de Fray Gerundio; y entónces, si este se amostaza, sólo se logrará el dilatar un poco la escaramuza, pero no evitarla. Yo soy más piadoso que Vmd., aunque yo lo diga, y así discurro con más piedad. Sin duda que el Penitente no envió el impreso al Gerundiano, porque creyó que seria dispararle un trabucazo á quema ropa y á sangre fria. Temió quedar irregular haciendo un *Gerundianicidio*, y no es tan maligno, ni tan desaforado como todo eso. Por tanto dispuso que llegase á otro ántes que á él la noticia, para que poco á poco le fuesen disponiendo para recibir el fatal golpe. ¡Mire Vmd. si el Penitente es hombre caritativo! Pero si esto fuese así, ¡oh, y qué poco conoce al picaron del Gerundiano! Es hombre tan fresco, tan sereno, tan conchudo, y no me falta un tris para decir tan sin punto y sin vergüenza, que ninguno se ha divertido ni se ha holgado más que él, con la tempestad de papelones que han descargado sobre sus costillas. Singularmente el de Fray Amador de la Mentira y el del Penitente del P. Marquina, le volvieron á poner negra más de la mitad de la cabeza, (que ya blanqueaba mucho) con las canas que le quitaron. Era justo ver como se divertia á sí y divertia á otros, con las chistosas especies que se le ofrecian. Es esto tanta verdad, que habiendo pasado por su retiro varios sugetos de todos estados y profesiones, sin otro fin que el de verle y conocerle, quedaron aturridos luego que lo vieron. Todos creian encontrar á un hombre chupado, consumido, macilento, melancólico, abochornado, taciturno y fugitivo

de las gentes, no permitiéndole la confusion ponerse delante de ellas; pero se pasmaron al hallarse con un semi-viejo macizo, rechoncho, colorado alegre, festivo, despejado, sociable y hambriento de papelones contra su Fray Gerundio. Salva siempre en todo la ley inmaculada de Dios que convierte las almas, hubo quien se enfadó de verle tan fresco, hubo quien hizo todo lo posible para irritarle; pero no pudo hacerle hacer cólera. ¿Mire Vmd. si el impreso del *Marquiñades* le haria mucha impresion?; Y por qué se la habia de hacer, no habiéndosela hecho el manuscrito? Pues aún que me dicen que varia mucho en la forma, tambien me aseguran que desvaria mismísimamente en la substancia. Paréceme asáz que tambien hay alguna añadidura; pero me escribe un amigo, que son á manera de remiendos de la Orden, que solo se diferencian del fondo del sayal en que pardean más ó ménos. Como quiera, miéntras Vmd. no me envíe el impreso, yo voy adelante en espurgar las liendres al manuscrito.

3. Señor penitente mio, ó señor mio penitente, estamos ya en el famoso número 10 del papelote de Vuestra Merced. En el grano apenas tendremos en que detenernos, porque ya queda bien acribado en las cartas antecedentes. La paja es mucha y de mala calidad; ni aún para las bestias sirve; y así con el beneplácito de Vmd., irá al muladar para convertirse en estiércol.

4. Dice Vmd., hablando con el Gerundiano: «La segunda proposicion, que se deduce de la respuesta dada, es decir, que eliges este arbitrio de la chanzoneta, del chiste y cuentecillos que finges, para

« sacar por medio de ellos el fruto , que no pudieron
 « sacar los santos y celosos oradores , con el peso,
 « gravedad, modestia y fuerza de razones. Esta pro-
 « posicion en un sentido es cierta , sana y sin sospe-
 « cha, hablando del fruto temporal (esto es del cua-
 « trin): pues no se dará escritor alguno que haya
 « sacado de contado respectivamente más fruto que
 « tú; pues no ignorabas el destemple del mundo, y
 « que lo que hoy se aprecia es el desprecio del Esta-
 « do Eclesiástico.»

5. ¡ Y luego dirán que es Vmd. un insulso ! No tie-
 nen razon los que lo dicen, porque no puede estar
 más gracioso este pasaje. Hay tal gracia como el
 equivoquillo del fruto que esperaba el Gerundiano,
 aplicándolo al Cuatrin? Y hablando del Cuatrin, aña-
 dir *de contado*, ¿no tiene infinito chiste? Dígole á Vmd.
 que tiene un ingenio de Barrabás; pero tambien le
 digo, que sin querer ha hecho el mayor elogio que
 podia hacer de la historia de Fray Gerundio. Con
 efecto; dice el Cardenal Palavicini, en una de sus
 cartas: « La mayor prueba de lo que gusta un plato,
 « es comerlo todo; la mayor recomendacion de un lí-
 « bro, es leerle con ánsia, sin dejar letra; y el ma-
 « yor elogio de una obra, es despacharse presto.»
 Con que afirmando Vmd. que respectivamente no se
 hallará escritor que saque más fruto que el Gerun-
 diano, sin duda por el velocísimo despacho de su
 obra, viene Vmd. á hacer, segun esta regla, el mayor
 elogio que cabe de él. Ea, hablemos claros; ¿qué
 diera Vmd. porque su papelon impreso tuviera el
 mismo despacho caso que fuera venal? Pues ha-
 biéndolo dado á luz á oscuras, sin nombre de au-

tor, sin las licencias necesarias, ya se guardará Vmd. de exponerle en pública almoneda. Pero, señor mío, tenga Vmd. paciencia; porque esto del despacho de los libros, unas veces es mérito, y otras fortuna: y los de Vmd. ni por uno ni por otro título, corren ese peligro. Por eso oí decir que á la primera noticia que tuvo el Gerundiano, de que Vmd. escribía contra él, respondió muy fresca y oportunamente con aquel epígrama de Marcial:

*Versiculos in me narratur scribere Cinna;
Non scribit cujus Carmina nemo legit.*

Vaya ahora en castellano para inteligencia de Vmd.

Digo que no puede ser,
Por más que quieras decir;
Pues no se llama escribir
Lo que nadie ha de leer.

Mas para que al Gerundio no le venga vanidad por el despacho de su obra, ya tiene Vmd. cuidado de aplicarle un eficacísimo antídoto, significándole que «este le debió al destemple del mundo, y á que «lo que hoy se aprecia es el desprecio del Estado eclesiástico.» Allá vá este tajo, señores compradores, lectores y proclamadores de la historia de Fray Gerundio. Aconséjoles á Vds. que se calen un morrion, como el autor de la historia, sino quieren que esta cuchillada les hienda de medio á medio los cascos. Ya está averiguado, que el motivo, porque Vds. se dieron tanta prisa á comprar esa maldita obrilla, y la verdadera razón porque la han celebrado tanto, es, por el destemple de esos estragados gustos, y porque hoy no saben apreciar sino todo aquello que es en

desprecio del Estado eclesiástico. Y no importa un pepino, que casi todo el despacho de la obra se hubiese hecho entre los que son de este Estado: nada significa que los que más se han empeñado en celebrarla, en defenderla, y en promoverla, sean muchos, ilustrísimos señores obispos, y arzobispos, muchos eminentísimos cardenales, y, segun es voz pública y fama, hasta la misma cabeza de la Iglesia, se dignó recomendarla con expresiones de singular aprobacion. Todos se alucinaron miserablemente, á todos los fascinó y engañó ese mágico y herejote de Gerundiano. Ninguno vió cuán perjudicial era al Estado eclesiástico, esa infernal produccion del mismo *Erebo*, hasta que la conjuró el P. Bar-Marquina, y descubrió los diablillos anti-eclesiásticos, que se ocultaban en ella. Es verdad que su autor no puede hablar con mayor veneracion del Estado eclesiástico secular y regular: es verdad que su principal empeño es purgarle de los pestilentes humores, que inficionan unos de sus más sagrados ministerios: es verdad que otras cosillas incidentes, todas tiran á este fin más ó ménos inmediatamente. Pero ¿qué importa si su verdadero fin á este Estado, porque así lo dice la ley, *quid aliud dicit, ff. de rebus dubiis?* Ya sí téngase entendido, que todos aquellos que han comprado, aplaudido, celebrado, y defendido á esa teterrima obra, todos tienen el gusto destemplado, todos aprecian mucho cuanto es desprecio del Estado eclesiástico, más que sean obispos, arzobispos, cardenales, y papas; porque al fin son hombres, y *hominum est errare*;... *Omnis homo mendax*;... *mendaces filii hominum in stateris suis*:.... si que de esta regla gene-

ral exceptuen más que el Padre Fray Amador de la Mentira, y el hijo de su Padre empañador de la Verdad.

6. Todo lo dicho hasta aquí se entiende del fruto del *Quatrin*, que ha hecho el Gerundiano. Pero si hablamos del fruto espiritual, y correccion de abusos, (ahora prosigue Vmd. mudando de tono.) « Es mucha presuncion creer, que en esta ficcion de Fray Gerundio, y de tanto disparate, puedas conseguir lo que no consiguieron los SS. PP. y DD. con su evangélica predicacion; porque es afirmar que no se valieron de los medios lícitos que podian, para hacer fruto: y esto huele á chamusquina; porque directamente hiere á la Majestad de Cristo con blasfemia heretical. » Buen provecho le haga á Vmd. ese coscorron, señor Gerundiano mio, que bien merecido lo tiene Vmd: porque eso de meterse Vmd. á creer que con su Fray Gerundio ó calabaza, pueda conseguir lo que no consiguieron los SS. PP. y DD. con su evangélica predicacion, es presuncion de marca; y eso de afirmar Vmd., que no se valieron de todos los medios lícitos que podian para hacer fruto, *huele á chamusquina: porque directamente hiere á la Majestad de Cristo con blasfemia heretical*; esto es claro como el agua. Y así, creer que con la fundacion de la reforma de capuchinos (que no hizo ningun Santo P. de la Iglesia,) se puede hacer el fruto que no hicieron en ella los SS. PP. con su predicacion; y afirmar en virtud de esta fundacion, que los SS. PP. no se valieron de todos los medios lícitos que pudieron para hacer fruto, *huele á chamusquina, porque se opone directamente á la Majestad de Cristo, con here-*

tical blasfemia. ¿Qué nos cansamos? Todos los medios que se han inventado en la iglesia de Dios para hacer fruto en las almas, como religiones, reformas, penitencias públicas, y otras mil piadosas industrias, si no las inventaron los SS. PP. y no la practicó Jesucristo, todos son presuncion, todos huelen á chamusquina, todos se oponen directamente á la Magestad de Cristo con heretical blasfemia.

7. Esto no admite duda, porque se prueba: «con dos textecillos, uno de la Sagrada Escritura, y otro del Derecho Civil y Canónico, ambos terminantes, y que dejan la cuestion fuera de controversia. El texto de la Sagrada Escritura es del capítulo 23 de San Mateo, en el cual fulmina la Magestad de Cristo ocho rigidísimas amenazas, por no decir maldiciones, contra los escribas y fariseos, *væ vobis, scribæ et pharisæi*: pero á los sacerdotes, á los pontífices que estaban comprendidos en la misma trama ó delito, de ningún modo los nombra. Reparo es muy digno del cardenal Cayetano: *lege Evangelium, nunquam invenies Jesum nominasse sacerdotes aut pontifices, arguendo, aut reprehendendo, sed scribas et pharisæos.* ¿Pues no podia el Señor nombrarlos á lo ménos en comun ó en especie, aun que no los nombrase en individuo, como á los escribas y fariseos? Esto nó (responde Cayetano); porque la Magestad de Cristo quiso instruir y dar aquí la regla que han de observar los predicadores evangélicos: *instruendo prædicatores, ut non prædicent contra sacerdotes in specie, propter reverentiam Ordinis.* »

8. Admirable doctrina para aquellos confesores de municion, que llevan la sentencia de que *prædicatori-*

bus non est prædicandum. Pero no nos divertamos á lo que quiso decir el Emo. Cayetano: lo que ahora nos hace al caso, es observar luego y en caliente la oportunidad del textecillo de la Sagrada Escritura, para convencer. Lo que se pretende en el asunto, es probar que fué mucha la presuncion del Gerundiano, en creer que podría remediar su obra, lo que no remediaron los SS. PP. con su predicacion evangélica; y que afirmar que no se valieron de todos los medios lícitos que pudieron para hacer fruto, huele á chamusquina; porque es *oponerse directamente á la Magestad de Cristo con heretical blasfemia*. El testimonio se reduce á fulminar Cristo ocho maldiciones contra los escribas y fariseos, sin tomar en boca á los sacerdotes ni á los pontífices; y la exposicion de Cayetano á decir que esta fué leccion dada á los predicadores, para que no prediquen contra los sacerdotes en especie, por la reverencia á su sagrado orden. Es cierto que yo no veo la conexiõn que tienen el texto y la exposicion con lo que se intenta probar. Viõla un varõn tan sábio y tan perspicaz como el Penitente. Esto me basta para creer, que el textecillo no puede ser más terminante, porque es traído por un hombre que penetró el verdadero sentido de la enredada ley, *Quid aliud dicit, quàm non vult, ff. de reb. dub.* Es el mayor zahorí de sentidos textuales, que ha nacido de mujer.

9. Vamos ahora á la exposicion de Cayetano. No tengo las obras expositivas de este autor, ni necesito tenerlas, para creer firmemente que no puede decir lo que Vmd. dice, sin que preceda, acompañe, ó se subsiga alguna palabrita, que limite ó explique más

la proposicion. Con la generalidad que Vmd. la propone, seria el mayor despropósito que se podria ofrecer á quien no hubiese hecho más que leer ú oir los Evangelios que se cantan en la Misa. ¿Cómo habia de decir Cayetano: «Lee el Evangelio, y no hallarás que el Salvador hubiese nombrado jamás á los Sacerdotes para zaherirlos ó para reprenderlos?» Cualquiera le responderá: leo el Evangelio, y hallo en el cap. 10 de San Lucas, ver. 31 y 32, gravemente reprendidos á un Sacerdote y á un Levita, por la ninguna caridad que tuvieron con aquel pobre robado y herido, en la parábola del Samaritano; declarándolos el Salvador por peores que un infiel Samaritano. *Accidit autem ut Sacerdos quidam descenderet eadem viâ, et viso illo præterivit: similiter et Levita cum esset secus locum, et videret eum, pertransiit.* Leo el Evangelio, y hallo en el cap. 11 de San Marcos, ver. 27, que llegándose el Salvador á los Sumos Sacerdotes con los escribas y ancianos: *accedunt ad eum Summi Sacerdotes, et Scribæ et Seniores;* le hicieron una pregunta muy capciosa; y á todos los reprendió con una respuesta muy penetrante. ¿Qué nos cansamos? Leo en el Evangelio toda la carga cerrada que en este mismo cap. 23 de San Mateo, dá el Salvador á los escribas y fariseos que subieron á la cátedra de Moisés para predicar la ley al pueblo: todo lo que dicen de su hipocresía, de sus desordenadas costumbres, de su vanidad, pomposidad, aparato y ventolera. Y leo fuera del Evangelio, que todo esto lo entiende el torrente de Padres y Expositores, igualmente de los Sacerdotes, que de los Escribas y Fariseos. Oiga Vmd. á San Juan Crisóstomo en la Homi-

lia 42, sobre el mismo cap. *Videndum quomodo quis super cathedram sedeat, quia non cathedra facit Sacerdotem, sed Sacerdos cathedram; ideoque malus Sacerdos de Sacerdotio suo facit crimen, non dignitatem.*

Óigale Vmd. en la Homilia 43, sobre lo mismo: *Postquam Dominus Sacerdotes responsione prostravit, et incorrigibilem eorum conditionem ostendit.* Mire Vmd.

si el Salvador reprendió en público á los Sacerdotes:

Sicut Clerici si male fecerint, inemendabiles sunt; Laici vero delinquentes facile emendantur tunc convertit Sermones, ad Apostoles, etc. Oiga Vmd. á Santo Tho-

más, interpretando en el mismo capítulo; especial-

mente aquellas palabras: *Secundum vero opera eorum nolite facere;* y dígame despues, si reprendió ó no re-

prendió Cristo en público á los Sacerdotes: *frecuenter enim* (dice el Santo) *de malo bona doctrina procedit,*

sicut autem Sacerdos melius judicat, propter bonos,

malos docere, quàm propter malos, bonos negligere;

sic est subditi propter bonos Sacerdotes, malos etiàm

honorant, ne propter malos boni etiàm contemnantur.

De manera, que el largo comentario, que hace el

santo doctor del cap. 23 de San Mateo, camina siem-

pre en la suposicion de que toda la fuerte y repre-

sion del Salvador, se dirigia expresamente á la cor-

reccion de los Sacerdotes y Predicadores. Por tanto

no creo que al Cardenal Cayetano le pasase por la

imaginacion el reparo que Vmd. le atribuye, ó si le

hizo, seria en términos muy distintos y que querian

decir cosa muy diferente de lo que Vmd. se le ha

antojado entender.

10. ¿Ni á qué hombre de razon le podia ocurrir

que los malos Sacerdotes y los malos Predicadores

gozasen de semejante impunidad? Pecar en público, desbarrar en público, y no poder ser reprendidos en público, *propter reverentiam Ordinis*; por el respeto á sus Órdenes? ¡Hola! ¿Con que no tienen ellos respeto á sus órdenes para cometer tantos desórdenes, y se le han de tener los demás para disimulárselos? ¿Han de tener ellos licencia para hacer añicos el Evangelio, y ha de ser contra el Evangelio el hacerlos añicos á ellos? ¿Han de tener libertad para burlarse con él, y el mismo Evangelio nos la ha de quitar para que nos burlemos de ellos? Carísimo Penitente, *Usacá* no crea ese disparate, aún en caso, (negado y que parece quimérico) que se lo dijese su Padre Confesor. No vale el sagrado á los que le profanan, ni el Evangelio protege á los que juegan con él, como pudieran con el Alcoran; y si todavía se mantiene en la tema de que es contra el Evangelio, reprender en público á los malos Sacerdotes y Predicadores, pregunte al mismo Reverendo P. si el Apocalipsis tiene ménos autoridad que el Evangelio? ¿Pregúntele más, si unos pobres Predicadores y unos Sacerdotes simples, ó unos simples Sacerdotes serán más respetables por sus Órdenes, que los señores Obispos? Y despues que le haya respondido á estas dos preguntas, lea los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, observe en ellos la gravísima reprension que el Espíritu Santo dá á siete Obispos de las Iglesias de Asia, siendo así que, por calificación del mismo Espíritu Santo, todos siete eran unos Angeles. *Angelo Ephesi Ecclesiæ... Angelo Smirne Ecclesiæ... Angelo Pergami Ecclesiæ...* Note que no solamente los responde en general, sino en sus propias, propísimas

personas; y otra vez no se nos vendrá con la parvulez de que es contra el Evangelio dar repasatas públicas á los Sacerdotes y á los Predicadores que las merecieren. De camino aprenderá Vmd. á no levantar falsos testimonios á los Expositores de bien, y á no entenderlos tan materialmente, que es el verdadero principio de donde dimana el sacarlos violentamente al púlpito para corroborar con ellos los más solemnes desatinos.

11. Es lo de á fólío, el que añade inmediatamente su caridad, despues de haber citado el lugar de Cayetano (si no le levantó algun falso testimonio): *Lege Evangelium, nunquám invenies Jesum nominasse Sacerdotes, aut Pontifices, arguendo, aut reprehendo; sed Scribas et Phariseos.* « Lee el Evangelio, y nunca « hallarás que Jesús hubiese tomado en boca á los « Sacerdotes ni á los Pontífices, para corregirlos ni « para reprenderlos, sino á los escribas y fariseos. » Despues de haber *Usacá* excitado el reparillo en tono Gerundial ó Fray Blable, dice: « ¿Pues no podia el Señor nombrarlos á lo ménos en comun ó en especie, « aunque no los nombrase individualmente, así como « nombró en comun á los Escribas y Phariseos? » Despues de haber dado con aquello de extono, responde Cayetano: « Porque la Magestad de Cristo quiso instituir aquí la regla que han de observar los « Predicadores Evangélicos: » *Instruendo Prædicatores, ut non prædicent contra Sacerdotes, aut Pontifices in specie, propter reverentiam Ordinis*: y la instruccion que les dió, fué que nunca predicasen contra los Sacerdotes ó contra los Pontífices en especie, por el respeto, que se debia á sus Órdenes. Despues

de toda esta salva, añade *Usacá* estas palabras: «Es-
 « to, esto lo que observaron y enseñaron los SS. PP.
 « los Doctores y celosos Pregoneros de Dios, cla-
 « mando con fuerza de razones, con peso de argu-
 « mentos, con gravedad de sentencias, con seriedad
 « cristiana y caridad benigna; no con chistes, no con
 « chufletas, no con cuentecillos, no con sátiras que
 « ofendan al Ministerio y á los Ministros, de quienes
 « han de recibir la ley y norma los inferiores, como
 « dice el Profeta Malachias, 27: *Legem requirent ex*
 « *ore ejus*; y San Bernardo, lib. 6, *de consideratione*,
 « dice: Reparad el bien que el pueblo debe recibir de
 « la boca del Sacerdote la ley, no los chistes ni las
 « chanzas: *legem, non nugas.*»

12. Deténgase Vmd. un poco, carísimo Hermano, que va muy de prisa; ¿pues no acaba de enseñarnos, que es contra el Evangelio reprender á los Sacerdotes y los Pontífices en especie? ¿No acaba de decirnos con autoridad mal entendida de Cayetano, que jamás lo hizo Cristo? ¿No acaba de añadir, que así lo practicó Cristo, y así lo practicaron los Doctores y celosos Pregoneros de Dios? ¿Pues cómo prosigue inmediatamente, diciendo: Que Cristo, los Doctores, los celosos Pregoneros de Dios, *clamaron con fuerza de argumentos, con peso de razones, con gravedad de sentencias, etc.*? Cuando Cristo clama con gravedad de sentencias, con peso de razones y con fuerza de argumentos, contral os Sacerdotes y Pontífices, no los reprendió? ¿Si el Evangelio (comentado todo por Vuestra Merced) dice que no es lícito reprender á los Sacerdotes y á los Pontífices en especie, por el respeto á sns Órdenes, será lícito hacerlo á fuerza de

razones, de sentencias, de argumentos? Acuérdome de este chiste. « Una buena madre tenía una buena
 « hija muy simple, y altanera de ojos; no habia forma
 « de bajarlos, en casa. en la calle, en la Iglesia;
 « todo lo veia, todo lo registraba. Matábase la madre
 « por quitarla esa mala maña, acordándola continua-
 « mente, que no habia cosa más mal parecida en
 « una doncella. A cada paso la decia: *Mariquita esos*
 « *ojos*. Tanto la inculcó sobre esto, que persuadida la
 « simple de la mozuela, á que no habia otra cosa
 « mala en el mundo, sino levantar los ojos; dió en el
 « extremo contrario. No se puede ponderar el consuelo
 « de la buena madre; pero como un dia la encontrase
 « en cierta travesura (de no muy buena especie) la
 « reprendió con la severidad que el caso queria. ¿Y
 « qué respondió la tonta de la muchacha? *¿Pues ma-*
 « *dre, no reparó Vmd. que lo estaba haciendo con los*
 « *ojos bajos?* Esta boba juzgaba que todo le era lícito,
 « como no levantase los ojos.» Y Vmd. (que no debe
 ser más advertido que ella) parece está en el enten-
 der que aunque el Evangelio prohiba (caso que lo
 prohibiese) reprender á los Sacerdotes; como sea sin
 gracias y sin chistes, clamando contra ellos á fuerza
 de razones y argumentos, eso no es contra el Evan-
 gelio.

13. Y más que le echa Vmd. al Gerundiano una sen-
 tencia del Profeta Malachias, comentada por San Ber-
 nardo, que primero que se desenvuelva de ella, le
 han de sudar los bigotes, caso que no sea lampiño,
legem requirent ex ore ejus: el pueblo buscará en la
 boca del Sacerdote la explicacion de la Ley, y añade
 San Bernardo: « Reparad que el pueblo debe recibir

« de la boca del Sacerdote la Ley, no los chistes ni las « chanzas, *legem, non nugas.* » ¡Pobre Gerundiano, y qué sobarbada te han dado! Andate ahora con el Penitente del doctísimo P. Marquina. Pero como el tal Gerundiano es tan taimado, temo que revuelva contra *Usacá* el mismo texto y la misma exposicion. Por lo que puede tronar, bien será que *Usacá* viva prevenido. ¿Puede preguntarle si el pueblo recibe la ley de los Predicadores tontos? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores mitológicos? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores circunstancistas? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores jacareros? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores que empuñan? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores cadenciosos? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores galantes? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores jactanciosos? ¿Puede preguntarle si recibe la ley de los Predicadores chufleteros? ¿Y por fin y postre, puede preguntarle si siendo lícito á los Predicadores profanar la sagrada magestad del púlpito con chufletas, con gracias, con chistes y con pullas, será lícito abrazar la sacrilega profanidad de los Predicadores con pullas, con chistes, con gracias y chufletas? Si el diantre le tienta al Gerundiano de hacerle á Vmd. esas preguntas, ¿qué le ha de responder *Usaca*, pobrísimo Penitente?

14. De este atolladero no ha de salir mal el Gerundiano; pero del otro que se sigue, no sé cómo saldrá, sin tres ó cuatro pares de bueyes que le saquen. « Los árboles (le dice Vmd. y qué bien dicho) se conocen por el fruto, los Confesores por los con-

« fesados, y los libros por los efectos que producen
 « en los lectores. Pregunto ahora : ¿ qué fruto se ha
 « sacado después que salió á luz este libro? Yo lo di-
 « ré: turbaciones en el pueblo, divisiones en las Co-
 « munitades, altercaciones en las casas, escrúpulos
 « en las conciencias, enfados y disgustos en los ver-
 « daderos cristianos y escándalos en el reino, á es-
 « cepcion de los libertinos, en quienes el fruto es la
 « risa y la burla de las personas consagradas á Dios. »
 Rásquese Vmd. feo Gerundiano, si es que le pica, y
 vuelva despues por otra. Pero es un bribon, y harto
 será que se dé por convencido. A mí me tiene Vmd.
 de parte de su razon, porque ese es un pasaje de-
 clamatorio y patético, que á un mismo tiempo achu-
 cha y extremece; pero bueno será que Vmd. y yo nos
 armemos contra lo que nos puede decir.

15. Dirá que admite los dos símiles de los árboles
 y de los libros, pero que no puede admitir el símil
 del Confesor y del confesado, por las consecuencias
 que de esto pueden resultar contra el Confesor de Vd.
 el Padre Marquina, que ya en parte se signifi-
 caron en mi primera Carta. Dirá que no tiene noticia
 de que por el libro se hayan suscitado *turbaciones en
 el pueblo*, ántes le consta que no hay pueblo visible
 en España, que no esté clamando por el libro, que
 no grite por el otro que se sigue y que no ponga los
 alaridos en el Cielo contra los que con su conspira-
 cion, tumulto y gritería, han puesto á un rectísimo
 tribunal en la precision (acaso dolorosa para el mis-
 mo) de suspender el curso y la notoria utilidad de la
 obra, hasta examinar á fondo el mérito de la vocin-
 glería contraria. Dirá que si ha habido algunas turba-

ciones en los pueblos, no han nacido seguramente del libro, sino de no haberle leído y de haber dado ciego ascenso á los que por su estado se creían no eran capaces de engañar, de mentir y mucho ménos de calumniar con las más groseras imposturas. Dirá que estas turbaciones no las ha suscitado el libro, sino aquellos que tenían interés en excitarlas, echándose la cuenta de que á pueblo revuelto, gananciade pseudo-Predicadores. Dirá que el libro ha producido diversiones en las Comunidades. Eso más tiene que agradecer al autor; porque al fin más vale divertirse con el libro que en los naipes; en vez de jugar á los bolos, mejor es entretenerse en leer una ú otra obra que habla con ellos.

16. Dirá que *en las casas* suele haber *altercaciones* hasta sobre lo que dice el Catecismo, y que á cada paso las hay sobre cuál de los escapularios tiene más indulgencias, sin que de esto tengan la culpa el Catecismo ni los escapularios. Dirá que por lo que toca á los *escrúpulos de las conciencias*, es el mayor y más claro falso testimonio que hasta ahora se ha levantado. Quizá no habrá salido á luz en el mundo libro alguno, que haya quitado de raíz más escrúpulos de conciencia. Despues que se publicó ese libro, ya no se hace escrúpulo de desacreditar con el mayor descaro y osadía á una de las Religiones más ilustres que hay en la Iglesia de Dios. Ya no se hace escrúpulo de tratarla con la más desvergonzada insolencia, de *Congregacion* ó *Cofradía*. Ya no se hace escrúpulo de reproducir las más hediondas vaciedades que se fingieron contra ella, bebiéndolas en aquellos mismos súcios y apestados charcos, que tantas veces han

procurado consumir los rayos del Vaticano. Ya no se hace escrúpulo de poner debajo de los zapatos, y tal vez hasta de las mismas sandalias, las más graves, serias y terribles Constituciones Pontificias contra los que tienen atrevimiento para hablar mal de las sagradas Religiones. Ya no se hace escrúpulo de despreciar las más solemnes censuras, ni de incurrir en ellas *ipso facto*, burlándose de aquellos parvulillos que se juzgan excomulgados, aunque no los pongan en tablillas. Ya no se hace escrúpulo de hacer solemne chufleta de los más fuertes y más ejecutivos edictos del Santo Tribunal de la Fé, sin hacer más aprecio de ellos que si fueran edictos del Diván de Constantinopla ó del Parlamento de Lóndres. Ya no se hace escrúpulo (claro está) de las venialidades siguientes de tratar á un religioso Sacerdote condecorado, conocido, estimado, como se pudiera al hombre más soez y más malvado del mundo; de fingirle abuelos que nunca tuvo, locuras que nunca le han pasado por el pensamiento, maldades que nunca ha cometido; llegando la brutalidad, el furor y la rabia más que diabólica á publicar un papel con título de su *confesion general*, en que le suponen reo de cuantas especies de pecados que se han cometido desde la primera hora del mundo hasta la presente. ¿Y esto por qué? Porque se le juzga autor de un libro donde se incurre en el intolerable atrevimiento de burlarse de los malos Predicadores, de los latinos pedantes, de algunos pocos religiosos imprudentes y de tal cual especie, de que se rien todos aquellos hombres de juicio que saben bien de lo que se deben reir; de un libro que ha quitado todos estos escrúpulos, ó por

hablar como se debe de un libro á cuya publicacion se ha seguido el no escrupulizar en nada de esto, como se puede decir que su fruto ha sido llenar de escrúpulos las conciencias.

17. Dirá que con la misma verdad se dice ha producido *enfados* y *disgustos* en los verdaderos cristianos; y al llegar á una cláusula tan destemplada y tan denigrativa como esta, ¿qué sé yo lo que dirá? ¿Pues qué (podrá exclamar) no son verdaderos cristianos aquellos en quienes el libro, no solo no ha producido enfados ni disgustos, sino grandísimo gusto y grandísimo consuelo? Dícese que mereció la aprobacion y los elogios del sabio Pontífice difunto; *¡con que este no seria cristiano verdadero!* Sábese que logró la más benigna piadosa aceptacion de nuestros católicos monarcas; *¡con que estos no serian cristianos verdaderos!* Liénese noticia cierta de los aplausos con que le han celebrado algunos eminentísimos cardenales dentro y fuera de España, *¡con que éstos no serán cristianos verdaderos!* Espúblcala gran estimacion que ha hecho de la obra una gran parte (sino es la mayor) de los Prelados de toda la monarquía; *¡con que estos no serán verdaderos cristianos!* Son notorias á todo el reino las exclamaciones que le han dedicado generalmente cuantos hombres sabios, píos y discretos reconocen en él, á excepcion únicamente de los de cierto gremio; *¡con que estos no serán Cristianos verdaderos!* No se ignora que dentro del tal venerabilísimo gremio, logra el libro innumerables panegíricos, estando por él los que más sobresalen en ejemplar religiosidad y en verdadera sabiduría; *¡con qué estos no serán verdaderos cristianos!* Paréceme razon, cari-

simo hermano mio, que estemos sobre aviso, para cuando el bellaco del Gerundiano nos haga estas reconvenciones, y más si las sazona con el repulguillo que por la cuenta de *Usacá* solo entran en el número de los *Cristianos verdaderos* media docena de beatas simples, y otro igual número de devotos á cierra-ojos, poco más ó ménos, tan entendidos como las beatas.

18. A lo que nada tendrá que decir, será al último fruto del maldito libro que Vmd. le prohija, cuando le atribuye *los escándalos del reino*. Estos escándalos no se pueden negar, porque no hay tienda de zapatero, á donde no hayan llegado. ¿Pero sabemos si el Gerundiano saldrá con la pata de gallo de decir, que los escándalos no los ha producido la utilísima doctrina del libro, sino el furor de sus impugnadores? ¿Qué sabemos si se le antojará probar que el reino no se ha escandalizado de que unos hombres que por todas sus circunstancias debian ser dechados de moderacion y compostura, han parecido en esta ocasion ser lo de la más furiosa rabia y del odio emponzoñado? ¿Que el reino se ha escandalizado de ver, que en lugar de impugnar el libro con razones, hayan acometido al autor, arrojándose sobre él, para despedazarle á dieterios y á calumnias? ¿Que el reino se ha escandalizado de que no contentos con hacer pedazos su persona, se hayan ensangrentado con el mismo enojo contra la profesion que se le atribuye? ¿Que el reino se ha escandalizado de que al mismo tiempo que llenaban de quejas á los Tribunales, sin esperar su decision, ni aguardar al recurso de este legítimo recurso, inundasen al público con bocanadas

y con las más insolentes contumelias? ¿Que el reino se ha escandalizado de verlos dispararse por las calles, por las plazas, por los caminos, por los lugares, yendo de casa en casa, de corrillo en corrillo, de estrado en estrado, de tienda en tienda, de meson en meson, de venta en venta y de cofradía en cofradía, armados con sus papelones los más necios y los más torpes, extendiéndolos, celebrándolos, haciendo gente y compitiendo á voces sobre á quién le habia de tocar la gloria de producir el papelon más maligno y más desvergonzado? Si el Gerundiano nos dijera que estos han sido los verdaderos *escándalos* del reino, ¿qué hemos de responder, carísimo Penitente?

19. Tambien le temo un poco, si se le pone en la cabeza revolverse contra la última cláusula, con que acaba *Usacá* el famoso parrafillo de los de esta pestilente historia. Dice Vmd. *que todos se han escandalizado de ella, á excepcion de los libertinos, en quiénes el fruto es la risa, la sátira y la burla de las personas consagradas á Dios*. Recelo que revuelva sobre nosotros como una víbora, y nos repita otra descarga como la de marras, que no nos veamos de fuego, de balas y de humo: si son *libertinos* y mofadores de las personas consagradas á Dios, todos los que no se hayan escandalizado del libro, ántes le han celebrado mucho, el difunto Papa no seria *libertino*, sino *libertino*; los Reyes *libertinos*, los muy eminentísimos cardenales *libertinos*, como los ilustres Prelados *libertinos*, los primeros ministros de la Monarquía *togados* y no *togados libertinos*, los varones más sábios y más respetables del reino *libertinos*, y aún en el estado religioso apenas se encontrará Comunidad algo nu-

merosa, donde no haya media docena de *libertinos* y escarnecedores de las personas consagradas á Dios. La réplica me parece un poco fuerte y demasiadamente bien fundada, segun la doctrina de *Usacá*; no será malo que nos pertrechemos contra ella.

20. Y en fin, supuesto que el hombre prevenido vale por dos, ¿qué daño nos podrá hacer el atrincherarnos contra otro ataque que pueda antojársele emprender? Supongamos que le dé la gana de responder por sí mismo á la preguntilla que le hace *Usacá*: *¿Qué fruto se ha sacado desde que salió á luz este libro?* Aquí se ha de confesar la verdad; le he cobrado miedo, porque nos podrá dar en los ojos con un fruto tan pronto como notorio, tan visible y tan palpable, que ni aún nosotros mismos hemos de tener valor para negarle. En Madrid fué tan ejecutivo y tan repentino el fruto, que se vió cuasi verificada á la letra la Exposicion de San Ambrosio sobre aquel lugar de Isaías: *¿Quis audivit nunquam talè, aut quis vidit huius simile?* *¿Numquit parturiet terra in die una?* «¿Quién ha oído tal cosa, ni quién ha visto cosa semejante? ¿Por ventura dará la tierra fruto en un solo día?» Y responde el Santo: «la tierra no lo dará; pero lo dará la gracia: *Uno die terra non parturiet, sed parturiet gratia.*» Al segundo ó tercer dia de la publicacion del libro, uno de los más conocidos Predicadores de Madrid y que más se habia dejado llevar del torrente ordinario de la predicacion, teniendo que predicar en presencia de la misma coronada villa, se hizo cargo de la obra que acababa de salir: elogiola mucho; confesó su verdad, su utilidad y su necesidad, pidió perdon de los desaciertos que habia cometido

en el púlpito, y protestó enmendarlos, y comenzó haciéndolo desde luego aún á costa de la turbacion que le habia de costar el predicar de repente, porque no se atrevió á predicar el sermon que tenia prevenido. Tres dias despues, le imitaron otros dos en varias iglesias de esta Côte; y despues se han seguido tantos, que tengo muchas cartas contestes con la gustosa noticia de que apenas hay Comunidad religiosa donde no se hayan observado algunas de estas ejemplares conversiones, con tanto consuelo de los *verdaderos Cristianos*, como dolor y rabia de los *verdaderos Gerundianos*.

21. De Sevilla, de Cádiz, de Murcia, de Valladolid, de Pamplona, de Alcalá, de Salamanca y de Santiago, han avisado lo mismo. Desde que salió á luz el libro hasta la hora presente, es muy raro el correo en que de varias partes no se anuncien semejantes noticias. La gravísima, ejemplarísima y eficacísima salutacion que el Reverendísimo P. Fray José de Medina, Capuchino, predicó sobre este asunto en su Convento de Valladolid el dia de San Francisco de este presente año, con asistencia de las Comunidades religiosas de aquella ciudad, llenó de gozo á todas las personas sabias, cuerdas, piadosas y discretas que hay en ella. Despues que salió á luz el libro, se ha observado en toda la Monarquía el mayor tiento con que por punto general suben al púlpito los Predicadores. Si algunos se han obstinado, por empeño ó por capricho, en seguir su antiguo método, en vez de aclamaciones, han recogido pullas y desprecios. Hasta los mismos Mayordomos de las Cofradías, al tiempo de encomendar los Sermones, han suplicado á los Predicadores, que

dejándose de circunstancias impertinentes, los prediquen al alma con solidez y con piedad; de lo que se pueden citar varios ejemplares, y de gente poco instruida, que antes del libro prevenia y celebraba lo contrario. Sábese de algunos párrocos discretos y advertidos (especialmente de cortas poblaciones), que al llegar á ellas los Predicadores, los suelen avisar *de que en aquel lugar ya se ha leído el Fray Gerundio, ó de que está el libro en él*, y se ha notado que esta sola advertencia ha sido bastante para contener á muchos, haciéndoles mudar de idea. Es voz general de todos los desinteresados, que si se hubiera extendido más la primera parte de la historia, sacándose mucho mayor número de ejemplares, y si se diese libre curso á la segunda, quedara el púlpito de España generalmente reformado; siendo este el fruto que ha producido el libro, desde que ha salido á luz, en medio de las furiosas contradicciones que ha padecido. Si el Gerundiano responde con esto á la preguntilla de *Usacá*, ¿qué será de nosotros, infelices y miserables pecadores? Como en este punto me he puesto de parte de la razon (que á *Usacá* le chorrea por las barbas) soy acreedor á que no me escasee sus luces y las suyas para mi propia defensa.

22. En una cosilla de poca importancia á la verdad, pero que á la gente escrupulosa la puede parecer muy fea en un devoto Penitente del apostólico varón el venerable P. Marquina, especialmente si se le adopta la reglecita que nos enseña *Usacá*, de que *los Confesores se conocen por los confesados*; no puedo servir á *Usacá*; esto es aquella mentiraza de á dos en quintal, que nos quiere encajar *Usacá*, por estas bellas pala-

bras: «¿Pues qué diremos de este libro, cuyos materiales
 « ví en Salamanca, más hace de 29 años ó 30, en el
 « aposento de un Padre maestro? (digo aposento y no
 « celda, porque no quiero descubrir si era Fraile ó
 « no). Este tal Padre tenia un legajo grande de cuen-
 « tos fingidos y chistes muy propios de su satírica in-
 « tencion contra los que hoy hiere el libro, que los
 « bebió allí. Por más señas, que en el sermon que po-
 « ne de Santa Ana, fingia que la Santa tenia en el
 « rostro una verruga de gran bulto; y sobre ella car-
 « gaba el texto de *vultum tuum*, con sacrilego y blas-
 « femo apoyo; tanto que el Padre maestro Vear, cate-
 « drático de prima, Jubilado de la siempre ilustrísima
 « Compañía de Jesús, se horrorizaba al oir contar es-
 « tos chistes ó blasfemias.»

23. Digo que en este particular no puedo en concien-
 cia ponerme de parte de *Usacá*; porque en esta pre-
 ciosísima cláusula ensarta cuatro mentiras en una,
 que por mí las dejaria pasar; pero como viven toda-
 vía tantos parientes del difunto, á quien consta la fal-
 sedad de todas ellas, temo que si yo quisiese disimu-
 larlas, me habian de dar en rostro con aquello *si*
videbas (mendacem), concurrebas cumeo, ó por lo mé-
 nos me habian de decir que voluntariamente me ha-
 bia dejado cegar de la vehemente pasion que profeso
 á *Usacá*.

24. Voy á contar las cuatro mentiras: primera, que
Usacá hubiese entrado jamás en el aposento de aquel
 grande Padre maestro; segunda, que hubiese visto
 en él, ni fuera de él los materiales de este libro; ter-
 cera, que aquel tal Padre tuviese un legajo grande
 de cuentos fingidos y chistes muy propios de su sa-

tírica intencion contra los que hoy hiere el libro que los bebió allí; cuarta, que entre ellos estuviese el sermon de Santa Ana, con sus pelos y señales, que *Usacá* pone, ni tampoco sin ellas. Ya habrá reparado *Usacá*, que yo he ajustado la cuenta de las mentiras de grueso, y no por menor; porque si la hubiera ajustado en todo rigor de aritmética, todavía importaría más la suma; puesto que aquello de *satirica intencion* es mentira á parte, con sus polvillos de calumnia; y aquello de que *los chistes se bebieron allí*, tambien es partida que pudiera ponerse separada; pero los amigos no hemos de reparar en menudencias. Vamos á la prueba de las cuatro mentiruelas.

25. *Usacá* estuvo en Salamanca por los años de 1726 y 27; yo tambien estuve algunos más; allí renovamos los dos nuestro antiguo conocimiento, y no le llamo *amistad*, porque *Usacá* era ya medio hombre, cuando yo era medio niño, y faltaba entre los dos aquella proporcion ó igualdad que requieren para la amistad, con razon ó sin ella, los que han tratado este punto: *Amicitia nonnisi inter æquales haberi potest*. Tuvo el bueno ó mal gusto (de que ahora no disputo) de honrarme de su benignidad, con su enseñanza y con su lado, todos los cuatro años que cursé en aquella Universidad; tanto, que en todos ellos jamás me aparté de su compañía. Ninguno estaba mejor instruido que yo de los pocos que entraban rarísima vez en su aposento, porque frecuentarle ninguno le frecuentaba, siendo un castillo roquero impenetrable á toda conversacion, que no fuese absolutamente necesaria; y aún para lograr ésta, era menester mucha estrechez, inteligencia, prevencion anterior

y contra-seña. Es cierto que veneraba por fundamento á la sagrada familia de *Usacá*, como á todas las demás familias religiosas; pero tambien lo es, y mucho que en los dos años poco más ó ménos que *Usacá* vivió en Salamanca, ni en los cuatro en que yo no me separé de su lado, se proporcionó ocasion de que alguno de su penitente sayal le buscasse en su aposento, ni de que el tal Padre entrase en su ejemplarísima casa. Sin temeridad me atreveria á afirmar esto debajo del juramento en caso necesario, y viviendo todavía más de cien testigos, que residieron en el colegio Real de Salamanca desde el año de 1725 hasta fines de 29; estoy seguro que ninguno hará memoria de haber visto entrar en el aposento del Padre *Luis de Losada* (¿porque para qué hemos de andar lidiando con anónimos?) á ningun religioso Capuchino en todos aquellos cuatro años, mucho ménos á V. Pateridad M. R. porque aunque *Usacá* siempre ha sido muy hombre y ya entónces tenia muchas barbas, con todo eso aún era todavía mozalvete, y no era barba para barbear con la del Padre Luis de Losada, como lo requería la confianza de manifestarle los materiales prevenidos, de la cual *Usacá* se quiere hacer tanto honor, por ser vos quien sois y por lo mucho que os amais. Por tanto suplico rendidamente á *Usacá* que me dispense por ahora la honra de aceptar el padrínazgo de esta primera mentira.

26. La segunda no es ménos garrafal; mas por eso es mucho más maliciosa. Todo su torcido intento, ó su intencion zaina y bizca, se dirige á persuadir que ni el que suena autor de la *Historia de Fray Gerundio* ni el que se supone serlo, son capaces de hacer

una obra como esta; que no son sus Padres legítimos y naturales, sino Padres putativos, y á lo sumo, que solo tuvieron el trabajo de mal zurcir *los materiales de este libro* que *Usacá* vió en el aposento del tal Padre. Por aquí comenzó el trompetero (hablé con impropiedad), el clarinero (tampoco me expliqué bien), el primero que hizo la señal con el cuerno de acometer en esta sangrienta batalla:

Et rauco strepuerunt cornua cantu.

Va se entiende que hablo del gemelo de *Usacá*, Fray Amador de la Verdad; siguióle inmediatamente *Usacá*, tocando la misma sonata con su caracol torcido, y la repitieron á trompa y talega con sus trompetas de caza, casi todos los demás que han inflado los carrillos de ventosidad, para animar con sus instrumentos de aire á las tropas enemigas. Esta cantinela de que el Fray Gerundio es obra del Padre Luis de Losada, ha cundido tanto, que apenas hay hoy tonto alguno en España que no lo crea. Mire ahora *Usacá*, si será numeroso y grueso este formidable partido. Pero de contado estos mismos sin querer, hacen el mayor elogio de la tal obrilla; pues la suponen digna de aquel hombre verdaderamente grande, verificándose aquello de *dum carpunt extollunt*, que pienso ha de ser del discreto Picinelo, y sino fuere de éste, será de otro; porque al fin el *salutem ex inimicis nostris*, ya sabemos todos de quién es.

27. Mas ántes de convencer á *Usacá* de la mentira (que costará muy poco), dígame (así Dios le haga Padre Definidor), ¿es el Padre Luis de Losada fué el

autor del Prólogo á la *Historia de Fray Gerundio*? Capaz es *Usacá* de responder que sí, porque ¿dónde se encontrará disparate tan grande, de que *Usacá* no sea muy capaz? Dígame más, ¿es dicho Padre es autor de esta y de las otras tres cartas que llevo escritas á *Usacá*? También le juzgo apto, notoriamente para responder, que esto no tiene duda, y que le consta de buen original, que me las remitió *por el correo del otro mundo*, para que yo se las dirigiese á vuestra paternidad. Dígame por fin y por postre, ¿el autor del *Prólogo con Morrion* y el de las cuatro cartas será capaz de hacer por sí mismo y sin ayuda de vecinos, una media docena ó una docena y media de historias de Fray Gerundio? A esto (como si lo viera) redondamente me responderá que no, porque el autor de estas cartas, es un hombre absolutamente incapaz. Persuádase lo *Usacá* á los demás, que á mí poco trabajo le costará el persuadirme; porque estoy en el firme entender de que autorcillo á lo sumo es capaz de lidiar ventajosamente con *Usacá* y con otros así; lo cual ciertamente no prueba ni capacidad, ni literatura, sino mucha dicha de haberle tocado la suerte de combatir con tales enemigos. Y vé aquí *Usacá* que con estas sábias, oportunas respuestas, me ha desarmado de un fuerte argumento que le iba á hacer, para evidenciarle que la *Historia del Fray Gerundio* no necesitaba de pluma tan delicada, tan sabia ni de tanta sazón, como la del Padre Luis de Losada.

28. Así me hubiera desarmado de lo que ahora voy á proponer, para convencer la garrafalidad de la segunda mentira. Dice *Usacá* que *vió en el aposento del tal Padre los materiales de este libro*; sino que es-

tuviesen á la ventana para oírase, no pudo verlos en el tal aposento su caridad, porque su caridad jamás vió más que las ventanas del tal aposento; pero ni en estas pudo verlos; pues en realidad no existieron jamás *in rerum natura*, semejantes materiales recojidos por el sobredicho Padre. Ahora bien, es hecho constante y de pública notoriedad en la provincia de Castilla, que el Padre Luis de Losada tuvo la misma idea que el autor del *Fray Gerundio*, y gran deseo para dedicarse á una obra del propio asunto, pero por rumbo muy diferente. No es ménos constante, que jamás pudo lograr este tiempo, porque sucesivamente y sin treguas ni intermision, se le fueron encadenando tareas sobre tareas, que no le dejaron respirar, continuándose hasta el último aliento de su preciosísima vida. Es de igual notoriedad que este deseo jamás pasó de la idea, y que ni en vida ni en muerte se le encontró el más mínimo apuntamiento que pudiese conducir á este fin, ni se hallará un solo Jesuita que atestigüe haber visto, leído ni aún oído á persona alguna fidedigna, que el Padre Luis de Losada dejase á este intento un solo renglon.

29. Oyéronle sí, varios, en diferentes conversaciones, hablar de esta y de otras no ménos graciosas, que utilísimas ideas que le habian ocurrido, bosquejándose en confuso, pero con mucha sal y oportunidad, el modo de promoverlas; mas nunca estos asuntos le pasaron de la idea, ni jamás trasladó al papel un solo rasgo que condujese á delinearlos. A esto alude el Padre Jacinto de Hiebra, en la breve noticia de la vida, prendas y virtudes de este insigne hombre, que dió á luz en el año de 1748, cuando en la página 12,

núm. 12, dice así: «Llevábale su inclinacion á trabajar obras utilísimas, sumamente amenas y especiosas, que cuanto más deleitasen al público, más eficazmente desterrasen abusos é ignorancias comunes dignas de remedio. La idea solo de estas obras, segun los títulos que queria imponerlas, y segun el rudo bosquejo, que hacia de ellas en sus conversaciones, excitaba tanto el deseo de verlas trabajadas, que solia decir uno de los sugetos más condecorados de la provincia: *Al Padre Luis se le deben dejar manos libres, para que trabaje en lo que gustare; lo demás es no saber aprovecharse de sus prendas.*»

Dígame ahora *Usacá*, Padre Penitente: el que no hacia misterio de manifestar en las conversaciones la idea que le habia ocurrido para desterrar del mundo los abusos y las ignorancias de los malos Predicadores; el que se adelantaba á dar un rudo bosquejo del modo con que le habia de poner en ejecucion, si sus ocupaciones se lo permitiesen; ¿párecele buenamente á *Usacá* que dejaria de dar alguna noticia de los materiales que ya tenia prevenidos, ni juzga verosímil, que dejase de comunicárselos en confianza á alguno ó algunos Jesuitas confidentes suyos, reservándola únicamente para su caridad, M. R. de quien es muy natural que nunca hubiese oido ni aún hablar al susodicho Padre? Por muy anchos de tragaderas debe de reputar V. Paternidad á sus lectores, si presume embocarles esta patraña. Pues ello, Padre mio, es innegable que ningun Jesuita ha visto hasta ahora materiales, ni oyó al Padre Losada que los tuviese dispuestos, sino que fuese en apuntamientos mentales: con que una de dos; ó *Usacá* ha faltado á la verdad,

torpe y descaradamente (¿y esto quién lo habia de creer de un Penitente tan ejemplar del veracísimo Padre Marquina?) ó *Usacá* fué el mayor confidente, *per intellectum*, que tuvo el Padre Luis de Losada, más que este nunca hubiese hablado ni aún conocido á vuestra caridad porque ¿quién quita una confianza *rationis rationantis, á un amigo ratione ratiocinatà?*

30. Pero ahorremos de razones, y vamos á las inmediatas. ¿Cómo habia de haber visto *Usacá* los materiales de este libro en el aposento de aquel gran maestro, si son muy posteriores á la muerte de aquel gran maestro los materiales de este libro, y muchísimo más posteriores á los 29 ó 30 años que há que los vió *Usacá*, segun nos lo asegura? Murió el Padre Losada á 27 de Febrero de 1748; pues vaya *Usacá* recorriendo por curiosidad todas las piezas que se critiquizan en el *Fray Gerundio*, desde el *Prólogo con Morrion* hasta la última letra del libro, sean de la especie que fueren; y si tiene noticia de sus autores y de sus originales, ¿por qué en la Historia, ni de unos ni de otros se dan más que unas señas vagas, hallará que, á la reserva de dos ó tres frioleras, todos los demás ejemplares que se citan, salieron á lucirlo cuando ya el Padre Luis estaba en la region de los muertos. ¡Y no obstante *Usacá* los vió 29 ó 30 años ántes en su aposento! Si los veria, pero seria con ojos proféticos, aunque algo legañosos, parecidos en esto á los de su santo Confesor, del cual oigo decir, que además del don de milagros, tiene tambien el de profecía, pero en confuso, porque solo vé el bulto de las cosas que pueden suceder, sin acertar á discernir las que sucederán hasta que quiera la suerte que encuen-

tre con algun diestro oculista que le bata bien las cataratas proféticas. Posible es que á *Usacá* le hubiese comunicado este dón, porque como no es sobrenatural, puede ser pegadizo y contagioso, por lo que no me hace fuerza que *Usacá* hubiese visto el año de 26 ó 27 la *Crítica de Barbadiño*, cuyo método no se ha publicado hasta el año de 1746; la de la *sabiduría y la locura en el púlpito de las Monjas* que no salió á luz hasta el año de 1757; la de la Carta contra el papel *Derrota de los Alanos*, que no se imprimió hasta el año de 1750; la del famoso *Florilogio Sacro*, que no se estampó hasta el de 1738; y finalmente la de los demás sermones y no sermones, de que se zumba el autor de *Fray Gerundio*, que casi todos son de la presente y de la pasada década de este siglo. ¿Pero qué importa? Veinte años ántes lo pudo tener *Usacá* tan á la vista en el aposento de aquel gran maestro, como si hnbiese sido 20 años después; desde que *Bandarra* en Portugal y *Nostradamo* en Francia, inventaron los catalejos de profecía artificial, no hay ojos tan pecadores que no se caten á todos los siglos futuros, con tanta seguridad como á todos los siglos pasados. En todo caso, bien será que *Usacá* esté prevenido, por si se le antoja á algun mal fin, aplicar á sus visiones proféticas aquel tan sabio distico que se aplicó á las del visionario Nostradamo, extendiendo tambien la intencion maligna á su Padre Confesor.

*Nostradamus, cùm falsa damus; nam fallare nostrum est:
Sed cùm falsa damus, nihil nisi Nostradamus.*

31. ¿Pues que tropezando con la tercera mentira de que *Usacá* vió en el mismo aposento del tal Padre un legajo grande de cuentos fingidos y chistes muy propios de su satírica intencion contra los que hoy hiere el libro? Entónces dirá que el autor del dístico no solo fué poeta, sino profeta verdadero, y que para ajustarle más, tomó la medida de *Usacá* y de su venerable Confesor, que al del mismo Nostradamo. Como esta tercera mentira no es más que explicacion de la segunda, no tenemos que detenernos en ella, en cuanto es simple mentira; pero no es razon dejar de corregir el picantillo que tiene de calumnia. Ya conocerá su caridad que hablo de aquel granito de mostaza ó de pimienta, con que sazonó la clausulita, *muy propios de su satírica intencion*. No se puede negar que este picante le dá un gustillo de salchichas de zaratán, que se come uno los dedos tras ellas. ¡Ay tal! ¡con que aquel grande maestro tenia una intencion tan satírica! ¡Válgame Dios y quién lo creyera! ¡Con que aquel hombron, al parecer tan religioso, tan circunspecto, tan sério, tan comedido, tan honrador de todos los buenos, tan compasivo con todos los malos, tan defensor de los oprimidos, tan perdonador de injurias, tan sereno, tan sosegado en medio de las mayores calumnias personales, tan benéfico con todos, y en fin, tenido generalmente por modelo de la sabiduría, de religiosidad y de moderacion; en el fondo era un sátiro descomunal, que en lugar de jaculatoria purificaba siempre la intencion con una sátira! *No hay que fiar del mundo*, decia un maragato recelándose de pasar un vado, *no hay que fiar del mundo, que el rio va creciendo*.

32. Confieso que ya habia oido alguna vez esa misma especie; pero era á sugetos, que me hacian poca fuerza, por parecerme que no tenian mucho voto en esto de sátiras; mas la autoridad de *Usacá* en este particular es tanta, que ella sola hace opinion probable en la materia. Desde que se le apareció en vision imaginaria aquel sátiro con alas, tributo un grande respeto á su fallo y creo que olerá *Usacá* una intencion satírica á más de mil leguas de distancia. En vano pretende vindicarlo de esta nota el autor de su vida, cuando en la pág. 19, núm. 22, dice así: « Este es todo el
« arte de aquella pluma, que algunos sin razon mo-
« tejaron de satírica; porque en realidad no es satírica
« ni invectiva contra la persona del autor, la que es
« pura impugnacion de sus escritos, especialmente
« cuando no se descubren otros defectos personales,
« que los que publican sus mismos desaciertos. No es
« satirizar, sino corregir blandamente al iracundo,
« ponerle delante un espejo en que se mire, para que
« avergonzado de su fea compostura, se contenga y
« reforme. No es efecto de satírica malevolencia, sino
« grandeza de corazon muy digna de aplaudirse, el
« manifestar un festivo desprecio del contrario. Res-
« ponder con otras tantas injurias, es despique indig-
« no de la caridad cristiana; darse por ofendido seria
« dejar vanagloria al agresor, de que sabe herir por
« donde duele. Callar del todo seria dejar la causa á
« la discrecion del vulgo, y á la fácil credulidad de
« los indoctos. Satisfacer con toda seriedad, seria lle-
« nar de presuncion al atrevido, y envanecer más su
« temeridad, viendo que se le trata como á un Prín-
« cipe ó Monarca, y que se miran con tanto respeto

« sus mordaces invectivas, como se podria mirar las « quejas más justificadas. » Hasta aquí el Padre Hiebra, en la vida del Padre Losada, vindicándole de la nota de satírico. A mí me parecia hasta ahora que tenia mucha razon, y que sus razones eran buenas; pero una vez que *Usacá*, sin hacerse cargo de ello, *cierra sus ojos y mata una pulga*, afirmando rotundamente, sin razon de dudar, *que la intencion de aquel Padre era satírica*, paréceme que en buena prudencia debo creer á su caridad; porque es verosímil que en materia de satíricas intenciones, le revelase mil misterios escondidos aquel *Sátiro con alas de la vision de Antaño*.

33. Así pudiera yo ser tan dócil para creer la cuarta mentira que *Usacá* añade, de que «entre aquel grande legajo de chistes y cuentecillos fingidos, que «vió en el aposento del mencionado Padre, 29 ó 30 «años há, estaba el Sermon de Santa Ana, por más «señas que fingia que la Santa tenia en el rostro una «berruga de grande bulto, y sobre ella cargaba el «texto *vultum tuum*, con sacrilego y blasfemo apoyó.» Para salvar esta mentira, tambien es menester recurrir al don de profecía Marquinal, porque el sermon de Santa Ana, cuya salutacion se copió literalmente en el Fray Gerundio, se compuso en la ciudad de Baeza, 10 ó 12 años despues del año de 1730, como le será fácil á *Usacá*, averiguar en esta Côte, donde me consta que se enviaron muchas copias de él; y aún más fácil le será la averiguacion, escribiendo á la misma ciudad de Baeza, donde hasta los niños saben quién fué su celeberrimo autor.

34. Al mismo tiempo se desengañará *Usacá* de la otra

mentira que se embebe en esta, cuando supone *se fingió este sermón por el susodicho Padre*. Es verdad que en esta equivocación disculpo yo mucho á su caridad; porque á su circunspectísimo remiramiento en usar con seriedad y con solidez de los textos de la sagrada Escritura, no le parece posible que á una berruga de gran bulto, se le aplicase el texto de *vultum tuum*, con sacrilego y blasfemo apoyo. Solo tengo un ligero escrupulillo contra esto, y se lo he de proponer á *Usacá*, más que me tenga por impertinente. Dígame, carísimo hermano mío, y será apoyo ménos blasfemo y ménos sacrilego, el aplicar á un lunar en los pechos de una dama aquello de *fasciculus mirrhæ; dilectus meus mihi inter ubera mea commorabitur?* Pues si esto lo leemos todos impreso (y de letra, buena por vida mía), ¿qué repugnancia encontrará *Usacá* en que el otro, ya que no hubiese predicado porque no se permitió, hubiese corrido manuscrito?

35. Las cuatro mentiruelas, á mi pobre parecer, quedan concluyentemente demostradas; pero *Usacá* no se sonroje por ellas, porque en mi dictámen todas se le deben perdonar, por aquel gallardo paréntesis que está al principio de la primera: *Vi en el aposento de un gran Padre maestro (digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era Fraile ó no.,* Lo dicho dicho, no hay más dinero con que pagar este graciosísimo paréntesis, y solo por él merecía *Usacá* no solo que le disimulasen esas cuatro, seis ú ocho mentiras garrafales, sino que se hiciese con *Usacá* la vista gorda, aunque por modo de diversion y juguete pasase por encima de todos los mandamientos de la

Ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia. ¡Qué carcajadas resonarian en la Puerta del Sol, en las grandas de San Felipe, en los Pañeros y hasta en el mismo Lavapiés, cuando se llegó en la lectura al chiste del tal paréntesis! ¡Pues, qué sucedería por esas celdas de Jesucristo! Tiene una gracia infinita aquello de *Digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era Fraile ó no*. Y más si se junta con otra, que dice su caridad en otra parte: *Los Jesuitas no son Frailes, porque llaman á sus cuartos aposentos, y no los llaman celdas*. Digo y diré mil veces, que esto está dicho con infinito chiste, porque todo el mundo sabe que en diciendo celda, cádate Fraile. Por eso ya es de notoriedad pública, que todos los eminentísimos Cardenales se meten Frailes luego que entran en Cónclave, porque todos se meten en celdas; pero es por poco tiempo, pues desfrailan en volviéndose á sus casas. Item, ¿quién ignora que entre los insectos volantes, son tambien Frailes, aunque de diferentes Órdenes, las abejas y las avispas? Pues al fin viven en sus celdas, se dan tanta priesa á enfrailar (ola, entiéndase que voy hablando segun el noble pensamiento de su caridad), de la noche á la mañana, que para la noche fabrican un Convento de cuatro mil celdas, como lo observó el exactísimo cronista de esta melíflua Órden, Jacobo Felipe Maraldi de quien tomó el Padre Jacobo Daniel cuanto nos dejó escrito en su *Casa de campo*, con elegancia maroniana (mire *Usacá* si yo tambien sé citar en culto á Virgilio):

Veteres ignota sequuntur,

Hostia; venturae soboli cunabula ponunt,

Horrea quæ ædificant ita festinata favorum;

*Ut nascente die, si fundamenta locárint,
Vespere Cellarum quatuor stent millia, quales
De dalie manus Artificis vix amula fingat.*

Como si dijera, siguiendo el concepto de *Usacé*:

No hay abejas seglares en el mundo,
Todas son frailes, y en razon lo fundo,
Porque viven en celdas separadas,
Tan ansiosas de verse allí encerradas,
Que echando á la mañana los cimientos,
Celdas hay para más de cien conventos,
Aquella misma tarde;
¡ Tanto la vocacion en su pecho arde !

36. Chanzas á un lado; ni el hábito hace al Monje, ni la celda al Fraile, ni el aposento al Jesuita, ni estos serian Frailes porque llamasen á sus habitaciones celdas, ni los Frailes dejarian de serlo porque las llamasen cuartos, aposentos, salas, palacios cámaras ni caramanchones. Todo esto es vulgaridad, que solo puede imponer al ínfimo populacho. Los unos no son Frailes porque son Clérigos, y los otros no son clérigos porque son Frailes. En Francia hay Frailes y no hay celdas, sino que sean las cuevas, los graneros y las despensas, ó los guardaropas. En tiempo de Ciceron habia celdas y no habia Frailes: *Arati in cellis lecti*. Es una materialidad ridícula, en que ningun Jesuita de juicio se detiene; y si V. C. estuviera algo versado en leer á los PP. Alonso Rodriguez, Luis de la Puente, Juan de Mariana, Diego Alvarez de Paz, Manuel Arias y otros innumerables, hallaria que unas veces las llaman *celdas* y otros *aposentos*, conforme les dá la gana, sin que á ningun Jesuita le haya dado

gana de impugnarlos ni torcerles el hocico, infiriendo de ahí que les mudan la profesion. Por tanto, hermano mio, escabeche ese paréntesis, y llévele para yesca á los que frecuentan aquellas celdas de que habla Antonio Gobeá, en el discreto epigrama que compuso á Brando-Valleo, porque se refugiaba en la bodega de su casa siempre que tronaba.

Dùm tonat, in cellas trepido pede Valleus imas:

Confugit: in cellis non putat esse Deum.

Si truena, Briando corre

A su celda, ó su bodega;

Y es que Briando no cree

Que entre Dios en esas celdas.

37. Tampoco creo yo, que el Padre Vear, *catedrático de Prima jubilado de la siempre ilustre Compañía de Jesús* (no añadió S. C. si era Congregacion ó Cofradía) se horrorizaba al oír contar estos chistes ó blasfemias, como acaba el famoso párrafo de las mentiras. El Padre maestro Miguel Gerónimo de Vear, *catedrático de Prima, Jubilado de la siempre ilustrísima Religion* (y no Cofradía ni Congregacion), de la Compañía de Jesús, era un teólogo sábio, un religioso (no Congregante ni Cofrade) sólido, un amigo fiel, y sino, un hombre honrador de todos, cortesano atento y urbano hasta el exceso: en fin un hombre que sabia más que medianamente, lo que pasaba en el mundo; porque sus empleos, sus honores, sus prendas, sus conexiones y su noble corazon le franquearon mil ocasiones de tratar á muchos, de servir á muchos y de saber de muchos que sabia, y no ignoraba los grandes inconvenientes que tiene esto de decir un hombre

su dictámen acerca de personas y de cosas, cuando no le precisa á ello la obligacion y la conciencia. Por eso no creo yo, ni lo creerá ninguno de los que conocieron y trataron más de cerca que *Usacá* al dicho Padre maestro, que se hubiese horrorizado jamás (en el fuero externo) al oír contar esos *chistes* ó *blasfemias*, como los llama V. Paternidad (en el fuero interno no me meto); antes bien para que *Usacá* vea la buena fé con que procedo en todo, me inclino vehementemente á que de botones adentro, no le darian el mayor gusto los cuentecillos ni los chistes que diesen en las mataduras á los malos Predicadores. ¿Sabe V. Paternidad por qué? Porque el Padre maestro Vear, aunque era un buen teólogo dogmático, un buen teólogo escolástico, un buen teólogo polémico, un buen teólogo ascético, un buen teólogo ético y canónico ciertamente, no era buen Predicador ni aún tolerable. Nególe el cielo este don á aquel Reverendísimo Padre habiéndole concedido otros muchos; porque... *non omnibus omnia Cælum, imo mixtulli*, como cantó no se quién; pero bien sé que el Apóstol San Pablo dice que los dones se reparten entre muchos; á uno toca el de la sabiduría, *alii sermo sapientiæ*; á otro el don de la erudicion; *alii sermo scientiæ*; á otro el don de lenguas, *alii genera linguarum*; á otro la discrecion de espíritus, *alii discretio spirituum*; y á otro el don de comprender, explicar é interpretar bien las palabras en los sermones; *alii... interpretatio sermonum*. Este último don, seguramente no le tocó á nuestro Reverendísimo. Pagábase indeciblemente de unos retruécanos, de unas fruslerías y de unas inanidades que apenas las toleraria en sus muchachos el mismo Domine Zan-

cas largas; siendo así que se comia las uñas tras los equivoquillos: pero los del Padre maestro Vear eran tan de ínfima suerte, que no los habia de llevar en paciencia, ni aún todo el mal gusto de aquel pedantísimo preceptor. En un sermón á San Nicolás, Obispo de Mira, que le hicieron el corto agasajo de imprimirsele, hay esta gallarda cláusula: *Mira, admira y remira al grande Obispo de Mira:* y á cada paso se tropiezan otras muy parecidas á ella. En otro á San Martín, Obispo de Tours, que también se dió á la estampa, no se sabe si por obsequio ó por pulla, siempre que hace memoria del Santo, cuando servia en el ejército del Emperador Julian Apóstata, le llama *nuestro Marte Martín*, saboreándose en este insulso dichico, como si fuera el último primor de la discrecion y de la agudeza. Aún en las materias escolásticas que dictó, sin embargo de ser por otra parte ingeniosas y llanas, se le pegó este mal gusto, citando una doctrina del Ilmo. y sapientísimo Palanco de la sagrada religion de los Mínimos, dice así: *Ilà palàm Palancous Minimorum minimè minimus.* Y tratando una cuestion contra los Jansenistas, despues de haber respondido á varias objeciones de ellos, queriendo decir que salió otro á replicar, escribió: *Exit nunc alter Monsieur.* Un Padre maestro, que en sus obras, y singularmente en sus sermones, manifestaba este gusto (á la verdad no muy exquisito), no seria de extrañar que le asentasen mal en el estómago aquellos chistes que se dirigian á condenarle: pero tanto como horrorizarse de ellos, calificarlos de blasfemias y mucho ménos manifestar á nadie su dictámen, perdone Vtra. caridad que no puedo servirle con creerlo así.

38. También me alegrara poderle servir con no trasladar el párrafo que se sigue, por no renovar en el mundo la insolencia con que *Usacá* tuvo atrevimiento para publicarle, denigrando en él con la mayor torpeza á sugetos de tanta elevacion y de tanto carácter, que solo el sacerdocio de *Usacá* y ese sagrado saco á quien deshonra y profana, pueden libertarle de la pena del rebenque, del remo y del birrete colorado; pero pues *Usacá* se arrojó tan desenfrenadamente á manchar el honor de los que se le harian grande en castigarle, tenga paciencia y téngala también el público, que no puedo ménos de volver á poner delante de sus ojos lo que llenaria de injusta indignacion á todos los que merecen tenerlo, la primera vez que lo leyeron. Dice pues así, ni más ni ménos en su manuscrito (que el impreso aún no he podido lograrle) el modestísimo Penitente del extático Padre Marquina:

39. «No eres tú solo quien aplicó la mano á este
«trabajo; muchos sois, y de diversas profesiones,
«trajes y estado, los que aficionados á la libertad y
«desahogo, formais el prodigioso Concilio, del cual
«salió la sentencia de que se publicase este aborto
«de la maldad, que formaron en esta Côte muchos
«que se hallan fuera de ella por divina y humana
«providencia, y algunos de ellos entregados ya sus
«cuerpos á la tierra; mucho extrañé que no viniesen
«de Castilla la Vieja y de Andalucía algunas aproba-
«ciones más, que hiciesen recomendable á esta obra;
«porque no ignoro lo mucho que trabajó por promo-
«verla, y el tiempo que estuvo esperando á que fuese
«visible un sugeto de poco peso y sobrado chiste en

« cuya cabeza se devanó esta madeja; luego siendo tan-
« tos los autores que la pusieron, la empollaron y la
« sacaron, y siendo tan largo el tiempo que ha vivido
« á sombra de tejado sin salir á luz, ¿quién podrá
« dudar haya echado profundas raíces?

40. ¡Dioses inmortales! ¿dónde estamos? ¿En qué tiempo vivimos? ¿Qué infeliz siglo alcanzamos? ¿Esto se permite publicar, primero manuscrito, despues impreso (y de buena letra, segun me aseguran) en medio de la Côte de España, á vista de una Monarquía, en presencia de tantos tribunales, á los ojos de tantos maestros? ¿Y por quién? Por un infeliz pseudónimo del carácter que hemos visto, ignorante como él solo, nécio como él mismo, presumido como él propio, insolente como ninguno, embustero como nadie y sobre todo tan hipócrita de costumbres como de traje; pues quiere persuadirnos viste el de una de las religiosas familias más austeras y más ejemplares que honran, alegran y edifican á la santa Iglesia de Dios, suponiéndose Penitente de otro individuo de ella, cuando en realidad de ninguno puede serlo, porque no es capaz del Sacramento de la Penitencia, el que calumnia con tanto descaro, el que miente con tanta insolencia, el que denigra con tanto desenfreno, y el que hasta los huesos de los respetables difuntos los revuelve con la mayor impiedad. Mientras no se arrepienta, mientras no se desdiga, mientras no restituya las honras que ha procurado quitar, ni del Padre Marquina, ni de otro alguno, puede ser Penitente y solo deberá ser penitenciado de todos.

41. No son estas exclamaciones, no por las nuevas y crasísimas mentirazas, que vuelven á brotar en

este atrevido párrafo; no son por la nécia satisfaccion con que asegura ser Fray Gerundio obra de muchos autores, unos que residieron y que todavía residen en la Córte, olvidado del empeño con que, poco há, procuraba persuadir serlo de un Padre maestro, que hace diez años murió en Salamanca; no son por la autoritativa y resolutoria sentencia con que definitivamente pronuncia ser el Fray Gerundio *aborto de maldad*, de donde resultará por la regla de los contrarios, que su papelon será hijo de la virtud, fruto de la perfeccion más acendrada, pimpollo de la modestia y renuevo de la más acrisolada caridad. Mi asombro es, ó, por mejor decir, mi justa indignacion se dirige contra la temeraria osadía con que este pseudo-Capuchino y aún pseudo-racional, se atreve á poner su destempladísima boca en uno de los más respetados y más celebrados Ministros que hay en la Monarquía, desde su primitiva fundacion hasta la hora presente, aludiendo de camino á otros dos, que, aunque no de igual elevacion, les sobra mucha para hacerles acreedores, no solo al respeto, sino á la veneracion de todos los que no sean tan atolondrados como el Penitente. Ninguno de los tres nombra; pero dá tales señales de todos, que solo dejarán de conocer la ventana adonde tira las piedras, los que carecen de todo conocimiento. Fué un prodigio de moderacion en su intrépida y desenvuelta bodoquera, que cuando habló de Andalucía, no hubiese nombrado á Granada ó al Puerto de Santa María; y cuando citó á Castilla la Vieja, no hubiese especificado á Valladolid; ni fué menor milagro, que cuando se acordó de los cuerpos entregados á la tierra, no hubiese añadido en

qué dia murieron y en qué iglesia los enterraron. A unos sugetos de este tamaño, por mero antojo de su desconcertada fantasía, los finge autores de la Historia de Fray Gerundio, y debajo de esta portentosa ficcion se atreve á decir de ellos: *Que eran unos hombres aficionados á la libertad y desahogo*, que sentenciaron saliese á luz este *aborto de maldad*, que uno era *sugeto de poco peso y sobrado chiste*. ¿Dónde estais, rectísimos, tribunales, que esto permitís? ¿Dónde estais, prudentísimos y justificadísimos Ministros, que eso tolerais? ¿Así dejais atropellar impunemente el decoro de los que tan dignamente os precedieron, cuyas huellas haceis reputacion de seguir con tanto aplauso de vuestra rectísima intencion, como crédito de sus experimentados aciertos? ¿Es bastante motivo que el Rey, por las reservadas causas, que es sacrilegio indagar, hubiese resuelto que cesasen en el ejercicio de su ministerio, para que una pluma de avestruz, mordaz, atrevida y grosera, tenga aliento para llenarlos de tan súcia tinta, hablando con tanto desacato de los que poco há eran fieles oráculos del trono? ¿Es bueno que hasta ahora no ha salido de este decreto, ni aún la más mínima expresion que manchase levisimamente el honor de su fidelidad, y que un pobre mamarracho fantasma de Penitente, cubierto de un venerable sayal, de que quiso disfrazarse, tenga habilantez para tratarlos, como si su honor y su respeto se hubiesen puesto en pública subastacion? Encendióme un poco la flava bilis este atrevimiento... *Sed motos præstat componere fluctus*, y vuélvome á la frescura de mi humor.

42. Un poco más adelante se acordó *Usacá* de re-

galarnos con aquel textecillo canónico, que nos habia ofrecido uno mucho más atrás, y porque el pasaje es curioso, aunque sea un poco largo, voy á copiarle. «El texto Canónico y civil que te ofrecí (son sus palabras), enseña y persuade que la ficcion, invencion, apólogo ó parábola en el caso fingido, ha de observar las reglas de la verdad en el caso verdadero, para producir el efecto que pretende: *Idem operatur fictio in casu ficto quod veritas in casu vero*. Su-
 puesto este principio, pregunto: ¿Qué proporcion tiene la Historia de Fray Gerundio con la verdad, para producir efecto alguno bueno? ¿No arguye toda ella en una total imposibilidad y repugnancia con la verdad? ¿Quién lo duda? ¿Pues como cabe en un hombre de capacidad y de talento, querer convencer á los Predicadores con una ficcion tan inverosímil como incomponible y repugnante á la verdad, sin que padezca la excepcion de sacrilega é injuriosa sátira? ¿Quién ha presumido hasta ahora, que hubiese Obispo que ordenase v. g. á un Fray Gerundio sin saber gramática ni moral? ¿O quién ha soñado que hubiese Prelados tan malos, que por empeños ó intereses permitan y den licencia de predicar á los que son incapaces de ejercer tal ministerio? Luego pones una cosa repugnante á la verdad y tan imposible con ella, que solo merece el nombre de sátira maligna, escandalosa, dando á entender al público, que ejecutan eso los Regulares con las demás nulidades que propones.»

43. Dígole á *Usacá* que este parrafillo me ha desterrado la melancolía con que me abochornó el antecedente, templándome de modo el humor, que ya estoy

como un jilguero. El texto canónico y civil (que para *Usacá* lo mismo es uno que otro) no viene á cuento para lo que trae, ni quiere decir lo que quiere entender Su Caridad muy jurisprudencia: su verdadero sentido es el que explicaba un gran Prelado de España, hablando de las mentiras gacetales: *A mí tanto me divierte en esta materia una verdad como una mentira*. No dice otra cosa el texto. El mismo efecto hace la ficción en un caso fingido, que la verdad en un caso verdadero: *Idem operatur fictio in caso ficto, quod veritas in casu vero*. Fíngese v. g. que el rey de Prusia ganó la sangrienta batalla de Zorndorf contra los Moscovitas. Alégranse los del partido prusiano y desconsuélanse los que están por el austriaco. Publíquese falsamente por esas pinzochas aldeas, cuestras, verdadas y cofradías, que la Inquisición de España condenó ya como herético y blasfemo el libro de Fray Gerundio, y se añada que en Portugal fué quemado públicamente por mano del verdugo; celébralo con largos brindis y palmadas los verdaderos Gerundios, acompañándolos sus inocentes prosélitos, y lo lloran todos los hombres celosos, pios, sabios, discretos y machuchos ó, por lo ménos, aquellos que tienen la flaqueza de ser un poco crédulos: esto y no más dice el texto *Canónico y Civil*, sin meterse en que la ficción haya de observar las reglas de la verdad en el caso verdadero, para producir el efecto que pretende, que es el asunto para que lo trae S. C. M. R. Este sentido se le fingió *Usacá* al texto civil, *de plenitudine tolondritatis*, sin duda *per fictionem juris*.

44. Pero al fin la doctrina es cierta, aunque el texto no se meta con ella; porque si en la ficción no se

observa la verosimilitud, solo puede servir para divertir á páparos y á niños. Si *Usacá* pensaba autorizar este exquisito pensamiento, no necesitaba andar revolviendo decretales ni pandectas: sin andarse por esas alturas, solo con abrir el arte poético de Horacio, tropezaria al primer envion con las reglas que deben observar los pintores y los poetas, en lo que pintan y escriben de pura fantasía. Pueden fingir lo que se les antojare, que para eso tienen licencia ó ellos se la toman.

.....*Pictoribus atque Poetis*

Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas

Scimus et hanc veniam petimusque damusque vicissim.

Pero no la tienen para fingir lo que les diere la gana. No han de juntar las tres furias con las tres gracias, las palomas con las serpientes, los cocodrilos con los tigres, ni al devoto y modestísimo Padre Marquina, con su impío y desbocado Penitente, que eso seria una cosa totalmente inverosímil, y la ficcion no produciria otro efecto que la risa y desprecio.

¿Spectatum admisi risum teneatis, amici?

Vé aquí un texto de bastante autoridad para el empeño del dia, que dice lo que, por la poca fortuna de *Usacá*, no quiso decir el otro textazo vigotudo que fué á buscar allá no ménos que *in corpore juris*.

45. Y bien, ¿supuesta una doctrina tan recóndita, qué resulta de ella contra la Historia de Fray Gerundio? ¡Pobre de mí! resulta no ménos que ser entre las cosas inverosímiles la inverosibilísima, entre las

repugnantes la repugnantísima, entre las quiméricas la quimeriquísima y entre los hirco-cervos el hirco-cervísimo. ¿Esto quién lo duda? ¿Quién duda que no tiene proporcion alguna con la verdad? ¿Quién duda que es una continua imposibilidad y repugnancia con ella? Pues qué ¿habian de ser posibles los sermones del florilugio? ¿Habian de ser posibles los de honras y profesiones? ¿Habian de ser posibles aquellas coplillas, requiebros y ternuras? Y si al autor de Fray Gerundio se le hubiera antojado añadir otros v. g. ¿habia de ser posible aquello del crecido lunar en el pecho de una dama? ¿Habia de ser posible aquello del Predicador Marquina, á cuyo solo nombre se alborotó y se alborozó la ciudad de Zamora? ¿Habia de ser posible lo otro de que el Predicador Marquina fué muy parecido á la Magestad de Cristo? ¿Y qué importará que anden impresos todos esos sermones? No hace al caso para el intento, porque como decia el otro, *ello bien puede ser; pero es imposible*. Y así, de *primo ad ultimum* se infiere que toda esta Historia es una ficcion tan inverosímil como imposible y repugnante á la verdad; quedando convencida de ser una sacrilega é injuriosa sátira.

46. Por tanto este argumento *à posteriori* no admite réplica, y hemos de estar fijos en que son imposibles de toda imposibilidad los ejemplares que se copian en el Fray Grundio; y lo mismo se debe decir aunque se copiaran otros dos mil más, como fácilmente se pudiera, tanto ó más ridículos que aquellos y muchos, de ellos ocurridos despues de publicada la famosa Historia sin que obste la notoriedad de los hechos, el testimonio de los auditorios, ni de la in-

mensa multitud de los lectores; porque, como dice el filósofo, *sensus sunt fallaces*, los sentidos son unos embusteros, unos alucinadores á ojos vistas, como se vé en los colores del Arco Iris y en los del cuello de la paloma, cuando la hieren los rayos del sol; en la vara que se tuerce al parecer cuando la meten derechamente en el agua, y otras mil experiencias del mismo modo; pues mienten los ojos, mienten los oídos, mienten los moldes y todo miente en los sermones gerundiales; ni hay ni los ha habido, ni los puede haber, porque todos son trampantojos de los sentidos, embelecos de la fantasía, sueños imposibles y ficciones repugnantes. Para mí basta y sobra que *Usacá* nos lo asegure con tanta seriedad: si los demás no fueren tan dóciles con su dureza se lo coman; y si se rigieren de la sandez de *Usacá*, allá se lo dirán de misas.

47. Lo que (hablando en puridad aquí entre nosotros) no me hace tanta fuerza, es este argumento promovido *à priori*, como lo promueve V. C. ¿Quién ha presumido hasta ahora (pregunta *Usacá*), que hubiese Obispo que ordenase v. g. á un Fray Gerundio sin saber gramática ni moral? A esto se pueden responder tres cosas, á mi parecer harto buenas, y que no admiten réplica: puédese responder lo primero, que Fray Gerundio, por lo que toca á la gramática, segun le pinta la historia, era sobradamente hábil, como lo acredita la multitud de versos latinos que sabia de memoria, y la oportunidad ó importunidad con que los aplicaba, aunque quizá no fuese tan diestro en esto de latinidad. Harto será que al leer esto, no haga *Usacá* algun visage, teniéndolo por disparate ó por

implicación *in terminis palmaria*; porque me da el corazon que *Usacá* no hace diferencia entre la gramática y la latinidad, la latinidad y la gramática; pero si fuere así, se quedará por ahora en su ignorancia; porque yo estoy de vagar, para explicarle este puntico. En orden al moral, no se ha dado hasta ahora en la Historia seña alguna de que le supiesen ni de que le ignorase, porque todavía no se le ha hecho Confesor ni lector de casos. Puédese responder lo segundo, en consecuencia de esto mismo, que los señores Obispos ordenarán y podrán ordenar sin escrúpulo, por lo que respecta á la gramática, á todos los Gerundios que se les presenten, con tal que sepan tanto como él de nuestra historia; puesto que cada dia están ordenando (tambien ordenando sin escrúpulo) á tantos que en punto de gramática son unos supinos. Puédese responder lo tercero, que hacen muy bien los Prelados en no tener escrúpulo de esto; porque el escrúpulo no ha de ser suyo, sino de los examinadores que los aprueban, en quienes prudentemente descargan sus conciencias; y estos examinadores, ¿de qué gremio son por lo comun? ¡oh! ¿de qué clase y estado hay mayor número de ellos? Pregunto más: los pocos pretendientes de Órdenes que llevan calabazas, ¿qué examinadores son los que se las dan por lo general? ¿A qué estado pertenecen? No quisiera yo hallarme en el pellejo de *Usacá*, si respondieran esto á la primera pregunta. ¿Pues qué, si explicáran en qué suele consistir esto?

A la segunda pregunta, ó razon *à priori*, que propone *Usacá* para probar la imposibilidad de los Gerundios, irán sin duda mucho más holgados en la res-

puesta. ¿Pregunta *Usacá* quién hasta ahora ha soñado que hubiese Prelados tan malos, que por empeño ó interés permitan ó den licencia de predicar á los que son incapaces de ejercer tal ministerio? La respuesta está en la mano. Dirán á *Usacá* en sus venerables barbas, que *Usacá* es el que lo ha soñado, *Usacá* mismo el que nos lo ha referido y *Usacá* mismo es el que nos lo está contando á todos en este mismísimo papelote, con aquella nativa gracia, que hace despedazar los hijares. ¿Pues no nos refiere con su caridad el casito chistoso de aquel Fraile Predicador, que habia citado en un sermón al Tío del Sacramento, y á quién por sola esta curiosísima noticia pudieron determinadamente los mayordomos de una fiesta, para que los predicase en ella? Pero el Prelado conociendo que no podia desempeñar el encargo, los ofreció enviarles otro buen orador, á cuya proposicion no hubo forma de rendirse, y erre que erre, en que habia de ir el Padre que habian pedido, añadiendo: *Si Vmd. no nos concede este favor, no tiene que enviar Fraile alguno á esta villa, á pedir limosna; porque se vendrá sin ella.* No afirma *Usacá*, que el Prelado, viéndose amagado de esta censura y excomunion, que le apartaba de la participacion de los bienes temporales y del doblon de á ocho que le valia el sermón, se vió precisado á condescender con la súplica. Por señas que con aquella gran prudencia, que es tan propia de la remiradísima circunspeccion á *Usacá*, nos especifica que el Prelado era Guardian, el Predicador Fraile Francisco, y la villa donde le habia de predicar, Villaverde. ¿Dígame, hermano carísimo, ese Predicador no era incapaz de ejercer el ministerio?

¿No parece posible mayor incapacidad en un hombre que habla con tanta serenidad del Tio del Sacramento? ¿Su Prelado no le conocia? *Usacá* mismo confiese que sí, cuando dice: *Pero el Prelado conociendo que no podia desempeñar el encargo.* Y el Prelado no obstante eso, no condescendió en que predicase por empeño ó interés? Así nos lo enseña docta y paladinamente en aquellas preciosas palabras, dignas de engastarse en oro guarnecido de piropos y amatistos: *El Prelado viéndose amagado de esta censura y excomunión, que le apartaba de la participacion de los bienes temporales y del doblon de á ocho que le valia el sermon, se vió precisado á condescender con la súplica.* Pues, bendito entre los benditos, ¿cómo prueba la imposibilidad de los Gerundios por una razon que, segun *Usacá* mismo, no solo no les convence imposibles, sino es que los demuestra existentes? No me deja proseguir la risa, y así hasta otra. A Dios, que guarde á *Usacá* por modelo de imposibles.

De tal lugar, tal dia, tal mes y tal año.

B. L. M. de *Usacá*, su totalmente.
EL AQUEL.

Señor Fray El Mismo.

CONTRA EL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

Y CONTRA SU AUTOR EL PADRE ISLA,

PROBÁNDOLE VARIOS Y NOTABLES DEFECTOS, QUE COMETIÓ EN SUS SERMONES.

ENDECHAS DEL PADRE MARCO.

AFUERA, señores,
Señores, afuera,
Que ya no hay un libro
Dentro de la tienda.

Ese Fray Gerundio,
Que Vds. celebran,
Más que un corcobado
Recogido queda.

Como el libro es santo,
Santo el fin que lleva;
No falta una santa,
Que el Santo suspenda.

¡Qué agudo, qué bello!
¡Qué gracia, qué ciencia!
¡Qué celo, que amor!
¡Qué venta, qué venta!

Del púlpito abusos
Desterrar intenta;
Este fin buscaba,
Otro fin encuentra.

Pero la impresion,
 Pero la cosecha,
 Cuando por *tirlarla*
 Estaba en dos *prensas*.

¡Qué chasco, qué susto!
 ¡Qué enfado, qué pena!
 ¡Qué susto, qué droga!
 ¡Qué manos, qué resmas!
 Todo el mundo es vandos,
 Todo diferencias,
 Tontos, y no tontos,
 Todos *gerundeán*.

De *impto* le tratan
 Personas diversas;
 Pero lo *salado*
 Ninguno le niega.

A unos los pellizca,
 A otros apedrea;
 Rebosando cosas
 De los que le aprueban.

Al que una vez toma,
 Dejar no quisiera;
 Y el que deja, es risa.
 Ver como le deja.

Sobre los *dictados*
 Se burla, se huelga,
 Y á sus aprobantes
 Les saca la lengua.

Pues no solo ponen
 Cuantos hoy, ostentan
 Sino cuasi, cuasi,
 Todos los que esperan.

¡Qué burla, qué chasco!
 ¡Qué pulla, qué brega!
 ¡Qué premio, qué hallazgo!
 ¡Qué linda ocurrencia!

Nota los elogios
 En obras diversas,
 Sin ver que en la *suya*
 De aplausos le llenan.

¡Qué cosa tan chusca!
 ¡qué herir, qué agudeza!

¡Despreciar á los que
Le honran y aprecian!

Con los cerviguillos

Tiene mucha tema,

Sin ver que el ser *gordo*

Nunca fué *flaqueza*.

¡Qué golpe, qué tino!

¡Qué chiste, qué befa!

¡Qué bien acogota!

¡Oh como se emperra!

Parece mosquito,

(Con ser mosca muerta),

Cogote en cogote

Salta, pica y vuela.

¡Qué pronto! qué agudo!

¡Jesús, qué viveza!

Penetra pescuezos;

Miren si penetra!

¡Contiene su libro

Mil inconsecuencias;

Como es tan sutil,

En todo se cuela.

Satírico, y mucho;

Contra todos pega,

Contra todos gira,

Y á todos desuella.

No falta quien case

(¡Qué boda tan bella!)

A su grosería

Con su Reverencia,

Falto es de memoria,

Y así no se acuerda

Cuando era Gerundio,

No es nada lo que *era*.

En Pamplona dijo

Más de una simpleza,

Que hasta hoy se la notan,

Que hasta hoy la motejan.

«¡Ojalá, Javier,

(Dijo en esta fiesta)

« Por convertir almas,

« Tanto no supieras!

«¡Ojalá, que no
 «Anduvieras leguas,
 «A pié y á millares,
 «Mejor me estuviera!
 «Y no que me faltan
 «Voces con que pueda
 «Publicar tus glorias,
 «Y tus excelencias.»

Este disparate
 Incluye docenas,
 Sin lo mal *sodante*,
 De la consecuencia.

Pues, por lucir él
 Mejor su Minerva,
 Quisiera que el Santo
 No tan santo fuera.

Adelantó en Toro
 Aún más la materia;
 Y esto, hasta los niños
 De Toro, lo cuentan.

En el panegirico,
 Que á Kosca presenta,
 Dijo nuestro padre
 De aquesta manera:

«Junta de los santos
 «La piedad inmensa,
 «A la de mi Kosca,
 «Ni alcanza, ni llega.

¡Bravo desatino!
 ¡Valiente blasfemia!
 Ni aún están los santos
 Libres de su lengua.

«Si han de ser los santos
 «Piadosos, es fuerza,
 «Que de Estanislao
 «La piedad aprendan.

Esto significa,
 Aquella demencia,
 Y que no se afrente
 El que á tanto afrenta.

Otra vez Pampóna
 Oyó sus simplezas;

Mas él corrió aún antes
Que no lo corrieran.

« De Gandía Duque
« Fué mi Borja : Adviertan,
« Tanto cielo ocupa
« Como tuvo tierras.

Esto dijo; pero
Una viejezuela,
Que lo estaba oyendo
Con la boca abierta;

Prorrumpió á ese paso:
*Cielo no nos queda,
Si ocupan los duques,
Del cielo cien leguas.*

¡ Qué Cielo, qué pasmo!
¡ Qué sal, qué pimienta!
¡ Qué guerra, qué Hortensio!
¡ Qué gallo, qué Vieira!

De estas *gerundiadas*
No pocas se cuentan;
Porque el padre mio
Tiene muchas de estas.

Tambien Salamanca
Bastantes conserva.
Valladolid muchas,
Medina cincuenta.

Nota las limosnas,
Nota como ceban;
Pero no lo nota
Sin propia experiencia.

El dijo (esperando
Con la mano abierta):
« Esfuércensé hijos,
« Que es Dios el que premia.

« De lo acostumbrado,
« No importa, que excedan;
« Y aunque importe, vaya;
« Que no importe, venga.

¡ Qué garbo, qué arranque!
¡ Qué frases, que arengas!
¡ Qué focosidad!
¡ Qué poca vergüenza!

¿ Juzgarán que es chanza,
Lo que aquí se cuenta ?
Pues no soy amigo
De hablar de cabeza.

Todo es evidente,
Nada se pondera,
Por señas que en Toro
Le avisé por señas.

Remeda cerquillos,
Cogullas remeda ;
Y el padre *Raton*,
Tambien *ratonea*.

Al púlpito sube
Con grave presencia ;
Y aunque afeitá á tantos,
Tambien él se afeitá.

Lo que en otros caza,
Eso en él se pesca ,
El que lo haya oído,
Sabrá esta evidencia.

Altera la voz,
Se encoge, se eleva,
Y luce el mories
Que del brazo cuelga.

Como es tan chiquito
Como es, sin que sea,
La nuez se le parte
Por *alzar cabeza*.

De mirar al cielo,
Dicen, que no cesa :
O chico de azogue,
¿ Qué afectos afectas ?

Se encaja el bonete,
Se empina, se esfuerza,
Se suena, se mete,
Y en fin *gerundeá*.

¡ Qué olvido, que culpa !
¡ Qué falta ! ¡ Qué buena !
¡ Qué ciego ! ¡ Qué torpe !
¡ Jesús, que demencia !

Que en otros un pelo
Viga le parezca,

Y que en él su viga
Por pelo la tenga:

Que trate de burlas
Cosas tan de veras;
Que se haga Quijote
De esta Dulcinea:

Que á Solis corrija,
Viendo la violencia,
Que tiene, mezclar
Sermon y comedia.

A Solis, pues cuando
Descuidos le viera,
No es digno de que
Isla los supiera.

A Solis el monstruo
Que no es, emblema;
¡Y un Islal! ¡Y un Islal!
¡Hay Dios, qué inocencia!

Que de impropiedades
Lo acuse y lo hiera,
Quien tiene en su libro
Tantas como letras.

Que quien por su estado,
Que quien por su esfera,
Ser modesto debe
Hable sin modestia.

¿Qué virtud tendrá?
¿Qué oracion, qué regla?
¿Quién dice disparos?
¿Quién habla indecencias?

Olvidada tiene
De Dios la presencia,
Porque de otro modo
Con modo escribiera.

El sorbo de vino,
Lo que hace á la quieta,
¿Qué tiene, qué ver
Con el fin, qué intenta?

Las dedicatorias,
Y así otras frioleras,
Pudiera tratarlas
Si escribiera de ellas.

La voz *Cu...* con puntos
 En los puntos muestra,
 Lo bien que dispara,
 Y lo mal que acierta.

Y que un Religioso
 Tome esto en la lengua.
 Mejor fuera al suyo,
 Darle tres docenas.

El disciplinante,
 El beso á la perra,
 Hará que lo llamen
 Lo que no quisiera.

Lo abominan doctos,
 De aquellos, que fueran
 Padres de un concilio,
 Si concilio hubiera.

De su mismo paño
 Sabio hay, que detesta
 De él, y de su libro,
 Si hablara mi celda.

Aun cuando jurara,
 Porque me creyeran,
 Miren, que es el marco
 De buena conciencia.

En los carmelitas,
 El libro reprueban,
 El libro abominan;
 El libro desprecian.

Los Peres, Basualdos
 Pugas, y Pinedas,
 Siguen á los otros,
 Y no *gerundean*.

Los Sanchez, Ibañez,
 Frias, y Riberas,
 Publican lo mismo,
 Lo mismo vocean.

Pizarros, Velascos,
 Aguirres, Moredas,
 Con otros iguales,
 El libro blasfeman.

Jimenos, Hugartes
 Rodriguez, y.... cesa,

Mira, musa, que
Son muchas endechas.

Te metes con quien
No es bien que te metas;
Que dicen, que rabia,
Y temo te muerda.

A todos reprende,
A todos gobierna,
A todos corrige
A todos enseña.

Y que todos, todos
Caminan á ciegas,
Que todos se engañan,
Que solo él acierta.

Que el tribunal santo
Su libro detenga,
Y que por el clame,
Quien cristiano sea.

Los daños que causa,
No bien se contemplan;
Presto lo dirán
Holanda, y Ginebra.

Cuando en laminitas
A Gerundio vean,
Luciendo la barba.
Arqueando las cejas.

¡Qué rabia! ¡qué enfado!
¡Qué autor! ¡qué destreza!
¡Qué burla! ¡qué escarnio!
¡Qué estampas! ¡qué gergas!

¡Oh inquisicion santa!
El daño remedia;
No dejes Lobones
Entre las ovejas.

¡Qué riesgo! ¡qué engaño!
¡Qué reses! ¡qué afrentas!
Can tiene domingo,
Espante las fieras.

CONTRA FRAY GERUNDIO,

UN COCINERO DE CIERTA RELIGION.

DÉCIMAS.

Qué libro, ó que diablo es este,
Que con su trompa ó bocina,
Hasta en mi propia cocina,
Ha introducido su peste?
Él es preciso que infeste,
Desde el más grande al más bajo,
Todos los frailes debajo
Del brazo lo traen; me enojo
De verlo así, y si un cojo
Me ha de servir de estropajo.

Era una paz octaviana,
Antes, mi cocina; y hoy
Que salgan temiendo estoy
Los platos por la ventana.
Que esta historia gerundiana
En todos hace tal risa,
Que aquí, aquí donde se guisa,
Tan mal de él se habla en monton,
Que temo empiece en cuestion,
Y que se acabe en paliza.

A los doctos hace guerra,
De lo que es místico, risa,
Predica puesto en camisa:
Por besar, besa una perra.
Su prólogo mucho encierra,
Mucho su dedicatoria;
Y en todo es cosa notoria,
Y aseguran más de dos.
Busca la gloria de Dios,
¡Y esto en camisa! ¡Qué gloria!

Sale uno, y otro papel
 Contra Isla: ¡bravo dislate!
 Si él se metió a botarate,
 ¿Por qué se hace cuenta de él?
 ¿Si el docto, y el cascabel
 Saben de la Compañía
 En general, la osadía,
 Soberbia, avaricia, tren,
 Y ambicion; de un hijo quien
 Otra cosa esperaria?

Cuando conocen que abarca
 La infelicidad tambien,
 Que quita otro mundo en
 Otro mundo, á su monarca;
 Cuando soldados embarca,
 Amotinando la grey
 Para hacerse un padre rey,
 Perdiendo al rey el temor,
 Y á la ley, no es mucho error,
 Que su hijo escriba sin ley.

Dicen reforma oradores
 Este padre Don Bonete;
 Y cuando en esto se mete,
 Los pone como unas flores.
 ¿A dónde estamos, señores?
 ¿Entre cristianos se aguanta
 Un Lobon que nos espanta?

Ola,
 ¡De Dios los órganos! Ola,
 Si es que tiene el libro cola,
 ¡A tanto mal, lumbré tanta!

Con desvergüenza provoca;
 Pues dice sin disimulo,
 Clarito dos veces cu....
 ¡Y esto Isla toma en la boca!
 ¡Oh, qué ocurrencia tan local!
 ¡Oh, qué sal para el apodo!
 ¡Oh, qué escribir tan sin modo!
 ¡Oh, autor de los delirantes!
 Pero al fin los aprobantes,
 Quisieron pasar por todo.

Yo no entiendo nada: pero

Oigo decir tanta cosa
De aquesta historia famosa,
Y del Lobon carnicero,
Que, aunque pobre cocinero,
Y con algo de joroba,
Capaz de dar una soba,
Soy, al libro, y su autor, si
Pillarlos pudiera aquí,
Pues tiene palo esta escoba.

MEMORIAS DE UN GERUNDIO CONVERSO

por la lectura de el incomparable FR. GERUNDIO, comun desengañador de predicadores vulgares, en que pide se haga justicia seca en el tribunal de la Misericordia, del mismo P. Huerta, que suena en el romance principiado al folio.....

OVILLEJO.

Señor, justicia seca,
Gerundio pene, si Gerundio peca.
Pero, señor, cuidado y mas cuidado,
Que hay, quien de la virtud hace pecado.

Hay quien, sin ser de nacimiento hebreo,
Se escandaliza, aún más que un fariseo,
El indicante, aquí justo en se tome,
Que él que se pica, dicen que ajos come.
Y á Fray Gerundio es cierto no mordieran,
Si la especie del ajo no comieran;
El morderle con rabia, y así á bulto,
Suena, señor, á especie de tumulto;
Y si se ha de atender al *tolle, tolle*,
Caerá de la verdad la inmensa mole.

¿Quién se pondrá á afear malas costumbres,
Si ha de sufrir tamañas pesadumbres,
No más que porque muchos ignorantes,
De dientes pasar quieren á trinchantes?

¿El Fray Gerundio, por remediar males,
Hace más que estar originales?

¿Lo que con proponerlos él pretende,
Es más, que evidenciar lo que reprende?

Es él el inventor tan mentecato,
Que hablando de la cama, ó parabato,
Persuade estar allí á los circunstantes
Las que son *circunstancias agravantes*.

Pero no me detengo;

A esta comparacion gustoso vengo:

El que hace un ramillete delicado,
No dá ser á la flor, esto es, sentado.

Del ramillete unidos los primores,

Solo en el colocar están las flores;

Y aunque salga la flor, ó mala, ó buena,

No le alaba ninguno, ni condena.

¡Es Fray Gerundio más que un ramillete,

Que en el jardín de nuestra edad se mete,

De la oratoria, hoy tan celebrada

Por gente botarate, y estragada,

Y para que conozcan sus errores,

Les muestra pñas, las que juzgan flores?

Ó lo que hace con sátira, y sainete,

Pues ese es el primor del ramil etc.

La sátira fué siempre cosa usada

Contra cualquier costumbre inveterada,

Que los Santos y Padres reinar veian,

Y por Dios que con ella extinguian.

Juvenal con las suyas fué infinito;

Lo que logró, y jamás fué en el delito,

Laudable es de la sátira el oficio,

Cuando se satiriza solo el vicio.

Y solo Fray Gerundio no procura

(En aquello que cabe) con blandura,

Y con rícos clamores,

Quitar la peste de los oradores.

Comete un crimen, y un atroz delito,

¿Por qué esa misma peste ha alza lo el grito?

Cualquier vicio, ó pecado, en que se encalla,

¿Publica el pecador? antes lo calla.

Si en un *sato* le cogen, en fragante

Bórrese el sottomarino; y adelante,

Que si ello impreso al público fué dado,

El reimprimirlo aquí, es chico pecado.

¡Válgate Dios, por suspension tan rata!

¿Si otra vez volviera á sacar la cara?

¡Ah! pobre Gerundillo,

¡Que te tiene colgado del cerquillo!

Para verle en el paso, que ahora abrazas,

Mejor no haber nacido era Campazas.

¿Por dónde di, trabajo tal te vino?
 ¿Predicador te ahovan sabatino?
 Mas ya tu enfermedad he conocido,
 Por decir la verdad, te han suspendido,
 Que vamos alcanzando unas edades,
 Que es delito decir hoy las verdades.
 ¡Oh! ¡Infelice de tí! ¡Yo, desdichado!
 Que la virtud hacer quieren pecado,
 ¿Dónde está mi Gerundio, á dónde para?
 Su leccion, á ningún precio era cara,
 Ó bien estes en pena, ó bien gloria;
 No borrarán los frailes tu memoria.
 En fin, ¿por qué te ocultas, y te escondes?
 A un Gerundio converso, ¿no respondes!
 ¿Quién o culto, y suspenso así te tiene?
 De los frailes, recelo, el mal te viene,
 Tú que volabas antes, ¡ya no corres!
 Mira bien por tu gloria, no la borres,
 Que hay quien habló de tí con tal decoro,
 Que te quiso imprimir con letras de oro.

Tú; que triunfante á tu primer avance
 De aquellos hombres de primer alcance,
 ¿Á quién en tu lectura amanecía,
 Y en la misma tal vez anocheecía?
 ¿En dónde estás? ¿Á dónde te escondiste?
 ¿Por ventura, en tu oriente anoheciste?
 ¿Mas, para qué pregunto, si he sabido
 Quién; pero no el por qué te han detenido?
 Por falsas delaciones (golpe inmenso)
 Me acaban de decir que estás suspenso,
 ¡Oh, qué golpe! De acierto grande fuera,
 Si á los frailes Gerundios suspendiera.
 Para sanar la enfermedad, no es medio
 De tenerle al enfermo su remedio.
 El Gerundio, á sanar va tanto abuso
 Peor quedaria el enfermo, sin su uso.

En fin, el pobre se halla con la carcoma,
 De que porque intentó poner reforma
 En la ignorancia, orgullo, y mil errores,
 En que hay incursos mil predicadores.
 Mil cuentos y millares de millares
 En aldeas, ciudades y lugares,

Le acumulan al pobre mil +xcosos;
 (Temo no se los roan, aunque vivo.)
 Todo al fin (si se hallase en el motivo.)
 De quemarlo en +statua, ó papelote,
 Al ménos, la mitad, pues al trote
 Ya reserva, de lo que sucediera
 La mitad de su cuerpo dejó fuera.

Asombroso prodigio será, cierto
 Verle andar, medio vivo y medio muerto:
 Pero en fin, acabemos.

¿Dónde á nuestro Gerundio encontraremos?
 Si está en el Rey, ó está en la Inqui+cion;
 Ya se sabe en España que hay chiton.
 Mas si á este tiempo, entre sus enemigos
 Está, siendo ellos jueces, y testigos;
 Juntos, no tanto para examinarlo,
 Sino todos acordes á arruinarlo;
 Y antes de verlo en Dios, y en su conciencia
 Le han echado ya el fallo, y la sentencia.
 ¡Ay de mí! ¡Qué dolor! ¡Ay hijo mío!
 Plorando estoy, aunque parece río.

Aquel, que cual oráculo, escuchado,
 En sus sermones, era, y tan buscado
 Fué en varias poblaciones,
 Que en las mayordomías, y funciones,
 Se hallaba siempre á autorizar los bailes,
 Ahora está recogido, y entre frailes.

Aquel que poco antes
 La *Plática de los Disciplinantes*,
 El número frailesco dió por pauta,
 Hoy lo miraremos preso en cepo, y grillos,
 Por los mismos cerquillos,
 De quien corrector fué: ¡Mortal estrago!
 ¡Escarmienten del mundo! ¡Este es su pago!
 ¡Oh, qué molle caerá de pesadumbres
 En sus costillas, más que en sus costumbres!
 Y él viendo el reformador lo que le cuesta,
 Podrá decir después (si sale de esta),
 Y no afirmar nada *contra mentem*,
Mollis, estatem, reformare gentem.

Yo aquí le considero,
 Que todos le traerán al retortero.

Y por más que él resiste,
Cada fraile de su hábito lo viste.

Fingeseles contrario á su pandilla,
Despojáronle de túnica, y capilla,
Y á purísimo azote,
Como un guante le ponen el capote;
Y cuando vivo así le crucifican,
Dicen que su doctrina califican,
Añadiendo, vergante
Indigno del honor de mendicante,
Como antiguas costumbres tan guardadas;
Y entre sagrados claustros encerradas,
Sin reservar á los del noviciado,
(En fin, ¡adron casero) ¿has revelado?

¿A qué vino decir muy satisfecho
La tortilla, que el otro hizo en el pecho?
¿A qué nuestros capituos nombraste?
¿A qué nuestras pandillas publicaste?
¿A qué el que son predicadores diestros
Aquellos que no son para maestros?
¿A qué fin vino el descubrir la hilaza,
Y sacar nuestras casas á la plaza?
¿Qué te aprovecha ahora tu gracejo?
Cribas hemos de hacer de tu pellejo.

Tales son de tu libro los delitos,
Que no hay para él bastantes San Benitos,
¡Oh! ¿Qué de buenos libros hay peores!
Y no hay para ellos calificadores;
(Exclamó Fray Gerundio con sosiego.
Y con él mismo, (así prosiguió luego)
Culpais, en que, en romance yo publico.
¿Vuestras cosas secretas? pues replico.

No salió un libro, y haile
Que de San Agustín, su autor fué fraile,
Formando general una visita,
En la que fiel medita,
Con claras expresiones,
Las cosas que vé en las religiones,
Y con pulso feliz, pinta (es ben ande)
Desde la más pequeña á la más grande.

No relata en su tono
(Y está en el arto mono,)

¡Cuánto entre frailes, y entre monjas pasaban los
Pues este bien fué ladrón de la casa;
Y en verdad, toca cosas de un calibre,
Que no dice mi libro, aunque es tan libre.

Aquel impreso corre, á trote inmenso,
Pues como no clameis, ¿de le ha suspenso?

Aquí sin duda hay coco,

Y es, que mirais de donde cuelga el moco.

¿Qué soy yo? ¿quién publica las pandillas?

Hay quien ignora en todas las Castillas,

Que los maestros (aun cuando son mejores)

Nunca se aplican a predicadores?

El predicador entre ellos reputado

Fué siempre, como especie de pecado,

Y de esto que yo digo,

Cada uno de ellos me será testigo,

Porque el fraile, que no es de *tantum ergo*,

Sabe decir, pues yo, *ad pulpitum pergo*,

Y si acierta á tener su vozarrón,

Gestos de mico ó mona,

Y usa de pinturillas nada fieles,

O por dicha son buenos los papeles,

Que heredo, al principiar esta carrera,

Será muy afamado donde quiera,

Aunque descubra en todos sus sermones

Su ignorancia con mil garrafatones.

Esto, no he sido yo quien lo publico.

Ellos se lo publican por su pico:

Pues el sacar á plaza vuestras cosas,

¿Soy el primero acaso? ó vergonzosas

Aventuras de aquellos, que el Agosto

A los lugares á cojer el mosto,

Van por los superiores destinados,

Y por lograr vivir más bien logrados.

Cuentan en coro á hermanos y aun á hermanas,

Las cosas de *extra canas*, é *intrá canas*.

Si esto es notorio público, y sabido,

¿En mi pobre libro ha delinquido?

Esto dijo Gerundio en voz sonora;

Yo prosigo ahora.

Yo, señor, uno fui de los Gerundios,

Y de predicador tuve precandios,

Quiero decir juguetes, donecillos,
A manera de cuando á los chiquillos
Les ponen delantal sobre el baquero
Su mano de tejon, y su moquero,

Y confieso, que esta obra con umada

De raíz me quitó toda la niñada;

Que el que este libro lea

(Como pasión en contra no posea.)

Es preciso, que se haga sin dislate,

Grande predicador de grande orate;

Repárese, si acaso es sedicioso,

O si es contra el estado religioso,

Si es útil, ó si quemar se debe,

Que como á votos esto se compruebe,

Saldrá con entereza,

Que á sentencia salimos por cabeza.

Aunque el consonante juega á veces,

Es el ruido, señor, más que las nueces;

Pues el *Eloí, Eloí* de ciertos días.

También dijeron, que sonaba á *Elias*,

Los hombres doctos, y condecorados,

Y en la lengua hebreaica muy versados.

Con que atender tal vez al sonsonete,

No es de tal disonancia (aunque es juguete,)

Que en caso, aunque tan serio, necesario,

No tuviese lugar en el Calvario.

Sobre todo, señor, si es que contiene

Voz digna de censura, que lo pene,

Solo desea, (si se le condena,)

Se le dé por lo ménos muerte buena.

Esto suplico á enjutos lacrimales;

Mas si estuvo Gerundio á los piés reales,

Y allí logró atencion, ya de esta suerte

No temerá condenacion, ni muerte.

NOTICIOSO FRAY GERUNDIO de que le busca su autor, le participa su paradero, como tambien los trabajos que ha pasado, y repetidos tiros de la envidia que ha sufrido, tomando el hilo del siguiente ovillejo.

DEL PADRE ISLA.

Yo, pobre Gerundio,
Que soy tan desgraciado desde chico,
De un padre al llanto cierto,
Que ignoro si e-toy vivo, ó si estoy muerto;
De dar consuelo trato,
Y el cabo del ovillo así desato;
Yo Gerundio al principio
(Más quisiera haber sido participio.)
Viendo cuán mal me caíadre
Un tal padre tener en un tal padre,
Que si otro padre fuera,
Persecucion tamaño no sufriera;
Yo pues, mi padre amado,
Después que por mirarme adelantado,
A la corte me enviaste,
Y a tus amigos me recomendaste;
En ella fui bien visto,
Y aplausos por tu gracia me conquisto.

No me d'jan un punto,
Siendo de los discretos digno asunto;
No quedó gabinete,
Sala, celda, aposento ni retrete,
Que fuese reservado,
A mi nombre, recién engerundiado.

Los doctos y eruditos
Daban por verme, pasos infinitos;
Pero á muy pocos dias,
(Aquí comienzan las desgracias mías)

A pocos dias digo,
Contra mi, cual comun, fiero enemigo
Se levantó tal gresca,
Ciego y torpe motin de la fraileasca,
Que con mil repelones,
Bofetadas, mordiscos, pescozones,
Con rabia infinitiva.

Gerundio me formaron de pasiva.
Hubo quién cierto dia,
En lugar de decir *Ave Maria*,
En cierto sermencillo,
A Gerundio agarró por el cerquillo;
Y...; mas vamos callando,
Que este pobre ya la está pagando.

Otros, con rabia en popa,
Me tiraban del pelo de la ropa;
Y alguno en cierta parte,
Los Gerundios juró borrar del arte.

Todo su encono ha estado,
En que yo tan chiquito haya enfrailado.
¿Qué es enfrailar, decian,
Cuando más entre manos me tenian?

Fraile un pobre petate,
¿Quijote de oradores, botarate?

Fraile, este monigote,
Que toda la fraileasca sube á un zote.
Pero esta santa gente
Encarnizada en mí, pobre inocente.
No miraba sus llares
Los Gerundios, con fray á centenares.
En otros apercibo
Desafecto a mi padre putativo,
Juzgandole protervo,
Porque la piel del lobo visto el cuervo.

Así entre mil afanes,
Lobo, y cuervo me siguen como canes.
Otros, con mucho ceño,
Extraño me juzgaban por isleño,
Declarando en sus juicios,
Que en el reino no tengo beneficios.
Pero ya tiros crueles
A dispararme empiezan con papeles;

Y aunque nada acertados,
 Se contentan con ser muy disparatados.
 Uno escuché, y al punto
 De donde vino el tiro me barrunto;
 Pues conocí en el eco,
 Que es disparado de cierto chichumeco,
 Crítico cirimia,
 (Por poco no le nombra mi porfia.)
 Este, pues, duende triste,
 También de fraile se reviste;
 Y aunque *Amador* se nombra
 De la verdad, no tiene ni aun la sombra;
 Pues fuera caso fiero,
 Que la verdad cubriera á un embustero;
 Y se hace más extraño,
 Que tomando los frailes á mi daño,
 Que fraile no me nombre,
 Pues solo presentan á este semi-hombre.

Otro apuntó á mi vida,
 Cuya pólvora y *marca* es conocida;
 Porque por aquel *marco*,
 Conocí las endechas, y su chasco,
 Aunque este dió muy lejos,
 Que alcanzan poco y á los tiros viejos.

Y el que llegase al colmo,
 En él fuera pedir peras al olmo.
 Pero el tiro más fuerte,
 Que me amenaza horrores de la muerte,
 Es otro que se aforra
 En diez pliegos de letra, ó mucha borra.

Este sí que me asesta,
 Y que me tira á la tetilla y testa,
 Este sí que en sus razas,
 Apunta á cuerpo entero con barbasas.
 Este sí que á sermones
 Tuyos, padre, corrige en los barbones,
 Y fuera tiro cierto,
 Sino me hubiera hallado tan cubierto,
 Con el morrion luciente,
 Que me pusiste, padre tan prudente.
 Este sí se maquina
 (Si ando un poco, aclaro ya está mina.)

Este si que me avanza,
 Y al morrion quiere dar bota de lanza.
 Este si que letrado
 Comer bando en su pecho desalmado.
 Las reglas del derecho,
 Dá veneno, el veneno de su pecho;
 Pero poco advertido
 Del derecho lucido
 Enseña de medida;
 Acuerda reglas, y la suya olvida.
 Yo no sé, que se escarba,
 Ni porque así se tira de la barba:
 Pero sin leva ó quinta,
 Ya nos dice, que queda *barbas* en cinta.
 Déjenme al pobrecillo,
 Que le veo ponerse ya amarillo.
 Y si algun poco escarbas
 Cabe, que le quite más de diez *barbas*.

Descargas diferentes,
 De necio, he sufrido impertinentes;
 Pero no me han herido,
 Porque el morrion está bien metido,
 Y ya me han avisado,
 Que los tiros se habrán desbaratado.
 En este asunto, hasta los brutos; casi
 Han metido su hocico Benegasi,
 Aquel botaraton y aquel menguado,
 Coplero de los ciegos disparado;
 Aquel, que en algun dia aunque me ladre,
 Un plato de pizofia, dió mi padre,
 Para que alli comiese;
 Porque de hambre penso que se muriese;
 Salió con modo recto,
 Y disparó su cox en un soneto.
 Doña Monita en caja muy veloces
 En su soneto, más de treinta coces.

El cocinero (bravo mente cato)
 Solo en el cu... se mete de barato;
 Y en fin, ó padre y estoy encerrado;
 Pero en toda memoria retratado.

No falta quien espera,
 El verme proseguir en mi carrera,

Y que de sabatino
Seré predicador ultramarino.

Así también lo espero,
Porque está en buenas manos el pandero.

Mi justicia no es poca;
Cada uno llevará lo que le toca;
Y pues que la mitad del cuerpo mio
La teneis reservada, en vos confio,
Que la saqueis de modo que á los frailes
En sus casas, en púlpitos y en bailes,
Los ataque, y los mueva, más de modo
Que de ellos quede libre, y diga todo.

En fin, amado padre,
En la corte me estoy, la envidia ladre;
Y si lo pide el caso.
Estimaré noticias sin atraso.

DEL PADRE ISLA.

DÉCIMAS.

1.^a

Aunque por diversos modos,
La emulacion obre ya,
Mi Gerundio impreso está
En la memoria de todos.
No se librarán de apodos
Los truanes habladores,
Charlatanes dedicadores;
Y mucho mejor obrará
La inquisicion, si mandára
Recojer predicadores.

2.^a

¿Qué es ver subir á un bufon
Con cerquillo y con capilla,
Y con una seguidilla,
Dar principio á un sermón?
Y ha de haber inquisicion
Que esto consienta y permita,
Aunque sea un carmelita;
Y prohíba á dos por tres,
De mision, ó de entre mes,
Un sermón hermafrodita.

3.^a

Pues ¿qué diremos del que
Con sacrilega osadia,
Nos persuade una herejía
Como artículo de fé?

Tampoco sabrá el por qué.
 Ni Dios quiso ni dispuso,
 Solo porque así está en uso,
 En vez de milagro cuela,
 Y es tal vez una nove'a,
 Que aquel Gerundio compuso.

4.ª

Y que es á otros oír troncar
 Sagrados textos sin tino,
 Siendo un puro desatino
 Su modo de acomodar.
 Si algun santo ha de elogiar,
 Todo es por comparaciones,
 Y necias desproporciones;
 Conque sobre Dios le elevan,
 Y que sobre estos no luevan
 Las corosas a montones.

5.ª

Tan severo tribunal
 Fuera mejor que celara,
 Que del carro no tirara
 Tanto grosero animal.
 Hombre justo, leon real,
 Águila de agudo pico,
 Y buey grave; no replico,
 Que así el profeta lo vió;
 Mas ¿qué va que no se halló
 Entre los cuatro un borrico?

6.ª

Recoja sábio advertido,
 El tribunal de la fé,
 Gerundios que andan a pié,
 Y hacen daño conocido:
 No preste pialoso oído
 A tanto Gerundio orate,
 Y de persuadirse, trate

Que las quejas aparenta,
Porque le falta la renta
Del tabaco y chocolate.

7.^a

Vea en que Gerundio peca;
Reconozca sus lecciones,
Y encontrará a borbotones
Los Gerundios a la greca.
Su doctrina (que no es seca)
A ellos apunta y dispara;
Y será cosa bien rara
Que al que reprende costumbres,
Le den estas pesadumbres,
Y quede el mal en la cara.

8.^a

Ultimamente, quisiera
Que el bando opuesto se ahumara,
Y conmigo disputara,
Que mi Gerundio corriera
Esto; en nada extraño fuera,
Que en sus bocas, y sus manos,
Materiales soberanos
En todo el bando tendria;
Pues cada *quisque* argüiria
(Cierto) como Gerundianos.

9.^a

Por fin y por postre, ese
Mi Gerundio habrá salida,
Pues saldrá su media vida,
Aunque a los Gerundios pese.
¡Oh santo tribunal Cese
Dar oído a tanto aunque late,
Monton lico, y botarate;
O bien se pique, ó se encone,
Que mi Gerundio lo pone,
Como debe, á todo orate.

*Aseguran ser de un novicio de la Compañía de JESUS
estas seguidillas.*

Esto yo no se como
Hacerse pudo,
Que al Cerundio han quitado,
No á los Gerundios.

Aquel que diestramente
A estos corrija,
Lo han detenido, y á estos
Los queda libres.

Todas estas confusiones
Han persuadido,
Que al Gerundio detestan
Gerundios mismos.

Él salió retozando
Como buen frai e;
Y los frailes retozan,
Para quemarle.

Pinta muchos pecados
De los cerquillos,
Y por eso castigan
Al pobre niño.

Lobon corre á los lobos
De la oratoria,
Y ellos van á una santa;
Que los socorra.

Ellos mismos descubren
Ser mentecatos;
Si no te pican, calla,
Con dos mil diablos.

Pero callar es droga;
No era esta mala
Picándoles Gerundio
Donde se rascan.

Abultan que hay blasfemias,
Que hay herejias;
¡Qué inocencia! Y son ellos
Por quién se pintan.

Contra las religiones
Contra la Iglesia,
Dicen, que es el Gerundio,
Y ellos lo engendran.

El Lobon que allí pinta,
Si los pillara,
En la fuerza del *ergo*,
En los *aislara*.

Ya se ve, no costaba
Trabajo mucho,
Porque ellos son del *ergo*.
Bravos Gerundios.

Predíquense disparos,
Porque eso es droga;
Recójase el Gerundio,
Que es lo que importa.

Todos hasta aquí estamos
No conocidos;
Pero el Gerundio dice
Lo que hemos dicho.

De esta manera, aclara
Nuestros rebuznos,
Y nos dirán mañana
Lindos Gerundios.

Quiere nos fatiguemos
Para oradores,
Cuando vemos predica
Cualquiera pobre.

Quiere que seamos todos
En este oficio,
Teólogos y hoy le ejerce
Cualquiera bicho.

Quiere que se predique
Sin circunstancias,
Y que queden perdidas
Nuestras ganancias.

En el púlpito quiere
Hombres tan serios

Que no se aparten nada
Del Evangelio.

Las pullas y los chistes
(Que es nuestra India)
Quiere que se destierren;
Es cosa linda.

Todo esto el autor quiere
Brava carcoma,
Y dirá que no es justo
Que se recoja.

Mas no sientas, Gerundio,
Verte suspenso,
Que á bien, que por milagro
No estas entero.

No se te dé cuidado
Que tú correrás;
Hay más mundos, y entonces
Ellos lo verán.

FIN.

EL TAPA-BOCA.

PAPEL DEL P. JOSE FRANCISCO DE ISLA.

REBUSCOS

DEL P. ISLA.

Que no se apague nunca
la luz de la vida.

Las palabras y los hechos
que se unen en la vida
que se unen en la vida
que se unen en la vida.

Todo esto antes que
brasa la vida,
y que se unen en la vida
que se unen en la vida.

Hay un mundo en la vida
que se unen en la vida
que se unen en la vida
que se unen en la vida.

No se la vida
que se unen en la vida
que se unen en la vida
que se unen en la vida.

REBUSCOS

DE LA VIDA

EL TAPA-BOCA.

PAPEL DEL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA

RESPONDIENDO A OTRO CON QUE EL DOCTOR ARAUJO CRITICÓ LOS DISCURSOS
DEL RMO. FELJÓ SOBRE LA MEDICINA.

Tapa-boca 1. Un médico revestido de Trufaldin, aunque le sienta tan mal lo Trufaldin, como lo Médico, gracioso y aún más desgraciado Curandero, salió á coronar la fiesta del Teatro Critico. Este es el incomparable Araujo, ingenio obtuso, con la circunstancia de tardo; pues seis meses estuvo sudando la letra tan gorda, para sacar á luz quince pliegos de impresion abultada. Pertenece, cuando más, para Esbirro, y se mete á Juez de residencia, que él llama *Médico-Cristiana*, y los hombres de razon *Barbarico-China*. Salió acompañado de un Padre de los agonizantes, y de otro, que se califica Predicador Apostólico, que un Médico como éste no puede andar sin estos Colaterales, para que ayudén á bien morir á los desdichados, que caen en sus manos. Siendo un breve cuadernillo lo que escribió, le puso nombre de libro en la Gaceta. Es verdad que muchos lo creyerón yerro de Imprenta; y unos decian que se debia leer *libre*, por lo descortés; otros *libra*, por lo pesado; y otros *libelo*, por lo infamatorio. Yo salgo, pues, sin otro carácter que el de un Quidam, á rempujar á este Araujo ó Espantajo. Na-

die me lleve á mal el no descubrirme, porque hay experiencia de que el hombre, en viéndose concluido, reduce la cuestion á puñadas; y yo tengo pocas fuerzas, por habérmelas gastado los médicos en aquel tiempo en que los creia. Tapo ya las narices, para correr por esta basura apologética los ojos.

Tapa-boca 2. El primer capítulo no contiene sino un cuento insulso, sobre que después se recalca mucho, repitiendo á cada paso: *Un fantasma hay en la ermita: Un fantasma hay en la ermita.* Pues sepa, señor Esbirro, que no solo hay un fantasma en la Hermita, sino infinitos fantasmas en el templo de Esculapio; y sepa tambien, que sus escritos, ya van conociendo hasta los párvulos, son un insanable cacohetes, que se le ha pegado de la epidemia de Escritores que corre.

Tapa-boca 3. En el segundo capítulo se pone á probar la necesidad de la Medicina: ¿Quién se la ha negado? Él supone que el autor del Teatro Crítico la niega con el corazon, aunque la confiesa con la boca, para tener ocasion de meter el fárrago de lugares comunes, de que abulta este capítulo, que los más no vienen al caso. Dice: *Que fueron los brutos los que enriquecieron la Medicina de remedios.* Sí señor; así fué un tiempo; pero hoy hay otros brutos de peor casta, que con los remedios se enriquecen á sí mismos, y empobrecen á los enfermos. Luego entra una barahunda de textos, que persuaden á que huyamos de los peligros. Es muy puesto en razon; y así cuidado con apartarse de los malos médicos v. gr. los Araujos. Viene después Valles á decirnos, que cuando estemos enfermos busquemos Médico sábio y virtuoso:

Requirendus igitur est, ut res benè cedat, Medicus doctus pariter ac probus. Divinamente, pero esto le degüella al pobre hombre, y á otros papelistas como él: pues (dejando ahora aparte lo docto) ¿qué rastro de virtud se descubre en unos hombres, que á un Religioso, porque juzgan que con sus desengaños les ha rebajado los intereses, no cesan de llenarle de injurias, y escriben con más ponzoña que tinta, mostrando en cada línea estar poseidos de codicia, furor, venganza y malevolencia?

Tapa-boca 4. En el tercer capítulo es menester hacernos cargo de la suma rudeza del Esbirro, para no acusarle mucho más que de rudo, porque torpemente pretende inferir un error físico de un Dogma Teológico. El Dogma Teológico es, que Dios á nadie da la salud espiritual sin obras. El error físico, que de aquí quiere inferir, es, que Dios á nadie cura las enfermedades corporales sin los Médicos. Para esto alega tres ó cuatro necedades de un Médico llamado *Botoni*, ó Botones: Que este gracioso ridículo necesitaba de botones tan gordos para su sayo. He notado siempre que estos Zoquetes, no pudiendo defender de otro modo sus desatinos, se llaman á Iglesia, y levantan el grito de que se roza con herejía, ó es peligrosa en la Fé la sentencia contraria, para espantar de este modo á la gente plebeya. Esto sí que es el fantasma dentro de la Hermita: estas mañas ya son viejas en el Doctor Badajo. Traslado á aquel torrenzazo sin sal, que se llamó por mal nombre *Centinela Médico Aristotélica*, donde dió en el delirio de que toda la filosofía Aristotélica, estaba canonizada por la Sede Apostólica, para tratar de hereje, ó ras con

ras, á cualquiera que se apartase de ella en un átomo: á lo que le aplicó el Doctor Martinez el chiste del estudiantesalvaje, que no entendiendo la cuestion, ni teniendo que argüir al Jesuita que presidia las Conclusiones, le puso este entimema: *Nunquàm Pater vester Ignatius fecit talem alborotationem in populo: ergo hæreticus*. Y repitiéndolo con grandes gritos, como toda la gente que asistia era lega, fué celebrado de todo el concurso, como que habia concluido al Padre.

Tapa-boca 5. Señor doctor, es de fé, que Dios á ningun adulto salva sin sus propias obras. Y es evidencia experimental que á muchos adultos cura de muchísimas enfermedades sin asistencia de médicos. Pues váyase con sus botones gordos á donde nadie le oiga profanar nuestros misterios con paridades disparatadas.

Tapa-boca 6. El cuarto capítulo toca el punto crudo de la cuestion, empenándose en mostrar, como no obstante la oposicion de opiniones, que hay entre los Autores Médicos, puede el Médico proceder con acierto, pero le deja mucho más crudo que estaba ántes. Lo que dice en suma es, que en la práctica el Médico no se gobierna ni por estos Autores, ni por los otros, sino por lo que le dicta la razon en aquellas circunstancias.

Mil cosas me ocurren que decirle al Cachivache sobre este punto. Lo primero: En un mismo enfermo, y en unas mismas circunstancias, á un Médico le dicta la razon una cosa, y á otro otra opuesta. Luego queda empatado el juego del mismo modo, que estaba ántes, con sola la diferencia de que ántes

lo empataban los Autores, y ahora los prácticos que asisten.

Tapa-boca 7. Lo segundo: La dificultad, con esta solucion, tan léjos está de minorarse, que se aumenta. Es cierto que los médicos comunmente se gobiernan en las curaciones por los Autores, siguiendo cada uno aquel que mejor le parece, como se vé cada dia en las consultas, donde la guerra mayor se hace con citas. La oposicion de los Autores engendra necesariamente la oposicion de los prácticos, que siguen Autores opuestos. Pues vé aquí, que cuando teníamos en campaña estos dos partidos, viene otro escuadron desordenado, que no sigue Autor ninguno, sino cada individuo su propio capricho, que él llama dictámen de la razon, y se forma un campo de Agramante, que deja en mucha mayor perplejidad al pobre enfermo. Oye decir á un médico: «lo que Sydenam ordena en casos semejantes, es esto.» Replica otro: «Sydenam es un trastuelo y sabandija.» «Heredia manda lo contrario.» Salta el tercero: «Yo no sigo ni á Heredia, ni á Sydenam, sino lo que dicta la razon, y así lo que conviene en estas circunstancias, es tal cosa.» Opone el cuarto: «yo tampoco sigo Autor ninguno, sino lo que manda el recto juicio; pero lo que este prescribe no es eso, sino estotro.» ¿Habrá greguería como esta?

Tapa-boca 8. Lo tercero: El pelmazo del hombre crasamente se equivoca cuando dice, que los prácticos en la curacion no se gobiernan por los Autores. Sólo él obrará de este modo. Lo que debiera decir es, que usan de sus reglas con las excepciones que hallan en los mismos Autores. Pongo ejemplo: los

Autores, que sigue este práctico, le mandan que en tal enfermedad, sangre. Es llamado para uno, que padece esta enfermedad; pero le halla, ó muy exangüe, ó extremadamente débil, ó con cualquier otro poderoso contraindicante de la sangría, y por esto no le sangra. ¿Desvíase de aquellos Autores? No por cierto, antes los sigue, porque en ellos mismos halla esas excepciones, aunque no las expresen, cuando tratan de aquella enfermedad particular, sino cuando tratan de indicantes y contraindicantes en comun; y si no las dan, es porque las suponen.

Tapa-boca 9. El ejemplo de la Náutica, de que usa el buen Residenciador, se vuelve contra él concluyentemente. *Acomoda el marinero* (son voces suyas) *las velas, segun sopla el viento.* ¿Esto es apartarse de las reglas de la Náutica? Antes es seguirlas, pues la Náutica le manda hacerlo así. Ni esto está en opiniones, pues todos los inteligentes convienen en ello. Dice: «que la Náutica no tiene reglas fijas.» Así las tuviera la Medicina tan fijas como demostrativas. Tiénelas para mucho, no las tiene para todo, por eso, no siempre el bajel llega al puerto.

Tapa-boca 10. En el mismo capítulo hace cargo al autor del Teatro, de que otros muchos autores, mas de los que él alega, confiesan, que la Medicina es incierta. Tanto mejor. Añade: «que es una cosa tan trivial, que ningun médico la niega. Perdone su merced, pues se han visto volar por abí papelones de algunos médicos, que están furiosos con el autor del Teatro, porque le niega á la Medicina la certeza. Yo no sé cómo el crítico se ha de avenir con esta gente. Sale diciendo que la Medicina es incierta. Y

unos médicos ocurren por un lado, echando verbos contra el que pronunció tal blasfemia; y condenando por trastuelos y sabandijas á los autores que la patrocinan. Y al mismo tiempo vienen otros por otro lado, diciendo: «que con buena vejez se viene el padre, que la incertidumbre de la Medicina es una cosa sabida de todos, y que no hay autor que no la confiese.» Compónganse, señores doctores; y en ajustando entre sí esa pendencia, vayan á reñir con el crítico.

Tapa-boca 11. En el quinto capítulo es el intento probar implicancias en el Teatro crítico. ¿Cuáles son? Que habiendo dicho el autor, que no hay cosa segura en la Medicina, despues asegura como cosa cierta, que el excremento purgado en el epythimo siempre sale negro. Item, dá por cosa cierta, que los purgantes indiscretamente segregan lo útil y lo inútil. Item mas: en la respuesta al doctor Martinez dice: «Que algo juzga cierto en la Medicina.

Muy material es el hombre. Si hiciera la reflexion debida, ó fuera capaz de hacerla sobre el intento de aquel discurso médico, y sobre la cláusula que se sigue inmediatamente á aquella: *No hay cosa segura en la Medicina*, que es esta: *Este Médico detesta el remedio que el otro adora*. Conociera que el sentido de aquella proposicion es, que no hay remedio seguro y aprobado universalmente en la Medicina. ¿Esta proposicion, por ventura, se falsifica, porque el epythimo purgue negro? ¿Ni porque los purgantes segreguen lo útil, con lo inútil? ¿Dónde está la implicancia? ¡Oh! que yo me estoy batiendo con una piedra.

Tapa-boca 12. Doy que se hubiera dicho: *No hay*

cosa cierta en la Medicina. Poniendo la voz *cierta*, en vez de la voz *segura*, siempre se debia entender, segun el intento del autor, que es el que no hay ningun remedio cierto. Pues ahora, señor mio: aunque sea cierto, que el epithymo sea negro, ¿será por eso remedio cierto para esta ó aquella enfermedad? Porque los purgantes segreguen lo útil con lo inútil, ¿serán remedios ciertos?

Tapa-boca 13. Quiero darle á Vmd. más, porque con médicos de esa habilidad, se puede hacer cualquiera galantería sobre seguro. Doy que el autor del Teatro haya confesado, que hay uno ú otro remedio cierto en la Medicina. ¿Juzga Vmd. que por eso se falsifica aquella proposicion: *No hay cosa cierta en la Medicina?* Juzga mal. ¿No sabe que *parum pro nihilo reputatur?* ¿No sabe que las proposiciones universales, aunque en rigor metafísico, se falsifican por cualquiera excepcion particular; pero en el modo comun de hablar, una ú otra excepcion no les quita ser verdaderas? ¿Cómo entiende Vmd. aquella universal del profeta rey: *Omnis homo mendax?* ¿De modo que no haya habido hombre alguno que fuese veraz? ¿Cómo entiende aquella del historiador sagrado: *Omnis quippe caro corruperat viam suam?* ¿De modo que comprenda á Noé? Así las entenderá la materialidad del mostrenco; pero tendrá la gloria de ser el único que las entiende así.

Tapa-boca 14. El capítulo sexto es un rimerero de confusa broza, en que no es fácil discurrir á dónde vá, ni de dónde viene. Pero medio adivinando y medio discurrendo, lo que se puede sacar en limpio de aquella suciedad, es casi lo mismo que habia dicho

en el capítulo cuarto: «Conviene á saber, que no obstante la contradiccion de los Autores, y sin embargo de los riesgos que el Teatro representa, en la purga y sangría se puede y debe tener confianza del médico, porque este usa de estos remedios, segun las circunstancias del enfermo, y causas de la enfermedad, que no importa, que treinta autores estén gritando: *Tente, no le sangres, que le destruyes*. Si el Médico encuentra con un virulento robusto, pletórico, el pulso lleno, el rostro encendido, los ojos sangrientos, cruento el esputo, etc.

Es menester saber si en esta coleccion de circunstancias claman los treinta autores: *Tente, no le sangres*; porque si no, el caso no es del caso. Y si aún en estas circunstancias claman, queda en pié la dificultad para la resolucion del Médico, y para la confianza del enfermo.

Tapa-boca 15. El pobrete no halla otro modo de trampear la cuestion sino prescindir en la práctica de todo lo que dicen los autores. ¿Pues para qué leen y estudian por ellos? ¿Para hacer curas ideales en los espacios imaginarios? No hay duda que ocurren en la práctica casos, en que por razon de los especiales síntomas ú otros poderosos contraindicantes del remedio, que tal enfermedad pide por su naturaleza, se apartará el Médico de las reglas comunes, que para tal enfermedad dan los autores. ¿Pero no son mucho más frecuentes los casos en que se sigue el indicante de la enfermedad? Pues en todos estos entra el decirle unos autores: v. gr. *sángrale*; y otros: *Tente, no le sangres*.

Tapa-boca 16. Pero no nos acordemos de los

autores, y dejemos todo el negocio en manos de los prácticos. ¿Qué se vé cada dia, sino que siendo llamados diferentes Médicos para el mismo enfermo, y para la misma enfermedad, dicen unos: v. gr. que la sangría le aprovecha; y otros que le mata? Todos razonan en consideracion de las circunstancias especiales que entónces ocurren; y con todo se oponen en la curacion. El éxito de estas controversias es, que prevalece aquel médico que tiene superiores créditos, ó con quien tiene más fé el enfermo, ó á quien, por ser de un natural feroz y destemplado, se rinden los demás, porque no los llene de desvergüenzas. ¿Qué se experimenta á cada paso, sino que muriéndose el enfermo, despues de estas contiendas, al Médico, cuyo dictámen se siguió, echan los demás la culpa de su muerte? Traslado al suceso del doctor Lloret, con los otros dos, que le sucedieron en la asistencia del Padre Prior de Atocha, que por haberlo dado él mismo al público, no hay inconveniente en citarse. ¿Qué importará, pues, que estemos sordos á los gritos de los autores, si nos taladran los oidos los clamores de los prácticos? ¿Qué importará que el doctor ó curador *ad litem*, le diga al enfermo: *Yo me arreglo para la curacion á las circunstancias especiales del enfermo, y de la enfermedad, y así Vuestra Merced debe confiar en mí, no obstante todo lo que le han dicho de la oposicion de los autores, y del riesgo de los remedios?* ¿Qué haremos con todo este armatoste si el enfermo le replica: *señor doctor Escaramujo, acaba de salir de aquí el doctor Fulano, que me propuso la misma razon, para que hiciese confianza de él, y me receta todo lo contrario que Vmd.?*

Yo estoy pronto á renunciar todo pacto implícito y explícito con el Rmo. Feijoó y áun á quemar el Teatro crítico. Con todo en el caso presente no hallo camino para confiar en Vmd. más que en el otro; y confiar en entrambos no puedo, porque uno dice que me aprovecha, lo que el otro dice, que me mata. Puje ahora el doctor con ese su ingenio gallego y esa elocuencia Vizcaína, á ver como persuade á este enfermo. No hallará otro modo sino hablar del otro Médico en el tono mismo, que escribió del Rmo. Feijoó.

Tapa-boca 17. El símil de los diferentes remedios, que el Médico Espiritual aplica á diferentes enfermedades de la alma, ó á una misma enfermedad en distintos Penitentes, no vale un comino. En la Medicina Espiritual del Sacramento de la Penitencia, la enfermedad es notoria, la causa manifiesta, la virtud del remedio evidente; todo lo cual falta en la Medicina corporal. Allí, todo es cierto; aquí, todo dudoso. Allí, todos los doctos concuerdan; aquí los mismos doctos están divididos. Con que aquella paridad tan prolija, y tan záfiamente estendida, no es más que un fantasma en la ermita.

Tapa-boca 18. En este capítulo se levanta al autor del Teatro el testimonio, de que quiere arreglar por su experiencia particular toda la Medicina. Debiera advertir el inadvertido, que no es lo mismo traer un caso para ejemplo, que traerle para prueba. Tambien debiera advertir, que obró con dictámen de los Médicos (pues así lo expresa en el Teatro) en el uso de los purgantes, que experimentó tan inútiles; y es de creer, que aquellos Médicos serian (por lo ménos) más capaces de enterarse de las circunstancias indivi-

duales, que el doctor de la residencia Barbarico-China.

Tapa-boca 19. Con la ocasion de este ejemplo suelta los diques á su pestilencial inmundicia este doctor, metiéndose á adivinar la enfermedad que padece el autor del Teatro. Oigámosle, que está precioso: *Retoando* (dice) *está mi pluma, como un caballo lozano, por glosar sobre la relacion de los achaques de V. Rma. pero á tola al Pesebre del tintero, etc.* ¡Oh galante! ¡Decorosa metáfora, digna por cierto de tal autor! Mas razon fuera, que éste se atára al pesebre, que la pluma. ¿*Pesebre del tintero?* ¡Raro modo de decir! Por lo ménos estaba bien proveido de paja, cuando el doctor escribia. Pero yo creo que con más propiedad se llamaria muladar, que pesebre, pues la pluma sacaba de él tanta hediondez y basura.

Tapa-boca 20. Pero después de atar la pluma al pesebre, la desató, que para esto tiene habilidad; aunque en todo lo demás ni ata ni desata. Enfáticamente y con mucho retintin dice: Que calla la enfermedad que padece el autor del Teatro, aunque no la ignora. Esto, junto con la atadura de la pluma y algunos súcios rasgos que le habia tenido ántes de atarla, manifiestan al más rudo la idea que el autor formó de la enfermedad del autor del Teatro. ¡Oh desdichada Medicina! ¿Que en tu respetable cuerpo tengas algunos miembros de estos, no solo por su idiotismo, enemigos de las vidas, más tambien por su depravada intencion, asesinos de las honras? Qué bien se verifica en el doctor las dos calidades esenciales que pide Valles en el Médico: *Requirendus igitur est, ut res benè cedat, Medicus doctus pariter ac probus.* ¿Cómo puede ser docto el indócil, ni probo el prabo?

Tapa-boca 21. Pero ¿qué hay que admirar de que atropelle la honra ajena quien á su propio gremio des-acredita? Así dice pág. 42. *La cortesía siempre parece bien, y más con un Religioso que en realidad puede estimarla, porque de esta mercancía se gasta muy poca entre los Médicos.* Pues Señor mío; si condena á los Médicos por descorteses, los declara ignorantes y ruines. Hasta ahora no se vió hombre docto y honrado que fuese descortés.

Tapa-boca 22. Levántale tambien el autor del Teatro el testimonio de que propone el arrojado de Velisnieri en sangrar, como pauta para los demás Médicos; y de lo que está el autor tan léjos, que ántes le representa como un mónstruo de que deben huir. Aunque en los dos casos, que refiere Velisnieri, le concedamos al Esbirro, que pudo ser que necesitasen de tanta efusion de sangre aquellos enfermos ¿qué sacaremos de este *pudo ser*? Esto no quita el otro *pudo ser* mucho más verosímil, de que procediese bárbaramente el Médico; y así no hay implicancia en lo que dice en cuanto á estos sucesos el autor del Teatro co-tejados con el régimen de Cornaro. Pero ¿para qué me detengo en las puerilidades del otro *juguete y el otro juguetico, y va de veras ó de burlas*, y toda la demás impertinente fagina de que está lleno este capítulo?

Tapa-boca 23. El séptimo y el octavo son de particular contienda con un Padre Canillejas, que se dice Cirujano. Médico y Cirujano son, allá se la hayan. Buenas vaciedades se dirán uno á otro. Como el Recidenciador no puede contenerse en materia de falsos testimonios, le levanta uno horrendo á Canillejas, que es el que haya tocado el punto de nacimiento y abue-

los de nadie. De nacion sí: de nacimiento es falso. Si acaso esto lleva la duplicada malicia de querer significar, que se pudo decir lo que no se dijo, no puedo determinarlo. Un génio maligno habilidad tiene para todo.

Tapa-boca 24. Notaré solo, que para probar la necesidad del conocimiento fisonómico para la Medicina, cuenta, como á un mozo le conoció en los ojos, que le habia mordido un perro rabioso. De esto hace mucha vanidad. Acaso le levantó que rabiaba (que lo sabe hacer), y con esto le hizo al pobre rabiarse de veras. Pero caso que le conociese en los ojos, ¡gran cosa por cierto! Há más de ocho meses, que yo no veo, ni los ojos, ni las narices del autor del Teatro, y con todo conozco que en todo este tiempo le han estado mordiendo muchos perros rabiosos. Mas: Al doctor Araujo no le he visto sino pintado en sus escritos; y solo por esta imágen suya conozco que rabia. Pero déjame, buen doctor: ¿Qué tiene que ver un afecto preternatural de los ojos con los lineamentos naturales fisonómicos? Sin duda el perro debió de morderle á aquel mozo, cuando estaba en el vientre de su Madre, pues desde que nació hasta que murió, tuvo la misma fisonomía.

Tapa-boca 25. En la última parte del capítulo octavo vuelve sobre el teatro Crítico; pero siempre vuelve sobre la izquierda; porque todo lo entiende siniestramente. Repite lo que ya dijeron otros; pero echándolo á perder. Y nos da á conocer, que no sabe lo que es sistema; voz que ya entienden hasta los barberos.

Tapa-boca 26. En el capítulo nono no hace más

que confirmar lo que el autor del Teatro dijo en el discurso del régimen de sanos; aunque llenándolo de broza, lo que tiene de particular es una noticia histórica, que fabricó en su cabeza, de que Vespasiano vendia las orinas de los que meaban en su Palacio. Y una argumentacion como suya, que es la siguiente hablando con el autor del Teatro: *Porque es imposible que acierte con la curacion, el que yerra el pronóstico. Luego el que acierta el pronóstico acertará con la curacion.* Este argumento es parecido á estotro: *Es imposible que sea discursivo, el que no es animal. Luego el que es animal es discursivo.* Yo no me holgára que esta consecuencia fuese buena, para introducir luego esta subsumpta. *Sed sic est, que Araujo y una Burra (macho y hembra) son animales, luego son discursivos.* Pero como esta consecuencia es falsa, muestra que la otra no es legítima.

Tapa-boca 27. El capítulo décimo y undécimo son, sobre la respuesta del maestro Feijóo al doctor Martinez. Pues ¿quién le mete entre estos dos al Sacatrapos de Araujo? Esto es lo de *graculus inter musas*. Esto es puntualmente cuando están alternando el canto dos Sirenas, meterse de gorra un Sátiro con una corneta en la boca, á acompañar la música. El título que pone es: *Capítulo décimo en que se responde á la respuesta.* Eso me parece: Eche bien albarda sobre albarda, que todas le caen á cuestras, y aún son pocas. ¡Qué modo de hablar tan bárbaro! A la respuesta no se responde, se replica. Al acabar el antecedente capítulo dice: Que quiere pasar á cuchillo aquella respuesta. Fácil negocio es. Por robusta que sea, con cualquiera de sus recetas dará con ella en

la sepultura. Cuanto en estos dos capítulos dice, son alucinaciones, equivocaciones, y todos los demás acabados en *ones*, como asnaciones, gazapatones, disparatones, etc.

Tapa-boca 28. El capítulo doce es todo á probar, que la práctica de la Medicina está prohibida á los religiosos por el derecho canónico. Esto ¿á qué vendrá? ¿Por ventura el autor del Teatro anda pasando inocentes á filo de receta, como Araujo? ¿Qué tiene que ver con esto, el adquirir especies médicas en los libros? Esto por ningun derecho está prohibido á los religiosos, especialmente si esta aplicacion no les estorba los estudios, á que están destinados. El hecho es, que lo que el Rmo. Feijóo estudió de Medicina, no le quitó ser un gran teólogo, y un insigne predicador, en cuyas dos profesiones ha logrado y logra ventajosísimos créditos. Fuera muy puesto en razon que todos los religiosos, que tienen iguales talentos, estudiasen algo de Medicina, no para practicarla, sino para conocer, y dar á conocer al mundo, cuáles son los legítimos, y cuáles los espúreos profesores de ella, pues es cierto, que hay en la Medicina una cáfila de Araujos, que es una lástima.

Tapa-boca 29. El venerable Araujo, dice: Que el Rmo. Feijóo citó falsamente en dos partes á Jacobo Primerosio, y si (según él) es malo levantar un religioso testimonio á los autores; peor será que un mal Sacristan levante testimonios á un religioso. Jacobo Primerosio en su tomo *de Vulgi erroribus* impreso en Leon de Francia, *apud Jacob Faeton*, anno 1664 (dánsele las señas para que le busque mejor)

lib. I. cap. 18. citado por el Rmo. Feijoó, *pág. 46.* trae esta conclusion: *Medicinam esse artem mechanicam.* Dice Araujo, que el libro primero sólo se compone de diez y seis capítulos, y cita de cabeza á cola hasta el diez y seis; pero no ha visto el diez y siete, cuyo título es: *Error illorum, qui Medicinam hominum diversam faciunt á Medicina brutorum.* (Bravo capítulo para el otro Albeitar) Empieza: *Encomia Medicinæ,* y acaba: *Equi quam homines.* El capítulo diez y ocho empieza: *Ex prædictis, quæ vera esse non dubito;* y acaba después de cerca de seis hojas: *Contentum esse par est.* Y porque se vea el testimonio de falsedad, con que falta á la fé pública, no solamente tiene Primerosio capítulo diez y ocho, sino diez y nueve, y veinte, con que el Primerosio de Araujo está cojo y manco de cuatro capítulos, como de cuatro piés. Otra vez cuide de no engañarse en las Librerías, y cotejar sus libros zambos con otros más cabales, por no caer en tales torpezas, porque el Rmo. Feijoó no cita falsamente, pues sin lisonjearle la prenda de veráz y sincero, tiene tanto como el que más, y entre las que posee es la que más sobresale, y que no ha visto los autores solo por el cerro; él sí que sale reo metido á juez, y parece los ha visto salpicando.

Tambien Primerosio en el *lib. 4. cap. 56.* empieza con la autoridad, que cita el Rmo. Feijoó *núm. 35,* de su respuesta á Martinez: *Hic notum veteribus, et nostro tempore (in Anglia præsertim) nimium familiare, et abominandum prorsusque inutile remedium sunt ulcera illa, quæ fontanella vocantur.* La otra nota, que hace el molondron, que cita á Miguel

Luis Sinapio, no llamándose así sino *Miguel Aloisio Sinapio* muestra que el Esbirro no sabe, que *Aloisius* en latin, significa *Luis* en castellano; y así, muchos autores usan de aquella voz en lugar de la de *Ludovicus*; y cuando se escribe en latin de mujer llamada *Luisa*, se usa comunísimamente de la voz *Aloisia*. Pero ¡qué, ignorancias no caben en este moscardon!

Tapa-boca 30. Las reglas de Mabillon, Purchot, y otros se entienden con los ingenios limitados, que no son capaces de estudiar la Medicina ó Jurisprudencia, sin desatender otros estudios obligatorios. Pero así como á hombres rudísimos, como Araujo, no se les debia permitir la profesion de alguna facultad científica, sino enviarlos á arar el campo; así, á los ingenios de mucha extension se les debe persuadir, que cultiven todas las facultades que pudieren. Si Fr. Pedro Pablo de Sangi, religioso Servita, y Teólogo de profesion, no se hubiera dedicado á la Medicina y Anatomía, aún hoy ignorára el mundo la circulacion de la sangre, pues de éste pasó la noticia á Harbe, segun buenos autores.

Tapa-boca 31. El capítulo último es sobre el escepticismo. Como esta es materia en que se estuvo descejando años enteros, puede ser que nos diga algo de provecho. Lo primero que hallamos es, que fuera de propósito vuelve á manchar con la imaginada implicacion de las dos proposiciones: *no hay cosa segura en la Medicina; algo juzgo cierto en la Medicina*. Fiero moscon es. Si le quitáran las repeticiones inútiles de sus quince pliegos, quedarian en seis: si de los seis quitasen lo que ha hurtado de otros pape-

les, quedarían en tres; y si de los tres quitasen el fárrago de cláusulas bárbaras y supérfluas, quedarían en uno; y si este uno se redujese de la letra gótica, en que ha impreso, á otra de mediana estatura, todo se quedaría en dos hojas. Y en esto gastó seis meses.

Tapa-boca 32. Propone luego un argumento á los escépticos, haciendo Juez en él al Rmo. Feijoó, para probar que el escepticismo es enfermedad. El argumento es, que en el sistema escéptico nunca se podrá consagrar; porque para consagrar es menester asentir, á que es verdadero Pan aquel, que se toma para materia de la Consagracion; y el escéptico no presta este ascenso, porque en todo le suspende. Y concluye muy satisfecho: *¡Por dónde va respirando el quid petitis ab Ecclesia de mi Centinela!* ¡Por dónde (digo yo) saca el hocico el demonio del Borrico! Han visto lo que el diablo del hombre ha discurrido en dos años enteros: ¿Qué tanto há que salió á luz el segundo tomo de Medicina escéptica? ¿Que la mitad del tomo se haya empleado en zurrarle la badana al Centinela, echándole en cada hoja seis ú ocho argumentos á cuestras, y que éste en tanto tiempo no pudiese hacer otra cosa que tirar un morliscón á una pequeña cláusula de aquel Libro de Martinez?

Tapa-boca 33. ¿De qué escéptico habla el Centinela? ¿De un escéptico sin límites, que suspende totalmente el ascenso en todo género de materias? Eso no es del caso. Tal escéptico, ¿cómo ha de pensar en consagrar si abiertamente es infiel, y no cree ninguna de las verdades de nuestra Fé? ¿De un escéptico estrechado en los términos, en que se han puesto el Padre

Feijoó y el autor de la Medicina escéptica? No hay argumento: pues estos jamás se sientan á la mesa, que no den ascenso á que aquel bulto blanco que se compró á la panadera, es verdadero pan.

Tapa-boca 34. ¿Qué sea este hombre tan cerrado de mollera, que habiendo el doctor Martinez explicado su escepticismo en dos tomos enteros, y demás á más en la *Carta defensiva*, hasta ahora no la haya entendido? ¿Y que se esté erre que erre en hacerle escéptico rígido en todas las cosas naturales? El doctor Martinez escribió de Medicina escéptica, proponiendo su suspension de ascenso, solo en órden á aquellas opiniones filosóficas, ó fisiológicas, que se ventilan en las escuelas entre los mismos autores católicos. Creerá á sus sentidos, siempre que no hay razon evidente para la duda, ó la Fé le enseña lo contrario, y así prestará firme ascenso, á que éste, que parece Pan, es Pan; y que éste, que parece hombre, es hombre; exceptuando al que, aunque tiene figura de hombre, es otra cosa. En la práctica media creerá á los bien reglados experimentos; y no solo tendrá muchísimas cosas por probables, y por más probables, pero tambien muchas por ciertas, como ha explicado con harta claridad en la *carta defensiva*, y en los puntos prácticos de Cirujía, Medicina y Anatomía, que tocó en sus tres tomos. Pues ¿á qué propósito el Centinela, que desertó de la Milicia, para meterse á Juez de residencia, anda dando encuentros á una sombra? ¿Qué consecuencia se sacará contra los dogmas católicos, de que los elementos sean cuatro, ó cuatrocientos? ¿De que la esencia de la fiebre consista en esto, ó aquello? ¿De qué la práctica

Médica sea cierta, ó incierta? ¿Y de que confie, ó no confie el vulgo demasiadamente en los médicos?

Tapa-boca 35. Alega después una autoridad del Ilustrísimo Palanco, que es tanto contra los escépticos, como contra los mosquitos: *non advertentes bellum acrius contra catholica dogmata, plerumque á philosophis de philosophia tumentibus ortum duxisse.* Construya, señor Centinela, si sabe: ¿quiénes son los filósofos hinchados y soberbios? ¿Los escépticos que tímidos dudan? ¿O los dogmáticos que resueltos afirman? Así se vuelven contra este alucinado las mismas flechas que dispara á los escépticos.

Tapa-boca 36. Prosigue probando, que el médico no puede en conciencia administrar algun remedio sin ascenso probable á su utilidad. ¿Contra quién es esto? El escéptico á quien parece impugna, no solo concede probabilidades en la Medicina, pero en la carta defensiva abiertamente confiesa, que está el médico obligado á seguir la sentencia más probable. No sólo concede opiniones más probables; pero asienta que hay en la Medicina muchas cosas absolutamente ciertas. Pues ¿qué andará azotando el aire Centinela de pretérito, y Espía de presente, acotando con los molinistas, que vienen aquí tan al caso, como los Samaritanos?

Tapa-boca 37. Viene en pos de esto el probar, que no es lo mismo ser dudosa la Medicina, que ser escéptica. *Distingo:* Que ser escéptica, con escepticismo riguroso, *concedo;* con escepticismo moderado, *negro.* Y con esta distincion se viene al suelo hoja y media de fagina.

Tapa-boca 38. Entienda el Centinela residencia-

dor (si es capaz de entenderlo), que el escepticismo puede ser moderado *intensivè* y *extensivè*. Extensive, se modera, estrechándole á determinadas materias, intensive, restringiendo á cierto grado la suspension del ascenso. Y en una y otra moderacion cabe mucho más y ménos. Es escéptico moderado *extensivè* aquel, que á distincion de los Pirrhoneanos, suspende el ascenso, solo en orden á las cosas que no pertenecen á la religion, ni tienen conexion con ella. Es aún más moderado el que restringe la suspension á materias filosóficas y médicas. Aún más el que la restringe á aquellas cosas, que solo se prueban con raciocinios ideales; pero dando crédito á las experiencias sensibles. Este último parece que es el escepticismo del doctor Martinez, como se colige claramente de todas sus obras, y el que auxilia el Padre Feijóo. Pues ¿qué hay en esto contra nuestra Santa Fé? Es escéptico moderado *intensivè*, el que no niega el ascenso probable, sino el cierto; y aún más moderado, el que no niega certeza moral, sino evidente. Supuestas estas distinciones, vea si sobram uchísimo paño, para que podamos favorecer la doctrina escéptica con buena conciencia.

Si quiere contender, que esto no es ser propiamente escéptico, se le dirá, que esa es cuestion aparte, y de nombre, en que con buena conciencia no se puede gastar el tiempo. Lo que es cierto, es, que escéptico, en el uso comun, significa lo mismo que dubitante; y el ascenso probable no excluye, ántes incluye esencialmente la duda.

Este escepticismo moderado del Rmo. Feijóo, está explicado de esta conformidad en su respuesta al

doctor Martinez. Con que del todo va al aire la pólvora fátua del residenciador.

Tapa-boca. 39. Da luego un salto sobre un silogismo del Rmo. Feijoó en su respuesta al doctor Martinez, para negarle la mayor, que es ésta: *aquello que se disputa, se ignora*. Y qué bien negada está ella. Pues allá va en otro silogismo la prueba: *De aquello que se disputa, no hay ciencia; sed sic est, que aquello, de que no hay ciencia, se ignora: luego aquello que se disputa, se ignora. Patet major*: porque lo que se disputa está en opinion y ciencia; y opinion, *in eodem subjecto, circa idem*, son incompatibles. *Minor etiam constat*: porque la ignorancia no es otra cosa que carencia de ciencia.

Tapa-boca 40. Dos instancias hace el Centinela contra aquella mayor negada, entrambas peores. La primera es ésta: *Nadie ignora, que dos proposiciones contradictorias no pueden ser simul verdaderas, ni falsas, y con todo eso se disputa; luego no todo lo que se disputa, se ignora*. ¡Oh insigne silogizante! ¡Oh gloria y honra de la dialéctica! Explíquenos aquella menor: y con todo eso se disputa. ¿Qué se disputa? ¿Si dos proposiciones contradictorias pueden ser simul verdaderas, ó simul falsas? No hay tal disputa. ¿Cuál de las dos es verdadera, y cual falsa? Eso sí que muchas veces se disputa, pero se disputa, porque se ignora. Y así, el silogismo está contrahecho, y la consecuencia no sale: porque la menor en el sentido en que es verdadera no hace relacion á lo que en la mayor se supone sabido de todas, sino á otro objeto muy distinto, sobre el cual se opina.

Tapa-boca 41. La segunda instancia es: *aquello*

que se disputa por que se ignora; sed sic est, que en la Teología casi todo se disputa: luego casi todo se ignora. Nego minorem. No es nada lo que está fuera de disputa en la Teología: todas las verdades de la Escritura, cuanto se contiene en los Concilios, cuanto está definido por los papas, y otras infinitas verdades, que con evidencia se infieren de las definidas. Todo esto saben los teólogos, y catedráticos: y así muy mal hecha está la paridad, en cuanto á saber poco entre estos, y los médicos. Lo que entre los teólogos y catedráticos se disputa, se le concede al Centinela redondamente que no se sabe: porque el opinar, no es saber. Y para que el Centinela se entere de esta verdad, oiga á Vallés: *eorum vero, quae in opinionem versantur, cujus modi sunt omnia physica problemata, constat nullum prorsus sciri posse, quia si quod piam illorum sciretur, accedente scientia tolleretur omnis opinio* (Philos. Sacr. cap. 64). ¿Quiérello más claro? Pues busque quién se lo ponga en romance centinelico, ó bárbarico.

Tapa-boca 42. Todo lo demás que se sigue en este capítulo es fuera del asunto del escepticismo, que el hombre en nada guarda método, y apenas hay capítulo donde no dé unos brincos descomunales, porque su pluma *siempre está retozando, como un caballo lozano.*

El libro, que fol. 13 cita de el venerable Veda, no es suyo, ni le reconocen por tal don Juan de Mabilhon, Natal Alejandro, y otros críticos. Lo que fol. 115 dice: de que el Mercurio tiene contra sí tantos y cuantos enemigos, es falso. Los tuvo ántes que se conociese su inexcusable utilidad para el mal venéreo,

ó ántes que esta enfermedad se conociese. Hoy no tiene ninguno. Desde el *fol.* 116 se pone á probar, que el Espíritu Santo aprobó tanto la Medicina Galénica, como la Helmonciana, aunque sean opuestas; porque una y otra tienen por fin la sanidad. Confunde el doctor alucinado el fin de la obra con el fin del operante. No hay duda que así el médico Galénico, como el Helmonciano tienen por fin la sanidad (si no miran sólo al interés); pero el remedio que aplican, si no es apropiado, ó si en vez de ser útil, es nocivo, no tiene ese fin; y así podrá aprobar el Espíritu Santo la buena intencion del médico, pero no la Medicina de que usa. Después se mete en la badajada, de que el texto de Isaías: *non sum medicus*, se entiende del médico corporal: cosa de que se reirán los muertos. Tambien es graciosísima la prueba de que antiguamente los reyes eran médicos de oficio, tomando en sentido propio, lo que Alápide evidentemente dijo en el Metáphórico.

Tapa-boca 43. Quiero ya dejar en paz al alucinado esbirro de residencias, exortándole por último á que *ate el caballo lozano de su pluma al pesebre del tintero*, y que no la dé tanta paja, ni cebada; con eso no escribirá tan gordo. Este es un caballo no sólo lozano sino desbocado, y necesita de mucho freno. Por eso se le pone este bocado fuerte, ó Tapa-boca.

CARTA APOLOGÉTICA que escribió el P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA á los autores del Diario de los literatos de España, con el nombre de don Hugo Herrera de Jaspedós, sobre la vida de San Antonio Abad, que publicó en octavas don Pedro Nolasco de Ocejo.

Muy señores míos: Yo soy un hombre como Dios me hizo, pero que debo á su Santísima Misericordia el haberme hecho enemigo de sin razones y supercherías. Dígolo porque lo digo, y no lo digo por mal. Vms. con su diario ó su alforja, tienen alborotada no solo la córte, sino toda la península, y aún creo que allende de forma, que no hay rincon que deje por escondido ó perdone por pobre, y con tener el mio mucho de uno y otro, no se ha podido ver libre de este maldito diario, que sin duda tiene cosas de mala ventura.

En medio de que soy naturalmente pacífico y de buena pasta, con todo eso, me tiene asaz mohino el que Vms. nos metan tanta bulla con solos cuatro tomejos, como cuatro bollos de Villanueva, que han producido en el discurso de más de año y medio; cuando saben muy bien y sabemos todos, que andan por ese lugar sugetos así, que pudieran en este tiempo haber escrito muy descansadamente el bulario magno, *sin los principios y fines*, y no por eso se levantaria tan formidable polvareda. Esto, señores míos, consiste, en que Vms. con gran desgarro sacan gran-

des extractos, medianos y chicos de todos los escritos, y otros muchos más, á los que inhumanamente aporrean muy satisfechos y caridelanteros, sin temer la ira del Señor, ni hacerse cargo, que hay entre ellos no pocos libros muy honrados, y que nacieron con muchas obligaciones.

Yo he callado hasta aquí, porque no soy amigo de salir de mi paso natural, cuando las cosas no me tocan muy de cerca; y aunque la avilantez de Vms. me sirva de no pequeña mortificación, he procurado tragármela y decir con el Hechizado por fuerza: *Señor, en descuento vaya de tantos pecados míos*. Pero habiendo visto con cuánta sin razon, animosidad y acaso envidia Vms. en su cuarto tomo despedazan y acrivillan la grande obra de la vida de San Antonio Abad, puesta en octavas por Don Pedro Nolasco de Ocejo, cuyo númen y erudicion, en mi sentir no admite igual, aquí fué donde dió al traste toda mi paciencia y obligado de una injusticia tan enorme, deliberé tomar la pluma. para vindicar la ofendida fama de este incomparable Varon, en cuya defensa es justo se interesen cimbrios, lombardos y godos, porque es causa muy comun la injuria hecha á un literato de este calibre: y esto sin perjuicio de que él por sí mismo vuelva (que sí hará) por su agraviada opinion con el valor, acrimonia y ardimiento que corresponde, y ponga de vuelta y media al *horrendo persecuente* que tan sin piedad le maltrata.

Finalmente espero hacer patente con brevedad en esta carta la poca razon y ménos conocimiento con que se hizo la indecente crítica de este escrito, y que son Vms. cortisimas palas para censurar tan ágría-

mente autores de todas estas campanillas. Y pues en el nuestro se confiesa *lo acertado de su eleccion* y sólo la malicia y el veneno se escupe contra los *Versos de la Obra*, á ellos únicamente ceñiré mi apología; haciéndome cargo de que, cuando las materias son tan sagradas, ni las críticas como las de Vms. ni las apologías como la mia, pueden ni deben tener otro blanco, que el modo exterior con que ellas se tratan, por no exponerse á profanar con una ridiculez sacrilega, asuntos que se merecen toda nuestra piedad y veneracion.

En el principio de su extracto entran Vms. haciendo estrañas alharacas sobre no sé qué *mónstruos* y *sabandijas*, que han descubierto y notado por mayor en el poema de San Anton. Esta entrada se parece con grande propiedad á la que en el cuarto de Lucigüela hicieron don Claudio y Picatoste, en donde tuvieron un coloquio muy semejante al de Vms. y de que pondré aquí una parte, para que se vea la conformidad.

PICATOSTE. No hables de eso, pero ya
¿no ves la lámpara allí?

CLAUDIO. ¿Y no miras (¡ay de mí!)
á la escasa luz que da,
pintadas dos mil visiones
de diablos y matachines?

PICATOSTE. Trastos son espadachines,
para tentar San Anton:
su espíritu nos gobierna.

CLAUDIO. De distinguirlos no acabo.

PICATOSTE. Para eso tengo aquí un cabo
que sobró de la linterna.

No es menester que Vms. enciendan el cabo; y creo que bastará la luz de un ejemplar tan autorizado

para que conozcan ser preciso, que la vida de San Anton abunde de mónstruos, sabandijas, diablos y matachines. Todo lo que no sea encajar dos mil visiones en cada verso, es faltar al carácter y decencia del asunto que se trata; y si don Pedro desempeñó con eminencia esta considerable parte de su intento, no es razon, que por falta de una reflexion tan natural y oportuna, se le haga cargo de lo que es un acierto y prueba evidente, de que sabe manejar las cosas con su peculiar conocimiento y maestría.

Con igual injusticia capitulan Vms. á don Pedro sobre que, para la formacion de su libro, se cobijó á la sombra del señor Blas Antonio Zevallos, maestro de primeras letras, siguiendo la vida de San Anton, que éste escribió en prosa. Y con una crítica artificiosa y satírica se llevan Vms. de calles al señor Blas y á don Pedro, y daca Zevallos, y torna Zevallos: como si Zevallos fuese algun petate descamisado. Señores míos, poco á poco. El Sr. Zevallos fué un sugeto muy blanco y de toda categoría; de forma que nuestro don Pedro hará grande vanidad de hombrearse con él y haber seguido sus pisadas. A poca noticia que Vms. tuviesen de la más segura genealogía, sabrian que la familia de los Zevallos es de grande lustre y acreditada nobleza, y tan antigua, que primero dicen hubo en la montaña Zevallos que Iglesias. El señor de esta casa tuvo en algun tiempo cincuenta y cinco lugares suyos, suyos, que á no ser tantos, yo se los contaría á Vms. uno sobre otro; y tiene su solar en las Astúrias de Santillana en el Valle de Cayon, en donde está un torrejon muy fuerte, que por el ancho de la pared de piedra pasará un carro. Ni parece sa-

ben Vms. palabra de aquel célebre caballero Zevallos que fué á Jerusalén con el Infante don Pelayo, de quien dijo el romance antiguo:

De Jerusalén vinieron
El Infante don Pelayo,
Y con él un caballero
Zevallos infanzonado.

Y queriendo dar el Infante por sus grandes hazañas nuevas armas, á saber: *Peral verde, y Peras de oro, con un lobo atravesado*, le respondió con resolución heroica:

Caballero soy, señor,
De linage señalado,
Armas tengo muy notables
Que me dejó mi p sado:
Las que me dió vuestra Alteza
Tomo para este criado.

De que el Infante se dió por muy satisfecho, y le concedió que pusiese en su escudo la celebrada letra de *Ardid es de caballeros, Zevallos para vencellos*, con alusion á su extraño valor y astucia militar.

Pero todo cese con lo que cierto autor (1) de gran peso en materia de Zevallos nos refiere de Pedro Ordoñez de Zevallos, natural de Jaen, el cual se halló en una tierra, que se llama Cochinchina, y convirtió una Infanta, bautizando mas de doscientas mil personas. *É hizo muy bien* (añade el mismo autor), *y Dios se lo pague; si es verdad, y si nó, no*. Con que en estos términos vean Vms. si los Zevallos son gente para seguida por mar y tierra, y si puede mirarse nunca como delincuente la admirable eleccion de don Pedro, en que, ya que habia de echar mano de al-

(1) Lope de Vega en la novela *La desdicha por la honra*.

guien para guía y dechado de su obra, lo hiciese de una persona tan calificada como el Sr. Blas Antonio Zevallos, que sin duda suena mejor que *Scheuczero*, *Garuffi*, *el Abate Bignon*, y otra gran cáfila de mamarrachos que Vms. citan, y se propusieron seguir en el prólogo de su endiablado diario: por lo que muy bien pudieran Vms. haber callado su pico en esta parte, pues tenían tanto por qué. A esto se llega el que á mi parecer deben Vms. formar gravísimo escrúpulo de poner de mala fé á los Zevallos con nuestro don Pedro, porque, ¿qué sabemos si acaso llevando adelante la gloriosa empresa de seguir en todo, y por todo á los héroes de esta distinguida familia, se le pudiese en el pensamiento el irse piano, piano á la Cochinchina, y allí convertir otra Infanta y bautizar otras doscientas mil personas? Por cierto, buena hacienda habríamos hecho, si por las gerigonzas del maldito diario dejase de tener consumado efecto un intento de tanta importancia y piedad; á fé que no sé yo que ni toda la autoridad del Preste Juan absolviese á Vms. de semejante pecado.

Prosiguen Vms. dando unos alaridos, que ni en el Real de don Sancho se oyeron mayores, sobre averiguar el estilo en que nuestro don Pedro escribió sus benditas octavas. El *Épico* el mismo autor le descarta; el *bucólico con todo el rigor que pide lo lírico*, y que más adelante escogió don Pedro, tampoco es de la aceptacion de Vms. y antes bien hay su poco de relajacion al juicio seglar. Hé: *Los hombres van á galeras, que no tienen de ir las Monjas*. Pues, señores, aquí de Dios y del Rey. ¿Qué estilo ha de ser este, que ni es épico, lírico ni bucólico. ¿Será acaso *estilo*

de Comercio? No. Porque don Pedro parece se inclinó á un estilo esdrújulo. Y siendo así, no hallo otro más á propósito que un estilo *energúmeno*, y aún parece que Vms. le tuvieron por tal; pues emplean todas las armas de la Iglesia para sacarle el diablo del cuerpo. Pero ya he caído (vista la relajación), en que Vms. se persuadieron á que nuestro don Pedro vió el mismo estilo que el divino autor del *Orlando Español*, cuando hablando de la admirable historia que intentaba escribir, dijo:

Que en las Ochas que veis desarrebujo,
En verso suelto, y en estilo brujo.

Brujo sin duda es tambien este pobre estilo, cruelmente relajado al brazo seglar; pero esperamos que le miren con igual piedad y benevolencia, que al que le precedió, y si no quisieren con su pan se lo coman, que don Pedro ha hecho lo posible por explicarse *terso, lírico y bucólico*, y no tiene la culpa de encontrar con diaristas *rispidos, orridos y cacochimicos*.

Lo de la obscuridad en las locuciones depende de igual falta de consideración que la que arriba queda notada: Si así no fuese se tendría presente que San Anton fué un Santo, que gustó siempre de andar muy oculto y embozado, y aún por eso se dijo:

San Anton estaba á la puerta
Con su capillita cubierta.

Con que no es de estrañar que quien escribe su vida procure acomodarse á este mismo embozo y recato, como más propio carácter de su asunto, y el que injustamente bautizan Vms. con el nombre de obscuridad, no siendo otra cosa que escribir la vida de San Anton *con su capillita cubierta*.

Confieso ingénuamente que á primera vista me hizo notable fuerza lo que Vms. oponen á don Pedro, en cuanto á haber hecho pintor á Eurípides, cuando éste es y ha sido siempre hábido y reputado por poeta mondo y raso sin cosa en contrario. Vuelvo á decir que me hallé aquí en grande aprieto, y que para sacar á don Pedro de este mal paso, me ocurrió únicamente el que sin duda para hablar así, tendria presente la comun y sabida regla de *Pictoribus atque Poëtis*: pero después acá estoy bien informado, que el motivo que don Pedro tuvo para añadir esta gracia al buen Eurípides, fué el hallarse en su poder unos instrumentos (originales) muy antiguos, por donde consta que el Rey de Navarra don García hizo merced á Eurípides Gutierrez de la Espriella de ciertas tierras de pan llevar en término de la Bureba, y una viña al pago de los Turruñuelos, por haber pintado con gran primor y valentía el retablo de una iglesia dedicada á no sé qué Santo. Vean, pues, Vms. si puede ya quedar la menor duda en su mala fé, y peor intencion de mortificar injustamente á don Pedro, cuando, aunque en su libro no hubiese otra cosa buena, que un descubrimiento tan feliz y peregrino, éste solo bastaba para darle por él muchísimas gracias y colocarle en la clase de los escritores de mayor erudicion y utilidad. Bien que me hago cargo de que alegarán Vms. en su abono, que siendo aquellos instrumentos tan singulares y raros, no es mucho no tuviesen noticia de ellos; pero ésta no es bastante disculpa para haber decidido tan soberana y magistralmente, antes bien debieran Vms. advertir, que cuando don Pedro lo dijo, lo tendria muy bien visto, por no

ir inconguiente á lo selecto y puntual de las noticias que se hallan esparcidas por todo su libro, y logran la comun admiracion.

Que en la Academia Real de Francia se censuren todos los libros ó no, y que en la Junta de Flandes se haga ó no *Crisi* de todas las obras, no es de cuenta de don Pedro, ni por ello debe hacérsele cargo alguno, una vez que puso el defensivo y aditamento de: *Diganlo los Bolandos, afirmenlo los Papebrochios*. Si estos lo afirmasen y lo dijesen, acabóse la disputa, y si no les diese gana de afirmarlo ni decirlo, no ha de ser don Pedro responsable de su silencio, y de que no tengan palabras hechas para responder á quien las pregunta con tanta cortesía; y así, mientras estos caballeros no hablan, para sacarnos de la duda, quéde-se este reparo suspenso por ahora, que á su tiempo se dará providencia.

No pude menos de reirme muy á mi sabor al ver la insípida *lástima* con que Vms. trasladaron una cláusula de don Pedro, en que éste dice imitó en su obra el estilo de don Luis de Góngora (porque la regla de los estilos esdrújulos deberá llamarse *Gongórico*), y en cuanto al exceso, que podrá hacer al mismo autor se remite á *lo que dirán personas de juicio, desinteresadas, que harán justicia*. Digo, y diré toda mi vida, que esta lástima ó alcuza es ridícula de rabo á oreja, y parecida en esto á la lástima de Bras, de quien dijo la copla:

Lástima da ver á Bras
Como gime y como llora,
Y dice la su pastora,
Bras, no me has de ver más.

Pero ya se trasladó la cláusula, y tenemos lástima en campaña. Y bien, ¿qué dinero? ¿Diremos por eso que hay pretexto justo para estos arrumacos y lagoterías? No seré yo quien tal afirme; porque en mi sentir hizo don Pedro todo su deber en dejar la decision de sus ventajas respecto de Góngora á personas de juicio, desinterés y que harán justicia seca, que es lo mismo que haber dicho: *díganle los Bolandos, afirmenlo los Papebrochios*. En llegando el caso de pronunciarse la sentencia, sabremos quien es Calleja, y mientras (señores míos) á cada uno le haga Dios bien con lo suyo, y Vms. no se metan en si es mejor el Conde que los gitanos, que como dice el refran; entre primos y hermanos no metas tus manos; y allá se lo hayan los poetas con sus mejorías, que harto haremos en dar cuenta de nuestras cosas sin meternos en las de otros, y exponernos á que nos digan aquello de cuidados agenos matan, etc.

En cuanto á que don Pedro dijese *Tireo* en vez de *Tirio*, me parece, salvo el guante, que tuvo razon, y autoridad para ello, y que Vms. pudieron muy bien haber ahorrado aquí su crítica, y su grande gana de echarlo á doce. Antes bien creo haber en esto un cierto primor, y oculto artificio que hace á nuestro autor aereedor á los elogios de todos los que no sean diaristas apasionados, y es el caso que habiendo escrito su grande obra ajustada al Meridiano de Madrid, le pareció conveniente el dar á entender la natural facilidad con que muchas buenas gentes de la Côte trastuecan y trasiegan el uso de las dos letras *e*, *i*, por cuya regla dicen *vesita*, *menistro*; y hasta los muchachos cantan por la calle (al son de la aceitera y los

dos cuartos) una coplilla que prueba concluyentemente este intento, y dice así:

Válgame la de Atocha,
La de *Lorito*,
La de Capacavana,
Y el Santo Cristo.

Esta fué sin duda la mente de don Pedro, y la de Vms. el convertir la triaca en veneno, y encontrar defectos donde otros más bien intencionados hallarian mucho que admirar.

Lo propio sucede en orden á si las voces *Cleonias* y *Sisifa* se pueden usar en buena licencia poética. Este reparo dimana de que Vms. deben de regular la licencia poética por la que les dan en la vicaría para decir misa, y confesar que es solo hasta cierto tiempo, y con mil cortapisas y limitaciones. No, señores míos, Vms. están muy lejos de lo cierto; porque las licencias que se despachan por la cobachuela de Apolo son muy amplias y cumplidas, y en virtud de ellas puede el que la tiene guisar las voces á su modo, y hablar como mejor le pareciere. Bien que por lo que pueda suceder, á espaldas de la tal licencia se da otra á todo género humano para que pueda reirse á carcajada tendida siempre y cuando le parezca y la ocasion lo pida; pero esto dice don Pedro que no le empece, y que así como él no tiene en su mano la risa de nadie, así tampoco debe ninguno reprocharle el que hable como le diese la gana. A que añade que si hubiese sabido que los señores diareros eran tan cortos de vista, hubiera puesto en lugar de estrella el *lucero ó estrellon de pólvora*, que sus maestros echan ménos, y que precisamente habia de ser *más majo que el farolito de la.....*

- Y sobre todo, señores míos, ¿para qué nos andamos con intercolumnios y gerigonzas? ¿Vms. quieren que don Pedro comente su libro con tanta claridad, que no solo los alumbre, sino que los ciegue? ¿Quieren Vms. que en cincuenta pliegos (ó en cincuenta resmas, si menester fuese) escriba el mismo, más que lo que escribieron los Coroneles, los Pelliceres y los Rosales, gente noble y principal? Está muy bien. Don Pedro está pronto á dar á Vms. todo gusto; pero dénselo Vms. en aprontar los cincuenta doblones que pide para la impresion, y dén gracias á Dios por el baratillo; que á no ser porque don Pedro quiere hacer equidad á los principios de la manifestacion de su literatura, y anda tras adquirir parroquianos, no serviria á Vms. á tan buen precio, cuando más le tendria á él de costa. Lo demás es andarse por las ramas; y el pretender que don Pedro gaste en iluminaciones, y escriba media docena de tomos en folio *gratis et amore*, y solo por complacer el genio delicado y cegajoso de Vms., esto ni la razon lo permite, ni la autoridad, pues para semejantes lances se encuentra dicho:

En Sevilla lo canta
Un alpagatero,
Quien quisiere alpargatas,
Traiga el dinero.

Y ya que Vms. no están en ánimo, segun parece, de ministrar los cincuenta del pico, me parecia justo, que no pusiesen mal corazon á nadie, ni se metiesen á agorar, si habrá ó no *quien aborrezca tanto su caudal*, que quiera aplicarlo á un destino, que aunque no es tan bueno como el de casar huérfanas, pudiera no obstante tener utilidades muy importantes, á lo mé-

nos en tiempo de ojaldres. Esto es ser con toda propiedad el Perro del Hortelano; no empero creo, que aún en dictámen de Vms. merezca ménos el poema de San Antonio que el *A. T. C.* á quien con toda su dilatada parentela hemos visto andar por ese lugar harto gordo y rollizo, y rebosando salud por todas sus coyunturas: señal evidente de que no faltaron buenas almas y buenos cincuenta doblones, para que lograrse constitucion tan robusta fornida. Si hubo *quien aborreciese tanto su caudal*, que le desembolsase para la impresion de este libro (al que siempre he tenido por el más maldito del mundo), no sé yo por que regla dudan Vms. el que don Pedro encuentre igual acogida; pues libro por libro aténgome al del bendito San Anton, que nos librará del fuego y de las tentaciones del enemigo. Y si Vms. no me creen *diganto los Bolandos, afirmento los Papebrochios*.

Hasta aquí, gloriosísimo Santo mio, llegan los reparos, á que de *antemano* procuró satisfacer nuestro don Pedro, y sobre que tan ágríamente le han capitulado los autores del diario; bien que para su mayor confusion y sentimiento, á vista de las ingénuas y sólidas razones, con que yo de *post pie* he procurado desvanecer su aviesa malevolencia. No obstante, desconfío que mi eficacia haya logrado aquietarlos, y convencerlos, y me temo que aún se mantengan en sus errados dictámenes, porque tengo á todos los diaristas del mundo en el mismo concepto que uno de nuestros mejores cómicos tenia á las mujeres, de quienes dijo eran diablos de poco arrepentimiento: Dios tal no permita; pero si así fuese, buena pró les haga, que de gloria se lo ahorran.

Y viniendo ahora á un segundo choque, en que de nuevo se encarnizan Vms. contra don Pedro, culpándole con igual impiedad de otros defectos, que dicen han observado en su obra, y de que esperamos sacarle tambien á paz y á salvo con la misma felicidad que hasta aquí, para que sea completo su triunfo, y el sonrojo de sus injustos émulos; no puedo ménos de admirar la proligidad y menudencia con que Vms. ensartaron una larga lista de voces magníficas, y de estas tres en libra, á las que nombran *ridículas*, y *extrañas* con poquísimo conocimiento de lo cierto. Eslo sin duda que don Pedro echó mano para su poema de los términos más correspondientes á él; porque habiendo jurado de poeta culto, y tenebroso (por cuanto sigue la verdadera opinion de que en esto consiste lo primoroso y perfecto de la poesía) era consiguiente que usase las voces facultativas del metro culterano, cuales son las que Vms. desacreditan; al mismo modo que los Arquitectos dicen *pilas-tras*, *arquitrabes*, *zócalos*, y *arbotantes*, por ser términos propios, y peculiares de su profesion, y que se hicieron para pocos. Amén de esto, bien pudieron Vms. haber visto y notado por esas esquinas cierto papel impreso, en que los boticarios (cuya facultad tambien requiere estilo grecizante y latinoso) avisaban al público como tenian dispuesto los simples para *confingir y elaborar la theriaca magna de Andrómacho*. Esta expresion (mirando las cosas en conciencia) es de tan superior retumbancia, que no merece descalzarla ninguna de las que se censuran en don Pedro, y por impresa merecia bien un rasgo de la crítica de Vms.; pero es el caso que para

aquella se tuvo presente la razon, que la disculpa, y para las otras se olvidó esta misma razon, ó se despreció maliciosamente. Así anda el mundo, y luego querremos que llueva.

Y ya que andan Vms. tan indulgentes con los boticarios, bien pudieran haber procurado entre todos ellos alguno de los simples preparados para el referido *confinjimiento*, y elaboracion, con que sanar los *sabañones* y demás dolencias, que advirtieron en los piés de los versos del poema; pero conocer el achaque, y no aplicar la medicina, siendo tan fácil á Vms. y pudiendo pedir á uno de los amigos, siquiera un manojó del *umbilicus veneris*, que es remedio probado; esto ni lo consiente la caridad cristiana, ni se compadece con aquella *lístima* de que parece hacen Vms. especial profesion. Yo espero, en medio de eso, que los pobres piés, como hechos á trabajos, lleven esta crueldad con paciencia, aunque nó el que Vms. se metan tambien á contarles los puntos, y á levantar el grito sobre si les sobra, ó les falta. Esto, señores de mi alma, no es de la incumbencia de Vms., y solo lo seria en caso de que corriese de su cuenta el proveerlos de zapatos: entónces alguna razon habria de murmurar de las obras; pero si Vms. no están de ese parecer, bueno será dejarlo, que cada pié es como Dios le hizo, y á nadie le toca averiguar, si tiene media vara más ó ménos de lo que debiera tener; fuera de que, bien pudo don Pedro haberse ahorrado de esas gerigonzas con hacer lo que otro poeta conocido mio, que habiendo oido, que los versos se median, tomaba una pajita siempre que versificaba (porque tambien tenia presente el refran de

paja triga hace medida), y con ella ajustaba y media sus metros con tal proligidad, que no discrepaban un ápice uno de otro; y con esto salian sus producciones con toda aquella perfeccion que es consiguiente á un cuidado tan conducente y oportuno.

Siguense varios ejemplos que Vms. entresacaron del poema, y con que pretenden probar que don Pedro anduvo frio de pensamientos en su composicion. Yo quisiera me dijesen Vms. quién podrá gastar pensamientos calientes, ni aun tibios, escribiendo la vida de San Anton, Santo de quien reza la Iglesia en el rigor del invierno, y cuya canícula es el v. gr. de las estaciones más frias y yertas. Repito tercera vez, que Vms. parece han hecho gala en su extracto de olvidar maliciosamente ó desentenderse de aquellas congruencias, que don Pedro tuvo muy presentes para el mayor acierto en su empresa. Esta fué una de ellas sin duda, y por eso puso todo su cuidado en formar un poema tan de garapiña, y rebosando cárambanos, que los lectores diesen diente con diente, y conociesen por un efecto tan sensible, que estaban leyendo la vida de San Anton. Este primoroso artificio es plausible entre los que gastan buena intencion, pero Vms. todo lo convierten en ponzoña, como tienen la suya tan dañada y doliente. Creo, empero, que algun poco de razon tienen Vms. en la censura de uno de los referidos ejemplos, que es el en que don Pedro dijo:

Indicaban lúgubres latrocinio,
Término criminal, perdone Vnfo.

Aunque el descuido que aquí hubo tiene distinto

motivo que el de la ponderada frialdad. Esto es, que habiendo justamente resuelto don Pedro el valerse de las voces más cultas y encrespadas, pudo haber omitido el citar á *Vinio* con este nombre comun y sabido de todos, y expresarse con el de *Arnoldo* que tambien tiene y era más regular y propio de su intento. Pero ya que él no lo hizo, lo ejecutaré yo, y trobaré aquellos dos versos sin salir del tema propuesto, que es defender á don Pedro, diciendo en su nombre:

Y en impugnarme á mí gastó Leopoldo,
Término criminal, perdone Arnoldo,

De este modo queda todo compuesto, y Vms., sin aquel viso de razon que en esta parte pudieran tener, como ni parece la tienen en murmurar tan voluntariamente de que don Pedro use con frecuencia de la transposicion, siendo esta figura tan noble y admirable, que mereció al grande autor de la *Gatomachia*, el que la practicase con especial recomendacion para dar á entender su valor y mérito, cuando dijo:

En una de fregar cayó caldera
(Transposicion se llama esta figura.)

Finalmente, concluyen Vms. quejándose altamente de la poca urbanidad y ménos decentes expresiones de don Pedro, como si esto de la cortesía estuviese en manos de un cristiano, y no fuese cosa que Dios la dá y Dios la quita. Esto, señores míos, vá en génios, y si don Pedro no le tiene de ser cortés, nadie puede formar queja de lo que el otro no puede remediar; y mucho ménos Vms., pues no les llamó *Garrochones*,

que segun tengo noticia es el dicterio más de moda en esa córte. Fuera de esto es constante que no han dado Vms. poco motivo á don Pedro de levantar el grito y lamentarse igualmente del poco miramiento con que se le trata, llamándole *poeta silvestre*, equivocándole con los *latino-bárbaros que aspiran al laurel por este medio*; pintándole un hombre de *expresiones indecentes y libertadas* con otro monton de cosas de este jaez, y esto con tanto empeño y acrimonia, que no dudó le aplicarian (si de él tuviesen noticia) un soneto que hizo cierto amigo á otro poeta de la misma estofa de que Vms. injustamente nos quieren hacer á don Pedro y que pues para entre mis manuscritos, le he de trasladar aquí:

¡Oh tú! Cuerbo feliz cuyo graznido,
Con bronca voz, con destemplado aliento,
Al compás del más rústico instrumento
Íntimas desazones al oído;
Di, ¿qué Apolo infernal te ha influido
Tan discorde, tan bárbaro concento?
¡Oh, quién nunca tuviera entendimiento,
Para que nunca fueses entendido!

Deja la inculta lira, no presumas
Profanar atrevido é in solente

La noble ocupacion de nobles plumas:

Pues no conseguirás, aunque lo intente
Tu nécia rustiquez con ansias sumas,
Que el sagrado laurel orle tu frente.

Y no sólo creo esto, sino que estoy tambien persuadido, á que siguiendo Vms. su génio malignante, y endiablado, le aplicarian otro epigrama latino, que le viene de molde á don Pedro segun el concepto que Vms. pretenden se haga de él (de que Dios me libre), y dice así:

*Est quidam in triviis, quem dicunt esse Poëtam
Non quod Odysseas, aut magna Poëmata condat,
Sed quoniam pueros genitricis ab ubere raplos
Ille docet pe o po, e, poe, te a la, Poëta.*

¿Y esto se puede hacer en ley de Dios? ¿No me dirán Vms. con qué conciencia se atreven á poner á un poeta de bien en tal punto de vista que le vengan de perlas todos estos dicharachos y remoquetes? ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

No obstante, aunque todo esto creo, estoy tambien bastantemente inclinado á creer, que á la hora de esta están Vms. harto convencidos (en vista de mi apología) de que más les valiera estar duermes, que haberse metido con don Pedro, en cuyo nombre juzgo haber dicho lo que basta (y aún lo que sobra) para dar á entender á Vms. y al mundo entero la mala fé y poca razon con que le insultaron tan ásperamente en el extracto de su poema. Yo no le conozco sino por sus divinas obras; pero cualquiera se hará cargo en atencion á lo justificado y piadoso de la causa, que bien pude arrogarme la accion de volver por el honor y lustre de un sugeto tan benemérito, y tan injustamente agraviado: y con efecto estoy muy desvanecido de haberlo así ejecutado, y que haya sido con tanta felicidad; lo que se debe atribuir más á sobra de razon, y á que Dios ayuda las buenas intenciones, que á que yo crea se halla en mí la menor proporcion para salir bien de semejantes empeños. Espero así mismo que este tan costoso aviso les servirá á Vms. de grande estímulo para mejorar de conducta en la prosecucion de su proyecto: si así fuese me tendrán Vms. por su

amigo hasta el gollete, y mandar lo que se ofrezca; pero sino será preciso volver las nueces al cántaro, y caiga el que cayere, que en llegando á estos lances no sé ahorrarame ni aún con el Padre que me engendró: y Cristo con todos. Cabelos y Agosto 31 de 1738—B. L. M. de Vms. su servidor que su bien desea—Don Hugo Herrera Jaspedós.—Señores don Juan Martinez Salafranca y don Leopoldo Jerónimo Puig.

CARTA que con el nombre de JORGE PITILLAS escribió el P. Isla á los mismos autores del Diario [de los literatos de España, acompañando una Sátira contra los malos escritores de este siglo.

Muy señores míos. Una larga mansion en esa Côte á dependencia de muchos ratos ociosos, me dió la oportunidad de emplear los más en la lectura de todo lo que salia nuevamente á la luz pública; y esta aficion, hecha ya costumbre, la continúo con abinco aún en el retiro de mi casa, á dónde há algunos meses que me he restituido. Los repetidos chascos que en el gusto, y en la bolsa me ha acarreado esta imprudente curiosidad, me han puesto de malísimo humor contra casi todos los escritores de nuestro siglo, y en el ánimo de procurarme una honesta venganza, que sea compatible con el cristianismo, y la racionalidad. De esta resolucion remito á Vms. una prueba en esa Sátira, para que vean un efecto práctico de mis adversas disposiciones hácia los libros nuevos, y sus autores, coadyuvadas de mi avanzada y achacosa edad, que me constituye naturalmente regañón. Espero deber á Vms. el favor de que la hagan lugar (el más humilde) en uno de sus diarios, avisándome á su tiempo de lo que resulte de su publicacion, para que junto su aviso de Vms. con las observaciones, que yo tambien haré por acá, me determinen sobre el hacer igualmente públicas otras no pocas Sátiras,

en todo parecidas á la adjunta, y para que ya quedan muchos materiales aparejados. Ínterin sépan Vms. que deseo servirles, y que les soy su más apasionado; porque aunque Vms. no son tan buenos, como yo quisiera, son empero los ménos malos, y los que ménos han ejercitado mi paciencia. — Nuestro Señor guarde á Vms. muchos años. Barcelona y Abril 29 de 1741—B. L. M. de Vms. su afecto y seguro servidor—Jorge Pitillas.—Señores don Juan Martinez Salafranca, y don Leopoldo Jerónimo Puig.

SÁTIRA contra los malos escritores de este siglo.

Por un anónimo, JORGE PITILLAS.

*Irasci nostro, non debes, Cerdo libello,
Ars tua, non vita, est carmine læsa nec
Innocuos permitte sales, cur ludere nobis
Non liceat, licuit si jugulare tibi? (1)*

Admonère volumus, non mordere: prodesse, non ledere: consulere moribus hominum, non officere. (2)

Á QUIEN LEYERE.

Tengo muy creído, que la calidad y aún la claridad de este escrito causará extrañeza á todos, escándalo á muchos, y mortificacion á algunos. Causará precisamente extrañeza á todos, porque siendo éste el único papel en su género, que en nuestros tiempos se se ha dejado ver en España, es consiguiente que una cosa tan absolutamente nueva sea recibida con maravilla universal. El escándalo tendrá lugar en aquellos espíritus flacos, que se horrorizan de todo; y al sólo título de sátira, con gesto ponderado y continente de Catones declamarán altamente contra la corrupcion del siglo, y malicia de los hombres. Ultimamente será de no pequeña mortificacion para los sugetos in-

(1) Martial. lib. 3. Epigram. XCIX.

(2) Erasm.

teresados, y contra quienes se dirige, porque á la verdad no hay cosa que más aflija á los hombres, que el verse asaltados por la parte que tienen más sensible, esto es, por sus obras y producciones de su entendimiento.

Pero contra estos siete vicios hay siete virtudes; quiero decir, que contra estas tres dolencias hay tres antidotos, con que supuesta la buena disposicion del paciente, se puede justamente esperar su restablecimiento.

La enfermedad de los primeros no es de cuidado, como no se complice con otra más peligrosa, ó la acompañen algunos síntomas perjudiciales; porque en realidad la extrañeza en este caso debe mirarse, más como efecto de la novedad, que como achaque: y así á estos bastará recetarles la consideracion de que no solo en lo físico se debe admitir la renovacion de especies, que ésta tiene tambien lugar en otras materias; y que por eso el tiempo con su vicisitud repite en el teatro del mundo la representacion de algunas cosas, que estaban sepultadas en la ignorancia ó en el olvido.

Los segundos son de más difícil curativa, ó acaso del todo incurables; y esto no tanto por lo pernicioso de su dolencia, cuanto por sus malas disposiciones, y lo poco que se ayudan para librarse de ella. Ciertamente no encuentro en toda mi botica cosa que bien les cuadre. Pero valga por lo que valiere, hágoles presente que harto tiempo tienen para aspavientos y hazañerías; que procuren ante todas cosas examinar seriamente este opúsculo, y le verán revosando buena fé, é igual intencion, y sin que en todo él se descu-

bra la menor seña de un ánimo depravado, y que gusta de ofender:

.....*Quod vitium procul abfore chartis.*

Atque animo prius: ut si quid promittere de me

Possum aliud, verè promitto.

Y últimamente que no perjudica á la conciencia, ni al estado el que halla un libro no escrito á su gusto, y le es lícito enfadarse muy de veras de su mala lectura.

Los terceros en su indisposicion tienen razon que les sobra, y así yo les tengo mucha lástima no sólo por la mortificacion que los desazona, sino tambien por el motivo que la produjo. Pero es preciso considerar (y sea más consuelo que receta), que desde que hicieron públicos sus trabajos, me dieron á mí y á todos un absoluto derecho de formar el juicio que á cada uno le pareciese; y de aquí nace, que en caso de declararse, conviene hablar con ingenuidad, porque no por complacerles, es cosa de abandonar el sentido comun. Fuera de que lo que yo digo, no es ninguna decision rotal, ni el Evangelio de San Marcos; y así pueden muy bien mantenerse en su amor propio, y hacerse toda la merced que quisieren. Bien que me temo que sean únicos en su dictámen, ó le siga quien no le autorice; sin que por esto presuma yo de voto de calidad, sino porque es consecuencia precisa de una notoria ineptitud.

Estas reflexiones, como naturalísimas, son convincentes, y debieran aquietar enteramente á los que son principal objeto de ellas: dudo empero del buen efecto, por lo arraigado que está en el mundo el tiránico dominio de la preocupacion y el capricho. No obstan-

te, me ha parecido inescusable el proponerlas, (omitendo otras que la recta razon influye), así para mi satisfaccion y la de los indiferentes, como para mayor confusion de los tercios, y darles á conocer que en ellos se verifica con lastimosa propiedad lo de *video meliora, proboque, deteriora sequor*.

Pero advierto, que no aprecio tanto la complacencia de divertirme y divertir á otros, que deje de observar cuidadosamente las resultas sérias, que pueda tener mi proyecto. Por eso vá esta sátira en figura de peregrino á sondear los ánimos. Si de su publicacion acaece, que descubriéndose algunos inconvenientes (que por no alcanzarlos se hayan escapado á mi buena intencion) se me proponga un sólo reparo racional ó algun calificado resentimiento; desde luego cesaré muy gustoso en su prosecucion. Pero si sólo se me reconviniere con futilidades y necias quejas de hazañeros ó de interesados que respiran por la herida, corre muy de mi cuenta el no hacerla de ellos, y continuaré en mi labor, produciendo á corta distancia de tiempo otras diferentes sátiras del mismo calibre y circunstancias que la presente, en que me ria y nos riamos á costa de escritores chapuceros.—Vale.

..... *Liberius si di-*
xero quid, si fortejocossius, hoc mihi juris cum ve-
nia dabis.

SÁTIRA.

No más, no más callar, ya no es posible,
 Alla voy, no me tengan fuera digo,
 Que se desata mi malaita horrible.
 No censures mi intento, ó L. ho amigo,
 Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
 El fatal movimiento que ahora sigo.
 Ya toda mi cordura se ha acabado,
 Ya llegó la paciencia al postres punto,
 Y la atacada mina se ha volado.
 Protesto, que pues hablo en el asunto,
 Ha de ir lo de anaño y lo de ogaño,
 Y he de echar el repollo todo junto.
 Las piedras que mil dias ha que apaño,
 He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
 Por vengar el coman y el propio daño.
 Ba-te ya de un indigio sufrimiento,
 Que reprimió con debiles reparos
 La justa saña del conocimimiento.
 He de seguir la senda de los raros,
 Que mendigar sufragios de la plebe (1)
 Acarrea perjuicios harto caros.
 Y ya que otro no chista ni se mueve,
 Quiero ser yo satírico Quijote
 Contra todo escritor follon y aleve.
 Guerra declaro á todo monigote,
 Y pues sobran justísimos pretextos,
 Palo habrá de los p.és hasta el cogote.

(1) *Non ego ventosa plebis suffragia venor.*
 Horac. lib. I, Epist. 19, v. 37.

No me amedrentes Lelio con tus gestos, (1)
 Que ya he advertido, que el callar á todo
 Es confundirse tontos y modestos.
 En vano intentas con severo modo
 Serenar el furor que me arrebató,
 Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
 ¿Quieres que aguante más la turba ingrata
 De tanto necio, idiota, presumido,
 Que vende plomo por preciosa plata?
 ¿Siempre he de oír no más? ¿No permitido
 Me ha de ser el causaries un mal rato
 Por los muchos peores que he sufrido? (2)
 También yo soy al uso literato, (3)
 Y se decir, *Rhomboydes*, *Turbillones*,
 Y blasfemar del viejo *Peripato*.
 Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
 Y en famoso teatro argüí recio,
 Fiando mi razón de mis pulmones.
 Sabes con cuánto afán busco, y aprecio
 Un libro de impresion *Elzeviriana*,
 Y le compro (aunque ayune) a todo precio.
 También el árbol quise hacer de Diana,
 Mas faltóme la plata del conjuro,
 Aunque tenía vaso, nitro y gana.
 Voy a la Biblioteca, allí procuro
 Pedir libros que tengan mucho tomo,
 Con otros chicos de lenguaje oscuro.
 Apunto en un papel que pesa el plomo,
 Que Dioscórides fué grande herbolario,
 Según refiere *Ubandenlarchk* el romo.
 Y allego de noticias un almarío,
 Que pudieran muy bien según su casta
 Aumentar el *Mercurio literario*.

(1) Aufer

Me vultu terrere. . . .

Dum quæ Crismini docuit me Fanitor, edo,

Horac. lib. 2. satyr. 7. v. 43.

(2) *¿Semper ego auditor tantum? Numquam ne respondeam.*

¿Vexatus toties? Juven. sat. 1. v. 1.

(3) *Et nos ergo manum ferulam subduximus etc.*

Idem ibid. v. 15.

Hablo francés aquello que me basta
 Para que no me entiendan ni yo entienda,
 Y fermentar la castellana pasta.
 Y aún por eso me *choca* la leyenda,
 En que no *arriba* hallarse un *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina, es célebre *pasage*
 Para adorar una es: añola *pieza*,
 Aunque Galban no entienda tal *potage*.
 ¿Qué es esto Lelio? ¿Mueves la cabeza?
 ¿Qué no me crees, dices? Que yo mismo
 Aborrezco tan bárbara simpleza.
 Tienes Lelio razón, de este idiotismo
 Abomino el ridículo ejercicio,
 Y huyo con gran cuidado de su abismo (1).
 La practica de tanto error y vicio,
 Es empero (segun te la he pintado)
 De un moderno escritor sabido oficio.
 Hácele la ignorancia más osado,
 Y basta que no sepa alguna cosa,
 Para escribir sobre ella un gran tratado.
 Y si acaso otra pluma más dichosa
 En docto escrito deleitando instruye,
 Se le exalta la bilis embidiosa.
 Y en fornido volúmen, que construye
 (Empuñando por pluma un varapalo)
 Le acrivila, le abrasa, le destruye.
 Ultrages y dieterios són regalo
 De que abundan tan torpes escrituras,
 Siendo cada palabra un fuerte palo.
 En todo lo demas camina á oscuras,
 Y el asunto le olvida ó le defiende
 Con simplezas é infieles imposturas.
 Su ciencia sólo estriva en lo que ofende,
 Y como él diga desvergüenzas muchas
 La razón ni la busca ni la entiende.
 A veces se prescinde de estas luchas,
 Y hace toda la costa el propio Marte,

(1) *Nequē enim hoc studeo, bulatū ut mihi nugis,
 Pagina turgescat, dare pondus idonea fumo.*
 Pers. Sat. 5, v. 19.

En que hay plumas tambien que son muy duchas.
 No menor ignorancia se reparte
 En estas infelices producciones,
 De que Dios nos defienda y nos aparte.
 Fijanse en las esquinas cartelones,
 Que al poste mas maeizo y berroqueño
 Le levantan ampollas y chichones.
 Un titulo pomposo y alhagüeño,
 Impreso en un papel azafianado,
 Da del libro magnifico diseño.
 Atiza la *Gaceta* por su lado,
 Y es gran gusto comprar por pocos reales
 Un librejo amarillo y jaspeado.
 Caen en la tentacion los animales,
 Y aún los que no lo son, porque desean
 Ver á sus compatriotas racionales.
 Pero ¡Oh dolor! mis ojos no le van,
 Al leer del frontis el renglon postrero,
 La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, Sanz ó Muñoz son mal agüero,
 Porque engendran sus necias oficinas
 Todo libro civil y chapucero.
 Crecen á cada paso las mohinas,
 Viendo brotar por pautas y renglones
 Mil sandeces insul-as y mezquinas.
 Toda dedicatoria es clausulones.
 Y voces de pie y medio (1) que al Mecenaz
 Le dan en vez de inciensos, coscorrones.
 Todo prólogo entena cantilenas,
 En que el autor se dice gran supuesto,
 Y Bachiller por Lugo ó por Atebas.
 No ménos arrogante é inmodesto,
 Pondera su proyecto abominable,
 Y ofrece de otras obras dar un cesto.
 Yo lo flo copiante perdurable,
 Que de ajenos andrajos mal zurcidos,
 Formas un libro engerto en porra ó sable.
 Y urgando en albañales corrompidos
 De una y otra asquerosa *Polianthea*,
 Nos apestas el alma y los sentidos.

(1) *Projicit ampullas, et sesquipedia verba.*
 Horat. in art. v. 97.

El estilo y la frase inculta y fea
 Ocupa la primera y postrer llana,
 Que leo enteras sin saber que lea.
 No halla la inteligencia siempre vana
 Sentido en que emplearse y en las voces
 Derelinques la frase castellana.
 ¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
 Habla bribon con ménos retornelos,
 A pasto llano y sin vocales coces.
 Habla, como han hablado tus abuelos,
 Sin hacer profesion de boquilobo,
 Y en tono que te entienda Cienpozuelos.
 Perdona, Lelio, el descortés arrobo,
 Que en llegando á este punto no soy mío,
 Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
 Déjame lamentar el desvarío,
 De que nuestra gran lengua es¹ abatida,
 Siendo de la elocuencia el mayor río.
 Es general locura tan crecida,
 Y casi todos hablan, cual pudiera
 Velloso Geta ó rústico Numida.
 ¡Y á estos respeta el Tajo! ¡A estos venera!
 Manzanares y humilde los adora (1)
 ¡Oh ley del barbarismo agria y severa!
 Preguntarásme acaso, Lelio ahora,
 ¿Cuáles son los simplicitos Eseribas,
 Contra quienes mi pluma se acalora.
 Yo te daré noticias positivas,
 Cuando hable *nominatim* de estos payos.
 Y les ponga el pellejo como Cribas.
 Más claro que cincuenta papagayos
 Dirá sus nombres mi furioso pico,
 Sin rodeos, melindres, ni soslayos.
 ¿La frente arrugas? (2) ¿tuerces el hocico?
 Al *nominatim* ¿haces arrumacos?
 Óyeme dos palabras te suplico.
 Yo no he de llamar á estos bellacos
 Palabra alguna, que la ley detesta,
 Ni diré que son Patos, ni Berracos.

(1) *¡Hos tu, Nile colist! ¡Et hos tu tybris adorast!*

(2) *¿Quid contraxistis frontem?* Plaut, in Prol. Amphytr.

Solo diré, que su ignorante testa,
 Animada de torpe, y brutalmente
 Al mundo racional le es muy infesta.
 Tontos los llamaré tan solamente,
 Y que sus libros á una vil cocina
 Merecen ser llevados prestamente;
 A que Dominga rústica, y mohina,
 Haga de ellos capaces cucuruchos
 A la Pimienta, y á la especia fina (1).
 De este modo han escrito otros más muchos
 Satíricos de grados, y corona,
 De que dá la leyenda ejemplos muchos.
 En sus versos *Lucilio* no perdona.
 Al Cónsul, al Plebeyo, y Caballero (2),
 Y hace patente el vicio, y la persona.
 Ni Lelio adusto, ni Scipion severo
 Del Poeta se ofenden, aunque maje
 A *Metello*, y a *Lupo* en su mortero (3).
 Cualquiera sabe, mas que sea Paje,
 Que *Horacio* con su pelo, y con su lana
 Satiriza el pazuato, y el bardaje.
 Y entre otros, á quien zurra la badana
 (Por defectos, y causas diferentes)
 Con *Cassio* el escritor (4) no anduvo rana.
 Pues Montas, si furioso hincó los dientes
 Al culto *Alpino*, aquel que en sus cantares
 Degollaba Memnones inocentes;
 El que pintaba al Rhin los aladares (5)
 En versos tan malditos, y endiablados,
 Como pudiera el mismo *Cañizares*.

(1) *Ne nigram cito raptus in culinam Cordyllas madido tegas Papyro
 Vel thuris, piperisque sis cucullus.* Mart. 1. 3. ep. 2.

(2) *Primores populi arripuit populumque tributum.* Horat. sat.
 1. lib. 2. vers. 69.

(3) Num *Lælius*, aut qui *Duxit* ab oppressa meritum.
*cætrig ne nomen Ingenio offensi? Aut læso doluere Meillo
 Famosisque Lupi co-perto versibus?* Horat. ibid. v. 65.

(4) *Amet scripsisse ducentos Ante cibum ver-*
sus, totidem cænatus: Hetrusci
Quale fuit Cassi rapido ferventius anni Ingenium. Horat
 lib. 1. sat. 10. v. 59.

(5) *Turgidus Alpinius, jugulat dum Memnona dumque
 Defingit Rhæni luteum caput. Hæc ego ludo.* Id. ibid. v. 36.

Persio á todo un *Neron* tiró bocados,
 Y sus conceptos saca á la vergüenza,
 A ser escarnecidos, y afrenados (1).
Juvenal su labor así comienza,
 Y á *Codro* el escritor nombra, y censura (2).
 Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
 No solo la *Theseida* le es muy dura
 A *Telepho*, y a *Oreste* spiritado
 También á puros go pes los madura (3).
 Con esto á sus autores hunde un lado,
 Si á *Cluvieno* (4) le quiebra una costilla,
 Y una paimana á *Mathon* el Abogado (5).
 Con libertad en fin, pura, y sencilla,
 Observa en to la su obra el mismo estilo,
 Nombrando á cuantos lee la Cartilla.
 Y por si temes, que me falte asilo,
 En ejemplo de autor propio, y casero,
 Uno he de dar, que te levante en bilo.
Cervantes, el divino viajero (6),
 El que se fué al Parnaso piano, piano,
 A cernir escritores con su Arnero.
 Si el gran Mercurio no le va á la mano,
 Echa a *Lufraso* de la Nave al Ponto
 Por escritor so-z, y chavacano.
 De *Arbolanches* descubre el genio tonto,
 Nombra a *Pedrosa* nove ero infando,
 Y en criticar á entrambos está pronto.
 Sigue el *Pastor de Iberia* autor nefando,
 Y el que escribió la *Picara Justina*.
Capellan lego del contrario bando,
 Y si este libro tanto se a rimina,
 ¿Qué habria si al *Alphonso*, áspero y duro,
 Le pillase esta Musa Censorina?

(1) *Torba Mimalloneis, etc.* Pers. sat. 1. v. 99.

(2) *Vexatus totius cauci Theside Codri*, Juven. sat. 1. v. 2.

(3) . . . Immune di m consumpserit inge is Telephus? Aut summi jam margine libri Scriptus, et in tergo nondum finitus Orestes. Ibid. v. 4.

(4) *Si natura negat, facit indignatio versum. Qualecumque potest: Quat s ego vel Cluvienus.* Ibid. v. 79.

(5) . . . Te Consule dic tibi quis sis Orator velle mens, an Curtius, an Matho Id. sat. 11. v. 33.

(6) Miguel de Cervantes en su viaje del Parnaso.

Otros más con intento casto, y puro
 Ata de su censura á la fiel rueda,
 Y les hace el satírico conjuro;
 Aunque implícitamente, y sin que pueda
 Discernir por la bulta, y mescolanza,
Cual es Garcilasista ó Timoneda.
 Bien la razón de su razón se alcanza,
 Porque (con él en versos placenteros
 Intima en el discurso de su andanza) *2*
Cernículos, que son la gartijeros,
No esperen de gozar las preheminiencias
Que gozan Gvilanes no pecheros.
 Cesen ya, Lelio, pues tus di-pliencias,
 Y á vista de tan nobles ejemplares,
 Ten los recelos por impertinencias.
 Y escusemos de dares y tomares,
 Que el hablar claro siempre fue mi maña,
 Y me cómo tras ello los pulgares.
 Conozco que el fingir me aflige y daña;
 Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
 Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
 No por éso mi genio, liso y franco,
 Se empleará tan solo en la censura
 Del escrito que cree cojo ó manco.
 Con igual gusto, con igual lisura,
 Dará elogios, humilde y respetuoso,
 Al que goza en el mundo digna altura.
 Que no soy tan mohino y escabroso,
 Que me oponga al honor, crédito y lustre
 De autor que es benemérito y famoso.
 Pero ¡oh, cuán corto es el bando ilustre!
 ¡Cuán pocos los que el Justo Jove ama (1),
 Y en quién mi saña crítica se frustre!
 Ya ves cuan impetuosa se derrama
 La turba multa de escritores memos,
 Que escriben al hambre, y no á la fama,
 Y así no extrañes, nó, que en mis extremos,
 Me muestre mas sañudo, que apacible,
 Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
 La vista de un mal libro me es terrible,

(1) *Pauci quos æquus amavit Jupiter.*
 Virg. lib. 6. *Æneid.* v. 129.

Y en mi mano no está, que en este caso
 Me deje dominar de la irascible.
 Días ha que con ceño nada escaso
 Hubiera desahogado el entresijo
 De las fatigas tétricas que paso.
 Si tú en tus cobardias siempre fijo,
 No hubieras conseguido reportarme;
 Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
 De aquí adelante pienso desquitarme;
 Tengo de hablar, y caiga el que cayere,
 En vano es detenerme y predicarme.
 Y si acaso tú, ú otro me dijere
 Que soy semipagano (1), y corta pala,
 Y que este empeño más persona quiere:
 Sabe, Lelio, que en esta cata, y cala,
 La furia que me impele, y que me ciega,
 Es la que el desempeño más señala;
 Que aunque es mi Musa principiante y lega,
 Para escribir contra hombres tan perversos,
 Si la naturaleza me lo niega,
 La misma indignacion me hará hacer versos (2).

- (1) *Ipse semipaganus*
Ad sacra vatum carmen affero nostrum.
 Pers. in. Prolog. v. 6.
 (2) *Si natura negat, facit indignatio versum.*
 Juven. sat. I. v. 79.

*CARTA APOLOGÉTICA que escribió el PADRE ISLA
á los Autores del Diario de los Literatos de España
sobre el rasgo épico, verídica epifomena, etc., del
doctor don Joaquín Cassès y Xaló.*

Muy señores míos: Escribo á Vms. segunda vez muy satisfecho, y reconocido de la aceptacion y buena acogida que mereció á Vms. mi primera Carta de 31 de Agosto de 1738, en que emprendí una jovial apología de la vida de San Antonio Abad, escrita por el incomparable don Pedro Nolasco de Ocejo, de que Vuestras Mercedes en su cuarto tomo hicieron un extracto, más ventajoso sin duda al crédito y gloria al autor de aquel singular libro. No tuve entonces otro fin, que entablar con aquel inocente gracejo mi particular diversion (y acaso la de Vms.), por si así podía sacudir el mal humor que me habian pegado unas largas tercianas, y una muy corta cosecha. Pero Vms. no sé si para mi vanidad ó mi confusion, no solo hicieron público aquel endeble y tumultuario capricho de mi ociosidad, dándole un honroso lugar en el inmediato tomo de su diario, sino que tomaron á su cargo su defensa contra ciertos malandrines, que mal informados de mi intencion, y ánimo querian aplicarle una siniestra, y erradísima inteligencia: propia conducta de ingenios aviesos y superficiales, á quienes Vms. lograron confundir con aquella energía y fuego que está destinado para las plumas más delicadas y eruditas.

Este desmesurado favor supo producir en mí todos aquellos efectos de gratitud y reconocimiento hácia Vuestras Mercedes de que soy capaz; y animado tambien de una experiencia tan apreciable, me resuelvo á meterme en otro empeño, cuyos antecedentes referiré con exacta puntualidad, para que todos nos entendamos, y yo especialmente logre alguna disciplina en la osadía de dar á Vms. un segundo chasco con una segunda carta.

Desde que me retiré de esa Côte á esta de Vms., dejé al cuidado de un buen amigo el remitirme todos los correos la *Gaceta*, por cuyo medio tuve la noticia de un libro, al que su autor *el doctor don Joaquín Cassés y Xaló* dió por título : *Rasgo Épico, Verídica Epiphomena*, etc. La extrañeza de esta inscripcion movió mi curiosidad á ver el libro, y dando aviso á mi amigo, me le envió prontamente con un maragato de los muchos que frecuentan este país, y son los únicos que sirven de acarrear todo lo que no se encuentra en él. Como estos son gente tan záfia y tan rústica, tuvo el maragato la inadvertencia de hacer que mi libro sirviese de cuña á unos tercios de jabon y espliego, que conducia á Galicia, con lo que contrajo un olor pestífero, y al tiempo de recibirle me encalabrinó desde muy léjos con el tufo que expedia á *licor de espuma*, que tambien conocemos y gastamos por acá. Otro más supersticioso que yo se hubiera desanimado mucho, formando un mal agüero contra el libro de esta natural casualidad; pero despreciándole yo generosamente, procuré remediar el daño, sahumándole con unos granos de incienso macho y unas rajas de enebro, para que oliendo mejor,

se pudiese aplicar más gratamente á la vista y al olfato.

Con esta prevencion comencé ansiosamente la lectura, que desde luego me presentó mucho más de lo que mi imaginacion me habia figurado; y pareciéndome no era yo digno de gozar sólo de tantas bellezas y preciosidades, determiné convocar á ciertos amigos aficionados á libros, con quienes en otras ocasiones habia partido estos buenos ratos, y me habian ayudado á celebrar justamente los escritos, que, como éste, lo merecen tanto. El vivir en un lugar sumamente reducido me facilitó muy luego este intento, y á poca diligencia y tiempo me hallé en mi casa con mi compadre el *licenciado Quiroga*, beneficiado en esta villa, con el *doctor Sagade*, antiguo médico en ella, y con el *barbero Mendez*, todos tres buenos amigos, y los únicos de quien se puede echar mano para estos casos en un país en dónde anda tan tirada la racionalidad. Juntos los vocales, y por mí informados del motivo de la convocacion, se dispusieron muy gozosos á que el libro se leyese en comunidad, y aún añadió el médico, que para que la diversion fuese más útil y completa, era de sentir que cada uno dijese lo que naturalmente le ocurriese al tiempo mismo de la lectura. Convenimos todos, formando yo desde este punto el ánimo de recojer estas reflexiones, como lo ejecuté, retirándome cada una de las tres noches que duró la conferencia, y despues de acabarse, á escribir lo que en ellas se habia discurrido, con el fin de unir las todas, y disponiendo una nueva carta para Vms. repetirme el gran gusto de asegurarles mi gratitud, estimacion y buen afecto.

—Vean Vms. aquí la historia de mi segunda carta; pero antes de entrar en materia, he tenido por conveniente, y aún por necesario, el dar á Vms. una ligera idea del carácter de los interlocutores. El Quiroga es un bellissimo eclesiástico, hijo de vecino de esta Villa, y con grandes disposiciones para ser hábil, si hubiese tenido en sus estudios mejor direccion y método del que por acá se usa; por cuya falta adquirió muchos resábios de pedante, que contraresta con bastante solidéz de juicio, y un no vulgar conocimiento de la Poesía de ambas lenguas; pero sobre todo es hombre naturalmente sério, y muy amante de la formalidad.

El doctor Sagade es natural de Santiago, en dónde estudió gramática, filosofía y medicina á estilo del país, y habiendo estado en esa córte no más tiempo que el necesario para revalidarse, logró inmediatamente diferentes partidos de pequeña consideracion, que le fueron proporcionando para éste, en donde se conserva casi veinte años há. Tiene todos los vicios comunes á los de su facultad con el de reducir á ella aún las conversaciones más extrañas, y distantes, y parece furiosamente por el estilo hinchado, y voces peregrinas y campanudas. En medio de eso no le falta ingenio y conocimiento, y el que tiene de los buenos libros médicos junto con su natural felicidad, es muy á propósito para la natural conservacion de los vecinos de este pueblo.

El barbero Mendez es de las más extremadas Sabandijas que ha producido nuestra España, y honra de su patria *Curullon*, lugar que dista de éste dos leguas con corta diferencia. Apenas se hallará otro

que más hable, y es gusto verle picar en todo sin haber estudiado nada, y sembrar sus largas arengas con una gran porcion de latinajos, que ha cogido al vuelo en el comercio con los curas, á que es muy aficionado; con lo que, y un gran fondo de refranes, cuentos, y coplillas, que aplica á veces con bastante dicha, nos es sumamente útil en nuestras melancolías y malos ratos.

Resta el darles á Vms. razon de mi carácter, pero creo que soy yo el que ménos puede darla. Diré no obstante que mi inclinacion y disposiciones, no parecen de las más infelices, aunque mi estudio es corto, por haberme obligado á abandonarle poco después de la Gramática la acelerada muerte de mis padres (que me dieron este lugar por pátria), y haberme menester todo entero para cuidar de la poca hacienda que me dejaron. Con motivo de diferentes pleitos, que sobre ella me han movido algunos mal intencionados, me he visto precisado á hacer tres viajes á esa córte, en dónde aumenté y pulí mi extraña aficion á los libros, que es á quien debo lo mejor de mis noticias; pero con aquella confusion y desaliño que enjendra el estudiar sin método, y por puro capricho.

Estoy persuadido á que ya tienen Vms. la instruccion suficiente, para que yo pueda introducirme en el asunto principal, y dar á Vms. cuenta de la resulta de nuestra lectura y conferencias. Poniéndolo, pues, por obra, habrán Vms. de saber, que formada ya la intencion, y dispuestos todos cuatro á leer, y examinar sobre la marcha el libro del señor Cassés; se agarró de él inmediatamente el amigo

Mendez, que está en anticuada posesion de ser el lector de la comunidad con tanto gusto suyo, que no trocará el empleo por un estuche de doce navajas de Barcelona. Apenas le tomó en la mano, le saludó con la friolera que tiene destinada para todo libro nuevo, que se reduce á cantarle con voz harto cascada aquello de

Bien venido seais amigo, carita de higo,
Pareceis á los de mi tierra, carita de breba.

Y acabada esta salva, leyó el título, ó portada, alargando el libro al cura para que leyese unos versos latinos, que se hallan al volver de la hoja, porque dijo era mucho latin para él. Leyó el cura los versos, y restituyó el libro á Mendez, quien se disponia á leer la dedicatoria, que sigue inmediatamente, pero le atajó el cura, diciendo: alto ahí, maestro, que no es razon que un título de esas circunstancias se pase sin merecer á estos señores alguna lijera reflexion.

El médico, que hasta entónces habia callado, y en quien yo observé el repetido estiramiento de cejas, que acostumbra, cuando lo que oye le satisface, ó le admira, sospechando, al parecer, que no era muy sana la intencion de Quiroga, replicó con algun enfado: si la reflexion ha de ser encomiástica y laudatoria, cual la exige lo magnífico y exótico de este título, me constituyo aperto individuo de un aplauso tan mérito. Amohinóse el cura, que suele hacerlo siempre que el médico gerigoncea, y encarándose á él, le dijo: dejémonos de algarabías, señor doctor y guarde Vmd. esos elogios que previene para ocasion más oportuna, pues tan léjos de

concurrir yo en ésta con los míos, soy de sentir, que debo vestirme del carácter del cura, que asistió al escrutinio de la librería de don Quijote, y aplicar á la obra del señor Cassés el mismo, que aquel sábio escudriñador destinó para el libro de Antonio Lofrasso, poeta sardo. Porque para mí no tiene género de duda que si nuestro libro corresponde á su título, puedo decir como entónces se dijo: *Que desde que Apolo fué Apolo, las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como ese, no se ha compuesto*; apreciando su hallazgo, no sólo más que *una sotana de raxa de Florencia*, sino aún más que unos hábitos enteros de Tercianela de la más bien tejida.

Mendez, que estaba rabiando por meter su cucharada, apenas vió que el cura hizo punto redondo, valiéndose de la ocasion, añadió: Arrímome al dictámen del señor licenciado, porque tambien á mí me ha dado mala espina, que siendo este libreo tan desmedrado y chico, que parece ha mamado leche preñada, esto no obstante haya de tratar de *Épicos, Epiphomenas, Aclamaciones, Sistemas políticos, Descripciones históricas, Geografía, Pronósticos, Panegíricos, Críticas* y otras mil zarandajas *toto cælo* distantes unas de otras, á que fué lástima no añadiese *un poco de Aróstegui*. Y si tengo de decir verdad, á mí me va oliendo esta mescolanza al bálsamo que los charlatanes venden por esas ferias compuesto de 102 yerbas diferentes, y con innumerables virtudes para todos los males, bien que cuando llega el caso de usarle se conoce que ni aún para curar un sabañon sirve, y es preciso dar con ello en el muladar.

Ya me pareció era tiempo de que yo hablase, y así hice presente á la Asamblea, especialmente al cura y barbero, que su desabrimiento pudiera recaer con alguna razon sobre lo que fuese propio del señor Cassés, pero no sobre lo que era ageno, y dicho primeramente por otros. Causóles extrañeza mi expresion, y aún tengo la duda de que dijo Quiroga, que tales disparates no pudo haber otro que los dijese; por lo que fué preciso hacerles presente lo cierto de mi proposición, alcanzando para ella de mi tal cual librería un miserable librejo, cual es el tomo cuarto del *Mercurio literario*, en donde les hice ver á la página 31 un opúsculo igualmente intitulado *Verídica epiphomena y aclamacion*. Añadí que sin duda hubo de hacer cox este título al señor Cassés, y por esto se le aplicó para parte del de su libro, aunque le copió con tanta aceleracion, que en lugar de *epiphomena*, voz bastantemente conocida y de significacion declarada, puso *epiphomena*, término bárbaro y nunca oido. Híceles ver tambien que los tres versos de Manilio, que hacen espaldas al título del libro del señor Cassés, los tomó de la misma parte tan con su pelo, y su lana, que trasladó los mismos vicios, con que se pusieron en el *Mercurio*; y así en uno y otro libro se lee *libera* por *litéra* en el primer verso, con lo que queda sin sentido alguno; y en el tercero falta la palabra *nova*, que aunque no destruye enteramente el sentido, le deja á lo ménos imperfecto, y sobre todo destruye la cadencia y medida del verso. Todos convinieron en que la demostracion era palmaria y mientras el cura y médico admiraban mentalmente la habilidad de robar hasta los títulos de los libros, Mendez

que no entiende de arrobos, exclamó diciendo con un poco de socarronería: Tó, tó, buena la hemos hecho si el señor Cassés prosigue bebiendo en tan buenas fuentes, no puede ménos de estar divertido; pero por si así sucede, desde ahora para entonces le digo aquello de: Acúsome Padre, que soy carpintero; adelante hijo, zoquete tenemos.

Decir esto, volver á agarrar el libro, y ponerse á leer la dedicatoria, fué todo uno. Tardó en ella una buena media hora, en que se conoció habia padecido el pobre Mendez muchas agonías y desasosiegos, y yo lo acabé de confirmar viendo que apenas dió fin, cuando tiró el libro con manifiesto enfado sobre la mesa que teníamos enmedio, y volviéndose hácia mí, me dijo: Venga vino, que no puedo gañir. Levantéme á dar providencia de que se socorriese la alteracion del barbero, y al volver á ocupar mi puesto, encontré al cura mirando á las vigas, haciendo sonsonetes con los dedos sobre el brazo de la silla, y cantando en falsete aquellas palabras de Juvenal: *Verbosa et grandis Epistola venit á Capreis*. A este tiempo expresó el médico habia advertido, que mientras leyó le dedicatoria Mendez, habia expectorado diez y siete veces, y que el esputo era de las once en adelante craso y glutinoso; lo que denotaba que consumida ya la parte más ténue y linfática del excremento, que se expelle por medio de los conductos salivales, la nimia agitacion de las mandíbulas atraia violentamente otra porcion menos decocta y desecada; que sin duda la dedicatoria era larga, pero el estilo estaba de buen gusto.

Per mare, per terras, per lertia numina juro (dijo

en tono de enfadado Quiroga, encarándose con el médico), que yo no acabo de entender como un hombre de razon y talentos tiene por de buen gusto un estilo, que tan desde luego se deja reputar por el más bárbaro, insufrible y disparatado que hemos visto en estos tiempos, aunque en ellos tan desconocido se halla el buen lenguaje. A Vmd. sin duda le induce á esta irregularidad de juicio el estar altamente poseído del comun vicio de sus comprofesores, entre quienes se ha hecho ya naturaleza la extravagancia en el hablar. Desnúdese Vmd. por un rato, si puede, del carácter de médico, y podrá conocer que en esta parte ha logrado hacerse inimitable el señor Casés, aunque hubiese alguno que por empatárselas, se pusiese á disparatar muy de propósito; y que ha conseguido unir en sí todos los defectos de extrañeza, afectacion, ridiculéz, mala colocacion, oscuridad, dureza, falta de sentido y los demás con que saben pervertir el estilo aquellos en quienes el estudio es poco y el buen gusto ninguno.

Pero porque no piense Vmd. (añadió mi cura) que me niego á repetir el exámen para asegurar el acierto del juicio, tengo yo mismo de volver á leer una ú otra cláusula de esta dedicatoria, por si este nuevo oficio logra desvanecer en Vmd. los vicios de una primera impresion mal reflexionada. Y tomando el libro le abrió en la dedicatoria por donde primero le ocurrió, y nos leyó la siguiente cláusula: *Siendo á pesar de la envidia idóptico el renombre de elocuentes, sabios, peritos y doctos á los Excmos. señores de Villena, resplandeciendo sus ascendientes transversales y descendientes no solamente como Sol, Astros, Luz y*

Estrellas en la enseñanza de los que en la Pineal del Emporio tienen de su inmortalidad y viveza el centro, custodia, alcázar y concha peregrina; pero y de los que en superior gerarquía desde su creación primera, dominando celeste mansion á estímulos de la rebeldía, son del Aberno custodia, pavor, espanto, caos, tinieblas, terror, tormento y centinela. Leída esta cláusula volvió el propio cura algunas hojas, y pidió atención para otra, en que hablando el señor Cassés de uno de los gloriosos ascendientes de su Excmo. Mecenas, dice así: *Semejándose en todo y por todo á Cayo Mario, siete veces Cónsul que fué y uno de los mayores héroes romanos, del que refiere tanto el intento lo máximo de su historia, que no pudiendo equilibrar de mi voluntad el afecto en el vínculo de la expresión de esta equiponderante estatura, remito para la prueba á la realidad de la historia.*

Culto va, señora hermosa, dijo á esta sazón Méndez limpiándose con la capa los bigotes de los relieves, que en ellos dejaron dos cortadillos de buen licor que se había soplado: mas deseando yo indultar al médico de la confusión que conocí le habían ocasionado las vivas reflexiones del cura, propuse que cesando ya de discurrir sobre el estilo, con reserva de continuar, si fuese necesario, cuando estuviese más adelantada la lectura, se dijese algo acerca de los pensamientos, disposición y método de esta dedicatoria. Eso de pensamientos, método y disposición (añadió inmediatamente Quiroga) son países enteramente desconocidos de nuestro autor, cuyos Antípodas, la Barbaria y Noruega, dá á entender son los que más ha trillado, y en dónde ha hecho su más co-

mun residencia. Procuren Vms. refrescar la idea de lo que acaban de oír, y reducirla á un sólo punto de vista, y notarán que muy naturalmente se les ofrece la de que esta dedicatoria no es otra cosa que un fastidiosísimo tejido de especies extrañas, absurdas y perversamente corrompidas. Advertirán también que no se propuso otro fin el señor Cassés, que el de tiznar dos largos pliegos de papel, embutiendo cuanto tuerto ó travieso se presentó á su mal gobernada imaginación, sin tener más regla ó norte que su indiscreto arbitrio, enteramente subordinado al pedantismo y gusto depravado; y si á esto se agregase la natural y continuada rusticidad de la expresión, podrá aplicarse con suma propiedad este autor las facultades que á Melibeo dijo Titiro le había concedido su héroe ó deidad: *Ludere quæ vellem calamo permisit agresti.*

Interrumpió aquí el médico al cura, para prevenirle que su dictámen era muy acre y corrosivo, y que convendría, para hacerle más grato, el corregirle y atemperarle con la exposición de algunas particularidades. Yo creía (replicó Quiroga) que las dos cláusulas que poco há volví á leer, pudieran servir para poderse formar concepto cabal del ingenio y gusto con que está escrita la dedicatoria, y escusar mayor individualidad; pero pues Vmd., según parece, no ha quedado enteramente convencido, suplico me diga: ¿á quién se le habrá antojado sino al señor Cassés el traer á Edipo por símbolo de los grandes héroes, cuando á este personaje sólo se le conoce por las bellas hazañas de haber muerto á su padre y casándose con su madre? ¿Habrá quién venga bien en que se le

compare á sugeto tan desengañado? ¿Y cree Vmd. que la Excma. Casa de Villena quedará debidamente elogiada con tan bien pensado paralelo? Atravesóse aquí Mendez, diciendo que tambien él tenia sus noticias de Edipillo, y que aunque mirado por el lado que le representaba el señor cura, no parecia muy á propósito para dechado de los hombres grandes, pudiera serlo acaso considerándole por otro distinto; porque no tenia duda que fue grande adivinador de acertijos, y aún se creia que habia sido el inventor del juego de *Codin de Codan*, que ha llegado hasta nuestros tiempos.

Reímonos todos de la maliciosa sandez del barbero, y prosiguiendo Quiroga en hacer ver al médico los defectos, que segun él, tenía la dedicatoria, notó, que uno de los mayores, y que suponía otros muchos, era la especial maña del señor Cassés en estropear y desfigurar los nombres propios más conocidos, diciendo varias veces *Archimiades*, *Herodina*, *Finistrato*, *Ideptico*, y otros de este jaez, tan bárbaros y desconocidos, como todos aquellos. que forja por su mero capricho, cuales son *meleidad*, *sferida*, *presautar*, y los que todavía se encontrarían. Espresó asimismo el indiscreto uso de las más ridículas y despreciables noticias genealógicas, adoptando la insostenible vulgaridad de señalar por origen de la familia de los Osorios á Nabucodonosor, y de la de los Pachecos á los romanos; y equivocando con una indisculpable materialidad la de Ferrára con la de Ferrari, que hace originaria de este, cuando el apellido es este, y Ferrara el lugar del origen ó establecimiento.

Haya risa, y él perdone (añadió el barbero) como cuando se equivocó Maricorvino, y por decir á Montilla *mi querido*, le dijo, *miz querido*; y prevengan Vms. una segunda carcajada para esta espresion del señor Cassés, que tengo aquí presente, en que hablando de la formacion de su héroe por la naturaleza, dice, que *se experimentó de ensamblador el ejercicio, porque para darle á la luz del mundo, gastó los materiales de Mayorazgo y de segundo; y tuvo mucho que arrojar para juntar en un hombre perfectísimo, y solo las excelencias de Mayorazgo y los talentos de Escudero. Juro coram Cristo Jesu*, que con ser yo un pobre barbero y un no rico Mendez, agradecería al señor Cassés con una tranca, ó un buen cantazo el pensamiento de decir, que para formarme la naturaleza empuñó mazo y escoplo, y arrojó muchas virtutas para calentar el cazo de la cola. *Dii vestram fidem*. ¡Y qué monton de desatinos! Aún á mí se me hace irregular (dijo Sagade) ese modo de excogitar la generacion del ente racional; y aunque esta materia, como no íntegramente consabida, es muy dimicada entre los médicos, y físicos modernos, en ninguno he inspeccionado tan exótica formacion del feto.

Como yo soy fácil de reir, no pude excusarlo al oir esta intempestiva algaravía del médico; aunque por no malquistarme con él, dí por pretexto de mi carcajada el haber notado que el señor Cassés en su dedicatoria, expone el peregrino descubrimiento de que tenemos en España nada ménos que el Parnaso con la celebrada fuente cabalina y que se halla en la ciudad de Cuenca ó en alguno de aquellos montes de la Alcarria; con lo que quedarán sumamente confun-

didlos los que hasta ahora ponian uno y otro muchas leguas de aquí. Añadí que esto no podia dejar de ser, si fuese cierto lo que de uno de los ascendientes de su Mecenás expresó el señor Cassés cuando dijo, que *bebió en Cuenca los fluidos de la gran Castalia*. Bien que me hacia cargo, de que esto pudo haber sido trayendo el agua en cántaros desde el Parnaso á Cuenca, como se hace á veces con otras aguas salubres para aquellos que no pueden ir á beberlas al mismo manantial.

Concluyamos de una vez (replicó el cura) y quedemos de acuerdo en que el señor Cassés erró el modo de elogiar la Excm^a. Casa de Villena, valiéndose para ello de espresiones é hipérboles extraños, é inverosímiles. En los puramente históricos ó fabulosos, sólo se verifica la ignorancia, y el mal gusto; pero en el uso frecuente de unir lo sagrado á la profano es más intolerable el desacierto, por lo que puede peligrar la piedad. No hay paciencia para oír que el señor Cassés diga que *David nació para mucho, siendo en realidad poco, y para muchísimo el Progenitor de su Mecenás, siendo en realidad máximo en todo*. ¿Á quién no causará algun escándalo, y mucho fastidio una cláusula tan despropositada, y un lugar tan comun de un miserable predicador de cofradía? Los elogios exorbitantes y extrañamente afectados, más desazonan, que satisfacen; más son agravios, que inciensos; y sin salir de los límites de una verdad apurada é incontestable, pudo muy bien el señor Cassés haber tributado á su grande Mecenás, y su Excm^a. Casa una infinidad de elogios ciertos, y bien merecidos, en que todo el mundo conviene,

porque para su gloria los ha esparcido la fama aún en los países más distantes, y como si dijésemos hasta la última Thule. Ménos mal hubiera hecho, si dejando el ponerse á autor original de desatinos, se hubiese contentado con lo que se contentan otros muchos tan honrados como el señor Cassés, que es el ser meros copiantes. De este modo, con acudir á cualquiera de los buenos libros de Historia, que tenemos, y abriéndole por dónde mejor le pareciese, habria encontrado materia muy sobrada para un justo panegírico, porque advertiría, que su principal asunto anda siempre estrechamente unido (de no pocos siglos á esta parte) con las glorias de la Casa de Villena, por la mucha parte que sus distinguidos individuos han tenido perpétuamente en los grandes sucesos y más célebres acontecimientos de nuestra monarquía. Observado este método por el señor Cassés, si no le libraba del concepto de inútil repetidor de lo muy sabido, le indultaría á lo ménos del ceño con que todo lector sensato habrá abominado las extravagancias de su pueril dedicatoria, y acaso tambien del desden con que la habrá escuchado el mismo á quien se dirige; porque estoy bien informado, que la erudicion universal, y el buen gusto, y conocimiento de de la mejor literatura, es esencial carácter de la Excm^a. Casa de Villena; y en estos términos es muy natural que su grande Mecenas haya admitido este cortejo del señor Cassés, más como una de aquellas pensiones á que está sujeto el heroísmo, que como obsequio proporcionado á sus excelsos, y universalmente aplaudidos méritos. Pero pues ha llegado la hora regular de recogernos, soy

de sentir, que hagamos aquí alto, con protexta de proseguir mañana, y que nos vamos cada uno á nuestra casa, en dónde ya nos echarán ménos.

Me conformó, dijo Mendez, porque ya á mí me vá haciendo fuerza la gana de cenar: pero ántes quisiera que el señor licenciado me sacase de un cuidadillo que me urge rato há y me dijese, ¿quién es aquella mala gente llamada *épocas*, enemigos de la fé católica, contra quiénes David había de pelear para destruirlos, segun refiere el señor Cassés? Maestro, interrumpió el cura rebozando seriedad y ceño, esas materias no son propias para chanzonetas y jovialidades; mirad lo que decís, ó me dareis lugar á que piense que esa union de *épocas*, enemigos con la fé católica, y David, es efecto del buen vino que encierra el señor don Hugo, y de que poco há encerrásteis vos dos vasos en vuestro estómago. Todo puede ser, prosiguió el médico, porque está experimentalmente observado, que los hálitos del mero conturban y pervierten con suma facilidad las imágenes que residen en los senos interiores del cerebro.

Vms. me honran, caballeros, dijo algo mohino el barbero; pero tengo de omitir el volver por mi crédito, esperando que lo haga caritativamente el señor Cassés, y para ello oigan Vms. esta cláusula de su dedicatoria, en que despues de expresar que David colgó en el templo la espada, añade: *No ya por ociosa después de haber cortado la cabeza al gigante, si útil peleando contra los Épocas de la religion católica, y los enemigos de la Iglesia.* Por las órdenes que recibí, saltó el Cura todo conmovido, que desde que el mundo es mundo, es imposible haya habido algun

escritor tan furioso, que en tan pocas voces haya embutido tal monton de desbarros y disparates. Ya digo, que no es Mendez el caliente y que es preciso pedirle mil sérios perdones. ¡*Proh Dii immortales!* ¡David peleando contra los Épocas de la religion católica! ¡David contra los enemigos de la Iglesia!

No fuera malo, dijo el barbero á Quiroga, que Vmd. hubiese añadido aquello de: caiga el cielo sobre mí, ó ¡*no hay en el mundo corazas!* Pero pues ya estoy satisfecho de mi agravio con tan formal retraccion, quisiera quedarlo tambien en cuanto á apurar y saber quiénes son estos malditos Épocas, que ya me cuestan tan caro. Déjese de eso, maestro, respondió Quiroga, y advierta, que ahí se halla una solemne prueba de la ignorancia y cortos alcances del autor del rasgo Épico. Las épocas no han sido, no son, ni nunca podrán ser gente, ó personas. Los cronologistas llaman épocas á aquellos sucesos memorables desde donde empiezan á contar el tiempo, como la creación del mundo, el nacimiento de Cristo nuestro bien, etc. Divídenlas en sagradas y profanas, públicas y particulares; y esto es todo, ó lo más que hay que saber en la materia. Me alegro por cierto, replicó Mendez, porque yo estaha firmemente impresionado de que los dichos Épocas eran algunos Jueces de valdíos, ú otra gente perjudicial, y no me pesaba de que llevasen tunda. Mas, pues, salimos ya de este cuidado, vamos á salir del de la cena, y *pax christi*.

Con esto nos levantamos todos, y tomando yo el libro, que acababa de soltar Mendez, dije que aunque fuese de pié habian de oir una breve cláusula de

la dedicatoria, en que no se había hecho alto, en medio de que lo merecia acaso mejor que otra alguna. Cuando yo tengo hambre, replicó el barbero, ni oigo, ni veo, ni tengo uso de los demás sentidos porque sólo me acuerdo vivamente de la coplilla, que dice:

¿Estando muerta de hambre
Me pides celos?
Traéme pan, y comamos,
Luego hablaremos.

Y así déjese para mañana, pues estamos convenidos en proseguir la obra pía; y á este tiempo dió dos pasos hácia la puerta. Detúvole por la capa el médico, diciéndole: ¿posible es, maestro, que el ácido disolvente es en Vmd. tan ejecutivo, que no puede dilatar por un exíguo rato la exigencia del pábulo? Ea, despachemos con ello, replicó Mendez, porque me temo que sino, la he de perder doble.

Viendo yo, en fin, la gente atenta, les leí la siguiente cláusula: *el docto Eurípides, de artificiosa mano, con dificultad pudo fiada del pincel estrechar compendioso en breve mapa la capacidad extensa.* Quedaron todos en accion de imaginativos, y el primero que rompió el silencio fué el médico, diciendo: tiempo há que yo oí eso mismo, ó cosa que mucho se le aproxima. Los demás vinieron á decir lo propio, y me pidieron, que pues maliciosamente, al parecer, les habia metido en esta ligera confusion, les sacase cuanto ántes de ella. Hícelo yo así, demostrándoles que esta cláusula es la misma con que empieza el *Señor Ocejo* su dedicatoria del libro de la vida de San Antonio Abad, que tanto nos había di-

vertido el año de 38, y que sin duda mereció todo el agrado del señor Cassés, cuando la tomó tan cabalmente para su uso.

Como les refresqué la especie, cayeron todos en que era lo que yo decia, á que Mendez, torciendo una y otra vez la cabeza, añadió: ¿Copiante del mercurio literario? ¿Copiante de Ocejo? *Optime*; pero yo tambien quiero copiarme á mí mismo, y repetir lo de: acúsome Padre, que soy carpintero; adelante, hijo, zoquete tenemos. Bien dije yo, que si este santo caballero bebia en tan buenas fuentes, no podia ménos de estar sazonado, y de buen gusto. Presumo, que sin duda (prosiguió encarándose hácia mí) le hubo el señor Ocejo de comunicar los instrumentos originales que tiene, y con que se comprueba que el amigo *Eurípides Gutierrez de la Espriella* fué pintor, y de iglesias en tiempo del rey García de Navarra; y á mí me parece de perlas, pues como dice el refran: ¿de qué sirve el compadre, que en la ocasion no vale? Digo esto, porque yo desde luego me persuado á que son muy grandes amigos (y acaso compadres) estos dos escritores, y con razon, porque para en uno son los dos, y aún se les puede aplicar *proportione servata* lo que se dice de las Palomas:

Se comunican las almas
Por el cauce de los picos.

Lo cierto es, añadió Quiroga, que yo encuentro en ambos una singular conformidad de pensamientos, expresiones, erudicion, estilo, y demás adminículos de la profesion de autor público; en tanto grado, que fácilmente creería á quien me asegurase que era

uno mismo con dos nombres. Pero *claudite jam pueri rivos, sat prata biberunt*; y pues Mendez está hambriento, y los demás haciendo falta á nuestras familias, adios, señor don Hugo, hasta mañana á la hora solita; y dándonos mutuamente las buenas noches, concluimos nuestra primera conferencia.

Y por haberme puesto á escribir tarde (efecto de mi natural pereza), me falta tiempo para comunicar á Vms. las reflexiones que tengo recogidas, de la segunda y tercera. No me ha parecido justo, teniendo la cosa en tan buen estado, y admitiendo una cómoda division, perder la oportunidad de este correo, á fin de que cuanto ántes observen Vms. cómo se discurre en el Vierzo. Para el que viene serán Vms. puntualmente servidos con el resto de nuestras conversaciones y discursos sobre el rasgo Épico, quedando yo siempre muy para servir á Vms. y deseando logren estas próximas Pascuas, y otras muchas muy felices, y gustosas en vida del Diario, y de todo lo que Vms. bien quieren. Así se lo pido á la divina magestad, como el que guarde Vms. dilatados años. Cacabelos, y Diciembre 10 de 1741.—B. L. M. de Vms. su más seguro y reconocido servidor.—*Don Hugo Herrera de Jaspedós*.—*Señores don Juan Martinez Salafranca, y don Leopoldo Jerónimo Puig*.

SÁTIRA á las damas que usan de afeites, y desmienten su estatura con lo desmesurado de los tacones, y otras invenciones extravagantes.

Si cojes de repente
En traje descuidado y negligente
A una dama en su cuarto ó una mozuela
Tendrasla por sardina ó por truchuela;
Tan seca, tan enjuta y estrujada,
Que ménos es mujer, que rebanada.

Pero espera un poco,
Que presto verás ninfa á la que es coco;
Deja que salga á vista por las calles,
Qué, aunque cien veces la halles,
Has de decir, mirando á la doncella:
« ¡ Vive Dios Santo, que ya es otra aquella!
« ¡ Cómo creció una cuarta en un instante!
« ¡ Hoy plenilunio, la que ayer menguante!
« ¡ Cabia ayer metida en cualquier cesto,
« ¡ Y hoy no cabe en la plaza! ¿Cómo es esto?

No te canses, Lucillo, en reflexiones,
Pues ¿no ves que se empina en dos tacones,
Tan altos, tan iguales,
Que salen con tacon los carcañales.

Y ¿piensas se contenta
Con crecer por los piés? También intenta
Poner en la cabeza su cuarto alto.

Dá con la vista un salto,
Y verás el tupé, el jardín, el rizo,
La mitad natural, la otra postizo,
Con el petiboné medio al desgaire;
Pues todo es ganar tierra por el aire.

Pero lo que más te pasma,
(Aún más que todo admirarás una fantasma)

Es verla tan anchota,
Que casi llena un juego de pelota;
Y dudas al mirar el emboltorio,
Si acaso aquello que anda es un cimborio.

Eres un monaguillo,
Pues ¿no ves que es milagro del tontillo?
Aquel que á las casadas
Sirve entre otras mil cosas excusadas;
Pero en tal cual soltera no muy lisa,
Es sin duda una alhaja muy precisa.
¿Para qué, me dirás? Eres sincero;
Íbatele á decir, pero no quiero.
El tontillo á la flaca la hace gorda,
Y tal cual vez finge tórtola á la torda,
Porque son los tontillos nobles piezas
Para encubrir gorduras y flaquezas.
Una mujer en fin con guarda infante
Cátala convertida en elefante:
¿Haces gestos al simil? No te llena,
Pues por mí, más que sea una ballena.

OTRA Á LAS QUE DEGENERANDO del carácter español, afectan ser extranjeras y aman todas las invenciones y embelesos que vienen de la otra parte de los Pirineos.

Otros defectos tienen no crecidos;
 Mas, serán unas bestias sus maridos,
 Si los sufren y callan,
 Pues cuando piensan se hallan
 Con mujer andaluza ó castellana,
 Sin sentir de la noche á la mañana
 Se les volvió francesa,
 Por cuanto dicen, que la moda es esa.
 Amaneció contenta con su Doña,
 Y acostóse madama de Borgoña;
 Pues, aunque su apellido es de *Velasco*,
 Comenzó á causarle asco,
 Cuando supo, que en Francia las casadas
 Están acostumbradas
 A dejar para siempre su apellido,
 Por casarse aún así con el marido;
 Y suelen ser más fieles con el nombre
 Las que ménos lo son con el buen hombre.
 La que nació en Castilla,
 Aunque sea la nona maravilla,
 No se tiene por bella,
 Mientras no hable, como hablan en Marsella.
 La extremeña, manchega y campesina
 Afecta ser de Orleans. La vizcaína
 Entre su *Yaincoa* y *Etecho Andrea*
 Nos enseña un *Monsieur de Goicoechea*,
 Muy preciadas de hablar á lo extranjero,
 Y no saben su idioma verdadero.
 Yo conocí en Madrid una condesa,
 Que aprendió á estornudar á la francesa;
 Y porque otra llamó á un criado *chulo*,

Dijo que aquel epíteto era nulo,
 Por no usarse en París aquel vocablo,
 Que otra vez le llamase *pobre diablo*:
 Y en haciendo un delito cualquier paje
 Le reprendiese su *libertinaje*.

Una mujer de manto
 No ha de llamar al Papa el Padre Santo,
 Porque cuadre ó no cuadre,
 Es más francés llamarle el *Santo Padre*.
 Para decir que un libro es muy devoto,
 Diga que tiene *uncion* y tendrá voto.
 De todas cuantas gastan espresiones
 Necesitadas de tomar unciones.

Al nuevo Testamento,
 (Este es aviso del mayor momento)
 Llamarle así es ya muy vieja usanza,
 Llámase á la *derniere* nueva alianza.
 Al concilio de Trento ó de Nicea
 Desele siempre el nombre de *Asamblea*;
 Y si se quejan de esto los malteses,
 Que vayan con la queja á los franceses.

Logró la dicha es frase ya perdida,
Tengo el honor, es cosa más válida.
 Las horas que Vmd. me hace, es desacierto;
 Las honras se me harán despues de muerto.
 Llamar á un pisaverde, *Pisaverde*,
 No hay mujer que de tal nombre se acuerde;
Petimetre es mejor y más usado,
 O por lo ménos más afrancesado.

Ya hice mis devociones,
 Pues ya cumpli con ellas, ¡Qué espresiones
 Tan cultas y elegantes!

Y no decir, como decían ántes,
Ya recé, frase baja, voz casera,
 Sufrible sólo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada, no hay dinero
 Con que pagar este lenguaje; pero
 Decir á secas, que es mujer honrada,
 ¡Gran frescura, valiente pampringada!
 Doña Fulana es muy amiga mía,
 Esto mi cuarta abuela lo decía;
 Pero *ella es la mejor de mis amigas*:
 ¡Oh qué espresion! Parte migas

El alma en la dulzura
De esta almibaradísima ternura.
Voy á jugar mañana
Es frase chavacana;
A una partida he de asistir de juego,
Se ha de decir, y luego
Se ha de añadir, *Ormaza*
Tambien á otra partida vá de caza.
¡Oh Júpiter! Para cuando son tus rayos,
Si esto es ser cultos, más vale ser payos.

VARIAS CARTAS FAMILIARES.

Amigo mio: á 16 de Junio interrumpió Vmd. nuestro largo silencio, y viéndole continuado en mí, aún despues de este eficazísimo recuerdo, ¡qué de cosas no se le habrán ofrecido contra mi correspondencial! Pues allá vá el descargo. Hace dos meses, que salí de mi Colegio á buscar la salud en unas aguas minerales, oportunas para desmoronar canteras racionales, como la mia, agitada de continuos vértigos, en donde me hallo al presente, y en visperas de brincar al cuartel de mi aposento; aquí me salió á recibir la susodicha carta de Vmd. que habia estado rebalsada con sentimiento mio, yo la acaricié con gran alborozo, celebrando mucho, mucho la continuacion de prosperidades, que por allá corren, deseando, y pidiendo á Dios, que corran perpétuamente sin parar, ya que las de mi salud se han alejado tanto de mí, que me tienen corrido.

No me hable Vmd. de don Blas, de su beneficio, ni de su arriendo, que hace muchos dias me tiene envenenado; Vmd. dice, que yo no lo sé todo, y yo digo, que he procurado hacer lo posible para que Vmd. ignore lo más. Estoy agradecidísimo de lo que Vmd. ha hecho, y sentidísimo de lo que ha padecido con arrepentimiento vivo, y con propósito firme de

no embarazar la suma honradez de Vmd. en otros empeños, que estén expuestos á tan indignas correspondencias. No puedo explicarme más, y quizá el no poder explicarme me hace daño. Diga Vmd. algo de mi parte, y dígame algo de la suya, esto es, de la de mi señora doña Teresa, á quien há siglos que no saludo con la pluma, por más que lo deseo con el corazon, que es invariable hácia Vmd.—Pamplona. Señor don Gerónimo.—Su afectísimo José Francisco de Isla.

-Amigo y dueño mío: Está Vmd. empeñado en que no lie de hablar palabra, si no le tiran por la pluma, y yo lo hubiera hecho muchas veces, si tuviese el tiempo tan á mi mandar como la voluntad y el deseo. No sé si escribí á Vmd. que este Ilmo. me habia metido á misionero de su diócesi, persuadido, á que podia Dios repetir en este Obispado el famoso milagro de la jumenta de Balán en Palestina. Sucedió puntualmente como su Ilma. lo aprendió; pues aquel Señor, que predicó y alumbró á un Profeta por medio de un bruto, iluminó á estos pueblos por medio de otro, y vea Vmd. más divertida mi ociosidad, que lo que podía presumirse.

El trabajo más que ordinario, con que hube de atender á este ministerio, y á otros asuntos (que son de mi genio), quebrantó algun tanto la salud, que ya se vá restableciendo, y volviendo á su antigua robustez, quedándose en su ser natural, aunque no sin el socorro de alguna medicina. Quiera Dios que

Vmd. no necesite de este auxilio en muchos años; aquí no hay cosa remarcable, sino la de hallarnos de repente mudados desde el Diciembre al mes de Junio, pasando de un extremo á otro sin aquel medio que vá disponiendo los humores á sentir ménos la irregularidad de todas las estaciones.

La señora Francia, cada día nos hace más ricos de mentiras públicas, que otros llaman noticias, sin que hasta el mes de Setiembre se pueda saber á punto fijo lo que ha sucedido en el de Enero. No deje Vmd. de decir á mi señora doña Teresa, que no mida mi correspondencia por la lengua, ni por la pluma, porque son medidas cortas y falibles, que la experimente y la verá: hasta aquí pudo llegar su seguro amigo.—Segovia.—Señor don Gerónimo.—José Francisco de Isla.

Mi dueño y amigo: Por Dios y por esta †, que tenia fieros remordimientos de amistad, por no haber escrito á Vmd. desde que acabé mi santa tuna. La culpa principal fué de la pereza, despues de varias deudas atrasadas, despues de los interpresentes, que vienen á almorzar y merendar tiempo há á mi aposento; y así á este tenor vaya Vmd. añadiendo todos los despueses que le diere la gana, no olvidando que casi en todos los correos se vienen á poner entre mí y entre mi gusto algunas cartas impertinentes, que quitan la vez á las que serian de grande pertenencia.

Ahora voy derecho á responder á la pregunta de

Vmd.; que el Señor Obispo de Segovia está en esta ciudad, vivo, sano, gordo y duradero; porque los Obispos de este tenor, y los presidentes de ese, son hombres inmortales: con esto podrá Vmd. sosegar la inquietud de ese su amigo, y amigo de este señor, quien se está disponiendo para proveer ciertos curatos, que tiene vacantes.

Es de grande expectacion la conjuncion magna de los dos presidentes, y será de ver la pelotera que haya entre los dos asturianos; pero yo creo que la provision de carbon, que ha hecho el N., servirá para el uso de los braseros de N., y que las mulas de éste, se comerán el forraje que ha sembrado el otro, á quien se le mandará sin duda, que vaya á calentarse á otra parte: si así fuere la providencia, solo le faltará para su perfeccion esta letra: *homen, et homen habet.*

Aquí estamos ya, no en el corazon, sino en los hijares del invierno, que están mucho más profundos; toda la sierra está vestida de penitente, y la falda se ha convertido en faldon, los tejados están jalbegados, y toda la sierra está cubierta de espumilla, ó melindres de San Quirce; á esta palabra hago dos profundas inclinaciones con el corazon y con la pluma, y si hubiese nombrado á Santa Isabel, haria três; pero yo me guardaré de tomar en la boca la casa de los Estradas, porque entónces era menester quedarme habitualmente encorbado. Avise Vmd. con puntualidad las novedades que ocurran, y Dios le dé vida para que me cuente las que haya de aquí á cien años, como lo desea su afectuoso.—Segovia.—Señor don Gerónimo.—José Francisco de Isla.

Amigo y dueño mio: Quedo muy alegre con la carta de Vmd., quedo muy agradecido á su fineza, quedo muy enterado de su poca habilidad, falta de talentos y todas las demás zarandajas de la modestia; y aún así todo quedo yo, y quedan los interesados sumamente gozosos de que el manejo de esta dependencia corra por cuenta de Vmd. Allá vá esa letra, para que Vmd. use de ella *ad libitum*. Cómo y cuándo se lo dictáre su poca habilidad y falta de talentos, pagando, agasajando, y gratificando á quien y segun le pidiere la susodicha falta y carestía de habilidad.

A cuenta del Procurador, sólo ha de correr el correr en la dependencia; hacerle tambien procurador de la bolsa, es cargarle demasiado: Vmd. que es refrendatario de tablas de contar, entenderá mejor de cuentas, porque las sabrá como el *Christus*. Buscaráse coyuntura para el señor Presidente, y cuando sepamos en manos de qué Ministro caemos, tambien se buscará le tetilla á los tales nuestros jueces. Al fin Vmd. reparta, ordene y avive allá, instruya, ilumine y dirija por acá, que nada se perderá por pecado de omision.

El señor Magistral de Granada, aunque tiene apellido con alusion de pastor, parece que no quiere serlo de Valladolid: las señales son de no haber caido en la tentacion de mitra, y de que aunque se la han puesto en las manos, no la quiere poner en la cabeza; procede con cordura tan propia, como digna de un grande juicio: una renta decente con una prebenda, y cargo honrado sin ninguna pesada carga, sólo podrá trocارla por mitra, ni aún por thiara, el que no tenga cabeza ni aún para bonete, salvo que

sea el colorado insignia de los orates. Se acabó la carta con su fecha.—Segovia.—Señor don Gerónimo. —José Francisco de Isla.

Amigo y señor: Supongo que no nos hemos de estar así toda la vida; porque eso sería una insensatez de primer orden, y más cuando para un silencio tan profundo no ha habido más motivo que el favor de Vmd. y el que me dispensan esos señores. Es el caso, que esta fineza, que para mí se convierte en sustancia, para ciertos hermanitos míos se debe convertir en aceite de tábanos, según lo que se han irritado de saber nuestra correspondencia, que hacen bien en envidiármela, y así son disculpables. Dije en poco lo que si hubiera de decir en mucho, gastaría tanto papel como borran inútilmente los impresores.

Por esta razón he estado todo este tiempo sobre la defensiva, contentándome con cumplir las leyes de la caridad ajena, y de la propia, quedando miéntras tanto expuesto al juicio de los que discurren como quieren, porque el entendimiento no es potencia necesaria. Añádase á esto, que el bochorno del humor, que regularmente se sigue á semejantes pasajes, se trasladó á los humores que han estado extraordinariamente revueltos con sensible detrimento de la salud, que vá perdiendo cada dia mucho terreno, y marchitando algunas hojas á la esperanza que concebí de que se apagase el fuego de aquella calenturilla, que me lamió por dos meses lo mejor del húmedo radical.

Esto y mucho más hubiera dicho á don Basilio, que segun las señas que me han dado, pasó por aquí, y llamó muy de mañana á la puerta de mi guarida; pero debió de llamar tan páso, como aquel portero, que yendo á la media noche á avisar á su prelado de que á toda prisa llamaban un religioso para ayudar á bien morir á uno que acaba de recibir una mortal estocada, tocó á la puerta de la celda con tanto tiento como si arañara un gato. El Superior, que estaba despierto, le sintió, le abrió, y despues que oyó el recado, le dijo: pues para una cosa como esa, cómo llamaba tan páso; y el lego le respondió muy mesurado: Padre, hacíalo por no despertar á V. P. El hecho es, que yo no sentí el llamamiento de don Basilio, aunque sentí mucho el no haberle sentido, y el que no hubiese entrado, aunque fuese echando la puerta á tierra. Hace doce dias, que estoy tomando leche de burra (Dios quiera que con ella no rebuzne), con la que suelo desquitarme por la mañana en alguna parte de aquel sueño, que por las noches me roban el calor, y los malos vapores que exhala á la cabeza el estómago obstruido. Don Basilio tropezó con un hermanito caritativo, que debió encajarle toda esta historia: llenóle de compasion, y le quitó las ganas de insistir, como á mí me las quitó de volverme á dormir, cuando me lo dijeron.

Discurro, que Vmd. no me habrá hecho la injusticia de juzgar á mi corazon por mi silencio, y más cuando éste tiene tambien su poquito de lenguaje: no hay en el corazon más novedad hácia Vmd. que el aumento, ó la mayor intension de amistad *per additionem gradus ad gradum*: y esto lo haré bueno cuer-

po á cuerpo en campo abierto, y en batalla singular, con armas cortas ó largas, contra cualquiera que tuviere valor para dudarlo: en cuyo supuesto, y en el de que tengo la cabeza, si la tengo, como un carro, mande Vmd. saludar en mi nombre, ó por mejor decir, visite Vmd. todos los altares de Santa María la Mayor, y quédese con Dios, que guarde á Vmd. cuanto, y como quiero.—Segovia.—Señor Don Gerónimo.—José Francisco de Isla.

MI dueño y amigo: ahora por lo ménos no se pasará medio siglo, medio año, ni aún medio mes, en responder á la de Vmd. del 16 del pasado; pues habiéndola encontrado aquí de vuelta de mi peregrinacion con sus caireles de tuna, que fué el día de San Agustin por la noche, sólo la he dejado descansar el tiempo necesario á desbravar la cólera de ciertos ejercicios, en que entré el día 31 y que emprendí para digerir los humores de la conciencia; ahora, por la misericordia de Dios, estoy ya de la otra parte del infierno, previniéndome para entrar en la gloria; y no es el peor ensayo para esto el hablar un poquito con Vmd. pues quizá por ser ésta tanta gloria mia, me la escasean las impertinencias, llamadas ocupaciones, que en todos tiempos me persiguen. Cuente Vmd. en este número una que me tenía prevenida para mi regreso la Diputacion de este Reino, empeñada en que he de referir lo que no ví, abultar lo que no se divisó y en suma en que he de ser criador haciendo una cosa de la nada, é ideando una copia

de un original imaginario: así saldrá ello como el tiempo lo dirá; pero mientras tanto resérvelo Vmd. para sí sólo (1). Parece que en la última consulta se me ha hecho algun lugar en el Cielo de los Planetas errantes, y celebraría que me declarasen para siempre en el de las estrellas fijas; porque no esperando asequible el único Zodíaco que apetezco á las márgenes del Pisuerga, me conformaré con aquel firmamento, aunque no es el que más congenia á mi complexion, resignándome en el conocimiento de que tengo poca panza, y ménos carrillos para empleo de mucha gravedad.

Claro es que la promocion de N. hizo grande novedad á cuantos le conocemos: virtudes mienten señales, dice el refran; pero es menester inventar otro que diga: que tambien desmienten esperiencias. Quiera Dios que mi señora doña Isabel se halle con el alivio que le pido, y la deseo, y este mi voto se extiende á la felicidad de toda la familia, *cujuscunque sexus, status et conditionis*. No falta más que la fecha, y la firma, pues á ello. — Pamplona. — Señor Don Gerónimo. — José Francisco de Isla.

Amigo mio: si no temiera que la bellaquería de Vmd. me retrucase con aquello de *es Cartilla regular*, le diría, sin faltar á la verdad, que estaban

(1) Alude á la instancia con que la Diputacion del Reino de Navarra, le encomendó la descripcion de las funciones que hizo con motivo de la exaltacion al Trono del Sr. Rey D. Fernando el VI, que intituló *dia grande de Navarra*.

nuestros pensamientos tan conformes como lo están siempre nuestras voluntades. Ciertamente aguardaba á desembarazar los oídos de pecados ajenos, como es uso y costumbre en Semana Santa, para examinar la conciencia de Vmd. después de haber expurgado muchísimas de Segovia; pero Vmd. se anticipó á escudriñar la mía, y á fé que me huelgo de ser una vez en el año por Pascua florida el galanteado, ya que en las demás ocasiones he ido delante como Juan Galan. Aunque el Señor Mateo Rufo, fuera el rufo Eminentísimo con su cacho de votos para Papa, no se olvidaría jamás de Vms. ántes haria entónces, que Santa María Carvajal, fuera Santa María la Mayor. Dudar en esto, voto á que es agraviarme demasiado; y ántes que se escape la especie de lo rufo, luego que me olió este nombre á cosa de Cardenal, hice ánimo á renunciarlo, por no oponerme al voto, que tengo hecho de no vestirme de colorado, si Dios me conserva la sesera; y el último día del correo, amanecí transformado en don Antonio Montenegro, nombre y apellido, que dicen más consonancia con mi color, y contextura; así lo tendrá Vmd. entendido, para encaminar los despachos, que ocurrieren en su oficina.

Aunque el señor N. es mi favorecedor, y aún estaba por decir, amigo, por ahora me han de perdonar sus méritos, que tengo brava gana de que pierda la plaza en que va consultado, sólo porque la gane esa ciudad. Soy agradecido al pan que comí, y acordándome, que le he comido algunas veces al señor N., es razon que desee sus ascensos, no sólo al Consejo de Castilla, más aunque

fuera al mismo Parlamento de París; lo contrario, sería en mí una torpísima ingratitud; pero soy tan desgraciado, que temo ha perder ese caballero sus merecidas conveniencias, sólo porque yo se las deseo.

Don Francisco Gonzalez, mercader en esa, entregará á Vmd. 500 rs. recíbalos sin decir por qué, ni para qué, y así irá recobrando poco á poco y á sorbos, lo que arrojó á bocanadas; pero estas ganancias tienen los que tratan conmigo. Vmd. crea, que todos los dias se me parece esta deuda en figura de vestigio; porque siendo tan deudor á Vmd. por otros cien caminos, de lo que hago mucha vanidad, el serlo por éste, me cuesta á mis solas algo de rubor.

La célebre planta para establecer con arreglo la marina de España, principiado á fabricar embarcaciones, Vmd. no las necesita para aportar á San Quierce, y á Santa Isabel, desembarcando allí en nombre mio, quinientas toneladas de lo que Vmd. quisiere; acuérdome del Areopagita, y de Santa María la Roturada; en cuya compañía viva Vmd. lo que yo quiero, y vivirá hasta no querer más. — Segovia. — Señor Don Geronimo. — Antonius Mons Niger.

Amigo mio: En diciéndole á Vmd. que tiene muchísima razon en grado superlativo, si culpa mi reconocimiento de tardo, perezoso y galvanero, en cumplir con sus primeras obligaciones, queda desarmada la furiosa nube de justísimas quejas, con que Vmd. me truena, las que me lisonjean en vez de

herirme, porque yo las construyo en tono de requiebros.

Sepa Vmd. que habiendo huido de este departamento por librarme de ciertas ingratitudes domésticas, me he restituido con sorna, llegué con salud, y me mantengo sin disgusto, esperando continuar del mismo modo; y habiendo evacuado ya algunos cumplimentillos de hijos de vecino, quiero desahogarme ahora de otro, que no es el último, ni el que ménos me importa; este tal es Vmd. Sepa que me tendrá aquí como en todas partes, quiero decir, afectuoso sin par, pero inútil á par de afectuoso, que es la mayor ponderacion, pues la ilustre prenda de hombre sin provecho á todas partes me sigue: consuélome con que mi corazon no está en los lábios, ni en la pluma, sino muy dentro del pecho, y que no admite alteraciones algunas, ojalá que no las padezca la salud de Vmd., quien me escribirá lo que haya de los Areopagitas, ó Dioninos; de los Seleucios, ó Basiliros; de los Conquenses, ó Julianes; de las Isabelas, ó bien Ungaras, ó bien Portuguesas; pues discurro, y me temo, que toda esa relacion arca de Noé, se habrá olvidado del Cuervo desde que salió de ella, como si en ella nunca hubiera entrado. Mande Vmd. y visite todas las casas de su devocion y de la mia.—Segovia.—Señor don Gerónimo.—José Francisco de Isla.

Amigo mio: Si mal no me acuerdo, ántes de ahora avisé á Vmd. que estaba amagado á mudar de cáte-

dra, pasando desde la de los Peripatéticos, á la del Espíritu Santo, y desde los predicables, á los predicadores; este oficio no suele reputarse por el de mayor predicamento, y es natural que siguiendo la aprehension comun, y su afecto particular. se contriste Vmd.; pero *noli timere ego sum*: soy el mismo que era ántes, quedándome con los antiguos gajes de maestro, aunque con nuevos ajes: hasta aquí se tenia por monstruosidad, que uno fuese ambizurdo, y ahora salgo yo á formar la cátedra de los ambidiestros.

Córrome de ser tan maza, pero sé que Vmd es mi amigo, y tambien sé que *caritas patiens est, omnia suffert*, y no extrañará el textecito, si se acuerda de que soy predicador. Don Eustaquio está bueno y rollizo, y acá está Vmd. en nuestras conversaciones ni más ni ménos, que deseamos que Vmd. esté allá en la envidiable diversion de sus amigos.

Alégrome que esa cabeza esté ménos débil, el pulso no tan flaco, el estómago más firme, y de todo tan perfectamente restablecido como deseaba; y fue-
ra, que firmo. — Segovia. — Señor don Gerónimo. — José Francisco de Isla.

Amigo mio: Tres dias despues que llegó el correo, pasó á mis manos la última carta de Vmd., detencion sensible para mi deseo, y no ménos vergonzosa para la obligacion de responder luego; pero detencion, que se evitará en adelante, dirigiendo las cartas con primera cubierta á D. Mateo Rufo.

Para que Vmd. vea que he sacado fruto de los últimos ejercicios, restituyo á Vmd. lo que le debo en dinero, pues lo que debo en otra especie, no es tan fácil pagarlo: trampa adelante, y vaya una impertinencia, que añadirá á las demás. Procure Vmd. dirigirme otra porcion, tanta y cuanta, del mismo género, individuo y especie, que la pasada; la deuda de este favor la apuntaré en el libro de mi reconocimiento, y la del precio en el de caja, haciéndome cargo, que debo satisfacer su importe luego que pueda; pero prevengo, que quizá no podré tan luego.

Ocho dias há que tiene Vmd. en esa ciudad á un gran señor suyo, aunque incógnito, que por las señas, es hermano del que hace veinte y cuatro años que es mi padre: con que si no mienten las genealogías, es tio mio, para lo que Vmd. quisiese mandarle: digo esto, porque Vmd. no me riña como otras veces, y para que los amigos no me gruñan igualmente: corra la palabra, hago los mementos acostumbrados, y concluyo como suelo.—Segovia.—Señor don Gerónimo.—José Francisco de Isla.

Mi dueño y amigo: Para servir á Dios, y á Vmd. moqueo ménos, escupo más, no toso tanto, y el catarro se va retirando con buen orden, sin haber quedado más que algunos gargajos, que hacen parte de la retaguardia, bagajes, é impedimentos; gracias á los lamedores de sol que he tomado en estos dias, en que el cielo nos ha hecho merced de despejarse, y mostrarnos buena cara, porque en los dos meses

pasados no se le podía mirar á ella; celebro que los tres estados, eclesiástico, secular y regular, de que se compone la iglesia de Santa María la Rotunda, se mantengan sin necesidad de puntales, y el Señor los conserve así por muchos años.

Allá esperan Vms. con impaciencia la noticia de Presidente, y acá, que no somos más sufridos, no aguardamos con mucho sosiego la de nuestro Presidentazo, pues el Supremo Consejo para lo de Dios, es tan Consejo como lo puede ser el de las Obras de Misericordia Espirituales; es verdad que tal cual vez abate demasiado su soberanía, como al presente, que está lidiando con la señora ciudad, sobre cual de los dos ha de cuidar de los carneros, en cuyo asunto se están dando las dos Comunidades grandísimas testaradas, y yo digo: ahí me las dén todas. Es el caso, que porque murieron con la ayuda de los médicos en pocos dias media docena de personas, levantó no sé quien el grito contra los carnero (si fuera contra el carnero, se levantaria con mayor razon) diciendo que estaban como yo el año pasado, sarnosos, tiñosos y leprosos. El Consejo mandó á la villa que enviase los pellejos, lo que era muchísimo pedir en un pueblo en donde se beben vinos generosos, y algo más; sea por esto ó por otra cosa, la ciudad se resistió; hizo sus protestas y recurrió al rey, alegando que á ella le toca privativamente, en fuerza de privilegios, el conocimiento de carneros, cabras, bueyes y demás ganado cornuto, que come á costa de sus propios. El caso es puntiagudo, la resolucion no sabemos cuál será, y mientras tanto se teme que el Consejo excomulgue á la ciudad, y que la ciudad ponga entredicho

al Consejo; como sea antes del domingo inmediato tendremos el consuelo de que el Predicador de la Bula, usando de su autoridad, echará á rodar todas las censuras.

El grande imitador de Cárlos, quiero decir, el hijo del Pretendiente, bien puede igualar á su prototipo en el valor, pero le hace grandes ventajas en la prudencia; pues si no miente la *Gaceta*, luego que se le acercó el Duque Cumberland, hizo lo que mi catarro y se ha ido retirando con buen orden á Escocia, donde no sabemos lo que hará. El Evangelio manda huir las ocasiones, y como él es tan católico, quiere dar á sus futuros vasallos, el buen ejemplo de seguir el Evangelio. Item, hay otro texto que dice que si un Rey hace guerra á otro Rey, y el agresor no tiene más que diez mil hombres, y el invadido le sale á recibir con veinte mil ó se retire, ó haga paces antes que el otro se acerque. Pues ¿qué más pueden pedir á aquel pobre Príncipe, ni qué señas puede dar más evidentes de que se ha criado con la doctrina de Roma? Y de la Francia, ¿qué diremos? Que tiene prevenido un desembarco de ciento y veinte mil hombres, los cuales cuidará de que arriben á Escocia cuando Cárlos Estuardo se haya embarcado para restituirse á Italia, lleno de miedo y de laureles con que escabechar sus conquistas. Oye Vmd. señor don Gerónimo: ¿no le parece á Vmd. que los señores Príncipes se burlan de todo el género humano, y que á los españoles nos tratan como á fátuos? Vaya Vmd. repartiendo conmemoraciones mias *ad mentem*, como dicen muchos decretos de la Congregacion del Concilio, y mande lo ménos que pueda, que así lo ser-

viré mejor. — Pamplona. — Señor don Gerónimo. — José Francisco de Isla.

Amigo y dueño mio: Apostemos algo á que aunque Vuestra Merced no me haya publicado por tramposo, á lo ménos me ha tenido por tal de sobrepelliz adentro, ¿y seria juicio temerario? No por cierto; pero juicio errado sí seria. Es el caso, que cierto cura gordo de esta ciudad me lamió trescientos reales, ofreciendo pagarlos en todo el mes de Abril: en fé de su palabra dí yo la medio mia de salir de mi trampa en dicho mes; no la cumplió hasta ahora el señor Bonete mocho, con que tampoco la ha podido cumplir el señor Bonete erguido; mas por cuanto dicho señor Bonete, aunque nunca saldrá de deudor, quiere salir de tramposo, previene á Vmd. que siempre que haga falta lo adeudado, podrá acudir en virtud de la presente á don Manuel de la Torre, mercader en esa, quien sin duda lo entregará y cargará su correspondal D. Eustaquio, que es mi tesorero de honor y despacha mis libramientos, como si lo fuera de ejercicio; esto en caso que haga falta, y si no la hiciere, tenga Vmd. flema, que harto tiempo ha tenido para aprenderla y aún para haberse graduado en ella.

¿A cuántos estamos de administracion de ocho por ciento? Los colegios de la Compañía pensaron en seguir el rumbo de canónigos; pero los han sitiado por hambre, segun dicen, poniéndoles intervencion en los juros, único plato de las más de las casas, y el principal casi de todas ellas; con que les han hecho

la forzosa por aquella regla general de que el comer y el rascar no se pueden dilatar. Las Iglesias envían varios comisionados con poder ámplio para ajustarse bajo de los preliminares, de que todas las cosas se queden *in statu quo*, frasecilla que debemos al simplicísimo Mañer; pero me persuado ó me temo, á que *ardua petis*: lo demás del concepto pregúnteselo Vmd. al amigo don Nicolás, que está muy ejercitado en los poetas latinos, aunque lo está más en los delirios, pronósticos ó mentiras de Corte que todo es uno.

Ahora veremos como los Quiricas é Isabelicas se salen á pasear; y cuanto me alegro de que las metan en petrina: dígasela Vmd. que yo lo digo, añadiendo á todas y todos lo que quisiere. — Segovia. — Señor don Gerónimo. — José Francisco de Isla.

Amigo y dueño mio: Ya sabrá Vmd. que una de las primeras visitas que tuve recién llegado á este pueblo, fué la de ciertas tercianas, y esas dobles, las que no levantaron la visita hasta que entraron unas cuartanas; ambos cumplidos hubiera yo excusado; pero al fin ambos vinieron, y á uno y otro les despidió la quina, y aunque las bellaquerías roñosas aprovechan más que dañan, con todo eso yo las huyo en el comercio siempre que la necesidad no me obliga á hacer estudio declarado á cometerlas.

En todo me confesaré deudor á Vmd. ménos en punto de gratitud y de buena correspondencia, en que deseo quedemos iguales, en medio de la grande desigualdad que hay entre otras prendas.

Quizá Vmd. me escribiría, pero sin quizá, que no he recibido carta á que no respondiese. Yo escribí otra y no tuve respuesta; á todo hecho la culpa, ménos á Vmd., y será razon que me corresponda echándola á todo, ménos á mí: en conclusion, ninguna amistad aprecio más que la de esa casa, en la que intereso mucho, y siendo así, no puedo en la opinion comun, abandonar tan facilmente lo que es propio de tontos, que es su provecho.

Una de las señoritas á quién Vmd. visitó por Semana Santa, la mayor de cuerpo y alma ha casado estos dias; sé que ahí la llamaron dama de azabache; en línea de dama no disputo si es de azabache ó de cachumbo; pero en línea de mujer, ciertamente que es mujer de *honra*, digo; de oro. Vmd. querrá saber algo de córte y yo no puedo decír con certeza más de lo que sé de mí, esto es, que soy el que he sido y seré el que soy y por la verdad lo firmo. — Segovia. — Señor Don Gerónimo. — José Francisco de Isla.

Mi dueño y mi amigo: *Rem difficilem postulasti*; porque ninguna más repugnante á mi génio, que el ejercicio de informante, para el cual es menester que un hombre se desnude de hombre y se vista de ángel, solamente estos espíritus, como desnudos de pasiones, como despejadísimos de vista y como constantísimos de pulso, pueden conocer lo que cada uno es y no lo que parece, dándole el peso que le corresponde y no el que representa. Mas al fin, como para el comercio humano es menester que los hombres

nos prestemos mutuamente estos oficios, y como al que le piden informe no le preguntan lo que en realidad es el sugeto de quién se le piden, sino lo que es en su concepto, no puedo resistirme á lo que Vmd. manda, y más con un conjuro tan fuerte.

Desconfiado de mi parecer, como era justo, porque el poquísimo comercio que he tenido y que he querido tener con el sugeto por quién Vmd. me pregunta, apenas me le ha dado á conocer más que por noticias abstractivas; pasé á informarme de dos individuos juiciosos y cristianos de su comunidad, del comun predicamento en que ésta le tenia, en cuanto á sus prendas de eclesiástico y de juicio. Ambos convinieron, en que prendas de eclesiástico, ni las tenia, ni estaba en obligacion de tenerlas; porque no ha pasado de la primera tonsura, ni naturalmente pasará mientras no encuentre algun señor obispo de grandes tragaderas; pues ni sabe palabra de gramática, ni ha habido forma de aplicarse á ella, aunque se ha aplicado mucho á todo género de curiosidades gacetales y á la leccion de papeletes alegres, que le divierten más y le aprovechan ménos.

En cuanto á las prendas de su juicio y de su porte, tambien convinieron ambos, en que hasta ahora no se le habia reprendido, ni notado cosa substancial; pero que todos le tenian por ligero de cascos y por algo fácil de lengua, con grande á hablar mucho y pocas veces bien. Este concepto, que me dijeron se hacia, corresponde al que yo habia formado; por lo cual, nunca he querido tratarle más que lo preciso, sin embargo de que él lo ha deseado mucho y me ha galanteado infinito. Pienso que esto bastará para que

Vmd. forme su conciencia práctica con la reflexion de que á este hombre no se le quiere para obispo; y por todo podrá Vmd. conocer (si ya no lo conoció por ella misma,) que cierta carta que escribí en el correo anterior, fué: *ad instantiam partis, el rogatus ab amicis*; y así quise por otra via prevenia á Vmd. de la calidad de mi empeño; pero lo omití pareciéndome que el buen olfato de Vmd. y el conocimiento práctico que tiene de mí, le darian tufo de lo que queria decir y no de lo que decia.

Me ha servido de incomparable gusto la tierna memoria del Reverendísimo Areopagita, á quién se la correspondió, y se la corresponderé finamente mientras viva: tambien he celebrado mucho la confianza que merece á su Padre generalísimo, cuya substitucion en parte deseo con ánsia, que sirva de prólogo para ejercer la propiedad en el todo. El cambio de la corbata por el cuello, que ha hecho nuestro amigo don Julian, tiene pocos ejemplares en su edad, disposiciones y conveniencias, sirviendo de mucho consuelo, y de pan de edificacion.

He dado orden para que se entreguen á Vmd. 500 reales, que me deben en esa, el deudor ha pedido alguna espera, es hombre muy seguro, y dinero efectivo; con que cuando se verifique la entrega, se servirá Vmd. recibirlo, glosarlo, y avisarme; y se acabó la carta. — Segovia. — Señor don Gerónimo. — José Francisco de Isla.

CARTA del Rmo. P. M. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA á don Leopoldo Gerónimo Puig, en accion de gracias de la que éste escribió á un amigo suyo, residente y vecino de la Ciudad de Pamplona, vindicándole de la siniestra interpretacion, que dió la malicia al papel intitulado Triunfo del amor y lealtad. Dia grande de Navarra : cuya historia y pasajes que intervinieron para la formacion de dicho papel, se individualizan en esta carta.

Muy Señor mío y amigo : No me tendrá Vmd. por tan zonzo, ni por tan ingrato, que me suponga insensible á lo mucho que Vmd. me favorece, y me honra en su discreta, juiciosísima carta de 10 de Noviembre próximo pasado, escrita á un amigo suyo, residente y vecino de esta Ciudad, con el motivo del papel que dispuse á instancias de este Ilustrísimo Reino en asunto de su real aclamacion. Es bien cierto, que ni dicha carta se me dirigió á mí, como algunos quisieron suponer, ni mucho ménos fué ella misma supuesta, como se le antojó soñar á más de dos, sin advertir, que seria hasta donde pudiese llegar la imprudencia y la osadía el atribuir una carta fingida á un autor público, notorio y conocido en toda España, especificando su nombre, sobrenombre, apellido, estado, empleos y residencia, que no siendo en el Mogol, ni en la China, sino en la Côte de Madrid, á los quince dias estaba averiguado el embuste y la ficcion. No es ménos

cierto que tampoco tuve más que una noticia confusa de dicha carta, hasta que se resolvió su impresion, y que esta se hizo sin dictámen ni consentimiento mio, porque no se me pidió, estando muy asegurado el que la estampó, que jamás se la daria, porque me conoce bien. Pero después que la ví impresa, confieso que no me pesó, para que viesen los que me hacian tan poca merced, que no todos eran de su opinion y que sentian muy de otra manera los hombres, que pueden hacer voto en la Capital de nuestra monarquía; siendo así, que tienen tanta obligacion á conocerme, como estos mis favorecedores, á quienes ningun mal he hecho y deseado hacerles mucho bien.

En dicha carta habla Vmd. como buen amigo mio, y como mejor crítico. Como buen amigo, hace excesiva merced á mi mérito personal; y si no se hicieran cargo de esto los que me tratan de cerca, ¿qué se yo lo que pensarian de Vmd.? como mejor crítico, hace justicia á la obra, vindicándola de la injusta nota de *Satirica*, con que la calificaron los que oyen las voces, sin entender los significados. Son concluyentes las razones de congruencia, que Vmd. alega para convencer, que no podia soñar yo en semejante despropósito, sin haber perdido todo el uso de la racionalidad, y sin haber renunciado á todo el pudor de la hombría de bien. Con igual evidencia pudiera Vmd. demostrar, que está distantísimo el papel de este torpe carácter, explicando la definicion de la Sátira, discurriendo por sus divisiones, y haciendo un cotejo inductivo del papel por todas ellas. Pero hizo Vmd. muy bien en ahorrar este improbo trabajo; porque para los que lo entienden sería ocioso, para los que no lo

quiéren entender sería inútil, y para los que no son capaces de entenderlo sería tiempo perdido.

Algunos oyeron decir que habia un modo de satirizar alabando y habiendo leído en el papel los grandes elogios que se hacen de la Nacion Navarra, y de sus individuos, pareciéndoles á ellos mismos excesivos, sin más exámen gritaron á bulto y de monton, étele, que esta es sátira laudatoria. No advirtieron, como Vmd. nota con discrecion, que á sí mismos se hacian poca merced porque si se resentian de esto, daban á entender, que no merecian tanto. Tampoco quisieron reparar en el carácter de la obra, del cual son tan propios, ó por mejor decir, son tan necesarios los hipérboles como los diges y el aderezo lo son en una novia. Finalmente, si toda alabanza hiperbólica ha de pasar por sátira, es menester que se califiquen de sátiras casi todas las dedicatorias, casi todos los panegíricos, y casi todas las piezas de elocuencia más celebradas y más dignas de celebrarse. Si esto es así, vamos claros, que han pagado á buen precio sus dieterios los innumerables príncipes que han agradecido con crecidas pensiones anuales las dedicatorias que se les han hecho.

¿Sabe Vmd. lo que ahora se me acuerda? Una especie chistosa que cuenta Lactancio (*lib. I cap. 21.*) de los habitantes de Lindo en la Isla de Rodas. Estos celebraban á Hércules con una solemne fiesta, en la cual le ofrecian grandes sacrificios; pero no los acompañaban como en otras celebridades con himnos, cánticos ó motetes de alabanza, sino con maldiciones, con imprecaciones y con cuantas vaciedades se les venian á la boca: *Non Euphemiam (ut Græci vocant), sed maledictis, et execratione celebrantur.* Y era la

gracia, que si alguno por descuido se le soltaba alguna espresion que sonase á elogio, al punto le reputaban por sacrilego y era descartado de la fiesta, como profanador del sacrificio: *Eaque pro violatis habent, si quando inter solemnes ritus, vel imprudenti alicui exciderit bonum verbum*. Es posible que muchos de los que tratan de sátiras mis elogios, no quisiesen que yo celebrase á Navarra, como celebraban á Hércules los de Lindo. Y ¡este sí que seria lindo modo de celebrarla! A lo ménos es cierto que algunos me han tenido por sacrilego, pues como á tal pasaron á delatarme; y muchísimos por profanador de la aclamacion. De las mujeres moscovitas se refiere, que se quejan de que sus maridos no las aman, sino las apalean, y de las de cierto pueblo de este reino he oido decir lo mismo. Tengo á lo primero por fábula y á lo segundo por zumba; pero voy viendo, que los que sienten los elogios, como si fueran dicterios, estarían muy cerca de agradecer los palos como si fuesen finezas.

No sé si vendrá al caso otra noticia de Estrabon. Afirma que en la Etiopia hay unos negros bozales, tan enemigos de la luz del Sol, que luego que se descubre, le saludan con improperios, siendo para ellos ardor intolerable, lo que para los demás racionales ilustracion apacible: *Soli dicunt infensos esse, et detestari, cum eum exoriri vident*. No soy tan vano que quiera comparar á mi papel con el sol; pero tampoco soy tan humilde que deje de conocer tiene alguna claridad. Y cuando ésta ha sido tan apacible para todos los forasteros que no son interesados; ¡qué haya sido tan intolerable para muchísimos naturales

del hemisferio que se ha pretendido ilustrar! ¿Qué quiere Vmd. que le diga? sino que tambien debe haber algunos negros fuera de la Etiopía.

Amigo mio, no es creible, sino á los que lo hemos palpado y lo estamos palpando cada dia, hasta donde ha llegado en algunos esta enemistad con la luz. Todo el golpe de ella con que Vmd. les dió en su brillantísima carta: todo el resplandor que han recibido en muchísimas, que me consta se han escrito así de esa córte, como de las principales ciudades de España, aún en aquellos mismos sugetos, que solicitando apoyo al dictámen de su pasion, tuvieron por respuesta desengaños: todo cuanto aquí se han esforzado á iluminarles los personajes de mayor respeto y de mejor voto. Y lo que más es, todas las grandes y públicas demostraciones que acaba de hacer el Illmo. Reino, dando el testimonio más auténtico y más expresivo que se registra en sus archivos de la estimacion, que le han debido así el autor, como el papel: todo esto, respecto de muchísimos, solo ha servido de obstinarlos más en su ceguedad: *Amant magis tenebras, quam lucem*, y han hecho ya capricho de la que al principio pudo ser preocupacion. Son ciegos adredemente, con que no tienen cura. Lo más gracioso es que son innumerables los que ladran, braman, silvan y rugen contra el papel sin haberlo leído no más que *in fide parentum*, ó *in fide tertulistarum*. Porque ha de saber Vmd. que hay tertulias como paja, y las hay de todas clases y precios. Preguntando á un gramatiquillo, hijo de un zapatero remendon, dnóde habia oido cierta noticia, respondió muy sereno: *Señor, anoche la dijeron en mi tertulia.*

En estas Tertulias de escalera abajo se han dicho preciosidades. Otros las llaman *Tertulias de la Pinta*, porque en ellas se juntan los Tertulios á jugar una Pinta, es decir, una azumbre de vino al quince, á la yema, al burro, ó á la matarrata; pero si concurren tres, ó cuatro que saben leer, ya se suele jugar al truke. Créese que de estas tertulias han salido (porque no se hace verosímil que puedan salir de otra parte) los muchos Coplones que andan por esta ciudad, y entre otros unas que se llaman *siguidillas*, con la mayor propiedad del mundo. En ellas es lo ménos nécio lo simple, lo majadero y lo mentecato, sin que el autor, ó los autores (porque dicen que es obra de tres ingenios) puedan hombrear en lo poeta con aquellos niños gramáticos que en los sábados hacen coplas para la vanda. Lo más es lo súcio, lo puerco, lo hediondo, lo torpe y lo desvergonzado; perdiendo el autor el respeto no sólo á mi persona (que eso sería poco perder), sino á mi carácter, á mi profesion, á mi estado, y perdiéndosele de camino á todos los señores diputados del reino, de quienes habla con la mayor indecencia. Estas coplillas se dedicaron á los horneros y á los doctrinos para que las cantasen por las calles. Y con efecto estos dignísimos Mecenates de tan insigne obra, andan cantando dichas seguidillas por las esquinas y por las plazas á vista, ciencia y paciencia de los que lo toleran con grandísima cachaza. Admiraráse Vmd. de esto; pero no se admire, porque me quisieron persuadir (aunque no lo creo) que ha habido sugeto que anda con vara levantada, y ha hecho sacar varios traslados de dichas seguidillas para su diversion,

y para regalar con ellas á sus amigos. No juzgue Vmd. temerariamente, que esta inadvertencia se hubiese atribuido á algun ministro Togado. Son muy sérios, muy sábios y muy justificados todos los que componen los tribunales de este Supremo Consejo para incurrir en semejante bajeza. Como aquí hay diferentes jurisdicciones, hay tambien varios géneros de varas. Tiénese por cierto, que ni aún ha llegado á los oídos de los ministros la noticia de esta especie; lo que se hace muy verosímil por ser á hora muy intempestiva cuando se cantan estas coplillas. Es bien seguro, que si hubieran llegado á entender esta insolencia, la hubieran castigado con todo el rigor que previene la ley 59 de las córtes de Estella en los años de 1724, 1725, 1726. Es dignísima esta ley, de que Vmd. esté instruido de ella por los cristianos y prudentísimos términos en que está concebida; porque siendo tambien de la facultad, gustará Vmd. de saber la piedad, y la justificacion, con que se discurre, y con que se habla en el derecho municipal de Navarra. Entresacaré únicamente las palabras de la ley, que hacen al caso presente.

Considerando cuan graves ofensas de Dios se cometen en los cantares, y palabras deshonestas, que comunmente llaman Pullas. . . y mal ejemplo, los muchos inconvenientes, que de estos actos resultan; y que especialmente se perjudica la honestidad pública y buen crédito de muchas personas, á las cuales, ó se manifiestan defectos secretos, ó por lo regular se les atribuyen muchos que no tienen; se tomaron varias providencias en las ordenanzas 4 y 5, tit. 31 lib. 3 de las Reales. Pero, por la total negligencia, que ha

habido y hay en su ejecucion , no sólo no se atajó el daño , sino que ha crecido ; y con tal libertad se usan Pullas y cantares deshonestos.... de suerte , que consideramos preciso nuevo más eficaz remedio. Y pues éste ha de ceder en servicio de Dios y ha de ser tan de la conveniencia pública ; tenemos por muy útil , que se establezca por ley lo contenido en los capítulos siguientes. Primeramente , que ninguna persona sea osada de decir , ni cantar de dia ni de noche palabras sucias y lascivas , que comunmente llaman Pullas , ni otros cantares , que sean sucios y deshonestos ; so pena de cien azotes y dos años de destierro del pueblo siendo plebeyo , de dos años de presidio siendo hijo-dalgo... Item , que los alcaldes de los pueblos tengan obligacion de solicitar de oficio la observancia de esta ley , procediendo á recibir informacion , y averiguar los culpados , y contra estos á ejecutar dichas penas ; y si en esto anduvieren omisos y sabiendo que se ha contravenido á esta ley , no recibieren informacion , ó no procedieren contra los delincuentes al castigo , tengan de pena cien libras y sea caso de residencia.... Item , que para que esta ley se guarde más exactamente , y noticiosos de su disposicion los ofendidos puedan dar cuenta á los alcaldes , se publique todos los años esta ley , dentro de 15 dias después que los alcaldes tomaren posesion de sus empleos.

¿Discurra Vmd. á vista de una ley tan piadosa , tan eficaz y tan terminante , si se hace verosímil , que ningun magistrado de Pamplona tolerase tan pública y tan sacrílega infraccion de ella , si hubiese llegado á sus oidos ? Y cuando las justicias ordinarias se diesen por desentendidas ; ¡ si estaria ociosa la justa

severidad de los Ministros supremos ! Así, pues, tengo por impostura lo que se quiso atribuir al magistrado en cuestion. Tambien se divulgó, que se hacia voluntariamente autor de dichas siguidillas cierto sugeto de los más conocidos de Navarra por su distinguido nacimiento, haciendo tanta vanidad de ser artífice de esta obra, que se saboreaba en ello. ¿Pero quién ha de creer una calumnia tan infame de un hombre de bien y de pudor? Cuando no le contuviera lo que se debe á sí mismo por la honra que heredó de sus abuelos: cuando el santo temor de Dios no le reprimiera, le contendria sin duda el miedo de la justicia: porque la ley arriba citada, con todos habla, *con plebeyos y con hijos-dalgo, aunque sean condes*. En vista de esto, por tan falsa tengo la segunda especie, como la primera. Y más cuando sé muy bien quiénes son los verdaderos autores de las honestísimas y cultísimas siguidillas; quiénes los que ofrecieron una peseta á cierto hornerillo para que las cantase; y quiénes los que las cantaron á la guitarra en cierta parte. Pero todo esto lo sé para encomendarlos á Dios, para hacerlos todo el bien que pueda *salva conscientia*, y no para otro efecto.

No extrañe Vmd. que la malignidad haya querido imponer á todo género de gentes, buscando las mejores capas para abrigarse, cuando no para cubrirse. Ni aún los Príncipes de la Iglesia, ni los Próceres de mayor estatura, ni las Comunidades del mayor respeto, han estado exentas de que las levantasen torpísimas imposturas. Uno de los más sábios, más discretos, más cultos y más celosos prelados de España, luego que leyó mi papel me escribió una carta que

tulatoria con expresiones del mayor encarecimiento. Túvose noticia de esta carta, porque de consentimiento del Ilustrísimo autor obligaron las circunstancias á que se confiasen algunas copias de ella. No pudieron negarla los émulos ó los malignos. Pues ¿qué hicieron? Para enervar la fuerza de una autoridad tan respetable, fingieron una vileza en el prelado, tan indigna de su carácter, como ajena de sus nobilísimas prendas de corazon y alma. Supusieron torpísimamente, que al mismo tiempo que á mí me habia escrito en términos tan honradores, elevando la obra hasta lo sumo, habia dirigido otra carta de significado muy contrario á cierto respetable individuo de este venerabilísimo Ilmo. Cabildo, y tuvieron avilantéz para decírselo así á uno de los diputados del reino, á quien temo que se lo persuadieron. ¿No le parece á Vmd. que la calumnia y el descaró subieron hasta donde pudieron subir? Fué preciso para desvanecer esta infame especie, exhibir otras cartas del mismo grande prelado, aún más honoríficas, y más expresivas que la primera.

No paró en esto el embuste y el empeño. Casi el mismo indecente procedimiento atribuyeron á un señor excelentísimo que por su casa, y por las heróicas prendas que adornan su persona, es la veneracion de todo este reino, siendo al mismo tiempo todo su corazon de la Compañía, y toda su dignacion de mi humilde pequeñez. Aún subió más de punto la mentira. Para derribar de su favorable concepto á uno de los diputados del reino, más honradores del papel, le atacó derechamente un sugeto, y despues de haberle embocado cien calumniosas especies con dia-

bólica energía, le dijo por conclusion, que cierta gravísima Comunidad religiosa se habia juntado capitularmente, y no sé si añadió, que á son de campana, que se habia leído en ella mi papel, y que habiendo sido condenado por voto de todos á la hoguera, se ejecutó la terrible sentencia delante de toda la Comunidad. ¿Qué juicio hace Vmd. de una calumnia tan atroz? ¿No era merecedor el sugeto que la forjó, de que la Comunidad vulnerada se querellase altamente de su infamia, y que se le obligase á reparar el agravio, mandándole hacer pública restitucion honorable? ¿Y seria creible, no digo entre cristianos, sino entre racionales, este modo de hacerme la guerra, y de agradecerme un papel que tanto ensalza á la nacion? Pues amigo mio, no adelanto especie, ni refiero hecho que no sea certísimo, omitiendo otros innumerables, que no me permite expresar la decencia y el rubor.

Esta deshecha tempestad de embustes, y esta furiosa conjuracion de calumnias, me pusieron en la dolorosa precision de dar un paso que me costó muchísimo sacrificio. Víme obligado á comparecer como suplicante ante aquel mismo reino, que debia esperar yo me buscasse á mí, como agradecido. Aconsejéronme, instáronme, conjuráronme personas del mayor respeto y de la más consumada prudencia, que presentase un memorial á la Diputacion plena, congregada en su junta general de San Javier, quejándome modesta, pero eficazmente, de todo lo que padecia. Bien conocian los que me daban este consejo, que para la mayor parte de los diputados no era menester más memorial que el de su mismo

pundonor, para que volviesen con eficacia por su honor, y por el mio. Pero, como dentro de la misma Diputacion habia alguno, ó algunos, que estaban mal instruidos de todo lo que habia pasado en la resolucion y en la formacion del papel, porque no habian asistido á las juntas, donde se trató esta dependencia, y por otra parte se habian furiosamente impresionado de las falsedades que vertia la muchedumbre, juzgaron mis amigos por indispensable que dispusiese y que presentase este memorial. Al fin me rindieron sus fuertes continuadas baterías y presenté á la Diputacion el memorial que sigue:

« Illmo. señor: — Señor: — Josef Francisco de Isla,
« de la Compañía de Jesús, con la más atenta res-
« tosa veneracion dice, que habiendo resuelto V. I.
« se diese á luz la pronta festiva aclamacion del Rey
« (Dios nos le guarde), por los justos poderosos mo-
« tivos, que siempre animan sus acertadas resolu-
« ciones; en continuacion de las notorias honras con
« que ha distinguido su piedad el suplicante, desde que
« tuvo la fortuna de poner los piés en este ilustrísimo
« determinó confiar á su insuficiencia el desempeño de
« su acuerdo. Y para que no faltase redoble alguno,
« que hiciese más estimable el honor de esta confian-
« za, no se detuvo V. I. en la circunstancia de hallar-
« me á la sazón ausente, ántes determinó que se es-
« perase á mi regreso, y dió comision verbal al señor
« don Fernando Daoiz, su diputado, para que luego
« que tuviese noticia de mi restitution á esta ciudad,
« me hiciese instancia en nombre de la Diputacion,
« para que me encargase de la disposicion del papel,
« previniéndole que en caso de excusarme, no perdo-

«nase medio alguno para rendirme, hasta implorar
«el asilo de mi inmediato superior.

«Con efecto, al dia siguiente de mi arribo me bus-
«có el señor diputado comisario, y me hizo presente
«con el celo, con la eficacia y con la discrecion que
«acostumbra la nueva honra que me dispensaba la
«Diputacion. Estiméla sobre mi corazon, y corres-
«pondí á ella con todas las expresiones que me dic-
«taba mi suma gratitud; pero me excusé de aceptarla
«con el motivo, con el motivo, á mi parecer, robus-
«to y grande de haberme negado á otra instancia en
«materia muy semejante, que por el mes de Julio m
«habia hecho el Excmo. Virey, Conde de Maceda,
«sin haberme podido vencer ni toda la eficacia de su
«repetido poderoso empeño, ni toda la representacion
«de su autoridad suprema, ni lo que es más, todos
«los motivos personales de mi eterno reconocimiento
«á las singulares públicas demostraciones de bene-
«volencia con que me honraba y me honra su pia-
«dosa dignacion. De manera que si este señor no po-
«severa un alma tan grande, me hubiera arrojado
«con indignacion de su estimabilísima gracia, en
«la que me conservó, porque se hizo cargo de los
«grandes y pundonorosos motivos en que se fundaba
«mi resistencia. Pero temia que se diese por ofendido
«y por desairado, si en tan corta distancia ó interpe-
«lacion de tiempo concedia á la interposicion del
«Ilustrísimo reino lo que habia negado á las reitera-
«das instancias de su excelencia. Esforzóse el señor
«Diputado Comisario á hacerme ver las grandes ra-
«zones de diferencia, que habia en la substancia de
«los encargos, y que no subsistian en el de la Dipu-

« tacion los motivos que pudieron retraerme con in-
« decible dolor mio de complacer á un señor, á quien
« tanto amo y venero. Aunque no dejaron de hacerme
« mucha fuerza las juiciosas discretas reflexiones del
« señor Diputado Comisario, no me convencieron del
« todo, ni fueron bastantes á desalojar enteramente
« de mi aprehension el recelo de que mi obsequiosa
« docilidad en obedecer al reino acordase al Excmo.
« Virrey algun nuevo motivo de resentimiento. A este
« medio, no del todo imprudente, se añadia la justa
« desconfianza, que tenia de mí mismo, no atreviendo
« á prometerme, que podria dar todo el lleno á la
« idea de la Diputacion por la visible escasez de ma-
« terias, para disponer una obra que no fuese descar-
« nada ni desmereciese la dedicacion, que se habia
« premeditado y resuelto para unos fines tan venta-
« josos á la utilidad del reino.

« Por estas razones no pude acabar de resolverme
« enteramente, y convenimos el señor Diputado Co-
« misario y yo, que se las representaríamos á mi in-
« mediato superior, y que si á éste no le hacian fuer-
« za, me rendiria á lo que se me encomendaba, fiando
« en los milagros que suele hacer la obediencia; Des-
« de luego se puso la cortesana atencion de mi Prela-
« do de parte del ilustrísimo reino, y no juzgando su-
« ficientes mis alegatos, disfrazó urbanamente su pre-
« cepto en traje de ruego, que es el modo de hacerle
« más eficaz: con que rendí mi juicio, que la volun-
« tad bien rendida la tenia, y me dediqué desde aquel
« punto á trabajar en la obra con singular consuelo,
« experimentando tambien algun extraordinario aliento.

« Entreguéme totalmente á este cuidado, abando-

«nando otros muchos de no pequeña importancia, y
«en veinte y un dias logré ver escritos y estampados
«veinte y cuatro pliegos, tan á costa de mi salud,
«que en medio de la tarea me asaltó una furiosa ca-
«lentura, que dió bastante cuidado á sus principios,
«hasta que se connció ser un violento efimeron.
«Luego que escribí los dos primeros pliegos, ántes
«de darlos á la prensa, los remití á la censura de la
«Ilma. Diputacion, para que me mandase advertir lo
«que se la ofreciese sobre ellos en órden á la subs-
«tancia, estilo, método, carácter y todo lo demás
«que la ocurriese acerca de ellos y de la continuacion
«de la obra. Devolviéronseme dichos pliegos después
«de haberse leído parte en la junta que se celebró
«con el motivo de la última fiesta que hizo el reino
«en el mes de Setiembre y parte por los señores di-
«putados en sus casas, haciéndome la honra de elo-
«giarlos y de prevenirme, que prosiguiese en el mismo
«estilo, aire y método, sin detenerme en la prolifi-
«dad de remitirlos á la diputacion, porque ésta hacia
«entera y total satisfaccion de mis talentos, fiando
«de ellos que saldria la obra con toda la decencia y
«gala correspondiente, y por otra parte, se aventa-
«jaba la gracia de la brevedad, que suele ser la prin-
«cipal en semejantes escritos. Esta nueva confianza
«me empenó más en desconfiar de mí mismo, y así
«no dí pliego alguno á la estampa, sin que pasase
«primero, por el severo exámen y por la escrupulosa
«correccion de los PP. Pedro Inurre y Pedro Salcedo,
«sugetos ambos de la literatura, prudencia, circuns-
«peccion y discernimiento, que no ignora V. I. No
«contento con la aprobacion de estos dos hombres

«verdaderamente graves, doctos y prudentes, fui
«comunicando los pliegos ya manuscritos, y ya im-
«presos que iba trabajando á todos los señores dipu-
«tados, que me honraron por aquel tiempo en mi
«aposeno, como fueron los señores Don Fernando
«Daoiz, Don Vicente Mutilloa, Don Antonio Oscariz y
«Don José Navasqües, los cuales todos vieron los
«elogios comunes y particulares, que tenia preveni-
«dos para la Diputacion, sin que á ninguno de ellos
«se le hubiese ofrecido el más leve escrúpulo, duda,
«ó reparo que prevenirme, sino aquellas expresiones,
«que á cada uno le dictaba la modestia sobre el elo-
«gio particular correspondiente á su persona, las
«que (claro está) no me debian hacer fuerza por la
«regla general de que ninguno es buen juez en su
«causa propia. Por lo demás todos alabaron el mé-
«todo, el estilo, la propiedad, la inventiva y sobre
«todo la obsequiosa urbanidad de la obra, así res-
«pecto de todo el reino, como de cuantos individuos
«suyos iban saliendo al Teatro del Papel.

«Estas diligencias parece que pudieran sosegar á
«cualquiera otro génio no tan escrupuloso ó ménos
«desconfiado que el mio; pero éste no se dió por sa-
«tisfecho con ellas. Pareciéndome que los defectos
«de una obra se hacen más visibles, cuando se re-
«gistra el todo, que considerándola á trozos y por
«partes; luego que estuvo impreso el cuerpo del Pa-
«pel pasé á Egues, donde se hallaba el señor Don
«Vicente Mutilloa, por ser el único diputado, que á
«la sazón estaba inmediato á esta capital: llevéle todos
«los pliegos, registrólos muy despacio con aquella
«madurez, que es propia de su buen juicio y no en-

«contró cláusula, expresion, ó sílaba, que no res-
«pirase atencion, respeto, estimacion, cortesania y
«gracia con un visible empeño de obsequiar á la na-
«cion Navarra y á todos los particulares que se ci-
«taban en la obra.

«¿Juzgará V. I. que me aquieté con este último
«paso? Pues no fué así. Receloso siempre de que los
«señores diputados, ó por la parte que tenian en el
«escrito, ó por la inclinacion que profesaban al au-
«tor, no tuviesen toda aquella indiferencia que era
«menester para hacer juicio desapasionado de la obra
«y temeroso de que los dos Jesuitas revisores no pa-
«deciesen tambien las mismas excepciones, comuni-
«qué confiadamente y bajo un inviolable sigilo, todo
«el cuerpo del papel con un ministro togado, sabio,
«culto, erudito, discreto, versado en todo género de
«letras y sobre todo hijo amantísimo del reino. Con-
«juréle por todos los respetos de la amistad, de la
«ingenuidad y de la confianza, que leyese con aten-
«cion imparcial, justa y censoria aquellos pliegos y
«que me dijese con franqueza y con sinceridad su
«sentir, en la inteligencia de que me arreglaria cie-
«gamente á su correccion, notas y reparos; pues con
«este fin habia suspendido la disposicion del prólogo
«en el cual se podia escusar, prevenir y declarar to-
«do lo que pareciese necesario. Veinte y cuatro ho-
«ras tuvo en su poder los pliegos este sabio togado,
«y al cabo de ellas me los restituyó él mismo, di-
«ciéndome que habiéndolos leído y releído con la ma-
«yor imparcialidad, no habia encontrado expresion,
«ápice ni tilde que debiese mudarse ó explicarse;
«pues todas, bien entendidas, exhalaban un elogio

« sublime del Illmo. reino y de cuantos individuos suyos se mencionaban en él; concluyendo que el autor de aquel escrito era benemérito de toda la nación. Con esto me resolví á divulgarlo, pareciéndome que habia apurado todas cuantas diligencias se pueden pedir á la prudencia humana para asegurar el acierto.

« Esta es, señor, la historia verídica, puntual y exacta del desgraciado papel, cuya disposicion me encargó V. I. Los principales hechos que refiero tienen por testigos á la mayor parte de los señores diputados, y podrá dar testimonio de ellos el secretario del reino. De los otros, que expongo, podrán deponer los sugetos que cito; pues todos ellos están vivos, sanos y á la vista, y con todo eso ha corrido tan poca fortuna el expresado papel en la ciudad de Pamplona, que apénas pudiera creerse, si no se hubiera palpado.

« Al escrito y al escritor se les ha despedazado con las más sangrientas crueles invectivas. Cuando los primeros hombres, literatos de la monarquía en Madrid, Salamanca, Valladolid, Zaragoza, Búrgos y otras partes, donde ha llegado el papel, se han esmerado en ensalzarse con los elogios más encarecidos. Cuando los personajes más distinguidos del reino de Navarra, por su nacimiento, por su dignidad, por su sabiduría, por su discrecion ó por todo junto, han apurado á la elocuencia todas las frases para explicar el sublime concepto que forman de esta obra. Unos calificándola de: *Única en su especie, y sólo comparable con tal cual de las más celebradas que ha visto España en este siglo.* Otros de la

«mayor que han leído en el género. Otros del original
 «y molde de todas cuantas hubieren de salir de la mis-
 «ma clase. Otros del elogio más delicado, más fino y
 «elevado que se pudiera discurrir del reino de Navar-
 «ra y de sus individuos. Otros de una pieza, que de-
 «jará eternizada en el mundo la aclamacion del ilus-
 «trísimo reino en el año de 46. Valiendo ella sola to-
 «dos cuantos gastos han hecho las ciudades de la Mo-
 «narquía, que han empobrecido sus erarios, por os-
 «tentar su amor y su lealtad. Otros en fin de un es-
 «crito que hace caer las plumas de las manos y abate
 «las del corazon á todos los que están trabajando en
 «otros semejantes. Digo, señor, que cuando las plu-
 «mas y las lenguas así regnicolas como forasteras, y
 «que están fuera de Pamplona, se desangraban en
 «estos y otros innumerables encarecimientos, las len-
 «guas y aún las plumas de esta ciudad se han ensan-
 «grentado impiamente contra el autor y contra la
 «obra.

«Ellas la han tratado de mordaz, satírica, inju-
 «riosa y denigrativa de toda la Nacion y de sus res-
 «petables individuos: ellas la han calificado de impia,
 «blasfema, sacrílega y delatable: ellas han fulminado
 «contra el papel la terrible sentencia de que debe ser
 «quemado en la plaza pública por mano del verdugo
 «y contra el autor, que debe ser desterrado in perpe-
 «tuum de todo el reino, adelantándose algunos á di-
 «vulgar, que efectivamente le habia venido ya de su
 «respectivo Prelado la sentencia del destierro. Me han
 «asegurado que con efecto se ha escrito á dicho pre-
 «lado mio, pintándome con los colores más feos y
 «dando á las expresiones de mi papel las interpreta-

« ciones más exóticas, más extravagantes y más violentas. Por consecuencia natural de esta rigurosa censura se me ha representado á mí con el carácter del hombre más indecente, más indigno, más torpe y más ingrato, que ha entrado en el reino de Navarra. Y á la verdad, si el papel fuera tal, cual le ha querido entender la malignidad ó la ignorancia, aún eran cortos estos epítetos para expresar mi torpeza. En fin, habiéndole visto ántes de divulgarse los señores diputados y los demás graves sugetos que llevó mencionados, recae necesariamente sobre todos ellos la nota de ser unos hombres ignorantes, nécios, estúpidos y destituidos del sentido comun; pues no advirtieron las nulidades tan feas, y tan de bulto, que manchan al expresado papel.

« Por todo lo cual me ha de permitir V. I. que le diga confiadamente: *exurge Domine, et judica causam tuam*. Levántese, Señor, V. I. y vuelva por su honor y por el mio: tan vulnerado está el uno como el otro: en este asunto son imprescindibles los ultrajes. No puede permitir V. I. que sea éste el premio de mi amor, de mi obsequio, de mi rendimiento y del doble sacrificio que le hice. Expúseme por respeto á V. I. á perder la gracia de un Virrey, quien tanto amo; expúseme á perder la salud, que debo apreciar algo: no querrá V. I. que me exponga tambien á perder la honra que debo apreciar más que todo. A cuenta de V. I. correrá el volver eficazmente por ella. Así lo espero de su magnanimidad, así lo pido á su justificacion, pues esto que en otros términos sería pura gracia, en los presentes

« es de rigurosa justicia. — Ilmo. Señor. — Jhs. —
« José Francisco de Isla. »

Este memorial produjo todo el efecto, que se podia y se debia esperar de unos caballeros diputados tan nobles, tan pundonorosos, tan racionales y tan justificados. Altamente condolidos y generosamente mortificados de lo que yo habia padecido por complacerlos, por servirlos y por obsequiarlos, resolvieron dar un público testimonio así de su gran dolor, como de la grande estimacion, que hacian del papel y del autor que le dispuso. A este fin determinaron enviar un diputado al Padre Rector de este Colegio, dándole las gracias con expresiones del mayor reconocimiento por lo que se habia interesado en reducirme á que dispusiese el papel; manifestándole la grande aprobacion con que le habia recibido el reino y expresándole el grave dolor con que habia llegado á entender las malignas especies que habian esparcido algunos naturales suyos, perdiendo el respeto al reino mismo. Vinieron á congratularse y al mismo tiempo á condolerse conmigo todos los diputados á excepcion de dos, quo no lo tendrian por preciso. Y en fin, no contenta la diputacion con estas demostraciones, acordó echar el sello á todas ellas, escribiendo al Padre Provincial de esta Provincia de Castilla la carta siguiente:

« Rmo. Padre : — Muy Señor mio. Con motivo de
« la exaltacion al trono del Rey nuestro Señor (Dios
« le guarde) determiné dar al público la real procla-
« macion del dia 21 de Agosto de este año, para que
« llegasen á noticia de todos los esmeros de mi innata
« fidelidad en obsequio de su Majestad : y atendiendo

« á mi desempeño encargué esta obra al Rmo. P. Jo-
« sé Francisco de Isla, quién, después de muchas es-
« cusaciones con mucho fundamento, se venció últi-
« mamente, mediante la interposicion de su prelado
« inmediato, que tambien se dedicó á favorecerme y
« no obstante de haber desempeñado con la ma-
« yor satisfaccion toda mi confianza, como lo accredi-
« tan los elogios que han dado á este papel todos los
« eruditos que le han visto en las aprobaciones que
« de él han hecho luego que ha llegado á sus manos,
« así naturales míos, como extraños; he sabido con
« mucho dolor mio, que algunos, poseidos de los
« afectos, que por decencia callo, se han propasado
« á denigrar dicha obra con expresiones tan poco de-
« corosas á dicho Rev. Padre, y á mi respeto, que
« atendiendo al cumplimiento de mi obligacion y á in-
« demnizar á este Rmo. de toda mancha, para que se
« reintegre en los honores que por sus relevan-
« tes prendas merece, he acordado asegurar á
« V. Rma., como lo ejecutó, que dicha obra corre con
« el mayor aprecio y estimacion mia. Y que si á ma-
« nos de V. Rma. hubiere llegado alguno de estos si-
« niestros informes, se sirva despreciarlo, dándose
« mil enhorabuenas, de que la ilustre religion de la
« compañía tenga sugeto de tan conocido desempeño
« y repitiéndomelas yo por lo que siempre intereso,
« á V. Rma. de mi fina voluntad y afecto, pido con el
« mismo á Dios guarde á V. Rma. muchos años, co-
« mo deseo. Pamplona y Diciembre 6 de 1746. — La
« Diputacion de este reino de Navarra. Y en su nom-
« bre. — Malaquías Martínez, Abad de Lëire. — Don
« Agustin de Sarrassa. — Don Fernando Javier Daviz

« — Con su acuerdo: — *Don Pablo del Trell.* —
« *Rmo. P. Diego de Tobar, Provincial de la Compa-*
« *ñía de Jesús.* »

Estas son las demostraciones que hizo la Ilustrísima Diputacion que representa al reino de Navarra en desagravio suyo y mio. Refiéroselas á Vmd. así por la gran parte que me consta ha tenido su autorizado voto, para que estos señores se confirmasen en su primer dictámen, como para que no pienses que una Diputacion tan pundonorosa podia mirar con insensibilidad ó con indiferencia lo que publicaba la vulgaridad de algunos nacionales con escándalo de toda España. Habíase divulgado en algunas ciudades de este reino que la Diputacion se habia quejado de mí á mis superiores: que el Consejo Supremo de Navarra tambien habia interesado su autoridad en mi castigo; y en fin, que todos habian conspirado ó convenido en mi destierro. Con efecto, hubo muchas porfias y aún apuestas, así dentro como fuera de Pamplona, sobre que yo saldria presto á cumplir esta sentencia, adelantándose algunos á asegurar que ya habia salido. Por si acaso han llegado allá estas voces, podrá Vmd. desvanecerlas con la verdad de esta relacion, que ya me tiene cansado. Y con esto á Dios que guarde á Vuestra Merced muchos años. Pamplona y Diciembre 16 de 1746. — B. L. M. de Vmd. su seguro amigo, servidor y capellan. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — *Señor don Leopoldo Gerónimo Puig.*

FÁBULA EN VERSO CASTELLANO tomada de
*Fedro, hecha para demostrar no temia á un
autor, que pretendió impugnarle cierta obra.*

En el timon de un carro iba sentada
Una mosca de burro (¡Ay que no es nada!) :
Decíale á una mula remolona
Trata de andar aprisa picarona,
Que sino he de meterte por la panza
Este aguijon más grande que una lanza.
(Y á este tiempo enseñaba no sin arte
Una punta sutil por mala parte)
Respondióle la mula : (era bellaca)
No veo bien, si es aguijon ó es caca.
Tus gasconadas me hacen reir mucho.
¿Qué ha de hacer un insecto, un avechucho,
Cuyo sucio instrumento
Sacar sangre podrá solo á un jumento?
¿Sabes á qu'én yo temo? A ese morlaco
Que lleva el palo bajo el sobaco,
Y si le dá la gana
Me mosqueará el pescuezo y la badana:
Por temerte á tí, bueno por cierto.
Vete á comer, que allí hay un burro muerto.

CARTA que en respuesta de unas décimas escribió el P. Isla á D. Diego Antonio Cernadas sobre el tratamiento del Fray.

Amigo y señor: Acábanme de dar unas décimas de Vmd. á un monje Benito, que dijo el solemne disparate de que más queria que le llamasen *judío*, que *fraile*. Están muy buenas; y sólo tienen de malo, que no se vé justo motivo, para que Vmd. perdiese tiempo en escribirlas, cuando un párroco, y un hombre de los talentos de Vmd. tiene otros tantos dignos asuntos en que emplearse, y sus finos amigos nos dolemos mucho de que por estas bagatelas los que lo conocen á Vmd. formen el errado concepto de que sólo es buen poeta. Pero esto no es de mi instituto; aunque tampoco parece fuera del de la estrecha, verdadera y antiquísima amistad que á Vmd. profeso. Vamos á lo que me toca más inmediatamente.

Al fin de dichas décimas añade Vmd. por via de scholio ó de nota, un prolijo lugar del *doctísimo Miechoviense*, que aunque autor no muy conocido, será sin duda *doctísimo* cuando Vmd. que no es rana, le califica de tal. Dice Vmd, que trae dicho lugar para quitar el melindre á los monjes y á los jesuitas, que aborrecen el tratamiento de frailes. Presto verá Vmd. y verá todo el mundo, que yo no soy melindroso en este particular, y que léjos de aborrecer

este tratamiento, sólo aborrezco con toda el alma á los que hacen ascos de un distintivo en su origen y progresos tan respetable.

Pero una cosa es *aborrecerle*, y otra cosa *no admitirle* por no ser conforme á nuestro instituto, ni justo que alguno se abrogue ó tolere el honor que no le pertenece. Pienso que por equivocarse Vmd. estas dos cosas hace á los jesuitas un agravio, que no les hubiera hecho, si lo hubiera reflexionado un poco más. Eso de que *los jesuitas aborrecen el tratamiento de frailes*, es una injuria, que ofende á todos por lo indefinido de la proposición, y los hace muy odiosos á los que tan justamente se honran con este tratamiento. Como en todos los gremios hay tontos, no es imposible que algunos jesuitas le hayan oído con desagrado y con desestimación; pero *algunos jesuitas* no son *los jesuitas*, y el argüir del particular al universal, especialmente en materia tan ofensiva, no cabe en la lógica de Vmd. ni mucho ménos en su piedad.

El objeto del ódio siempre es alguna cosa verdaderamente mala, ó representada como tal. Y decir de los jesuitas que tienen por verdaderamente malo, ó se le representa como tal el *tratamiento de frailes*: ¿A dónde vamos á parar, señor don Diego? ¿Y qué mal le ha hecho á Vmd. la Compañía, para que la haga tan poca merced?

Rehusamos sí, pero no *aborrecemos* el referido honorífico tratamiento; porque no siendo más que unos meros clérigos regulares, jamás se ha usado en la Iglesia el de aplicarle á los de esta profesión. Y si no, Vmd. que es tan erudito, señáleme algún lugar.

Podráme Vmd. señalar centenares de ellos en San Agustín, San Crisóstomo, San Ambrosio y San Bernardo, que llaman *fratres* á los individuos de alguna comunidad regular y no regular eclesiástica, y aún secular. Pero ya ve Vmd. que ese no es el sentido en que hoy se toma, ni Vmd. mismo entiende el nombre de *frailes*. Si lo fuera, por la misma regla pudiera Vmd. llamar *frailes* á todos los cardenales y á todos los obispos de la Santa Iglesia, pues ese es el tratamiento que les dá el Papa, *Venerabilis fratres*; y en conclusion, tambien se llamarán frailes todos los individuos de cuantas cofradías hay en el mundo, pues éstas se llaman *confraternitates*, y *confratres* las que las componen. El argumento de Vmd. prueba demasiado.

Pero el del *doctísimo Miechoviense* nada prueba, porque en el largo pasaje que Vmd. cita, ciertamente padece casi tantas equivocaciones históricas, como cláusulas, lo que conocerá á primera vista el más visón en la Historia Eclesiástica y sería fácil vencerlo aun por la novísima del Emmo. Orsi, que es de su misma estameña, si esta Carta tuviera otro fin, que el de prevenir amistosa y reservadamente á Vmd. de la justa ofension, que temo cause á la compañía lo que escribió con mano algo acelerada.

Engañóse mucho el *doctísimo Miechoviense* en suponer que San Ignacio, ni los demás Santos Patriarcas que cita, fundaron sus respectivas religiones para que en ellas resucitase la antigua caridad de los fieles, y se conservase el antiguo nombre de hermanos, *nomenque fratris retinerent*. No hallará Vmd. vestigio de tal nombre en los Monjes Antonianos, ni

en los de San Basilio y de San Benito (fuera de España), ni en los de San Romualdo y San Norberto (fuera de la misma) y aun dentro de ella ya dejaron el *Fray* desde que dejaron la capilla. Los de San Bruno jamás le han usado en parte alguna: San Ignacio expresamente le excluyó del total de la compañía, cuando en sus constituciones hizo division ó diferencia entre *padres y hermanos* aplicando el primer nombre á los sacerdotes, y el segundo á todos los que no lo son. Así que los Santos patriarcas sólo atendieron á renovar el primitivo espíritu de la caridad por diferentes medios, pero por lo comun se pararon poco en que se conservase, ó no se conservase el primitivo nombre de *hermanos*; pues sabian muy bien, que á los que al principio de la iglesia se llamaron *hermanos y discípulos*, poco después *fieles*, y al fin *cristianos*, aunque variaron el nombre por punto general, no variaron las costumbres y los santos no atendian á las voces, sino á los significados; buscaban la substancia y se embarazaban poco ó nada en los accidentes.

De aquí se infiere, que es muy absurda y totalmente inconexa la hilacion que Vmd. atribuye al *doctísimo Miechoviense*, y no es sino de Vmd.: conviene á saber, que porque se resfrió la caridad, se extinguió la fraternidad, ó por mejor decir la *fratiledad*, que es lo que entiende Vmd. aquí por aquella voz *simulque extincta est fraternitas*. Y lo más donoso es, que nos dá Vmd. en cara con esta consecuencia á los que no admitimos ese honorífico tratamiento, porque no nos corresponde, con cierto airecillo de triunfo, como que la hemos de engullir, que quera-

mos, que no queramos, aunque sea á trágala perro.

Amigo mío. Si la caridad estuviera tan conexas con la fraternidad, entendiendo por esta la fraileidad, era preciso suponer desterrada aquella de todos los estados de la Iglesia de Dios, dónde no está recibida ésta; y en verdad que la suposicioncilla está preñada de unas hilaciones terribles, de que dista mucho la notoria piedad, juicio y sana doctrina de Vmd.

Por tanto permitan á los jesuitas que veneremos, y aun defendamos el glorioso tratamiento de frailes en todos aquellos que le logran; y que al mismo tiempo no le admitamos, no porque *nos fastidie, ni nos desdeñemos de él, ni nos demos por ofendidos*, ni mucho ménos porque *le aborrezcamos*, como Vmd. supone arrebatado del furor poético (que tambien tiene lugar en la prosa), sino porque no nos corresponde y esto es ciertamente, sin que por eso se haya resfriado en nosotros la caridad cristiana y religiosa, como ni en los demás estados, donde no está admitido este tratamiento.

¿Qué nos cansamos? Vmd. mismo es de mi opinion en el verso, aunque se olvidó de ella en la prosa. Expresamente supone Vmd. que el tratamiento de fraile es propio y privativo de los que traen capilla, cuando dice:

Tu tema me maravilla,
Poes en ser Frailes convenientes
Cuantos las órdenes tienen
A título de capilla.

Luego los que no están ordenados *á título de Capilla*, sino *es á título de bonete*, no convienen en ser Frailes. Y de camino le sirvo á Vmd. con ese equivoquillo

para que se valga de él contra nosotros en la primera ocasion.

Que Vmd. se zumbe con los que, firmándose ellos mismos Fray, no quieren que otros los llamen Frailes, y que les glose el estrivillo del Cumbé, adelante; pero que Vmd. se ensangrienta tanto contra los que jamás han usado de tal firma, ni se han distinguido con ese honor, me parece fuera de toda razon, y aún estaba tentado por inferir, que en esta ocasion, y sin que sirva de ejemplar, por no convenirle á Vmd. la *Fraternidad*, se habia extinguido ó resfriado en su corazon la caridad.

Una vez que Vmd. se hubiese empeñado en que habíamos de admitir dicho tratamiento, quisiésemos ó no quisiésemos, extraño mucho que en lugar del *doctísimo Micchoviense*, cuya autoridad y razones no nos perjudican, no hubiese citado Vmd. á los dos Parla-mentos de Tolosa y de Paris, que llaman *Fray Busembaum* y *Fray La-Croix*, á estos dos autores Jesuitas en la condenacion que acaban de hacer de sus obras morales, de la reciente edicion de Colonia, en el año pasado de 1757. En verdad que la autoridad de dos Parlamentos tan graves, harto será que á no pocos les hubiese hecho más fuerza, que la del *doctísimo*, etc., con su *p'g. mihi*, y todo.

Chanzas á un lado. Toda la equivocacion de Vmd. ha consistido en haber confundido el *Fratres* con *Frailes*. Que éste fuese al principio su legítimo significado, no lo disputo: Que hubiese sido por renovar el primitivo nombre de los primeros creyentes, absolutamente lo niego. Pero que hoy por el nombre de *Fratres* se entienda lo mismo que *Frailes*, ni Vmd.

mismo puede confesarlo. De esa manera serian *Frailes* los que en Santiago se llaman *Palanquines* y en otras partes *Hermanos del trabajo*. Serian *Frailes* los locos del célebre hospital de Zaragoza, á quiénes anonomásticamente llaman los *Hermanos*, tanto que en aquella ciudad ningun Predicador puede decir, hablando con el auditorio, *mirad hermanos, atended hermanos*, porque lo entienden por pulla. Y cierto, que entendido el *Fratres* con esta generalidad, quedarían muy honradas las venerables religiones que tan gloriosamente le adoptan.

Admita Vmd. esta privada advertencia, como señal nada equívoca de mi invariable amistad y discurra el modo de desimpresionar á los que se pueden dar por ofendidos de la poca merced que Vmd. les ha hecho, suponiendo que *aborrecen* lo que veneran: que se *fastidian* de lo que aprecian: que se *desdeñan* de lo que aman; y que se dan por *ofendidos* de lo que se tendrían por muy honrados; pero no lo admiten única y precisamente porque no se les debe. Viva Vmd. y mande. Villagarcía y Febrero 24 de 1758. De Vmd. tan de corazon como siempre. —Jhs. —Josef Francisco de Isla. —Señor don Diego Antonio Cernadas y Castro.

CARTA EN VERSO escrita por un desterrado á un amigo suyo, residente en Navarra, cuyo nombre se omite por la propia razon que tuvo para ocultar el suyo su verdadero autor en la época en que fué escrita.

Al ver ésta, dirá Vmd.
Que estoy loco, no lo niego ;
Y que merecia estar
En Zaragoza, concedo:
Aún diré mas, si Vmd. gusta ;
Que deseo este remedio ;
Y sólo porque me lleven,
Seré Loco, seré nécio,
Sere tonto, seré simple ,
Y aún seré más : yo me entiendo:
Pero segun las noticias
No me veré en ese espejo.

Para fiestas va la Zorra,
Y la seguia un podenco.
Mire Vmd. qué buenas trazas
De curarle á un hombre el seso,
Que habrá mas de siete meses
Que tres notarios vinieron
A intimarnos una orden ,
De parte de nuestro dueño,
De nuestro Rey, y Monarca
El Señor CÁRLOS TERCERO,
A quien en mis oraciones
Continuamente encomiendo,
Y pido á Dios que le dé
Mucha luz, y mucho acierto,
Mucha salud, mucha gracia,
Y después mucho dinero :
Digo que nos intimaron

Un Decreto del Consejo
 En que Su Majestad dice,
 Que no gusta ni por pienso
 De que volvamos jamás
 A ninguno de sus reinos.

Pues obedezco á mi Rey,
 Y mande tuel to, ú derecho,
 He de serle fiel vasallo,
 Aunque muera obedeciendo:
 Y no me parece mucho
 Cada vez que considero,
 Que cuatro leguas de aquí
 En Campo-Santo murieron,
 Por obedecer al Rey,
 Tantos castellanos viejos,
 Que eran mejores que yo,
 O por lo ménos tan buenos.
 Y así, amigo, para mí
 Zaragoza *volaverunt*.

Con que ¿seré loco siempre?
 Paciencia; tengo el consuelo,
 Si soy loco, que también
 Dicen que lo fué mi abuelo:
 ¡Bien haya quien a los suyos
 (Como dice un refrán viejo)
 Se parece! Y otro dice
 Que no hurta el heredero.
 Con que una vez que de loco
 Gozo, y tengo privilegios,
 Se me antoja la locura
 De escribir la carta en verso;
 Y así irá, sin mas ni más,
 Como me fuere saliendo.

Y e-to baste de entradilla;
 Porque, amigo, yo no quiero,
 Aunque loco rematado
 Ser también loco molesto.

Si Vmd. me da su licencia
 Tomaré un polvito, y luego
 Comenzaré a delirar.....
 Ya le he tomado: Comienzo.
 Pues amigo de mi vida,
 Como digo de mi cuento,

Hacia mediados de Agosto
Vino un golpe tan tremendo,
Que me sacó de sentidos
Por el grande sentimiento.
A pocos dias me puse
Tan triste, y tan macilento,
Que si Vmd. me hubiera visto
Me creyera un estafermo,
Alguna estatua de barro.
O algun Alcornoque viejo,
Ni comia, ni bebia,
Ni dormia de provecho;
Las noches pasaba en claro
Dando suspiros al cielo,
Y lo mismo que yo hacia
Hacian mis compañeros:
Uno se afije, otro llora,
Y unos y otros sin consuelo.
Un dia que quiso Dios
Que yo estuviera sereno,
Hablando conmigo mismo
Me ponía este argumento:
Martin, ¿para qué te afijas,
Si esto no tiene remedio?
¿No ves que es el mismo Papa
El sucesor de San Pedro,
Y el que es Vicario de Cristo,
Quien te pone este precepto?
¿No ves que es el mismo Dios
Quien dispone desde el cielo
Que te venga este trabajo
Para tu merecimiento?
Digo que tengo razon,
Que soy un majadero,
Que no habia caído en cuenta,
Obedezco, y reobedezco,
Y lo haré pecho por tierra,
Aunque se me rompa el pecho.
Digo que no solamente
Obedeceré al precepto,
Sino que he de procurar,
Aunque reviente el infierno,
El prestar esta obediencia

Con alegría y contento.
Aquí levantando el grito
Dije: ¿dónde estás buen génio?
¡O buen humor! ¿dónde estás?
Aquí estoy, respondió luego:
Pues donde quiera que estés
Ven presto, si no me muero:
Vén, alivio de mis males,
De mis trabajos aliento,
Descanso de mis fatigas,
De mis tristezas consuelo:
Ven, y no dejes jamás
De serme fiel compañero.
Apénas le habia invocado
Cuando vino, dicho y hecho,
Y me hallé en un instante
Alegre como un jilguero:
Se salió la pesadumbre,
Y las tristezas se fueron,
Y me quedé tan alegre,
Que no cabia en el pellejo.
Comencé inmediate: mente
A disponer mis trebejos,
Para salir un domingo
Armado de caballero;
Pero lo gracioso fué
El que to hice todo nuevo,
Y nada nuevo, porque
Todo fué de trapos viejos:
Acordéme de aquel chico
Que decía con gracejo:
*De unos viejos de mi padre
Me han hecho calzones nuevos.*
Pero yo hice mucho más,
Pues de mi uniforme viejo
Hice unos hábitos tales,
Que parezco un racionero,
O un canónigo de oficio,
Aunque no soy nada de esto;
Solo soy un capellan,
O clérigo pordiosero,
Que toda cuanta es mi renta
La trocára pelo á pelo,

(Y saliera ganancioso)
 Con aquel Curita Lego (1)
 Abad de los Larranchiques (2),
 Y no pienso que pondero,
 Que si Vmd. me hace favor
 De hablar á ese Caballero,
 Por mí queda hecho el negocio,
 Una vez que venga en ello;
 Y avise Vmd. por la posta,
 Porque á vuelta de correo,
 Como él se venga á la Italia,
 Iré yo á ser su ausenciero.

¡ O Larranchiques de mi alma !
 Siete años há que no os veo,
 Y por veros otra vez
 Daria lo que no tengo.
 Si el señor abad no quiere,
 No por eso desespero:
 Vea Vmd. si en Roncesvalles
 Hay vacante algun empleo
 De capellan ú organista
 Ahora que se les ha muerto
 Mi amigo Marichalar,
 Que aunque son gordos mis dedos
 Yo procuraré aplicarme,
 Y si no salgo con ello,
 Organista por detrás
 ¿ Quién hay que no pueda serlo ?
 Para levantar los fuelles
 Es menester poco ingenio,
 Y si aún así no me quieren
 Yo seré Caritatero (3)
 O entraré por infantic (4)
 Aunque es mi voz de Becerro.
 En suma yo todo á todo,

(1) Este fué un cura, que se presentó en Pamplona tan indecente y miserable, que el Ilmo. Señor Obispo dió orden para que le recogiesen ínterin se le suministraron las ropas necesarias á la decencia de su estado.

(2) Es un campo espacioso que hay extramuros de Pamplona.

(3) Es lo mismo que el que en las Misas del Pueblo de la paz, y distribuye el pan bendito.

(4) Equivale á mozos de Coro Tiples que mantiene la Santa Iglesia.

Y solo por el consuelo
 De pasar por Ibañeta (1),
 Y de ser Cuchivetero (2),
 Segaré yerba en Arrovi (3),
 Y seré Tamborilero.
 Mas dejemos estas cosas
 Porque este es un mar inmenso,
 Y volvamos al vestido.
 Pues como íbamos diciendo
 Me puse hecho un arcediano
 Con poquisimo dinero:
 Una tarja me costó
 El reteñir el sombrero:
 Tres groses hacer la loba,
 Y cinco hacer el manteo;
 Pero todo lo teñí,
 Porque estaba ya de viejo
 De color de ala de mosca,
 Y quedó de ala de cuervo.
 El reteñir estas cosas
 Me costó un diez y ocheno,
 Y el darles esta figura
 Poco más de real y medio;
 Y aún algo más me costaron
 Las hebillas y alza cuello.
 Y aún *item* más siete reales
 Con que pagué al zapatero,
 Esto es todo lo exterior:
 Lo interior no vale un cuerno;
 Porque tres camisas viejas,
 Unas bragas de coeto,
 Y unas medias remendadas
Est tota littera textus:
 Se me olvidaba la almillá,
 Y en fin es un sayo viejo
 Que me regaló mi padre,
 Que le heredó de mi abuelo.
 Con todo eso, si Vmd. mismo

(1) Pueblo de Navarra de este nombre.

(2) Nombre de instrumento que en Navarra se da, y usa para el festejo de la juventud de ambos sexos, y se reduce á una flauta y tamborí tocado por sola una persona.

(3) Pueblo en Navarra de este nombre.

Me viera salir tan tieso
 Con sombrero de tres picos,
 Con mi tal cual solideo,
 Cuello de papel de agujas,
 Y la loba con un ciento
 De botones pequeñitos,
 Quedaria Vmd. suspenso,
 Sin saber cómo llamarme,
 Si Don Martín reverendo,
 O Monseñor Don Martín;
 Y quedaria muy hueco,
 No por los títulos tanto,
 Cuanto, porque siempre tengo,
 Desde que me hice cura,
 Unas hambres que me pelo.

Cuando un hombre era soldado
 Con ensaladas de berros
 Se llenaba la bartola,
 Pero ahora es un embeleco.
 El comer como señor
 Me hace andar al retortero:
 Si uno busca una posada
 Piden mas por el puchero
 Que da la Capellanía:
 ¿Y el vestido, *quid faciendum*?
 ¿Quién dará para vestir
 Cuando haya que hacerlo nuevo?
 Pero ya he echado mis cuentas,
 Y está en la mano el remedio,
 Y es vestirme, siempre y cuando
 Lo necesite, de viejo.
 Aquí hay muchas Correteras
 Donde se hallan de repuesto
 Casi infinitos vestidos
 Por poquisimo dinero:
 Y con tales cuales misas,
 Y tales cuales entierros,
 Sacaré para vestirme,
 Y viviremos de ingenio.
 Ahora le informaré á Vmd.
 De lo que lleva el terreno:
 En punto de economía
 Los italianos son diestros,

Y hay algunos tan sutiles,
 Que partirán un cabello
 De largo á largo, y tambien
 Hay quien le dará un barrenó.
 Dicen al partir el pan,
 Si se parte con los dedos,
 Si se pierde en Atapurres (1)
 A lo ménos diez por ciento,
 Y así es preciso el usar
 Cuchillo ú otro instrumento,
 Porque si no muchas casas
 Se han arruinado por esto.
 Cuando matan algun piojo
 Suelen guardar el pellejo,
 Después lo curten y adoban,
 Y los envian á un puerto
 Del mar Adriático, donde
 Se hace de esto gran comercio.

Metidos entre tal gente,
 Mire vmd. si aprenderemos
 Los puntos de economía.
 Si hubiera sabido esto
 Cuando vine á este país,
 Tuviera ahora á lo ménos
 En caudal limpio y contante,
 Más de doscientos mil pesos,
 Si por mi grande fortuna
 Llego en el mar á saberlo,
 Amigo, ¡Qué doblonada
 Tan grande que hubiera hecho!
 Porque pieles más hermosas,
 Ni de ganado más grueso,
 No he visto en toda mi vida;
 Pero ya, ¿qué hemos de hacerlo?
 Ya no lo supe, paciencia,
 Que ya nos enmendaremos,
 É iré desollando piojos
 Como los fuere cogiendo.
 Pero ¿dónde me voy yo
 Con estas coplas ó enredos?
 Amigo yo no lo sé,

(1) Lo propio que migajas de pan.

Confieso que soy molesto,
Lo mismo en copla que en prosa,
Porque en todo soy terno.

A la mitad de esta carta
Me vino este pensamiento,
Con esto manché el papel,
Y ya no tiene remedio.

Lo peor es que no he dicho
Palabra sobre el intento.

Porque dejando el asunto
Me fui tras un embeleco;
Pero otra vez, si Dios quiere,

Si tengo papel y tiempo,
Satisfaré, por ahora

Soy muy de Vmd. como debo,
Nuevamente Capellan

El que antes soldado viejo.

CON MOTIVO DE HABER OCURRIDO UNA
*copiosa lluvia al punto de concluirse una funcion
de pólvora, hizo la siguiente*

DÉCIMA.

La tierra llueve á destajo
Mares de fuego hacia arriba;
Y luego el cielo derriba
Golfos de agua hacia abajo.
El motivo sin trabajo
Se ofrece á la vista luego:
Desprendióse en tanto riego
El cielo, no por desaire,
Sino por temer que el aire
Pasase á region del fuego.

SE CONGREGÓ EN UN TEMPLO DONDE SE
*celebraba una solemne funcion, infinita gente, á
cuyo asunto escribió el siguiente diálogo en esta*

DÉCIMA.

¿Cuántas almas aquí habrá?
Un curioso preguntó:
Y un discreto respondió:
¿Almas? Ni una se hallará.
La razon bien clara está,
Y propúsola él así:
Como hay tanto asombro aquí
Tan arrobadas quedaron
Cuántas almas aquí entraron,
Que se salieron de sí.

*OYENDO CELEBRAR Á UNOS EL USO
moderno de vestir, y á otros el antiguo, escribió
la siguiente*

DÉCIMA.

Alábanse con razon
Lain Calvo, y Nuño Rasura,
Y se tiene por cordura
El calzarse un Pelucon.
Es uso más que pasión,
Engrandecer lo de antaño
Y vestir á lo de ogaño;
¿Quién pondría las azules
Bragas del gran Peranzules
Hoy día, sin grave daño?

*HABIENDO LEIDO UN LIBRO QUE DEBIA
tener, y no tenía dedicatoria, le devolvió á el que
se le había remitido, con la siguiente*

DÉCIMA.

Un libro siempre es igual,
Tenga ó no dedicatoria:
Si es bueno sube á la gloria,
Si es malo baja al corral.
Un discurso racional,
Aunque nadie le dé abrigo,
Lleva su valor consigo;
Pero un infame papel,
Dedicado á San Miguel,
Se lo lleva el enemigo.

*SE DIJERON, DESPUÉS DE UN CONVITE,
algunos malos versos, celebrando un sermón que
no lo merecía, y con este motivo dijo la siguiente*

DÉCIMA.

Yo no he oído sermón tal,
Ni se oyó de Polo a Polo;
La décima de Bartolo
Solo puede ser igual.
Está mi juicio neutral;
Y tanto el contexto aprieta
Entre una, y entre otra veta,
Que es la salida mejor,
Que uno es tan gran orador
Como el otro gran poeta.

*HABIENDO OIDO UN SERMÓN Á UN
predicador afamado, preguntaron al P. Isla, qué
le había parecido y respondió con la siguiente*

DÉCIMA.

Si el lego, que asiste fiel
Al Padre Soto, tuviera
Otro lego, y éste fuera
Mucho más lego que él,
Y escribiera en un papel
De estraza manchado y roto,
De toda ciencia remoto,
Un sermón; este sermón,
Fuera sin comparación,
Mejor que el del Padre Soto.

OTRA SOBRE EL POCO APRECIO QUE HACIA
de los que le censuraban cierta obra.

Pasa un Dogo forastero,
Y con saltos, y brinquillos
Le cercan muchos perrillos,
Y le ladran al trasero:
Mírales él muy severo,
Y con semblante mohino
Al perrillo más vecino,
Que más que todos vocea,
Alza la pata, le mea,
Y prosigue su camino.

OTRA Á UN HOMBRE MUY RICO QUE A NADIE
se quitaba el sombrero.

Murmura el vulgo severo,
A quien nada se le escapa,
Que á todos quitas la capa.
Pero á ninguno el sombrero:
Ese proceder grosero
Corrijele tu interés,
Y haz cuenta, *Simón*, que es,
Con riqueza tan extraña,
Tu cabeza nueva España,
Descúbrela, y sé *Cortés*.

HABIENDO AMANECIDO muerta é hinchada una
ardilla que tenia en su aposento, hizo el siguiente
epitafio para grabarle sobre su losa.

Aquí yace un torbellino,
Que de puro traquinar
Ya no puede menearse:
Ojo alerta, Peregrino,
Llegó á entender su destino,
Y fué esta la ocasion
De su mortal hinchazon;
Pues á su cabeza y panza
Hinchó tanto la esperanza,
Como á otros la posesion.

● **TRADUCCION DEL EPÍGRAMA 2.º del libro I. de
Juan Owen.**

*Qui legis ista, tuam reprehendo, si mea laudas.
Omnia stultitiam; si nihil, invidiam.*

Desde luego te declaro,
Lector de estos epigramas,
Por necio, si alabas todo,
Por envidioso, si nada.

EPÍGRAMA DE MARCIAL, TRADUCIDO, POR
el P. Isla, con motivo de haberle dicho estaban
escribiendo una obra disparatada contra otra suya.

Digo que no puede ser,
Por más que quieras decir,
Pues no se llama escribir,
Lo que no se ha de leer.

Con igual motivo.

Balte Dios por lector,
Que pone en lo que repara,
▲ la ficcion mala cara,
Pero á la verdad peor.
Penitente y confesor,
Ambos son depenitentes,
Que no han de hablar entre gentes
De letras, ni con autores,
Porque aspirando á doctores
Quedaron en inocentes.

CONTRA UN SUPUESTO MÉDICO *dijo la si-*
guiente quintilla, hablando á los que se confia-
ban de él.

Sois, pues, unos mentecatos
En confiar vuestras vidas
A quien ni unos Maragatos,
Viendo las suelas podridas,
Fiarian sus zapatos.

QUERIENDO RIDICULIZAR LA COSTUMBRE

de los convites, en que después de tener los convidados las cabezas calientes, piden silencio dando una gran palmada sobre la mesa, y diciendo ¡Bomba! disparan algunos versos alusivos al motivo del convite, à las viandas ó licores que coronan la fiesta, suponiendo uno, hizo los siguientes:

A una ensalada de puerros.

Quien nísperos come,
Quien bebe cerveza,
Quien puerros se chupa,
Quien besa à una perra,
Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa,

A un pavo asado.

Cuando el pavo ostentoso
La rueda liende y brilla magestuoso,
Asombrado le miras:
Y à éste que tanto admiras,
Cruel, duro, severo,
Le entregas tú despues à un cocinero.

A un queso.

Con un queso, parecido
A la luna de Toscana,
Hay para dar de almorzar
A los niños mil mañanas,

A una aceituna.

**Esta, que no fué al molino,
Para que no fuese aceite,
Unas veces es principio,
Y tambien postre otras veces.**

CARTA de un desterrado á un amigo.

Mi especial amigo y dueño: No hay que andárseme encogiendo de hombros, ni haciendo escarceos, que ello ha de ser, y yo no lo puedo remediar. La necesidad tiene cara de hereje, y no tiene ley el que la padece, ni aún con su propia camisa, pues suele quedarse con solo el forro de ella y venderla para entretelar la panza.

Usted ya sabe como nos ha corrido la fortuna y como se empeña en corrernos. Ni porque me he metido á *Bandolero piadoso*, ni porque destaqué mangas para sorprender algunas partidas, no fué posible conseguir que no saliesen erradas nuestras *cuentas alegres*; siendo mis pasos hácia allá la ida de Juan de Bordas, que fué en silla y volvió en alforjas. El año pasado eché mis *suertes*, pero con el mismo azar que siempre en los *dados*, pues á no ser por unos maravedís que cogí, se quedaba mi intento á buenas noches y mi necesidad á oscuras y sin candil; con que amigo á Dios rogando y con el mazo dando, que no siempre el diablo ha de estar detrás de la puerta. Quien no se arriesga, no pasa la mar; á quien no pide, Dios no oye, y pobre importuno saca mendrugo; y si se pierde el tiro, ya no puede ser el cuerno más negro que las alas.

No sé qué le diga al famosísimo Quevedo, por el daño que hizo con aquella saladísima y enérgica ins-

truccion que dejó en sus *Cartas del Caballero de la Tenaza*, para los partidarios de Alejandro en Puño, que parece la tienen todos en la uña, como en la punta de la lengua, aunque él no la escribió para imponer á nadie en negar limosna (que ésta bien sabia que no mengua la bolsa), sino para sacudimiento de pegotes y exorcismo de chuponas. Pero la desdicha está en que cada uno aplica las doctrinas conforme á sus pasiones ó conveniencias; y de aquella útil enseñanza y prudentes principios, se formó una secta de Estíticos, cuyo sistema se funda todo en restricciones y por más argumentos que le ponga en *Dari*, jamás se saca de ellos cosa de consecuencia. No há mucho que uno de estos sectarios, remitiéndole yo uno de mis papeluchos mendicantes, me respondió con esta bella gracia:

«Amigo: No sé cómo pondere la estimacion que
«hago del papel que V. se sirve presentarme. Asegú-
«role á V. que no tiene precio, ó yo á lo ménos no sé
«dárselo. V. pida á la Virgen por mí, que yo haré lo
«mismo por V., y andemos todos á pedir á quien
«puede dar, que de Dios abajo no hay otro recurso
«más seguro. S. M. nos oiga á todos, etc.»

¿Qué le parece á V. de esta lacónica y circunscrita epístola? Y ¿qué le respondería yo á ella? Pues se lo he de decir á V. aunque sea á costa de paciencia.

«Señor mío: Nunca V. dijo verdad más desnuda,
«ni más fresca que la de que mi papel no tiene precio.
«Yo soy de ese mismo sentir, aunque me duele que
«sea tan comun esa opinion. Pero como no soy ami-
«go de engañar, tampoco lo soy de que el otro pa-
«dezca el engaño de que me engaña. V. ofrece que

« pedirá á la Virgen por mí, y si V. me diese sus ora-
« ciones, ; Ave María ! ¿qué más podia yo desear? Pe-
« ro estoy cierto de que V. no lo hará, ni tiene cara
« de hacer papel de oracion, porque esta nada vale
« sin caridad. Créame V. que tengo experiencia de
« que los caballeros de la calidad de V. (sin dejar por
« eso de ser buenos cristianos) no son oradores por-
« que no son *Demóstenes*, sino *Democles*. Imagino que
« si V. se pudiese meditar *en el Paso de la Oracion*
« *del Huerto*, y se le representase el *Calvario* de un
« *Petitorio*, le causaría á V. una mortal agonía, y sin
« sudar nada, nada, no haría sino clamar *Transeat à*
« *me*. Yo estoy en que los guapos como V. ántes alar-
« garán á un pobre (á más no poder) dos pesos duros,
« que ponerse á orar por él dos credos. Con que va-
« mos claros, desengañémonos todos: V. ya que no
« dá lo que le piden, no ofrezca lo que no ha de dar,
« que ni yo soy tan tonto, que crea que V. se acorda-
« rá de mí en su oratorio, sino que sea para pedir á
« Dios que libre de mis aruños su gato, ni le tengo á V.
« por tan santo, que se ejercite en las obras de mi-
« sericordia espirituales, cuando tan duro está para
« las corporales. Dios guarde á V. y á su bolsa de los
« médicos, cuya ayuda parece que necesita segun es
« restrinido que será un dolor que V. gaste en gaitas
« lo que ahora en jácaras, cuando tocan á limosna. »

Del estilo de Cartas, como la que me llevó esta respuesta, podria dar á V. un larguísimo formulario, que si no se las empatan al de Quevedo en el sainete, dan igualmente en el chiste; pero porque podrá parar en alguna mano que no nos tenga conveniencia, escuso dar armas al enemigo que está bien pertrecha-

do contra mis ideas, pues apenas le embisto muy armado de *Peto*, él vuelve el espaldar al *dar*, y no hay que sacarle de su cota ni una *mallá*.

Lo que espero ahora es ver si me dá mejor el naípe con esta; si no pegáre, paciencia y barajar, que el buen jugador ha de tener igual semblante, que pierda, que gane.

Esto vá á la discrecion de V., que yo no la tengo para esto, ni para más que desear á V. que viva cuanto há menester. Su apasionado Capellan el Pordiosero importuno. Sr. D. N.

CUATRO PALABRAS

sobre la historia del famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas, alias Zotes.

Para terminar esta obra, creemos conveniente reproducir aquí el siguiente razonamiento que hace el erudito historiador Sr. D. Vicente La Fuente, en su *Historia Eclesiástica de España*.

Dice así:

«La oratoria sagrada, tan majestuosa y varonil en España durante el siglo xvi en manos de Santo Tomás de Villanueva y San Francisco de Borja, el maestro de Ávila, Fray Luis de Granada, Andrés Capilla, y el venerable Lanuza, habia venido á ser desde mediados del siglo xvii un juego ridículo de palabras sonoras, pero vacías de sentido y de textos de la Sagrada Escritura, malamente citados y peor traídos.

«Achácase la culpa de este lamentable extravío al trinitario español Fray Hortensio Félix Paravicino, sujeto muy influyente en la corte de Felipe III y aun consultor suyo en negocios de Estado. Es muy comun cuando se vé un mal echar la culpa de él á una sola persona, que quizá fué víctima de las circunstancias. De la corrupcion de la poesía cúlpase á Góngora, de la prosa á Gracian, de las bellas artes á Churriguera; pero el gongorismo, el gracianismo y el churriguerismo significan en estas tres cosas lo que en oratoria sagrada pudiéramos llamar paravicinismo, es decir,

la hinchazon y la vanidad en las palabras y apariencias, sin realidad verdadera. Mas ¿quién no observa que la oratoria sagrada tuvo que seguir la suerte de todas las cosas de la nacion, y que cuando todo adolecia de miserable soberbia, no era extraño que hasta el púlpito se contagiara de ella? En este caso, los sujetos á quiénes se mira como primeros prevaricadores en sus respectivos géneros, más bien fueron víctimas que causantes: cada uno de ellos en su clase era hombre de génio y de talento: los imitadores serviles queriéndolos remedar los pusieron en caricatura.

«La mayor parte de los sermones del siglo xvii y primera mitad del xviii están escritos en una jerigonza estrambótica é indescriptible. En las portadas mismas se amontonan conceptos tan heterogéneos, que de puro estupendos rayan en estúpidos. En el *Florilégio*, de funesto recuerdo, la Iglesia es *parnaso frondoso*, Cristo es *la fuente Aganipe*, San Jerónimo es *un escintillante fanal de la Iglesia*, el martirio de San Lorenzo es un *catastro de fuego*, y el mismo mártir es un *fénix soasado*.

«En vano algunos Santos, y hasta la misma venerable madre de Ágreda, censuraron aquel extravío: en vano el señor Barcia (Don Andrés,) obispo de Cádiz, escribía sus *Dispertadores eucarístico y cua-dragesimal*, y pretendia enseñar el modo de volver á la buena senda. Tradujéronse los preciosos sermones del P. Señeri, y se circularon los del portugués Vieira pero en vano: el mal habia echado muy profundas raíces. Ocurriósele entónces al jesuita Isla, valerse del medio que habia ensayado Cervantes con buen éxito contra los libros de caballeria, y escribió la

sátira de *Fr. Gerundio de Campazas*, álias Zotes, en que de paso ridiculizaba los malos estudios que se hacian entónces en todas puestras aulas. La obra tuvo un éxito portentoso, y se arrebatában los tomos tan pronto como se ponian á la venta. Ofendidos los *Gerundios verdaderos*, denunciaron la obra al *Santo Oficio*: condenóse por un voto, pero no así en Roma, donde se recibió con aplauso. ¡Cosa rara! Se consentian los originales feos y se rompian sus retratos. El P. Isla probó que en sermones, que corrian impresos y aprobados, habia absurdos y despropósitos más garrafales que los mismos que él habia puesto en boca de Fray Gerundio. Desde entónces este apodo ha quedado para designar á un orador disparatado: por una rara coincidencia, los sermones del P. Isla tienen no pocas gerundiadas: Cervantes, que escribia contra los libros de caballería, daba á luz el disparatado libro de *Periclés y Sigismunda*.

« A pesar de los esfuerzos y gran éxito del *Gerundio* no se logró extirpar fácilmente la zizaña. No poco hubo de contribuir á este laudable propósito el celo de algunos prelados que principiaron á predicar con sencillez, vigor y uncion, dando de mano á la hojarasca encubierta con el nombre de elegancia. Los obispos Climent, de Barcelona, Beltran, de Salamanca, Bocanegra, de Guadix, y el mismo Tavera, que despues de varios obispados, obtuvo el de Salamanca, se dieron á conocer como excelentes oradores. El P. Gallo, del Oratorio, y al mismo tiempo el P. Cádiz y el P. Garcés, hacian resonar en el púlpito las caritativas y ardientes frases del maestro de Ávila y Fray Luis de Granada. El señor Climent reimprimió la

Gramática del P. Granada, y aun concedió indulgencias á los que hicieran uso de ella. Otra plaga vino en pos de esta, y fué el amaneramiento francés: á vista de los excelentes modelos de aquel país, se los ha tomado por guías, quizá con poca discrecion, olvidando nuestros clásicos más austeros y profundos, siquiera carezcan de esta afectacion que hoyagrada.»

FIN DEL QUINTO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Págs.
CARTA III. (Continuacion).	5
CARTA IV. <i>EJUSDEM</i> , <i>eidem</i> , <i>de eodem</i> , <i>et secundum idem</i>	44
Contra el famoso predicador <i>Fray Gerundio de Campazas</i> y contra su autor el P. Isla, probándole varios y notables defectos, que cometió en sus sermones.	401
Contra <i>Fray Gerundio</i> , un cocinero de cierta religion.	440
Memorias de un Gerundio converso por la lectura del incomparable <i>Fray Gerundio</i> , comun de- engañador de predicadores vulgares, en que pide se haga justicia seca en el tribunal de la Miseri- cordia, del mismo P. Huerta, que suena en el romance principiado al folio.	443
Noticioso <i>Fray Gerundio</i> de que le busca su autor, le participa su paraquero, como tambien los traba- jos que ha pasado, y repetidos tiros de la envidia que ha sufrido, tomando el hilo del siguiente ovillejo.	420

	Págs.
Del padre Isla. Décimas.	125
Aseguran ser de un novicio de la Compañía de Jesús estas seguidillas.	128
Rebuscos del P. Isla. El tapa-boca. Papel del P. José Francisco de Isla respondiendo á otro con que el doctor Araujo criticó los discursos del reverendísimo Feijóo sobre la medicina.	133
Carta apologética que escribió el P. José Francisco de Isla á los autores del Diario de los literatos de España, con el nombre de D. Hugo Herrera de Jaspedós, sobre la vida de San Antonio Abad, que publicó en octavas don Pedro Nolasco de Ocejo.	158
Carta que con el nombre de <i>Jorge Pitillas</i> escribió el P. Isla á los mismos autores del Diario de los literatos de España, acompañando una sátira contra los malos escritores de este siglo.	178
Sátira contra los malos escritores de este siglo. Por un anónimo, <i>Jorge Pitillas</i>	180
. <i>Liberius si dixero quid, si forte jocossius, hoc mihi juris cum venia dabis.</i> Sátira.	184
Carta apologética que escribió el P. Isla á los autores del Diario de los literatos de España sobre el rasgo épico, verídica epifomena, etc., del doctor D. Joaquin Cassés y Xaló.	193
Otra á los que degenerando del carácter español, afectan ser extranjeros y aman todas las invenciones y embelesos que vienen de la otra parte de los Pirineos.	216
Varias cartas familiares.	219
Carta del Rmo. P. M. José Francisco de Isla á don Leopoldo Gerónimo Puig, en accion de gracias de la que éste escribió á un amigo suyo, residen-	

te y vecino de la ciudad de Pamplona, vindicándole de la siniestra interpretacion que dió la malicia al papel intitulado <i>Triunfo del amor y lealtad. Dia grande de Navarra</i> : cuya historia y pasajes que intervinieron para la formacion de dicho papel, se individualizan en esta carta.	240
Fábula en verso castellano tomada de Fedro, hecha para demostrar no temia á un autor, que pretendió impugnarle cierta obra.	263
Carta que en respuesta de unas décimas escribió el P. Isla á D. Diego Antonio Cernadas sobre el tratamiento del Fray.	264
Carta en verso escrita por un desterrado á un amigo suyo, residente en Navarra, cuyo nombre se omite por la propia razon que tuvo para ocultar el suyo su verdadero autor en la época en que fué escrita.	271
Con motivo de haber ocurrido una copiosa lluvia al punto de concluirse una funcion de pólvora, hizo la siguiente décima.	280
Se congregó en un templo donde se celebraba una solemne funcion, infinita gente, á cuyo asunto escribió el siguiente diálogo en esta décima. . . .	280
Oyendo celebrar á unos el uso moderno de vestir, y á otros el antiguo, escribió la siguiente décima. .	281
Habiendo leído un libro que debia tener, y no tenia dedicatoria, le devolvió al que se le habia remitido, con la siguiente décima.	281
Se dijeron, despues de un convite, algunos malos versos, celebrando un sermon que no lo merecia, y con este motivo dijo la siguiente décima. . . .	282
Habiendo oido un sermon á un predicador afamado, preguntaron al P. Isla qué le habia parecido, y respondió con la siguiente décima.	282

	Págs.
Otra sobre el poco aprecio que hacia de los que le censuraban cierta obra.	283
Otra á un hombre muy rico que á nadie se quitaba el sombrero.	283
Habiendo amanecido muerta é hinchada una ardilla que tenia en su aposento, hizo el siguiente epitafio para grabarle sobre su losa.	284
Traducción del epigrama 2 del libro I de Juan Owen.	284
Epigrama de Marcial, traducido por el P. Isla, con motivo de haberle dicho estaban escribiendo una obra disparatada contra otra suya.	285
Contra un supuesto médico dijo la siguiente quintilla, hablando á los que se confiaban de él.	285
Queriendo ridiculizar la costumbre de los convites, en que despues de tener los convidados las cabezas calientes, piden silencio dando una palmada sobre la mesa, y diciendo <i>¡Bomba!</i> disparan algunos versos alusivos al motivo del convite, á las viandas ó licores que coronan la fiesta, suponiendo uno, hizo los siguientes.	286
Carta de un desterrado á un amigo.	228
Cuatro palabras sobre la Historia del famoso predicador <i>Fray Gerundio de Campazas, álias Zotes.</i>	292

FIN DEL ÍNDICE.

Esta importantísima obra **HISTORIA DEL FAMOSO
PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS** alias **ZOTES**, á la
que se han añadido curiosos *Rebuscos* de su autor el
célebre **PADRE ISLA**, se halla venal al precio de
cincuenta reales vellon, en la casa editorial de los
señores *Moreno y Roig*, en Barcelona, y se remite
á cualquier punto de España, sin aumento de precio,
bastando acompañar el pedido con el valor de la
obra en letras de fácil cobro.



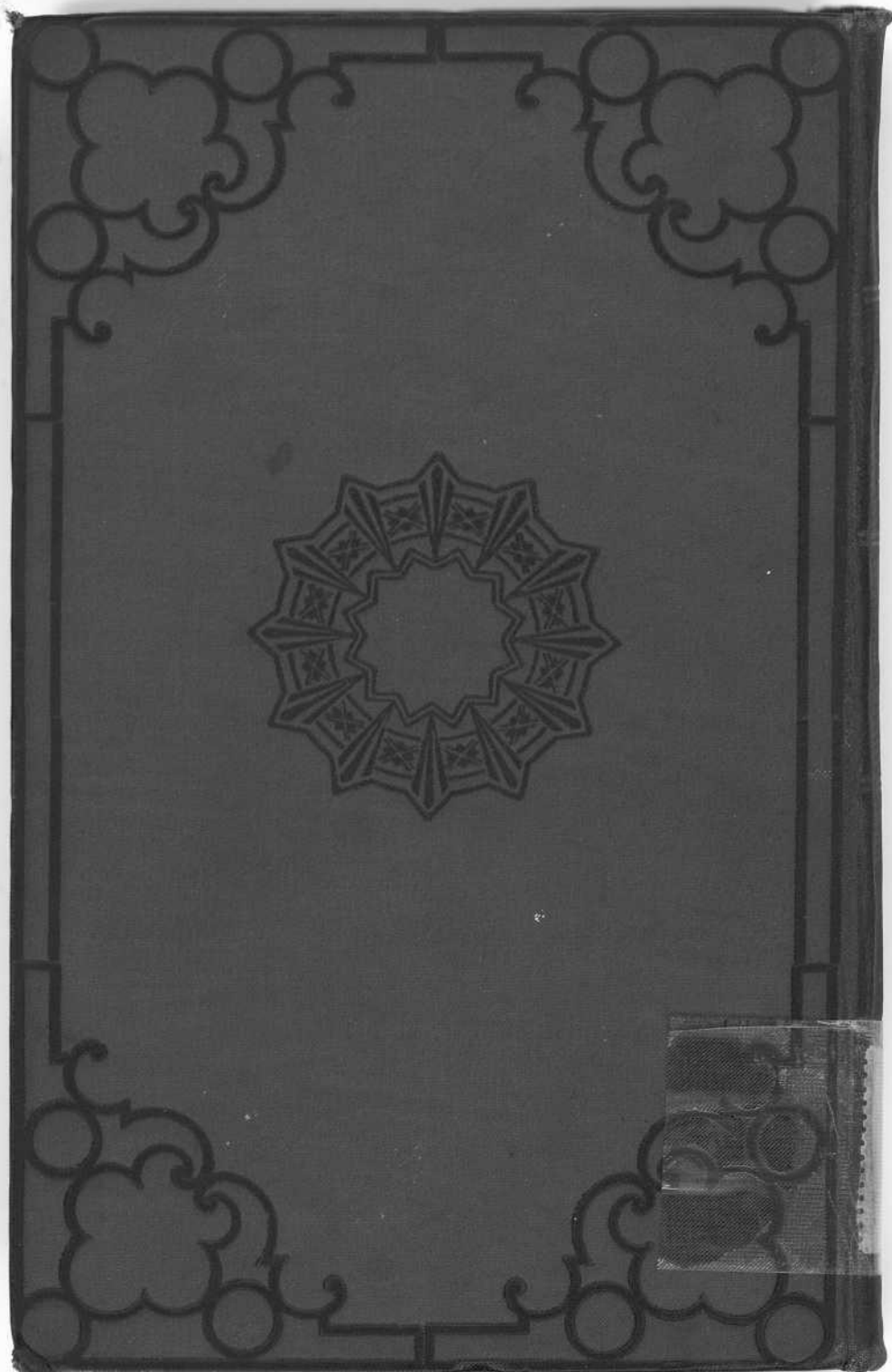
7000 DCS

Tamag









HISTORIA
DE FRAY GERUNDIO
DE CAPAZAS

3-4-5

1640